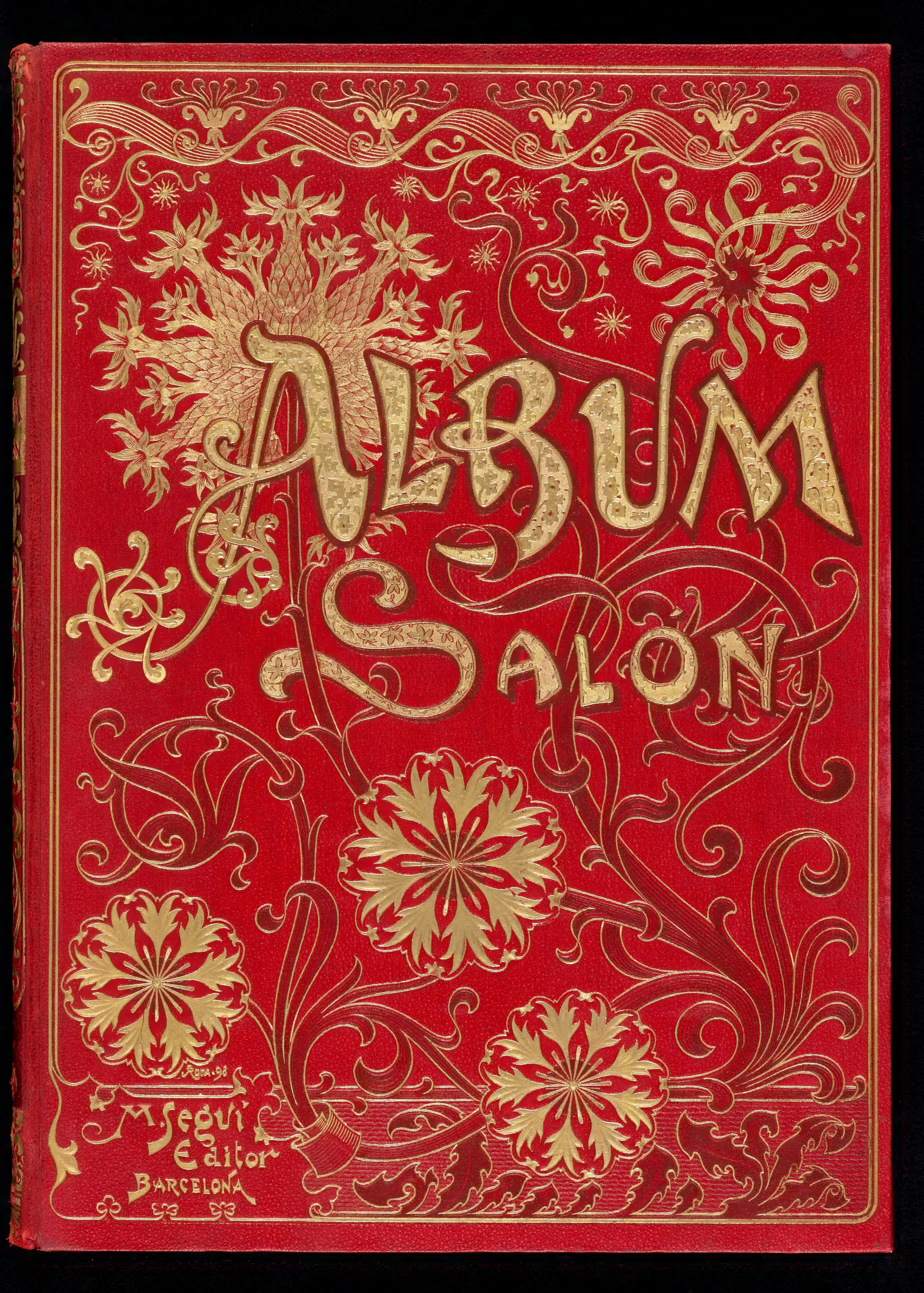

ALBUM
SALÓN
Riera·98
M. Seguí
Editor
BARCELONA

ALBUM SALON


ALBUM SALON
AÑO 1900
BARCELONA
PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES
CENTRO EDITORIAL ARTISTICO
DE Miguel Seguí
RAMBLA DE CATALUÑA - 125 -
CAMPS



LITERATURA POPULAR

Los periódicos extranjeros están consagrando preferente atención al problema de lo que lee el pueblo, formas artísticas que prefiere y en las cuales apacienta su inteligencia; y de la indagatoria relativa á punto tan interesante, resulta que el pueblo, lo mismo aquí que en Francia, Inglaterra, Alemania y el Japón, no lee, cuando lee, más que barbaridades y desatinos.

Existen fábricas y talleres de novelones absurdos, en que el folletín, (algo literario durante el apogeo del romanticismo), ha descendido ya á la sima de la última bajeza. Parece que ni una sola de esas narraciones miriápodas,—de innumerables episodios, de intriga embrollada y delirante,—es obra del autor que la firma. Tienen estos escritores, escogidos entre los que gozan de cierta fama, sustitutos asalariados, como aquí suelen tenerlos en las cátedras las eminencias políticas; y el sustituto es quien se encarga de robar el niño á su madre, dar narcótico, administrar la dósis de veneno, procurar la evasión del preso que bonitamente se fuga de la cárcel de Newgate ó del *baño* de Tolón, dejando atónitos á los que pensaron enchiquerarle allí hasta la consumación de los siglos... Por tanta labor, le dan al sustituto una miseria, lo preciso para engañar el hambre, y sucede que á veces el sustituto, agotado, no sabiendo qué inventar, ni qué plagiar, ni qué zurcir, busca otro sustituto inédito, se asocia con él, y le pasa la madeja á fin de que la enrede más todavía, que ni zarandeada por uñas de gato casero. Entre los dos famélicos escritores, y á fuerza de prensar el magín, encuentran desusadas combinaciones, filones ignorados, vetas prolíficas; y el folletín sigue y sigue, enriquecido con incidentes que no ideara el mismo demonio.

De esta tarea literaria (?) se habla en general con menosprecio; pero yo declaro que no la desdeño á cierraojos, y hasta llego á confesar que la admiro, como admiramos lo que no nos sentimos capaces de realizar, así nos fuese en ello la vida. Una vez me propuse ¡qué diantre! leer las *Hazañas de Rocambole*. ¡Pecho al agua! Tenía de sobra cuatro ó seis tardes muy largas del verano... y al coleto el párrafo enterito, las metamorfosis y avatares del presidiario sublime, con aquello de Turquesa, Bacará, los millones de la gitana, las tramas de los fenianos, y tantísima patochada como allí sale á relucir, que me puso la cabeza lo mismo que una olla de grillos. Reflexionando acerca del estado intelectual de quienes tengan á Rocambole por héroe y por texto, no pude menos de reconocer que armar el catafalco de los veinte ó treinta tomos de Rocambole, pide una habilidad *sui géneris* y que no sale cualquiera de semejante laberinto.

Nosotros tuvimos nuestra época rocambolesca, en que la novela por entregas florecía, y Fernández y Gonzalez, y sus mejores discípulos—entre ellos mi paisano Antonio de San Martín,—hacían las delicias de costureras, cocineras y patronas. El género, que por lo visto sigue triunfando en la Europa civilizada y reportando millones, por acá se encuentra decadente y casi difunto. Parece á primera vista que de este dato se deduce algo muy halagüeño para nuestra cultura; sin embargo, no es así. Es precisamente lo contrario.

Cuando en España reinaba la literatura por entregas, no se leía eso sólo: existía público para lo demás, lo sazonadamente literario; el romanticismo infiltraba su noble fiebre en las venas de una generación. Hoy es verdad que cayeron al foso Pérez Escrich y Ortega y Frías; sólo que la gente no hace mucho mayor caso de otras lecturas,—y otras formas literarias. El desvío con que se miran las letras propiamente dichas, es mayor ahora qué entonces.

En España, la corriente popular ha encontrado otro cauce distinto del del folletín, y toma el rumbo del teatro por horas y de las piececillas ligeras en más ó menos actos. Rocambole sobre la escena española, se presenta transformado en rata; Turquesa es una chulapa sensible. El ideal de esa literatura novelesca contra la cual en el extranjero levantan cruzada, es no obstante poco más alto que el ideal del teatro popular español. Este tiene gracia, colorido, un realismo jugoso á veces y bonita música; pero el nivel del pueblo que con él se recrea aparece inferior; la imaginación de ese pueblo, menos exigente, más *prosáica*. Los equívocos soeces, el eterno quidproquo, la caza del chiste, la carencia de acción y de *drama*, acusan esta inferioridad que observo.

Los pueblos donde el novelón prospera ahora, son pueblos sedientos de lectura. Hay allí gente que bebe el Falerno en copas de oro; que saborea la literatura clásica y la moderna, la mejor, flor selecta de las literaturas; pero las muchedumbres no alcanzan á tanto, no está en sus medios intelectuales; y sin embargo necesitan saciarse, y aplican la boca al charco del novelón. Calman el ansia como pueden; pastan donde la cuerda permite; y revelan, en ese mismo afán de emoción, siquiera sea emoción de octava clase, bastarda y vulgar, necesidades que en España no siente ni el vulgo.

Consultados los principales literatos franceses, acerca de la posibilidad de regenerar la literatura popular, haciéndola moral y sensata, se han mostrado optimistas: su opinión es que puede acometerse la empresa con probable feliz resultado. Mauricio Bouchor, llega á profetizar que las letras se sanearán y remozarán, el día en que los escritores no trabajen para la burguesía, ni para los psicólogos, ni para la intelectualidad, en resumen, sino para el pueblo, para la masa—para todos. A mí no me han consultado el caso; si me lo consultan, voto en contra de Bouchor. No diré que el literato deba escribir para determinada clase social; lo que aseguro es que siempre habrá *clases* en esto de literatura. La clase no la hace el hábito; sobrada gente de levita nace para parroquiana de las cien representaciones de un sainete chulesco, ó para lectora asidua de los folletines policiaco-penales. Y jamás, en nación alguna, se logrará que la inmensa mayoría saboree con placer los delicados manjares, el arte grande y puro, el Quijote, Shakespeare, Tolstoy. Mucha parte de la humanidad es bestia, es niña, es desabrida, es sorda. O no leerán ó leerán folletines del género consabido.

Unicamente se abre mi corazón á la esperanza, si pienso en los griegos. Cuanto de ellos sabemos, revela en aquel pueblo asombroso un nivel uniforme de cultura estética. Allí no existía el arte inferior. Todos los ciudadanos de Atenas se bañaban en la misma ambrosía. ¿Tendremos que retroceder hasta ellos, para prosperar?

Emilia PARDO BAZÁN

LA DICHA AJENA

Difícilmente podrían hallarse dos seres más felices que Jaime y María... En él, todo era grande, todo estaba equiparado. Alto, de recia musculatura, algo gordo, sencillote, muy bueno, muy caritativo, muy honrado, muy vehemente, enamoradísimo de su mujer. « Mi María por aquí... mi María por allá. » «Como mi María no hay otra. ¡Qué buena es! ¡qué bonita! ¡qué amorosa!... » Reflejos de su propia pasión en el fondo de su alma grande, ansiosa de cariño; de un cariño tan inmenso como el de las más célebres heroínas pasionales; de un cariño muy soñado por él, pero que jamás había gozado y que se empeñaba en verlo en María... Y María era muy hermosa, sí, señor, muy hermosa: chiquitina, con cara de virgen, pálida, delgadita; pero sin expresión, impávida, fría al sonreir... si alguna vez sonreía. Resúmen: una criatura, adorable como una imagen muy hermosa... de yeso... Era, en fin, lo que solemos llamar una pavaza; pero ¿buena?... ¡ya lo creo!... Jaime, aseguraba á todos con gran entusiasmo, que su mujercita era graciosa, muy afable, de conversación entretenidísima, y que le adoraba como Julieta adoró á Romeo... ó algo más.



Jaime creíalo así, á pesar de que en María, nadie más que él, lograba descubrir esa vivacidad y esa travesura, casi infantiles, de la mujer que sabe añadir á sus caricias el seductor encanto de su coquetería inconsciente. ¡Pobre Jaime! María le amaba, sí, pero en silencio, gozando al oirle á él, dejándose acariciar, admirando las gastadas imágenes y frases hechas de amante de folletín, que él le prodigaba. Todo lo agradecía y á todo correspondíale desde el fondo de su corazón; pero ni de sus labios brotaba una frase tierna é ingeniosa, ni sus ojos miraban con la inocente picardía de sabor mundano, ni un gestecillo ó un mohín encantadores, pagaban aquel derroche de elocuencia amatoria y aquel diluvio de caricias locas. Cuando más, una sonrisa con la boca abierta y sin luz, y un « ¡Qué bueno eres, Jaime! », pronunciado con la misma entonación que hubiera podido dedicar á un amigo. Nada de labios titilantes, nada de voz opaca y temblorosa, nada de manos que oprimen y atraen, á la vez que tiemblan con sacudida nerviosa... Jaime la sentaba en sus rodillas, cogíale las manos y se acariciaba con ellas. « ¿Verdad que me quieres mucho, alma mía? ¿verdad que yo soy para ti lo que el rocío para las flores y el aire para los seres? » ¿Quién había dicho esto? El ¿verdad? Pues estaba seguro de que era ella la que tan *divinas imágenes* le dedicaba, con balbuciente voz impregnada de ternura... ¡Pobre sediento de amor y de soñadas ternuras! Bebía sus propios sueños y con ellos se embriagaba, estrechando entre sus brazos un sér que le quería mucho ¡mucho!... pasivamente, como puede amar un idiota.

Una noche de verano, Jaime volvía á su casa. Al atravesar la plaza de Oriente, vió un joven y una hermosa mujer, que apoyados en la verja de los jardinillos, hablaban con esa voz baja y cautelosa de los enamorados... Jaime se detuvo y les contempló un momento, pensando en su María... A buen seguro que aquella mujer no amaba á aquel hombre como á él su *Mari*... Tuvo curiosidad por oirles y se acercó disimuladamente... La enamorada, apoyándose en un brazo del joven y levantando la cabeza, algo inclinada sobre un hombro, para mirarle en las sombras con deleite, decíale con ternura y lentitud soñadoras: « — ¡Mi Ricardo!... ¡mi alma!... Quiéreme mucho... ¡mucho! Tú no puedes imaginar cuánto te amo. ¿Ves como te miran mis ojos? Pues así quisieran mirarte á todas horas... Mírate en ellos, Ricardo mío... Mírate en ellos... ¡Dios mío, si pudiera, al cerrarlos, llevarme preso dentro tu semblante! Ricardo... mi Ricardo!... » Y balbucía el nombre del venturoso galán, con lánguido desmayo.... Luego... Jaime, pálido y como atontado, les vió alejarse lentamente, envueltos en las sombras de los árboles, cogidos del brazo y con la cabeza de ella inclinada sobre el pecho de él.

Corrió á su casa el infeliz esposo... Aquella voz de mujer barbotando ternuras, no la había oido jamás; aquellas palabras enloquecedoras, no las sabía decir su *Mari*. ¡Qué revelación, Dios santo! Le habían hecho ver ridículo su ídolo en aquellos instantes... Pero no ¡no podía ser! *Mari* amaba más... más y mejor... con doble vehemencia.

Llegó á su casa, abrazó á su esposa, se quedó mirándola fijamente, la besó, la prodigó caricias llorando... llorando como un niño ó como un imbécil...

Te quiero tanto... ¡tanto! que no sé cómo decírtelo... ¿Y tú á mí?... Mucho más ¿verdad?... ¡Oh! dímelo, dímelo... ¿Cómo me quieres tú, Mari mía? ¿cómo? Habla... dí... No calles. ¿Cómo me quieres, mi cielo, mi vida, mi alma, mi sér entero? ¡Por Dios, habla!

—¡Jesús! No me aprietes tanto... Me estrujas los dedos... Yo te quiero... mucho.

—Pero ¿cómo?

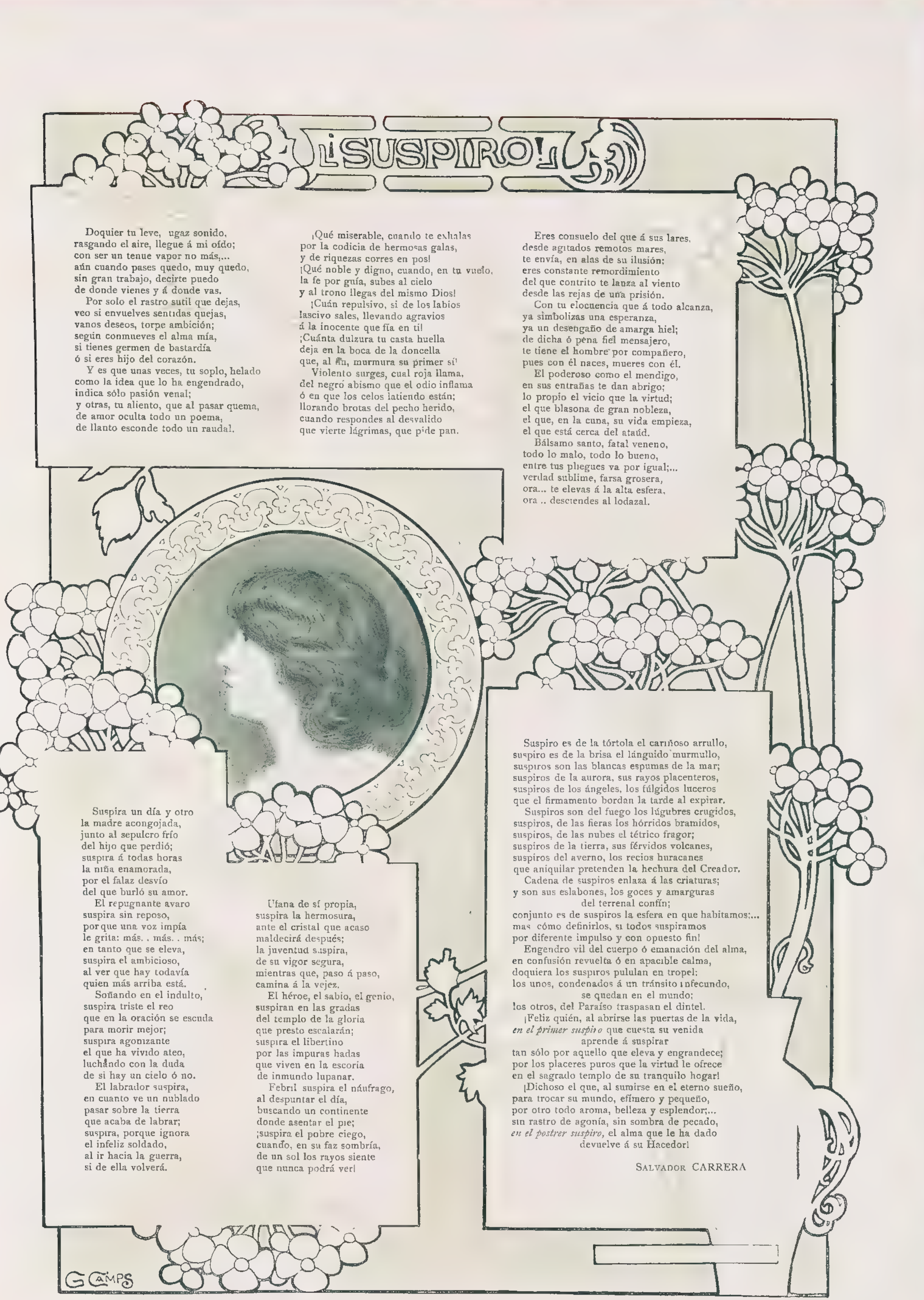
—¡Vaya una pregunta! Mucho. ¿Cómo te lo he de decir?

Jaime, exhaló un rugido de fiera herida... y el *ídolo* cayó al suelo, llorando como una mujer.

Desde entonces, Jaime ya no alaba á su esposa, y cuando le elogian sus buenas condiciones de mujer casera, sonríe con amargura... No es feliz... El la ama aún; pero á su amor se le han caído las alas. Y cuando el desdichado *Romeo*, ve como en aquella fatal noche, una pareja de enamorados, que se deslizan sonrientes y unidos entre las sombras, aprieta sus férreos puños y murmura con furiosa envidia:

¡Maldita la dicha agena!

Luis de Val



¡SUSPIRO!

Doquier tu leve, ugaz sonido,
rasgando el aire, llegue á mi oído;
con ser un tenue vapor no más,...
aún cuando pases quedo, muy quedo,
sin gran trabajo, decirte puedo
de donde vienes y á donde vas.

Por solo el rastro sutil que dejas,
veo si envuelves sentidas quejas,
vanos deseos, torpe ambición;
según conmueves el alma mía,
si tienes germen de bastardía
ó si eres hijo del corazón.

Y es que unas veces, tu soplo, helado
como la idea que lo ha engendrado,
indica sólo pasión venal;
y otras, tu aliento, que al pasar quema,
de amor oculta todo un poema,
de llanto esconde todo un raudal.

¡Qué miserable, cuando te exhalas
por la codicia de hermosas galas,
y de riquezas corres en pos!
¡Qué noble y digno, cuando, en tu vuelo,
la fe por guía, subes al cielo
y al trono llegas del mismo Dios!

¡Cuán repulsivo, si de los labios
lascivo sales, llevando agravios
á la inocente que fía en ti!
¡Cuánta dulzura tu casta huella
deja en la boca de la doncella
que, al fin, murmura su primer sí!

Violento surges, cual roja llama,
del negró abismo que el odio inflama
ó en que los celos latiendo están;
llorando brotas del pecho herido,
cuando respondes al desvalido
que vierte lágrimas, que pide pan.

Eres consuelo del que á sus lares,
desde agitados remotos mares,
te envía, en alas de su ilusión;
eres constante remordimiento
del que contrito te lanza al viento
desde las rejas de una prisión.

Con tu elocuencia que á todo alcanza,
ya simbolizas una esperanza,
ya un desengaño de amarga hiel;
de dicha ó pena fiel mensajero,
te tiene el hombre por compañero,
pues con él naces, mueres con él.

El poderoso como el mendigo,
en sus entrañas te dan abrigo;
lo propio el vicio que la virtud;
el que blasona de gran nobleza,
el que, en la cuna, su vida empieza,
el que está cerca del ataúd.

Bálsamo santo, fatal veneno,
todo lo malo, todo lo bueno,
entre tus pliegues va por igual;...
verdad sublime, farsa grosera,
ora... te elevas á la alta esfera,
ora .. desciendes al lodazal.

Suspira un día y otro
la madre acongojada,
junto al sepulcro frío
del hijo que perdió;
suspira á todas horas
la niña enamorada,
por el falaz desvío
del que burló su amor.

El repugnante avaro
suspira sin reposo,
porque una voz impía
le grita: más. . más. . más;
en tanto que se eleva,
suspira el ambicioso,
al ver que hay todavía
quien más arriba está.

Soñando en el indulto,
suspira triste el reo
que en la oración se escuda
para morir mejor;
suspira agonizante
el que ha vivido ateo,
luchando con la duda
de si hay un cielo ó no.

El labrador suspira,
en cuanto ve un nublado
pasar sobre la tierra
que acaba de labrar;
suspira, porque ignora
el infeliz soldado,
al ir hacia la guerra,
si de ella volverá.

Ufana de sí propia,
suspira la hermosura,
ante el cristal que acaso
maldecirá después;
la juventud suspira,
de su vigor segura,
mientras que, paso á paso,
camina á la vejez.

El héroe, el sabio, el genio,
suspiran en las gradas
del templo de la gloria
que presto escalarán;
suspira el libertino
por las impuras hadas
que viven en la escoria
de inmundo lupanar.

Febril suspira el náufrago,
al despuntar el día,
buscando un continente
donde asentar el pie;
¡suspira el pobre ciego,
cuando, en su faz sombría,
de un sol los rayos siente
que nunca podrá ver!

Suspiro es de la tórtola el cariñoso arrullo,
suspiro es de la brisa el lánguido murmullo,
suspiros son las blancas espumas de la mar;
suspiros de la aurora, sus rayos placenteros,
suspiros de los ángeles, los fúlgidos luceros
que el firmamento bordan la tarde al expirar.

Suspiros son del fuego los lúgubres crugidos,
suspiros, de las fieras los hórridos bramidos,
suspiros, de las nubes el tétrico fragor;
suspiros de la tierra, sus férvidos volcanes,
suspiros del averno, los recios huracanes
que aniquilar pretenden la hechura del Creador.

Cadena de suspiros enlaza á las criaturas;
y son sus eslabones, los goces y amarguras
del terrenal confín;
conjunto es de suspiros la esfera en que habitamos;...
mas cómo definirlos, si todos suspiramos
por diferente impulso y con opuesto fin!

Engendro vil del cuerpo ó emanación del alma,
en confusión revuelta ó en apacible calma,
doquiera los suspiros pululan en tropel:
los unos, condenados á un tránsito infecundo,
se quedan en el mundo;
los otros, del Paraíso traspasan el dintel.

¡Feliz quién, al abrirse las puertas de la vida,
en el primer suspiro que cuesta su venida
aprende á suspirar
tan sólo por aquello que eleva y engrandece;
por los placeres puros que la virtud le ofrece
en el sagrado templo de su tranquilo hogar!

¡Dichoso el que, al sumirse en el eterno sueño,
para trocar su mundo, efímero y pequeño,
por otro todo aroma, belleza y esplendor;...
sin rastro de agonía, sin sombra de pecado,
en el postrer suspiro, el alma que le ha dado
devuelve á su Hacedor!

SALVADOR CARRERA

BALDOMERO GALOFRE

UNA FERIA ANDALUZA

SALVADOR VINIEGRA



EN LA VICARÍA

TELEGRAFÍA

Los dos formidables déspotas de la antigüedad eran el espacio y el tiempo. Hoy están vencidos por el vapor y la electricidad. La locomotora y el transatlántico han puesto en comunicación á los pueblos más apartados de la tierra; el telégrafo lleva instantáneamente el pensamiento á nuestros antípodas; y el teléfono hace oir la palabra desde el centro de un país hasta sus fronteras.

Hoy sólo se opone al comercio humano la diversidad de las lenguas, dificultad en gran parte vencida para los buques en la mar, que se comunican por medio del código internacional de banderas, aunque los tripulantes de cualquiera de los buques no entienda el idioma de los tripulantes de otro.

Esta necesidad de vencer al tiempo y al espacio, sugirió desde los más remotos tiempos de la historia, al humano ingenio, trazas y recursos variados para comunicarse los hombres entre sí á distancias relativamente grandes.

Pero ¡qué serie de abismos no hay desde aquellos primitivos recursos hasta la reciente invención del telégrafo sin alambres del italiano Marconi!

Por medio de hogueras telegráficas, comunicaban á distancia los antiguos capitanes las órdenes militares á sus ejércitos: de noche se servían de la luz de las hogueras, y de día del humo por ellas producido.

Ya en el sitio de Troya se emplearon con frecuencia señales telegráficas de fuego, cuyo uso duró entre los griegos muchos siglos. En el combate de Salamina se comunicaron por este medio órdenes á los buques atenienses.

Después de la muerte de Alejandro Magno, Eumenes, que tenía diseminadas sus tropas en cuarteles de invierno, detuvo la marcha de su adversario Antígono, haciendo que, á la primera vigilia, hombres de su confianza encendiesen en la falda de los montes, por donde venía el enemigo, grandes hogueras, ocupando la mayor extensión posible de terreno; que, á la segunda vigilia, las fuesen disminuyendo, y que, á la tercera, las apagasen casi del todo, como era costumbre hacer en los campamentos de entonces. Antígono, al distinguir los fuegos desde lo alto de las montañas, creyó que Eumenes le esperaba con grandes fuerzas, y retrocedió.

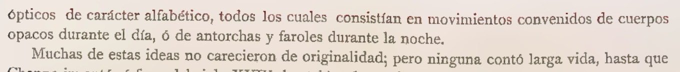
Los Cartagineses estaban en comunicación con Sicilia, por medio de señales luminosas, y en tiempos de Aníbal, sus ejércitos contaban con mucho personal de telegrafistas de esta clase, cuya organización fué imitada poco después por los Romanos. También los Chinos organizaron señales luminosas á lo largo de la extensísima muralla que erigieron para contener las invasiones de los Tártaros.

Todavía en las costas de Málaga existe á la orilla del mar, parte de la cadena de torres, con cuyas hogueras de noche y con cuyos humos de día, se anunciaba á las poblaciones de las playas haber moros en la costa, cuando la piratería de los Argelinos y Marroquíes no había sido aún reprimida por los jabeques españoles, destinados al efecto por el gran marino mallorquín Barceló.

A señales perceptibles por los ojos se recurría casi siempre, aunque no fueran precisamente luminosas. Cuenta la fábula, que de los amores de Parsifae con un toro, nació el Minotauro, monstruo mitad hombre y mitad toro. Dédalo lo encerró en el laberinto que había construído en la isla de Creta, y allí se alimentaba al Minotauro con carne humana. Vencido Egeo, rey de Atenas, por Minos, se vió obligado á contribuir anualmente con 14 jóvenes de ambos sexos para la manutención del insaciable carnívoro. Pero Teseo, hijo del vencido rey, mató al mónstruo, guiado en el laberinto por el hilo de Ariadna. Sea de esta fábula lo que quiera, Teseo había convenido con su padre que, si salía victorioso, le anunciaría el triunfo desde los límites mismos del horizonte, haciendo que su nave volviese con velas blancas; lo que por olvido no se efectuó; y Egeo, creyendo que su hijo había sido víctima del Minotauro, se arrojó al mar. donde se ahogó, y que por tal desgracia recibió el nombre de Mar Egeo.

Todos estos medios eran de una utilidad muy limitada, por reducirse sólo á indicaciones previamente convenidas para anunciar sucesos esperados, ó determinar casos previstos con anticipación. Para lo nuevo ó no precavido no servían. Y de aquí varios sistemas





ópticos de carácter alfabético, todos los cuales consistían en movimientos convenidos de cuerpos opacos durante el día, ó de antorchas y faroles durante la noche.

Muchas de estas ideas no carecieron de originalidad; pero ninguna contó larga vida, hasta que Chappe inventó, á fines del siglo XVIII, los telégrafos ópticos modernos. A pesar de su manifiesta utilidad, la telegrafía óptica no se usó sistemáticamente en España hasta mediados del siglo que concluye; es decir, tarde y con daño, pues nuestro paternal gobierno de entonces, no construyó la red de las torres ópticas hasta que ya estaba en uso la telegrafía eléctrica. Por lo cual, después de grandes despilfarros en dinero, se abandonaron las torres á poco de haberse construído en los picos de los montes, donde todavía existen muchas, como perpétuo testimonio de nuestra *sabia previsión*. Verdad es que por aquella época, cuando todas las marinas ponían hélice á sus buques de guerra, nosotros construímos dos navíos, que luego hubo que desguazar, porque para nada habrían servido en un combate. ¡En este gran país se gasta en todo, menos en previsión y sentido común!

También, desde muy antiguo, se hizo uso de palomas mensajeras para enviar con rapidez despachos á distancia. Antes de la toma de Sevilla por Fernando III, el Santo, las empleaban los caudillos árabes.

Inventado el telégrafo eléctrico, los aparatos ópticos de señales, quedaron reducidos á los heliotropos, instrumentos que por medio de espejos envían rayos de luz solar á lejanas estaciones, y que con eclipses periódicos simbolizan durante el día las letras del alfabeto. De noche, estos mismos aparatos emiten por idéntico sistema los rayos de un foco luminoso artificial é intensísimo.

Por último, á la telegrafía óptica se acudió por los Geodestas y Astrónomos del Instituto Geográfico de España y por los del Ministerio de la Guerra francés, para una de las empresas científicas más colosales de este siglo XIX: el enlace geodésico de la triangulación argelina; empresa que ha proporcionado al mundo científico el medio de medir el mayor de los arcos de meridiano trazados hasta ahora sobre el Globo terrestre; pues abarca desde las islas Shetland al Norte de Escocia en Europa, hasta el límite Septentrional del desierto de Sahara en Africa.

Este enlace Geodésico y Astronómico de Europa y Africa se verificó por medio de un cuadrilátero de 270 kilómetros de diagonal, lanzado sobre el Mediterráneo entre las redes españolas y argelina, destinando la noche para las observaciones y haciendo uso de la luz eléctrica.

A las siete y media de la célebre noche del 20 de Septiembre de 1879, envió la estación española de Tetica de Bacares en Murcia, á la estación de M'Sabiha en Argel, de dos en dos segundos de tiempo, 40 señales luminosas; y á poco aparecieron en M'Sabiha, donde estaba la estación francesa de Argel, otras 40, á iguales intervalos de tiempo. Por cuatro veces se repitieron alternadamente ambas series de emisiones y ocultaciones de luz, con lo cual quedó terminada la primera parte de la serie de señales eléctricas, convenidas para el colosal enlace.

¡Triunfo como éste no se había obtenido jamás! ¡Enviar rayos de luz á 270 kilómetros de distancia! ¡Sólo el siglo XIX podía haber realizado esta maravilla!

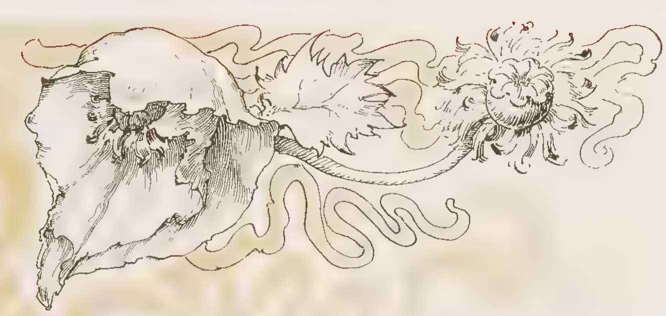
Pero la telegrafía óptica tiene límites que no le es dado traspasar. Más allá del horizonte no es posible enviar rayos de luz. A las transmisiones luminosas se oponen las brumas, los chubascos y las nieblas...

Al siglo que acaba no podían satisfacer me-

Pasos




EN FAMILIA





dios y sistemas que la ciencia humana no tenía siempre y en todas ocasiones á su disposición. De aquí el telégrafo eléctrico, que envía el pensamiento por encima de las cumbres de los montes y de los abismos de los mares, con la rapidez del rayo y la mayor regularidad.

Y, no obstante, no sabemos qué es la electricidad. Hablamos de los fenómenos eléctricos; pero para nosotros son esfinges con nombre.

Desconocemos la electricidad en su esencia. Así como en la naturaleza hay cuerpos transparentes ó que dejan pasar la luz, y otros opacos que á su paso se oponen, también en la naturaleza hay cuerpos que dejan pasar la electricidad, y otros que interceptan lo que llamamos *la corriente* (nueva esfinge con nombre). Entre los conductores se encuentran los hilos metálicos, y entre los aisladores el aire atmosférico.

Por eso el pensamiento se envía desde un punto á otro á través de alambres ó de cables metálicos envueltos en sustancias aisladoras, para que la electricidad no se escape por el camino.

Ya era una maravilla el enviar despachos por medio de hilos metálicos; pero al genio humano le resultaba muy onerosa la necesidad de alambres y de cables; y, cuando parecía imposible librarse de los conductores metálicos, he aquí que Marconi inventa el telégrafo sin alambres, última palabra de la actual telegrafía.

Y, como el rasgo característico de este siglo XIX es su facultad de llevar á la práctica todo invento á poco de haber nacido, el telégrafo Marconi ha funcionado eficacísimamente en las maniobras navales ordenadas por el Almirantazgo inglés y verificadas en los días 29 de Julio al 3 de Agosto próximos pasados.

El Almirantazgo dispuso que 118 buques ingleses pertenecientes á la Marina de Guerra (acorazados de combate, cruceros de 1.ª y 2.ª clase, torpederos y caza-torpederos) fueran distribuídos en tres grupos, A, B y C, formando tres escuadras. El grupo C, simulaba un convoy, conductor de grandes cargamentos de trigo desde Halifax en el Canadá, hasta Inglaterra. El grupo A, al mando del Almirante Sir Harry Rawson, representaba una escuadra enemiga, la cual tenía por objeto apresar el convoy; y constituía el grupo B, una escuadra inglesa, al mando del Almirante Sir Campton Domvile, que había de reunirse al convoy, protegerlo y conducirlo salvo hasta Inglaterra.

En este grupo B, iban tres buques con el telégrafo sin alambres de Marconi, el Juno, el Europa y el buque insignia; y, aun cuando la salvación del convoy se habría realizado ciertamente en virtud de las sabias maniobras del Almirante Campton Domvile, sin necesidad de haber acudido al nuevo telégrafo, es indudable que el aparato telegráfico del Juno contribuyó extraordinariamente al éxito de la empresa. El Juno iba de 10 á 20 millas delante de la escuadra, dando sin cesar avisos oportunos; ya de la proximidad de grandes masas de niebla, ya del estado del tiempo, ya de las luces que, no obstante la cerrazón, se veían de barcos pescadores; ya en fin, ¡lo que verdaderamente causa asombro! de las condiciones del fondeadero de la isla Vere, que resultó interpuesta entre el Juno y el buque insignia.

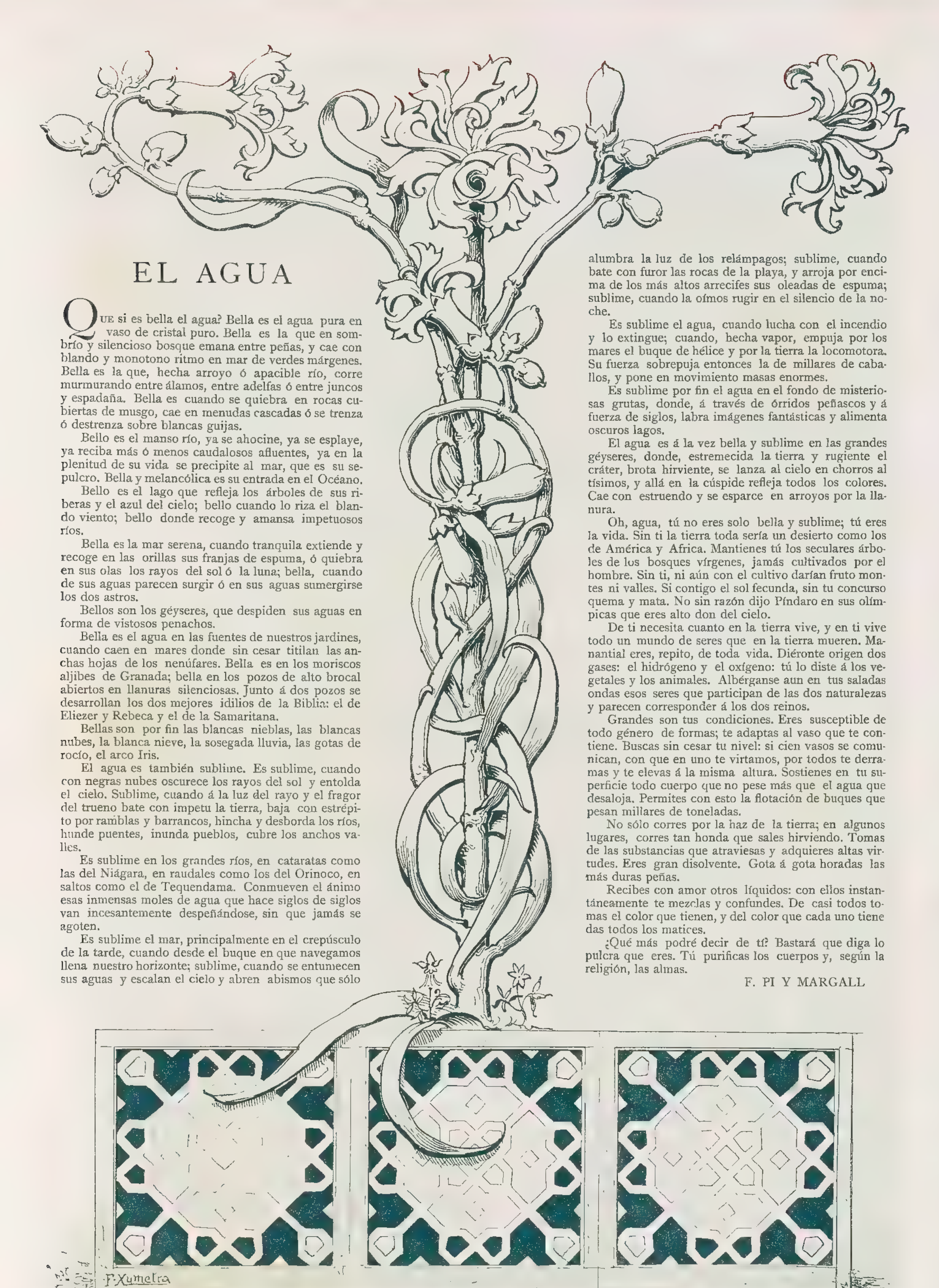
¡Llegar los despachos, á pesar de hallarse interpuesta la mole de una isla!

La niebla (que en las costas de Irlanda se opone á la navegación todos los años, por el tiempo de las maniobras) no presentó dificultades para la transmisión de los partes; y así, quedó demostrada la eficacia del nuevo aparato telegráfico.

Admiremos, no solamente el genio y la inventiva de los hombres de ciencia que empujan nuestra civilización, sino también lo que antes hemos indicado: la rapidez con que en esta epoca se aplican los inventos. Se inventa el cloroformo, y á los pocos meses se ejecutan sin dolores del paciente las más cruentas operaciones quirúrgicas. Se inventa el telégrafo eléctrico, y en breves años se elevan por todas partes en los aires los postes telegráficos y los alambres que han de llevar por tierra el pensamiento á toda la extensión del planeta, y se hunden en el fondo de los mares los cables telegráficos. Se inventa la fotografía, y todo el mundo posee algún dibujo de la luz. Se inventa el teléfono, y la palabra se transmite con su timbre de ciudad en ciudad. Se consigue repartir en luces de regular intensidad la deslumbradora potencia lumínica del arco voltaico, y las poblaciones de regular importancia, cuentan ya con alumbrado eléctrico. Se descubren los rayos X, y la cirugía registra en el acto por su medio hasta lo más recóndito de las entrañas del cuerpo humano...

¿Cómo, pues, no había de haberse hecho inmediata aplicación del telégrafo sin alambres?

E. BENOT



EL AGUA

¿QUE si es bella el agua? Bella es el agua pura en vaso de cristal puro. Bella es la que en sombrío y silencioso bosque emana entre peñas, y cae con blando y monotono ritmo en mar de verdes márgenes. Bella es la que, hecha arroyo ó apacible río, corre murmurando entre álamos, entre adelfas ó entre juncos y espadaña. Bella es cuando se quiebra en rocas cubiertas de musgo, cae en menudas cascadas ó se trenza ó destrenza sobre blancas guijas.

Bello es el manso río, ya se ahocine, ya se esplaye, ya reciba más ó menos caudalosos afluentes, ya en la plenitud de su vida se precipite al mar, que es su sepulcro. Bella y melancólica es su entrada en el Océano.

Bello es el lago que refleja los árboles de sus riberas y el azul del cielo; bello cuando lo riza el blando viento; bello donde recoge y amansa impetuosos ríos.

Bella es la mar serena, cuando tranquila extiende y recoge en las orillas sus franjas de espuma, ó quiebra en sus olas los rayos del sol ó la luna; bella, cuando de sus aguas parecen surgir ó en sus aguas sumergirse los dos astros.

Bellos son los géyseres, que despiden sus aguas en forma de vistosos penachos.

Bella es el agua en las fuentes de nuestros jardines, cuando caen en mares donde sin cesar titilan las anchas hojas de los nenúfares. Bella es en los moriscos aljibes de Granada; bella en los pozos de alto brocal abiertos en llanuras silenciosas. Junto á dos pozos se desarrollan los dos mejores idilios de la Biblia: el de Eliezer y Rebeca y el de la Samaritana.

Bellas son por fin las blancas nieblas, las blancas nubes, la blanca nieve, la sosegada lluvia, las gotas de rocío, el arco Iris.

El agua es también sublime. Es sublime, cuando con negras nubes oscurece los rayos del sol y entolda el cielo. Sublime, cuando á la luz del rayo y el fragor del trueno bate con impetu la tierra, baja con estrépito por ramblas y barrancos, hincha y desborda los ríos, hunde puentes, inunda pueblos, cubre los anchos valles.

Es sublime en los grandes ríos, en cataratas como las del Niágara, en raudales como los del Orinoco, en saltos como el de Tequendama. Conmueven el ánimo esas inmensas moles de agua que hace siglos de siglos van incesantemente despeñándose, sin que jamás se agoten.

Es sublime el mar, principalmente en el crepúsculo de la tarde, cuando desde el buque en que navegamos llena nuestro horizonte; sublime, cuando se entumecen sus aguas y escalan el cielo y abren abismos que sólo alumbra la luz de los relámpagos; sublime, cuando bate con furor las rocas de la playa, y arroja por encima de los más altos arrecifes sus oleadas de espuma; sublime, cuando la oímos rugir en el silencio de la noche.

Es sublime el agua, cuando lucha con el incendio y lo extingue; cuando, hecha vapor, empuja por los mares el buque de hélice y por la tierra la locomotora. Su fuerza sobrepuja entonces la de millares de caballos, y pone en movimiento masas enormes.

Es sublime por fin el agua en el fondo de misteriosas grutas, donde, á través de órridos peñascos y á fuerza de siglos, labra imágenes fantásticas y alimenta oscuros lagos.

El agua es á la vez bella y sublime en las grandes géyseres, donde, estremecida la tierra y rugiente el cráter, brota hirviente, se lanza al cielo en chorros altísimos, y allá en la cúspide refleja todos los colores. Cae con estruendo y se esparce en arroyos por la llanura.

Oh, agua, tú no eres solo bella y sublime; tú eres la vida. Sin ti la tierra toda sería un desierto como los de América y Africa. Mantienes tú los seculares árboles de los bosques vírgenes, jamás cultivados por el hombre. Sin ti, ni aún con el cultivo darían fruto montes ni valles. Si contigo el sol fecunda, sin tu concurso quema y mata. No sin razón dijo Píndaro en sus olímpicas que eres alto don del cielo.

De ti necesita cuanto en la tierra vive, y en ti vive todo un mundo de seres que en la tierra mueren. Manantial eres, repito, de toda vida. Diéronte origen dos gases: el hidrógeno y el oxígeno: tú lo diste á los vegetales y los animales. Albérganse aun en tus saladas ondas esos seres que participan de las dos naturalezas y parecen corresponder á los dos reinos.

Grandes son tus condiciones. Eres susceptible de todo género de formas; te adaptas al vaso que te contiene. Buscas sin cesar tu nivel: si cien vasos se comunican, con que en uno te virtamos, por todos te derramas y te elevas á la misma altura. Sostienes en tu superficie todo cuerpo que no pese más que el agua que desaloja. Permites con esto la flotación de buques que pesan millares de toneladas.

No sólo corres por la haz de la tierra; en algunos lugares, corres tan honda que sales hirviendo. Tomas de las substancias que atraviesas y adquieres altas virtudes. Eres gran disolvente. Gota á gota horadas las más duras peñas.

Recibes con amor otros líquidos: con ellos instantáneamente te mezclas y confundes. De casi todos tomas el color que tienen, y del color que cada uno tiene das todos los matices.

¿Qué más podré decir de tí? Bastará que diga lo pulcra que eres. Tú purificas los cuerpos y, según la religión, las almas.

F. PI Y MARGALL

J. M. TAMBURINI



EN EL CAMPO

FRANCISCO LEGUA



PRÓFUGO.

EL HOMBRE DE HIERRO

(EPISODIOS NACIONALES)

Así le llamaban en toda la comarca propios y extraños, españoles y franceses, por el valor de su brazo, por su vigorosa naturaleza, pues nunca conoció el cansancio ni la fatiga, y trepaba por los montes como una cabra montés.

¡Vaya si era valiente nuestro hombre!

No ha habido otro Juan Forgas en la cuenca de Barberá, y eso, que en aquella comarca abundan los hombres de pelo en pecho, de reconocido valor, valientes, temerarios y fuertes, como los robles que en épocas no lejanas se criaban en los bosques de Puroles y Poblet.

Juan era un valiente montaraz. Se pasaba la semana en el campo cazando zorras y águilas, cortando robles, encinas y abetos; y los sábados por la noche daba la vuelta á su pueblo, en donde le aguardaban los dos seres que más amaba en el mundo después de Dios: su madre y María, una muchacha honesta, candorosa, dotada de rostro interesante, de cabello castaño, de ojos pardos y grandes, y de manos de ángel, aunque parezca extraño, tratándose de una chica nacida y criada en una miserable aldea.

Una tarde de Julio, cuando el sol bajaba lentamente al ocaso, pintando el cielo de mil fúlgidos y brillantes colores, y besaba el cimborio del Real Monasterio de Poblet, la torre del homenaje del castillo de Milmanda, los arrogantes muros de la villa de Montblanch, el histórico castillejo de la Guardia y las frondosas y poéticas riberas del Francolí: Juan al regresar á su pueblo vió á María que corría hacia él, con los brazos tendidos, el cabello en desorden, llorando á lágrima viva y exclamando:

—¡Juan! ¡Juan! ¡qué horrible desgracia!...

—¿Qué ocurre, amor mío? — preguntó Juan con extrañeza.

—Los franceses han entrado esta mañana en el pueblo, y después de cometer mil atrocidades han saqueado la iglesia, llevándose todas las alhajas y prendas de valor, y han atado en una silla á mi tío...

—¿Al señor cura?

—Sí, y después de pasearle entre insultos y chacota por las calles, como si fuera el monigote que hacemos en carnaval, le han fusilado en la era de trillar. ¡Oh! ¡qué infamia! yo me he salvado milagrosamente, escondiéndome dentro de un almario... ¡Si tú hubieses estado allí!...

—No hubiera quedado un francés con vida, — dijo Juan, de un modo enérgico, feroz, que causó espanto á su desolada novia, y añadió después de una pausa: —yo vengaré al señor cura y á la patria, vaya si los vengaré, — y echándose la escopeta al hombro y cogiendo la mano de María, entró en la población.

Juan cumplió su palabra.

Pocos días después, aquel hombre de hierro, aquel cazador de águilas y zorras, que se pasaba la vida en el campo, había trocado la escopeta y el hacha por el sable y el trabuco, y convertídose en guerrillero, como Manso y Espoz y Mina, al frente de cien hombres aguerridos y bien probados, siendo el espanto y terror de los franceses que penetraban en la cuenca de Barberá, por caminos y senderos poco conocidos.

Él era el rey de la sierra de Corduellas, de aquel monte lleno de malezas y zarzales, y coronado de corpulentos robles y elevados pinos; de aquel risco que guarda en su seno un boquete enorme, ancho y escalado por colosales piedras y cantos rodados, que hace pensar en las conmociones violentas de la tierra; de aquella mole rogiza, pedregosa, abrupta en parte y con despeñaderos que causan vértigo al alma más osada, y que entre enormes piedras graníticas, guarda el antro de la zorra que convirtió en palacio, cuartel, atalaya y quinta de recreo aquel hombre de hierro, aquel obscuro héroe de la patria, aquel temerario guerrillero, que todo lo esperaba del valor de su brazo y de la ligereza de sus pies; aquel hombre astuto como pocos, dotado de gran valor personal, conocedor del terreno que pisaba, rodeado de amigos y confidentes, y que caía con los suyos como un alud sobre las legiones imperiales, sembrando el terror y la muerte entre sus filas.

—¡Yo acabaré con ese hombre!... — exclamó el mariscal Suchet, y destacó al coronel de coraceros Farnier, alma cruel, sanguinaria y con instintos de fiera como la de su jefe, diciéndole que, muerto ó vivo, le presentase el intrépido guerrillero catalán.

Farnier sólo consiguió cansarse sin fruto alguno, y perder muchos hombres y caballos.

Juan tenía un rival: un cantero que había puesto los ojos en María inútilmente, que por odio á Forgas se había hecho afrancesado, y que era el hombre de confianza de Farnier:

—Señor, — dijo una noche al coronel, — ya que no podéis conseguir la captura del miserable Forgas, yo juro poner en vuestras manos á la madre y á su novia.

— ¿Sabes en dónde se ocultan?

— Sí señor, en un manso que hay cerca de Rocallaura.

—Pues ya estamos andando.

Por caminos extraviados llegaron á él. Había dado la media noche, todos dormían en la casa; el afrancesado fingiendo la voz llamó á la puerta, abrieron sus dueños, y conducido por éstos al dormitorio de la madre de Forgas y de María, las obligó á levantarse, sin permitir que se vistieran, llevándolas á la presencia del coronel, quien por tan noble servicio, le entregó un salvo conducto para que pudiera penetrar en Francia.

La escena que se desarrolló allí es tan repugnante como horrible. A la luz de un candil colgado de un árbol fué fusilada la infeliz anciana, y María entregada á la soldadesca sin que le valieran sus lágrimas y sus súplicas, mandando después Farnier, que fuesen cortadas sus bellas y abundantes trenzas y enviadas á su galán.

Tanta atrocidad aumentó el odio al invasor en toda la comarca.

Cuando Juan se enteró de ello, estuvo á punto de perder la razón. Desafiando toda clase de peligros corrió con los suyos al manso, dió cristiana sepultura al ensangrentado cadáver de su madre, se llevó consigo á su novia, y cuenta que exclamó en su desbordado coraje:

—Farnier, ¡con qué gusto entregaré tu alma á Satanás!

Habían transcurrido veinte días.

Una noche de Enero, noche de luna clara y esplendente, cerca de Santa Coloma las tropas de Farnier, fueron sorprendidas por las que mandaba el Barón de Eroles, obligándoles á retroceder hacia la sierra de Corduellas. ¡En buena parte se metieron! No bien han puesto el pie en ella los franceses, viéronse acometidos bruscamente por enemigos, que sin disparar un tiro y arrojándose sobre ellos puñal en mano á ninguno dan cuartel. Farnier espolea la montura, lánzase á un abismo de cincuenta pies de fondo; pierde el caballo, se desembaraza del capote y de cuanto le estorba, á



fin de poderse dar mejor á la fuga; á la luz de la luna le reconoce Forgas, se precipita sobre él, desafiando la muerte, se entabla entre los dos desesperada lucha, tras larga y formidable resistencia, cae sin vida el fementido coronel, el guerrillero lo coge en brazos, lo levanta en alto y... loco, frenético, ciego de ira, lo arroja en el vacío, gritando con voz colérica y balbuciente por la emoción y la fatiga:

—¡Toma Satanás, allá va tu presa!

La pobre madre y María estaban vengadas. La una desde el cielo de los mártires bendecía á su hijo, por haber librado á la patria de tan feroz enemigo; la joven, oculta en el elevado santuario de la Virgen del Tallat, pedía á Dios, que las balas imperiales respetasen la vida de su Juan.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS

† D.ª JULIA FONT DE MUNDI

ALBUM SALÓN paga un tributo de respeto y de admiración á la memoria de la culta y virtuosa dama que en vida se llamó doña Julia Font de Mundi. Brilló por sus bondades y sus talentos, fusionados, compenetrados, dando luz y calor á la vez. Fué uno de los ejemplos prematuros de la mujer española del porvenir, y, en tal concepto, su retrato físico y moral no puede faltar en estas páginas. Como hija, como esposa, como hermana, como amiga y como maestra, fué perfecta, y ejerció influencias bienhechoras del corazón y de la patria. Dos razas habían concurrido en la formación de su naturaleza y acaso en las cualidades de su espíritu. Nació en Lucerna, hija de nuestro venerable amigo, el eximio escritor y pedagogo, don Eusebio Font Moreso, catalán, y de doña Luisa Magr de Baldegg; del primero, heredó una sólida instrucción; de la segunda, la virtud y cualidades estoicas, una vez más afirmadas en los largos padecimientos que tan temprano la han llevado á la tumba. Su corazón eligió para compañero de su vida á un hombre ilustre de nuestro claustro universitario, el Doctor Mundi y Giró. Titular de la carrera pedagógica, con grandes conocimientos en la misma, dominando el español, el francés, el inglés y el alemán, además de poseer un gusto especial para la música, dirigió el *Colegio de Isabel la Católica*, desde que tuvo dieciocho años. (Nació en 1843). Hasta hace unos tres años, continuó al frente de aquel Establecimiento, con el cual eran muy contados los que podían competir en Barcelona. Además de doña Julia que lo dirigía, secundábanla sus hermanas, sus padres y un cuadro de profesores excelente, entre los que recordamos á los señores don Santiago Mundi, don Teodoro Baró, don Fernando Arteaga y don Joaquín Nogués. Visitaron el Colegio varias personas ilustres, entre ellas, el eximio poeta José Zorrilla, quien le dedicó grandes y merecidos elogios. De allí salieron alumnas vinculadas después con familias de alta significación, pudiendo aprovechar más de una vez en su vida y en sus relaciones con ilustres hombres políticos, hacendistas ó literatos, españoles ó extranjeros, los vastísimos conocimientos adquiridos en la adolescencia.



Si tan buenos resultados obtuvo doña Julia y su familia en la cultura intelectual de sus alumnas, no podía ser menos afortunada en la cultura espiritual. Era la personificación del bien, sin énfasis, sin estudiada modestia, con una exteriorización de bellos actos y de palabras, siempre ajustada á las conveniencias sociales y á los honestos afectos. De nadie murmuró en su vida; nunca dejó de reflejar en el espejo de la admiración el mérito ajeno. En su conversación científica era erudita, sin dejar de ser mujer; en su trato afectuoso era atenta, sin condescender á los apasionamientos de su juicio. Artista por sentimiento y por ilustración, la literatura y la música elevaron incesantemente su alma sobre la prosa de la tierra; desde la cuna á la tumba, su existencia, desgraciadamente breve, no ha sido otra cosa que una obra de belleza moral.

¡Pidamos á Dios que para mejorar nuestra patria, nos conceda mujeres como la malograda doña Julia Font de Mundi!

* * *



¡ARMANDA!

Muy triste está la castellana en alto mirador del castillo. Juguete del viento es su blonda cabellera, que semeja mágico estandarte de luz y oro.

¡Oh, cuánta perfidia hay en el mundo!

La bella dama (porque es bellísima á pesar de lo del estandarte) llora en silencio, sin más testigo de su pesar que la espléndida luna, sonriente allá arriba, como mofándose de aquel inmenso dolor. La luna es tonta, *al par* que implacable.

¡Pobre Armanda! La torre donde gime no es palacio suntuoso de dichas y placeres, no es nido de cándidos amores, no es mansión tranquila y feliz, para un sér puro y sencillo como la protagonista de nuestra leyenda.

¿Por qué no decirlo de una vez? Aquella torre es un presidio.

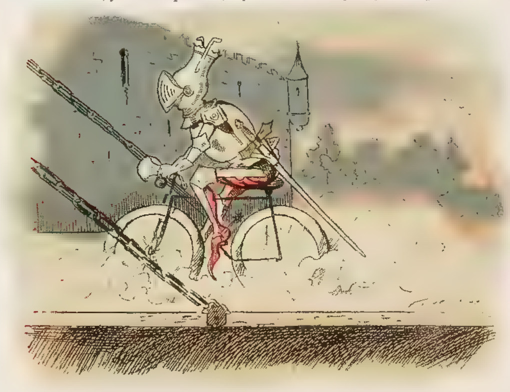
¡Horror!

¿Qué delito ha cometido una mujer tan bella, tan pura y tan hacendosa?

¿Por qué no lo hemos de decir también?

No ha hecho nada; pero ha caido en manos de un bastardo que la quiere por esposa, á todo trance, y en vista de que ella le desprecia por un *trovador gentil*, que hace romances tiernos y canta peteneras, acompañándose con un acordeón, la ha robado del hogar paterno y *materno*, y la tiene cautiva en una torre vieja.

Pero *hilemos* de nuevo nuestra narración: Armanda sufre y llora en el alto mirador del castillo; y á la vez que llora, espera con ansia algo imprevisto que la libre de



aquel terrible enemigo por quien sufre cautiva la ausencia de los seres más queridos.

De pronto, se oye un ruido extraño, por entre los corpulentos árboles que rodean el castillo; el ruido ha sido así como el chillido estridente de un pato monstruo.

La dama se estremece toda.

No han trascurrido algunos segundos, cuando se ve avanzar hacia la torre una cosa muy rara y muy siniestra.

Más que correr vuela, casi sin pisar el terreno, y como el gigante del cuento, lleva un ojo que brilla con terribles fulgores rojizos y verdes.

La infeliz Armanda está á punto de desmayarse.

Aquel monstruo que llega, chilla otra vez más fuerte y más ronco, el puente del castillo cae pesadamente sobre el foso, y el infame bastardo penetra en su morada montado en bicicleta. Este era el monstruo.

Armanda, que según hemos dicho está á punto de desmayarse, no se desmaya; al contrario, da dos ó tres saltitos y, palmoteando como una tontuela, exclama:

—¡Por fin, por fin!

De la profunda tristeza que la sumía, ha pasado al deleite mayor. Esto es raro.

Es decir, raro no es, si se considera que Armanda, con su vista de lince ha visto llegar un bulto al pie del torreón. Y el bulto es el trovador, el mismo que viste y calza, el mismo que se presenta dispuesto á todo para libertar á su adorada. ¿Lleva armas?

Una, y más poderosa que el más afilado lanzón. Con el acordeón se siente capaz de todo. ¡Arma tremenda!

No tarda en llenar de aire su potente fuelle, y un acorde fuerte surca los aires, penetrando á la vez por los espesos muros del castillo.

El bastardo se lleva las manos á las orejas, dá dos vueltas en redondo, y está durante unos segundos si se muere ó no se muere.

Armanda lanza una carcajada placentera, y cogiendo una piedra se la tira al trovador, el cual no hace caso, y sigue ejecutando escalas y arpegios dignos del más afamado oficial barbero.

El trastorno es grande dentro del castillo.

Los arqueros corren de un lado para otro, persiguiendo á las ratas que han aban-



donado sus escondrijos, mientras tanto el bastardo, repuesto del susto, sale en busca de Armanda, para evitar la emboscada que se le prepara.

La infeliz Armanda, creyendo que nadie la observa, se ha puesto á horcajadas sobre la balaustrada del mirador, y espera una señal de su amante para deslizarse por una escala de cuerda.

—¿A donde vas, traidora?—le grita el bastardo, cogiéndola del pelo.

—*Donde vá lo que zozobra*—murmura aquella pobrecilla.

—Antes pienso matarte.

—¡Oh!...

—¡Ah!...

En tanto cantaba desde abajo el trovador:

«Con una falda de percal plancha
y unos zapatos bajos de charol...»

—¡Has de pagar cara tu sátira infernal, coplero de los demonios!—grita el bastardo, asomandose por lo alto del torreón.

—Baja si quieres, morral;—le dice el músico, sin dejar de tocar.

—Véte, ó no respondo de mí ni de mis arqueros terribles.

—Ni te temo á tí ni á nadie; ¡baja gandul!

—¡Véte!... que me pierdes...

—No me iré sin Armanda.

—¡Eso, eso! grita la aludida, haciéndole cosquillas al bastardo.

Este siente bullir en su imaginación una idea maquiavélica. Lánzase sobre la atortolada castellana, le arranca la bata de un tirón y se la pone él sobre su pulimentada coraza. La pobre niña, no sabiendo qué partido tomar, se acurruca á un lado.

—Una vez que la quieres, sea; ahí la tienes, véte con ella, y que yo no os vuelva á ver el pelo — dice el bastardo al trovador.

—Gracias, hombre—responde el de abajo, confundiendo á su amada con el bastardo que se desliza por la escala.

Aun no ha llegado éste al suelo, cuando le oprimen dulcemente los brazos del trovador quien exclama en un transporte amoroso: - Por fin, amor mío.



—¡Por fin!—ruje el bastardo, metiéndole un puñal en el cuello.

—¡Por fin!...—grita Armanda, cayendo desde arriba y aplastándose el cráneo contra el de su amante.

¡Por fin soy tuya,
feliz instante!..

dice el acordeón, tocando solo.

El bastardo aprieta á correr, con los pelos de punta y su gente detrás.

Y cuentan los pastores que, desde entonces, todas las noches á las doce y cuarto se oye un acordeón lastimero en el fondo de las ruinas de aquel viejo castillo.

JOAQUÍN ARQUÉS



REY DE ARMAS

Salón Robira (Fernando VII, 5.)



Fot. Audouard

ANTONIO FABRÉS

TRAZAR con cuatro generalidades la silueta de un hombre de mérito, es cosa fácil y al alcance de muchos. Estudiar su génesis moral, profundizar en la intimidad de su sér, compenetrarse en su obra, aquilatar sus cualidades propias, distinguiéndolas de las adquiridas por el medio ambiente y por la cultura exterior; presentar, en fin, nó una silueta fugaz y borrosa, sinó un retrato exacto y de cuerpo entero, es ya empresa más difícil y que requiere en quien la acometa serenidad, clarividencia y real conocimiento del sujeto que ha de representarse.

Decimos esto, á propósito de la extraña coincidencia que ha puesto la pluma en nuestras manos, para tratar de la obra artística de Antonio Fabrés. Hermanos en el Arte y hermanos en nuestros afectos desde que traspusimos el umbral de la niñez, en vano hubiérase buscado quien tan bien conociera las más íntimas fibras de su sér, en lo que tiene de humano y en lo que tiene de artístico.

Todo hombre es un ente complejo, en el que luchan altos ideales y pequeñas pasiones, de las que no se eximen ni aun los más cultos ingenios. No contar con esos factores, que tan directa influencia ejercen sobre su espíritu y sus obras, es sólo conocer el simulacro del sér sin ninguno de los atributos que le son propios. Una obra no es hija de un autor, sólo porque haya puesto sus manos en ella, sinó también por las muchas circunstancias fortuitas, y ajenas tal vez á la misma obra, que han hecho que aquélla no se realizara en la tranquila plenitud de sus medios intelectuales, y sí bajo la presión de otros agentes extraños, que así pueden mejorar como desvirtuar su carácter.

Por esto, juzgamos mejor biógrafo y mejor crítico al que está en posesión de mayor número de hechos y antecedentes que más luz puedan proyectar sobre un carácter ó sobre el conjunto de la producción de un hombre; hechos y antecedentes que hallan su más seguro archivo en la amistad.

***

Si la vocación se manifiesta ya en la niñez, aunque sólo sea por medios instintivos, Fabrés la demostró inequívoca desde la primera infancia, merced á su espíritu de imitación, que no debía abandonarle jamás. Y téngase en cuenta, que consideramos aquella cualidad esencial en las artes imitativas, como lo es para el cantante el tener voz ante todo.

Cuatro grandes periodos abraza la historia artística de Fabrés, que casi pueden concretarse por los de permanencia en las ciudades donde se ha movido su espíritu.

Al par de esos grandes períodos, que trataremos más adelante de explicar, hay que recordar otros dos, no por ser accidentales, menos decisivos para el resultado de su producción artística; y son: el en que dominó como medio de expresión artística la escultura, y el en que, abandonándola, tal vez no por siempre, trocó los palillos por los pinceles, entregándose de lleno á la pintura.

Ahora bien; conviene saber que Fabrés fué escultor en sus mocedades, como hubiera sido pintor, si á ello le hubiesen encaminado. Nunca el medio de expresión ha sido obstáculo para ese excepcional artista;



MR. RIGOLÓ

Salón Robira (Fernando VII, 59)

puesto que, sin aprender casi la parte mecánica que á cada ramo corresponde, ha esculpido, ha pintado al óleo y á la acuarela, ha dibujado por todos los medios conocidos y ha grabado al agua fuerte, con la misma espontaneidad en todo, dominándolo todo á la perfección, de buenas á primeras.

Estos méritos especialísimos, de cuyo desarrollo hemos sido testigos, y con nosotros muchos de los amigos de Fabrés, son tan innatos en él, que ni siquiera pueden abonarse en su favor sus condiciones de actividad, únicas que en la mayor parte de los casos son parte necesaria de todo triunfo.

Decir qué estudió *prácticamente* y con asiduidad, para saber lo que sabe, sería una herejía. Su carácter le hizo emular á todos los ídolos que se le han puesto por delante, y su fiebre de trabajo le ha durado hasta lograr que el ídolo no fuera ídolo, sinó un rival suyo.

De suerte que sus mayores progresos han correspondido á sus mayores ímpetus de emulación.

Estos han sido los únicos estudios de Fabrés, y en ellos únicamente reside el secreto de sus progresos.

Por eso, cuantos se extrañan de la facilidad con que nuestro artista pasó de la escultura á la pintura, desconocen su esencia íntima, que le hacía igualmente equilibrado y dispuesto para todas las artes plásticas.

Hemos querido sentar estos precedentes, para que se comprendan ciertas particularidades del carácter artístico de Fabrés que aparecen en sus obras sin plausible explicación; no siendo la menor de todas, el evidente dualismo que existe entre su doble personalidad de escultor y de pintor, en cuanto al concepto diametralmente opuesto con que ha sentido uno y otro arte. ¿Cómo se explicaría si nó, que quien modelaba el barro con grandiosidad fidíaca ó miguelangelesca, en inmediata relación con la grandeza de los asuntos que la escultura le inspirara, sintiera con tanta nimiedad y apocamiento el frívolo goce que puede despertar en un alma grande la ejecución de esa pintura llamada de caballete?

El dualismo no es real. Fabrés, pintor, hubiera emulado al escultor, si las dos corrientes que le han arrastrado, la del gusto dominante en su tiempo y la de la necesidad, no hubieran sujetado su genio al potro del trabajo manual, el único que desgraciadamente aun hoy se cotiza. Y, no obstante, ¡cuánta nobleza, cuánta dignidad emanan de su dibujo, preciso y corpóreo como una escultura; de su colorido brillante y rico como una concha de nácar; y de su pincelada pastosa y suave como una caricia de hada!



¡QUÉ GRACIOSO ESTÁ EL SEÑOR!

***

Fabrés, niño, fué un soñador.

Pobre de espíritu y de cuerpo, teniendo por compañera la escasez y por patrimonio la orfandad, vivió sus primeros años encerrado en sí mismo, como la ostra, sintiendo tristezas nostálgicas, indefinidas aspiraciones hácia cosas que aún no tenían nombre.



LOS DOS AMIGOS

Los primeros rudimentos artísticos los recibió en un modesto taller, donde, más por propio impulso que por consejo ajeno, aprendió á manejar los palillos, á romper el mármol y á desbastar la madera.

Su ingreso en la Academia de Bellas Artes le reveló un mundo nuevo; el mundo tal vez de sus ensueños, que tomaba cuerpo ante su atónito espíritu. Sucedía esto, allá por el año 1869, en pleno período revolucionario, cuya influencia dejóse sentir en la misma Academia, donde por el término de cuatro ó cinco años no rigió, al menos en la práctica, ningún reglamento. No hay que decir si aquel período de libertad, que tan bien sentaba á la impresionabilidad de su carácter, le incitaría á mariposear con las varias novedades que se ofrecían á su estudio.

Permaneciendo siempre escultor, no por cierto con la asiduidad que hubieran hecho suponer sus progresos, Fabrés se permitió algunas correrías por otros vedados; así que, en los cuatro cursos que frecuentó la Academia, esculpió, dibujó, grabó, pintó y compuso: alcanzando en todos esos ramos los mismos premios que se otorgaban á los especialistas.

Era ya de ver entonces la facilidad con que se asimilaba todos los procedimientos. Si la primera tentativa era vacilante y como de orientación, en la segunda se desquitaba, superando á sus compañeros en aquello que era de su especialidad. Entre los profesores y condiscípulos de entonces, quedó axiomático que Fabrés podía hacerlo todo, con un acto de su voluntad.

Las primeras obras que ha expuesto en su vida pertenecen á ese período. En 1870 (contaría á la sazón quince años), el busto en yeso de un amigo suyo, en la Exposición de Bellas Artes que hubo en la por entonces incipiente calle de las Cortes; y otro busto también en yeso, de un anciano, en la Exposición regional que se celebró en la nueva Universidad, en obsequio al rey Amadeo.

Premiáronle el último con mención honorífica; y esta fué la primera distinción de carácter público de que ha sido objeto.

Haremos gracia al lector de lo mucho que podríamos decir referente á esa época de germinación del artista, sin duda la más interesante de su vida y la más digna de estudio. Impórtanos consignar únicamente que en el período de seis años, pasados dentro y fuera de la Academia, tal vez no ascienden á una treintena los estudios de escultura que modeló; y de ellos, sólo tres ó cuatro lograron verse acabados en todas sus partes.

Con ese ajuar artístico se presentó á oposiciones, para obtener la plaza de pensionado en Roma que en 1875 sacó á concurso la Diputación Provincial de Barcelona.

La idea que de aquel concurso dependía su porvenir, centuplicó sus fuerzas, y acabó su estatua *Abel muerto* (tema del concurso), y ganó la ansiada plaza. Todo Barcelona artística desfiló ante aquella estatua, reputada universalmente por obra maestra, bajo el doble aspecto del sentimiento y del modelado.

***

Era en aquel tiempo ir á Roma, como ir á la meta del Arte. A los alicientes seculares de la antigüedad clásica, que se renovaron con nuevos tesoros en el Renacimiento, había los de género más positivista que puso en boga Fortuny y que refluían en la Ciudad eterna como un río de oro, del que algo alcanzaba á cuantos, con más ó menos estro, cultivaban la pintura. Antes, solían perfeccionarse en Roma los ingenios, é iban luego á consagrarse en París. Pero desde 1866, Roma fué convirtiéndose en un gran mercado internacional de artes, en el que se cambiaban por sendos billetes de banco las ricas telas, los bordados, los cachivaches de antaño que la mano habilidosa del pintor engarzaba en dos palmos de tabla, con la paciencia de un cartujo y la inconsciencia de un *bon vivant*. El artista bohemio fué desapareciendo de la vista de la sociedad, y las desnudas paredes de los estudios cubriéronse de los más ricos despojos de otras edades, convirtiéndose en museos suntuarios de fabuloso coste.

Citábanse con fruición los nombres de los que se habían enriquecido, y á los efluvios del Arte uníanse los del oro, prontos á metalizar toda inspiración y á trocarla por moneda contante y sonante.

A esa Roma llegó Fabrés, un año después de la muerte de Fortuny, cuando aun persistía la influencia de aquel genio, que, como todos los genios, dejó una interminable estela de serviles imitadores.

El nuevo escenario, vasto y grandioso cual lo ambicionaba, infundióle inusitados alientos. La compañía y contacto con grandes artistas de todas las naciones, despertó con nuevo impulso su emulación, y bien pronto se distinguió entre los mejores. Sus dibujos á pluma le crearon una reputación no superada por nadie, y cuantas obras de escultura esbozó, fueron calificadas de geniales por cuantos frecuentaban su estudio.

Por desgracia, las fiebres palúdicas, endémicas entonces todavía en Roma, tomáronle entre sus garras, dándole sólo tregua suficiente para que pudiera ver antes destruídas que terminadas las pocas obras de escultura que comenzó en el período de dos años, los que debía durar la pensión.

Sucesivamente, fué dando forma á una poderosa estatua de *Prometeo*, que quedó en boceto; un *Domador de serpientes* árabe y una *Escena báquica*, bajo relieve encerrado en un marco de vides y racimos que, en sus procedimientos, recordaba los de las puertas de Ghiberti en Florencia. Todas esas obras y un alto relieve representando el evangelista *San Marcos*, de factura miguelangelesca, terminaron en polvo; parte debido á culpas del paludismo, y parte también, ¿por qué no decirlo? á ciertas dificultades pecuniarias. Apremiado por sus compromisos con la Diputación Provincial, remitió en 1878 un notable bajo relieve,



PITONISA — *Salón Robira (Fernando VII, 59).*



ARCABUCERO ESPAÑOL (AÑO 1700). *Salón Robira (Fernando VII, 59).*



CANTADORA

Salón Robira (Fernando VII, 59)

representación del *Siglo XIX,* simbolizado por el vapor y la electricidad. La despedida de Fabrés escultor, fué la preciosa estatuita en bronce de *la Tragedia* que, por encargo de la propia Diputación, envió en 1880, con destino á los Juegos Florales de aquel año.

Esa prematura despedida fué una verdadera pérdida para el Arte. Fabrés era un mago del barro, que bajo sus manos tomaba las más nobles formas. Profundo conocedor de la belleza griega, sublimemente graciosa como en la Venus de Milo, majestuosa y reposada como en el Torso de Fidias; entusiasta por las magnilocuentes creaciones de Miguel Angel; asequible á los realismos humanos de la escuela florentina, representada por los della Robbia y Donatello; culto estimador de las encantadoras minuciosidades de Ghiberti, mostró, en lo poco que le permitieron producir su temperamento y sus enfermedades, que era uno de los hijos más predilectos en ese arte, y superior á muchos que gozan merecida notoriedad.

Así terminó el primer período de su historia.

***

La Diputación Provincial de Barcelona habíale prorrogado, en 1878, la pensión por otros dos años. Puede decirse que ya desde esa fecha empezó á ejercer influencia en el ánimo de Fabrés el ambiente que le rodeaba en el campo de la pintura. En las noches de la Academia Giggi, dedicóse á pintar á la acuarela, dominándola con excepcional facilidad, pero no lanzándose más allá del simple estudio. Empezó, además, á dividir su tiempo diurno, pintando al óleo pequeñas tablitas, en las que ensayaba el mecanismo copiando flores, en cuyo género se distinguió bien pronto, y en borronear algunas telas que quedaron eternamente en esbozo.

Fortuny, por quien sentía sincera y merecida admiración, le atraía con la elegancia de sus composiciones, con la magia de su paleta, con la gracia de su pincel; sus primeros ensayos se dirigieron á emularle, y su primera obra, *Centinela árabe,* compendiaba las principales cualidades del artista reusense, emparejadas con el dibujo propio de Fabrés, en el que asomaba la precisión de contorno y la fuerza de claro obscuro del escultor. El cuadro fué adquirido á buen precio por un rico coleccionista de Filadelfia, Mr. H. N. Bartol, quien lo llevó á una exposición artística de su país; escribiendo poco después que no había obtenido el primer premio por no concederse recompensas á los artistas extranjeros.

¡BUEN PADRE DE FAMILIA

***

Empezó y terminó seguidamente algunos trabajos, ya al óleo, ya á la acuarela, algunos de los cuales le compró Goupil, quien visitó su taller las dos últimas veces que estuvo en Italia, apremiándole para que se trasladara á París, donde hallaría campo abonado para su actividad; hasta que, sin advertirlo él mismo, fué relegando la pintura al óleo y entregándose de lleno á la aguada, en la que ha producido sus mejores obras.

Hasta entonces, ese género de pintura había sido empleado como medio inferior, bueno únicamente para impresiones ligeras y de peculiar galanura. Sólo Fortuny y alguno de sus secuaces habíanle concedido más altos honores, permitiéndose, merced á aquel mecanismo, realizar verdaderos cuadros, estimados como tales en el gran mercado. Fabrés se sirvió de la acuarela para pintarlo todo, como hubiera hecho con otro sistema cualquiera; obteniendo efectos nunca vistos de robustez y calidad, ora impresionando la naturaleza con cuatro manchas de color, ora apurando lo inconcebible hasta llegar á la miniatura; firme, robusto, jugoso, verdadero. Nadie, antes ni después, ha llevado la acuarela á tan alto grado de perfección y de ennoblecimiento; y bastaría este mérito, si otros no se unieran á corroborarlo, para que Fabrés se hubiese ganado, con justo título, el de grande artista.

Roma, no obstante, le era fatal. El paludismo no le daba más que cortas treguas, y su productividad corría parejas con el estado de su salud. Con todo, la lista de lo que pintó durante los años que corrieron del 1880 al 1884, formaría un largo catálogo.

Como rasgo de su celeridad fulmínea en manchar sus impresiones, plácenos recordar el contrato que firmó con un comerciante de cuadros, obligándose á entregarle *una acuarela diaria,* que Fabrés pintaba en las *dos horas* de modelo nocturnas.

Con la práctica adquirida, su trabajo se hizo más sintético, ganando en vigor sin perder en elegancia, y personalizóse su estilo, en el cual ya no se volvió á advertir ninguna influencia extraña.

Hacemos caso omiso de alguno que otro cuadro al óleo, que, ya interpoladamente, ya en las postrimerías de ese período, distrajeron su labor acuarelista. Su nombre había traspuesto las fronteras, y su firma era solicitada en todos los mercados. Nunca se le ocurrió buscar su gloria en las exposiciones, donde imperaban corrientes históricas, á las que siempre se mostró poco aficionado.

De aquí, su pintura francamente señoril y aristocrática, tan ajena de abstrusas filosofías como de rebuscada fealdad. Sólo los artistas ricos por herencia ó los dispuestos al sacrificio, pueden afrontar con esperanzas la pintura transcendental, pues el éxito negativo no ha de hacer cambiar en una línea el curso de su existencia.

ENTRE TELARES



ASESINO.

Azares de la vida restituyéronle á Barcelona, llevándose de la Ciudad eterna, además del recuerdo agridulce de sus días más felices y de sus más hondas contrariedades, la amistad de los hombres que más honraron á Roma durante los nueve años de su residencia en ella.

Su ciudad natal le recibió como un hijo predilecto, hallando en sus amigos los antiguos entusiasmos por su talento, satisfechos de haber acertado el vaticinio.

Ocho años permaneció en Barcelona, desde 1886 á 1894, perturbado á poco de su llegada por una grave pérdida de familia, y realizando su matrimonio antes de terminar el primero.

En este mismo año, celebró una exposición de conjunto en el «Salón Parés», cuyo ruidoso éxito está demasiado fresco en la memoria de los que la vieron, para que nos entretengamos á decantarla nosotros. *La Ilustración Artística* le dedicó un número completo, y toda la prensa local prodigó los más entusiastas epítetos al valor artístico de Fabrés.

Mandó á la Exposición Nacional de Madrid de 1887 una de sus acuarelas, el *Ladrón*, á la cual el Jurado otorgó una segunda medalla. Al propio tiempo, daba mano á terminar los notables dibujos, empezados en Roma, que ilustraron las *Poesías de Angel Guimerá*.

Vino luego la Exposición Universal de Barcelona, y por ella volvió Fabrés á pintar al óleo, hallando su antigua fluidez templada por una mecánica más sobria y concisa, que le hacía representar la naturaleza lo más cercanamente posible á la realidad, sin los alardes impetuosos del neófito. Para el gran Certamen, pintó un cuadro del género en que más ha sobresalido: un *Guardián árabe*. Dicho cuadro era á pleno sol, y podrá juzgarse de su mérito, sabiendo que Bouguereau, Presidente del Jurado extranjero nombrado por los artistas franceses, propuso á Fabrés para dos primeras medallas: una por el cuadro en cuestión y otra por un grupo de acuarelas, expuestas en la sección correspondiente.

Intrigas de bastidores negáronle el galardón merecido, concediéndosele sólo una medalla de segunda clase, por su cuadro al óleo.

Otros cuadros pintó á continuación, entre los que recordamos como notabilísimos y dignos de su firma: uno también de tema árabe, *En la puerta del Serrallo*, maravilla de color y de ejecución, que halló en Londres un éxito extraordinario y comprador á fabuloso precio; y *Anécdota*, deliciosa escena en un cuerpo de guardia del siglo XVI, de complicada composición y atildada factura.

No se crea, sin embargo, que se limitara lo hecho durante esos diez años á lo descrito, pues hay que llenar los huecos con multitud de pequeños trabajos. Mas, en resumen, era Barcelona demasiado estrecho campo á su actividad, y en ella no pudo ni se propuso hacer más que mantener su envidiable posición artística.

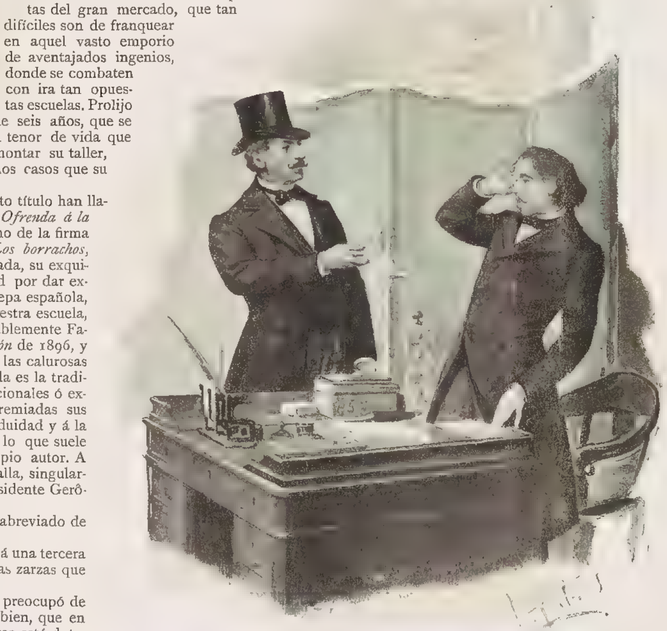
En 1894 marchó á París, última etapa de su peregrinación. Su renombre y, tanto como éste, su talento, abriéronle fácilmente las puertas del gran mercado, que tan difíciles son de franquear en aquel vasto emporio de aventajados ingenios, donde se combaten con ira tan opuestas escuelas. Prolijo y cansado sería seguir su producción en este período de seis años, que se caracterizan por una actividad febril, proporcionada al tenor de vida que exige la gran metrópoli. Una fortuna ha empleado en montar su taller, provisto de cuantos elementos le convinieren, en todos los casos que su gusto ó su inspiración lo reclame.

Señálase esta época, por dos de las obras que con justo título han llamado la atención del *tout Paris:* el diminuto cuadrito *Ofrenda á la Virgen*, expuesto en el *Salón* de 1895, reputado por digno de la firma de Meissonnier; y el cuadro de grandes dimensiones *Los borrachos*, que sirvió á Fabrés para demostrar su largueza de pincelada, su exquisito gusto por la composición y la espontánea facilidad por dar expresión á los rostros y á las actitudes. Obra de genuina cepa española, recuerda en su procedimiento los grandes maestros de nuestra escuela, y singularmente Velázquez, en quien debió pensar indudablemente Fabrés mientras la ejecutaba. Expuso este cuadro en el *Salón* de 1896, y hasta nosotros llegaron los ecos del éxito que obtuvo, en las calurosas frases de elogio que mereció á la prensa de París. Sabida es la tradicional dificultad que encuentran los artistas, ya sean nacionales ó extranjeros, especialmente los últimos, para que vean premiadas sus obras. Más que al mérito intrínseco, se atiende á la asiduidad y á la consideración merecida en una serie de concursos; por lo que suele suceder que la obra premiada no sea la mejor del propio autor. A pesar de eso, Fabrés obtuvo algunos votos para una medalla, singularmente los de Benjamín Constant, Henner, Dupré y el presidente Gerôme, que quiso conocer personalmente á nuestro artista.

Llegamos al final de éste ya largo artículo, resumen abreviado de una existencia totalmente consagrada al Arte.

Mucho ha producido Fabrés, y con ser tanto, no llega á una tercera parte de lo que hubiera podido hacer, á no tropezar con las zarzas que han entorpecido su camino.

Enamorado de la belleza por la belleza misma, no se preocupó de dar gusto á esta ó á la otra escuela, creyendo, y creyó bien, que en todos los terrenos podía producirse arte, cuando quien crea está dotado de condiciones idóneas para ello. Por eso, no ha hecho púlpito de su arte, ni ha pretendido salvar la sociedad, poniendo bajo su vista el



INFRAGANTI



AFILADOR DE ARMAS (AÑO 1700.)

Salón Robira (Fernando VII, 59).

espectáculo de sus errores ó de sus miserias. Sobre el ideal moral ha colocado el ideal de la belleza plástica, que es inmutable en el tiempo, y no se le puede acusar de mal predicador, puesto que ha vertido belleza á manos llenas.

Minucioso como Teniers, dibujante como Meissonnier y colorista como Fortuny, los compendia todos, sumando en una sola individualidad sus varias cualidades.

Testimonios de sus particulares triunfos son las medallas de plata ganadas en Londres, Madrid y Barcelona; las de oro obtenidas en Munich, Viena y Tunez; sus cuadros en los museos de Madrid, Stockolmo y Nantes y en infinidad de galerías particulares, entre las que hemos de notar la del palacio imperial de Berlín, la de la Infanta española Doña Paz, la del gran actor alemán Ludvic Barnay, en Wiesbaden y la de la marquesa de Carcano, la afortunada propietaria de *la Vicaría* de Fortuny, que quiso poseer la *Ofrenda á la Virgen*, de Fabrés, para colocarla debajo del cuadro del gran reusense.

Nuestro artista es joven aún, y en su juventud confiamos para verle trocar el arte especulativo y de puro adorno por otro que hable más directamente al corazón. A esto dirige sus aspiraciones, y á recobrar su antiguo imperio sobre la escultura. Pero cualquiera que sea el rumbo que tome, Fabrés permanecerá eternamente fiel á la belleza, salud del Arte.

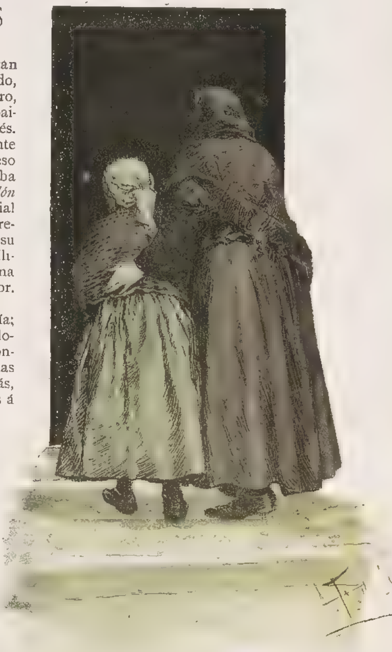
Francisco CASANOVAS



CABEZA DE ESTUDIO

EL NUMERO FABRES

Grata sorpresa experimentaran nuestros suscriptores cuando, sin previo aviso, reciban este número, dedicado por completo á nuestro paisano, el eximio pintor Antonio Fabrés. Y no se les avisó anticipadamente de ello, por la sencilla razón de que fué pensado y hecho casi de improviso, después de estar ya impreso el número anterior, en que el anuncio debía aparecer. Sabedores de que el insigne artista se encontraba por corto tiempo en esta ciudad y de que iba á exponer una pequeña colección de sus obras en el *Salón Robira*, de la calle de Fernando, nos apersonamos con él inmediatamente, logrando de su proverbial amabilidad el oportuno permiso para reproducir los cuadros y dibujos que forman en conjunto este precioso y artístico joyal. Cumplimos el sagrado deber de expresarle públicamente nuestra gratitud por su galantería; lo propio que al dueño del citado establecimiento, quien nos ha dado todo género de facilidades para la realización de nuestros deseos; y llenamos el reducido espacio que nos queda, con una sucinta explicación de los trabajos que en el número figuran, para que sean apreciados en su justo valor.



Á LA MISA DEL GALLO

De los méritos que adornan á Antonio Fabrés hemos dado cuenta en la precedente extensa biografía; no queremos, pues, cansar al lector con nuevas alabanzas; máxime cuando tiene ante sus ojos la más elocuente manifestación. Siete son las pincipales reproducciones que honran estas páginas, correspondientes á otras tantas obras; tres de ellas pintadas al óleo, y las cuatro restantes á la aguada. Intercálanse en el texto, además, nueve dibujos, ejecutados con vario mecanismo, suficientes á atestiguar la facilidad de Fabrés en todos los géneros que la representación de la naturaleza le sugiere. Haciendo caso omiso de estos últimos, vamos á dar breve noticia de los temas de los primeros.



FRAGMENTO

Rey de armas. El original de esta hermosa acuarela es de grandeza natural. El carácter del rostro, la rica dalmática, dividida en cuarteles heráldicos, y los demás arreos del traje, ajustados rigurosamente á la época, dan idea de lo que eran los reyes de armas del siglo xv.

Monsieur Rigoló. ¿Quién no conoce á Monsieur Rigoló? Unas veces le veis andar por el lodo, vestido con los andrajos del *camelot;* otras le veis asomado á las tablas de un café *chantant*, subrayando con maliciosos distingos la *chansonette* de moda; otras le distinguís entre las butacas de un gran teatro, *reventando* con un oportuno chiste una obra; otras, vestido de frac y calzando el guante blanco, le halláis en las reuniones de la *haute*, vertiendo su picante murmuración... Es el espíritu parisién, ora fino y culto, ora acanallado y carnavalesco, que se filtra en todas partes, sin que nadie le llame, llevando por doquier la alegría y dejando con frecuencia huellas de desolación.

Pitonisa. Adormecida por la fuerza hipnótica del sacerdote, y en la extática clarividencia del iluminado, profiere, con voces que parecen de otros seres, las sibilíticas profecías que espera ansioso el pueblo consternado. Si aquellas son favorables, responderá el pueblo con entusiastas aclamaciones en honor de la pitonisa; mas si ésta defrauda la común esperanza, prepárese á oir los más soeces denuestos.

¡Es la historia de siempre!

Arcabucero del Siglo xvii. Todas las cualidades que pueden personalizarse en un grande artista, residen en esta tabla que firmaría Meissonnier. Cuando se sabe dibujar una figura con el aplomo y corrección de este *Arcabucero*, y se sabe pintar, hasta confundir el mecanismo con la realidad misma, se tiene derecho á sincera é indiscutible admiración. Fíjense nuestros lectores en las manos, escollo de la generalidad de los artistas, y por ellas deducirán la excepcional maestría de su autor. Nada diremos del asunto, reducido á presentar con absoluta fidelidad en la indumentaria, un tipo muy común durante el siglo xvii.

La cantadora. Sumida en la monótona intimidad del Harém, sin que logren lisonjearla las galas y preseas con que el imperial señor cubre sus tristezas, la Odalisca sueña despierta en su lejana patria. Sus manos acarician la guzla, de apagados sones que semejan dolientes quejidos, y su boca se entreabre maquinalmente para suspirar la dulce canción que aprendiera en la niñez. La bella circasiana siente nostalgia y canta dentro de su jaula de oro.

Afilador del Siglo xvii. El maestro armero terminó la espada. Temple perfecto, elasticidad exquisita. Falta únicamente sacarle filo; operación delicada y á la que se entrega el maestro, poniendo en ella su atención toda. Tal es el apunte de este asunto á la aguada, tan simple como eficaz en sus medios de expresión.

Abanderado del Siglo xvii. Hanle nombrado alférez, haciéndole responsable de la bandera que confían á su valor. Para recibir tan alta dignación, se ha puesto sus mejores galas, y en la fiereza de su cara se echa bien de ver el orgullo de que se siente poseído por su nueva y honrosa misión. Tal vez mañana cubra su cuerpo, ensangrentado y yerto, con los pliegues de la bandera, su gloriosa mortaja.

* * *



ABANDERADO ESPAÑOL (Año 1700). *Salón Robira (Fernando VII, 59)*



COQUETERÍA

Salón Robira (Fernando VII, 59).

LA FIESTA DE LAS CANDELAS

Del fuego se sirvió Dios, en los tiempos antiguos, para manifestarse á los hombres. La Escritura nos dice que, al marchar Dios con su pueblo, se hacía preceder de una columna de fuego. La costumbre de obsequiar á la Divinidad por medio del fuego, puede decirse que es tan antigua como el mundo, y que hasta el verdadero Dios la admitió en los sacrificios ofrecidos por los primeros patriarcas, la prescribió en el Levítico y se ha practicado en su templo.

Los griegos, en las fiestas de las lámparas, prestaban también cierto culto religioso al fuego, lo propio que hicieron los romanos en las de Ceres.

Algunos escritores han querido demostrar que la fiesta llamada de las Candelas es una superstición tomada de la iluminación de las lámparas que en honor de Ceres hacían los gentiles en las fiestas lupercales; pero esto no es cierto. La fiesta de las Candelas, llamada por los griegos de los Encuentros, porque el anciano Simeón y la profetisa Ana encontraron al niño Jesús en el templo cuando fué presentado al Señor, es antiquísima en la Iglesia, y su práctica debe atribuirse, según los teólogos, al tiempo de los Apóstoles.

«La Iglesia, dice el venerable Beda, ha cambiado felizmente las lustraciones de los paganos, que se practicaban por el mes de Febrero, y las ha sustituído en las procesiones, en que se llevan velas encendidas en memoria de aquella divina luz con que Jesucristo ha iluminado al mundo, y que la hace llamar Simeón luz de las naciones.»

Tres eran estas fiestas gentílicas.

La primera se celebraba en las Calendas de Febrero, en honor de Proserpina. Prendado de su hermosura Plutón, dios del infierno, la arrebató, y, casándose con ella, la constituyó diosa. En memoria de este acontecimiento, las mujeres romanas pasaban toda la noche con hachas encendidas recorriendo las calles, figurando buscarla.

La segunda se celebraba en honor de Februa, madre de Marte, que dió su nombre á dichos meses. Tenía efecto cada cinco años; concurriendo á ella toda la ciudad, en trajes indecorosos, con hachas encendidas, y era tanto más inmoral cuanto que tomaban parte los dos sexos.

La tercera se celebraba en honor de todos los dioses, para aplacar su ira é implorar su misericordia en favor de los difuntos. Delirios gentílicos, correspondientes á su teogonía mitológica, tan absurdos en su parte dogmática, como perjudiciales á la moral, en su práctica.

La crítica moderna no está muy conforme en la sustitución de las lupercales gentílicas por nuestra fiesta de Candelaria. Ha consultado el calendario pagano, y halló que no convenían las fechas, pues aquellas se celebraban, dice, no el 2 de Febrero, sino el 16 del mismo y el 22 de Noviembre; diferencia que puede consistir en el modo de computarlas. Nosotros nos apoyamos en testimonios muy respetables, entre ellos el de Inocencio III. «Los primeros cristianos, dice, continuaban celebrando, sin espíritu de superstición, las fiestas de las luminarias en el mes de Febrero; y la Iglesia consagró estas fiestas á la Madre de la luz, para que no se celebrasen ya en honor de Proserpina, esposa del dios infernal, sino en honor de la Esposa del Dios del cielo; no de Februa, madre del dios de la guerra, sino de la Madre del Dios de la paz; no de las legiones satánicas, sino de la Reina de los ángeles.»

Los romanos adoraban á Proserpina, para captarse la gracia de su esposo; adoraban á Februa, para que les consiguiera el triunfo en sus empresas bélicas; adoraban á los dioses infernales, que suponían verdugos inexorables de los difuntos, para inclinarlos á la misericordia.

Ahora ya nos será más fácil hallar la significación mística de esta solemnidad que celebra la Iglesia.

Las candelas encendidas son una protesta de que la Virgen María, más pura y refulgente que las antorchas, no estaba sujeta ni necesitaba la purificación que había sido establecida para las mujeres comunes. La cera, labrada por la industria de las abejas, sin concurso de varón, significa su integridad virginal; y la luz que brilla en el centro de las antorchas, representa la pureza virginal de la Virgen.

Las candelas encendidas significan, según San Jerónimo, la alegría que debe inundar nuestras almas; aquella alegría que tiene su origen en la buena conciencia, en el corazón recto. «Por todas las iglesias de Oriente, decía, refutando al hereje Vigilancio, se encienden antorchas al cantar el Santo Evangelio, á pesar de la luz del sol, no para ahuyentar las tinieblas, sino como signo de alegría.» Por eso, las sagradas vírgenes llevaban siempre encendidas sus lámparas; por eso, se dijo á los apóstoles: «ceñíos y llevad siempre encendidas vuestras antorchas;» y de San Juan Bautista, dijo el Salvador: que era un fanal siempre ardiendo, siempre brillante.

Queda, pues, sentado que la Iglesia ha instituído la augusta, antiquísima y veneranda solemnidad de las Candelas, en sustitución de las asquerosas y lúbricas lupercales de los gentiles.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ
Misionero apostólico.



APUNTE DEL NATURAL; por A. Romeu.

ROSINA STORCHIO

ROSINA Storchio es el prototipo del *soprano lírico,* según la nueva nomenclatura teatral.

Posee voz extensa é igual en todos los registros, distinguiéndose los agudos por su sonora expansión; correcta escuela de canto, que la permite afrontar sin esfuerzo las *agilidades* que aún se encuentran en las obras de su carácter; dicción exquisita que le hace matizar con acentos de simpática coquetería ó de intenso dolor las situaciones análogas de los personajes que representa; y por último, un sentido espontáneo de la naturalidad escénica, que le da valor de actriz, tanto, por lo menos, como de cantante.

Si á esto se añade una figura gentil y agraciada, se comprenderá la facilidad con que se adaptan á sus felices facultades las protagonistas del teatro lírico moderno, tan humanas en su esencia y tan complejas en sus manifestaciones afectivas.

Mimí, Manon, Mignon y *Margarita* (todas con M inicial), han hallado en la señorita Storchio una intérprete eficaz y personal, indiscutible bajo el punto de vista del arte.

Aun recordamos el entusiasmo que despertó en el público del Gran Teatro del Liceo, el día 10 de Abril de 1898. Estrenábase *La Bohême,* y con la ópera dábanse á conocer casi todos los artistas que debían interpretarla.

Cantó Bonci su *racconto* con el arte delicioso que le es propio, causando extraordinaria sensación en el público, que le obligó á repetirlo. Difícil era mantener el calor del entusiasmo con tan peligroso parangón, y la prueba requería condiciones no menos extraordinarias.

La señorita Storchio se lanzó, con la convicción que presta el conocimiento del propio valer, á la conquista del aplauso, desarrollando su naturalismo de buena ley, exaltando con la belleza de sus notas, persuadiendo con la verdad de su dicción. Al llegar á la frase, *altro di me non le saprei narrare,* dicha con un candor y un gracejo de virgen humilde y modesta, había vencido la batalla, y el público del Liceo le confería honores de niña mimada de la casa.

La *Mimí* de la Storchio quedó memorable, dejando en todos sus admiradores el deseo de oirla otra vez. La Empresa del Liceo tuvo el buen acuerdo de escriturarla para la corriente temporada, y merced á ello, hemos tenido el placer de saborear sus progresos y de oirla en otras *particelle.*

En *Mignon,* pudimos apreciar sus cualidades de *virtuosa,* unidas á las de sentimiento que ya le conocíamos; así como en *Mefistófele* su acento dramático. Pero una creación como en la *Bohême,* sólo hemos vuelto á hallarla en su *Manon,* en la que despliega todos sus recursos de artista amante de la verdad, ora con la curiosidad inconsciente del primer acto; ora con los fugaces sentimentalismos del segundo; ya con sus coqueteos de mujer ligera, en la feria de *Cour la Reine;* ya con sus arrebatos amorosos en *San Sulpicio;* ó ya, por último, en los desgarradores desfallecimientos de la muerte.



ROSINA STORCHIO, EN LA ÓPERA «MEFISTÓFELE».
Fot. A. y E. F., dits Napoleón (Suc. en la Plaza del Angel)

La señorita Storchio ha recorrido victoriosamente los mejores teatros de Europa y América, dejando en todas partes una larga estela de aplausos y admiración. Dentro del género especial en que puede hacer valer sus envidiables facultades, podrá tener émulas, pero difícilmente encontrará quien la supere.

* * *

RABANITOS FRESCOS

(CUENTO ORIGINAL).

El gobernador de Milán, allá por uno de los tristes años en que gemía la hermosa Italia bajo el ominoso poder de los austriacos, era un generalote de cara adusta y feroche, retorcidos mostachos, bronca voz, aire petulante y fanfarrón, y... lo que aun le hacía menos simpático, hombre de alma fría y refinadamente cruel. Su nombre quedó borroso en la historia, entre los de otras vulgarísimas personalidades, encumbradas por la voluntad del maligno genio infernal de las tiranías.

Llamárase como se llamara el austriacote dicho, mejor cuadra á nuestro intento, darle á conocer con el apodo que el pueblo, crítico siempre agudo y oportuno, hubo de aplicarle: denominábale «El general Zipolar;»—apodo que quiere decir tapar un tonel, y que tal vez se le pusieran porque bebía mucho, ó porque, intentando acallar á los mal contentos milaneses, procuraba afanosamente impedir que éstos manifestasen su amor á la independencia de la patria.

—A ver, Kirví — dijo un día el general, dirigiéndose al jefe de sus esbirros, ó polizontes buscones, dedicados á la caza de italianos, enemigos del Austria; — necesito un racimito de conspiradores finos, para que el Emperador vea que aquí no estamos ociosos.

—Señor general, es difícil hallar lo que V. E. desea; hemos removido la tierra, para buscar á los muchos que se ocultaban, y ya, como no los inventemos, no sé yo qué conspiradores de verdad podremos hallar. Sólo saldría alguno, si es que alguno ha quedado, sólo saldría, digo, si V. E. diere nuevo cebo para que, por él seducido, se determine á sacar la cabeza de debajo de su concha el que se hubiere escapado de nuestras garras.

— ¿Y qué cebo daría? ¿Pasaportes libres para Francia? Esto ya lo hemos hecho. ¿Fingir con los espías nuestros una conspiración? También es recurso conocido. ¡Por Dios, que no se me ocurre añagaza nueva, para pescar á los incautos, y eso que no creo estar privado de talento!

— ¿Vuescelencia privado de talento? — replicó el servilón.— ¿Quién se atrevería á negar que V. E. es uno de los hombres por el cielo dotados de inteligencia maravillosa? Porque V. E. no halla en este instante el medio deseado, es por lo que ni siquiera nos atrevemos nosotros á discurrir sobre el caso.

Al decir esto el esbirrión, sonrióse con vanagloria Zipolar, y ya iba á despedir á sus sabuesos, con el jefe de ellos, el turco Kirví, cuando presentóse el oficial que hacía guardia en la cámara del gobernador, y dijo:

—Señor excelentísimo...

¿Qué novedad ocurre?—preguntó cegijunto el general Zipolar.

—Una pobre muchacha desea hablar con V. E. excelentísima.

—¿Una muchacha? ¿una joven bonita?

—Sí, señor; bastante linda.

—Dejadle, pues, que entre y retiraos, — contestó el tiranuelo. —Querrá pedirme alguna gracia, y podría avergonzarse de hacerlo delante de vosotros.

—Señor general, no olvide vuescelencia que hay que vivir con sumo recelo; los traidores también pueden valerse de una mujer, para asesinar á vuescelencia, — apuntó por su parte Kirví.

Esa sospecha llenó de temor el ánimo del generalote, y Zipolar resolvió que no saliesen del salón los esbirros.

—¿Cómo te llamas? — preguntó Kirví á una lindísima muchachita de diecisiete años de edad que el oficial hizo entrar en el salón.

—Marietta, señor;— contestó con voz debilísima y aire de profunda timidez la jovencilla.

—¿Y qué deseas? Díselo á S. E. que entiende la lengua toscana.

—Yo, señor general, tengo un novio que, por ser amante del Emperador de Austria y de Italia, tuvo que salir de Roma, arrojado de la casa de su tío, un rico cardenal á quien servía y pensaba heredar. Franccesco se vino aquí, donde los dos trabajamos á fin de reunir el dinero necesario para casarnos.

—¿Y acaso pretendes que yo te lo dé? — replicó ceñudo el generalote.

—No, señor; sólo deseo que V. E. me proteja, haciendo que los soldados se coloquen cerca de mi puesto, y así podré vender sin que me insulten los pillastres, que, como saben que mi Franccesco y yo somos amigos del Austria, nos injurian é impiden que la gente se acerque á comprar verdura en nuestro puesto. Yo se lo agradeceré mucho, excelentísimo señor. No sabe V. E. lo malvados que son los conspiradores. Ya no se juntan las damiselas, que, vestidas unas de encarnado, otras de verde y otras de blanco, al unirse formaban los colores de la bandera revolucionaria; ya no se atreven á lucir otros que los permitidos: pero procuran atormentar á los buenos austriacos, como mi Franccesco y yo. Protéjame V. E. y nada tendré que temer.

—Sea, ¡pues no faltaría otra cosa ya, sinó que no permitiesen los conspiradores que esta pobre gente se buscase la vida!; — dijo el general, y dió orden de que dos soldados se colocaran junto al puesto de la verdulera Marietta, permitiendo á ésta poner su tenderete en el sitio de la ciudad que mejor le conviniere. . . . .

Una mesa bajo el toldillo que en una recia estaca derecha sobre tres pies se abría; la balanza para pesar frutas y verduras, y á uno y otro lado, colocadas las canastas de hortaliza y de papeles para envolver, formaba el tienducho portátil de Marietta. Allí, con dos soldadotes austriacos, sordos y tiesos, puestos de centinela á izquierda y derecha, allí, en medio de la « Piazza dil Duomo », Marietta empezó á pregonar su mercancía, con un manojo de rábanos en la mano, y gritando cuanto permitían sus pulmones: — ¡Rabanitos frescos!

La muchedumbre que llenaba la plaza, acudió en tropel al puesto, dándose extraordinaria prisa en adquirir manojos, que Franccesco despachaba, mientras su novia decía alegremente á los centinelas:

— ¡Veis!; protegidos por vosotros, nuestro negocio va viento en popa.

La multitud llegó á formar una masa formidable, imponente. Casi todos desenvolvían y leían los papeles en que les habían dado envuelta su compra; muchos tremolaban en alto aquellos rabanillos frescos y á medio mondar; produciéndose pronto un vocerío enorme, una aclamación entusiasta y unánime.

—Me voy, me voy. Capaces serían de atropellarnos; — exclamó Marietta. — Retiráos también vosotros y llevad esta carta al general.

Cuando Zipolar la abrió, quedóse aterrado, al leer: « Gracias por el favor que nos ha dispensado V. E. Hemos repartido proclamas de Mazzini, y agitado con un rábano la bandera nacional, *verde, blanca* y *encarnada.* »

J. ZAHONERO

Ilustraciones de M. NAVARRETE.

TÚ Y YO

Yo, eterna noche; tú, alada estrella;
yo soy acero, tú eres imán;
tú eres el risco que el ola sella,
yo soy esa ola, que en ti se estrella,
cuando á buscarte mis sueños van.

Tú eres adelfa; yo pasionaria;
tósigo exhala tu corazón;
de tu arrogante corola varia
soy mariposa, beso, plegaria;
soy lo inmutable; tú, una ilusión.

Yo soy lo eterno; tú, flor de un día,
árbol estéril, mudo ciprés;
yo, incauta nave; tú, mar bravía
que me rechazas, y en mi agonía
tu oleaje busco, muero á tus pies.

Soy incansable beso sonoro
que lleva el aura volando á ti;
tú, quien desprecias; yo, la que adoro;
tu, el que se ríe; yo, la que lloro
tanta perfidia, ¡triste de mí!

Yo soy el hada que, al són de amores,
la flor te ofrece del corazón;
tú, la ígnea nube cuyos rigores
me dan, á cambio de mis olores,
fuego, granizo, desolación.

Yo soy la mustia doliente palma
que á ver no alcanza su amor gentil;
tú, ruín materia; yo, sensible alma;...
yedra homicida, turbas mi calma,
á mí enroscada como un reptil.

Siempre sufriendo, siempre luchando;
tú, de mí lejos; yo, de ti en pos;
es mi destino vivir penando:
sólo mis cuitas cesarán cuando
á su presencia me llame Dios.

JOSEFA CODINA UMBERT

JOYAS Y FLORES

I

Pasaron por la tienda de Ansorena,
en cuyo escaparate
montones de preciosa pedrería
la admiración atraen.
Desdeñosa los vió, sin que su brillo
lograra deslumbrarle:
ni perlas, ni esmeraldas, ni topacios,
quería de su amante.

II

Poco después, siguiendo su paseo,
pasaron muy cerquita
de un kiosco ambulante y caprichoso
donde flores vendían.
Paróse ante él, mostrando en sus miradas
la aspiración legítima
de que su amante la ofreciera un ramo;...
¡mas no fué comprendida!

III

Todo esperarlo puedes del que, atento
á tu honradez sin tacha,
no te agasaje con valiosas joyas
que suelen costar lágrimas;
pero, del que al ver flores no se acuerde
de la mujer que le ama,
y no se las ofrezca presuroso...
¡jamás esperes nada!

ELISA CASAS

REGENERÉMONOS

A un chico de gran trastienda,
un sabio de gran calibre
le dijo, de afecto en prenda:
— «Dios, de los libros te libre;
deja libros, busca hacienda.» —
Y aunque es receta sin par,
para con ella alcanzar
una vida sibarítica,
el sabio debió agregar:
— Y lánzate á la política. —
Quien de ella siga el sendero,
pronto estará en candelero,
y, si á ser dúctil se allana,
será ministro ó banquero
de la noche á la mañana.
Y le llamarán tribuno,
y le darán tratamiento,
y no faltará importuno
que pregone su talento
aunque no tenga ninguno.
Y á quien dude de lo dicho
y piense que hablo á capricho,
presentaré hecho y derecho,
á uno que fué un pobre bicho
y hoy es hombre de provecho.
Es el tal un caballero
de elevada posición
y muchísimo dinero,
que, por tener algún pero,
carece de ilustración
Y dice tales dislates
y tales *lapsus* padece
que, en pago á sus disparates,
pasar la vida merece
en una casa de orates.
Visitéle cierta noche
que nevaba á troche moche,
y él que tiritar me vió,
al despedirnos me instó
á que me fuera en su coche;
añadiendo cortésmente:
— Irá en el divinamente
y frío no sentirá,
porque mi berlina está
cerrada *herpéticamente*.
Amigo de Salmerón,
decía en cierta ocasión
de su elogio en el exceso:
—Siempre que habla en el Congreso
hay gran *expectoración*.
Por los cipreses sentía
sus simpatías agrestes,
y en su apoyo refería
que hasta en su jardín tenía
una calle de *arciprestes*.
Mandó una vez á un sobrino
de vino un pellejo, y fino,
cuando el talón le envió,
su obsequio así le anunció.
— Te mando un *cútis* de vino.
Porque le puso en un brete
el apóstrofe iracundo
de un miembro del gabinete,
exclamaba furibundo:
—Me ha puesto usté en un *membrete*.
Dice que en sus *pantaleones*,
lleva siempre *tarabillas*,
y que siente desazones
en las taurinas funciones,
cuando ponen *barandillas*.
Negándole á un pretendiente
una plaza de escribiente,
así le echó de su lado:
— Me pide usté un *impotente;*
hoy todo está *alambricado*.
Pues bien, á este caballer
de elevada posición
y muchísimo dinero,
que, por tener algún pero,
carece de ilustración;
en vez de darle notoria
reprobación por los fárragos
de su elocuencia irrisoria,
mandándole á freir espárragos
ó á que tire de una noria:
premio á la falta de luz
que delata su testuz,
por su político ardor,
le han nombrado embajador
y le han dado una gran cruz.
¡Oh, jóvenes que á estudiar
libro tras libro os lanzáis,
sin que podáis sospechar
que nunca habréis de alcanzar
la cucaña que soñáis!
No sigáis ese sendero,
tomad otro derrotero,
y sin temor á la crítica
sentad plaza en la política,
que es la madre del cordero.
De la patria la aflicción,
no os produzca desazón
ni su clamor os fatigue,
porque arribar no consigue
á puerto de salvación.
Y aunque ella exánime esté,
poniéndole al cuello el pie
exclamad sin más proceso:
¡política y tente tieso,
y el que venga atrás que arré! —
¡Oh, Dios, que ves nuestro mal
del actual berengenal,
sácanos por compasión,
dándonos otra edición
del diluvio universal.
Y si otra arca de Noé
que albergue seguro dé,
surje en los momentos críticos,
no dejes que los políticos
en ella pongan el pie.
Sólo haciendo esa excepción
miraremos con deleite
cuando pase el chaparrón,
quedarse nuestra nación
como una balsa de aceite.
Y pues aguacero tal,
nos dará un bien sibarítico,
¡venga el riego general,
y no escape ni un político
del diluvio universal!

CARLOS CANO



ILMO. Y RDMO. DR. D. PABLO PADILLA Y BÁRCENA

OBISPO DE TUCUMÁN (República Argentina).

(Véase la página 39).

JOSÉ CU



MANIOBRAS MILIT



ARES (Fragmento).

Salón Robira (Fernando VII, 59).

MADRID ELEGANTE

DURANTE el mes que acaba de transcurrir, puede decirse que con escasas excepciones, solamente el Cuerpo diplomático extranjero, ha prestado alguna animación á la sociedad aristocrática; por lo que á nosotros se refiere, parece como si hubiéramos entrado de lleno en la costumbre inglesa, que limita la *season* á dos ó tres meses de la primavera, en cuya época los bailes, reuniones y banquetes, se suceden sin interrupción.

Ciertamente, que las desgracias acaecidas en los comienzos del invierno á varias familias aristocráticas, haciendo desaparecer del mundo á personalidades de tanto relieve como la Marquesa de Molíns y el Marqués de Vistabella, fueron motivo sobrado para justificar la clausura de los salones, y para que las tradicionales fiestas de *Nochebuena* y de Año nuevo no salieran del estrecho círculo de las familias y amigos íntimos.

Fué la primera en inaugurar las brillantes recepciones, la esposa del Ministro de Portugal, Condesa de Macedo, quien habiendo terminado la restauración de sus salones en el antiguo palacio de los Príncipes Pío de Saboya, señaló los sábados por la noche para recibir á sus amigos; viéronse estas reuniones muy concurridas por selectísima sociedad, de la que naturalmente, constituían el núcleo principal las damas del Cuerpo diplomático; hizo allí su presentación oficial, por decirlo así, el nuevo y opulento Ministro de Méjico señor Iturbe y su bella y distinguida esposa, que es hermana de la Marquesa de Ivanrey; este matrimonio, instalado ya en el hermoso palacio árabe de Xifré,—en el Paseo del Prado,—será de los que contribuirán más eficazmente al esplendor de las fiestas diplomáticas.

Suspendidas por triste causa (la enfermedad del Conde de Macedo), las reuniones de la Legación de Portugal, inauguró las suyas la distinguida Mme. Werhanghen de Naeyer, esposa del Ministro de Bélgica, *cuyos miércoles* se vieron también muy concurridos. Los jueves por la tarde, siguiendo la costumbre de otros años, ha seguido recibiendo á sus amigos la Embajadora de Rusia Mme. Schewitz, y era un contraste originalísimo para los que á una y otra fiesta concurríamos, pasar de la decoración pomposamente oriental de los salones de la Legación del Rey Leopoldo, donde todo recuerda el arte y la naturaleza del lejano Oriente, á las habitaciones del representante del Czar, donde, entre infinita variedad de objetos de arte retrospectivo, se destacan con severa magnificencia, imágenes, ornamentos y vasos sagrados, que pregonan la altura á que llegó en los pasados tiempos el arte inspirado por la Religión de Cristo.

En la residencia del Embajador de Rusia llama la atención, en su salón principal, una hermosa cuna de talla italiana, estilo Renacimiento, con un delicioso grupo de angelitos que parecen dispuestos á velar el sueño de otro ángel; y en otro salón del piso bajo un busto de Cristo en mármol blanco, con los ojos de cristal de roca. Los anticuarios andan locos tratando de averiguar el nombre del autor; pero ni aquí ni en París, á donde Mr. Schewitz llevó el busto hace poco tiempo, ha logrado descifrarse la incógnita. En lo que todos convienen, es en que se trata de una obra notable de la mejor época de la Escuela italiana.

En la Embajada de Alemania se festejó muy *en pequeño*, la entrada del nuevo año—ó del nuevo siglo para los súbditos del Emperador Guillermo,—y en la de Francia, Mme. Patenôtre ha venido recibiendo los lunes por la noche, siguiendo en esplendidez y elegancia, las bien sentadas tradiciones que dejaron todos los Embajadores que han ocupado el elegante hotel de la calle Olózaga.

Espléndidas comidas dadas por el Conde de Collobiano en la Embajada de Italia y por el Conde Dubsky, en la de Austria-Hungría, cierra esta reseña de las fiestas diplomáticas de los comienzos del invierno.

***

De nuestros compatriotas, por las causas arriba señaladas, pocas son las fiestas que puede registrar la crónica. Los viernes cada vez más animados y brillantes de la Marquesa de Squilache, cuyos salones á diario abiertos para el círculo de su intimidad, toman en esas noches el aspecto que en otras casas sólo presentan en los verdaderos bailes; espléndido *buffet* en el comedor; numerosos criados con librea de gala, iluminación suntuosa, todos los detalles en fin de las grandes fiestas, los tienen estas semanales reuniones de la Marquesa de Squilache.

La sociedad elegante, acude también todos los jueves por la tarde al palacio de Portugalete, residencia de la Duquesa viuda de Bailén, en cuya hermosa *serre* recibe esta ilustre dama á sus numerosos amigos.

La premura, ó mejor dicho, la antelación con que escribimos estas crónicas por las exigencias del ajuste, nos impide consagrar algunas líneas al baile con que los Marqueses de Hoyos habrán obsequiado á la sociedad aristocrática, en su palacio de la calle del Amor de Dios, del que han estado ausentes sus dueños, durante el largo tiempo que el Marqués ha desempeñado el cargo de Embajador en Viena; nos impide asimismo, hablar de la reciente llegada á la Corte del Príncipe y de la Princesa de Wrede con sus bellas hijas, quienes se proponen evocar en magníficas fiestas, el pasado brillante del hotel en que habitan, antigua residencia de la Duquesa de la Torre; en fin, y como agradables reuniones semanales, citaremos las de los lunes de los Marqueses de Monteagudo y Condes de Esteban Collantes, los jueves de los Condes de Vilana y algunas otras.

***

Para los primeros días de Febrero, contraen matrimonio la señorita doña Manuela Armada y de los Ríos, hija de los Condes de Revillagigedo, con el joven Marqués de Casa-Valdés, cuyo matrimonio se trasladará inmediatamente á París.

***

El paso por Madrid de Mme. Réjane, ha dejado una moda entre nuestras damas elegantes: la de llevar los dedos materialmente cubiertos de sortijas; señora hay, que lleva en las manos una verdadera fortuna; claro está, que dicha moda es únicamente para las comidas y reuniones de confianza, adonde en vez de guantes, se llevan mitones de encaje que dejan al descubierto la mitad de la mano.

MONTE-CRISTO



APUNTE DEL NATURAL; por MODESTO URGELL.

LA RENDICIÓN DE GRANADA

EFEMÉRIDES ILUSTRADAS

GRANADA!

¡Qué hermosa es Granada, con su Alhambra y su Cartuja, su Generalife y su Catedral!

¡Qué hermosa es Granada, con su cielo siempre azul y transparente; con sus cármenes cuajados de variadas y olorosas flores; con sus ríos Darro y Genil, que arrastran arenas de oro; con sus sierras de perpetuos hielos; con su feracísima vega, en que se crían, por igual, los frutos de los trópicos y de las regiones polares!

Granada es la ciudad de las flores, de la poesía, de la leyenda y de la historia.

Sus hijas, mitad árabes y mitad cristianas, tienen en sus ojos todo el fuego del sol del Africa, y en su frente toda la luz de las vírgenes de Nazareth.

Sus hijos, guerreros, sabios y trovadores, llevan en sus venas toda la ardiente sangre del desierto africano, y en su frente toda la clarísima inteligencia de los creyentes en Jesucristo.

Fundada por los moros en el siglo XI, en el nacimiento de la falda septentrional de Sierra Nevada, el historiador árabe Alketib dijo ser Granada *ciudad de Sierra Elvira,* y otro escritor mahometano añadió:

«Es Granada una taza de plata llena de esmeraldas y jacintos.»

Granada fué uno de los cuatro reinos de Andalucía que fundaron los moros, y el último que conquistaron los Reyes Católicos, abarcando el territorio que actualmente ocupan las provincias de Almería, Granada y Málaga.

Diecinueve monarcas la gobernaron; pero ¡ay! que las luchas de sus hijos, cual una maldición de Dios, debían perderla.

Su rey Abdalá es destituído por los principales xeques y caballeros de la corte.

Nazar, destronado por su sobrino Ismail.

Ismail, asesinado por el hijo del wali de Algeciras.

Muhamad, muerto por los mismos africanos que guarnecían Gibraltar.

Yusuf, á pesar de lo mucho bueno que hizo mandando escribir obras para enseñar el arte militar, las profesiones y los oficios; de las leyes que dictó; y de las grandes obras con que embelleció no sólo á Granada sinó á todo el reino, sucumbió también asesinado en el año 1352.

Le reemplazó su hijo Muhamad, cuya corona le usurpó su hermano Ismail, quien á su vez fué asesinado por su pariente Abu-Said.

Al monarca Yusuf le destronó su hermano Muhamad-ben-Muhamad.

De 1423 á 1491, la guerra más cruel devasta á la hermosa ciudad.

El penúltimo monarca de Granada, Albuhacén, se hizo odioso por la horrorosa matanza que llevó á cabo en los principales guerreros de la poderosa tribu de los abencerrajes, así como por el repudio de la sultana Aixa, para casarse con la cristiana Zoraida.

Su hijo Boabdil se pone á la cabeza de los descontentos y trata de usurparle el cetro.

Triunfante uno ú otro, cada victoria ensangrentaba su vacilante trono.

Muerto Albuhacén, un hermano suyo, llamado también Boabdil, constituye un partido y se proclama rey.

Luchan ambos Boabdiles, el *Zagal* (el tío), y el *Zogoibi* ó el Rey Chiquito (el sobrino).

El uno reina en el Albaicín, y el otro en la Alhambra.



LA RENDICION DE GRANADA

Cuadro de FRANCISCO PRADILLA. — *Propiedad del Senado español.*

Combaten los orgullosos zegríes con los abencerrajes, y en cada lucha de estas famosas tribus las fuerzas de los moros disminuyen.

En diez años se apoderan los ejércitos cristianos de Alhama, el baluarte y antemural de Granada; de Málaga, el depósito del comercio de España con el Africa; y de Baza, ciudad entonces de 50,000 habitantes.

Boabdil, sitiado en Loja, cae prisionero de los Reyes Católicos, en 1486, por no haberle acudido su tío el *Zagal* con los auxilios ofrecidos: y, como si un mal genio guiara sus pasos, vuelve á caer prisionero; teniendo para libertarse que dejar en rehenes á los monarcas de Castilla su propio hijo.

Resueltos á la conquista de Granada, se adelantan á cercarla los Reyes Católicos con un lucido ejército de 80,000 hombres.

Un horroroso incendio destruye el campamento cristiano; pero la reina Doña Isabel manda levantar otro de piedra, al que bautiza con el nombre de *Santa Fe,* al objeto de demostrar á los árabes que el sitio sería eterno, y que sólo terminaría con la rendición de la ciudad.

Después de algunos meses de cerco, los Reyes Católicos propusieron á los sitiados una capitulación cuyos principales artículos eran los siguientes:

«Entregar en el término de veinte días los puestos, torres y fortalezas, armas y caballos; conservando los rendidos sus haberes y su religión.

Deslindar los impuestos que debían pagar: siendo todos árbitros de vender sus bienes ó alhajas y de retirarse al Africa, ó donde más les conviniese.»

Después de alguna resistencia, en los primeros días de Enero del año 1492, los Reyes Católicos entraban en Granada.

El triunfo de la Santa Cruz sobre la Media Luna era completo.

Pocas veces el arte pictórico se ha puesto al servicio de los altos hechos de la historia con tan feliz pincel como se admira en el celebrado lienzo *La Rendición de Granada,* del insigne Pradilla.

Su cuadro que hoy copia el ALBUM SALÓN, propiedad del Senado, es una verdadera maravilla, como pensamiento y como ejecución.

Boabdil, seguido de su séquito, presenta á los monarcas cristianos las llaves de la ciudad, recibidas por ellos con esa serena tranquilidad que constituye el carácter firme y resuelto de los Reyes Católicos.

Ya Boabdil, obtenido el permiso para retirarse al Africa, se dispone á marchar, cuando la magnánima reina Isabel le devuelve á su hijo.

Al encaminarse al Africa, abandonado su reino, Boabdil tendió la vista desde las Alpujarras sobre la hermosa Granada, y al ver perdida para él aquella ciudad tan querida, lloró lágrimas de sangre, lágrimas que le valieron el cruel reproche de su madre, la orgullosa sultana Aixa:

«Sí, hijo mío, llora como mujer por la ciudad que no has sabido defender como hombre.»

La sultana se equivocaba.

Todas las defensas de los hombres no hubiesen evitado la pérdida de la ciudad.

La rendición de Granada estaba decretada, por la mano de Dios, en el libro del destino.

E. RODRIGUEZ SOLIS



EL OSO CALLEJERO

Le he visto por ahí estos días. Me he parado á mirarle, como lo miro siempre que le encuentro: con interés, casi con cariño... y estoy por decir que, cuando le veo, resurgen en un rincón de mi memoria los recuerdos de aquellos tiempos felices en que yo también *hacía el oso* por esas calles de Dios.

¿Se ríen ustedes? Pues hacen ustedes mal, porque el que más ó el que menos...

Pero hablemos en serio: tratandose de un animal tan formalote como el oso, sienta mal el tono chancero.

Si alguien no está conforme con esta opinión mía, que levante el dedo.

¿Que hay que discutirlo? Enhorabuena: discutámoslo.

¿Dudan ustedes de la formalidad del oso, porque le contemplan en dos pies, bailando grotescamente al compás (descompasado) de la pringosa pandereta del *zíngaro*, con dos micos muy feos que hacen muecas y cabriolas, trincados por la cintura, y que enseñan, además de los dientes, unas nalgas peladas y callosas, por tal manera dispuestas que no les es dado á los infelices ni siquiera «*tapar su indecencia con la cola*?»

Pues yo afirmo, y torno á afirmar, que ni la compañía de los susodichos cuadrumanos, ni la no menos asquerosa de los atezados, astrosos y mugrientos bohemios que dirigen y esplotan el bailoteo de su miserable *ménagerie* ambulante, ni todos los chiquillos del barrio que regocijados acuden á presenciar tan insulso espectáculo, ni toda la demás gente baldía ó transeunte que con chacota y dicharachos celebra la «*no muy bien aprendida danza*» (como dijo

Ilustraciones de P. M. Bertran.

el fabulista) nada de esto es parte para que el oso pierda su natural seriedad. Lo que ha perdido el oso que se ve en tan lamentable situación, es la libertad.

Amarrado á una cadena, cuya anilleta le atraviesa la ternilla de las narices, con el hocico metido en un bozal que parece una jaula de brasero; viendo un garrote, siempre en alto, dispuesto á caer brutalmente sobre su cabeza ó sobre sus costillas; debilitado por el hambre, rendido de fatiga; con el pelaje ralo, áspero y enredijado de puro sucio, ¿qué quieren ustedes que haga el pobre, sino someterse á los caprichos del tirano, y tomar, cuando se lo mandan, actitudes de payaso, y bailar chavacanamente? No le cabe otro desahogo que el de protestar de tamaños desafueros, lanzando roncos y tristes gruñidos desde dentro de la alambrera que le han encasquetado, á guisa de carátula.

Véanle ustedes cuando, terminado el *ejercicio* ó *las habilidades, la troupe* se va con la música y con las bestias, á otra parte, y los muchachos y los bobalicones, que formaban también el corro, en escolta. Entonces *Maese Martín* deja la bipedestación, adopta la actitud plantígrada, y emprende la marcha triste y cabizbajo, con mesurado paso, sin volverse una sola vez á mirar á los granujillas que le acompañan y aun intentan hostigarle á hurto del domador; ni repara siquiera en los perros que le ladran y le huyen al mismo tiempo.

¿Sabéis en qué piensa el honrado Martín, mientras amarrado á la cadena de la esclavitud atraviesa las calles fangosas y sucias de la ciudad, entre la rechifla de los pilletes, los empujones de los curiosos y los ladridos de los canes? Piensa en sus Alpes ó en sus Pirineos; piensa en la gruta en que abrió sus ojos á la luz del día; en la meseta donde, sobre blanda alcatifa de verde césped, retozaba con sus hermanicos, los otros osernos, y con su buena madre, que velaba por todos aquellos pedazos de sus entrañas, esperando el regreso del padre, un osazo, fornido y trabajador, que jamás hizo uso de sus membrudos brazos más que para labrar cómoda y abrigada habitación á su familia, acopiar en ella raíces y tubérculos que sirvieran de provisiones de invierno, y defender á su osa y á sus hijuelos de las acometidas de las otras alimañas montaraces y del hombre enemigo de todas ellas.

Todavía recuerda *Maese Martín* la tarde funesta en que unos cuantos bípedos de aquella especie, acompañados de algunos perros, dieron una batida por aquel lado de la montaña, y acorralaron á la familia. El padre, huyendo hacia la cueva, se defendía á pedradas, sucumbiendo á la entrada del sendero, atravesado por seis balazos y acribillado por los chuzos de los cazadores, no sin dejar antes memoria de sus zarpas á los más atrevidos. La madre... la madre estuvo heroica, sublime de ferocidad maternal, y no cayó sino cuando ya no tenía hueso sano, ni en sus venas gota de sangre que verter por sus cachorros; y aun entonces fué á caer sobre ellos, protegiéndoles con el último resto de calor de su destrozado cuerpo. La nieve de la meseta se enrojeció aquella tarde, y dos surcos sangrientos señalaron el arrastre de los cadáveres hasta la choza de sus asesinos.

Martín, que entonces aún no tenía nombre propio, fué llevado con sus hermanos, liados de cualquier manera y conducidos sin pizca de consideración por dos bigardos, á aquella ahumada vivienda de hombres que parecía un spoliarum, donde, acurrucados y medrosos, contemplaron desde un rincón la escena horrible del desuello, cuarteo y fusión de la grasa de sus malogrados padres.

Me parece á mí que estos recuerdos y el de la primera época de su cautiverio y el no menos doloroso de su venta á unos titiriteros trashumantes y lo cruel de su aprendizaje y lo inaudito del hambre y de la miseria que padeció bajo el brutal dominio de sus nuevos amos, son motivos suficientes para que un oso de bien odie de todo corazón á la raza humana en general, y á la variedad *zingaresca* en particular.



Y sin embargo, *Maese Martín* no odia á sus amos. Dándoles un ejemplo hermoso de magnanimidad que aquellos cerebros romos no son capaces de comprender, soporta el hambre y la fatiga, sufre los palos y los puntapiés, y sostiene con su honrado trabajo á toda aquella familia desarrapada de vagabundos.

Sí, les sostiene. ¿De qué comen y viven el hombre, la mujer y el chiquillo que ésta lleva metido en una especie de zurrón colgado á la espalda y los arrapiezos que ramalean los micos, si no es de los ochavos y de los mendrugos con que los transeuntes remuneran las toscas habilidades del pobre oso?

¡Si al menos se lo agradecieran! ¡Qué han de agradecer!

Señores, lo digo como lo siento: siempre que tropiezo con una de esas pequeñas tribus mixtas de gitanos, de monos y de osos, todos los individuos juntos me dan lástima; pero el oso es quien me inspira verdadera simpatía.

De buena gana le daría la mano... cosa que no me atrevería á hacer con ninguno de sus acompañantes.

E. BERTRAN RUBIO





MTRO. LUIS LEANDRO MARIANI (Sevilla).
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

ILMO. Y RDMO. DOCTOR
D. PABLO PADILLA Y BÁRCENA

OBISPO DE TUCUMÁN (República Argentina).

Entre las varias dignidades eclesiásticas argentinas que, procedentes del Concilio de Prelados de la América latina, celebrado en Roma, visitaron en el mes de Agosto del próximo pasado año la Ciudad Condal, donde embarcaron para regresar á su país, figuraba también el sabio y virtuoso varón cuyo nombre encabeza estas líneas y cuyo retrato honra una de las páginas del presente número.

Nacido en la provincia de Jujuy (República Argentina), en el año 1848, hizo sus estudios en la Universidad de Córdoba, que le confirió el grado de Doctor.

Los primeros años de sacerdocio los pasó en la enseñanza de la juventud, cuando fué llamado á regentar el Seminario de Salta, cargo que desempeñó, durante 20 años, con celo y prudencia.

Ocupó todos los cargos de la jerarquía eclesiástica: Canónigo, Vicario Capitular, Visitador Eclesiástico, hasta que fué preconizado Obispo y, en 1893, Diocesano de Salta, en donde demostró admirable talento, fundando casas del Buen Pastor, Comunidad de Redentoristas y otras Sociedades Pías.

Producida la división del Obispado de Salta, fué trasladado al de Tucumán, que hoy tan dignamente gobierna.

Hombre de vastos conocimientos, de talento profundo, ha enseñado constantemente, por medio de la predicación, en la que ha descollado como uno de los primeros oradores de la República.

Sus pastorales son modelo de ciencia y elegancia.

* * *

F. BRUNET Y FITA



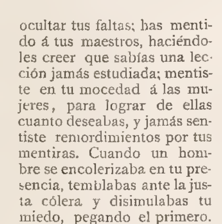
LA MEZQUITA DE CÓRDOBA



Cuadro de Félix Mestres.



CARNAVAL



Para cantar las verdades, parece condición precisa taparse la cara. Las leyes no le permiten al ciudadano que use antifaz, sinó en los dichosos días del Carnaval. Así es, que pocas veces hablan los hombres como sienten, como deben hablar. ¿Cuál es la causa que impide que unos á otros se digan los hombres las verdades? El temor, el temor pueril, vergonzoso; el temor heredado, el que sentían nuestros abuelos y que hemos heredado nosotros; el temor, que hace que un hombre cargado de razón, no se atreva á contradecir á un tío cargado de dinero; que uno que tiene educación, no ose chocar de frente contra un estúpido brutal, que no la ha recibido jamás. Atavismo de raza que paraliza las lenguas, embota el valor más sereno, detiene las iniciativas más audaces, sólo durante unos momentos puede vencerse. En la antigüedad, durante las Saturnales, los esclavos se atrevían á decir á sus amos las grandes verdades. Durante los Carnavales, los esclavos modernos, intentan alguna vez imitar á sus progenitores. El atavismo, resulta así para el bien como para el mal. Por él han progresado algunas razas; bajo su influjo han degenerado otras. « Los pecados de los padres caeran sobre los hijos, y los hijos de los hijos, hasta la cuarta generación. »

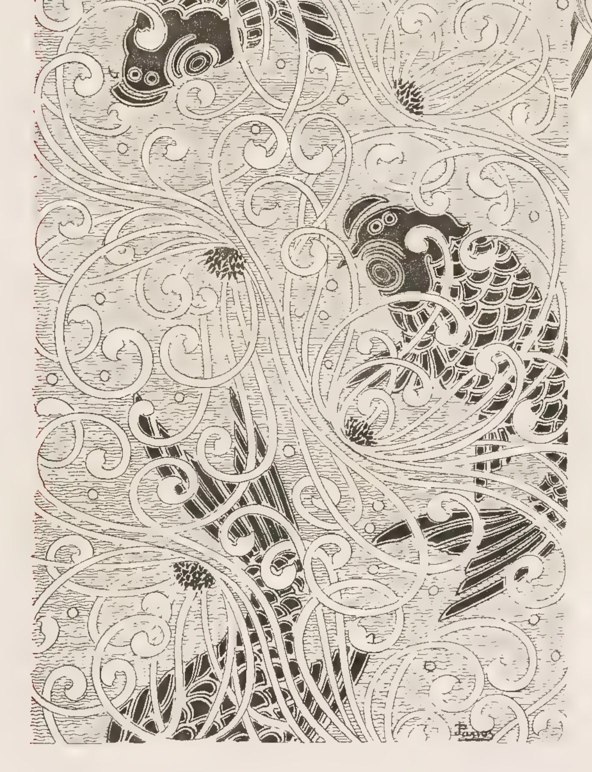
Ya que hubo en la antigüedad, quien dijera las verdades del barquero, no sé por qué no ha de haber hoy día quien imite á los antiguos.

Todas esas reflexiones me hacía yo un domingo de Carnaval, sentado en un paseo público, cuando se me acercó un hombre desconocido y sin careta. Saludóme con gran cortesanía, tomó asiento á mi lado, dejó pasar unos momentos antes de tomar la palabra, sin duda para que tuviera ocasión de examinarle despacio, y al cabo, y en cuanto me hube enterado de que tenía un aspecto nada distinto del común de los mortales, me miró de hito en hito y habló así:

—«Te extrañas que no haya gente capaz de rendir culto á la verdad. Haces mal. ¿Has pensado alguna vez en lo que tú mismo haces? ¿Te has confesado alguna vez á ti mismo tus debilidades? Tú has mentido de niño á tus padres, para ocultar tus faltas; has mentido á tus maestros, haciéndoles creer que sabías una lección jamás estudiada; mentiste en tu mocedad á las mujeres, para lograr de ellas cuanto deseabas, y jamás sentiste remordimientos por tus mentiras. Cuando un hombre se encolerizaba en tu presencia, temblabas ante la justa cólera y disimulabas tu miedo, pegando el primero. Después, engañaste miserablemente á tu mujer, y cuando ella te engañó á su vez, la asesinaste. Quisiste dominar á los hombres y predicaste las doctrinas que diecinueve siglos antes había predicado el Hombre - Dios, y cuando esa predicación dió sus frutos, cuando los hombres, á fuerza de obedecerte, te elevaron, obraste de muy distinto modo que hablaras. Tú quisiste que la Humanidad fuera humilde, para mejor dominarla; amorosa, para que fuera más débil; animada del Santo amor al prójimo, para vencer sus escrúpulos con facilidad mayor. Tú lloraste con los ojos, mientras reías con el corazón. Acudiste á los templos, sin fe; á las reuniones públicas, sin convicciones. Y, sin embargo, los que te veían en la Iglesia, hubiesen afirmado tus creencias; los que te oyeron perorar, apostaran en favor de tu hombría de bien. No sabes nada y has pasado por un sabio. Nada puedes, y sin embargo te temen. No has obrado jamás conforme á justicia y te tienen por justo. Has estafado á tu prójimo y pasas plaza de honrado. ¿Por qué extrañas que los demás te imiten, que obren como tú, que como tú mientan? La disipada, que aparece como mogigata; el ladrón que, burlando las leyes, roba sin empacho y sin remordimientos; el orador, que cuenta con la estupidez de sus oyentes; el cobarde, que sabe que no hay quien pueda descubrir su cobardía y aparece como valiente; el imbécil endiosado; el ministro, que sube hasta la cima de la carrera política; el viejo, que se tiñe pelo y barba para remedar al mozo; la *barmaid,* que se ruboriza al oir nombrar una chambra; el sádico, que acaricia á un muchacho; la celestina, que hace limosna; el general, con alma de ranchero; el pintamonas, que aparece como un genio, merced á las mercedes que otorga á los de tu oficio; el negrero, que hace obras pías; el bandolero, que levanta campanarios con el dinero robado á los incautos: todos esos no son más despreciables que tú lo eres. Ellos, como tú, vivís en un Carnaval perpetuo. No hay quien os haya visto la cara, porque la que mostráis al mundo no es la vuestra, es una careta que se contrae, que hace visajes, que á voluntad llora ó ríe; pero que jamás, jamás refleja, como el agua, como el cristal, la imagen verdadera que se le presenta. El Carnaval no dura unos días, sinó que perdura toda la vida. Y ya que no tienes ninguna buena calidad, ten á lo menos un poquito de indulgencia.»

Así dijo mi interlocutor y se largó, dejándome convencido; pero no convertido. Pensé que era un bromazo de Carnaval; mejor dicho, no lo pensé, pero me convino creerlo, y lo creí.

A. RIERA



COMPOSICIÓN Y DIBUJO de José Passos.



Fot. Lafuente.

TERESA MARIANI

Es la segunda *tourné* que comienza por España esta genial actriz, y ya su nombre se pronuncia entre nosotros, unido al de las más célebres actrices y con verdadera admiración.

Sin reclamos de eminencia, sin insistentes carteles, con una modestia á que no estamos acostumbrados, tratándose de artistas que se arriesgan á una *tourné* por el extranjero, no teniendo grandes seguridades de ser atendidos, Teresa Mariani se presentó en el teatro de Novedades de esta ciudad... y ganó las simpatías y los aplausos de un público selecto, desde la primera noche. Puede decir la hermosa y eminente actriz, lo mismo que César: *Veni, vidi, vici.*

Gracia, naturalidad, energía sin desplantes de mal gusto, intensidad dramática en el acento, observación sutilísima, todo lo posee en grado sumo Teresa Mariani.

Para convencerse de ello, basta ver cómo vive en la escena, la pobre *cabotine,* aquella ideal *Zazá,* con su cuerpo viciado y su alma tierna, noble, con nobleza franca del que sabe lo que es y desprecia el antifaz; basta ver, en *Odetta,* cómo aspira con deleite el perfume de los cabellos de su hija, á la que no puede dar tal nombre, y cómo disimuladamente, se acaricia el rostro, rozándolo con ellos; basta verla bailar en *Casa di bambola,* aquella tarantela, que contiene la respiración del público y le ahoga, con la realidad brutal que se desprende de aquel afán inútil de la desgraciada *Nora,* por salvarse de una situación insostenible, por retardar una catástrofe inevitable...

Tal es la actriz Teresa Mariani: conjunto de hermosas facultades artísticas, una figura simpática, atrayente, cuyos ojos claros de mirada extática, tan pronto brillan con los destellos de la ira y de la indignación, como acarician lánguidamente, con caricia de hembra, ó de mujer pura, inocente, ideal...

* * *



DIBUJO AL LAPIZ DEL NATURAL; por JUAN ROIG Y BOFILL.

POR FUERA Y POR DENTRO

Un pintor y un filántropo de viaje,
juntos iban, gozando del paisaje,
que lleno de grandeza y de poesía,
por do quiera á su vista se ofrecía.
— Ved, — decía el pintor, — esa cabaña
que allí se asienta al pie de la montaña,
bajo el dosel de aquella encina vieja
y en su cristal el lago la refleja.
Por su pajizo techo está brotando
humo leve que el viento va llevando;
á sus paredes de ruinosas piedras
de verde visten las pomposas hiedras,
y sobre ese conjunto, el sol poniente
tiende un manto dorado y esplendente,
recreando la vista tal escena,
como un cuadro de Claudio de Lorena.
—A esa cabaña voy, — dijo su amigo, —
de su aspecto interior á ser testigo.
Pronto vuelvo; esperadme unos instantes,
que quiero conocer sus habitantes.

⁂

Se fué el uno; quedóse el otro fijo,
y cuando aquél volvió, á éste le dijo:
—De la hiedra las hojas de esmeralda
y ese sol de oro que su muro escalda,
ocultan, tras sus mágicos colores,
á familia de pobres leñadores.
Es escaso su ajuar, burdo su traje,
frugal su mesa y tosco su lenguaje;
humildes viven, sufren con paciencia
y honrada y laboriosa es su existencia
Aquel tranquilo hogar me ha enternecido;
los he, con lo que pude, socorrido,
y, sinceros contándome sus penas,
vi alzarse á Dios aquellas almas buenas.
Que la belleza material fascina
y al entrar por los ojos alucina;
pero, no lo dudéis, logra la palma
la belleza moral, pues llega al alma.

GONZALO DE CERRAJERÍA

RICARDO WAGNER

El día 13 de Febrero de 1883, es decir, hace diecisiete años, falleció en Venecia, en el palacio Vendramin, el insigne Ricardo Wagner, el más discutido de los grandes músicos de nuestro siglo, acaso por ser el más grande de todos.

No abrigamos el propósito de hacer su biografía, bastante conocida para dispensarnos tal trabajo, ni tenemos la pretensión de hacer un estudio crítico, detallado y profundo, de sus teorías y de sus obras: Muévenos sólo el deseo de conmemorar tan luctuoso aniversario, rindiendo tributo al genio del autor de importantes obras didácticas y de numerosas óperas, que han causado una verdadera revolución en el mundo del arte.

La personalidad de Wagner es eminente en aquél, como músico, como literato, como propagandista infatigable de ideas trascendentales, cuyo triunfo casi logró ver y de cierto hubo de presentir antes de su muerte.

El mérito del escritor, demostrado queda con sus obras teóricas, *El Arte y la Revolución*, *La obra de arte en lo porvenir* y *Opera y Drama*, publicadas respectivamente, en 1849, 1850 y 1852; con los libretos de sus óperas, y con su famosa *Carta sobre la Música*, resumen de todas sus ideas acerca del asunto.

La importancia del músico, atestíguanlo sus numerosas óperas, representadas hoy en todos los teatros líricos, aclamadas con entusiasmo por los inteligentes y que constituyen el elemento principal, cuando no exclusivo, de los programas de las Sociedades de conciertos. En 1833, compuso Wagner su primera ópera, *Las hadas*, que no llegó á representarse, y tres años después, hizo representar, en Magdeburgo, *La novicia de Palermo*, que fué un fracaso completo; pero á ésta sucedieron *Rienzi*, en 1842; *El Buque Fantasma*, en 1843; *Tannhauser*, en 1845; y cinco años más tarde, *Lohengrin*. La *Tetralogía*, el capital trabajo del gran compositor, pasó por muchas y variadas peripecias, que no será de más recordar, y que abarcan un largo período, que comienza en 1848, fecha en que aquél hizo el primer borrador, conteniendo el embrión del poema, *La muerte de Sifredo*.

Wagner, — dice Servieres, — en su *Comunicación á unos amigos*, anunciaba un drama en cuatro jornadas. Y era que el mito de los *Nibelungos*, que había condensado al principio en el poema, *La muerte de Sifredo*, hizo estallar este cuadro demasiado estrecho. Al componer dicha obra, el autor advirtió que los hechos anteriores á la muerte del héroe, quedaban sin referir y era necesario que figurasen en la acción del mismo drama. Entonces concibió el *Joven Sigfrido*, en cuya obra ponía en escena algunas de las hazañas de su héroe, mezclándolas con recuerdos de un cuento popular alemán de *Uno que se va por el mundo para aprender á conocer el miedo*. Luego vió claramente, — según escribió á Uhlig, — la necesidad de dramatizar otro episodio, tomado del mito escandinavo, la historia de los velsas, los desgraciados parientes de *Sigfrido*, *Sigmundo* y *Sigelinda* y la de *Brunilda*, castigada por *Wotan*, por haberlos protegido, á pesar de la prohibición del Dios. Este tercer drama se denominó *La Walkyria*. Y finalmente, creyó oportuno exponer, como preparación de la acción, las rivalidades de los dioses, de los gigantes y de los nibelungos, y sus brutales luchas por la posesión del oro, símbolo del poder y de la codicia: así fué concebido el Prólogo: *El Oro del Rhin*. Terminado el cuádruple drama (el libro, se entiende), en 1852, fué impreso á principios del año siguiente, pero sólo

para los amigos del autor, quien no lo entregó al público, sino once años más tarde, en 1863.

En varios de sus escritos, describe Wagner la alegría con que, después de un paréntesis de absoluto descanso de cinco años, comenzó en Noviembre de 1853, la composición del *Oro del Rhin*. En Mayo de 1854, *Rheingold* estaba concluído, y al mes siguiente empezaba *La Walkyria*, trabajo acabado, hasta su completa instrumentación, en Abril de 1856. En Noviembre siguiente, comenzó el primer acto de *Sifredo;* en el verano de 1857, había llegado á diseñar hasta la mitad del segundo acto, y entonces, desesperando de captarse al público, en las condiciones soñadas por él, con una obra tan inmensa, quiso tentar fortuna con otra más corta y compuso *Tristán*. Al cabo de dos ó tres años, se vió obligado á renunciar á la idea de construir en Zurich un teatro especial para representar sus obras, y especialmente, la *Tetralogía*, y habiendo hecho ofrecer á mil *thalers* (3.750 francos) por acto la partitura de las dos primeras partes, al editor Hærtel, que se negó, vióse obligado á interrumpir, por más de diez años, la composición de su obra capital.

En 1864, al subir al trono Luis II, le envió á buscar á Suiza para poner á su disposición, los subsidios y todo el personal del teatro de la Corte en Munich. Wagner debía terminar los *Nibelungos* y, en efecto, renovó el trabajo de *Sifredo*. Obtuvo también, que el arquitecto Semper, su antiguo amigo de Dresde, llamado especialmente á Munich, fuese encargado de construir un teatro, según los planos dados por él y que debía elevarse en la colina de Gasteig, en la orilla derecha del Isar, llamándose *Niebelungen - Theater*. La opinión, excitada por las prodigalidades de Wagner y la coalición de músicos, judíos, políticos y una parte de la Corte, logró al fin, del rey, el destierro del exigente favorito, que hubo de volver á Suiza, á fin de 1865. En Triebchen, cerca de Lucerna, terminó el bosquejo de *Sifredo*, en 1869, y comenzó el *Ocaso*, cuyo primer acto fué escrito en 1872; la instrumentación de la última parte de la *Tetralogía* fué terminada, en 24 de Noviembre de 1874, en Bayreuth. La música, pues, al revés que el libro, fué compuesta en su orden normal, con una larga interrupción, en la que se colocan, el viaje y estancia en París, para lograr la representación de *Tannhauser*, en la Opera (1861), la composición y representación de *Tristán* (1865), y *Los maestros cantores* (1868).

El teatro Wagner, en Bayreuth, fué inaugurado el 13 de Agosto de 1876, con la representación del *Oro del Rhin*, ante una selecta concurrencia, en la que figuraban el emperador de Alemania, Guillermo I, los del Brasil, los grandes duques de Baden, el duque de Mecklemburgo - Schwerin, el de Anhalt - Dessau, el príncipe Jorge de Prusia y el gran duque de Sajonia Weimar. El 14 se dió *La Walkyria;* el 16, *Sifredo*, y el 17, *El Ocaso de los Dioses*. El precio de entrada á cada serie, de cuatro representaciones, se fijó en 300 marcos.

La orquesta se componía de 114 profesores, bajo la dirección de Hans Richter; las decoraciones eran de los hermanos Brückner y J. Hoffmann; la maquinaria de Braudt; los trajes de Emilio Dœpler. Los nombres de todos los artistas y colaboradores de la obra, fueron inscritos en letras de oro, sobre una placa de mármol negro, incrustada en el muro del salón de descanso del teatro.

El rey Luis II, de Baviera, protector de Wagner, asistió á los ensayos, pero nó á la representación, por la frialdad de sus relaciones con Guillermo. Este, poco sensible á las seducciones del gran arte, no felicitó á Wagner y dejó de asistir, después de la representación de la segunda parte; pero su ausencia no impidió que continuara su marcha triunfal el discutido músico, ni que su triunfo se consolidase definitivamente en 1882, con *Parsifal*.

Demos, para terminar, una leve muestra de las aptitudes de polemista de éste, tomando al azar un párrafo de su Carta á Federico Villot, fechada en París, á 15 de Septiembre de 1860. Dice así:

« La ópera italiana debe contener, por lo menos, un aria que se oiga con gusto; para que obtenga éxito, es preciso que la conversación se interrumpa y que se pueda escuchar con interés, lo menos seis veces. Pero el compositor que sabe fijar la atención de los oyentes de su música hasta doce veces, es declarado hombre de genio y creador inagotable de melodías. Ahora bien, si un público semejante se halla de repente en presencia de una obra que pretende una atención igual en toda su duración y para sus partes todas; si se ve arrancado violentamente á todos los hábitos que lleva á las representaciones musicales; si no puede reconocer como idéntico á su idolatrada melodía lo que, en la hipótesis más feliz, sólo ha de parecerle un ennoblecimiento del ruido musical, de ese ruido que, en su forma más pueril, le facilitaba antaño una conversación agradable, mientras ahora le importuna con la pretensión de ser escuchado realmente: ¿cómo resentirse contra este público, por su estupor y azoramiento? De seguro pediría á voz en grito, su docena ó su media docena de melodías, aunque sólo fuera para que la música de los intervalos atrajese y prolongase la conversación, la cosa capital, seguramente, de una velada de ópera. »

¡No le faltaba razón al insigne músico y literato, hace diecisiete años fallecido!

EDUARDO BLASCO



DIBUJO AL LAPIZ DEL NATURAL; por JUAN ROIG Y BOFILL.



C



ARNAVAL

UN RECUERDO DE CARNAVAL

¿Está usted curado de espantos?

— Nunca fuí temerario, y dejo de ser valiente cuando empieza el peligro; pero ¡qué mucho! soy algo animoso y me agradan las emociones.

— ¿Tiene usted propensión á los constipados? ¿Resistirá su naturaleza una pulmonía?

Este singular interrogatorio me lo dirigía un conocido mío cierto día del primer Carnaval que he visto en la República Argentina, á cuya capital acababa yo de llegar procedente de nuestra condal ciudad.

Pueblos nacientes á la vida política, naciones jóvenes formadas por una variedad de razas que, al amalgamarse, se reproducen en un tipo sintético y bien definido, el *criollo;* países donde el problema económico de la vida tiene fácil solución, muéstranse y son vehementes en todas sus manifestaciones. Así, los vemos, por ejemplo, entregarse á sus costumbres con el entusiasmo que consigo traen aparejado la mocedad y el bienestar material.

Momo, el alocado hijo de la Noche, aquel mitológico burlón que se asoció á Baco, despechado de haber sido expulsado del Olimpo, no puede, en verdad, estar quejoso de los honores que anualmente se le dispensan en las repúblicas hispano-americanas, durante los tres días en que impera el grotesco carnestolendas.

Tomemos por centro de nuestras observaciones la populosa capital de la Argentina, que se extiende en la orilla derecha del Plata, y encierra en su vasto perímetro más de ochocientos mil habitantes.

En ese período de extravagancias y locuras verías, lector amable, cosas más para contempladas que para leídas.

Las comparsas de negros candomberos que recorren las calles al compás de sus estridentes instrumentos, retorciéndose cual epilépticos y semejando en las contorsiones de sus *candombes* legión de poseídos que no sociedad de seres razonables; los gauchos, caballeros en sus briosos y enjaezados *pingos,* aturdiendo los oídos con sus desaforados gritos y sembrando confusiones con sus hípicas carreras en verdadero escuadrón; los infinitos arlequinescos moharrachos; los carros alegóricos, derroche de lujo y alarde de riqueza; los millares de coches conduciendo maravillas de elegancia; las máscaras inquietas y vistosas... la algazara, la alegría, la luz y los colores, la multitud y los sonidos, todo se conjura y se concierta para despertar el asombro de quien mira por vez primera aquel desusado cuadro que representa, en vísperas de la silenciosa y larga Cuaresma, el triunfo ruidoso y efímero de la locura sobre la razón.

— Bueno, y todo eso, ¿qué tiene que ver con el montón de incongruencias con que empieza este artículo? ¿Qué relación puede tener el Carnaval de Buenos Aires, que de modo tan desaliñado usted nos ha presentado, con las condiciones de su ánimo y de su epidermis, señor articulista?

— Pienso como usted, señor lector: ninguna analogía directa guarda una cosa con la otra. Pero, verá usted, quería y quiero contarle un caso de aquel Carnaval en el que intervine *de cerca,* como se dice, y, ésta es la mía, me he dicho; aquí de mi numen descriptivo. Y descrito queda, mal, rematadamente mal, conforme con su autorizado parecer.

Pidiendo de antemano que se me disculpe la digresión, diré que en esto me parezco á aquel sujeto de quien se cuenta que sabía una anécdota relacionada con un pollino, y que para contarla asía de cualquier pretexto. Por ejemplo: clavábase un mosquito en la punta de su nariz de usted; nuestro hombre lo veía, y

« He aquí un insecto que en nada se parece á un asno, » decía. « A propósito de asnos; yo sé de uno cierto estupendo hecho que... » Y á renglón seguido le espetaba el cuento de marras.

Volvamos al punto de partida.

— ¿Con qué las emociones y las sorpresas no le sientan mal? — continuaba aquel interlocutor mío, á quien iba recomendado, y en cuya casa me hospedaba accidentalmente.

Pues, á la calle, donde me pasó una aventura que no cuenta Cide Hamete Benengeli, pero graciosísima si las hay, con sus atisbos y ribetes de ridícula, y á todas luces, muy propicia para apagar los entusiasmos de la imaginación, y los ardores de la sangre.

Mi Cicerone y yo salimos á la vía pública, internándonos en el carnavalesco laberinto.

— Vamos á la quinta de unos amigos míos, — dijo mi acompañante. — Allí se juega al Carnaval que es un contento.

Maldito si yo entendía qué significaba eso de *jugar al Carnaval.* Sin embargo, poco tardé en saberlo y conocerlo por propia experiencia.

En los alrededores de la *Atenas del Plata,* como por antonomasia llaman á la ciudad los argentinos, existen pintorescos pueblecitos, todo frondosidad y encanto. En tales pueblos, la opulencia ha levantado magníficas mansiones de recreo, las *quintas,* que tantos atractivos encierran en todo tiempo, y muy singularmente en la estación veraniega.

A una de esas viviendas dirigimos nuestros pasos.

Quince minutos de ferrocarril, á razón de kilómetro por minuto, y heme huésped por breve rato de aquella casa, cuyos habitantes, *cooperados,* digámoslo así, por un completo ejército de amigos y conocidos, preferían, acaso con buen acuerdo, las delicias del Carnaval rural á las del Carnaval urbano.

Aquello era el acabóse. El buen humor había tomado allí carta de naturaleza. *Ellos y ellas* (¡qué ellas, Dios mío, qué ellas!) se entregaban á los juegos que el pícaro cuanto peligroso Carnaval autoriza.

Tengo para mí que el mismo San Jerónimo, el de los zarzales, correría en tal lugar y con tal compañía grave peligro; porque allí no había zarzales con qué poder maltratar las carnes, y sí había, en cambio, un espeso bosque de pinos, abetos y eucaliptos, cuyas emanaciones aturdían los sentidos.

Hacía poco rato que habíamos llegado.

Mi carácter de extraño en la casa me tenía un tanto cohibido. Habíame apartado del núcleo de los tertuliantes, y puesto á contemplar, al pie de un robusto árbol, el tupido ramaje que á mi vista se extendía.

De pronto... ¿Qué fué lo que por mí pasó?

Una sensación, un aturdimiento, una cosa nunca sentida me hizo dar brinco tal, que desde entonces pienso si tendría fundamento la teoría que reconoce al hombre como descendiente del Simio.

Era, lector, que aquellos regocijados señores y señoras habían dirigido á mi cabeza y á mi tronco, dos potentes chorros de fría agua, salidos de otras tantas mangueras puestas *ad hoc* en funciones.

El *espectáculo,* celebrado por el *público* con estrepitosas carcajadas, duró buen rato, el suficiente para que yo, cabeza de turco de semejante broma, quedara como es de suponer.

Chorreando, convertido en una esponja, me reuní á los *atacantes,* que coronaron su hazaña echándome á pulso un cubo de agua, para que la obra quedase completa, y yo bien aleccionado en cuanto á las costumbres del Carnaval criollo.

Porque han de saber ustedes, asombrados lectores, que, coincidiendo el Carnaval allí, con la época canicular, existía entonces, y algo existe todavía, contra reglamentos y protestas, la costumbre de remojarse mutuamente, arrojándose el agua á cántaros y por medio de bombas que, lanzadas con violencia contra los incautos ó distraídos, revientan y producen los *efectos* consiguientes.

Tal es el recuerdo que conservo del primer Carnaval que pasé en América.

ANTONIO ASTORT

EL LAZO AZUL

I

Se aproximaba la cuaresma á pasos agigantados, esa época del año, consagrada por la Iglesia á conmemorar la pasión y muerte Nuestro Señor Jesucristo.



El miércoles de ceniza estaba á punto de llamar á la conciencia humana, con el eco acompasado y triste de las campanas del templo, y la palabra grave del sacerdote iba á pronunciar en breve el fatídico *pulvis eris.*

Pero como si la humanidad quisiera aprovechar los últimos momentos de la expansión carnavalesca, de ese período de vertiginosa locura en que, envuelta en un dominó y cubierta con un antifaz, suele mostrarse tal como es, invadía, llenaba literalmente, el ancho patio del teatro Real y ocupaba la mayor parte de sus localidades.

Pocos martes de carnaval habían dado un contingente tan numeroso al regio coliseo, y en ninguno había reinado en éste mayor animación, júbilo tan bullicioso.

Frases epigramáticas; indirectas cobosianas; reproches no disimulados; celos efervescentes; desdenes glaciales; declaraciones volcánicas; alusiones abrumadoras; proposiciones equívocas; miradas incandescentes; talles oprimidos; respiraciones fatigosas; rugidos de despecho; carcajadas homéricas; un oceano de luz y de colores; torrentes de armonías; movimiento irregular continuo; tales eran las palpitaciones de la vida en el vasto recinto, al sonar en el próximo reloj de la Encarnación las doce de la noche.

II

Una máscara, aislada entre la multitud, sola en medio de aquel bullicio, esquivando la solicitud de los curiosos, y desahuciando con frase firme aunque cortés á los recalcitrantes, parecía concentrar todas sus facultades en sus ojos, á juzgar por la avidez con que escudriñaba el heterogéneo conjunto de seres que se apiñaban en el salón.

Velaba sus formas con amplio dominó negro, y su rostro con un antifaz, que sólo dejaba al descubierto una barbilla blanca, ligeramente

rosada, de cutis finísimo, que permitía adivinar encantos de primer orden, encantos que confirmaban dos pupilas negras como el abismo, pero con destellos fascinadores.

El cabello, recogido cuidadosamente por caprichoso adorno de encajes, era castaño obscuro y revelaba, por su profusión y natural ensortijamiento, que pertenecía á una dama no entrada en años, sinó en los albores de la plenitud de su vida.

Imposible dar de sus manos otra idea que la de su pequeñez aristocrática, calzadas, como iban, por finísimo guante de cabritilla, y de sus pies sólo habré de decir que eran breves, arqueados, ligeros; que iban aprisionados en lindos zapatitos de tafilete color de bronce y cubiertos con medias de seda de un negro tan negro, aunque menos brillante, que el de las pupilas de la dama.

Por último, y como distintivo tal vez, como contraseña convenida de antemano, llevaba prendido en el hombro izquierdo un lazo azul, formado por cinta de seda, cuyos extremos flotaban al andar de la bella, y eran, para muchos, motivo de intriga ó causa evidente de provocación.

No habrían transcurrido cinco minutos, desde que dieran las doce, cuando otro dominó, negro también y con lazo idéntico en el color y en la forma, enlazó el brazo de la dama, sin resistencia alguna por parte de ésta, y juntos se confundieron con la muchedumbre.

—Creí que ya no venías,— dijo la dama, sin dejar de fingir la voz, tal vez por exceso de precaución.

—Es que desesperaba ya de encontrarte, desde que me ha parecido ver á tu esposo en el salón,— contestó la otra máscara, observando la misma precaución que la dama.

—Error grandísimo, porque mi marido no se halla hoy en Madrid.

—¡Quién sabe!

—Me pones en cuidado.

—En casos como este, evoco siempre el recuerdo de la ausencia del rey, en el *Dominó azul*.

—¿Y temes que haya regresado de incógnito?

—Lo creo posible, al menos.

—Me haces temblar.

—¿Por qué?

—Y si hiciese el diablo que nos siguiera la pista y descubriese...

—Nada temas: poseo la llave de un palco, en el cual podemos hablar y cenar libremente. ¡Estás desazonada, inquieta!

—¡Piensas que no hay motivo, después de lo que acabas de manifestarme! ¡El, aquí!

—No es cosa segura. Entre tanta gente, se equivoca uno con la mayor facilidad.

—¡Dios quiera que mi venida no me cueste cara!

—Por sí ó por nó, alejémonos de este sitio. Allá, en el palco, encerraditos por dentro, le desafío á que nos encuentre.

—Vamos, vamos pronto.

—Vamos; pero tranquilízate, que el caso no es para tanto.

Y la pareja abandonó la sala.

III

Cinco minutos después, abría el máscara uno de los palcos principales de proscenio y entraban ambos en él, con las debidas precauciones.

Una densa cortina, corrida completamente á tres metros del antepecho, sumía el resto del palco en una obscuridad casi completa y lo sustraía á indiscreciones de toda clase.

La dama se quitó el antifaz, al entrar, y pareció respirar libremente; el galán, después de cerrar por dentro el palco, se quitó igualmente la careta y acto seguido hizo luz para encender las bujías de un candelabro colocado en un velador atestado de fiambres, dulces y vinos.

Una exclamación de sorpresa se escapó del pecho de ambos.

—¡Aurora!

—¡Luis!

—Pero ¿qué es esto?

Reinó un instante de profundo silencio, y hubiérase podido decir que allí reinaba la paz de los sepulcros, á no percibirse el golpe acelerado de dos corazones, en guerra consigo mismos.

Rehízose al punto Aurora, y... con esa lucidez de las mujeres del gran mundo, acostumbradas á dominar sus sentimientos é impresiones, repuso con naturalidad:

—Esto es que tu mujercita ha querido demostrarte cuán difícil es que tú la engañes.

—¿Luego sabías?...

—Todo, hijo, todo;—contestó, mintiendo con admirable aplomo,—y por eso he venido al Real y he ocupado el puesto de la que intentaba robarme tu cariño.

—Preciso será que me expliques...

—Te lo explicaré más adelante.

—Ha de ser ahora mismo.

—Nó: tu falta merece un castigo, y el que te impongo, es el de no revelarte el misterio, hasta que te hayas hecho otra vez digno de mi confianza. Ahora, cenemos, si te place.

—Cenemos,— murmuró filosóficamente Luis, después de reflexionar que su esposa podía tener razón, y que á él no le asistía ninguna.

IV

Dos horas más tarde, despojados del consabido lazo azul; bien cenados; fortalecidos por el jerez y el champagne; segura Aurora de haber disipado hasta la menor sospecha en la mente de Luis, y satisfecho éste de que su mujercita concediera tan escasa importancia á una aventura galante que hubiera podido producir la guerra civil en el matrimonio; salían ambos del Real, para tomar una berlina que los condujera á casa.

Pero la casualidad, que á veces tiene sus caprichos, como buena hembra, quiso hacer sufrir al uno y á la otra el castigo de sus culpas, y dejó ver á ambos otra feliz pareja que, muy amartelada, muy juntita, tomaba asiento en un landó y partía al gran trote de los caballos: en el hombro izquierdo de aquellas otras máscaras flotaban, á merced del viento, las caídas de sendos lazos azules.

Ambos cónyuges sintieron como un dardo en el corazón, al impulso de los celos, y comprimieron un grito de rabia, que estuvo á punto de delatarlos. Dominaron sus impresiones, y, en tanto que Luis seguía con la mente aquel carruaje, hondamente disgustado por las consecuencias del *quid pro quó*, Aurora dijo, soltando una carcajada:

—Apuesto á que esos no llevan frío;... pero ¿qué tienes Luisillo, que estás temblando?

—El frío que esos no llevan;— repuso Luis, instintivamente.

Como se ve, el carnaval había terminado y el antifaz había sido sustituído por la careta de carne.

V

Algunos de mis lectores, aquellos que no conocen el mundo más que muy exteriormente, creerán que acabo de referirles un cuento, hijo de mi imaginación.

Otros, los avisados, los maliciosos que en toda ficción buscan un fondo de realidad, dirán para su suyo: — A mí no me la pegas, compadre; esto no lo has inventado tú, esto ha sucedido tal y conforme nos lo pintas.

¿A qué conduce el negarlo? Sería completamente infructuoso, porque, hablando en plata, lances análogos al referido se ven con harta frecuencia en los bailes de máscaras y han servido de asunto para no pocas comedias, extraordinariamente aplaudidas. ¡Se prestan tanto!

Y de fijo sus autores no se habrán tomado, para llevarlas á la escena, más trabajo que yo, para trasladarlas al papel.

¡Como que en el teatro del matrimonio se suelen representar todo el año... á cara descubierta!

Pero NUÑO

FANTASÍA CRIOLLA



USTEDES se marean? Pues, por si acaso, no quiero exponerles; me trago en dos sorbos el Mediterráneo y el Océano Atlántico, que no es mucho tragar si se hace por gusto, y así, como por arte de brujería, nos encontramos en América del Sur.

¡Qué comodidad!

Sin cansancio, sin atropellos, sin gastar un *centavo*, ¡cuánto me tienen ustedes que agradecer!

Estamos en las inmediaciones de Buenos Aires, á unas ochenta leguas de la población; que esto es allí, como aquí de la Plaza de Cataluña á la Rambla de las Flores.

Un paso.

No hay poblado, ni *estancia*, ni siquiera un miserable *rancho*...

La vista se pierde, buscando algo más allá de la inmensa llanura; ni un valle, ni una piedra, ni el menor accidente;... verde por todas partes, mucho verde... Así me explico que esta hermosa tierra americana sea la *esperanza* de tanto mortal como sueña con la fortuna.

Pero sí, entornando un poco los ojos, haciendo con las manos dos persianas encima de las cejas, para evitar la influencia del ardoroso sol, vemos un punto negro en la llanura.

Un paso más y sabremos lo que es.

Ya lo ven ustedes. El punto es un *gaucho*, tendido en el suelo boca abajo, á la sombra de su caballo.

De vez en cuando, se estremece el criollo y, metiendo la cabeza entre la hierba, pronuncia algunas frases entrecortadas.

El caballo, completamente ajeno á los pensamientos de su *patrón*, come sin cesar del verde y fresco pasto que le rodea.

Algo terrible le ocurre al *gaucho*; algo que le hace retorcerse como una víbora y exclamar:

—Me la ha de pagar.. ¡Pero cómo! *¡La gran perra!*... Sí, Aurora, que es lo que más quiere, morirá á mis manos.

Y dando un salto sobre el *afilado* lomo del caballo, parte como una exalación.

Sigámosle.

* * *

La decoración ha variado.

Estamos junto á un inmenso *galpón*, especie de barraca ó almacén, rodeado de grandes corrales de ganado.

Varios individuos del país, charlan alegremente en el interior, mientras una joven bastante apreciable les *echa* el clásico *mate*.

—¿Y no ha vuelto por aquí? — pregunta uno.

—Ni ganas — añade otro.

—Parece que se ha *enojao*...

—¿Sí? — exclamó el más viejo, variando de postura.

—Sí, señor Manuel; y dijo al partir que ya se vería con usted.

—*¡Qué esperanza!* Y todo por *na*; porque le di con el *lazo* tres ó cuatro golpes en la cara al muy gandul.

—Eso nó, señor Manuel, que nadie como él sabe *bolear* y echar el *lazo*.

—Bueno; pero ha puesto los ojos en ésta, que es mi vida, y eso no lo puedo tolerar.

La joven aludida sufrió un estremecimiento y vertió la *pava* de agua caliente sobre el cogote de uno de los contertulios.

—¡Canela! — gritó éste, llevándose la mano á la parte dolorida.—¿Quieres hacer *bife* con mi carne?

En esto sonaron dos golpes fuertes en el portón.

—¿Me da permiso? — siguió una voz que no era otra que la del *gaucho* enojado.

—El *Pericón*, — exclamaron todos, menos el señor Manuel, que sin hablar palabra, desenvolvía el cuchillo.

La joven se puso pálida como una muerta.

—Pase y verá — gruñó el viejo patrón.

La puerta se abrió de un golpe, y Pericón, como allí le llamaron, se presentó en el centro del grupo.

—No vengo *enojao* — dijo sonriendo.

—Me alegro por ti, — contestó el señor Manuel, tranquilizándose.

Todos se sentaron.

Pericón y la joven se miraron de un modo extraño.

—¿A qué llegas aquí, entonces? — continuó el patrón.

— Señor, no encuentro trabajo, y si usted...

—No sigas; puedes quedarte, grandísimo sin vergüenza; pero ya sabes quien soy yo.

Y sin esperar contestación, le empujó hacia los corrales, dándole un puntapié... donde suelen darse en España.

El desdichado Pericón rugió como una pantera, al verse solo, y le pegó dos bocados á un chorizo del país que llevaba en el bolsillo.

¡La venganza iba á ser terrible!

* * *

El señor Manuel, después de conversar con sus compañeros, les despidió hasta el día siguiente.

—¿Marcha usted á Buenos Aires? — le preguntaron.

—Sí, mañana mismo parto con una yunta de vacas que es una gloria.

—¿Y Aurora?

—Esa se queda aquí, á vuestro cuidado: no quiero exponerla en el viaje; hace mucho calor, y si la perdiera... ¡oh! ya sabéis que es mi ojito derecho.



Pues por falta de cuidado no ha de quedar.

—Hasta *mañanita*.

Todos salieron; el señor Manuel atrancó la puerta por dentro, y el silencio más absoluto reinó en aquellos alrededores.

* * *

Es la media noche, bien medida.

Una sombra se desliza rozando las paredes de tablas del *galpón*.

Pericón; ¿quién otro pudiera ser?

De pronto se para, porque ha percibido un rumor junto á su cabeza.

En efecto, á esa misma altura, se ha abierto un agujero, por donde asoma la cabeza de un sér humano.

Es la hija del señor Manuel.

—*¡Pericón!* — exclama ella.

—El mismo. ¿Estás dispuesta á seguirme?

—Sí.

—¡Ay! no sabes lo que siento aquí.

—Yo también tengo el corazón *destrozao*.

—Me refiero al puntapié de tu padre.

—Bueno, pues, todo termina.

—Al amanecer, á caballo y largo.

—Sí, adiós y hasta luego.

La ventana se cerró, y *Pericón* se dirigió al corral, murmurando:

—Al amanecer, morirá á mis manos.

* * *

Las tintas de la aurora, comienzan á colorear el cielo.

El señor Manuel llama á su hija, con voces destempladas.

Los demás *gauchos* llaman á *Pericón*.

Nadie contesta.

El patrón recela algo y, rebosando coraje, se lanza fuera del *galpón*.

Sus criados y compañeros le rodean, para que no siga adelante.

—¿Pero qué ocurre? — pregunta, con voz de trueno.

—Una desgracia espantosa...

—¡Aurora!...

—La misma; sí señor.

—¿Qué le ha sucedido?

—¡Friolera! La hemos encontrado degollada, en medio del corral.

—*¡Pericón!*...

— Sí; él ha sido quien...

Apenas lo oye, corre el señor Manuel hacia el lugar del crimen.

Allí está Aurora,... la vaca más hermosa, bañada en su propia sangre.

El señor Manuel no tiene consuelo. Arrodillado junto al cadáver del animal, no escucha las voces de sus compañeros, quienes le señalan á un jinete que huye con la velocidad del rayo, llevando una mujer á la grupa.

Perdida la vaca mejor, ¡qué importa lo demás!

JOAQUÍN ARQUES



LA BATALLA DE TETUÁN

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Victoria!... ¡Victoria!

Dios ha combatido con nosotros.

Estamos sobre Tetuán: los campamentos enemigos han caído en nuestro poder; los ejércitos marroquíes huyen deshechos y atribulados por esas montañas.

Sus cañones, sus tiendas, sus equipajes, sus víveres, todo lo han dejado en nuestras manos.

El pabellón de España ondea sobre la torre de Jelelí, sobre la tienda de Muley el-Abbas, sobre cien quintas y caseríos. »

Así escribía á un su amigo, lleno el pecho de patriótico entusiasmo, el insigne literato y valeroso soldado, don Pedro Antonio de Alarcón, participándole el gran triunfo obtenido por las armas españolas, en la mañana del 4 de Febrero de 1860.

Procuremos reseñarlo.

Antes de las nueve de la mañana de aquel gran día, *que será eterno en nuestra historia,* pasaron el segundo y tercer cuerpo el Al-Kántara, por cuatro puentes, uno de mampostería y tres de caballetes, establecidos el día anterior por los ingenieros. El segundo cuerpo, al mando de Prim, á la derecha; á la izquierda, el tercero, capitaneado por Ros de Olano; en el centro, entre ambos cuerpos, el tercer regimiento montado de artillería, precedido de los ingenieros, y detrás, doce escuadrones de caballería en dos líneas. El cuarto cuerpo, comandado por Ríos, quedó desplegado delante del reducto de la Estrella, cubriendo la extrema derecha y la retaguardia del ejército, cuyo flanco izquierdo debían proteger algunas cañoneras, remontando el río Martín (Gerad - el - Jelú).

El ejército moro ocupaba magníficas posiciones, perfectamente atrincheradas, cubriendo sus campamentos Muley - el - Abbas, en los alrededores de la torre Jelelí y alturas inmediatas, sobre nuestra derecha, y Muley - Amed al frente, algo más bajo y sobre una pendiente suave; artillado uno y otro campo con piezas llevadas de Tetuán.



Fragmento del cuadro LA BATALLA DE TETUÁN, original de M. Fortuny.

Propiedad de la Diputación Provincial de Barcelona. *Fot. R. Nobas*

El segundo y tercer cuerpo avanzaron resueltamente y, al llegar cerca del enemigo, dejaron paso franco á nuestra artillería, que empezó á batir las posiciones moras con cuarenta piezas de cañón, preparando el asalto de la infantería.

Abiertos en la trinchera mora algunos portillos y volado un gran repuesto de pólvora de los enemigos, sonó, por fin, el deseado toque de ataque, y todo el ejército cristiano se precipitó á la bayoneta sobre la morisma.

La lucha fué terrible; el combate á muerte.

El desafío cuerpo á cuerpo.

Los jefes ensangrentaban sus espadas.

Los oficiales respondían á pistoletazos á las espingardas morunas. Los disparos era á quemarropa. El arma blanca y la de fuego se empleaban á igual distancia. Los gritos de triunfo y los ayes de agonía resonaban en discordante confusión. La muerte derribaba por igual á moros y cristianos.

El general en jefe, don Leopoldo O'Donnell, impetuoso, marcial, arrogante, dominaba la situación, con su mirada de águila y su corazón de guerrero. General, para disponer la batalla, y soldado, para afrontar el peligro, lanzóse á las balas enemigas, con el acero desnudo, asaltando las trincheras moras, al grito de ¡Viva España!

— ¡Viva el general en jefe! — exclamaban los soldados, siguiéndole en su vertiginosa carrera.

Los Voluntarios catalanes, llegados el día antes al ejército y que el general Prim pidió le agregasen, marchaban á vanguardia, cuando, al llegar á la trinchera enemiga, se vieron cortados por una zanja pantanosa, recibiendo los seguros y mortíferos disparos que los moros les dirigían desde sus parapetos. Todo el ejército lanzó un grito de espanto y horror. Pero los bravos hijos del Principado no retroceden. Los muertos sirven de puente para los vivos.

— ¡Adelante, *noys,* — les grita Prim, en catalán... — ¡No hay tiempo que perder!... ¡Acordaos que me habéis prometido morir por Cataluña!... Y arrojándose con el sable desenvainado, ve un portillo en el muro y mete por él su caballo, seguido de los Voluntarios, que, con la cabeza baja y alto el corazón, acometen y conquistan la formidable trinchera, se encaraman como gatos por la muralla de tierra, penetran por las troneras de los cañones africanos, y ensangrientan sus bayonetas hasta el cubo, vengando la muerte de su comandante, don Victoriano Sugrañes, del teniente Moxó y de sus hermanos, en número de más de ciento treinta... ¡es decir, la cuarta parte de su fuerza efectiva!

— ¡Brava gente!

—¡La tierra que los ha criado, bien puede mostrarse orgullosa!

JOSÉ CUCHY



EL DISFRAZ MÁS CÓMODO

Estas justas alabanzas, y otras mil, salían de todos los labios.

El triunfo de nuestras armas fué completo.

El malogrado artista, Mariano Fortuny, gloria de España y admiración del mundo, pintó el cuadro de esta gran batalla, con aquel mágico pincel que ha hecho su nombre inmortal.

La gran duquesa de Rusia, hermana del Czar, fué á visitar en Roma el estudio de Fortuny, atraída por los elogios que del cuadro se hacían.

Esta visita valió á nuestro compatriota el honroso encargo de pintar dos lienzos, con destino al palacio imperial.

La batalla de Tetuán es una de las páginas más gloriosas de nuestra historia.

Los moros perdieron en ella cerca de 2,000 hombres, y dejaron en poder de sus vencedores 8 cañones, 800 tiendas de campaña, 2 banderas, 26 camellos, armas, municiones é infinidad de efectos.

Nuestros más humildes soldados pudieron dormir aquella noche sobre las ricas alfombras y bajo las hermosas tiendas de los vencidos jefes del imperio; y, al siguiente día, pudieron contemplar la ancha vega del río Mártir; y más allá, entre pintorescas huertas y arboledas, el blanco caserío de Tetuán, con sus alminares y sus terrados; las azules ondas del Mediterráneo, con los buques de la escuadra, surtos en la ría; y á la derecha, la cordillera del Atlas: todo ello ganado por el esfuerzo de su indomable corazón.

Bien pronto les abrió sus puertas la ciudad marroquí, y no transcurrieron muchos días sin que, por consecuencia de la sangrienta y nueva victoria de Wad-Ras, se firmara la paz; justo premio que el cielo otorgó á aquel ejército tan sufrido, tan abnegado y tan heroico.

E. RODRIGUEZ - SOLIS

SABIDURÍA ÁRABE

FACETA).

ALÍ Mouna, que debía partir para Teherán, á donde le llamaba la voluntad de Omar, Châ de Persia, hizo pregonar que compraría á buen precio cuantas piedras preciosas se le presentaran. Como Alí Mouna sabía que Omar quería nuevas alhajas y que era generoso como el sol, pagaba sin regatear y hacía un buen negocio.

De los más apartados rincones de Arabia y aun de Siria, afluyeron los vendedores, y el proveedor de Omar compraba sin descanso.

Una tarde se presentó en la tienda del rico joyero un hombre haraposo, agobiado por los años. Llevaba en la mano un saquito que podría contener, á lo sumo, mil monedas de plata y otras tantas de cobre, si fuese saco de guardar dinero.

—¿Has hecho anunciar que comprabas todos los tesoros?

—Sí.

—No sé si tendrás bastante dinero para comprar el que te traigo.

El mercader se sonrió y, mirando la bolsa del vendedor:

—Aunque estuviese llena de diamantes, — exclamó con orgullo, — sobra dinero en mi arca para pagarla diez veces.

—¿Y si lo que traigo fuera más precioso que los diamantes?

—Ni que fueran perlas negras, del tamaño de una avellana, puedo pagártelas.

—Paréceme que te equivocas.

Con tanta seguridad hablaba el vendedor, que el mercader, ansioso ya de ver lo que contenía el saquito, dijo:

—Está bien. Enséñame tu mercancía, y veremos si es tan preciosa como aseguras.

El hombre abrió el saquito con infinitas precauciones. El comprador quedó pasmado. Dentro de la bolsa había tres ó cuatro papeles muy viejos, muy arrugados, muy manoseados; dos ó tres ricitos de pelo; unas flores marchitas; un manuscrito empezado; la hoja damasquinada y rota de una gumía; una moneda de oro en que relucía el creciente; un trozo de seda verde, gruesa y tupida como la del estandarte sagrado; un caracol marino y otros cachivaches sin valor aparente.

—Y es éste el tesoro que tanto me ponderabas, buen hombre?

—Te ríes, porque no comprendes. Sabe que esos papeles, esas flores, esa moneda, esas cositas que desprecias, son *Las ilusiones de los pobres*. Gracias á ellas, han vivido felices generaciones enteras de hombres que tenían que doblar la espalda para trabajar la tierra, empuñar un arma para defender á su señor, pedir limosna para sustentar su vida. Por ellas, la muchacha fea ha vivido resignada y contenta. La divina Ilusión, madre de la Esperanza y de la Dicha, está encerrada en este saquito. Ya ves si es precioso el tesoro que te ofrezco. ¿Tienes dinero bastante para pagarlo?

—Te sobra razón, hermano; ni en mis arcas ni en las de Omar, que Allah guarde, hay oro suficiente para adquirir este tesoro. Pero... ya que á mano lo tengo, quiero comprar una parte de él.

—Nó. O todo ó nada. Quédate con la riqueza; pero no tendrás ni una sola de las Ilusiones de los pobres. El poder y el oro para vosotros; para nosotros la divina Ilusión, madre de la Esperanza y de la Dicha.

Marchó el hombre. Cuando hubo salido del bazar, sintió que el viento del desierto soplaba sobre la villa y vació al aire el contenido del saquito, que bien pronto se esparció en distintas direcciones.

Los que cavan la tierra, los basureros, todos los que comen buscando por sí mismos el sustento, son los que encuentran las Ilusiones que el hombre haraposo no quiso vender al mercader opulento, y que jamás anidarán en el hogar de los poderosos.

* * *

JULIO BORRELL



ESTUDIO AL PASTEL

DIVAGACIONES FILOSÓFICAS

SOBRE LA MÚSICA WAGNERIANA.

La música es el arte más vago y menos intelectual de todas, pero la más sensorial. Sus efectos se reducen á la emoción. Sólo de una manera vaga y por analogía recuerda y suscita ideas. Su fin es el provocar meros estados generales de sensibilidad. Su acción no llega directamente á la sustancia gris del cerebro. Los cuerpos estriados son su centro receptor, y allí se pasa todo.

La indeterminación del sonido es la misma que la del color; sólo que el color, casi siempre, le vemos determinado por formas definidas que le encierran. Donde el color se nos presenta más indefinido, y, por tanto, más análogo á la música, es en el paisaje; pero el verdadero *pendant* de la sinfonía es el tapiz árabe, sinfonía de tonos luminosos, cuyo efecto lo produce el contraste de simples manchas de colores, más ó menos diferentes. Ni la nota acústica, ni la nota visual, despiertan directamente ideas como la forma concreta natural, ó la convencional de los símbolos fonéticos del lenguaje. Así, extremando, podríamos decir que el tapiz y la sinfonía son las dos manifestaciones elementales y puras del Arte, las más primordiales, pues son sensación pura y nada tienen que ver con el intelecto propiamente dicho, ó sea con la razón. Podrán ser racionales en sus combinaciones y coordinaciones, en la manera de producir una armonía ó efecto de conjunto que nos impresione ó conmueva, pero no en su fundamento; en último término de análisis sólo provocan estados reductibles á los de placer ó dolor, no ideas.

En el orden intelectual, el primer arte es la literatura; luego vienen la arquitectura, la escultura y la pintura, la cual es á la vez racional y sensorial, subordinándose el color al plan general de la obra; pero en la música, lo sensorial es lo dominante, y sólo está al servicio de la emoción. En el paisaje, como hemos indicado, el color ya es el elemento soberano; por esto el paisaje despierta sentimientos más vagos, pudiendo decirse con Paul Bourget, que *todo paisaje es un estado de ánimo.*

Mas el tapiz árabe es ya un juego de color puro, como una sinfonía es un puro juego de sonidos, es decir, un conjunto encadenado de relaciones de movimientos vibratorios que no se dirigen á evocar nada conocido, adquirido y clasificado por la inteligencia, sinó á producir estados generales de tonicismo nervioso. Así la música es un mundo aparte; aparte de la inteligencia propiamente dicha, sumergiéndose en la penumbra de lo inconsciente.

El islamita y el alemán han sobresalido en la producción de esos conjuntos puros de arte sensorial, cada uno en el arte que provocaba su medio ambiente, por las siguientes causas:

El proceso cerebral que ha determinado la producción de la obra en ambos es análogo; en el primero, se ha pasado en los tálamos ópticos; en el segundo, en los cuerpos estriados.

El germano, privado por la Naturaleza de las impresiones deslumbradoras y vivas de color que ofrecen los países templados y cálidos, no estando viva y continuamente impresionado por el intermedio del órgano de la visión, por la luz viva, las vibraciones acústicas le han producido un desarrollo predominante en la parte de su cerebro correspondiente á la audición, y con el desarrollo ha venido la diferenciación creciente del órgano, y con ésta la producción de una música más perfecta. Esa voluptuosidad cerebral, ese sensualismo interno que todo sér civilizado busca, el germano lo ha hallado en las vibraciones auditivas.

El árabe, al contrario; privado por su religión de reproducir las formas naturales; no teniendo nada en qué pensar, pues, para él, Mahoma en su Khoran todo lo había previsto, viviendo en medio de una naturaleza colorista, pero poco variada, el sol le ha llenado la cabeza con las notas brillantes del prisma. Y la diferenciación se ha efectuado en la retina, y en los tálamos ópticos, y la voluptuosidad la ha encontrado armonizando simples manchas de color. En lugar de jugar con sonidos ha jugado con notas de luz que reproducía y modificaba de las mil que recibía de su medio ambiente, de la vegetación y de las puestas y salidas de sol, de preferencia.

* * *

Así, no es de extrañar que los reformadores musicales hayan nacido en países germánicos. A más de las causas apuntadas, hay el carácter alemán, que es de sí complicado, serio y vago, á la vez, tres cualidades indispensables en la música, sobre todo en la moderna.

Wagner, que, según cuentan, desde su infancia, imitaba todo lo que le impresionaba, ha sido el caso más notable que corrobora esta ley.

Refieren que, cuando niño, se paseaba pensativo por las orillas del Rhin escuchando con atención casi religiosa los silbidos que produce el viento al pasar por la espesa vegetación que festonea sus riberas. Alguien hubo de preguntarle qué hacía allí absorto, y él le contestó que estaba descifrando el canto de las sirenas, que se perseguían nadando en el fondo del río, y que sólo distinguía confusamente. Esta ilusión ó semialucinación no era más que el preludio del desarrollo musical de aquel gran cerebro. Ya desde joven no le bastó el servirse del sonido para reproducir los ruidos de la Naturaleza, ni del ritmo para dar la idea del movimiento.

Este género de imitación, ya se reveló tímidamente en la *sinfonía pastoral* del *Rey de los álamos*, donde Schubert hizo un drama agitado, en el cual se distingue el grave acento del padre, el timbre agudísimo del niño, cuya agitación nerviosa sube en intensidad febril, hasta el momento en que el hilo de su vida es cortado por la sacudida del segundo acorde.



En los «Poemas sinfónicos», Listz había hecho, hasta cierto punto, el comentario de las obras de Víctor Hugo.

En «Mazzeppa» lleva á una carrera desenfrenada los altos, los violines y los violoncellos; y, al mismo tiempo que el galopar del caballo, representa los mil ruidos de la Naturaleza. Los instrumentos de cuerda, divididos en extremo, hacen oir, de arriba abajo de su escala, una multitud de pequeños sonidos de toda clase, ya unidos, ya separados, ya entrecortados, cogidos con el arrastre de los arcos y los pellizcos de las cuerdas, produciendo una suerte de crepitación armónica de una excesiva tenacidad, bordada tela de fondo sonoro, sobre la cual se destaca, como en primer plan, una frase plañidera y conmovedora.

Hasta aquí la escuela imitativa no había tenido la pretensión de las descripciones de conjunto. De éstas pasará ya á las de exposición de una acción completa.

Para ella es poco lo de reproducir el ruido por el sonido, el movimiento por el ritmo. Pronto querrá pintar con equivalentes de colores, reproducir actitudes, retratar situaciones, darnos ideas de formas plásticas (!!!!), y aun fórmulas definidas de ideales (!!!!). Esta es la opinión de Wagner, que ha sido resumida por alguien que ha dicho que quería «elevar la música á la producción de la verdad absoluta», lo cual basta tener sentido común para ver que es un desborde, ó sea la invasión imposible de un arte en el terreno de todos los demás, y aun en el de la metafísica.

En cuanto á la ejecución, lo que se ha propuesto ha sido hacer representar á la música «por los cien colores de la orquesta y las combinaciones infinitas de la armonía, no sólo los sentimientos y las pasiones, sinó la fisonomía moral de la fábula, lo mismo que las diferentes peripecias de la acción, sin olvidar los accidentes de luz y de paisaje que indican la hora, la época y el espacio en que la acción se produce».

De aquí viene lo de que el canto sólo sea con frecuencia una declamación modulada; de que cada elemento, cada acción, cada situación, cada carácter, sean indicados por un motivo, especie de símbolo acústico que provoca la idea correspondiente en los iniciados; pero que, en los que no lo son, nada les dice la mayor parte de las veces. Así también cada personaje viene caracterizado por lo que el maestro llamó *una idea musical* ó *un tema*, cuyas variaciones le acompañan en todo lo que dice y hace, á pesar de la complexidad de las armonías generales, á veces de una difusión enorme.

Todo esto ha complicado los medios: se han inventado instrumentos nuevos, y modificando y diferenciando los antiguos, los cobres han dado sonidos más secos y estridentes, y la madera modulaciones más suaves. Y así la Música ha llegado á ser una imitación verdadera de una alta significación, aunque una fuente de sobrexcitación nerviosa y un origen de estados sensuales semiconscientes, mortales para el pensamiento enérgico y viril.

Es verdad que la Opera italiana era un arte artificial y manso. La melodía en ella poco tenía que ver con el carácter, con la situación y con la idea generadora.

El drama lírico de Gluk empezó la reacción, ó mejor dicho, preludió la reforma, con una música, con un programa, dentro del cual todo tiene su razón de ser. Pero el drama musical (que no existe) de Wagner, quiere expresarnos no sólo un estado general y una graduación de motivos dentro del mismo, sinó hechos positivos, situaciones particulares, formas concretas. La frase musical la considera como una transcripción literal adecuada de los fenómenos, ó lo que es lo mismo, una transcripción substancial de la frase poética, lo cual es un absurdo, con perdón sea dicho de la augusta sombra del Maestro, y á pesar de todos los wagneristas del mundo.

Hacer de la Música la sucedánea mejorada de la Pintura, creer que habla á los ojos lo mismo que á los oídos, que despierta sabores y olores, y que además se dirige á la razón pura, y esto, tomado no en sentido comparativo ó metafórico, sinó en el literal ó directo, como lo pretenden los doctores en música de la moderna Alemania; es la más completa de las aberraciones.

Nadie que sea ilustrado y observador podrá negar una cierta relación entre los sonidos y los colores, y entre éstos y las temperaturas, como entre olores y gustos, en fin, una escala de valores equivalentes de las diversas series de sensaciones; pero entre esto y sustituir los unos á los otros va un abismo.

Todo lo ridículo de tales pretensiones lo han probado, de una manera patente, los *delicuecentes* de la literatura, al querer hacer con frases *sinfonías en verde menor*, ú *orquestrar epitetos con verbos azules sustantivados sobre fondos de cobre brillante*, y señalar un color, un sonido, y hasta una temperatura á cada letra del alfabeto. Son excesos que luego hacen reir, pero excesos necesarios al ensancharse al campo del Arte. Tomar éstos por el Arte mismo, equivaldría á tomar los horrores del 93 por la verdadera práctica de la democracia.

Pompeyo GENER



PERO... ¿vas también á salir esta noche, víspera de tu santo y del aniversario de nuestra boda? Manuel.

— Sí, Amelia;... volveré luego.

Manuel recoge, con afectada calma, su sombrero y el bastón de encima de una silla, disponiéndose á marchar.

Ella insiste:

—¿Solo?... ¡y á tales horas!

Por hacer algo, Manuel miró el reloj que, empinado en lujosa chimenea, parece dirigir burlonamente esta escena, con su impertérrito tic-tac.

—Total, las once... Para salir tú, no digo que no sea algo tarde... pero, tratándose de mí ya es distinto... ¡Bah! los hombres vamos á todos los sitios, á la hora que sea y como sea;... las mujeres ya es otro cantar: ciertas leyes de delicadeza á que estáis circunscritas, os vedan...

—Nada; cuando hemos nombrado árbitro de todas nuestras acciones á nuestro propio marido, ni aún aguzando malignamente el ingenio, cabe en lo posible que una mujer menoscabe un ápice su decoro, por salir á altas horas de la noche, apoyada en su brazo.

Estas palabras, pronunciadas con pasión y energía, inmutan á Manuel.

—Pero, mujer, no hay para tanto; te consta el gusto que tengo en llevarte cada vez que salgo... (Amelia mueve negativamente la cabeza). Bueno; ¿que ahora no tanto como al principio de nuestro matrimonio? Convengo en ello, sí; pero también convendrás tú conmigo en que la vida tiene, como la luna, sus fases, y que éstas son mudables, según las circunstancias que rodean al individuo. Ya ves, ahora pienso en agrandar nuestra fortuna...

—Jamás se te había ocurrido: además, tus rentas bastan y aun sobran para subvenir á nuestras exigencias.

— *Por mucho pan*. .

—Manuel, la ambición no reza contigo: tú me engañas.

—¡Amelia!

—Sí; tú me engañas, ó mejor dicho, pretendes engañarme. Ignoro á qué obedecen tus misterios, las patrañas con que, de algún tiempo acá, vienes entreteniendo mi fiel, mi natural impaciencia por tenerte á mi lado, *por vivir de ti*, necesidad imperiosa que me subyuga desde que te conozco. Lo que sí puedo decirte es que de todas tus cábalas, tus crueles evasivas, tus ostensibles tardanzas, la poca firmeza y *extraña* expresión que hay en tus ojos, al mirarme, brota para mí, como fino soplo que me hiela de espanto, la evidencia de tu desamor.

—Pero, querida mía, ¿qué propósitos son esos? ¡Bah, bah! nervios, ¡puro histerismo! Y dime, tontuna: ¿á qué hubiera venido entonces el casarme contigo, para tener á vuelta de hoja, como quien dice, un final tan...?

— Cierto es, Manuel, que al darme tu nombre me diste una gran prueba; pero á ésta misma, atendida tu generosa alma, podía inducirte otro sentimiento que el del amor... la lástima, por ejemplo.

— ¡Dale bola!

Manuel mira con impaciencia el reloj, cuyas negras manecillas, atravesadas verticalmente sobre la esfera, cree sentir que se atraviesan también en su garganta. Con alterado y duro gesto, entre desesperado y decidido, exclama:

—Me marcho.

—Nada ni nadie te lo impide, le contestó con entereza su mujer. - Pero antes de irte, sepa yo á lo que debo atenerme respecto de ti, para tomar mi resolución.

Manuel retrocedió estupefacto.

—¿Tu resolución? ¿qué significa eso?

—Significa que desprecio cordialmente tu fortuna sin tu corazón; significa que quiero dejarte el campo libre.

—Y ¿tendrías valor para abandonarme, Amelia? ¿qué harías sin mí, desdichada?... Acaso ultrajar mi nombre, volviendo...

Manuel se detuvo. Amelia le miró con amargura.

—Puedes acabar la frase; ibas á decir: *á tus pasados yerros*... ¡Qué mal me comprendes, Manuel! Nó; la hija del arroyo, la desheredada por la suerte, la que desconoció por completo el bien hasta conocerte á ti, la que tú regeneraste al darla vida, la que más tarde has unido á ti para ser tu mujer, es incapaz, escúchalo bien, incapaz de ofenderte, porque te ama, porque este mismo amor se convierte por ti dentro de su alma en un culto de fetichismo. Te dejaré el campo libre cuando me convenza de que resulto en él semilla que no arraiga, estéril, que lleva el viento; pero será para desaparecer en alas de ese mismo viento que no sabe dónde va y que conduce tal vez á la nada.

Manuel miró á su mujer con mezcla de extrañeza y respeto.

—¡Ay Manuel!, los hombres de talento soléis ser cruelmente egoístas, agotáis en la propia inteligencia todo, ó casi todo el fósforo, en tanto, para los que carecemos de ese privilegio divino, el incendio es siempre en el corazón. La inteligencia, alentada por el genio, crea y se inflama en general, con miras ambiciosas de gloria; mientras que el corazón trabaja y pergeña al abrasarse con desprendimiento sublime, haciendo caso omiso de su sér. Ambos ascendiendo, de manera distinta; mientras el uno en tal ascensión lo arriesga todo, la otra tiene el convencimiento de que la felicidad que en ella alcanza, nadie será suficiente á arrebatársela. Esta tiene por de pronto asegurado, bueno ó malo, el premio de su labor; mas ¿qué espera el enamorado corazón de sus afanes? Nada, pues en las más veces quedan sepultados en su fondo, como terremotos fraguados en el seno de la tierra, bajo las arenas del desierto. En estos dos ejemplos estamos comprendidos tú y yo: tú, eres la cabeza que piensa; yo, sér indudablemente inferior á ti, el corazón que siente: tú, el hombre de talento; yo, la mujer apasionada de ese hombre. ¿En cuál de los dos cabrá más abnegación, más arranque, en una palabra, más alma? ¿Quieres que hagamos la prueba, Manuel?

La verdad es que en aquel momento la hermosura de Amelia era soberbia. Manuel, al contemplarla, creyó tener ante sí á una diosa. Descubriéndose, y dejando sobre un mueble sombrero y bastón, ciñó con un brazo el talle, en holgado y elegante ropaje envuelto, de su mujer, y contestó:

—Tu noble reto, Amelia mía, me obliga á corresponderte. Vas á saber mi secreto, oye: La causa de lo que tú llamas mi *desamor* ¿quieres saber á qué obedece? Pues únicamente á cierto invencible temor que de algún tiempo acá me viene royendo el ánimo, defraudando la mitad de mis bellas ilusiones. Al unirme á ti, Amelia, no sólo atendí al halago que tu delicada hermosura causaba en mis sentidos y á la imperiosa necesidad que de ser por ti amado sentía mi alma, sinó también á cierta voz secreta que, con delectación profunda, te designaba en el oasis de mi esperanza, como á la futura madre de mis hijos... Mañana cumple un año de nuestra boda.. y resulta que esa voz no ha pasado de ser un deseo.

Una aureola de triunfo pareció circundar el rostro de la poco antes cuitada esposa que, mirando profundamente á su marido, exclamó:

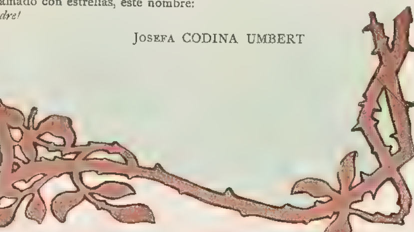
—¿Y si yo te dijera que tu deseo está cumplido?

— Amelia, ¿qué es lo que has dicho?

En aquel momento, el peinado de la joven se deshizo, cayendo sus cabellos en mar de negras ondas sobre sus hombros escultóricos; sus rasgados ojos de mora, húmedos por la pasión, llamearon con fulgor desconocido, y Manuel, medio desfallecido de alegría, pudo ver por primera vez sus mejillas, teñidas de un rubor santo, efluvio quizá de la nueva vida que latía en su seno; leyendo claramente en su frente, de puras y clásicas líneas, como un poema recamado con estrellas, este nombre:

—*¡Madre!*

JOSEFA CODINA UMBERT



LA FUENTE DE LA CIBELES

(MADRID).

Para *Salvador Carrera.*

Miradla, reclinada en el asiento,
tras de las fieras á su carro uncidas,
soltar los arcos de cristal al viento.
Bajo el rayo del sol brilla riente
la olímpica matrona,
ostentando castillos en la frente,
leones y castillos por corona.
Allá en el mundo griego,
de la Tierra fué egregia soberana
y en nuestra hermosa capital fué luego
ídolo heleno y diosa castellana.
No es la gigante plaza que la encierra
impropia de la insignia que tremola,
pues la estatua fué madre de la tierra,
y la tierra del mundo es la española.
Destronada de Atenas, sus ficciones
trajo á esta luz, á la que no es extraña,
pues muestra sus castillos y leones
como una reina popular de España.
Donde esparce Madrid más energías,
donde van á afluir los amplios ríos
de cuatro grandes y esplendentes vías,
se alza, de la ciudad en el crucero,
entre cuatro columnas de grandeza:
el Arte aristocrático y severo,
la sublime y feraz Naturaleza,
las armas, con sus timbres de Nobleza,
y el Oro, césar del planeta entero.
Por esos cuatro pórticos triunfales,
hasta los pies de la arrogante diosa
llega la vida en múltiples raudales;
y ella, que á todo lo fecundo ríe,
al verse circundada
de la ciudad por las potentes venas,
deja ver en su boca cincelada
la culta gracia de la ilustre Atenas.
Viene de un lado, el río poderoso
del comercio febril de otras ciudades,
que en alas lleva el tren vertiginoso
con su trajín de roncas tempestades.
La diosa oye el confuso laberinto
de la enorme estación engalanada
con tanto fruto de color distinto,
con tanta tela al sol tornasolada,
y con tanto producto como llega
á derramarse en la ciudad grandiosa,
cual se derrama en la tendida vega
del agua la corriente caudalosa.
Suben por la ancha vía
seres de opuestos climas y regiones,
componiendo una augusta sinfonía
con idiomas de todas las naciones.
El valiente progreso de mil fases,
sube en corriente de oro
sus cien tesoros en sus cien embases
de raudas ruedas al girar sonoro;
y ese tráfago loco y furibundo
que ante la diosa desfilando atruena
en sus oídos ávidos resuena
como la inmensa música del mundo.
Baja del lado opuesto otro gran río
de ricos carruajes,
mar de joyas, de telas, de colores,
de plumas y de encajes.
Torna de *las carreras,*
ó del templo ideal de la Pintura,
Madrid, formando espléndidas hileras
de mujeres, de lujo y de hermosura.
Junto al faetón desfila la carroza
en la que va la *horizontal* de fama,
y á su lado retoza
el alazán gentil del que la ama.
Viene el señor en el *landó* luioso
con lánguida indolencia reclinado,
y el tronco vigoroso
que tira uncido al coche charolado,
promueve rumoroso tintineo
de hebillas y crujientes correajes,
que se suma al profundo golpeteo
de cascos, fustas y zumbar de herrajes.
Las damas, en sus trajes prisioneras,
lucen sobre los arcos de las frentes
sombreros de matices diferentes
hechos de artificiales primaveras;
se abren los abanicos, salpicados
por lluvia de brillante pedrería,
que parecen, al sol iluminados,
hechos con gotas de la luz del día;
viene el *jokey* sobre el caballo esbelto
que hizo en la pista tercio á sus rivales,
con el traje flotante medio suelto
al aire que infla la brillante seda
sembrada de matices brilladores,
y que vivo remeda
girón de una bandera de colores.
Gemelos, quitasoles y vestidos
lanzan del nácar y del fino raso
tornasoles movibles y encendidos;
y avanzando veloz el regio paso
del tropel deslumbrante
á las próximas luces del ocaso,
piensa la diosa, ante el tumulto hirviente,
de una Grecia moderna ver la gracia
flotando entre el magnífico torrente
de la genial y rica aristocracia.
Llega, por otro lado, el pueblo loco
del circo aprisionado entre barreras,
donde su vida, que valora en poco,
juega el torero ante las bravas fieras.
Aun parece escuchar la muchedumbre
el estruendo imponente de la plaza,
mirar del sol reverberar la lumbre,
sentir, igual que un trueno, la amenaza,
y abismarse en la trágica pelea
del hombre y de la fiera impetüosa,
mientras gallardo el diestro juguetea,
burlando la embestida peligrosa.
Viene de orilla á orilla
la carrera triunfal llena de gente
que á los fulgores del ocaso brilla;
y del Arco gentil por las tres puertas,
que un rey digno del cetro y la corona
dejó á la ilustre capital abiertas,
se miran los incendios de Occidente
fingir paisajes y brillantes frondas,
y enmedio del crepúsculo esplendente,
alzar palacios, cruces y rotondas.
Tiende la cuarta vía
ante la augusta diosa su pendiente,
que en curva esplendorosa se deslía
bajo un cielo risueño y trasparente.
Es la arteria gigante
por la que á ríos va la muchedumbre
en perpetuo trasiego delirante.
Desde Fornos magnífico á la plaza
donde la estatua su carroza eleva,
todo Madrid ondula y se entrelaza
ya al tronar del motín que lo subleva,
ya al rumor de verbenas populares
ó á una y otra algarada estudiantiles,



ya al compás de las bandas militares
que presencian los bélicos desfiles,
ya al pasar el entierro fastuoso
que lleva por escolta caballeros
desfilando entre muros de personas,
y profusos regueros
de coches enlutados y coronas
A la entrada de un Rey, fiera palpita
como un mar imponente, la carrera,
apiñando á la gente que se agita
y de entusiasmo zumba y vocifera;
desde los altos cierros, revestidos
como palcos triunfales
que alegres dan sobre el bullir sonoro
y que, al sol relumbrando sus cristales,
heridos brillan como espejos de oro,
las damas dan al aire sus pañuelos
como un blanco volar de gaviotas,
suben salvas de vivas á los cielos,
resuenan entusiásticas las notas
que de las bandas vuelan á la altura,
y el Rey, la frente pálida inclinando
á la ovación rendida á su figura,
del concurso feliz se enseñorea
desde andaluz corcel que, adelantando,
parece que por música bracea
el *castellano* con que viene andando.
Los cuatro ríos en veloz corrida
van á dar á tus pies, noble Cibeles,
porque te alzas enmedio de la vida
por donde ciegos pasan sus tropeles.
Esos ríos te buscan como diosa,
como musa que inspire, iluminada,
y encauce la corriente poderosa
de esta nación, si combatida, hermosa,
y más valiente, cuanto más llagada.
Tú que viste la frente de Pericles
y en ella la sin par sabiduría,
la fuente milagrosa
que supo hacer de Grecia luminosa
un torrente de amor y de poesía;
tú que oíste el rumor de los cinceles
á cuyo són el Parthenón se alzara,
y viste coronarse de laureles
á Escopas, á Sisippo y Praxiteles,
del templo de tus artes sobre el ara;
tú que escuchaste á Sófocles y á Esquilo;
que bebiste la miel de la oratoria
en copa de oro que labró el estilo,
lleva á España infeliz á la victoria,
dándole el brillo de tu mundo heleno,
y sé nuestra Sibila deseada
que descifre, en la sombra inexplorada,
un porvenir de resplandores lleno.
Así, á la gracia que tu amor reparte,
huyan como bandadas nuestras penas,
y á este pueblo que goza en adorarte,
haz que desciendan con la paz y el arte,
el sol de gloria de la antigua Atenas.

SALVADOR RUEDA

HEROISMO IGNORADO

¿Quién es esa mujer tan hermosa que baila con Roberto Fontanar?—me preguntó en voz baja mi amigo Mendoza, recién llegado de la India y que aquella noche había yo presentado á la señora de A***, en cuyo salón nos hallábamos. Vaya, qué suerte tienen algunos,—continuó diciéndome,—sobre todo ese Fontanar, político en candelero, orador famoso y, lo que vale aún más, afortunado con las damas. Observe usted cómo esa mujer le mira, cómo sus ojos se fijan en los suyos. ¡Cuánta gracia! ¡Cuánta coquetería! Bailan maravillosamente.



NOTA ARTÍSTICA; por Comet.

Mi amigo era justo. La pareja á que aludía, causaba sensación en el brillante baile de la señora de A***; los concurrentes admiraban sin reservas á aquella espléndida beldad, en toda la soberbia arrogante de sus veinticinco años.

—Yo mismo quedéme embebecido, contemplándola, y apenas oí á Mendoza, quien tuvo que repetir la pregunta.

—¡Cómo! ¿No la conoce usted? Es su mujer.

—¡La mujer! -contestó asombrado, y añadió:—Excuse usted mi ignorancia, acabo de llegar de un largo viaje, y antes de mi partida, Roberto Fontanar permanecía soltero.

—Todo Madrid no habla de otra cosa estos días. La señora de Fontanar es una de nuestras mujeres más hermosas, más elegantes y, sobre todo, la más dichosa, pues se dice que Roberto no es únicamente su marido, sinó su gran pasión; la primera pasión de Teresa.

—¿Y la corresponde con igual entusiasmo?

—Se adoran. Además, ella está orgullosísima de haberse unido con un hombre de tan relevantes méritos como Roberto, héroe político del día y niño mimado de los salones de la Corte, que se lo disputan.

—¿La conoce usted personalmente?

—La traté bastante en otro tiempo. Muy joven, casi niña, me había dicho mil veces, que ella no podría querer á un hombre vulgar, ni casarse con él; soñaba con un héroe, capaz de hacer cosas extraordinarias.

En aquel momento, terminado el vals, la señora de Fontanar habíase sentado. Desde un rincón oculto por ricos cortinajes, mi amigo y yo pudimos admirar su delicioso perfil y la roja línea de sus labios entreabiertos. En sus miradas, en sus actitudes, adivinábase esa fogosidad de los temperamentos apasionados por las cosas sobrenaturales. A su lado, el gallardo Roberto, la hablaba en voz baja y como enamorándola. De aquel grupo encantador exhalábase un vago perfume de felicidad.

—¿Cómo no la saluda usted esta noche? — me decía Mendoza.

—No lo extrañe; ¡quiero evitarla el recuerdo de horas muy tristes, ya olvidadas!...

—¡Horas tristes! ¡ella, tan feliz!...

—Sí, amigo mío, las tuvo, en tiempo de su primer marido.

—¿La señora de Fontanar ha sido casada otra vez?

—Quince meses; y yo fuí íntimo amigo del pobre muerto.

—¿Quiere usted contarme algo de esto? Debe de ser interesante en extremo.

—En efecto, amigo mío; interesante de veras.

La orquesta comenzó á preludiar un rigodón, el baile animóse extraordinariamente, y mientras danzaban con rítmicos ademanes multitud de parejas, hablé de Enrique Peña, mi pobre y desgraciado amigo, muerto hacía cuatro años.

—Teresa, —dije á Mendoza —era hija de una familia vulgar y sencilla de la clase media; ignoro cómo pudo adquirir, en el ambiente en que vivía, sus ideas románticas exageradas. ¿Fueron los libros? No lo sé. Las mujeres tienen esos misterios. El padre de Teresa, comerciante riquísimo, ya retirado de los negocios, deseaba casarla con un hombre digno y honrado que la hiciese feliz. La hija, sin embargo, no participaba de tales ideas. Ella ambicionaba á un sér superior. En aquel entonces, presentóse, como candidato á la mano de Teresa, Enrique Peña, muchacho excelente, médico de porvenir, que al padre no le pareció mal, logrando, después de varios esfuerzos, el consentimiento de su hija.... ¡Pobre Enrique! Recuerdo todavía su desesperación, cuando comprendió que Teresa no le amaba; que no era el hombre soñado por la imaginación exaltada de su mujer. ¡Romanticismo! ¡idealismo! ¡heroísmo! ¿cómo engalanarse con tales nombres? Las visitas á los enfermos, los cursos del Hospital Clínico, no ofrecían ocasión para convertirse en héroe festejado y aclamado por la muchedumbre, y ser adorado entonces por su esposa!

Sentíase vulgar y necio, y como idolatraba con locura á Teresa, por cuya felicidad hubiese dado la vida mil veces, su desamor, su frialdad, aunque reprimida y oculta, siempre en aumento, concluyeron por abatirle físicamente, cayendo enfermo. Teresa languideció también, y de continuo distraída y nerviosa, no acertaba á comprender el daño que infería á Enrique cada vez que, con su voz dulce y acariciadora, le decía: «Mi pobre Enrique, ¡no harás nunca nada grande, sublime, heroico!»

A los quince meses de casados, murió éste bien vulgarmente, por cierto, ignoro si de una afección en el hígado ó de un catarro pulmonar; los médicos no se pusieron de acuerdo. Antes de morir, dijo á Teresa: «¡Me voy, querida mía, cásate otra vez y sé feliz!»

El rigodón había concluído. La señora de Fontanar, dulcemente agitada, habíase sentado, sonriendo graciosamente; sus mejillas, coloreadas por el movimiento, comunicaban extraño fuego á sus ojos dulcísimos y á sus labios de rosa.

—¿Y ella lloró mucho? — me preguntó mi amigo.

—Un poco, porque es buena. Pero hay que confesar que Peña pesaba sobre su existencia, como losa de piedra sobre el cuerpo de un sepultado en vida. Así fué, que cuando se presentó Roberto, ambos se comprendieron y la boda se hizo en seguida. Teresa poseía ya al héroe soñado ¡menos héroe, seguramente, que el que yace en el sepulcro.



NOTA ARTÍSTICA; por Comet.

—¡No comprendo! — exclamó Mendoza.

—Sepa usted que Enrique Peña halló al fin su acto heroico. Lo supe después. Se envenenó lentamente, y su suicidio duró cinco meses. Se mató, para que Teresa fuese dichosa.

—¿Y ella no ha sospechado nada?

—Nó; ella es feliz ahora. ¡Oh! las mujeres, amigo mío, ¡qué ingratas son!

—Pero ¡qué hermosas!

Enrique BAYONA

GARCIA Y RODRIGUEZ



PAISAJE

M. OBIOLS DELGADO



PARISIENSE

EL ÚLTIMO GIGANTE

El ilustrísimo ayuntamiento de Villagrande se hallaba reunido en plena sesión, cuando le anunciaron la visita de un enviado del vecino municipio de Piedrahonda.

—¡Del municipio de Piedrahonda! ¿A qué vendrá?

—Debe de ser cosa importante, porque sólo á usías ilustrísimas quiere comunicarlo.

—Es singular... Que pase.

Retiróse el dependiente municipal que así acababa de hablar con sus superiores, y entró un hombre de grosero aspecto, vestido de paisano y con una gorra galoneada en la cabeza; el cual, después de saludar respetuosamente, entregó al alcalde un pliego cerrado.

La autoridad rompió precipitadamente el sobre, desdobló el papel y, con los ojos clavados en el mismo, pintóse en sus facciones una expresión de aturdimiento. Alargó en seguida el pliego al concejal que se sentaba á su derecha, y éste, tras los mismos gestos y visajes que su digno presidente, al enterarse del contenido, alargó á su vez la misiva al compañero más cercano. Así, el misterioso pliego fué dando la vuelta en torno del estrado; siendo de notar que, á medida que lo examinaban, mirábanse unos á otros los concejales, no ya con expresión de asombro únicamente, sinó hasta de consternación.

Y el caso, si bien se considera, no era para menos. Tratábase de una comunicación en virtud de la cual el municipio del vecino pueblo de Piedrahonda tenía la avilantez de pedir prestado el *gigante de la Porra*, con objeto de tomarlo por modelo y construir otro exactamente igual, que, formando juego con los ya existentes, fuera á embellecer las futuras procesiones.

—¿Sabéis lo que pedís? -dijo, por fin, el alcalde, saliendo de su profundo aturdimiento.

—La pretensión es atrevida, ya lo sé, y sobre atrevida, delicada; mas póngase usía en lugar nuestro: de resultas del último granizo, quedó hecho jigote el gigante mejor que poseíamos; la fiesta mayor se viene encima á más andar, y como falte en la procesión ese gigante ú otro que con ventaja le substituya, se va á armar en Piedrahonda una furiosa tremolina.

—Construid otro igual al anterior.

—Hemos perdido el figurín.

—¿Y ha de ser precisamente el de la Porra?

—Sí, para que resalte al lado de los otros. Además, no quiero ocultar á usía lo que ocurre: Piedrahonda desea há largo tiempo un gigante de ese jaez, que es lo único que envidia á Villagrande.

—Y en el caso de daño ó perjuicio, ¿quién responde?...

—Nosotros respondemos. Si el gigante se estropea ó sufre grave detrimento, nos obligamos á componerlo, á construir otro nuevo si fuese menester; dinero, á Dios gracias, no nos falta; lo que nos falta es un modelo.

—Nó, no podemos acceder á tamaña pretensión,—replicó el alcalde, verdaderamente contrariado.—¿Cómo sacar de aquí el gigante? ¿Cómo remitirlo á Piedrahonda? Será preciso embalarlo, cargarlo en una carreta... Eso requiere tiempo, y el ayuntamiento, cuya atención reclaman los intereses comunales, no puede ocuparse en tales menudencias.

—Esa dificultad, perdone usía, la tengo yo resuelta.

—¡Tú!

—Del modo más sencillo. En cuanto se digne usía otorgarme su permiso, cargo yo con el gigante como esté, como si fuera á ir con él á la procesión. Piedrahonda no dista de Villagrande seis kilómetros, y en cuatro zancadas... ¡pues, cuestión de media hora!

—Y te ven, al salir del pueblo, y te apedrean ó se alborotan contra nosotros, por desprendernos tan sin tino de esa alhaja popular.

—La Casa Consistorial, si no estoy mal informado, tiene una puerta falsa; esa puerta falsa conduce al arrabal; salga yo por ella con el gigante, á la sordina, y el resto corre de mi cuenta.

El alcalde miró á los concejales y los concejales miraron al alcalde.

—El caso es arduo, -dijo éste,—y el ayuntamiento necesita deliberar. Aguarda ahí fuera su resolución.

Retiróse el enviado á la antesala, y viva discusión se empeñó entre los regidores. Era aquel un asunto verdaderamente desagradable. ¡Atreverse á pedir, para copiarlo, nada menos que el gigante de la Porra, único en su clase y que sólo Villagrande podía envanecerse de poseerlo tal! ¿Por qué razón, ni con qué meritos se le antojaba á Piedrahonda, un villorrio sin importancia, hacerse con un gigante igual, si no mejor, al de su cabeza de partido? ¿Y si lo estropeaba, ó lo destruía, y no acertaba luego á componerlo ni á reconstruirlo? ¿Y si aquello no era más que un pretexto para quedarse con él ó hacerlo desaparecer, así, por envidia, privando á Villagrande de lo que con tanta razón su digno alcalde había calificado de alhaja popular? ¿Qué satisfacción darían, con qué cara se presentarían á sus administrados cuando, con justicia, reclamasen éstos la inapreciable alhaja? Por otra parte, los de Piedrahonda, envidiosos y levantiscos como en repetidas ocasiones habían demostrado, capaces eran, si no se les complacía, de venir á tomarse el gigante por sus manos, atropellándolo todo y dando á Villagrande un día de sangriento luto.

Esta última consideración vino á inclinar el peso de la balanza. Mandaron, pues, bajar el gigante de las guardillas de la Casa Consistorial, donde se guardaba; sacudirle el polvo, que era mucho, y colocarlo en medio del salón de sesiones. En seguida llamaron al dependiente municipal de Piedrahonda, y le dijeron:

—Ahí lo tienes, puedes llevártelo cuando quieras; pero trátalo con cariño, como si fuera de carne y hueso, y, sobre todo, sal por la puerta falsa, porque, como lleguen á verte los de la población, en Villagrande va á ser donde se arme la furiosa tremolina, y no serás tú el mejor librado.

*
* *

Con razón, los de Piedrahonda se habían empeñado en poseer una copia del gigante. Era éste de colosal estatura, tanto, que sólo formando con el piso un ángulo de cuarenta y cinco grados, podía pasar por el soberbio portal de la Casa ayuntamiento de Villagrande. Adornaba su magnífica cabeza, sólidamente afirmada sobre los robustos hombros, un airoso turbante de terciopelo con listas blancas y encarnadas; una barba negra, rizada, cayendo como cascada de azabaches hasta la mitad del pecho, daba á su rostro singular fiereza; cubría sus formidables miembros una túnica de seda carmesí, con encajes y bordados de oro, que le llegaba hasta los pies; sendos zarcillos, de oro también, pendían de sus orejas, y empuñaba varonilmente en la diestra, descansando sobre el hombro del mismo lado, una descomunal y maciza clava de hierro, atestada de agudas puntas. Abierto en la túnica, á una altura conveniente, veíase un enrejado ventanillo, á merced del cual gozaba de luz y vista el hombre que iba dentro, cuando entraba en funciones el coloso. Pero lo notable, lo particular, lo único y exclusivo, lo que antes con razón envaneciera, y ahora, á la sola idea de verlo reproducido, desesperaba al ayuntamiento, era cierto mecanismo, debido á la habilidad de un ingenioso artista de Villagrande, en virtud del cual el hombre que iba dentro del gigante, á su sabor y sin que nadie notara el artificio, podía hacer que éste manejara la terrible clava, de suerte que la ilusión era completa; siendo por tal motivo, cuan-

do iba á la procesión ó recorría las calles de la villa, el espanto y la admiración de niños y comadres.

Imagínese, pues, el contentamiento con que el enviado de Piedrahonda había visto atendida su espinosa pretensión. Al fin poseerían, también ellos, un gigante único y maravilloso, que nada tendría que envidiar ni aun á ninguno de las más famosas capitales. Enfrascado en estas y otras análogas reflexiones, habiendo tenido la dichosa suerte de salir sin dificultad de Villagrande, iba el hombre cargado con el singular armatoste por la carretera de segundo orden que une á Piedrahonda con su cabeza de partido. Y era tal su regocijo, que, con no poca estupefacción de algún que otro arriero ó caminante, que ni á interpelarle ni á detenerle se atrevían, retozaba al andar, y hacía, poniendo en juego el mecanismo, moverse en todas direcciones la temible clava del gigante; de modo que no parecía sino que éste iba á acometer y á aplastar á quien se le aproximara.

Al llegar á la mitad del camino, el punto más desierto y salvaje de la carretera, vió en frente de sí, á unos cien metros de distancia, la figura de un hombrecillo con un enorme bulto sobre el pecho, el cual, habiendo aflojado el paso, parecía vacilar entre retroceder ó proseguir su marcha. Era un pobre buhonero, procedente de lejanas tierras, ignorante de los usos y costumbres del país, chapurrando apenas su idioma, que, después de detenerse y hacer su negocio en Piedrahonda, enterado de que la superaba Villagrande en riqueza y población, con sus cajas repletas de chucherías y baratijas, y atadas á una correa pendiente de la espalda, se dirigía á dicho punto. Al divisar desde lejos al gigante, cuya cabeza sobresalía entre los olivos, él, que ni era ningún Hércules ni esperaba encontrarse con aquel Anteo, se detuvo algo aturdido; luego, notando que el coloso avanzaba por el mismo camino y que entre los dos se acortaba la distancia, comenzó á temblar y á estremecerse, fluctuando entre la realidad ó la visión de lo que tenía ante sus ojos. Al fin, viendo ya muy cerca al de la Porra, que con fiereza parecía apercibirse á acometerle, sus piernas se negaron á andar, y quedó como clavado en el sitio, sin movimiento, sin otra voz que la necesaria para tartamudear:

—*Sono un po... povero...*

Pero ya el de Piedrahonda había abarcado la situación de una ojeada y proponíase asustar al infeliz. Corrió hacia él, y blandiendo, por medio del mecanismo, la clava del gigante, y ahuecando desde dentro la voz en lo posible:

—Vas á morir aplastado por mi porra, -gritó el muy bellaco.

El pobre buhonero, convencido ya de la realidad de la visión, encomendándose á Dios y á todos los santos, hizo un supremo esfuerzo, se plantó de un salto en la inmediata viña, y como para correr le estorbase la portátil tienda que llevaba encima, desenredóse de la correa, arrojó sobre las vides sus cajas, atestadas de baratijas y chucherías, y emprendió á campo traviesa tal carrera, que no hubo de parar hasta Villagrande, mientras el muy tunante del dependiente municipal, riéndose y satisfecho de su hazaña, proseguía su camino hacia Piedrahonda.

* * *

Pálido, convulso, sudoroso y con la cabeza descubierta, por haber perdido la gorra en la carrera, llegó aquel desgraciado á Villagrande, no sin enterarse primero de que ni eran gigantes ni blandían porras los que transitaban por sus calles. El azoramiento, la convulsa palidez y el pelaje del pobre diablo, por el cual se advertía á la legua que no era del país, comenzaron á llamar la atención de los vecinos.

—¿Qué tenéis? ¿Qué os ocurre? —le preguntaban.

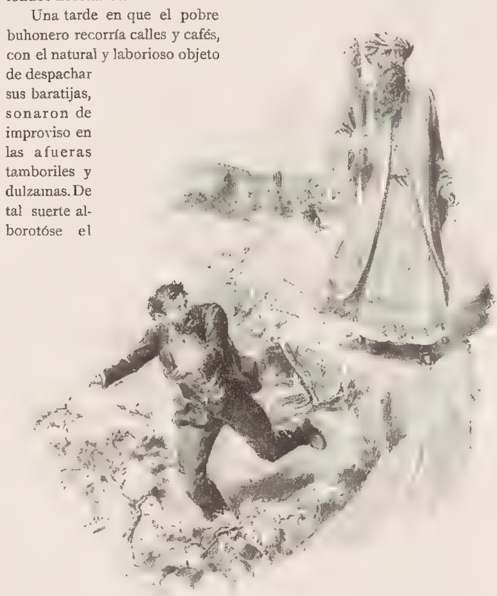
—*Non lo so; nella campagna... un chi... chigante...*

Y los vecinos, ignorantes de la singular aventura y del no menos singular empréstito de su contrariado ayuntamiento, se reían á mandíbula batiente, y le contestaban:

—Aquí no se ven gigantes, sino en las procesiones.

Hasta que, aburrido y lamentando la pérdida de sus cajas, el nómada industrial se retiró á una posada, á descansar de sus fatigas, con el intento de mandar echar un pregón y de escribir á su tierra en petición de fondos con que atender á las necesidades del momento. Las cajas, gracias al pregón y á la honradez de un labrador que en la viña trabajaba, logró recobrarlas á los tres días, aunque algo deterioradas é incompletas. Pero dos ó tres semanas hubieron de pasarse antes que pudiera disponer de los fondos necesarios.

Una tarde en que el pobre buhonero recorría calles y cafés, con el natural y laborioso objeto de despachar sus baratijas, sonaron de improviso en las afueras tamboriles y dulzainas. De tal suerte alborotóse el



pueblo, que, abandonando sus faenas, salieron todos á indagar la causa del inesperado estruendo.

Eran los de Piedrahonda que, agradecidos y con todos los honores que el caso requería, devolvían el gigante. Venían, en alegre procesión, con el ayuntamiento á la cabeza y detrás el de la Porra, seguido de su flamante copia y demás gigantes lugareños, trayendo á remolque numeroso acompañamiento de aldeanos. Con toda pompa y solemnidad, blandiendo ambos gigantes sus respectivas clavas, llegaron á la Casa Consistorial, donde el ayuntamiento de Villagrande se había apercibido á recibirles; hicieron de la alhaja formal devolución, dieron expresivas gracias, y con igual orden é idéntica ceremonia, al son de dulzainas y tamboriles, se fueron por donde vinieran.

Enojoso sería repetir los múltiples y sabrosos comentarios á que, al fin, informados del suceso, se entregaron los vecinos de Villagrande.

El pobre buhonero, que había seguido el movimiento general y contemplado con la boca abierta la inesperada procesión, corrió á la posada, pidió la cuenta, arregló sus cajas, y abandonó aquella misma tarde la villa y el país; temiendo ser blanco de sangrientas burlas por haberse asustado, en campo abierto, de un gigante de cartón.

JUAN TOMAS SALVANY

CABELLO DE ANGEL

Tu cabellera rubia,
millares de pöetas la cantaron,
enalteciendo en variedad de metros
tus cabellos dorados.
Este, los comparaba en redondillas
con la mies de los campos,
suavemente ondulada
por el ardiente céfiro de Mayo.
Aquél, te repetía,
en cantares muy malos,
que le gustaban más tus blondos rizos,
que el precioso metal californiano.
Uno, en octavas reales,
(pero reales.. en cuartos)
decía que las hebras de tu pelo
las envidiaba el Sol, para sus rayos.
Y en un soneto escuálido y ripioso,
escribía otro *insigne* literato,
que son tus áureas trenzas,
cual los tintes del alba en el verano.
Con estas tonterías
y otras muchas sandeces que me callo,
han rellenado insípidos pöetas
las hojas de tu Album.
Pero yo te aconsejo
que no les hagas caso
y quemes sus escritos
y les mandes al diablo;
pues, en vez de alabanzas á tu pelo,
lo que hacen es *tomártelo.*
Y sabe de una vez, que tus guedejas
no son mieses del campo,
ni peluconas onzas,
ni destellos del Astro;
sino finos *alambres,*
formando, en haz dorado,
la *jaula* primorosa que aprisiona
en tu débil cerebro tantos *pájaros.*

RAMÓN L.-MONTENEGRO



Cuadro de G. Matilla.

EN MI RETIRO

SONETO

Amo la soledad, lo silencioso;
no quiero más compaña que mi lira,
pues todo lo demás sé que es mentira,
y en mi dulce retiro soy dichoso:
allí compongo el verso candencioso;
allí mi pecho con placer respira;
allí la musa acude que me inspira,
y allí vivo tranquilo y afanoso.
Detesto el ocio y la maldad detesto;
me encanta la inocencia de las flores;
yo mismo me pregunto y me contesto,
y admiro la Natura sin errores;
. . . .
y así, en mis soliloquios, paso ratos,
instructivos á el alma, al cuerpo gratos.

Rafael de CASTILLA
MORENO

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

MORAIMA

La triste figura de esta mujer ideal aparece en las últimas páginas de la historia de los árabes, como hermoso recuerdo de las preciosas hijas de Granada.

De tez tan blanca como el mármol nuevo, sus ojos dulces, melancólicos y de un azul más puro que los preciosos celajes del firmamento, daban á su rostro encantador el infantil aspecto de un hermoso querubín, arrancado de las regiones del mismo cielo.

Su belleza corporal y las no menos sublimes bellezas de su alma inspiraron al célebre Zorrilla aquellos preciosos versos del notable *Poema Oriental de Granada,* y el pincel de los más insignes pintores de nuestra patria la ha presentado á nuestra vista como un sér ideal, que, extranjero en este valle de lágrimas, quisiera mostrar al hombre un más allá impalpable é inmortal, hermoso conjunto de todo lo infinito y divino de la otra vida. Era por su rostro perfecto, coronado de preciosas madejas de oro que envolvían toda la escultura de sus hombros helénicos, y por la esbeltez de su talle, gentil como el de la palmera, la propia encarnación de un poeta, para idealizar á la mujer nacida sólo para el amor, y destinada á embalsamar con su aroma y con las gracias de su hermosura, la vida toda del hombre que conquistara su cariño.

Tal era Moraima, la hija del bravo Alcatar. Unida en matrimonio con Boabdil, debió engalanarse con ropas prestadas el día de sus bodas, pues su padre, guiado de un loco patriotismo, quedó reducido á la mayor pobreza, por su afán de sostener un ejército completamente suyo, invirtiendo para ello todo su capital, deseoso de infundir el terror en las comarcas de los cristianos.

En todos los actos tristes ó alegres de la vida de Moraima sobresale siempre su hermosura, cual precioso modelo, propio para el más delicado lienzo. Así se nos presenta, como figura encantadora, en el momento en que, colocada en el mirador de las sultanas, contempla á Boabdil, su sueño amado, que sale del alcázar, al frente de sus bravos escuadrones. Sus ojos, llenos de lágrimas, fíjanse dulces y amorosos en la arrogante figura del bravo guerrero, cuya cimera sobresale entre todas las de los caballeros granadinos.

Tristes presentimientos atormentan á la afligida mora en aquellos instantes, y tan grande es su pesar, que, más que mujer, parece la estatua misma del dolor, colocada allí para contemplar la causa de su horrible tormento.

Y no fueron vanos tan penosos augurios, pues Boabdil, instigado por su madre, la vengativa Aixa, preséntase en los muros de Lucena con aquel ejército de 7.000 infantes y 1.500 caballos, que constituían lo mejor de la nobleza granadina. Empéñanse cada día sangrientos combates, y la desolación y la muerte cunden por todos los ángulos de la gran metrópoli. En aquella terrible batalla, llamada de Lucena y dada en 21 de Abril de 1483, perdió Boabdil á su suegro, en lo más reñido de la pelea, y él mismo cayó prisionero, recobrando sólo la libertad á cambio de su hijo, tierno niño que arrancaron del amoroso regazo de su madre.

No es posible describir el sufrimiento de la infeliz Moraima durante los días en que estuvieron prisioneros aquellos dos pedazos de su corazón. Para ella, el mundo todo estaba limitado al amor de su esposo y de sus hijos, y cuando él regresaba de la guerra, feliz ó desdichado, sólo con lágrimas sabía demostrarle su inmensa alegría, al estrecharle de nuevo en sus amantes brazos.

Suspirando siempre por las delicias del hogar doméstico, hubiera sacrificado sin vacilar todas las glorias del trono, por disfrutar en tranquila calma la felicidad de su amor ideal y puro. Y sin embargo, parecía condenada á que sus padecimientos, lejos de disminuir, aumentaran con el tiempo, siendo nuevos y mayores los tormentos que afligirían su alma dolorida. El pendón de la Cruz tremolaría en breve sobre los minaretes de la Alhambra, y su idolatrado esposo, humillado y vencido, abandonaría, quizá para siempre, aquellas ricas posesiones que pertenecieron á su reinado.

Y como el tiempo transcurre más veloz para el sufrimiento que para la alegría, llegó aquella primavera del año 1484, en que los guerreros de Don Fernando y Doña Isabel, erguidos y valientes, amenazaron la soberbia Málaga, puerto entonces importantísimo y emporio de la mayor riqueza. Las llamas invaden toda la vega malagueña; aquellas plazas, consideradas como inexpugnables, ceden ante el valeroso esfuerzo de los defensores de la Cruz, y mientras estas épicas victorias coronan los nobles propósitos de los cristianos, importantes discordias intestinas siguen destrozando la desdichada monarquía ismaelita. Tres príncipes distintos se disputan el cetro, favoreciendo así con sus desavenencias el triunfo de los Reyes Católicos, que contaron entre sus gloriosas hazañas el rendimiento del presidio de Illora, conquistando la villa de Moelin, fortaleza á que los moros daban el título de escudo de Granada.

En 1487, el ejército cristiano había ya logrado grandes y repetidos triunfos. La poderosa y opulenta Málaga, aquella población enriquecida por quintas y jardines que eran el encanto de sus felices mercaderes; la que hacía el gran comercio con el Africa y las islas de Levante, llevando sus barcos hasta la Siria y Palestina, con la fama de sus ricas sederías; aquella ciudad defendida por inmensas murallas y por fortalezas tan grandes como el castillo de Gibralfaro y la renombrada Alcazaba, doblaba humilde y sumisa su altiva frente, para caer en poder de los cristianos.

El imperio del Islam quedaba reducido solamente á la comarca granadina, y allí es donde, el desventurado Boabdil conserva aún como una sombra de su pasada soberanía; sombra que se eclipsará por completo, terminando los Reyes Católicos la gloriosa restauración de España, comenzada en la inolvidable batalla de Covadonga.

Llega el día terrible para la raza muslímica: el hambre empieza á doblegar su indómita fiereza, y el fatalismo musulmán completa la obra comenzada. Boabdil, dominado por sus consejeros, pide una tregua de setenta días, que invierte en preparar los capítulos de la entrega. El destronado monarca teme más á su pueblo que á los guerreros cristianos, y él mismo solicita de los Reyes Católicos que anticipen cuatro días su entrada en la ciudad.

Verifícase ésta en el 2 de Enero de 1492. Boabdil, llamado justamente el Zogoibí, que significa *desventurado,* sale por la puerta de los Siete Suelos, acompañado de cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, y después de hablar brevemente con el prelado, llega á orillas del Genil, junto á una ermita, y presenta las llaves de la población á los Reyes Católicos, abandonándose á su generosidad y clemencia. La reina Doña Isabel quiere consolar al destronado monarca y le devuelve á su hijo, que estaba en rehenes desde el principio de las capitulaciones.

Momentos después, la desventurada familia abandona su patria amada. Van tristes y cabizbajos; lágrimas silenciosas surcan sus demacradas



mejillas, y aléjanse sin volver el rostro, para no ver las banderas cristianas enarboladas sobre las torres granadinas. Sólo algunas miradas que reflejan el inmenso amor de su esposa, consuelan al afligido monarca, y la que fué un día poderosa reina, olvida toda su perdida opulencia, atenta no más al dolor que siente el dueño de sus amores.

Dirígense á Andarax, donde viven retirados y tranquilos; siendo aquéllos, para la infortunada mora, los únicos días felices de su vida, dedicada exclusivamente á la ternura de su cariño; pero pronto nuevas agitaciones hicieron pasajera esta dicha, pues las intrigas del traidor Aben - Comixa obligaron á Boabdil á partir para el Africa. Esta ausencia, cual agudo puñal, arrebató la existencia á la infeliz Moraima, cuando, joven todavía, estaba en todo el esplendor de su hermosura. Nacida para amar y ser amada, su propio sentimiento ocasionóle una temprana muerte.

Jamás baja pasión alteró aquella alma tan pura. Sólo una vez domináronla los celos, cuando, preso Boabdil en el castillo de Lucena, creyó que la olvidaba, requiriendo de amores á otra mujer; pero fué una sospecha pasajera que, como fugaz delirio, se apoderó de ella, en ocasión en que, vagando por los perfumados jardines de la Alhambra, parecióle distinguir en la cristalina superficie de las aguas la figura de su rival; sospecha, al fin, que cual pesadilla de un sueño, desapareció de su pensamiento, dejando en él únicamente el deseo de recobrar cuanto antes al esposo amado.

Triste fué, pues, la vida de la célebre mora, cuya hermosura sobresale como una de las más perfectas en mujer, realzada con todos los sublimes é imperecederos encantos de la virtud.

Josefa GUTIERREZ

SILUETA

Habían sonado las ocho en el reloj del pequeño y degenerado pueblo del Valle. El eco de la última campanada repercutía aun entre los vecinos cerros, cuando quedó amortiguado por el metálico sonido de varias campanas que tocaban á rebato.

Llegaba á aquél, al Valle, con mayor ó menor distinción, según las ráfagas del viento; pero siempre claro y continuo, precipitado, espantoso, imponente; porque en él se traducía la pavorosa agitación de los que lo hacían producir.

Las metálicas voces seguían y seguían arrebatadas, cual reclamando el auxilio de los vecinos del Valle.

¿Era una señal convenida de antiguo, una contraseña aceptada de antemano para pedirse mutuo apoyo?

No cabía la menor duda, según la insistencia del repiqueteo; y sin embargo no lo parecía, al observar la indiferente frialdad con que eran escuchadas, por los habitantes del Valle, semejante á un lugar de la muerte.

Sólo algún anciano asomaba, de vez en cuando, por alguna de las desvencijadas ventanas, escuchaba breves instantes y, convencido de que el ruido seguía, retirábase airado, murmurando tal vez una oración, quizás deplorando su debilidad y su impotencia.

Ni un joven, ni un niño, ni una mujer, hostigada por su natural curiosidad, se veía por calles ó plazas; como si aquellas casas fuesen sólo habitadas por seres tan envejecidos y debilitados como ellas mismas.

* * *

Cesó el repiqueteo; pero el terror del silencio es más horroroso todavía; porque la voz, el grito, el sonido, el ruido, en fin, pueden implicar la lucha, pero también demuestran la existencia, la vida; mientras que el silencio que sigue á aquellas demostraciones es casi siempre precursor de la derrota, de la muerte.

Un anciano de enmarañada cabellera, rostro tostado y enjuto, sarmentosos brazos, nudosas y débiles piernas, sale de una de las ennegrecidas casas, con el cuerpo encorvado por el peso de los años y, con paso tardo, se dirige al centro del pueblo.



EN MONTSERRAT; por Ricardo Urgell.

Se para y mira sucesivamente las bocacalles y las ventanas de los edificios; sonríe decepcionado, sacude con energía su venerable cabeza, y, después de un momento en que parece reponerse, levanta amenazador su trémulo y descarnado brazo al mismo tiempo que exclama con toda la fuerza que sus débiles y ya tibios pulmones le permiten:

—¡Poltrones! ¡cobardes! ¡falsos! ¿No habéis escuchado el toque de rebato? ¿Por qué no cumplís con los compromisos que os legaron vuestros padres y á los que ellos jamás faltaron?... ¡Cá! ¡pero si no tenéis sangre! — prosiguió con más firmeza el lugareño, — y probaréis ser unos embusteros si no os armáis ahora mismo para correr en socorro de nuestros vecinos, los del Barranco, quienes tal vez en la agonía de sus últimos momentos nos lo reclaman... ¡No seréis, nó, buenos hijos del Valle si no me seguís.

Y al advertir que sus excitaciones dieron como único resultado dicterios y carcajadas, amarga sonrisa vagó por sus labios.

—Sí, reid, — prosiguió; — calificadme como mejor os plazca; haced de mi viejo cuerpo un escudo que os preserve del furor del enemigo, pero cumplid al menos con vuestro deber, ayudando al que lo necesita.

—Vaya, vaya, señor Lucas, déjese usted de quijoterías y vuélvase á su cocina... Serían á fe bien tontos nuestros maridos y nuestros hijos si le escuchasen en serio... Además, ninguna necesidad tienen de ir á tomarse mal por los del Barranco, ni por nadie. Si hay ladrones *ó* carlistas, que se los sacudan.

Así habló una mujer de peluchona cabeza, verdosa y seca cara, irritando con sus palabras el ya excitado ánimo del anciano, quien, mirándola con desprecio, repuso:

—Bruja eres, con entrañas de hiena, como toda tu cásta,... si tu cuerpo está formado de podredumbre, tus palabras tienen que ser veneno... ¿No sabes, mala pécora, que yendo al Barranco cumplimos con un contrato y con un deber á la vez?

—¡Contrato!... ¡Deber!... Vaya, el señor de los contratos y de los deberes... Más le valiera... En fin, callar es virtud...

—Que no has tenido jamás, víbora asquerosa.

—Anda, anda. Pues en aprieto te pones si quieres alcanzar en palabras al señor Lucas, — gritó otra mujer, asomando la cabeza.

—¡Toma! pues ya lo creo; como que ha estudiado latín y no sé cuántas cosas y ha sido soldado, y ha corrido la Ceca, la Meca y el valle de Andorra, — añadió otra con ironía.

—Pues hija, no se le conoce. Con esa lengüeza...

—Porque os excito á cumplir con un deber humanitario...

—¿Por qué no va usted?

—Con cuarenta años menos, no esperaría á que tú me lo dijeras.

—Sí, la de todos los viejos; aun cuando no hayan valido nunca un cigarro, les da por contar bravatas para embarcar á la gente y ellos quedarse en casa...

Los lugareños, á coro, abundaron en las *razonadas* frases de la que acababa de hablar, y todos á una, desataron sus lenguas, ahogando la voz cada vez más cascada del pobre viejo. Irritado y fuera de sí, estaba muy cerca de la apoplegía, cuando por fortuna le llegaron refuerzos.

—Deja á esas descaradas, como todas las del día, — dijeron algunos ancianos acercándosele trabajosamente — y vámonos á ayudar á los del Barranco.

—Tiene razón Tomás. Apresurémonos, y si no podemos pelear, serviremos de escudo á los que luchen; los animaremos, y si pierden... si pierden... secaremos las lágrimas de sus hijos y mujeres.

Momentos después, media docena de ancianos, genuinos representantes de una raza noble, generosa y viril que se va, alejábase entre las carcajadas y punzantes sátiras de un centenar de mujeres, mozos y niños.

Tal era la gritería y á tal punto llegaban los insultos, que uno de los ancianos no se pudo contener; y señalando á sus compañeros el denigrante cuadro, díjoles con voz temblorosa y amarga:

—¡En buenas manos queda el pandero!

R. B. GIRÓN



Cuadro de José Garnelo Alda.

MODERNISTAS AMERICANOS

RUBEN DARÍO

A pesar de todos mis deseos, nunca tuve ocasión de conocerle en Buenos Aires; por la Habana pasó días antes de haber yo llegado; y ya había salido para Madrid, cuando fuí yo á París.

En Madrid, en casa Pidoux, Gómez Carrillo ó Valle Inclán, nos presentaron una tarde, á la hora del aperitivo; y cuando á la mañana siguiente nos separamos, no sin una especie de satisfacción íntima me hice constar que, por aquella vez, las referencias que del poeta americano me dieran, las había confirmado él mismo.

Porque yo de referencias conocía el alma ingenua, el entusiasmo jamás decaído y muchas otras cosas de Ruben Darío; y en aquella larga sesión con que inauguré mis relaciones de amistad con él, y de la que fueron miembros el propio Gómez Carrillo y Ramiro Maeztu, ni un instante desmintió á la fama, ni un momento dejó de aparecer como por ella yo lo suponía.

Más tarde, una vez y otra, durante muchos meses, sólo se me ha presentado ocasión de comprobar que el hombre y el artista, en Ruben Darío, aparte su obra, merecía toda la consideración y todo el respeto de las gentes sinceras; y he aquí porque yo, que con él sólo he tenido las relaciones de un compañerismo cortés, empiezo haciendo constar que llamándole amigo me honro.

***

La importancia y la influencia de Darío en las letras hispanoamericanas es de todos sabida, y sólo es punto discutible si esa influencia ha sido perniciosa ó saludable, en lo cual, la disconformidad de pareceres amenaza no acabar nunca.

El mismo autor de *Azul*, ha tratado de probar que el exotismo (juzgado desde el punto de vista castizamente español... de Covadonga ó sus cercanías) que se le achaca, si es un delito de leso españolismo, á España cabe la mayor culpa, puesto que al retirar del continente americano con la última bayoneta la última bandera, consideró para siempre y del todo perdida una tierra en la que no tuvo en cuenta que con su lengua quedaba algo de su espíritu; dejando el campo libre para que otros países, más avisados, procuraran la conquista de lo que nosotros abandonábamos.



CAPITELES BIZANTINOS EN EL MONASTERIO DE RIPOLL *(Gerona)*. – Dibujo de G. CAMPS.

Rotos los lazos que unían el alma americana con el alma española, sin atención ninguna que guardar, los pueblos nuevos que nacían con fe en sus destinos, para su orientación buscaron en arte, como en ciencia, como en política, aquello que más garantías de feliz arribo les prometiese; y he aquí que atravesando nosotros un período de decadencia literaria, con muy buen acuerdo, á Francia pidieron lo que España no podía dar.

Pueblos de formación tan heterogénea, reunión de todas las razas, de todas las costumbres y de los más diversos sentimientos, no podían conservarse en sus medios de expresión, tal y como nosotros, viviendo constantemente una única y exclusiva vida nuestra, ni influída ni influyente, y esta es razón bastante para que aquello que á determinados oídos é inteligencias españoles escandaliza, explique para otros, aunque no siempre los justifiquen, pruritos de renovación y asimilación de lenguajes cuyo vituperio es risible.

Ramiro Maeztu, en un notable artículo publicado no ha mucho en una importante revista madrileña, decía, refiriéndose á este mismo asunto:

«Pudieron nuestros críticos, *Clarín* especialmente, encauzar este movimiento *(el de españolización iniciado en América hace algunos años)*, españolizarlo, infundiéndole un ideal concomitante... Bastábales para conseguirlo, un cariño desinteresado á la obra literaria y un amplio concepto de la patria...

. . . .

Entretanto, el movimiento intelectual que se pretendió detener á alfilerazos, proseguía su marcha ascendente. Lo que no quisieron ó no supieron hacer *Clarín* y sus colegas, realizáronlo Ixart y Gener en Cataluña; un austriaco, Fernando Blumentritt, en Filipinas; un francés, Pablo Groussac, en la América que se llamó española... No quiso ver *Clarín* ese espíritu nuevo — estudiado tan admirablemente por el genial Unamuno—que iba á deshacer los viejos moldes del idioma castellano... Era más cómodo y productivo mantener en su integridad el dogma del casticismo... ¡Y ahí está esa literatura, á la vez española y exótica, que nos avergüenza con sus bríos juveniles, escrita por los americanos en un lenguaje apenas inteligible para nosotros, y por los españoles en dialectos é idiomas que creíamos olvidados literariamente para siempre!»

Y algunos meses antes, en estas mismas columnas (perdón por la cita) había dicho yo, hablando de Carlos Reyles:

«El sér complejísimo, en que ha degenerado el hombre moderno, proclama la necesidad de un arte nuevo, capaz de manifestarle en sus mismas complejidades, recurriendo para ello á una expresión nueva también, á una expresión en que la palabra, á veces sacada de quicio, simbolice el propio desquiciamiento del alma actual.

Así lo han entendido los americanos, que únicamente al atravesar el espeso tamiz de nuestra crítica, aferrada á un tradicionalismo intransigente, han podido encontrar la hostilidad de que se ha hecho gala en estos últimos años.»

Ruben Darío ha expresado sus sentimientos y sus sensaciones, con la libertad de verbo que á un hombre libre corresponde, más atento á su concepto estético que á una tradición que en nada le afecta.

Stephano Mallormé, sugiriendo ideas en vez de expresarlas; Paul Verlaine, dando sensaciones por medio de la onomatopeya de la frase; Maeterlink, encerrando una tragedia en una exclamación, y una catástrofe ética en una consideración; D' Anunzio, buscando en el ritmo un estado de alma, yo no sé si habrán conseguido llevar á los más á la emoción estética, pero desde luego afirmo que ha sido á los mejores.

El Ruben Darío de la *Sonatina*, me ha hecho sentir lo que el de las *Rosas andinas* no consiguió.

En la obra reciente del poeta nicaragüense, la modernidad se revela en todos los gritos, en todas las risas, en todos los llantos, en todos los remordimientos contemporáneos, en todos los anhelos, en todo ese vago sentir y ese misterioso esperar, en todo lo que, en una palabra, constituye el goce y la tortura del alma moderna.

Hay dos naturalezas en el artista; y á veces las dos naturalezas se manifiestan en una misma obra.

¿No era Luis Bonafoux quien decía estos días que la obligación de someterse á un criterio ajeno ha malogrado muchos talentos? Tiene razón mi independiente amigo; yo no sé si llega á malograrlos, pero me consta que los entristece, porque yo, entre otros, le he visto muy triste á él, una noche de amargas confidencias... y decía que en el artista hay dos naturalezas.

En Ruben Darío, hay un artífice que trabaja para él, y este es el genial, este es el autor de *Azul* y de *Prosas profanas;* y otro que trabaja para los demás, y este es el hombre de talento. En ocasiones, se reunen ambos, y así he leído crónicas madrileñas en *La Nación*, de Buenos Aires, mezcla de noticias y sensaciones, de observación y previsión, en que el reporter en pleno estado subconsciente, desaparece, dejando el puesto al literato, al poeta: y de ahí revistas y estudios tan hermosos como una semana y otra en *La Nación* se publican, datos tan precisos, detalles tan sujestivos, obra, en fin, tan patriótica en el sentido supra político, como hace el notable escritor, que si es excéptico en mucho, cree y espera en el alma latina que une América á España y España á la historia de todo lo bello y de todo lo grande en los anales de la humanidad.

Y como yo no hago crítica, ni he prometido al lector otra cosa en estos artículos, que mis sensaciones; notas impresionistas, á propósito de determinados escritores americanos, de Ruben Darío, dicho que como amigo siento por él verdadero afecto y como artista le admiro, nada me resta que añadir, porque no he de terminar con la consabida vulgar muletilla de « esperar de él mucho », pues aunque está en la edad de producir y diariamente produce... si más no hiciere, con lo hecho le basta para que su nombre quede, y viva su recuerdo perdurablemente en las letras hispanas.

TOMÁS ORTS-RAMOS



MARÍA CAVALLINI

Precedida de una brillante reputación, vino á nuestro Gran Teatro del Liceo esta notable artista, para cantar en algunas funciones, cuando la anterior temporada tocaba ya á su término.

Los asíduos concurrentes al suntuoso coliseo pudieron apreciar á conciencia su valía; pero no la generalidad del público, pues la señorita Cavallini tomó parte tan sólo en dos representaciones: una de *La Boheme* y otra de *Mignon*, por haberla impedido continuar cumpliendo sus compromisos con la Empresa, un fuerte ataque del dengue reinante, á la sazón, en Barcelona.

A este desgraciado percance se debe que no haya alcanzado entre nosotros gran popularidad, y que su nombre sea desconocido para muchos, aquí, donde se exhibía por primera vez; tanto como es recordado y querido en Italia, Rusia, Río Janeiro, El Brasil y Filipinas, cuyos principales teatros han sido, para la joven cantante, palenque de ruidosos y legítimos triunfos.

En honor de la verdad, cúmplenos dejar sentado que, en lo poco que la oímos, demostró reunir todas las cualidades necesarias para alcanzar un puesto culminante en la escena lírica, incluso una no muy común en general: la de un ciego entusiasmo por el arte que cultiva.

Según noticias oficiosas, no tardará en presentársenos nueva ocasión de juzgarla en su justo valor: esperando que así suceda, engalanamos con su retrato esta página, que sirve á la par, de recuerdo á su mérito iniciado y de anticipo para el día en que se nos revele por completo.

* * *



D. AGUSTIN COY Y COTONAT

Se nos ha presentado ocasión, y la aprovechamos gustosos, de rendir homenaje á un hijo ilustre de Cataluña, merecedor por todos conceptos de la consideración de que goza y de los favores que le ha dispensado la fortuna.

Nacido en la villa de Sort (provincia de Lérida), abrazó la carrera eclesiástica, desempeñando excesivamente los cargos de Profesor de Preparación en nuestro Seminario, Vicario de la Bonanova, Esterri de Aneo y Comarasa; Coadjutor de Villamayor, Gallur y Argenda; Cura del Villar de los Navarros y Teniente cura, por concurso de la parroquia de los Dolores de la Corte, puesto á que renunció en 1895, solicitando el pase á Cuba y trocando la sotana por el traje de rayadillo, para mejor luchar contra los enemigos de la Patria. Destinado al Regimiento de Guadalajara, se encargó espontáneamente, en Mayarí, del Hospital Militar, siendo una verdadera Providencia para los infelices atacados de fiebre amarilla, á quienes prodigaba sus servicios y consuelos, sin que esa penosa é incesante tarea le hiciera desatender el estudio de la Teología, como lo evidenció al verificar los ejercicios para el ingreso definitivo en el Clero Castrense, que merecieron la honrosa calificación de Sobresaliente.

En 1896, pasó con el regimiento, á Jaruco, en donde demostró que sabe sufrir las incomodidades de la vida de campaña y arrostrar con valor el peligro, acudiendo solícito, por entre el mortífero plomo, al lugar en que se necesitaban los auxilios de su sagrado ministerio. De su abnegación y serenidad dan fe las acciones del Ingenio de Oviedo, Leida de Morales, Jaula, Perú, Pedroso, Don Martín, Zaldívar, San Miguel, Cabrera, Lomas de Castillo, Aguaditas, Ponce, Picaduras, Lomas del Arzobispo, Correderas, Garrido, Potrero Cervantes, San Javier, Concordia y otras muchas; haciéndose acreedor en esta última á la Cruz Roja de 1.ª Clase, pensionada. Por R. O. y en recompensa á los servicios prestados en los años 1897 y 1898, se le concedió una segunda Cruz Roja, pensionada también, y más tarde, por resolución del Capitán General de Valencia, el uso de la Medalla de Cuba, con dos pasadores.

El Padre Coy, desde el año 1893, es socio de número de la humanitaria Asociación Internacional de la Cruz Roja, habiendo desempeñado en ella los cargos de Vocal de la Comisión del Distrito de la Universidad de Madrid; Vocal de la Comisión de Propaganda y Consultor económico, en Valencia; Vocal de la Asamblea Suprema y de la Comisión de Relaciones extranjeras; y Fundador y Delegado especial de la de Arganda del Rey; y obtenido de dicha Asociación, en recompensa á su valioso concurso, la Medalla de Oro y la Gran Placa de Honor.

Ultimamente ha sido agraciado con el sueldo inmediato superior y el plus de capitán, nombrándosele Capellán del Regimiento de Asia y Párroco Castrense del Castillo de Figueras, donde en la actualidad se encuentra, muy á satisfacción de sus superiores y subordinados.

Desde estas columnas, que hoy se honran con su retrato, enviamos al ilustre *Pater* nuestra cordial enhorabuena, por las justas distinciones obtenidas en su doble carrera.

* * *

LA ACTIVIDAD Y EL REPOSO

(Faceta.)

Por mí prospera el mundo; por mí van mejorando su condición los hombres.

—No te envanezcas, hermana. Si no fuera porque yo reparo sus fuerzas, no podrías tú someter los hombres á tu imperio.

Sin mí no hubieran surcado los mares esos buques que llevan la vida de uno á otro continente; no surgieran del suelo esas maravillas de piedra que se llaman templos y palacios; no hubiese nacido la civilización y los hombres continuarían siendo esclavos de la naturaleza que, gracias á mí, han domado.

—Yo reparo todas las heridas que tú les infieres, yo hago que la esperanza de vivir en mi seno por toda una eternidad, temple la amargura que siente su espíritu, que tú laceras.

—Pero tú no produces como yo, tú no creas como yo creo; tú destruyes, gracias á tu inercia embrutecedora.

A tal punto llegaban de su discusión, la Actividad y el Reposo, cuando terció en la contienda la Inteligencia, que dijo así:

—Haya paz. Ambos tenéis razón y á los dos os falta por completo. Es que en vuestra vanidad no comprendéis que una y otro os completáis mutuamente. Sin ti, Actividad, la Muerte reinaría sobre la tierra; pero á no ser por ti, tranquilo Reposo, la Actividad no podría vivir.

Los dos enemigos se reconciliaron, y desde entonces, marchan siempre uno en pos de otro.

* * *

PUBLICACIÓN IMPORTANTE

Hemos tenido el gusto de recibir en esta Redacción, los dos primeros números de *La Medicina de los Niños*, revista dedicada á la higiene, patología y terapéutica de la infancia; que, por ser única en su género en España, viene á enriquecer la literatura patria y á llenar un vacío entre las publicaciones médicas del país.

Dirigida ésta por el catedrático de enfermedades de niños de esta Universidad Dr. Martínez Vargas, creemos que ha de prestar grandes servicios á los médicos y á las madres de familia, á juzgar por el texto de esos números, pues contiene, además de varios artículos doctrinales, una sección titulada *Notas y recetas para las madres*, donde se da cuenta de las enfermedades reinantes y de las precauciones que deben tenerse con los niños, y se detalla la manera de preparar los alimentos necesarios durante el destete y en los primeros años de la vida.

Es muy grato á nuestros ojos que sea en Barcelona donde aparezca esta publicación, y dado el prestigio de que goza su director, confiamos que adquirirá vida próspera y que levantará muy alto el pabellón científico de nuestro país ante el extranjero, contribuyendo además á desarraigar los perniciosos errores que á propósito de la crianza de niños reina en nuestros hogares.



Mtro. José María Alvira (Madrid).
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

DOS VIRTUDES

FUERA, en el palco, su hija, idealmente bella, con su primer traje largo, mostrábase ansiosa de ser vista, no por su belleza, que aún ignoraba poseer, sinó por sus nuevas galas de mujercita... ¡El primer traje largo!... ¡Oh! Basta ya de caricias, basta de besos soportados, basta de *« niña esto... niña lo otro »*... Desde aquel día, saludo ceremonioso y cortés, dar la mano y no la mejilla, oirse llamar por su nombre, en vez del cargante *niña,* comenzar á intervenir en la vida oficial de su casa... ¡Qué delicia!... ¡El primer traje largo!... ¡Cuántos sueños de color de rosa, cuántos planes, cuántos anhelos, cuánta deliciosa nimiedad pueden condensarse en un palmo más de tela, añadido á la falda del traje de una niña!...

Entre tanto, su papá... su enorgullecido papá, hacíale señas, saludándola desde la platea, para que ella le contestase ostensiblemente y poder decir á sus amigos con paternal satisfacción: «Es la niña... mi hija... Hoy la hemos puesto de largo... No está mal ¿verdad?»

Y mientras la mamá... la *virtuosa marquesa,* según la fórmula social, que busca para designar al individuo lo más halagador, aunque tal vez por esto, sea lo más secundario, cumplía en el antepalco con sus deberes de cortesía... según creencia de la niña, que al ver entrar allí al barbudo señor de Cifuentes, diputado de la situación y hombre de mundo, según creencia propia y ajena, huyó al palco, temerosa de que aún se atreviese el buen señor á darle una palmadita en las mejillas, como el día antes... Que la mamá se las entendiese con él, ya que tanto parecía gustarle su conversación. Y su mamá, la virtuosa marquesa, debió obligar á la niña á permanecer á su lado, pero no lo hizo, porque... tenía que demostrar al diputadito, que no mentían al llamarla virtuosa en revistas de salones y gacetillas de excursión veraniega. . . . .

—¡Por Dios, marquesa! Es necesario que esta situación termine...

—¡Imposible, Germán!... Yo le quiero á usted, como... No sé cómo... Sólo puedo asegurarle que he pensado mucho en usted... en cuanto usted me ha repetido infinidad de veces, y al pensar en ello... he deplorado mi situación y le he tenido á usted lástima... lástima sincera, cariñosa, no ofensiva... Pero soy una mujer virtuosa — (aquí, cierta turbación natural y lógica, bajando la cabeza ante la mirada de asombro del diputado) — ... soy una mujer virtuosa, que coloca sus deberes por encima de todo. Mi esposo... mi hija... la sociedad... mi posición social... Todo esto es demasiado para que lo pueda atropellar un sentimiento no definido... del todo. Le compadezco á usted, Germán... ¡No puedo decirle más!...

Y agregó con un suspiro, esta frase terrible, tan terrible como la misma caída:

—¡Téngame usted compasión!

No cabía dudar. La virtuosa marquesa, era una virtud invencible... Podían asegurarlo su esposo... su hija... la sociedad en que ocupaba tan brillante posición, gracias á su título y sus millones... Aquella noche, ganó la batalla la virtud... y la marquesa se retiró en el segundo entreacto, malhumorada é indispuesta... En el *foyer,* se cruzaron



ella, su esposo y su hija, con el arrogante diputado de la mayoría, que saludó al marido con un «*¡adiós, marqués!*» tan risueño, tan afable, tan cariñoso... que bien merecía una tanda de bofetones. El marqués, es claro, se inclinó cortésmente, haciendo ademán de quitarse el sombrero.

—Cualquiera entiende á las mujeres — pensaba, dos horas después, camino de su casa, el compasivo Germán Cifuentes. — Tanta sonrisa, tanto abandono, tanta esperanza muda, y luego... el esposo... la hija... la sociedad y hasta la posición social... Lo dicho, que nadie entiende á las mujeres y menos á las virtuosas... ¿Qué diablos entenderá por virtud la marquesa?



Al llegar á la calle de Alcalá, llamóle la atención, en la solitaria acera del Banco, un grupo, compuesto de un golfo y una trapera. El, con su blusa remendada, su boina azul y sucia, su cara imberbe y pálida, sus ojazos obscuros y brillantes, los pies bailando en grandes borceguíes de distinta forma, y su lata para las colillas colgando del cuello; ella, con una chaqueta de paño que debió de ser de alguna señorita, con la falda andrajosa, los pies calzados, pero sin medias, la cara pálida, los ojos hundidos y tristes, desmelenada, enteca, sucia, y con el saco de los papeles y el desportillado cesto de los trapos, á sus pies; dos golfos, dos escupiñajos del vicio, hechos carne y lanzados al arroyo como colillas sociales, como semilla de algo terrible, que un día ha de florecer desgarrando horriblemente la entraña social en que germina, pero que, entre tanto, la miseria curte y las sombras de la noche amparan. Imagínase uno que si, de súbito, la luz del sol, esplendorosa y brillante, les sorprendiese y alumbrase sus figuras escuetas, haraposas, grotescas, risibles... risiblemente tristes, ellos, de cara al sol, llevarían sus puños á los ojos... y llorarían.

El golfo y la traperilla, cuchicheaban; ¿qué diantre se dirían? «—¡Valiente par!» — pensó el diputadillo. Y se detuvo disimuladamente, para oir algo.

—Conque ya lo sabes, reina...

—Eso será una broma, ¿eh?

—Te lo digo en serio. Y que no soy yo formal cuando me pongo.

—¡Que te estés quieto, ó...!

—Esta noche te pago la perra del *recuelo.*

—¿A mí? ¿Tú?... ¡Quieto!

—Tonta... ¡Jujuy!

Oyóse un golpe seco de hueso contra hueso, de puñetazo furioso en rostro descarnado; luego, un cesto mugriento voló por el aire en busca de la cabeza del golfo, que se alejó riendo como un idiota, mientras la traperilla, blandiendo el puño, le gritaba, con la cara descompuesta y los ojos echando lumbre:

—¡Vuelve, granuja! ¡vuelve, si eres majo, anda!

Y el escupiñajo, la colilla social, recogió el saco y el cesto, y echó á andar, encorvada, mirando tan pronto atrás con recelo, como al arroyo escrutadoramente.

El diputado cunero Germán Cifuentes, testigo de aquella escena, tantas veces repetida en el mundo, sabe desde aquella noche que hay dos virtudes: una que va en coche, tiene brillantes y sedas, y que, al verse atacada, invoca al esposo... la hija... la sociedad... la posición social... y pide compasión, y otra que camina por el arroyo, encorvada, con un saco sobre el hombro, rastreando basura que revolver como un perro hambriento, osca, greñuda, enteca, huérfana de todo apoyo... y que se defiende á puñetazos.

LUIS DE VAL

G. MATILLA



UNA CALLE EN SAN VICENTE DE CASTELLAR (BARCELONA).



LA VENCEDORA

Salón Robira (Fernando VII, 59).



GÉNERO BARATO

Mira, mamá, mira: ¡qué bonitos son! — decía una preciosa niña de azules ojos y rubia cabellera, un verdadero querubín de siete años, á la vez que con la mano diestra, cogida á la de su madre, tiraba de ésta, y con la izquierda señalaba un escaparate, donde, sobre una multitud de pañuelos colocados en artístico desorden, campeaba un gran letrero que contenía las siguientes palabras:

NON PLUS ULTRA

PAÑUELOS DE HILO CON CIFRA BORDADA

TRES PESETAS MEDIA DOCENA

Los pañuelos, en realidad, eran preciosos y estaban muy bien bordados en colores; el precio resultaba sumamente barato.

—Mira, -repitió la niña: —tres pesetas nada más... Cómpramelos...

La baronesa de C..., madre de aquella lindísima criatura, fijó una mirada en el escaparate. Pañuelos y letrero causaron en ella una impresión totalmente distinta de la producida en su inocente hija; su rostro tomó una expresión de dolorosa piedad, y de sus labios brotó esta exclamación:

—¡Infeliz!

—¿Qué tienes, mamá? ¿Por qué te aflijes?... ¿Te he disgustado?... No, si no quieres, no me los compres...

—¡Comprártelos!—exclamó la baronesa casi con horror.—¡Oh! Pareceríame que me hacía cómplice de un crimen...

Y como viese que la niña fijaba en ella sus grandes ojos, desmesuradamente abiertos, la besó en la frente, como sólo saben besar las madres, y procurando sonreir, añadió:

—Tú, hija mía, no estás aún en edad de entender lo que he dicho; pero quiero que conozcas el misterio que encierran esos pañuelos que tanto te han llamado la atención. ¿Con qué crees que están bordados?

La criatura, inteligente ya en labores, pese á su corta edad, gracias á la esmerada educación que recibía, fijó la vista en el escaparate y respondió:

—Con hilo de Escocia.

La baronesa repuso gravemente:

—Te equivocas, querida: esos pañuelos están bordados... ¡con lágrimas! Vas á convencerte de ello.

Y antes que su hija pudiese hacerle ninguna objeción, penetró en la tienda, compró dos ó tres fruslerías, que devolvieron á la niña el buen humor perdido por las, para ella, incomprensibles palabras de su madre, y preguntó las señas de la bordadora que había hecho los pañuelos puestos en el escaparate.

El dueño del establecimiento abrió un libro, recorrió dos ó tres hojas y dijo:

—Magdalena López, calle del Olmo, número..., 5.° piso, 3.ª puerta.

La baronesa pagó sus compras, salió del establecimiento, subió al primer carruaje que pasó desalquilado, y poco después, madre é hija se apeaban ante una casa de pobre aspecto, sita en la mencionada calle y señalada con el mismo número que había indicado el comerciante.

Subieron trabajosamente, por empinada escalera, hasta el último piso, y detuviéronse frente á una de las varias puertas de un largo y estrecho pasillo, sobre la cual se veía la cifra 3, pintada en negro. La baronesa llamó, y una voz femenil dijo desde dentro:

—¡Adelante!

La puerta estaba solamente entornada, y bastó empujarla para que madre é hija se hallasen ante un espectáculo conmovedor.

En una reducida pieza de paredes que, sin duda, en un tiempo fueron blancas, y que eran ya de color indefinible, hallábase sentada una mujer joven aún, pero que, por su marchito rostro, por sus amoratadas ojeras, por lo apagado de la mirada de sus hinchados ojos, representaba mucha más edad de la que realmente tenía. El cansancio físico, fruto maldito de una labor penosa y continuada, había agotado en flor aquella juventud, que sólo se revelaba en pequeños detalles, imperceptibles para quien no poseyese dotes de fino observador.

Cerca de ella, en una cuna de basto junco, dormía una criatura de dos años, tan macilenta y escuálida como su madre.

En un pequeño cuarto situado en el fondo y oculto á medias por una deslucida cortina de percal que hacía las veces de puerta, veíase un camastro ó, más bien, un informe montón de harapos, en el que yacía inmóvil, muda, con los ojos desmesuradamente abiertos y clavados con horrible fijeza en la joven, una anciana casi septuagenaria.

La joven tenía en sus manos un pañuelo como los que tanto habían gustado á la hija de la baronesa, y bordaba, bordaba sin detenerse, con actividad febril.

A su derecha, sobre una desvencijada silla de Vitoria, se hallaban colocados otros varios pañuelos con la cifra dibujada al lápiz; á su izquierda, en un cestillo estaban los ya terminados.

La pobre bordadora no levantó la cabeza hasta que la baronesa preguntó con dulce acento:

—¿Doña Magdalena López?

Pero al oir estas palabras, pronunciadas por una voz que desconocía, alzó la vista, se puso en pie y, suspendiendo su tarea, no sin dirigirla una triste mirada, se apresuró á responder:

—Servidora de usted... Usted dispense; creí que era la vecina de al lado, que á veces viene á acompañar un rato á mi madre, paralítica desde hace once años... ¿En qué puedo complacer á usted?

—¡Infeliz! — volvió á pensar la baronesa. ¡No me habían engañado mis presentimientos!

Y repuso, en alta voz:

—Vengo á encargar á usted un trabajo de su especialidad: unos bordados de bastante compromiso... Va á contraer matrimonio una sobrina mía, y quiero regalarla un juego completo de cama, con sus cifras y la corona... Si quedo complacida, no será difícil que tenga siempre algo que encomendar á usted...

Imposible sería pintar el efecto que estas palabras causaron en Magdalena.

Quedóse un momento inmóvil, alelada, temerosa de haber oído mal, de ser juguete de un sueño. Luego, paseó la mirada desde la cuna de su hijo al lecho de su madre, y por último, levantó al cielo sus enrojecidos ojos, nublados por las lágrimas, con inefable expresión de gratitud y alegría.

—¡Trabajo de lujo para un particular y, por consiguiente, bien pagado! — significaba aquella expresiva mímica. — ¡Gracias, Dios mío, por haberte apiadado de nosotros!

Sintió impulsos de arrojarse á los pies de la baronesa, y lo hubiera hecho sin duda, si ésta, al ver la emoción que la dominaba, no se hubiese apresurado á cogerla cariñosamente ambas manos, y á obligarla á tomar de nuevo asiento, mientras decía:

—¡Serénese usted, hija mía! He subido hasta aquí, resuelta á protejerla, no para ocasionarla sinsabores ni molestia alguna... Usted misma fijará el precio de su trabajo, y repito que, como estoy segura de quedar satisfecha, procuraré que no le falte en lo sucesivo y que esté mejor retribuído, que sin duda lo serán los bordados que hace en esos pañuelos...

—¡Ah! ¡Estos pañuelos! ¡Estos pañuelos!... — exclamó Magdalena con reconcentrado acento.

— No vaya usted ahora á mirarlos con desdén,—repuso la baronesa sonriendo.—A no ser por ellos, yo no hubiera conocido á usted...

¡Mirarlos con desdén! ¡Nó! dijo la joven.—¡Pero sabe usted, señora, que me los pagan á diez céntimos y que, trabajando sin tregua, comiendo poco y apresuradamente, durmiendo apenas, descuidando á mi madre imposibilitada y á ese pobre ángel de Dios, sólo consigo hacer una docena al día!... ¡Y sabe usted lo que son cinco reales escasos, para sostener tres personas!... ¿Comprende los apuros, las escaseces, las privaciones y las torturas que nos venimos imponiendo, para arrastrar una existencia á la que es mil veces preferible la muerte? ¿Comprende también mi desfallecimiento, mis raptos de desesperación?...

— Por haberlos adivinado he venido aquí,—dijo la baronesa.

Y explicó á Magdalena, el motivo que la había inducido á visitarla, tras de lo cual la renovó sus promesas de protección.

Esa bondad y esa confianza,—repuso la joven,—merecen ser correspondidas: quiero referir á usted mi historia en pocas palabras. Nada me faltó mientras vivió mi padre. No tenía capital, pero comenzando por albañil había llegado á ser maestro de obras, y ganaba lo suficiente para nuestro bienestar... Un día le trajeron á casa medio muerto; había subido á un andamio, con su habitual vivacidad, á dar instrucciones á los operarios, y un paso en falso, un vahido, ¡qué sé yo! le hizo caer desde la altura de un tercer piso... Su enfermedad consumió los pocos ahorros que teníamos, y los consumió sin fruto alguno, pues al fin mi pobre padre sucumbió... Mi madre, hacía ya tiempo que estaba paralítica... Era necesario trabajar para las dos y no vacilé... Después de todo, el sacrificio entonces no fué grande. Yo sabía bordar, y haciendo trabajos de lujo, vivíamos con relativa holgura... Pero pronto tales trabajos escasearon, escasean cada día más, pues según dicen los comerciantes, á medida que escasea el dinero crece la vanidad, y hasta las personas de buena posición prefieren á lo bueno lo que, no siéndolo, tiene apariencias de tal y, por su baratura, permite la variedad, proporciona el frívolo placer de estrenar á diario un pañuelo, un tocado, un vestido... Están en su derecho; pero ¡si supieran tales personas, cuán pocas lágrimas enjugan y cuántas hacen verter semejantes trabajos!... Porque en primer lugar, el comerciante no puede satisfacer mucho por lo que él ha de vender á bajo precio, y luego es tanta la miseria, que nosotras mismas, las pobres bordadoras, nos vemos obligadas á hacernos una competencia que aumenta lo aflictivo de nuestra situación... Todas mis desgracias datan del día en que hube de resignarme á aceptar esta clase de trabajos... Ya se lo he dicho á usted antes: ¡ni siquiera cinco reales diarios!... ¡Y una boca más!...

—Es cierto,— dijo la baronesa. Ese niño...

Vivo carmín cubrió las pálidas mejillas de la joven, que bajó los ojos avergonzada.

— ¡Sentiría haber sido indiscreta! — se apresuró á decir la baronesa.

— ¡Nó! ¡Nó!—repuso Magdalena con resolución.—Va usted á saberlo todo.

Y añadió con febril exaltación:

—Ya dije á usted que ni hasta mucho después de morir mi padre no conocimos los apuros: cuando comenzaron éstos, la falta de costumbre de pasarlos, la amargura que me causaba ver carecer á mi madre de las atenciones y aun de las medicinas indispensables en su estado, lo negro que se me aparecía lo porvenir, teníame ora por completo abatida, ora enteramente fuera de mí... En tal situación conocí un hombre... hablóme de amor... ¡Ah! Le escuché con el gozo que debe experimentar el sentenciado á muerte al oir la lectura de su indulto; asime á él, con el frenesí del náufrago al agarrarse á la tabla salvadora... ¡Miserable! ¡Con él huyeron mi honra y mis últimas ilusiones!... ¡Cuánto le maldeciría, si no fuese el padre de mi hijo!

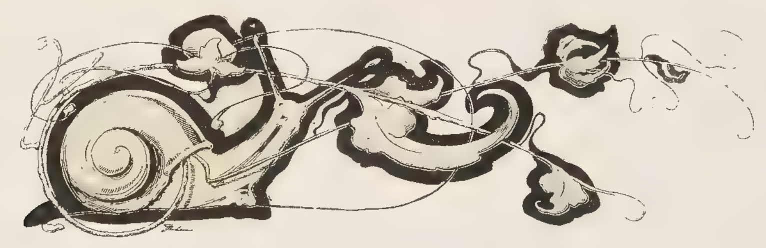
La baronesa se apresuró á dirigir palabras de consuelo á Magdalena; una vez más la reiteró sus ofrecimientos de protección; entrególe, á cuenta de su futuro trabajo, una cantidad suficiente para que durante muchos días pudiese atender con holgura sus necesidades, y abandonó aquella triste morada del infortunio, con el corazón dolorosamente oprimido.

Abrigaba el firme propósito, que sin duda habrá ya realizado, pues bondad y medios le sobran para ello, no sólo de librar de la miseria á Magdalena, sino de crearla una posición que hiciera codiciable su mano al vil seductor.

Mas, dando por entonces tregua á tales pensamientos, y atendiendo sólo á la enseñanza de su hija, á la vez que ambas regresaban á su casa, la dijo:

—Ya ves que no te he engañado al asegurar que los pañuelos que te gustaban tanto, están bordados con lágrimas. Cuando te seduzcan géneros de esa clase, piensa en las infelices que los confeccionan, y se te pasarán las ganas de poseerlos. Ten presente que los pobres no deben ser vanidosos, ni querer aparentar riquezas de que carecen, y que los ricos, sin llegar al derroche, deben comprar lo bueno y pagarlo bien, devolviendo así á sus semejantes necesitados, una parte del sobrante que disfrutan, y ejerciendo, acaso del modo más justo posible, esa virtud sublime llamada la Caridad.

Eduardo BLASCO





EL BAUTISMO DE SANGRE

EPISODIO DE LA GUERRA CUBANA

Había llovido mucho aquel día. La pequeña columna avanzaba penosamente por un estrecho sendero, casi convertido en arroyo, y limitado á derecha é izquierda por extensos manglares y espesísima manigua.

Los soldados marchaban empapados en agua y con barro hasta las rodillas, recibiendo de lleno el ardoroso sol cubano que desecaba rápidamente las mojadas ropas, produciendo un ligero vaho que flotaba sobre la tropa, y trayendo consigo la terrible fiebre tan peculiar en el clima de los trópicos, cuando la ropa mojada se seca sobre el cuerpo.

Aldama, el quinto recién llegado de la Península, soldadito de aspecto triste y enfermizo, marchaba en su puesto de formación, sufriendo de vez en cuando las burlas y chanzonetas de sus compañeros, que le señalaban con ironía, agobiado por el peso del Mauser y los doce paquetes de cartuchos que habían recibido de dotación por plaza.

* * *

Dos ó tres disparos cortaron las ramas más bajas de los árboles, é hicieron detener á la pequeña fuerza.

Dos cabos que marchaban flanqueando el terreno con unos cuantos hombres, contestaron el fuego y se incorporaron rápidamente á la columna, trayendo la fatal noticia de que, por los flancos y por vanguardia, divisábanse numerosas fuerzas insurrectas.

El enemigo, en número muy considerable, hallábase perfectamente parapetado en una pequeña loma que se veía al frente, mientras que numerosos pelotones de caballería cargaban ya resueltamente el machete sobre la reducida tropa española.

* * *

El teniente que mandaba la pequeña fuerza, compuesta de unos 80 hombres, tomó rápidamente las disposiciones que exigía lo urgente del caso y la índole del enemigo. Destacó dos grupos que, á derecha é izquierda, y en guerrilla, contuviesen con sus disparos los jinetes mambises, y, puesto al frente del resto de sus soldados, avanzó denodadamente hacia las trincheras enemigas.

Los separatistas recibiéronlos con una tremenda lluvia de balas, y el momento se hizo terrible, cuando los soldados leales empezaron á subir el repecho donde el enemigo encontrábase atrincherado.

El quinto Aldama se detuvo un instante, irresoluto y contristado su casi infantil espíritu, al ver caer heridos ó muertos á sus compañeros. El jefe acercósele, y con voz vibrante le increpó:

—¿Sientes miedo, Aldama? En estos momentos, el cobarde hace traición á la patria. ¡Adelante, pues, y viva España!

El corneta lanzó al aire las vigorosas notas del paso de ataque, y la columna, exhalando un prolongado rugido, lanzóse á la bayoneta hacia las posiciones enemigas.

Allá á lo lejos, veíase flamear la bandera separatista, con una estrella de plata en el centro; un soldado precipitó su carrera, despreciando el mortífero fuego de los insurrectos; viósele rebasar nuestra línea,... después perdióse su silueta entre la espesa humareda del combate.

Tres mortales horas duró la desigual acción; á su término, cuando las fuerzas españolas coronaban las trincheras todas del enemigo, y éste huía, cobardemente derrotado, pasóse lista. Los claros eran demasiado visibles, faltaban casi la mitad de los hombres que componían la columna, y entre ellos el infeliz Aldama, el pobre recluta recién desembarcado de la Metrópoli.

* * *

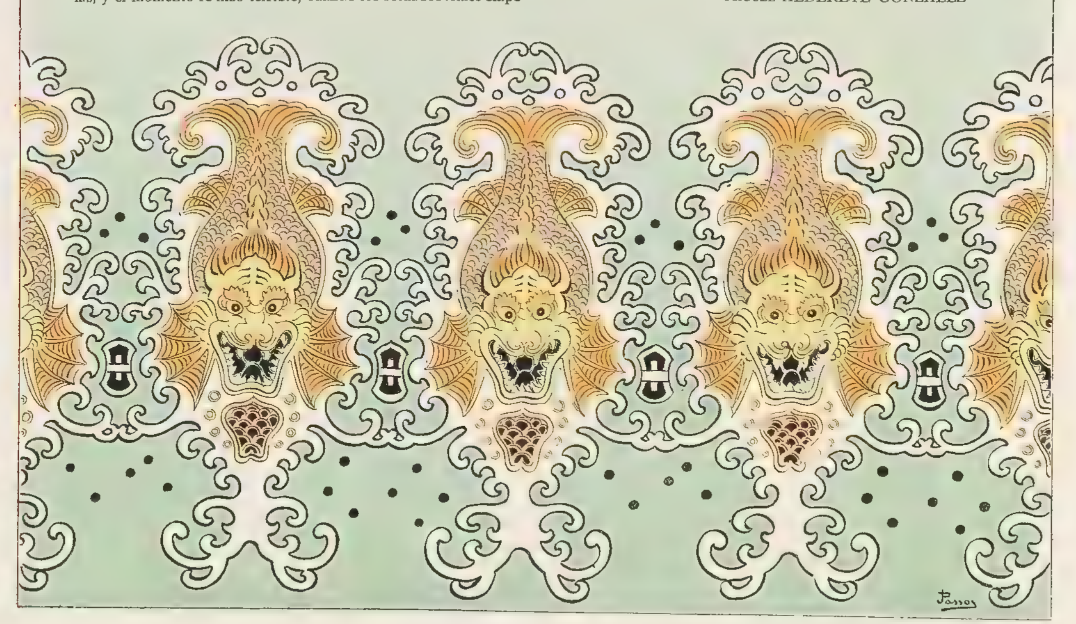
Empezaba á oscurecer; ráfagas de sombras corrían, nublando el celaje, y, en lontananza, prestaban luz al cuadro las rosadas tintas del crepúsculo.

Los centinelas dieron el alto; y Aldama, el novel soldadito, presentóse cubierto de heridas al jefe de la fuerza española, trayendo orgullosamente consigo la bandera enemiga que vislumbrada por él, entre el grueso de la partida insurrecta, había arrebatado, no sin sostener tremendo y personal combate.

Cuando entregó la insignia mambís, cuadróse militarmente y, saludando, preguntó con sencillez espartana, como si la cosa fuese la más natural del mundo, y sin cuidarse de sus heridas:

—¿Me he portado bien? ¿Está V. contento, mi teniente? . . .
. . . .

Miguel ALDERETE GONZÁLEZ



DONA MARÍA PACHECO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

En la galería de españolas ilustres merece ocupar un lugar preferente la noble viuda del esforzado don Juan de Padilla, la heroica doña María Pacheco.

Hija del conde de Tendilla y de una hermana del marqués de Villena, había nacido en fines del siglo XV.

Señora de honestas costumbres, — dice Lafuente, — de entendimiento claro, ejercitada en la lectura, delicada de salud, pero fuerte de espíritu, dulce y amable en su trato, protectora de los menesterosos, fecunda en recursos, hábil en ganar los corazones, tan entusiasta por la causa de las Comunidades como su propio marido, ejercía tal ascendiente entre los toledanos, que todos la amaban, reverenciaban y obedecían, cual si con un mágico talismán los tuviese encantados.

Los lectores de ALBUM SALÓN recordarán sin duda, la Efemérides del mes de Abril del año anterior, en que enumeramos las diversas causas que produjeron el levantamiento de las Comunidades castellanas.

Vencidos los comuneros en la triste jornada de Villalar, doña María Pacheco, que había quedado como gobernadora de Toledo, la ciudad más comunera de Castilla, recibió de improviso la triste noticia de la muerte de su valeroso marido. Al llegar á sus manos aquella famosa carta de Padilla, capaz de arrancar lágrimas á los espíritus más fuertes, aquel sentidísimo, al par que levantado escrito, que empieza: «Señora: Si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado... », la triste viuda cayó en un sitial, vertiendo amargas lágrimas; y elevando sus ojos al cielo, pronunciaron sus labios una tierna oración.

En este instante, verdaderamente supremo, inspiró el cuadro que hoy reproducimos, el reputado artista don Vicente Borrás, obteniendo con él uno de los primeros premios de la Exposición Nacional de 1881.

Doña María Pacheco, con energía sobrehumana, logró, al fin, dominar el inmenso dolor que sentía, y de que sus damas y sus amigos participaban. Para que no desmayase el ánimo de los comuneros, mandó poner dobles guardias en las puertas y se encaminó al Alcázar, con su tierno hijo en los brazos, seguida de todo el pueblo.

Con varonil entereza, logró del Cabildo que acudiera con 600 marcos de plata, para pagar á los defensores de Toledo; y es que doña María se propuso defender la



Cuadro de VICENTE BORRÁS. — *Existente en el Museo Nacional de Pintura.*

ciudad, según el obispo Sandoval, *como un capitán cursado en las armas, que por eso la llamaron la mujer valerosa.*

Sitiada por el Prior de San Juan y por su mismo cuñado, don Gutiérrez López de Padilla, que no vaciló en olvidar la sangre de su hermano don Juan y desoir los ruegos de su anciano padre, mantúvose doña María serena y firme, rechazando, con noble entereza, así las amenazas como los halagos.

Después de largas y sangrientas luchas, y cuando ya la causa de las Comunidades podía darse por muerta, nuestra heroína pensó, nó en su salvación y sí en la de la ciudad, ajustando con los imperiales unas paces tan honrosas que colocan su nombre á la mayor altura.

He aquí algunos de sus principales artículos:

« Toledo conservará su título de Muy Noble y Muy Leal:

Perdón general para todos los comuneros:

Que la guarda del Alcázar, puertas y puentes, se dé por vecinos honrados:

Que los diputados de las Parroquias continúen en el derecho de nombrar los Procuradores del pueblo:

Que se conserven íntegros á la ciudad sus fueros y libertades:

Que se alce el secuestro de los bienes de Padilla, rehabilitando su honra y buena fama. »

No convenían tales paces á los imperiales, y con el pretexto de haber gritado un menestral en una fiesta *¡Viva Padilla!*, le llevaron al patíbulo, á pesar de las súplicas y de las lágrimas de doña María; provocando con semejante crueldad una horrorosa lucha en las calles, de la que salieron por completo vencidos los indefensos comuneros.

Era imposible que la Pacheco permaneciese en la ciudad, sin exponerse á ser víctima de los imperiales; así se lo dijeron sus amigos, y así lo reconoció ella misma, resolviendo abandonar una noche á Toledo, disfrazada de labradora.

Y aquí comienza su calvario.

Al llegar á Escalona y pedir hospitalidad á su tío el marqués de Villena, éste la rechaza, diciendo que «vaya por donde fuere de su agrado, siendo bueno que sufriera por haber desoído sus consejos ».

Después de mil penalidades, pudo ganar la frontera de Portugal.

No tardó en saber que, de orden del Emperador y faltando á los artículos de la capitulación, habían derribado su casa de Toledo, sembrando el terreno de sal.

Largos meses anduvo errante doña María, de pueblo en pueblo, á causa de las reclamaciones que el Emperador dirigía al Rey de Portugal, para que la obligase á abandonar el territorio lusitano.

Gracias á la protección del Arzobispo de Braga, pudo fijar su residencia en esta ciudad; allí permaneció tres ó cuatro años, hasta que lo delicado de su salud la obligó á trasladarse á Oporto.

El obispo, don Pedro de Acosta, trabajó, inútilmente, por alcanzar el indulto para doña María.



DEL MADRID VIEJO

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7, 9).

Con la venta de sus joyas, con lo poco que le enviaban de Castilla, y con los socorros del Arzobispo de Braga, vivió socorriendo y partiendo su pan con el grupo de fieles criados y nobles amigos que la rodeaba.

Pero los recursos llegaron á escasear, y la Pacheco murió, en Oporto, en fuerza de la miseria á que se vió reducida, en el mes de Marzo de 1531.

Dejó encargado en su testamento que se la enterrase frente al altar de San Cristóbal, en la Seo, y que, después de consumido su cuerpo, se llevasen sus huesos á Villalar, para unirlos con los de su inolvidable esposo.

Dos fieles criados mandaron grabar en la cara de su sepulcro este epitafio:

María, de alta casa derivada,
De su esposo Padilla vengadora,
Honor ael sexo, yace aquí enterrada.
Muriendo en proscripción se vió privada
De ir cual quiso á la tumba de su esposo;
Pero Sousa y Jircorhoo, sus criados,
Le procuraron sepulcral reposo.
Luego que el cuerpo consumido fuere,
Bajo una losa deben verse unidos
Los restos de consortes tan queridos.

Este epitafio fué escrito, seguramente, por su capellán, el bachiller Juan de Losa quien, á pesar de sus vivas diligencias, no pudo obtener del Emperador el permiso para cumplir tan noble deseo.

El obispo Sandoval, su cronista, con motivo del célebre *perdón* á los comuneros, llama *Rey clementísimo* al Emperador.

De este *perdón* fueron excluídos más de doscientos clérigos y seglares. El conde de Salvatierra, fué cogido y muerto, abriéndole las venas en su prisión; y don Pedro Maldonado, á quien llamaban el *mozo,* porque sólo contaba veinte años, degollado en la torre de Simancas.

Con doña María Pacheco, una débil mujer, ya hemos visto la conducta que siguió.

¡Juzgue el lector, en vista de lo que dejamos expuesto, de la rara *clemencia* del César!

Doña María Pacheco, como esposa y como mujer, dejó en la historia uno de esos nombres gloriosos que no pueden borrar ni la injusticia ni la tiranía.

E. RODRIGUEZ - SOLIS



Cuadro de A. Más y Fontdevila.



LA TIERRA SANTA

Cada año, coincidiendo con la época en que la Iglesia conmemora el doloroso drama que, escrito por la mano del Creador, tuvo hace diecinueve siglos por protagonista á su Divino-Hijo, y sangriento desenlace en la cumbre del Gólgota, el ALBUM SALÓN ofrece á sus favorecedores un número especial, alegórico á esa luctuosa solemnidad.

Huyendo de la general rutina, dentro de la cual no cabe la variedad apetecible, el de hoy, próximo á la Semana Santa, está consagrado por completo á la asiática tierra bendecida donde se desarrollaron los trágicos sucesos á que debe el cristiano su dulce y consoladora religión, y en la que se conserva el que fué sagrado sepulcro del excelso Redentor de la humanidad.

Cuanto á los Santos Lugares se refiere, es siempre de palpitante interés; y como hemos procurado que el texto é ilustración sean dignos en todo del alto objeto que los inspira, estamos seguros de que nuestros buenos deseos se verán coronados por éxito aún mayor, si cabe, que en los años anteriores.

RECUERDOS DE LA PASIÓN

I

AL llegar la hora en que el Hijo del Hombre había de ser entregado en las manos de los pecadores, salió del cenáculo, atravesando el torrente Cedrón, y subiendo al monte del Olivar, se dirige al huerto de Getsemaní.

Allí fué atormentado por una tristeza tal, que inundó toda su alma.

Todos los pecados de los hombres se le representaron, pues que cargó con todos ellos.

Vió el mundo todo entregado al vértigo del error.

Oprimido su corazón con el gravísimo peso de los pecados del mundo, miró con los ojos de su consideración á cada pecador, los vió á todos, y cada uno de nosotros hizo en su corazón una llaga de tristeza.

Todos los tormentos de su Pasión se presentaron á la vez á su angustiado espíritu.

Apoderado su espíritu de la angustia, se dirige á su Padre, y con un acento tristísimo y desconsolado, le dice: — ¡Padre mío! Yo os pido os compadezcáis de este hijo engendrado en vuestro mismo seno; y que si es posible, apartéis de mí este cáliz tan amargo que se me presenta: *Pater, si possibile est, transeat á me calix iste.*

Pidiendo Jesús al Padre aparte de él, si es posible, el cáliz de su pasión, quiere mostrar que lo recibe por obediencia, y termina su oración con estas palabras: — No se cumple, Padre mío, mi voluntad, sino la vuestra: *non mea voluntas, sed tua, fiat.*

Desconsoladísimo el divino Nazareno, su rostro se cubre de palidez mortal: su cuerpo se rinde por la agonía, y la sangre sale por todos los poros de su carne como un sudor copioso. Con ella tiñe sus vestidos y empapa la tierra.

Todo está en silencio; agitados por el viento los olivos del monte, el susurro de las aguas del torrente y la opaca luz de la luna, acompañan al Salvador, que permanece de rodillas, derramando lágrimas y exhalando suspiros.

Allí mismo hubiera expirado, si un Angel no hubiese bajado para confortarle.

Aquel Angel le pidió en nombre del Padre Eterno, que bebiese el cáliz y acabase la obra de la Redención.

—Yo lo beberé, — dijo Jesús, — pues que vine al mundo para cumplir la voluntad de mi Padre, según de mí se escribió en la primer hoja del libro de los eternos decretos.

Y confortado el Nazareno con los consuelos del Angel, se preparó para la Pasión.

II

Los Apóstoles quedaron dormidos en el huerto, y de su profundo sueño no pudo sacarlos el Maestro, aunque por tres veces los llamó.

Y una turba de soldados penetra en silencio por entre los riscos y breñas de aquel monte solitario y sombrío.

¿Quién es el jefe de aquella tropa?



PUERTA DE S. ESTÉBAN.—Jerusalem

Es un Apóstol, testigo de los milagros de Jesucristo, y á quien Jesucristo, en prueba de su amor, acababa de lavarle los pies y alimentarlo con su carne divina.

Judas se acerca á Jesús, le saluda con una blanda sonrisa y le da con sus labios inmundos aquel ósculo pérfido, que era la señal para prenderle.

El Salvador pudo exterminar al traidor con un soplo de su boca, pero sólo abre sus labios para decirle: — Amigo, ¿á qué has venido? ¿con un ósculo entregas al Hijo del Hombre?

Jesús está ya cercado de sus enemigos. San Pedro saca su espada y acomete á los soldados, hiriendo á un criado del Pontífice.

Jesús sana al herido, reprende á Pedro, y huyendo los Apóstoles, queda el Salvador en poder de sus enemigos.

¡Qué tristeza la del Redentor, al ver que todos los suyos le abandonan!

Aprisionado por cordeles y atadas las manos á la espalda, oprimido su cuello con una argolla y ligado su cuerpo con una cadena, fué conducido Jesús á Jerusalén.

III

Caifás había resuelto inmolar á su odio al Nazareno, encontrando, en falsos testigos, un pretexto para su fallo.

—Yo, — dice Jesús, interrogado, — he enseñado siempre en la Sinagoga y en el Templo, y en oculto nada he hablado; pregunta, pues, á los que me han oído.

Esta respuesta, redujo al silencio á los acusadores y cubrió de confusión á los jueces: pero un criado del Pontífice da una cruel bofetada al reo, diciéndole: — *sic respondes Pontifici?*

Y Jesús respondió: — *Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo; si antem bene, cur me cedis?*

El Sumo Sacerdote se levanta de su asiento, y no desmintiendo su impiedad, invoca hipócritamente al mismo Dios, y dice al reo: — Responde si tú eres el Cristo, Hijo de Dios.

Jesucristo, dice: — Tú lo has dicho, — y Caifás, rasga sus vestiduras en un acceso de furor, y exclama: — *blasphemavit:* ha blasfemado.

Y dictando él mismo la sentencia, hace á todos los jueces que declaren á Jesús, reo de muerte, como blasfemo.

El rostro del Salvador, recibe crueles bofetadas, burlas atroces que le hacen los judíos, llegando su osadía hasta vendarle los ojos con un vil andrajo, y decirle con mofa, *profetiza,* adivina quién te ha herido.



DONCELLA DE NAPLOUSE

Esperábase con ansia la luz del siguiente día. Llegó, y en él fué conducido al tribunal de un príncipe insensato, para ser en él despreciado como demente.

IV

Desde casa de Caifás, fué llevado Jesús al Pretorio, donde residía el magistrado romano. Pero asegurado éste por las respuestas del Salvador, de que nada debía temerse de un Rey, cuyo reino no era de este mundo, despreció la acusación de los judíos, declaró la inocencia del reo, y por ser éste galileo, se lo remitió á Herodes.

Herodes preguntó á Jesús, pero Jesús nada respondió.

Este príncipe, no cree al Salvador culpable como Caifás, pero tratándole de insensato, le viste de una túnica blanca, como un demente, que sólo merece burlas y desprecios. De este modo fué llevado de Herodes á Pilatos.

Pilatos, aunque idólatra, era más religioso que el pontífice de los judíos; y aunque gentil, era más ilustrado que el príncipe de los hijos de Abraham.

Conservaban los judíos el privilegio de dar libertad á un preso en la Pascua, y para hacerlo recaer en el Nazareno, Pilatos presentó á Jesús y á Barrabás. Barrabás era asesino, cruel, ladrón y sedicioso. No obstante, los judíos pidieron la libertad del infame y la muerte de Jesús.

¡Cuántas veces decimos en nuestro corazón, viva Barrabás y muera Jesucristo!

Pilatos quiere aplacar al pueblo, y para saciar la sed de sangre que tenían los judíos, condena al Nazareno á una cruel flagelación.

Jesucristo, atado á una columna, desnudo, recibe multitud de golpes sobre sus espaldas; su sangre preciosa, salta por el aire, y, como dice San Bernardo, se hizo una sola llaga todo su cuerpo.



BEDUINO DEL DESIERTO



La justicia de Dios no se da por satisfecha: el orgullo del hombre, pide aún más humillación.

Cesaron los azotes.

La ingrata Sinagoga, formó, de agudas espinas, una diadema para coronar al Salvador. Con esta corona es traspasada su sacratísima cabeza, y sentado en un banco, le ponen en sus manos una débil caña por cetro, y con signos ridículos y groseras mofas, le saludan con burla como Rey de los Judíos.

«Esta corona es el más cruel de sus tormentos,» dice San León; «esta ridícula ceremonia es el mayor de sus escarnios,» dice San Buenaventura; «este vasallaje burlesco es la consumación de sus humillaciones,» dice San Ambrosio.

Pilatos, presenta al pueblo á Jesús en este estado, capaz de excitar la compasión del corazón más insensible.

El furor del pueblo no se calma; crece el tumulto y los judíos gritan: — ¡crucifícale! ¡Si así no lo haces, eres enemigo del César!

Pilatos ya no escucha las leyes de la justicia, ni el grito de su conciencia, y lavando sus manos por una vana ceremonia, condena al Salvador á muerte de cruz.

V

Los judíos, pronunciada la sentencia, se apoderan con furor de la persona de Jesús, y como leones rugientes, y como lobos hambrientos, acometen al cordero.

Y los ojos del mundo se fijaron en la puerta del pretorio de Pilatos.

Con pie trémulo, — decía San Buenaventura, — me acerco yo allí, descubro el patio donde ha sido azotado el reo, veo un lago de sangre en el suelo, tiemblo de pavor y de espanto, quiero ver al Nazareno y me aseguran que por aquella puerta, muy en breve le van á sacar para quitarle la vida.

Un inmenso gentío, que ocupa la plaza, se alborota, alza la voz, y dice: —



¡Sal afuera, seductor, hijo de Belial! ¡sal pronto y ve á pagar tus delitos! — A estas voces, — prosigue San Bienaventura, — en medio de una soldadesca insolente, rodeado de ministros de justicia, y cercado de un populacho frenético, yo veo á un hombre descalzo, coronado de espinas, descompuesto el cabello, cubierto su rostro de sangre, de salivas y de lodo, y doblando su cuerpo con el enorme peso de una cruz, tirando de él, para acelerarle el paso, con una soga que le aprisiona con dos vueltas por la garganta.

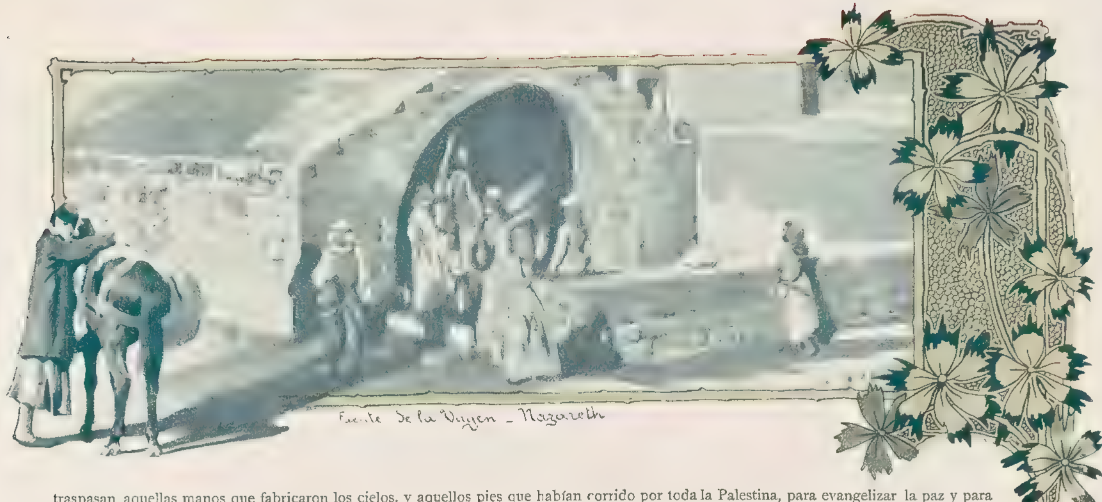
Jesucristo prosigue su camino; pero extenuado por la falta de sangre que derrama, y debilitado por los tormentos que sufre, cae en tierra, abrumado con el enorme peso de la cruz.

VI

El divino Salvador, llegó con su cruz al Gólgota.

Nadie hay en los cielos ni en la tierra, que con ojos enjutos sea capaz de resistir la escena que se presenta en el Calvario. Allí, — dice San Anselmo, — se ven tales cosas, se oyen tales blasfemias, y se presencian tales desacatos con el Hombre-Dios que, por no verlos, cubrieron su rostro los serafines, se pegaron con el polvo las potestades del cielo, y el Eterno Padre volvió la cara á otro lado, para no verse en la precisión de desmenuzar el globo con su mano omnipotente. Allí, verdugos infames desnudan de sus vestiduras al segundo Adán, y éste sufre la confusión de su desnudez, para llevar en sí mismo la pena del crimen que causó la vergüenza del primero. Allí, Jesús se redimía en la cruz, para que en la cruz esté siempre la vida, la salud y la resurrección nuestra. Allí, Él se postra en aquel lecho de dolor, para que todo paralítico se levante, tome su lecho y quede sano.

Tendido Jesús sobre la cruz, el monte todo retiembla con los redoblados golpes del martillo, á cuyo fuerte impulso, agudos clavos



traspasan aquellas manos que fabricaron los cielos, y aquellos pies que habían corrido por toda la Palestina, para evangelizar la paz y para franquear bienes eternos.

Clavado en la cruz, es levantado en alto y dejado caer en un hoyo, con un sacudimiento tan violento, — dice San Buenaventura, — que le hace perder el sentido y renueva todas sus llagas.

La boca de Jesús se abre, para unir su voz con los clamores de su sangre, é implorar de su Padre el perdón para los mismos que le han crucificado. No importa que ellos, á esta ternura, correspondan con nuevos insultos.

— Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz, — le dicen, — y creeremos en ti...

La lluvia voluntaria de remisión y de indulgencia que derrama el Salvador sobre su heredad, alcanza para todos, aun para aquellos que le insultan y blasfeman.

Si el hombre pecó con todos sus sentidos, en Jesús no hubo sentido que no padeciera. Sus oídos son atormentados con horribles blasfemias; sus ojos se afligen al ver á aquel infeliz ladrón, que muere desesperado junto á Él, en el momento mismo en que Él muere para salvarlo; al ver á su tierna Madre, que está en pie, junto al palo de la cruz, desconsolada y tristísima. Su lengua es preciso también que sufra un particular tormento, y lo sufre, aceptando el vinagre, mezclado con hiel, que le presentan sus verdugos en una esponja, para templar aquella sed cruelísima que abrasa sus entrañas. Sufre, en fin, este Hombre-Dios en la cruz, todos los tormentos y suplicios; y, al mismo tiempo, su alma desolada sufre el más acerbo desconsuelo, por el desamparo de su Padre.

Cristo Jesús, desde lo alto de la cruz, registra con su mente el libro de los eternos decretos, y después que está cierto del cumplimiento de todos, abre sus labios, justifica su persona, se despide del mundo y testifica el cumplimiento de su misión y la consumación de su obra. *Consummatum est.*

El Hombre-Dios, apura la copa de su mortal agonía.

Un velo fúnebre, cubre en Jesús los brillantes atributos de su divinidad; y la muerte, enroscada en el palo de la cruz, sube por Él, ufana con la victoria que va á conseguir del Autor de la vida. El mundo todo espera en silencio el último aliento de Jesús, y todos los hombres tienen sus ojos fijos en el Crucificado.

Jesús inclina su cabeza sobre el pecho; y como si en esta acción hubiese dado al universo la señal de las convulsiones, el sol se obscurece, el velo del templo se rasga, las piedras se parten, la tierra se sacude con violencia, se abren los sepulcros; un obscuro torbellino envuelve todo el Gólgota, y Jerusalén, en medio del día, aparece toda cual tierra tenebrosa envuelta en el horror de la más espantosa lobreguez. En esta crisis, sorprendente á toda la naturaleza; en medio de este duelo universal, Jesús comienza á estremecerse y á sentir deliquios y congojas mortales. Sus ojos ya están quebrados, y su rostro divino, aparece con aquella palidez mustia, precursora inmediata de la muerte. El pecho ya se levanta; la respiración cesa; sus nervios están convulsos; su cuerpo se ha desplomado ya hacia su centro y exhala el último suspiro.

A. ARAGÓN FERNÁNDEZ
Misionero Apostólico





Vista panorámica de Jerusalén.

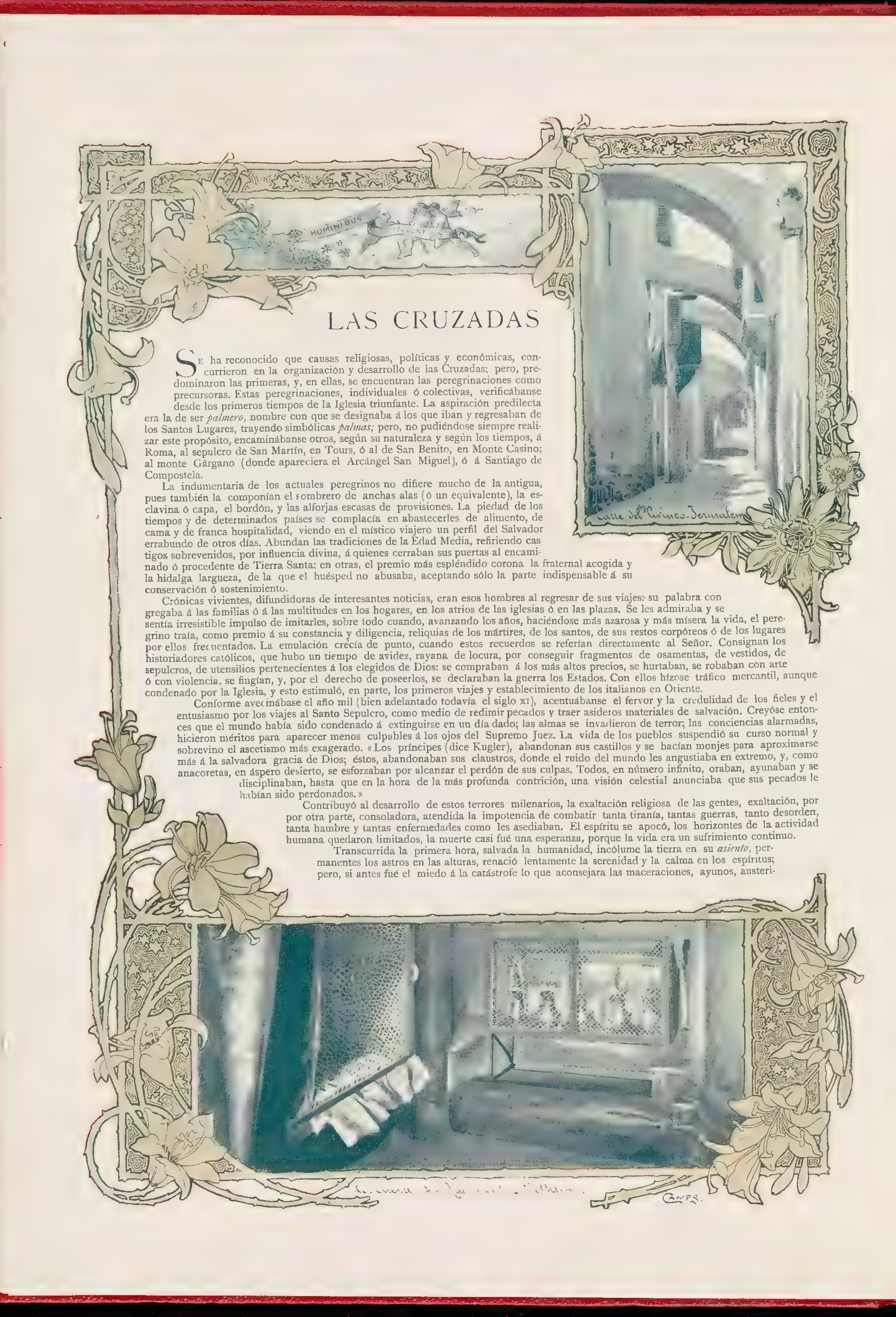
Via dolorosa. — Jerusalén.



Betlhem.

La torre Antonia (Demolida). — Jerusalén.

El Río Jordán. — Palestina.



LAS CRUZADAS

Se ha reconocido que causas religiosas, políticas y económicas, concurrieron en la organización y desarrollo de las Cruzadas; pero, predominaron las primeras, y, en ellas, se encuentran las peregrinaciones como precursoras. Estas peregrinaciones, individuales ó colectivas, verificábanse desde los primeros tiempos de la Iglesia triunfante. La aspiración predilecta era la de ser *palmero*, nombre con que se designaba á los que iban y regresaban de los Santos Lugares, trayendo simbólicas *palmas;* pero, no pudiéndose siempre realizar este propósito, encamínábanse otros, según su naturaleza y según los tiempos, á Roma, al sepulcro de San Martín, en Tours, ó al de San Benito, en Monte Casino; al monte Gárgano (donde apareciera el Arcángel San Miguel), ó á Santiago de Compostela.

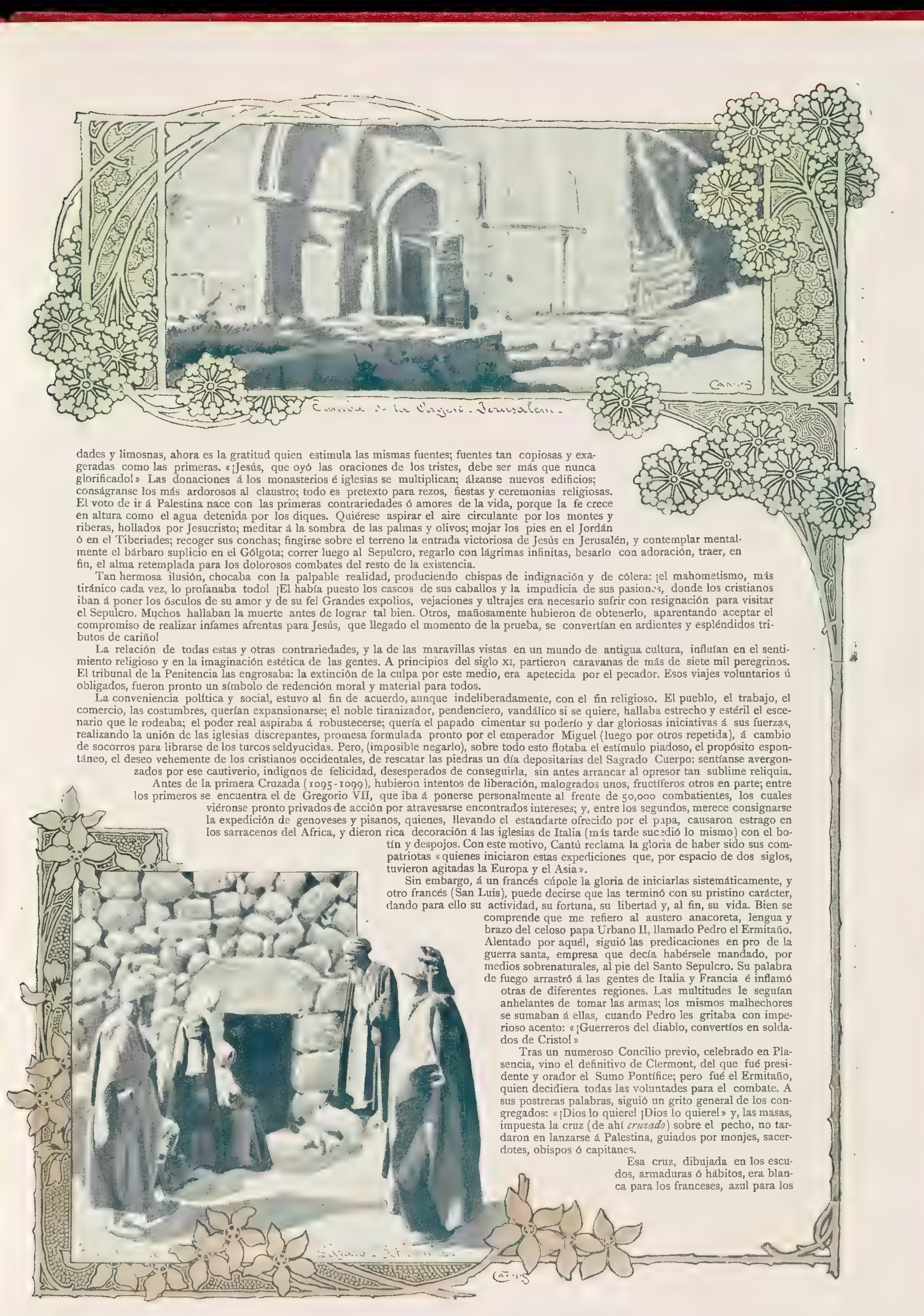
La indumentaria de los actuales peregrinos no difiere mucho de la antigua, pues también la componían el sombrero de anchas alas (ó un equivalente), la esclavina ó capa, el bordón, y las alforjas escasas de provisiones. La piedad de los tiempos y de determinados países se complacía en abastecerles de alimento, de cama y de franca hospitalidad, viendo en el místico viajero un perfil del Salvador errabundo de otros días. Abundan las tradiciones de la Edad Media, refiriendo castigos sobrevenidos, por influencia divina, á quienes cerraban sus puertas al encaminado ó procedente de Tierra Santa; en otras, el premio más espléndido corona la fraternal acogida y la hidalga largueza, de la que el huésped no abusaba, aceptando sólo la parte indispensable á su conservación ó sostenimiento.

Crónicas vivientes, difundidoras de interesantes noticias, eran esos hombres al regresar de sus viajes: su palabra congregaba á las familias ó á las multitudes en los hogares, en los atrios de las iglesias ó en las plazas. Se les admiraba y se sentía irresistible impulso de imitarles, sobre todo cuando, avanzando los años, haciéndose más azarosa y más mísera la vida, el peregrino traía, como premio á su constancia y diligencia, reliquias de los mártires, de los santos, de sus restos corpóreos ó de los lugares por ellos frecuentados. La emulación crecía de punto, cuando estos recuerdos se referían directamente al Señor. Consignan los historiadores católicos, que hubo un tiempo de avidez, rayana de locura, por conseguir fragmentos de osamentas, de vestidos, de sepulcros, de utensilios pertenecientes á los elegidos de Dios: se compraban á los más altos precios, se hurtaban, se robaban con arte ó con violencia, se fingían, y, por el derecho de poseerlos, se declaraban la guerra los Estados. Con ellos hízose tráfico mercantil, aunque condenado por la Iglesia, y esto estimuló, en parte, los primeros viajes y establecimiento de los italianos en Oriente.

Conforme avecinábase el año mil (bien adelantado todavía el siglo XI), acentuábanse el fervor y la credulidad de los fieles y el entusiasmo por los viajes al Santo Sepulcro, como medio de redimir pecados y traer asideros materiales de salvación. Creyóse entonces que el mundo había sido condenado á extinguirse en un día dado; las almas se invadieron de terror; las conciencias alarmadas, hicieron méritos para aparecer menos culpables á los ojos del Supremo Juez. La vida de los pueblos suspendió su curso normal y sobrevino el ascetismo más exagerado. «Los príncipes (dice Kugler), abandonan sus castillos y se hacían monjes para aproximarse más á la salvadora gracia de Dios; éstos, abandonaban sus claustros, donde el ruido del mundo les angustiaba en extremo, y, como anacoretas, en áspero desierto, se esforzaban por alcanzar el perdón de sus culpas. Todos, en número infinito, oraban, ayunaban y se disciplinaban, hasta que en la hora de la más profunda contrición, una visión celestial anunciaba que sus pecados le habían sido perdonados.»

Contribuyó al desarrollo de estos terrores milenarios, la exaltación religiosa de las gentes, exaltación, por por otra parte, consoladora, atendida la impotencia de combatir tanta tiranía, tantas guerras, tanto desorden, tanta hambre y tantas enfermedades como les asediaban. El espíritu se apocó, los horizontes de la actividad humana quedaron limitados, la muerte casi fué una esperanza, porque la vida era un sufrimiento continuo.

Transcurrida la primera hora, salvada la humanidad, incólume la tierra en su *asiento*, permanentes los astros en las alturas, renació lentamente la serenidad y la calma en los espíritus; pero, si antes fué el miedo á la catástrofe lo que aconsejara las maceraciones, ayunos, austeri-



dades y limosnas, ahora es la gratitud quien estimula las mismas fuentes; fuentes tan copiosas y exageradas como las primeras. «¡Jesús, que oyó las oraciones de los tristes, debe ser más que nunca glorificado!» Las donaciones á los monasterios é iglesias se multiplican; álzanse nuevos edificios; conságranse los más ardorosos al claustro; todo es pretexto para rezos, fiestas y ceremonias religiosas. El voto de ir á Palestina nace con las primeras contrariedades ó amores de la vida, porque la fe crece en altura como el agua detenida por los diques. Quiérese aspirar el aire circulante por los montes y riberas, hollados por Jesucristo; meditar á la sombra de las palmas y olivos; mojar los pies en el Jordán ó en el Tiberiades; recoger sus conchas; fingirse sobre el terreno la entrada victoriosa de Jesús en Jerusalén, y contemplar mentalmente el bárbaro suplicio en el Gólgota; correr luego al Sepulcro, regarlo con lágrimas infinitas, besarlo con adoración, traer, en fin, el alma retemplada para los dolorosos combates del resto de la existencia.

Tan hermosa ilusión, chocaba con la palpable realidad, produciendo chispas de indignación y de cólera: ¡el mahometismo, más tiránico cada vez, lo profanaba todo! ¡El había puesto los cascos de sus caballos y la impudicia de sus pasiones, donde los cristianos iban á poner los ósculos de su amor y de su fe! Grandes expolios, vejaciones y ultrajes era necesario sufrir con resignación para visitar el Sepulcro. Muchos hallaban la muerte antes de lograr tal bien. Otros, mañosamente hubieron de obtenerlo, aparentando aceptar el compromiso de realizar infames afrentas para Jesús, que llegado el momento de la prueba, se convertían en ardientes y espléndidos tributos de cariño!

La relación de todas estas y otras contrariedades, y la de las maravillas vistas en un mundo de antigua cultura, influían en el sentimiento religioso y en la imaginación estética de las gentes. A principios del siglo XI, partieron caravanas de más de siete mil peregrinos. El tribunal de la Penitencia las engrosaba: la extinción de la culpa por este medio, era apetecida por el pecador. Esos viajes voluntarios ú obligados, fueron pronto un símbolo de redención moral y material para todos.

La conveniencia política y social, estuvo al fin de acuerdo, aunque indeliberadamente, con el fin religioso. El pueblo, el trabajo, el comercio, las costumbres, querían expansionarse; el noble tiranizador, pendenciero, vandálico si se quiere, hallaba estrecho y estéril el escenario que le rodeaba; el poder real aspiraba á robustecerse; quería el papado cimentar su poderío y dar gloriosas iniciativas á sus fuerzas, realizando la unión de las iglesias discrepantes, promesa formulada pronto por el emperador Miguel (luego por otros repetida), á cambio de socorros para librarse de los turcos seldyucidas. Pero, (imposible negarlo), sobre todo esto flotaba el estímulo piadoso, el propósito espontáneo, el deseo vehemente de los cristianos occidentales, de rescatar las piedras un día depositarias del Sagrado Cuerpo: sentíanse avergonzados por ese cautiverio, indignos de felicidad, desesperados de conseguirla, sin antes arrancar al opresor tan sublime reliquia.

Antes de la primera Cruzada (1095-1099), hubieron intentos de liberación, malogrados unos, fructíferos otros en parte; entre los primeros se encuentra el de Gregorio VII, que iba á ponerse personalmente al frente de 50,000 combatientes, los cuales viéronse pronto privados de acción por atravesarse encontrados intereses; y, entre los segundos, merece consignarse la expedición de genoveses y pisanos, quienes, llevando el estandarte ofrecido por el papa, causaron estrago en los sarracenos del Africa, y dieron rica decoración á las iglesias de Italia (más tarde sucedió lo mismo) con el botín y despojos. Con este motivo, Cantú reclama la gloria de haber sido sus compatriotas «quienes iniciaron estas expediciones que, por espacio de dos siglos, tuvieron agitadas la Europa y el Asia».

Sin embargo, á un francés cúpole la gloria de iniciarlas sistemáticamente, y otro francés (San Luis), puede decirse que las terminó con su pristino carácter, dando para ello su actividad, su fortuna, su libertad y, al fin, su vida. Bien se comprende que me refiero al austero anacoreta, lengua y brazo del celoso papa Urbano II, llamado Pedro el Ermitaño. Alentado por aquél, siguió las predicaciones en pro de la guerra santa, empresa que decía habérsele mandado, por medios sobrenaturales, al pie del Santo Sepulcro. Su palabra de fuego arrastró á las gentes de Italia y Francia é inflamó otras de diferentes regiones. Las multitudes le seguían anhelantes de tomar las armas; los mismos malhechores se sumaban á ellas, cuando Pedro les gritaba con imperioso acento: «¡Guerreros del diablo, convertíos en soldados de Cristo!»

Tras un numeroso Concilio previo, celebrado en Plasencia, vino el definitivo de Clermont, del que fué presidente y orador el Sumo Pontífice; pero fué el Ermitaño, quien decidiera todas las voluntades para el combate. A sus postreras palabras, siguió un grito general de los congregados: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» y, las masas, impuesta la cruz (de ahí *cruzado*) sobre el pecho, no tardaron en lanzarse á Palestina, guiados por monjes, sacerdotes, obispos ó capitanes.

Esa cruz, dibujada en los escudos, armaduras ó hábitos, era blanca para los franceses, azul para los

italianos, roja para los españoles, roja y amarilla para los ingleses, verde para los sajones, naranjada ó negra para los alemanes. Por ella, eran poco menos que sagradas sus personas; la paz se había entronizado entre los rivales; la *tregua de Dios* garantía la vida y la hacienda de todos; ésta podía ser administrada por la Iglesia; al deudor no podía embargársele y cesaban los intereses; el antes malhechor, quedaba exento de persecución; el mísero siervo era *hermano* considerado por el señor y podía superarle con un acto de heroísmo ó por un capricho de la fortuna; hasta el tímido Pastor de almas era compelido á emigrar con sus ovejas, para no quedarse solo y sin medios de subsistencia.

Todo se vendía (y esto desamortizaba la propiedad) para contar con medios en la expedición; pero, muchos, al principio, apenas fueron provistos ni de alimentos para una jornada, todo esperándolo de Dios y de sus milagros. ¡Aún de guías expertos carecían! Los primeros expedicionarios, casi mendigos, hombres sin táctica y apenas con armas, fueron víctimas de su mismo ardor é imprevisión; pocos llegaron á Constantinopla, y en estado lamentable; los más, dejaron de existir á manos de húngaros y búlgaros, con quienes no supieron armonizar sus aspiraciones. Hasta la partida de los verdaderos ejércitos, no se hizo cosa de provecho, y aún asimismo á costa de alarmantes pérdidas, pues las enfermedades, el cansancio, el hambre y la sed, llegaron á matar quinientas personas por día. Empero, ese elemento popular, irreflexivo, iluminado casi, *no fué inútil*, fué precisamente el depositario del verdadero ideal de la Cruzada, que los nobles, satisfechos de sus primeros encuentros, iban ya á desnaturalizar estacionándose en el goce de bienes *materiales* ó desertando para Europa. Los pobres hicieron sonrojarles, probándoles que aquélla no era una conquista de provecho individual, y hubieron de seguir adelante todos, hasta llegar á la meta apetecida.

Mucho les faltaba aún: nuevas glorias y contrariedades les esperaban; pero el descubrimiento en Antioquía de la lanza con que fué traspasado el costado de Cristo, reanimó á los desalentados, y púdose, el 19 de Julio de 1099, darse el sangriento asalto general á la Ciudad Santa. Los combates parciales aún duraron una semana; corrió la sangre á torrentes; pero el hermoso sueño estaba realizado; ¡los vencedores oraban junto á la rescatada Sepultura!

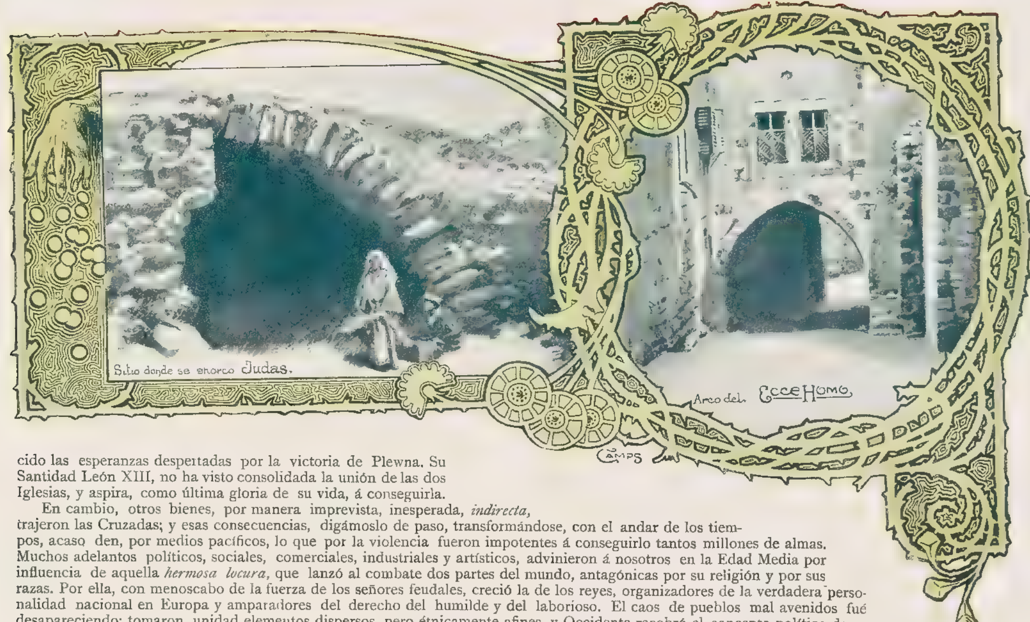
Godofredo de Bouillón, proclamado rey de Jerusalén, sólo aceptó el título de Defensor y Barón del Santo Sepulcro, resistiéndose, dijo, á llevar la diadema de los reyes, allí donde Jesucristo se coronó con espinas. A esta proclamación, había precedido la de la creación de varios principados y señoríos; y la constitución de otros que vinieron más tarde, expansionaron el dominio cristiano. Mucho costó sostenerlo permanente, aun con la ayuda de las Ordenes Religiosas y Militares.

Las siete Cruzadas sucesivas (en 1270 fué la última), dieron admirables testimonios de fe, de entereza y de valor; pero también de miras particulares: estuvieron, algunas, menos orientadas por el desinterés y la abnegación que caracterizaron el primer impulso. El asalto de Constantinopla cristiana, y muchos de los actos precursores (anatematizados por el papa), probaron que hasta la venalidad podía torcer el camino de los ejércitos *reconquistadores* del Santo Sepulcro; pues, éste, estaba otra vez en manos de infieles, de las que no salió sino para volver á caer muy pronto en opresión definitiva. Aún asimismo, esa reconquista debióse á la diplomacia y no á las armas. El afán de oro, de riqueza, de dominio, de satisfacer rivalidades y venganzas, debilitó á menudo el vigor de los ejércitos y trastornó la cohesión de los invasores en los momentos más supremos. Sin proponérselo, la espada del cruzado colabora á veces en la obra, para sí destructiva, que mueve el encono mahometano, y en la ocasionada por la carencia de víveres, de agua, de medios para combatir terribles enfermedades. Valioso fué el concurso de los reyes y emperadores, pero también dieron pruebas de inconsecuencia espiritual y de falta de elevación de miras; la voz del papado, sostenedor del ideal integérrimo de las expediciones, es varias veces desatendida, y los frutos para la finalidad de la causa (más compleja de lo que parecía á los absorbidos por pasiones personales), se malogra en su totalidad ó en parte. San Luis es, en rigor, el único digno heredero de Godofredo: conquista con las armas y con la caridad, con la palabra y con el ejemplo, al punto de que, cuando cae en cautiverio, sus mismos opresores ofrecen hacerle su soberano. Recobrada su libertad, no puede llegar á Jerusalén, pero fortifica ciudades cristianas, redime cautivos y convierte infieles, enseñándoles su doctrina. Con su muerte, acaecida en su segundo viaje, puede decirse que terminan las Cruzadas.

A grandes rasgos (la magnitud de esos acontecimientos no permite ni resúmenes satisfactorios en el espacio de que dispongo), se han pintado sus causas productoras y el resultado directamente obtenido; éste fué inestable y costosísimo, atendido los grandes sacrificios de vidas, de haciendas y de actividad que se hicieron; la conquista material de la tumba de Jesucristo, pronto fué otra vez un problema insoluble, y aún continúa siéndolo, así como lo es también el de ciertas reivindicaciones políticas de la moderna Europa.

La última guerra turco-griega, ha desvane-

CAMPESINAS DE JERUSALÉN



cido las esperanzas despertadas por la victoria de Plewna. Su Santidad León XIII, no ha visto consolidada la unión de las dos Iglesias, y aspira, como última gloria de su vida, á conseguirla.

En cambio, otros bienes, por manera imprevista, inesperada, *indirecta*, trajeron las Cruzadas; y esas consecuencias, digámoslo de paso, transformándose, con el andar de los tiempos, acaso den, por medios pacíficos, lo que por la violencia fueron impotentes á conseguirlo tantos millones de almas. Muchos adelantos políticos, sociales, comerciales, industriales y artísticos, advinieron á nosotros en la Edad Media por influencia de aquella *hermosa locura,* que lanzó al combate dos partes del mundo, antagónicas por su religión y por sus razas. Por ella, con menoscabo de la fuerza de los señores feudales, creció la de los reyes, organizadores de la verdadera personalidad nacional en Europa y amparadores del derecho del humilde y del laborioso. El caos de pueblos mal avenidos fué desapareciendo; tomaron unidad elementos dispersos, pero étnicamente afines, y Occidente recobró el concepto político de su conservación y de su defensa. El elemento popular, en ausencia de los belicosos, labró los campos y cultivó las artes con seguridad y provecho, enriqueciéndose y emancipándose lentamente de ominosas tutelas. Nació el gremio y se preparó el municipio. El trabajo manual y las fuentes de la sabiduría salieron del claustro y entraron en etapas más humanas y progresivas. Esto permitió que los consagrados á la Iglesia dedicaran su atención á los estudios más adecuados para su mejoramiento y á las obras más propias de su misión espiritual. Por las relaciones con Oriente, depositario de la cultura clásica, volvió ésta á Europa, para luego aparecer de nuevo esplendorosa con el Renacimiento. Enriquecióse nuestra apocada Literatura, vertiéndose á las lenguas de Europa novelas, romances y obras de filosofía, tomadas de las fuentes indias, griegas, persas y árabes. El papado estuvo *más cerca* de sus fieles y dió más unidad al cristianismo, velando por la pureza de la doctrina y la moralidad de las costumbres. Obra de su prestigio fué luego la reunión de flotas en Lepanto, para repeler á los turcos. Fué más dulce la servidumbre cuando á la Iglesia se transmitieron los derechos de los expedicionarios á Tierra Santa. La organización de estas expediciones y las muertes que causaban, dice un escritor, «centuplicaron testamentos y contratos, propagándose así la noción del derecho y de la justicia, y con él la preponderancia de la toga». El comercio abrió nuevas rutas, quiso garantir la seguridad personal, se amparó en la navegación, que hizo sus primeros viajes á Oriente y preparó los de América. ¡Es cosa admirable que Colón no tuviera otro propósito, al buscar utilidades en su obra gigantesca, que el de conseguir con ellas el rescate del Santo Sepulcro! La ilustración y la confraternidad fomentáronse con esos viajes; los adversarios llegaron á tener relaciones caballerescas; se conocieron y se hicieron justicia en determinados casos. El odio que promoviera las guerras, concluyó consolidando las relaciones de la inteligencia, de las costumbres, del trabajo, del comercio. El viaje es una escuela de incesantes revelaciones: las formas de la materia y del pensamiento ofrecen pasmosas metamórfosis; el mundo y su Creador se agrandan á los ojos del que parece hacer paralelos dos caminos, el señalado por las huellas de sus pies y el de sus ideas en el cerebro. La comparación, pronuncia la voluntad por lo mejor. Las civilizaciones pasadas, ofrecen restos que modifican los puntos iniciales del trabajo naciente; el hallazgo de otras formas de gobierno promete cambios políticos en los pueblos de que se procede, ú organizaciones menos intransigentes en los que van á constituirse. Las cruzadas ensancharon el mundo físico y el moral, la tierra civilizada y los horizontes lícitos de las investigaciones ó actividades del espíritu; ellas trajeron, tras el empobrecimiento, la riqueza: borraron desigualdades: educaron al guerrero y al artesano. Este, en Asia y Africa, tuvo medios de asimilarse, muchos secretos de la agricultura y de la industria. Importóse en Italia el gusano de seda, acompañado de la morera, promesa de imponderables riquezas en el tejido: Luna, Módena, Milán y luego otros pueblos, son testimonio de ello. Vienen el desarrollo y uso muy acentuado de la tapicería y del bordado en colores: ¡así lo demandaban los que, partiendo vestidos de pieles ó de hierro, regresan luego victoriosos, cubiertos de telas ornamentadas, de perlas y de piedras relucientes! El





Lugar de la Transfiguración del Señor en el Monte Thabor.

Puerta de entrada al Santo Sepulcro.

lenguaje heráldico, que es también traído de otras tierras, enriquece y decora esas industrias, multiplicando sus blasones en los muros y muebles, en las caparazones ecuestres, en los escudos ó adargas, en los trajes de las damas y de los caballeros, en las dalmáticas de los heraldos y en las cotas de los pajes. Ese bordado de los lienzos, parece extenderse á los metales, con las incrustaciones y los cincelados, que aún conservan sus asiáticos nombres. El lujo profano y el lujo sacro, corren al par para glorificar lo humano y lo divino: ¡el joyel para la mujer y el relicario para el templo! La platería y la orfebrería, amplían su técnica y dan irradiación estética á las industrias aún envilecidas con el adjetivo de mecánicas. Pontífices, prelados, cabildos y reyes ven, á medida que su poder se define, nacer más limpia la forma de sus símbolos ó de su efigie, en los sellos de sus diplomas ó en la moneda de su riqueza. El esmalte decora los ornamentos humanos, y el mosaico policromo, vívido, de brillo y entonaciones metálicas, exorna las paredes del edificio. La Arquitectura, desde la construcción al adorno, acusa, no pocas veces, la Iliada cristiana, mejor que la clásica, pues no fué su símbolo una mujer pecadora. Tiro, dió origen á las cristalerías y lunas de Venecia. Desmenuzaron más pronto el grano comestible, los molinos de viento. De Trípoli, pasó á Sicilia la caña de azúcar. Las ciencias curativas, las artes productoras, la alimentación, la jardinería, tuvieron á su disposición drogas y plantas maravillosas ó de rara belleza. Nuevos animales aquí se aclimataron. La guerra tuvo también sus adelantos, «dejando de ser el ímpetu ciego de una turba de fanáticos, y poniendo en sus empresas el plan, los almacenes, los transportes, los trenes de equipajes, etc. La *máquina* de incendio, de defensa ó de ataque, dió miembros, fuerza y actividad que no tenía el hombre solamente físico». «¡Hasta el uso general del rosario de la Edad Media de Occidente (dice el citado Kugler), viene de una costumbre oriental!» Cuando veo esos magníficos templos y catedrales góticos, con su paralelismo vertical; con su soberbia altura no desmentida por el ámbito interior; con sus capillas gremiales ó nobiliarias; con sus sepulcros, sobre los cuales la escultura ha figurado durmiendo á los guerreros de Tierra Santa, con las piernas en cruz y con los brazos sobre sus espadas; con sus reliquias (á veces con la misma tierra de sus claustros ó cementerios) conquistadas con inauditas proezas del poder enemigo; reconstruyo fácilmente los tiempos de las Cruzadas, que impulsaron el desarrollo de ese estilo con sus votos, sus fundaciones y sus necesidades, pues él solo pudo dar cabida en el seno de sus fábricas á las multitudes, representación á todas las clases y símbolo místico á sus aspiraciones, con sus formas constructivas y decorativas.

***

Esto, y mucho más, que no fué buscado, *resultó* en nuestro bien. En cambio, lo que deseábamos ardientemente, no lo poseemos. Ese resultado negativo de la conquista del Santo Sepulcro, acaso haya hecho también una obra indirecta, el de espiritualizar más y más el Cristianismo. ¡Tal vez Jesucristo quiere que nos fijemos más en sus palabras y en su doctrina, fruto eterno de su Espíritu, que en su sagrada sepultura, lecho deleznable de su cuerpo fenecido! Veneremos siempre esa reliquia de los Santos Lugares; pero, ante todo, pensemos y obremos como cristianos, sosteniendo incólumes, por su práctica, las enseñanzas emanadas de Aquel que nos alumbró hace veinte siglos. Si alguna vez podemos, seamos peregrinos de Palestina; pero seamos siempre *cruzados* (aún sin movernos de nuestra patria ó de nuestros hogares), por nuestra conducta de creyentes, de humildes, de caritativos, de virtuosos, de honrados. Sin duda así iremos más lejos y obtendremos más seguras conquistas que las de la Edad Media. Ya autoridades de la Iglesia lo dijeron (y el católico Cantú lo recuerda en su Capítulo de las Cruzadas): *Amando, no navegando, es como se acerca á Aquél que está en todas partes, y el camino que conduce al Cielo está tan abierto desde el fondo de Bretaña* (ó de otro país cualquiera) *como desde Jerusalén.*

Francisco TOMÁS
Y ESTRUCH



UN HÉROE DEL TRANSVAAL. — Cuadro de G. MATILLA.

LA GUERRA ANGLO-BOER

I

LOS BOERS

La palabra *boer* vale tanto, en holandés, como colono. Hijos de la tierra, colonizadores de la tierra en la más amplia acepción de la palabra, son, efectivamente, los boers que en estos momentos asombran á todas las viejas naciones de Europa, por la gallardía y rapidez de sus victorias sobre las fuerzas regulares inglesas, y, más que por esto, por la energía de que han dado pruebas, atreviéndose á declarar la guerra, fiados en su derecho y en su fuerza.

La historia del pleito que sostienen los boers contra los ingleses es muy larga. Vamos á resumirla en breve espacio.

El día 18 de Marzo de 1648, Juan Antonio Riebeck, cirujano de un buque que efectuaba la travesía entre la India y Holanda, desembarcó en la que es actualmente Copetown — Ciudad del Cabo — y encantado de la situación del puerto, y previendo los grandes beneficios que podía reportar su patria de la posesión de punto tan indicado para escala de buques, al llegar á Holanda explicó su proyecto, y en 1652, al mando de una expedición compuesta de tres buques, desembarcó en el Cabo, se apoderó de grado ó á la fuerza del territorio que le convino, guerreó contra los naturales del país y fundó la Ciudad del Cabo que, algunos años más tarde, estaba ya fortificada, no sólo para poder resistir los ataques de las tribus salvajes, sinó para rechazar cualquier amago de los europeos que sintieran la tristeza del bien ajeno.

La nueva colonia fué prosperando; el camino de la India, fué cada día más concurrido; la prosperidad y límites de la nueva colonia holandesa aumentaron; nuevas riquezas y nuevos colonos hicieron valer sus tierras y, al estallar, á fines del siglo XVIII, la insurrección de los yankees, acaudillados por Jorge Washington, la Colonia del Cabo era una verdadera joya de Holanda.

Los ingleses, que comprendieron que se les escapaba de entre manos su gran colonia americana, atentos para buscar compensaciones, emprendedores activos y duchos ya en las artes de piratería al por mayor, que el almirante Drake llevó á su más alto grado de perfección; previendo, además, el brillante porvenir que esperaba á la Colonia del Cabo, atacáronla por primera vez en 1755.

Rechazados con grandes pérdidas, volvieron á la carga en 1792 y la tomaron el almirante Elphistone y el general Clarcke. Como en aquel tiempo la lucha á muerte contra Francia absorbía todas las fuerzas y atención de los ingleses, como no convenía, por otra parte, al ministerio Pitt, atraerse otras enemistades europeas, en 1803 fué devuelta á los Países Bajos la Colonia del Cabo. De nuevo quedó en poder de los ingleses en 1806, y en 1814 pasó, de un modo definitivo, á formar parte del imperio colonial de la Gran Bretaña.

Reina Victoria, de Inglaterra.



Pablo Krüger,
Presidente del Transvaal.

Magnífico el clima, feraz el suelo, domeñadas las tribus indígenas de cafres, basutos, griquas, zulús y hotentotes; la colonia prosperó cada día con más rapidez. Los ingleses eran los dominadores de hecho y de derecho; pero la gran mayoría de la población blanca pertenecía á la raza holandesa. Los ingleses no llegaban á la quinta parte de la población blanca total de la colonia. Pero eran los dueños absolutos. Tenían bayonetas y cañones y mandaban con la dulzura que conocen los indostanes, los zelandeses, los australianos — si alguno queda con vida.

Poco acostumbrados los holandeses á tan duro yugo, indignados muchos de ellos, emprendieron un éxodo para huir de la dominación británica. La mayoría de los que compusieron el *trek* de 1829, se dirigieron al Norte de la Colonia, Africa adentro, atravesaron el Orange y fundaron un Estado independiente, por más que el gobernador del Cabo afirmó que dependía de su autoridad.

Mal andaban los asuntos de los colonos holandeses, por aquel entonces, en el Cabo. Tan mal, que en 1835 se organizó otro *trek,* el más grande éxodo holandés, bajo las órdenes de Pretorius y de Potgieter. Los emigrantes, que querían alcanzar la parte media del Natal, no pudieron conseguirlo á causa de mil vicisitudes, y después de vencer cuantos obstáculos se oponían á su toma de posesión de un nuevo territorio, en la orilla norte del río Vaal fundaron la República del Transvaal, lindante con la de Orange, á la que dieron por capital Pretoria, la ciudad que recibió nombre de Pretorius, el jefe del gran *trek.*

Hasta 1879, la República fué prosperando. Descubriéronse entonces las minas de oro del Wiswaterand. Fundóse la ciudad de Johannesburg, y la codicia inglesa se despertó, comprendiendo el gran provecho que podía reportarle la posesión de los territorios auríferos de la República. El representante inglés en Pretoria, apoyado por algunos nacionales decididos, proclamó un día la soberanía inglesa. Los boers, sorprendidos, sin armas, no pudieron defenderse. Todo marchó perfectamente para Inglaterra, hasta Abril de 1881 en que, de repente, estalló una formidable insurrección contra los ingleses. La bandera nacional del Transvaal fué de nuevo izada. Los boers hicieron prisioneros á los ingleses que había en Pretoria y Joannesburg, derrotaron á los destacamentos que contra ellos envió el gobernador del Cabo, y en Majuba, el mismo general Joubert que ahora dirige la campaña contra los ingleses, derrotó por completo á éstos, matándoles á su general, á los principales jefes y haciendo gran nú-



Jlsaph Chamberlain, *ministro de las Colonias en Inglaterra.*

mero de prisioneros. Gladstone, *the Great Old Man*, reconoció la independencia de los boers. Entretanto, se formaba en el Sur del Africa la *Chartered South African Company*, bajo la dirección de Cecil Rhodes, el gobernador del Cabo. Habíanse descubierto los campos de diamante de Kimberley. Cecilio Rhodes se apoderó de ellos en nombre de Inglaterra, dando una indemnización de ochenta mil libras al Estado de Orange. Cuando advirtió el fundador de la Rhodesia que las minas de oro del Transvaal eran cada vez más productivas, tuvo la idea de repetir la jugada que le hizo dueño de los campos diamantíferos de Kimberley. El Transvaal no quiso ceder sus *gold fields* — campos de oro. — Jamesson, de acuerdo con Chamberlain y Rhodes, según ha demostrado hace poco *L'Independance Belge*, trató de apoderarse por sorpresa de Johannesburg, de someter á los boers. La jugada le salió al revés. Vencido y prisionero, Krüger, en vez de fusilarlo, envióle á Londres para que su propio amigo y protector, Chamberlain, le juzgara.

Faltaba un pretexto para declarar la guerra al Transvaal. La negativa de Krüger y del Volksraad á dar los derechos de ciudadanía á los *uitlanders* — aventureros que trabajan en las minas, casi todos ingleses — dió ese pretexto. Acumularon tropas los ingleses en la frontera del Cabo. El Transvaal declaró la guerra á su eterna enemiga. El Orange se puso al lado de sus hermanos de raza. A los tres meses de guerra, la gran Bretaña lleva veinticinco mil hombres fuera de combate. Chamberlain, Rhodes, Buller, Wolseley, Roberts, así civiles como militares, todos andaban equivocados respecto de las fuerzas de esas dos Repúblicas que, de muy antiguo, estaban admirablemente preparadas para la guerra. La campaña no ha terminado todavía. De todos modos, Inglaterra ha recibido durísima lección. La guerra del agio ha sido poco afortunada. Lo que debía llenar las arcas de los comerciantes de la City amenaza abrir gran brecha en ellas.

II

VIDA Y COSTUMBRES

No pueden ser más sencillas ni simpáticas las de los boers. De niños, criados en la gran propiedad que poseen sus padres, que abarca á veces de siete á ocho mil hectáreas, alejada de todo centro de población, aprenden todos los ejercicios que el aire libre permite y requiere, adquiriendo así esa fortaleza y soltura de miembros que les permite más tarde realizar esas hazañas que admiran á los hombres nacidos y crecidos en el seno de la civilización europea.

Desde que pueden sostenerse sobre el lomo de un caballo, su padre ó sus hermanos les obligan á correr horas y horas sin silla ni freno, tan pronto al trote como al galope; les adiestran á saltar del caballo á toda carrera, á recoger objetos del suelo sin abandonar el aire del caballo, á montar de un salto al paso, al trote y al galope; á parar su montura con un vigoroso apretón de rodillas y á que obedezca á la voz, ni más ni menos que hacen los beduinos con las famosas yeguas de la casta Koreichí.

En cuanto tienen sus manos fuerza suficiente para levantar un arma y su hombro resistencia para detener el retroceso sin temor á una magulladura, se entrega á los niños un fusil y se les adiestra en el tiro, exigiendo de ellos verdaderos prodigios de destreza cuando tiran al blanco, pruebas de gran sangre fría al llevarlos á expediciones de caza mayor, que se verifican siempre después de un largo aprendizaje de ensayo en la caza menor.

Cuando llega el día de probar la destreza y sangre fría del muchacho, se organiza una gran partida de caza, de la que forman parte todos los hombres útiles de la granja, muchos vecinos, algunos parientes que acuden desde muy lejos para asistir á tan importante y alegre espectáculo. El muchacho, que cuenta de catorce á quince años, según los casos, marcha á caballo entre su padre y hermanos — si los tiene, —



BOERS ACAMPADOS



FELDMARSHAL LORD ROBERTS DE KANDAHAR,
Generalísimo del ejército inglés, en el Sud del Africa.

hasta llegar al punto en que la cacería empieza. Echa entonces pie á tierra, empuña su fusil, después de haberlo cargado cuidadosamente, y marcha en demanda del enemigo, que es un león, un leopardo, una pantera, á quien los ojeadores echan hacia donde su tierno adversario lo busca. Los que han de juzgar de las aptitudes del muchacho, se quedan á una distancia de más de cincuenta metros, la suficiente para que crea aquél que depende de su serenidad y destreza su salvación. Todos, sin embargo, están preparados para acudir en auxilio del novel cazador si el caso lo requiere. En cuanto aparece el felino, llama su atención el muchacho, y cuando se dirige contra él la fiera, sin moverse un punto del sitio en que parece fundido en bronce, dispara. Si el primer balazo no ha bastado para detener el tremendo impulso de aquellos músculos de acero, el joven dispara otro en el instante en que las garras van á hacer presa y á hincarse los dientes. A veces, caen revueltos la fiera herida de muerte y su matador, y éste ha de rematarla con el cuchillo-bayoneta que lleva siempre consigo.

Si sus deudos han de acudir en su auxilio, rematando con sus certeros disparos á la fiera, se considera mala la caza, la prueba deficiente y de nuevo, unos días después, se aquilata el valor del neófito, hasta que éste ha conseguido deshacerse sin ajeno auxilio de uno de los terribles felinos que habitan los bosques en las proximidades de los ríos.

En los distritos donde no hay leones ni panteras, la caza se verifica á caballo y va contra los bisontes. Es quizá mucho más peligrosa que la de los felinos, porque aquellos toros salvajes marchan siempre en manadas y es muy peligroso despertar el furor de ellos, ya que, por regla general, embisten de frente y en masa, apoyándose unos á otros.

Al terminar esas cacerías, el joven, que es ya un jigante como todos los individuos de su raza, puede considerarse, y le consideran los demás, como un verdadero boer, como un hombre que no sólo se basta á sí mismo, sino que puede prestar protección á los demás en caso necesario. Como ya previamente se le ha enseñado á labrar, á conducir rebaños, á guiar grandes carretas y á leer y escribir, — esto último de un modo bastante primitivo, hasta hace pocos años, — el joven es ya apto para cuanto requiere la vida libre é independiente que ha de llevar en lo sucesivo.

Llega poco tiempo después la ocasión de escoger compañera para su vida. La elección se verifica casi siempre en los grandes centros de contratación de ganados, ferias trimestrales á que acuden todas las familias de los alrededores, aun cuando hayan de hacer un viaje de cinco ó seis días. Una vez concertada la boda, el novio, sólo de cuando en cuando puede visitar á su futura, porque las distancias son á veces enormes y el camino muy peligroso por la vecindad de las fieras. Así es que nunca marcha el novio sino provisto de todas armas, como si fuera á combatir contra basutos ó griquas ó á matar algún felino.

El día del casamiento, fiesta completa en la casa. Acuden parientes de todos los lados, aun cuando hayan de viajar días y días. Todos se reunen, todos comen el tasajo de bisonte; beben todos la cerveza y el vino traído de Europa, entonan á coro el himno nacional del Transvaal ó del Orange, rezan unidos las mismas oraciones, cantan los mismos salmos y todos á una beben á la prosperidad y dicha de la nueva pareja, que va á establecerse en hogar propio, á aumentar el número de ciudadanos de los Estados Libres.

La novia no trae nada más que su persona; el marido es quien se encarga, gracias á la munificencia de sus padres, de poner casa, de tener campos y bosques y montes, donde crezcan el trigo y el maíz, salte la caza, se apaciente el ganado y puedan los futuros hijos hallar riquezas abundantes, tranquila paz, libertad nunca ni por nadie restringida.

III

EDUCACIÓN MILITAR Y ORGANIZACIÓN

Al tener noticia de que los boers, combatiendo siempre con desventaja numérica han vencido constantemente á los ingleses por la energía y precisión de su fuego, la mayoría de los lectores ha extrañado tal hecho. Tanto en Maggersfontein como en Colenso, así en Stormberg como en Vaalkrantz, la línea de fuego de los boers, la serenidad de sus tiradores les ha dado la victoria. Es error grande imaginar que de la mejor calidad de los fusiles depende el éxito en los combates. Hoy por hoy — lo digo según testimonio de jefes y oficiales — la mayoría de los soldados europeos están muy por debajo de las armas que manejan. El alcance de los Mausers es de 2,000 metros. No hay unidad táctica capaz de servirse con eficacia de ese fusil más allá de 500 metros. Fuego que se rompa más allá de ese límite, es fuego sin provecho. En la guerra moderna, como en las guerras antiguas, aquél que maneja las armas, aquél que manda el fuego, el que dirige los movimientos de las unidades de combate, ó por su valor, ó por su sangre fría, ó por su inteligencia es el que decide del éxito. Buenos

CAMPS.

BATERÍA RODADA INGLESA, VADEANDO UN RÍO.

BATERIA RODADA INGLESA ESCALANDO UNA LOMA.

soldados, disciplinados, hechos á las fatigas de la guerra, despreciadores del peligro, con armas de mala calidad, vencerán siempre á malos soldados, armados de inmejorables armas. Y cuando buenos soldados empuñan armas perfeccionadas; cuando á la inteligencia y al valor de la fuerza impulsiva responde la excelencia y precisión del instrumento de muerte, entonces se puede asegurar que la victoria no abandonará jamás á los que poseen los dos medios de vencer.

Tal es el caso de los boers. Tienen Mausers, Krupps, Creusots, Canets, es decir, las mejores armas modernas, y tienen soldados que no reconocen rival. De lo primero no duda nadie, y comprenden todos cómo, con dinero, han adquirido los boers buenas armas; lo que causa más extrañeza es cómo han conseguido tan buenos soldados. Vamos á explicarlo.

Cuando Pretorius, Potgieter y demás jefes del *trek* de 1835, pasando el Vaal, se apoderaron de los territorios que ahora forman la República, repartieron las tierras entre sus hermanos de éxodo. Cada uno de éstos recibió un lote extensísimo, — 7 ú 8,000 hectáreas — levantó su casa, roturó los bosques, cultivó los campos. Pero como que cada colono estaba á distancias enormes de sus convecinos, como basutos, griquas, hotentotes, zulús y demás indígenas no veían con buenos ojos la intrusión de los blancos en sus dominios; como las fieras abundan en aquellas latitudes y tampoco toleran sin protesta una invasión en sus territorios, de ahí que todos los boers se vieran obligados, desde sus primeras conquistas, á defender sus vidas y sus haciendas. Para ello necesitaban ser admirables tiradores, tener una sangre fría á toda prueba, ya que un error de puntería, un estremecimiento nervioso podían acabar con su existencia. Duros, fuertes, inteligentes, astutos y serenos los padres, así han acostumbrado á ser á sus hijos. Apenas han podido montar á caballo, se les ha dado uno, y aún pesaba más la carabina que ellos, cuando ya sabían dispararla, dando en el blanco con seguridad, con rapidez, sin tomarse la molestia de apuntar. Andarines infatigables, jinetes sin rival, como no se hable de los gauchos; acostumbrados á alimentarse con tasajo, la vida de campaña es para ellos poco cansada, poco trabajosa. Teniendo el hábito de cavar tierra, les cuesta bien poco manejar el pico y el azadón que hacen las trincheras, levantar diques, abrir senderos por donde puedan pasar sus cañones de grueso calibre.

Tan preparados estaban para la guerra, que todos los grandes commandos tenían completo su cuadro de jefes y oficiales, que todos los demás contingentes tenían preparados sus caballos, sus armas, sabían el punto de concentración, estaban dispuestos á todo evento. La artillería, que está bajo el mando del comandante alemán Albretch, es una de las mejores del mundo, por más que, según declaración de ese jefe, «de cada diez proyectiles no estalla uno».

Es tan bueno, tan á propósito para la guerra el soldado boer, que no solamente sabe luchar hasta perder la vida en defensa de los suyos, sino que es apto para toda clase de trabajos, que en otros ejércitos requieren contingentes especiales. Así, en ese ejército que se ha atrincherado de un modo tan formidable en los montes que corren á lo largo del Modder y del Tugela, no hay soldados de ingenieros: con unos pocos oficiales basta. Es que todos tienen interés en defenderse y en vencer, y no hay tarea difícil ni penosa para quien tiene fe y entusiasmo.

No sólo son heroicos los boers; son, además, muy inteligentes. Están muy instruídos, amén de ser muy patriotas. Sobre ser muy valientes, son muy diestros. Además de su serenidad, tienen muy buena puntería. No sólo usan buenas armas, sino que no abren nunca el fuego á menos de 300 metros, y en tal caso, los efectos de su tiro son mortíferos, irresistibles.

IV

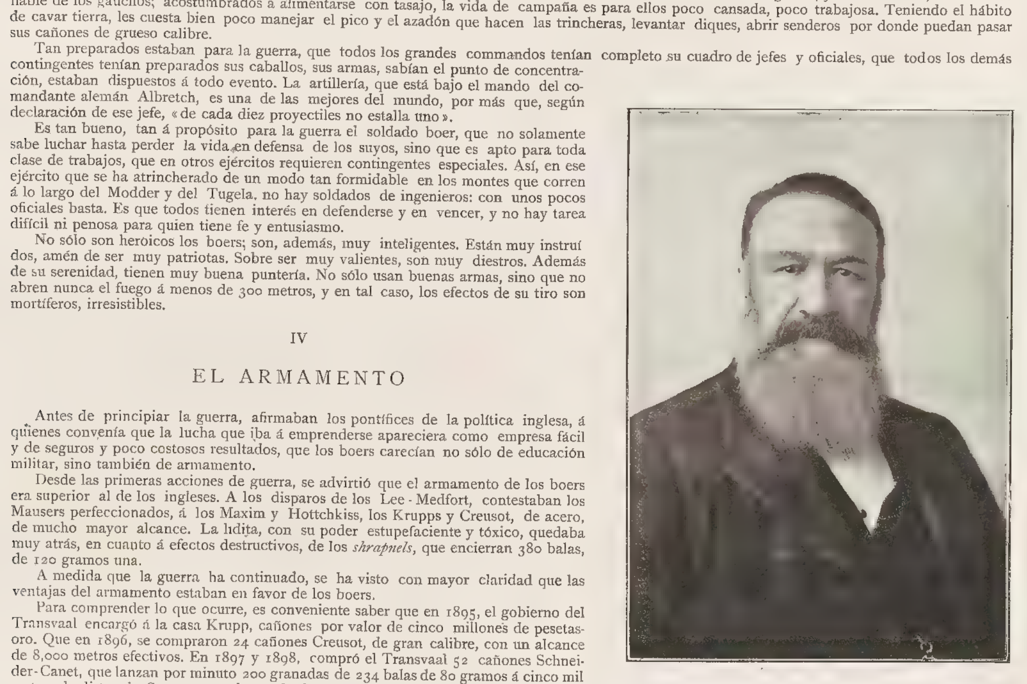
EL ARMAMENTO

Antes de principiar la guerra, afirmaban los pontífices de la política inglesa, á quienes convenía que la lucha que iba á emprenderse apareciera como empresa fácil y de seguros y poco costosos resultados, que los boers carecían no sólo de educación militar, sino también de armamento.

Desde las primeras acciones de guerra, se advirtió que el armamento de los boers era superior al de los ingleses. A los disparos de los Lee-Medfort, contestaban los Mausers perfeccionados, á los Maxim y Hottchkiss, los Krupps y Creusot, de acero, de mucho mayor alcance. La lidita, con su poder estupefaciente y tóxico, quedaba muy atrás, en cuanto á efectos destructivos, de los *shrapnels*, que encierran 380 balas, de 120 gramos una.

A medida que la guerra ha continuado, se ha visto con mayor claridad que las ventajas del armamento estaban en favor de los boers.

Para comprender lo que ocurre, es conveniente saber que en 1895, el gobierno del Transvaal encargó á la casa Krupp, cañones por valor de cinco millones de pesetas oro. Que en 1896, se compraron 24 cañones Creusot, de gran calibre, con un alcance de 8,000 metros efectivos. En 1897 y 1898, compró el Transvaal 52 cañones Schneider-Canet, que lanzan por minuto 200 granadas de 234 balas de 80 gramos á cinco mil metros de distancia. Se proveyó además de dos grandes cañones Creusot, cuyo alcance



GENERAL JOUBERT, *Comandante en jefe del ejército boer.*



SORPRESA DE STORMB



ERG, POR LOS BOERS

es de 9,000 metros, de dos que hieren á 11,500 metros con toda seguridad. Además, se hicieron importantes compras de Maxim y Vickers - Maxim, de fuego rápido y alcance medio de 4,600 metros.

En suma, los boers, según los datos de la *Army and Navi,* poseen doscientos treinta y ocho cañones de modernísima construcción, superiores á los ingleses en alcance y condiciones destructoras.

En cuanto á fusiles, poseen 150,000 Mausers y 100,000 Henry - Martiny.

Para servirse de los fusiles no necesitaban los boers maestros. Una vez conocida el arma, no hay tiradores, como no sean los suizos, que les igualen.

Para el manejo de los cañones, variaba algo la cosa; era la empresa más difícil. Con dinero se obvían todas las dificultades. Los boers tuvieron oficiales de los ejércitos alemán, francés, ruso é italiano, ingenieros inteligentísimos, capaces de oponerse á todos los artilleros ingleses.

Por lo que hace á las municiones, puede decirse que las que Krüger se procuró, son casi inagotables. Desde 1889 á 1898, gastáronse la friolera de 23 millones de pesetas en adquirirlas. Aun cuando la guerra se prolongue hasta fines de este año, tienen los boers municiones de guerra para continuar la lucha. Los ingleses, que aseguraban que no estaba prevenido el adversario, se han llevado tremendo chasco. En cuanto á material de guerra, les es muy superior su enemigo.

V

SITUACIÓN ECONÓMICA

No es como han querido presentarla los ingleses, ni mala ni mediana. Ha sido buena hasta que ha estallado la guerra. Mejorará cuando la lucha termine. La deuda es insignificante para un país que exporta unos 500 millones de francos en oro, que recoge diamantes en gran cantidad y que puede producir una suma incalculable de carbón de piedra, que ya exporta actualmente á la colonia del Cabo.

Los ferrocarriles, que tienen una extensión de 1,433 kilómetros, de los cuales son 1,147 de la compañía neerlandesa, transportan al año unos dos millones de pasajeros.

Las minas de oro se explotan conforme demandan las necesidades de la moderna industria, y las que en 1885 no rindieron sino 1.738,575 francos, produjeron, en 1898, la suma de 406.015,750, y 318.680,000, durante los ocho meses de 1899.

Se quejan los nitlanders, sugestionados por Cecil Rhodes, que los derechos que pagan los dueños de minas al Estado, son muy crecidos. La verdad es que en 1898, produjeron 34 millones; pero en ese mismo periodo de tiempo, los dueños de las minas realizaron ganancias por valor de 154.707,600 francos, lo cual permite perfectamente el pago del impuesto. Todos los empleados de las minas reciben buenos sueldos, como lo prueba el hecho de que los braceros cobran, el que menos, unos 400 francos mensuales.

Los transportes urbanos, están asegurados en Pretoria y Johannesburg, por compañías ferrocarrileras muy florecientes.

Los presupuestos arrojan las siguientes cifras:

Ingresos. . . .	99.589,025
Gastos.	99.286,825

lo cual da un exceso de 302,200 francos de los ingresos sobre los gastos.



GENERAL REDVERS BULLER,
Jefe del ejército inglés del Natal.

INFANTERIA MONTADA INGLESA, EN UN DESFILADERO.



INFANTERÍA INGLESA DEFENDIENDO UN REDUCTO.

En 1.° de Enero de 1899, las líneas telegráficas tenían una longitud de 3,356 kilómetros. El personal se componía de 400 empleados, utilizando 65 estaciones.

Las comunicaciones postales son muy importantes, y crecen cada año, según demuestra el siguiente gráfico, por miles de francos, que patentiza los progresos realizados desde 1885, hasta la fecha en que empezó la guerra:

1885 —	127,000
1886 —	178,000
1887 —	383,000
1888 —	436,000
1889 —	1.122,000
1890 —	1.132,000
1891 —	1.229,000
1892 —	1.447,000
1893 —	2.020,000
1894 —	2.153,000
1895 —	2.858,000
1896 —	3.309,000
1897 —	3.613,000
1898 —	4.016,000

El gobierno del Transvaal, consagra cada año sumas más y más importantes, á fin de conseguir el rápido desarrollo de la Instrucción Pública. En primero de Enero de 1899, existían 509 escuelas, con 13,561 discípulos, que costaban al Estado 2.273,900 francos, lo cual da 165 francos por cada alumno.

La distancia que media entre granja y granja, dificulta la enseñanza rural, que se cumple en el campo por medio de profesores ambulantes. Sin embargo, la instrucción ha hecho reales progresos en el Transvaal. Cada año aumenta el número de niños y jóvenes que van á Europa á perfeccionar y ampliar sus estudios, á fin de que á su vuelta puedan ser útiles á sus paisanos y conseguir que adelanten todas las industrias de su país.

En todas las mesetas del Noreste se cultivan en grande escala los cereales. Contra lo que han dicho muchos periodistas, hay que hacer constar que, en 1898, se exportaron del Transvaal á la Colonia del Cabo 899,000 kilogramos de cereales y harina, y 225,000 de productos alimenticios, como caza, pesca, frutas y legumbres.

No es, pues, tan mala como los ingleses imaginan la situación del Transvaal, no está su Hacienda en malas condiciones, no son salvajes ni mucho menos los boers, como han demostrado en el curso de la lucha que sostienen. Bien poco hace que Stead, el eximio periodista inglés, decía en la *Truth:* «Los salvajes han dado lecciones de moralidad á los civilizadores de la City; Chamberlain, Rhodes, Jamesson y Buller, pueden imitar su conducta, seguros de que la Gran Bretaña ha de agradecérselo».

Y lo que dice el antiguo director de la más importante revista inglesa, lo repiten á coro todos los publicistas europeos. Los datos aducidos corroboran la certeza de tales opiniones.

VI

LAS OPERACIONES

El ultimatum del Transvaal se envió el 9 de Octubre de 1899; el 12 del mismo mes, las fuerzas boers invadían el Natal y entraban en la Rhodesia, haciendo descarrilar un tren blindado y aprisionando á cuantos soldados ingleses iban en él. El 14, ocuparon New castle, y el 20, se dió la primera batalla en Dundée. El general inglés

GENERAL WHITE, *jefe de las tropas inglesas sitiadas en Ladysmith.*

Symons, cae mortalmente herido junto con 250 de sus soldados, que quedan sobre el campo de batalla, y los boers, fingiendo una retirada, atraen á sus perseguidores y copan 225 hombres, entre ellos el 4.° escuadrón del 18.° de húsares.

Pocos días después, los boers son derrotados en Elandslaagte, pero haciendo 260 bajas á los ingleses. El general Yule, á punto de ser envuelto y copado, abandona á Dundée, dejando á sus heridos y una cantidad enorme de provisiones en poder de los boers. El general White, para proteger la retirada de Yule hacia Ladysmith, ataca al enemigo en Kietfontein y pierde 150 hombres.

El 30 de Octubre, el general White presentó batalla á los boers alrededor de Ladysmith. Vencido, obligado á retirarse, pierde más de 300 hombres muertos ó heridos, queda encerrado en aquella ciudad y pierde dos batallones, el de fusileros irlandeses y el de Gloucester, que caen prisioneros en Nicholson's Nek. Los boers, después de esa acción, emplazan cañones de sitio y empiezan el bombardeo de Ladysmith.

Entretanto, los orangistas ponen sitio á Mafeking y Kimberley, donde se encerró Cecil Rhodes para animar á la guarnición y defender las famosas minas de diamantes. En muchos encuentros parciales, derrotan á los ingleses y les hacen 127 prisioneros.

Lord Methuen, que manda el ejército del Oeste, emprende su avance para libertar á Kimberley, y el 23 de Noviembre, libra el combate de Belmont, que se anuncia como una victoria; pero que cuesta 300 hombres á los ingleses. Los boers se retiran á Grasspan, libran nuevo combate, causan 230 bajas á los ingleses y se fortifican, sin haber perdido un solo cañón ni un prisionero, en Modder-River. Lord Methuen, creyendo que el enemigo no resistirá, ataca, pierde más de 500 hombres y no logra ventaja alguna. Los boers retroceden á Magersfontein, se fortifican de un modo formidable en seis días y esperan á su adversario, que, como siempre, ataca de frente, formado en columnas de ataque. La batalla se libra el 11 de Diciembre. Después de una marcha de noche fatigosísima, la brigada de los highlanders, mandada por el general Wanchope, hace retroceder á una cortina de tiradores enemigos, que le atraen á una emboscada. Principia entonces un fuego tremendo, y al cabo de diez horas de lucha, los ingleses quedan



La Cruz Roja en el Transvaal; por A. Seriñá.

derrotados por completo, con pérdida de 152 muertos, 667 heridos y 139 prisioneros; entre los primeros se encuentra el general Wanchope, que cae á quince metros de las trincheras boers. Después de esa derrota, quedan de tal manera desmoralizadas las fuerzas inglesas del Oeste, tan poca confianza tienen en su general, que éste queda imposibilitado de hacer nada.

Mientras esto ocurría en el Oeste, en el Centro, el ejército inglés, al mando del general de división Gatacre, tuvo la malaventurada idea de sorprender á los boers en Stormberg. Para ello emprendió una marcha de noche. Cuando creía sorprender al enemigo, éste, que estaba alerta, le sorprendió á su vez y le derrotó por completo, causándole unos 700 prisioneros.

Quedaban, con este último combate, derrotadas todas las fuerzas inglesas que combatían en Africa. En Inglaterra, la zozobra y la inquietud eran



ARTILLEROS INGLESES



CECIL RHODES, *Jefe del Sindicato de boers que explota los campos de diamante de Kimberley.*

HOSTILIZANDO Á LOS BOERS.

grandes. Unicamente esperaban que sir Redvers Buller, el generalísimo que aún no había combatido en persona, tomara un brillante desquite de Joubert, haciéndole levantar el sitio de Ladysmith, después de forzar sus formidables líneas del Tugela.

El 15 de Diciembre, se desvaneció tal esperanza. Formadas sus tropas en tres columnas de ataque, emprendió Buller su avance contra el Tugela. Una de las columnas llegó á vadear el río; pero fué tan certero y nutrido el fuego, que tuvo que retroceder destrozada. Otra de las columnas no pudo forzar el paso del río, y la última, ante el fuego enemigo, retrocedió sin intentar el ataque. Una batería y parte de otra, quedaron en poder del enemigo que, á las primeras descargas, dejó fuera de combate á todos los artilleros y muertos á los animales de tiro. Tres horas escasas duró la lucha, que costó á los ingleses 115 muertos, 773 heridos y 235 prisioneros.

Conmovióse la opinión pública de Inglaterra, ante tantos y tan grandes desastres, comprendieron políticos y comerciantes, que se habían equivocado al aquilatar el valor de los boers, y para restablecer las probabilidades de victoria, enviaron 40,000 soldados más, y, para mandarlos, al lord Roberts de Kandahar, que llevó como jefe de su Estado Mayor á lord Kitchener, el vencedor de Omdurman, el vengador de Gordon.

Desembarcaron estos generales, y durante veintisiete días, organizaron sus fuerzas, dieron las disposiciones que estimaron oportunas, y después avanzaron hacia el Noroeste, tomando lord Roberts el mando de las divisiones inmovilizadas, ante el Modder. Cuatro mil caballos, mandados por el general French, burlaron la vigilancia del enemigo, sorprendieron á los que sitiaban Kimberley y entraron en esta plaza. Entretanto, la infantería efectuaba un movimiento envolvente por el flanco derecho, y los defensores de Maggersfontein tenían que abandonar sus posiciones.

El general Cronje, veía toda su división en peligro. Para salvarla, hizo frente á todo el ejército inglés, en tanto que el grueso de sus tropas, con cañones é impedimenta, se ponían en salvo. Pero 3,000 combatientes, contando niños y mujeres, no podían resistir muchos días á 40,000 infantes, 5,000 caballos y 127 cañones. Atrincherados detrás de sus carros, resistieron, sin embargo, durante seis días, después de haber perdido 470 hombres y causado 300 bajas á los ingleses.

Lord Roberts consiguió señalado victoria, pues no sólo quedaba libre de un enemigo formidable, sino que ese triunfo le dejaba expedito el camino de Bloemfontein. Cinco días después, los boers levantaban el sitio de Ladysmith, retirándose hacia los Drakensberg, sin perder ni un hombre ni un cañón.

Doce días más tarde, lord Roberts entró en Bloemfontein, capital del Orange, porque la abandonaron los federados por su falta de condiciones para la defensa. Allí está aún el vencedor de Cronje, preparándose para las operaciones que ha de emprender ahora, las más tremendas de toda la campaña.

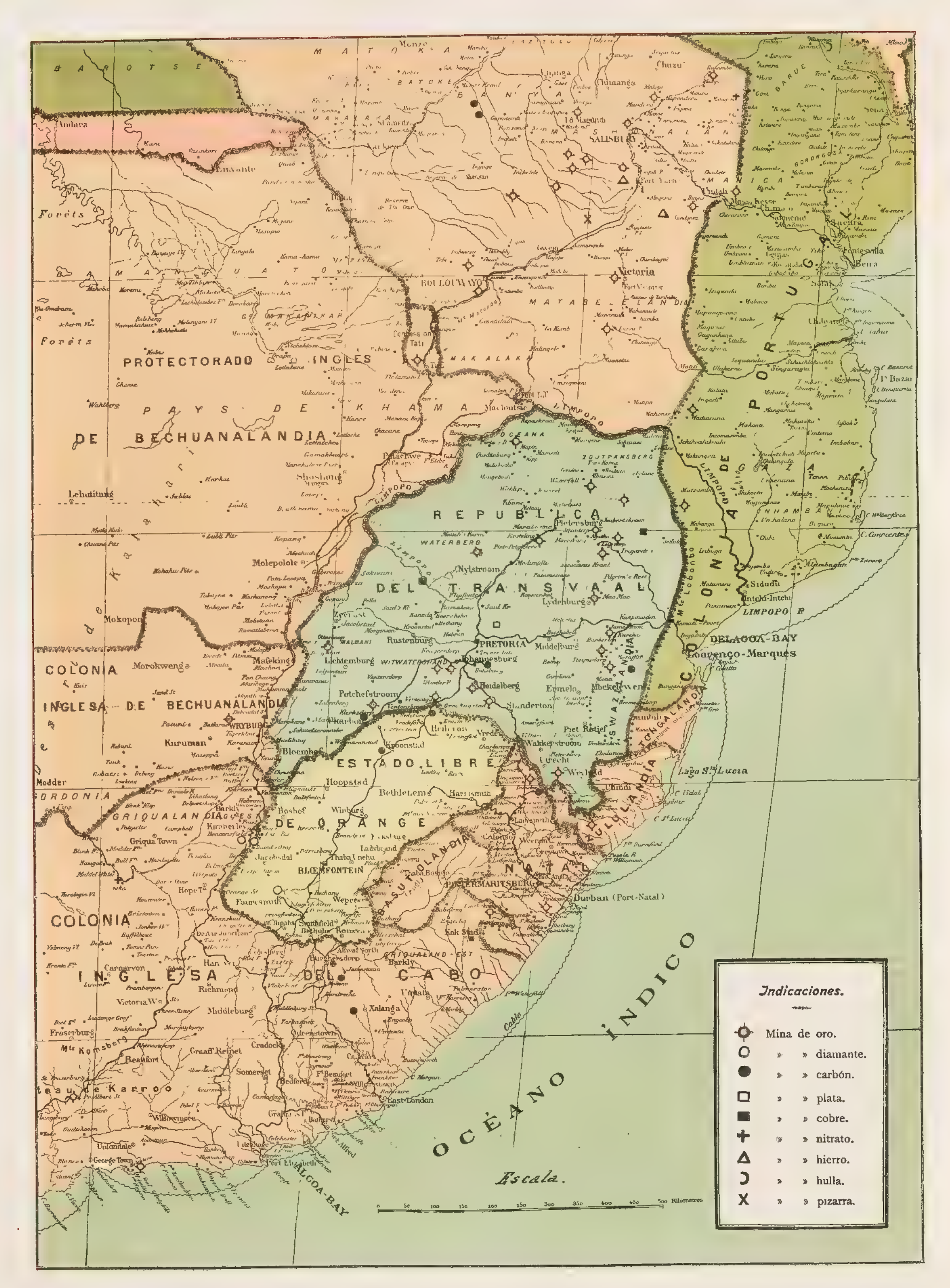
En estos momentos es cuando todo indica que empieza el período más difícil y sangriento de la guerra. Los boers, á pesar de haberse concentrado en Vriburg y hacia las fronteras del Transvaal, han dejado más de 8,000 hombres á retaguardia de los ingleses. Estos aseguran que son completamente dueños de las comunicaciones entre Capetown y Bloemfontein, lo cual es verdad por ahora. La división de caballería, mandada por French, ha recorrido distintas veces la comarca que media de la capital del Orange al Modder, y afirma que está libre de enemigos. Destacamentos escalonados protegen la vía férrea. Pero los 8,000 boers que quedan á retaguardia del ejército de lord Roberts pueden, en un momento dado, copar la mayoría de los destacamentos protectores y cortar la vía y las carreteras en el sitio que más oportuno crean Para atacar, serán una masa, para desaparecer, unidades. Cuando el cuerpo de lord Methuen ó los caballos de French quieran castigar la osadía de los agresores y esperen hallarlos reunidos, se encontrarán con que no tienen enemigos que combatir. Los boers se habrán dispersado, escapando á toda persecución, para reunirse de nuevo allí donde puedan ofender con ventaja á sus enemigos. Al propio tiempo que las fuerzas mandadas por lord Roberts tendrán que combatir con grandes núcleos que les opondrán tenaz resistencia en los sitios elegidos de antemano, padecerán todas las molestias, todas las bajas que ocasiona la guerra de guerrillas, hostilizadas de continuo y en la imposibilidad de devolver golpe por golpe.

Las últimas noticias indican que lord Roberts ha empezado á sentir los efectos de esa guerra de partidarios. En cinco días, han caído en poder de los boers cuatro destacamentos ingleses y cuatro oficiales y dos jefes. Se han apoderado además, los federados, de dos poblaciones de pequeña importancia, cercanas á Kimberley, y desde allí, amenazan las fuerzas de lord Methuen, que, como hace dos meses, de ofensor pasa á ser ofendido.

Contra lo que esperaban los anglófilos, no han abandonado los boers la línea de defensa de Kronstadt, de modo que, antes de penetrar en territorio del Transvaal, se verá obligado lord Roberts á librar sangrientos combates. Tampoco es exacto que haya sido cortada la extensa línea de defensa de los boers. Hasta el momento de escribir estas líneas, los ingleses tienen delante de ellos unas posiciones formidables, defendidas por más de 30,000 hombres, con numerosa artillería, cuyos efectos conocen ya los soldados que han combatido á las órdenes de Gatacre, French, lord Methuen y Buller. Tienen municiones abundantes, y el ataque y rebasamiento de la línea que ocupan, ha de costar mucha sangre á los ingleses.

Los boers están decididos á defenderse á todo trance. Hace pocos días, para recordar sin duda á sus contrarios, que aún no han conseguido la definitiva victoria, derrotaron las columnas de Plummer y de Gatacre, causándoles muchas bajas y tomándoles tres cañones. Todo indica que está muy lejano el día en que puedan los ingleses gritar: *¡Victory for England!*

A. RIERA



EL TEATRO DE LA GUERRA



Cuadro de MANUEL CUSÍ

Salón Robira (Fernando VII, 59).

LA LEGACIÓN ARGENTINA

La reciente visita á las costas españolas del «Presidente Sarmiento» y las diversas demostraciones de desinteresada amistad á que ha dado origen, según se detalla en otro lugar, justifica el que hoy publiquemos en nuestras columnas algunos apuntes biográficos del Doctor don don Vicente G. Quesada y su Secretario, don Carlos M. Ocantos, que están al frente del personal diplomático que hace años representa á la citada nación en España, acompañando sus retratos, por una feliz casualidad venidos á nuestras manos.

Excmo. Sr. Doctor D. Vicente G. Quesada.
Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en España y Portugal.

El primero, jurisconsulto distinguido, comenzó su carrera á la caída de Rosas, en que fué enviado á Bolivia como Secretario de Legación. Más tarde, desempeñó en Corrientes el cargo de Fiscal de gobierno, representando después dicha provincia en el Congreso Nacional.

De la Diputación, haciendo escala en el estadio de la prensa, donde figuró durante varios años dirigiendo la famosa *Revista de Buenos Aires*, pasó á la dirección de la Biblioteca Nacional, cuyo cargo abandonó en 1873, en que vino á España á estudiar los Archivos de la Península, con objeto de acopiar datos para poder conocer a fondo la cuestión de los límites argentinos. A su vuelta al Plata, aceptó la dirección de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, en cuyos trece tomos profundizó las cuestiones de límites de los países latinoamericanos.

Después de haber ilustrado con sus luminosos conocimientos la cuestión Misiones, para la que fué nombrado Ministro en el Brasil, pasó á los Estados Unidos á fin de defender la cuestión Malvinas, desempeñando posteriormente otras misiones diplomáticas, entre ellas la de México y la del Vaticano, y habiendo logrado últimamente el honor de ser designado, en calidad de árbitro único por los Gobiernos de los Estados Unidos del Norte América y los Estados Unidos Mexicanos, para fallar definitivamente las reclamaciones deducidas por Charles Oberlander y Bárbara M. Mesenjer, contra el Gobierno de México, por intermedio del Secretario de Estado de los Estados Unidos del Norte América y por la vía diplomática; cuya cuestión falló, declarando que el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos no estaba obligado á pagar indemnización alguna á los reclamantes.

Cualquier elogio que hiciéramos del Doctor don Vicente G. Quesada, en sus diversas cualidades de distinguido diplomático, ilustrado publicista de Derecho internacional y jurídico, é historiador americano, resultaría incompleto. Basta sólo decir en elogio del citado Ministro Plenipotenciario Argentino en la Corte de España, que desde el año 1892, en que representa á su Nación, se ha captado por completo las simpatías del mundo oficial, á la par que la consideración y aprecio de la alta sociedad madrileña.

D. Carlos María Ocantos.
Primer Secretario de la Legación de la República Argentina en España y Portugal.

El segundo, aunque joven, es uno de los diplomáticos argentinos que más valiosos servicios tiene prestados á su nación.

Desde el año 1884 figura en el escalafón del Cuerpo Diplomático, habiendo desempeñado el cargo de Secretario de 1.ª clase de la Legación en el Brasil, y más tarde el de Encargado interino de Negocios, de donde pasó al Ministerio como Secretario adscrito de primera clase.

Desde 1886, hasta la fecha, ha desempeñado, con el aplauso de ambos Gobiernos, el cargo de Secretario de 1.ª clase de la Legación Argentina en España y en algunas ocasiones el de Encargado interino de Negocios.



El Salón de Ciento. *Fots. de Laureano.*
Decorado para el banquete con que el Municipio obsequió á los marinos argentinos.

Por sus profundos conocimientos en Derecho internacional y sus dotes diplomáticos, es lógico presumir que no tardará mucho tiempo en ser promovido para cargos de orden superior. Aparte de esto, el señor Ocantos es un castizo hablista y un escritor muy distinguido, gozando en los círculos literarios de excelente y justísima reputación.

Ambos señores vinieron á esta ciudad acompañando en su viaje de regreso á la Comisión del «Presidente Sarmiento» que había pasado á Madrid, y en ella permanecieron hasta algunos días después de levar el ancla la mencionada fragata; pues, aunque el exclusivo objeto que les trajo fué el de despedir en nuestro puerto á sus compatricios, tuvieron que demorar su partida á instancias de las muchas y distinguidas familias con quienes les unen lazos de antigua amistad.

Esa demora dió margen á que su trato afabilísimo y la atracción que ejercen sobre sus semejantes las personas de méritos no comunes, les abriesen nuevas relaciones y grangearan generales simpatías, sobre todo por parte de aquellos que confían en sus eficaces gestiones, para el pronto logro del concierto comercial instado por la Cámara española de Buenos Aires.



LA MUJER MURCIANA

Poesía escrita con motivo de las grandes fiestas celebradas recientemente en Murcia.

(HABLA MURCIA.)

Yo soy la hermosa reina del árabe Segura,
la que en cojín de seda reclina el alba sién;
es mi corona un cielo sin una nube obscura;
mi cetro es de diamantes que vierte el alba pura;
mi sol es foco de oro, mi campo es un edén.

Los huertos y jardines, que son mi regia falda,
semejan á lo lejos, fantásticos, un mar
en cuya superficie, cubierta de esmeralda,
que irisan bellas flores azules, rosa y gualda,
se mecen, como espuma, los nardos y el azahar.

Los pájaros cantores me alegran con sus trinos;
las auras me regalan con beso halagador;
brotan en mí, millares de arroyos cristalinos;
mi fértil suelo es cuna de ingenios peregrinos;
yo vivo con la vida que emana del amor.

En mí, aprende el poeta su melodioso canto;
en mí, el pintor encuentra modelos que imitar;
los más vivos colores se ostentan en mi manto;
yo mando hacia los cielos constante un himno santo
que llega y repercute de Dios ante el altar.

Mas, sobre las innúmeras bellezas que atesoro,
hay una que no alcanza mi voz á encarecer;
aquella en que yo cifro mi orgullo y mi decoro;
la tienen y la tengo por mi mejor tesoro;
es un portento mixto de diosa y de mujer.

En sus rasgados ojos, su luz enciende el día;
envidian sus colores la rosa y el clavel;
las ondas de su aliento semejan ambrosía;
es su mirada el rayo, su voz es la harmonía;
es un volcán su pecho, sus frases son de miel.

Como gentil paloma, ni esquiva ni incitante,
por el galán rendido se deja enamorar;
reserva sus caricias hasta el supremo instante,
y luego, enamorada, su pecho es tan constante
como la dura roca que se resiste al mar.

Y no son estos solos los méritos que ostenta,
con otros se engalana de más excelsitud;
del engañoso mundo rechaza la tormenta;
jamás por nada impuro su corazón alienta;
el bien sólo es su anhelo, su norte es la virtud.

Esposa fiel, su vida consagra á la ventura
del hombre á quien un día juró querer y honrar;
hija, el ejemplo encarna de la filial ternura;
madre, constantemente del hijo el bien procura;
y es dueña de las almas, y es ángel del hogar.

Galanos trovadores, vuestro favor imploro;
llegad, y así mis ansias podré satisfacer;
pulsad los dulces plectros, tañed las liras de oro,
y en cadencioso canto y en melodioso coro,
cantad las excelencias de tan bendito sér.

Cantad, y que la fama publique, en raudo vuelo,
de la mujer murciana la gracia divinal;
cantadla como á estrella de mi cerúleo cielo;
cantadla como á reina de mi fecundo suelo;
cantadla, y vuestro canto no reconozca igual.

Cantad; el sentimiento que el corazón rebosa,
debe verterse siempre de la belleza en pos:
¡cantar á la belleza! ¡qué cosa más hermosa!
en ella de Dios vibra la mano poderosa,
y al ensalzar lo bello, se ensalza al mismo Dios.

ANTONIO ORETE

LOS MARINOS ARGENTINOS

SIGUIENDO el itinerario de su viaje de instrucción alrededor del mundo, emprendido á mediados de Enero de 1899, arribó al puerto de Barcelona, el día 12 del próximo pasado Marzo, la fragata argentina «Presidente Sarmiento», primer barco escuela de aquella República que visita las europeas costas.

Avisados oportunamente, y en la amable compañía de don Eduardo Calvari, Cónsul general de la misma, cúponos la satisfacción de ser, seguramente, los primeros en pisar la cubierta del hermoso buque y en estrechar la mano de su joven y dignísimo comandante, don Onofre Bedbeder, persona de trato tan agradable, por su finura y cordialidad, como de vasta ilustración; cualidades que, en alto grado, recomiendan también á los demás jefes, oficiales y alumnos, cual si constituyeran la nota característica de aquellos pueblos sud-americanos donde germina todavía nuestra sangre y se conserva íntegro nuestro idioma.

Durante su estancia en esta ciudad, — estancia cortísima, en relación con nuestros deseos,—hemos podido convencernos de que los hijos de una misma madre, aun cuando, al impulso de una lógica independencia, constituyan distintos hogares, separados por centenares de millas, recuerdan siempre que son hermanos, sintiendo mutuamente el influjo instintivo y providencial de una cariñosa atracción.

Pruebalo, sino, el gozo inefable que produjo en los tripulantes de la fragata argentina, — según sus propias palabras, — la vista en lontananza de las playas españolas; no navegaban por extraños mares; se hallaban de nuevo en su patria, después de tantos años de separación.

Y lo prueba, á la par, el entusiasmo que el simple anuncio de su venida despertó en todos nosotros, y el afán con que desde luego se pensó en festejarles, no por deber de cortesía, como se ha festejado en diversas ocasiones á extranjeros huéspedes, sino por fraternal afecto, pues se trataba de individuos de nuestra gran familia.

La premura del tiempo y lo escaso de su permanencia en esta ciudad, han limitado un tanto los testimonios de cariño que figuraban en el programa de obsequios; pero, así y todo, abrigamos la completa persuasión de que los ilustres marinos habrán quedado satisfechos de la espontánea y cordial acogida que les ha dispensado Barcelona, conservando de ella gratísimo recuerdo.

Autoridades, corporaciones, el vecindario en masa, cuanto en esta populosa y activa capital reviste alguna importancia y representación, ha puesto por su parte los medios de que al pronto disponía, para ofrecerles una hospitalidad digna, sincera y al nivel de la alta estima en que se les tiene.



LA FRAGATA ARGENTINA «PRESIDENTE SARMIENTO».

Y en Madrid ha sucedido lo propio.

Accediendo á las galantes y repetidas invitaciones de su alcalde y prensa, una Comisión, presidida por el citado comandante, pasó á la coronada villa; y mientras aquí se obsequiaba al grueso de la tripulación con una gira al Tibidabo, una excursión al típico Montserrat, un recorrido á los establecimientos fabriles más importantes, banquetes, conciertos y funciones teatrales, recibían allí sus compañeros inequívocas muestras de consideración y aprecio; siendo nuestra Augusta Soberana la primera en patentizar, con su amabilidad sin límites, propia de la verdadera grandeza, la acendrada simpatía que á la nación española inspirará siempre el floreciente país que, hasta principios del siglo próximo á fenecer, formó parte de sus dominios en la América meridional. De la bondad de la Regente se hacían lenguas, á su regreso, los comisionados, atribuyéndose á uno de ellos las siguientes frases, de una elocuencia y espontaneidad admirables: «En verdad, digo, que en esa Corte monárquica y de rigurosa etiqueta, hemos hallado más soltura y menos empaque que en la presidencia democrática y popular de nuestra República.»



CUBIERTA Y PUENTE DE POPA.

Fotografías de Laureano.



JEFES, OFICIALES Y GUARDIAS MARINAS.

Entre los festejos que en la coronada villa se organizaron, para honrar al señor Bedbeder y á los oficiales que le acompañaban, merece citarse: un banquete en el regio alcázar, un *lunch* en los salones de la Unión Ibero-Americana, otro banquete en el Palacio del Ayuntamiento, un concierto en el suntuoso hotel de los príncipes de Wrede, una cena en la Legación Argentina, una función de gala en el Teatro Real, visitas al Senado y al Congreso, lo propio que á varios Museos y centros particulares, y una comida dispuesta por la prensa y espléndidamente servida en el famoso restaurant Lhardy. En todos ellos tomó una parte muy activa el gobierno de S. M., individual sino colectivamente, y en verdad que su actitud fué vista con agrado por todas las clases, pues nadie puede olvidar que en momentos aflictivos, cuando la Europa contemplaba impasible la inicua provocación de que éramos objeto, y la fortuna, con manifiesta injusticia, nos volvía la espalda, los hijos del Plata diéronnos pruebas de amistad verdadera, regalando á su antigua metrópoli un soberbio crucero que, si llegó tarde para combatir, constituye uno de los pocos elementos navales de que en la actualidad dispone.

Con motivo del entusiasta recibimiento dispensado á los marinos argentinos, se han cruzado entre Buenos Aires y Madrid expresivos telegramas oficiales, que la prensa local ha reproducido, en los cuales se patentiza el mutuo deseo de afianzar las cordiales relaciones iniciadas hace algún tiempo, de beneficios muy positivos para el comercio de ambos países

Posteriormente, ha comunicado, también por telégrafo, nuestro Cónsul en aquella República, que el Ayuntamiento de la capital acordó, en pública sesión, poner el nombre de España á una de las principales calles, y votó un crédito de cincuenta mil francos, para regalar á la Reina Regente un jarrón escultórico, hecho por Benlliure; consignando desde luego en actas un cariñoso saludo á los Municipios de Madrid y Barcelona. Estas deferencias pagan con usura las que aquí y en la Corte haya cabido la satisfacción de guardar á los bizarros tripulantes del «Presidente Sarmiento», cuyo viaje créese que durará aún unos 16 meses, de los cuales hay que descontar cuatro en puerto, para refrescar víveres y visitar arsenales, astilleros y demás establecimientos técnicos de marina.

Sin espacio para describirle minuciosamente, nos limitamos á consignar que no es un buque de combate, pues se construyó exprofeso para escuela de guardias marinas; y que, como á tal, no existe acaso otro que le supere en condiciones, estando montado á la perfección, con todos los adelantos modernos.

Fué construído en los talleres de Laird Brothers, de Birkenhead (Londres) y botado al agua en 31 de Agosto de 1898, habiendo costado 690.000 pesos oro.

Su casco es de acero, con forro de madera y planchas de cobre, y está pintado de blanco. El espesor de las planchas es de 12 centímetros.

Desplaza 2.800 toneladas, mide 82 metros de eslora, 13'30 ídem de manga y 7'5 de puntal, siendo su calado medio de 18'6 pies ingleses.

Está dotado de una máquina de triple expansión, desarrollando una fuerza, á tiro natural, de 2.000 caballos, sin presión de aire, y pudiendo alcanzar una velocidad de 13 millas, á tiro natural, y de 14, á tiro forzado. Tiene dos chimeneas de telescopio y una hélice de dos palas.

Su radio de acción es de 4.500 á 5.000 millas, y hay en sus carboneras capacidad para 350 toneladas de combustible. Lleva dos focos eléctricos, seis grandes compartimientos estancos y 18 de menos importancia.

Monta diez cañones de tiro rápido de diversos sistemas, cuatro ametralladoras y posee tres tubos lanza-torpedos.

Su dotación consta de 339 individuos, entre ellos varios guardias marinas, grumetes, y profesores de los idiomas francés é inglés, esgrima y box.

DANDO TIMÓN.



INSTRUCCIÓN DE TORPEDOS.

Fots. de G. Valdés.

Va provisto también de instrumentos para observaciones astronómicas, planos hidrográficos, etc., sirviendo de solaz á la tripulación, una banda de música, piano y linterna mágica.

Para que nada falte en él, cuenta con una bien instalada y surtida galería fotográfica, á cargo del inteligente profesor don Gaspar Valdés, quien, durante el viaje, ha ido sacando detalles del buque y recogiendo hermosas vistas de los puntos donde tocaba, las cuales forman una interesante colección.

A la amabilidad de dicho señor debemos varias de ellas que si, por retrasadas, — pues, cumpliendo su amable ofrecimiento, nos las ha enviado desde Argel, primer puerto donde fondeó la fragata, después de abandonado el nuestro — no han podido figurar en este número, ofrecemos publicar en alguno de los sucesivos.

* * *

MANUEL BENEDITO

CABRERO DE LA HUERTA DE MURCIA

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

CARLOS VÁZQUEZ



EL JUICIO DE PÁRIS

Salón Robira (Fernando VII, 59).

EL PAÍS DE LAS MUÑECAS

CUENTO INFANTIL.

HACE ya muchos años, aunque no por los tiempos de Mari-castaña, y en un pueblecillo colocado en la verde ladera de un monte á cuyos pies corría un riachuelo, había una casa blanca, en la cual vivía una buena mujer con sus dos hijas, niñas que, por su hermosura, llamaban la atención de toda la comarca. La mayor, de rostro pálido y dulce expresión, iba siempre vestida de blanco; por esto la llamaban Blanquita, y Rosita á la segunda, por ir generalmente vestida de encarnado. Era ésta traviesa y alborotada, de rojas mejillas y bucles obscuros; continuamente hacía rabiar á su hermana y estropeábale sus juguetes.

Un día en que habían sido buenas, recibieron por recompensa y como regalo, unas muñecas muy bonitas que abrían y cerraban los ojos. La de Rosita, tenía traje de seda rosa; la de Blanquita, estaba vestida de gasa blanca. Esta la cuidaba mucho, tratábala con cariño, procurando por todos los medios que no se arrugara su vestido ni se arañase su carita de cera. Rosita, en cambio, dejaba la suya tirada por todas partes, así es que, al poco tiempo, estaba desfigurada, sucia y rota.

Cierta tarde, mientras Blanca, á fuer de hacendosa, ayudaba á su madre á coser, Rosita, en lugar de ir al colegio, se quedó jugando en la plaza con unas amigas. Preguntáronla por su muñeca y la dijeron que fuese á buscarla y la trajera para jugar al corro con ella. No se atrevió á confesar que estaba rota, y avergonzada marchóse hacia su casa. Hete que, al entrar en su cuarto, vió la muñeca de su hermana, á la cual aquélla había ya acostado cuidadosamente en su cunita.

—Magnífica idea, -pensó:—cojo ésta, en lugar de la mía, y así verán mis amigas lo bien cuidada que la tengo, pues nada maliciarán; luego la vuelvo á dejar en su cuna, y nadie se entera.



Y dicho y hecho; cogió la muñeca y la llevó á la plaza. Todas las niñas se quedaron admiradas de lo bonita que era, de lo limpia y aseada que estaba; pues enteramente parecía nueva. Pero ocurrió que, jugando al corro, la dejaron caer varias veces al suelo, con lo cual se ajó y arrugó toda, quedando completamente estropeada. Una vez que la vió en ese estado, comprendió Rosita el mal que había hecho, y arrepentida de haberle estropeado la muñeca á su hermana, se fué á su casa, volvió á meter la muñeca en la cuna y ella se metió en la cama, temiendo el regaño de su madre. Antes de acostarse, iba siempre Blanquita á ver su muñeca; y esa noche, al encontrársela tan desfigurada y sucia, quedóse espantada al principio, rompiendo luego á llorar amargamente. Comprendió que su hermana era la culpable, pero, aconsejada por su bondad, no quiso acusarla, y cogió la muñeca y se acostó con ella, sin proferir la menor queja, devorando en silencio su dolor.

A cosa de las dos de la madrugada, dormía profundamente, cuando de pronto oyó ruido. Abrió los ojos, y no dándose cuenta de si era sueño ó realidad, vió á su muñeca en pie, delante de ella, haciéndola señas de que la siguiera. Vistióse deprisa y siguióla hasta el jardín; en donde se pararon y la muñeca le dijo: «Tira de la campanilla que tengo al cuello». Así lo hizo Blanquita y vió aparecer una magnífica carroza de nácar y oro, tirada por ocho palomas blancas. Montaron en ella, las palomas emprendieron su vuelo, y cruzando entre nubes llegaron, poco después de amanecido, á una ciudad fantástica, cuyas casas, pequeños palacios de mármol y alabastro, con esbeltos torreones y cristales de colores, se parecían en el tamaño á la que tenía Blanquita para las muñecas. Paróse la carroza delante de un palacio mayor que los demás y, como por encanto, abriéronse sus puertas, apareciendo en el dintel una muñequita muy aseada, vestida con un delantal blanco, la cual oficiaba de portera en el palacio de la Reina de las muñecas, y las condujo á la presencia de su Señora. La Reina, de extraordinaria hermosura y tan alta como Blanquita, hallábase sentada en un trono de oro y rica pedrería; corona de rubís adornaba su frente y vestía traje de raso con estrellas de brillantes. Preguntó á Nieves (que así se llamaba la muñeca de Blanca), si era esa niña la que la había estropeado así; pero Nieves contestó que nó, que esa niña era muy buena y cuidadosa, y nunca había roto ninguna muñeca. Entonces la Reina convidó á comer á Blanca, y la dijo que, lo que durase allí su estancia, viviría con ella en su Palacio.

—Y ahora -añadió,—mientras llega la hora de la comida, Nieves te enseñará la ciudad.

Efectivamente, salieron juntas, y de maravilla en maravilla, fué viendo Blanquita caprichosos edificios, y sus minúsculos jardines, ríos y estanques de cristalinas aguas, con reflejos de plata. Pero sobre todo despertó su atención, el Hospital de Muñecas y el palacio de Mazapán. Este, estaba lleno de golosinas y juguetes, y de él se abastecía la ciudad, pues las muñecas no comían más que miel, dulces, galletas, leche, etc. En el Hospital, se curaban las muñecas á quienes sus amas habían roto un brazo ó la cabeza, y venían á reponerse á su país. Blanca, no volvía de su asombro.— «Dime,— preguntó á Nieves: — ¿como es que aquí hablan las muñecas y en nuestro mundo están mudas?» — «Ya sabes, — contestó Nie-



ves — como tratan á veces las niñas á sus muñecas; figúrate lo que sufriríamos si estuviésemos vivas y, sin embargo, por mandato de nuestra Reina, tuviésemos que ir al mundo, para divertir y alegrar á las niñas.» Y, señalando á Blanquita una casa, junto á la cual pasaban, prosiguió: — «Antes de enviarnos fuera, nos bañan aquí, con un agua que nos hace insensibles, y no se recobra la vida hasta que, al regresar del viaje, se vuelve á recibir un nuevo baño en esta casa. Solamente yo, por favor especial, conservé esta campanilla, tirando de la cual, me despertaste.» En esto, habían llegado al Palacio. Blanquita se sentó á la mesa de la Reina; siendo obsequiada con ricos manjares, traídos del palacio de Mazapán.

Así pasaron los días; pero, á pesar de lo bonito que era el país de las muñecas, de lo bien que se llevaba con ellas y de las novedades que á cada paso descubrían, Blanca echaba de menos á su madre y hermana, y, harta de golosinas, deseaba comer la sopa y carne que la servían en su casa. Se lo dijo á la Reina, que sonriente la contestó: — «Desde luego, puedes volverte y Nieves te acompañará.» Ordenó á ésta última que fuese á tomar el baño que la hiciera insensible, y mientras tanto, dijo á Blanquita: — «Vete al palacio de Mazapán y escoge los mejores juguetes y golosinas, para llevártelos contigo.» Así lo hizo cogió cuanto quiso, y doce muñecas se lo llevaron hasta la carroza, tirada por las ocho palomas. Dentro, estaba ya Nieves, insensible después de su baño, pero nueva y ostentando encantadora sonrisa. Despidióse Blanca de todas, y las palomas remontaron su vuelo.

Entretanto, Rosita, presa de la mayor aflicción, pensaba en que ella debía tener la culpa de la desaparición de su hermana, por lo mucho que la había hecho rabiar.

Una tarde en que se hallaban madre é hija sentadas delante de la puerta, silenciosas y conteniendo sus lágrimas, vieron aparecer en las nubes la misteriosa carroza, conducida por ocho palomas, que ya conocemos. Cuál no fué su admiración al verla que descendía sobre la casa y se paraba; admiración que se convirtió en júbilo indescriptible, al bajar de ella Blanquita, á quien lloraban por perdida. Abrazáronse con alegría. Blanquita les contó lo sucedido, y las dos quedáronse maravilladas. Después, repartió con su hermana los dulces y juguetes que había traído. Rosita, á su vez, prometió ser buena y cuidadosa de sus muñecas, y lo cumplió; por lo cual, una mañana recibió un cajón, dentro del que venía una hermosa muñeca, vestida de rosa, como la anterior. Era un regalo que la hacía la Reina de las muñecas, sabedora de su juiciosa conducta; que en esta vida, nunca quedan sin recompensa las buenas acciones.

Condesa de C.

LA ROCA

(faceta).

En un rincón del mundo, apartado de todo camino, lejano de todo poblado, hay un valle agreste. Entre las colinas que lo circundan se eleva una montaña, solitaria como la pobreza, desmedida como el orgullo de los hombres. Casi al pie de esa montaña, hay un peñasco enorme, que se sostiene por un milagro de equilibrio; debajo del peñasco la boca de una cueva, y, al caer de aquella tarde bochornosa de Agosto, de pie, mirando al valle, en la entrada de la caverna, un hombre.

Aquel hombre ha huído del comercio de sus semejantes. Hijo de la Naturaleza, ha vuelto á ella, ulcerada el alma, embrutecida por el dolor la inteligencia, que un día fuera muy poderosa. Los frutos y las raíces de los árboles y arbustos bastan para su sustento; la caverna le sirve de habitación. Apartado del mundo, no quiere contacto con él. Un egoísmo feroz le domina.

Las nubes se amontonan sobre el valle, salvando la barrera de las colinas. Unas á otras se empujan, forman apretadas masas, chocan y se apartan, para volver á chocar de nuevo. La tempestad se acerca, y con ella su trágico cortejo de horrores. Sus primeros rugidos hacen estremecer montes y collados, valle y colinas. La luz cárdena de los relámpagos deslumbra al hombre solitario. Un torrente que nace muy lejos, aumenta su caudal, enrojece sus aguas, como si llevara la sangre de los crímenes que comete la humanidad.

Un miserable, que ha perdido la ruta de la vida, marcha á través del valle, huye de la tormenta que se acerca. Sus ojos han divisado la boca de la cueva, y á ella se dirigen sus pasos.

—El cansancio me rinde, la tempestad me amenaza, la Naturaleza me niega asilo. Comparte conmigo el tuyo, hombre, y harás una obra de caridad.

—Anda más, atraviesa la montaña, y en la opuesta ladera hallarás refugio y auxilio.

—No puedo; sangran mis pies y jadea mi pecho. A ti te sobra sitio. Deja que descanse en esta morada que para asilo de los hombres abrió bajo esta roca la Naturaleza.

El egoísta le mira duramente, y con un gesto de suprema amenaza, de esa amenaza que precede á la muerte, le señala hacia lo alto de la montaña, y le dice:

—¡Anda!

El miserable emprende la tremenda ascensión. Gotas gruesas y calientes como si fueran de sangre, se desprenden de las nubes. El desdichado sube aprisa, y sangran sus pies y anhela su pecho. El egoísta le mira subir sin remordimientos y sin compasión.

De repente, el infeliz tropieza con una roca que desgarra sus carnes al choque. Pero, mal afianzada en su alvéolo, se desprende de él, y rueda montaña abajo, acelerando á cada momento la velocidad de su caída. Rueda con espantable ruido, rueda con ímpetu indecible. Ya no es piedra, es alúd formidable de incontenible empuje. ¿Por qué se pára de repente? Es que ha chocado contra el ingente peñasco, y el peñasco oscila y se desgaja y cae con temeroso ruido, aplastando al egoísta y cerrando la boca de la cueva.

El castigo se ha cumplido. El egoísta, que negó un sitio en su morada al infeliz descarriado, ha perdido con la morada la vida.

¡Guay de los egoístas! Aún quedan peñascos y peñascales. Y algún día caerán, al impulso de una piedra.

* * *



Lo mejor de la feria. — Grupo escultórico de José Campeny.



ANIMA DI FEMMINA

Había cinco señoritas reunidas en el claro, lujoso y perfumado saloncito. Una tocaba el piano, dos bailaban, y otras dos cuchicheaban y se reían.

Cuando calló el sonoro instrumento, púsose de pie una de las del coloquio, y, con afectada seriedad, dijo á sus compañeras: —Vamos á celebrar una sesión, para tratar de *asuntos de importancia*...

Todas las jóvenes formaron círculo con balancines, desplegó cada una el lábaro de las conquistas del sexo bello elegante el abanico,— y comenzó la sesión.

El tema fué, naturalmente, de novios, amoríos y nupcias en ciernes. Unas hacían la apología de tal pretendiente *buen partido*, otras ponían en ridículo á un Adonis rural con pretensiones de *dandy*, hasta llegar, por un rodeo que todas prepararon, sin confesárselo, á los asuntos concretos, personalísimos. Una rubia, muy alborotada y nerviosa, después de haber hecho el elogio entusiástico de Gabriel Z..., «mozo muy galante y muy simpático», interpeló á Lucía, la linda y juiciosa huérfana, de esta manera:

—Vamos, Lucía, sé franca: ¿tú correspondes de verdad á Gabriel, ó le tratas como *primo*?... Te lo pregunto, porque él se queja mucho de tu dureza, y, además, he oído decir por ahí que no le das ni una miajita de esperanza.

—En eso de la *miajita* no está en lo cierto; porque él debe comprender que es el único hombre con quien he aceptado noviazgo... aunque yo no le hago el dúo en sus declaraciones, como les sucede á *otras*... pero, si he de ser franca con ustedes, Gabriel fué, es y será mi primero y único amor...

* * *

La madrastra de Lucía era uno de esos seres desgraciados que se enfurruñan por un quítame allá esas pajas, y la pobre huérfana una de las víctimas constantes de aquel continuo é infernal mal humor. Cualquier fruslería, cualquier descuido de la niña servía de pretexto para que la Furia sacase á relucir las uñas. El *jefe in nomine* de la familia era un buen Claudio, burgués, y dicho queda con eso que el capitán de la nave matrimonial no llevaba pantalones y americana por uniforme. Además, el jefe marchaba de acuerdo con su segunda cara mitad (ó calamidad) en *lo* del casamiento de su hija única: deseábase casarla, pero se buscaba ó se esperaba un pretendiente que ostentase, no brillo *ideal* de tesoros mentales, como Gabriel, sinó brillo *real* de áureos discos de metal en circulación. Claro está que las relaciones de Lucía con Gabriel eran condenadas sin apelación por el despótico diunvirato doméstico. Insultos, amenazas y hasta atropellos, se sucedían contra la bella mártir, como contundentes argumentos que debían, á la larga, llevar la luz del convencimiento á tan testaruda cabecita. Tan maltratada, tan infeliz se juzgó la niña, que habló tímidamente de sus deseos de ingresar en un convento. Pero no entraba eso en los planes de su madrastra-verdugo y de su padre sin carácter. Peor para ella si perseveraba en su testarudez: tendría, tarde ó temprano, que rendirse á discreción ó irse con sus lágrimas á vestir imágenes...

—Podrán hacer de mí lo que gusten, hasta matarme —decía en la soledad de sus cuitas la hermosa víctima,—todo, menos que yo deje de querer á Gabriel... No faltaba más... ¡No dejarla casar á una con quien quiere, cuando se ha elegido persona digna de aprecio!...

Cierta noche, lograron verse solos, por breves instantes, los dos enamorados.

—Creo que por centésima vez, te ruego, Lucía, que me digas claramente, con un *sí* de tus labios, si puedo aspirar á tu mano... es desesperante tu tenacidad en el *nó*...

—Nó —respondió con seriedad la joven, estrujando entre los dedos un pañuelito de batista.

—¡No sabes el mal que haces! —murmuró tristemente Gabriel, conteniendo un sollozo...

Ni él comprendió lo que pasaba en el alma de Lucía, porque en su obsesión de luz pasional deseaba que aquella alma tan adorada fuese inefablemente diáfana para su visión de ardiente enamorado; ni ella supo interpretar el sentido imperativamente doloroso de las últimas palabras de su novio, quien calló y alejóse, sintiendo que le lastimaba en lo hondo del sér el hielo de las decepciones infinitas. ...¿Por qué él no insistió?... ...¿Por qué ella le dejó irse?...

* * *

Tres días después, Gabriel Z..., desde la cubierta de un vapor francés, veía desvanecerse ante sus ojos el panorama embelesante de las montañas de su país. Tal vez no regresaría nunca; quizá en un hogar extranjero encontraría otro corazón que vibrase al unísono con el suyo; ó acaso la obsesión pasional, á veces más avasalladora que el afán de vida, le induciría á transformar en negación trágica lo que en otro tiempo juzgó como desenlace afirmativo de la dicha soñada.

Y Lucía le amaba. Le amaba hasta la desesperación, hasta el sacrificio; pero ella, la linda é infortunada huérfana, era víctima de uno de esos caprichos de carácter que tantos asuntos prestan á las novelas románticas, y tenía la convicción extraña y candorosa de que el *sí* simbólico del dúo de las almas, *sólo* debía surgir de los labios de las novias en el acto santificante, en el altar, bajo la mirada de bendición de Dios... Ella le amaba. A nadie lo negó: lo sabían todos, todos, menos el único interesado...

Antonio S. BRICEÑO

EL COMPROMISO DE CASPE

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Realmente fué un hombre extraordinario San Vicente Ferrer.

Puede decirse que el célebre hijo de Valencia, en cuya ciudad nació por los años de 1357, hizo reyes y deshizo pontífices.

Con el hábito de la orden de Santo Domingo, de la que fué lector de filosofía, recorrió toda la Europa, realizando grandes conversiones. Su fama llegó á ser tan alta, que hasta el rey moro de Granada le invitó á visitar sus estados.

Renunció, varias veces, los obispados que se le ofrecieron, y hasta el capelo, camino siempre el más seguro para llegar al Papado.

Pero, su mayor celebridad puede asegurarse que la conquistó en el famoso *Compromiso de Caspe*.

El rey Don Martín de Aragón, había muerto sin sucesión (1410), y los diversos pretendientes que se disputaban su trono habían emprendido, para alcanzarlo, una guerra á muerte, tenazmente secundados por sus partidarios y amigos.

A las puertas de la Almunia (huerta, en arábigo), consumóse en un día de 1411, una horrible tragedia. El arzobispo de Zaragoza, don Gaspar Fernande de Heredia, salió de la villa con algunos clérigos y escuderos, llamado por su enemigo, don Antonio de Luna, amigo y campeón del conde de Urgel, cayendo en una emboscada, en que el Arzobispo y su escolta perdieron la vida.

Nada se respetaba.

Los del un bando sacrificaban á los del otro, sin piedad ni misericordia.

Aragón, Cataluña y Valencia, veían perder la vida de sus mejores hijos, en luchas estériles.

Después de mil trabajos, y merced á los consejos de los principales personajes de los tres reinos, los síndicos de Aragón, Cataluña y Valencia, reunidos en la iglesia de Alcañiz, el 16 de Febrero de 1412, aprobaron un concierto y resolución, cuyos 28 Capítulos pueden resumirse en uno.

« Que la causa se sometiese á nueve personas de conciencia pura y buena fama, tres por cada reino, que reunidos en el Castillo de Caspe, con la aprobación del papa Benedicto, resolvieran el grave asunto de la sucesión al trono de Aragón, entendiéndose, que lo que seis de ellos declarasen, con tal de que en estos seis los



ULTIMA SESION DEL COMPROMISO DE CASPE. — Cuadro de A. Parladé.

hubiese de cada reino, se tuviera por cierto, firme y valedero, no disolviéndose los Parlamentos de los tres reinos, hasta la publicación de la sentencia.»

Los Jueces, fueron:

Por Aragón: don Domingo de Ram, obispo de Huesca y doctor en cánones; Fray Francisco de Aranda, cartujo de Porta Celi; y Berenguer de Bardaji, letrado.

Por Cataluña: don Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona; don Guillermo Vallseca, doctor en leyes; y don Bernardo de Gualbes, doctor en ambos derechos.

Por Valencia: don Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja y doctor en cánones; Fray Vicente Ferrer, del Orden de predicadores, maestro en teología, hermano del anterior; y don Ginés Rabassa, doctor en leyes.

La elección fué recibida con general aplauso, y celebrada con fiestas.

El tribunal dispuso que los pretendientes al trono enviaran á Caspe sus letrados y procuradores.

Eran los pretendientes: don Jaime de Aragón, conde de Urgel; don Luis, duque de Calabria; don Fernando, infante de Castilla; don Alfonso, duque de Gandía; y don Fadrique, conde de Luna.

El 18 de Abril se abrió aquel gran Jurado, sin precedente en la Historia de España, en el alcázar de Caspe, edificio de macizos muros, de ventanas bordadas de arabescos, de anchos salones, y puertas adornadas de escudos, y guardado por cincuenta hombres de armas y cincuenta ballesteros, por cada uno de los tres reinos.

Después de varias audiencias públicas y privadas, que duraron todo el mes de Mayo y parte de Junio, encerráronse los jueces, para deliberar y sentenciar.

Ignórase lo que ocurrió, y sólo el autor valenciano, Martín de Viciana, cuenta, que habiéndose promovido empeñada discusión entre los jueces, levantóse San Vicente Ferrer, y les dijo: — «Mirad, no curéis más de deteneros en acordar la sentencia, que la justicia da derecho al infante Fernando de Castilla; y ésto y no otra cosa se hará, *porque de lo alto procede y no de la tierra*.

En este momento histórico se halla inspirado el hermoso cuadro del eximio pintor don Andrés Parladé, que hoy ofrecemos á los ilustrados lectores de Album Salón, y que le valió los más entusiastas elogios.

Cree el señor Balaguer que, si el hecho es cierto, Fray Vicente Ferrer abusó de su prestigio de virtud y santidad, haciéndose el inspirado del cielo en aquella causa.

Lo cierto es que Fray Vicente se levantó y votó el primero, á pesar de encontrarse allí superiores suyos, como el arzobispo de Tarragona y el obispo de Huesca, exclamando: — «En Dios y en conciencia declaro, que la corona de Aragón, pertenece de derecho al infante don Fernando, como nieto de Don Pedro el *Ceremonioso* y sobrino del último rey Don Martín, y por consecuencia, el más inmediato pariente de este monarca.»

El obispo de Huesca, Bonifacio Ferrer, Bernardo de Gualbes, Berenguer de Bardaji y Francisco de Aranda se adhirieron á su voto.

El arzobispo de Tarragona, mostróse partidario del duque de Gandía y del conde de Urgel, prefiriendo al más idóneo; y Vallseca votó por el conde de Urgel; excusándose Pedro Beltrán — que había substituído á Rabassa, que se volvió ó fingió loco, — por no haber tenido tiempo de estudiar la causa.

Tuvo, pues, don Fernando, los seis votos exigidos.

Según Foz, el Rey elegido por el *inspirado del cielo*, vino á pisar los venerados fueros de Aragón y á tiranizar á Cataluña.

Justo es consignar, que al reunirse los Compromisarios, acalláronse todas las contiendas, cesando toda lucha.

El 28 de Junio, después de la misa del Espíritu Santo, que celebró el obispo de Huesca, Fray Vicente Ferrer predicó un largo y elocuente sermón, y sobre un tablado, cubierto de ricos paños de oro y plata, leyó la sentencia, declarando: « Que los Parlamentos, súbditos y vasallos de la Corona de Aragón, debían prestar su fidelidad al ilustrísimo y excelentísimo y poderosísimo príncipe y señor, Don Fernando, infante de Castilla, y á él habían de tener por verdadero Rey y Señor.»

Que la elección no fué acogida con agrado, pruébalo el que, al día siguiente, Fray Vicente Ferrer tuvo que predicar un nuevo sermón, tratando de calmar el descontento público, y de ganar partidarios al nuevo monarca de Aragón que, en ley de verdad, le debía la corona. En cambio, atacó en el Concilio de Constanza al papa Benedicto XIII, logrando su deposición.

San Vicente Ferrer murió el 5 de Abril del año 1419, en Vannes (Francia), siendo enterrado en el coro de aquella iglesia catedral.

El sabio hijo de Valencia, apellidado *el gran cosechador de mies sagrada*, es una de las figuras principales de su siglo, por la tenacidad de su carácter, por la inmensidad de su talento y por la grandeza de su alma.

E. RODRIGUEZ-SOLIS



D. LUIS CUTCHET, EMINENTE LITERATO CATALÁN, FALLECIDO EN 27 DE FEBRERO DE 1892.
Retrato al óleo, pintado del natural, por PEDRO BORRELL.



Cuadro de ROMÁN RIBERA. *Salón Robira (Fernando VII, 59).*



GOYA [1]

En Fuendetodos, pueblecito distante seis leguas de Zaragoza, vino al mundo el regenerador de la pintura española, el inmortal Goya (2). La casa natalicia es de cal y canto (véase el dibujo); consta de piso firme, el principal y los graneros; en el bajo, está la cocina con su ancho hogar y su monumental campana. Estrecha y empinada escalera conduce á la salita donde Goya vió la luz primera en una de sus dos alcobas; viejas sillas de alto respaldo y burdo asiento de enea, una mesa de nogal, un arcón y varios cuadritos forman el decorado de esta habitación que, salvo pequeñas variaciones, se conserva igual,—desde que el insigne artista zaragozano pasó á mejor vida, — gracias al celo de la actual propietaria, la anciana Benita Aznar (véase el dibujo), su pariente en segundo con cuarto grado de consaguinidad por la línea colateral desigual.

En Junio de 1893, visité la casa de Goya, lamentándome de que, por quienes correspondía, no se hubiera colocado ya una lápida conmemorativa con la solemnidad á que se hizo acreedor el que honró á su Patria con los destellos mágicos de su privilegiada paleta. En la revista *España Ilustrada*, que entonces publicaba y dirigía mi hermano en Zaragoza, se inició una campaña, tanto para obtener la colocación de la lápida como para alcanzar de los altos poderes la traslación de los restos al grandioso Templo del Pilar de Zaragoza, en cuyos techos se admiran verdaderas maravillas artísticas del genial aragonés.

Pocos son los que se han ocupado en la vida íntima de Goya, y de éstos, alguno lo hace con manifiesta injusticia al juzgarlo volteriano en sus creencias religiosas. Los siguientes fragmentos de dos de sus cartas (3) dirigidas á don Martín Zapater, prueban que Goya era católico creyente: 25 de Julio de 1781: « amigo, llegó el tiempo de el mayor empeño en la » Pintura que se ha ofrecido en Madrid y es que a competencia ha deter» minado S. M. que se agan los quadros para la Iglesia de San Francisco » el grande de esta corte y se ha dignado el nombrarme á mí cuya carta » orden del ministro se la envío oy á Goicoechea para que la enseñe a » esos Biles que tanto an desconfiado de mi merito y tu la llevaras a don» de conozcas que as de acer fuego que ay motivo para ello, pues Bayen » el grande aze tambien su quadro, Maella tambien ace el suyo y los de» mas pintores de camara tambien acen, en fin esto es una competencia » formal pues parece que Dios se a acordado de mí y tengo esperanzas » que sea todo en felices resultas despues de echas las obras. . . . .
» . . . . á mis padres no les puedo escribir oy y me escusaras » enseñandoles esta ó diciéndoseles que los pobres se alegraran. No me » teneis que predicar sobre sacar las uñas en esta ocasión sino ENCOMEN» DARME Á DIOS PAPA LOGRAR MI FELIZ DESEO CON ACIERTO Y Á DIOS tu » — Francisco de Goya. »

13 de Noviembre de 1781: « Martin mio: mucho sentimiento me a » causado la noticia de la hermana y la he ENCOMENDADO Á DIOS pero » me a consolado el juicio que tengo echo de que era muy buena y se » abra allado buen pedazo de gloria, lo que nosotros que hemos sido tan » tunantes necesitamos enmendar en el tiempo que nos queda. A tí no te » faltan reflexiones, ni yo soy capaz con mi pluma pues me considero » muy debajo de tu superior talento. »

¿No faltan descaradamente á la verdad los que dicen que Goya siguió la doctrina de Voltaire, de este apóstol de la impiedad que siempre que habla del cristianismo ó de Jesucristo lo hace con la blasfema y sacrílega voz de *el infame?*

Para algunos de mis paisanos que tildan de *afrancesado* á tan ilustre artista, transcribo á continuación lo que el cronista Agustín Alcayde consigna en su obra (1). « *La defensa heróica y sin igual de la ínclita Zaragoza no podía menos de inflamar las imaginaciones de los artistas excitándolas á dejar obras que perpetuasen aquellos memorables acontecimientos. Efectivamente, apenas se levantó el primer sitio, el general Palafox llamó al célebre aragonés don Francisco Goya, pintor de cámara de Su Majestad, que llegó á Zaragoza á últimos de octubre de 1808, y formó, aunque precipitadamente, dos bocetos de las principales ruinas, figurando en uno de ellos el hecho de arrastrar los muchachos, en el choque del 4 de agosto, por la calle del Coso, los cadáveres franceses; y como á últimos de noviembre se aproximaron de nuevo las tropas de Napoleon, no pudo continuar el proyecto, y partió al lugar de Fuen de Todos, corregimiento de Zaragoza, pueblo de su naturaleza, en el que para evitar un compromiso, los cubrió con un baño que después no pudo quitar, y quedó inutilizado aquel trabajo.* »

Prueba también del *afrancesamiento* de Goya es el satírico cuadro que posee en Madrid el Marqués de Castro Serna, en el que APARECE PEPE BOTELLA BAILANDO EL VITO, EN UNA MESA DE TABERNA, CON UNA BOTELLA EN LA MANO Y Á SU ALREDEDOR MAJOS (de ambos sexos), JALEÁNDOLE...

. . . .

Goya fué buen hijo, amante esposo y cariñoso padre, según se desprende de sus cartas. En una de ellas encarga á su amigo don Martín Zapater que decore convenientemente la habitación de su esposa, porque « la casa, dice, es el panteón de la mujer ».

Como complemento de estos apuntes, copio el autorizado juicio crítico del malogrado y eminente arqueólogo, don Pedro de Madrazo: « cultivó Goya diferentes ramos del arte, pintando las escenas de la vida real que pasaron por sus ojos al disolverse la antigua nacionalidad española, bajo el bochornoso reinado de Carlos IV, con una espontaneidad, una ironía y una viveza de expresión nunca sobrepujada por otros pintores. Naturalista como Velázquez, fantástico como Hogartch, enérgico como Rembrant y delicado, también á veces, como Ticiano y Veronés y aún como Watteau y Lancret, apareció este gran genio, descollando entre los degenerados pintores de su tiempo como un gigante noble entre enfermizos arbustos y como un misterioso y terrible profeta del arte del porvenir, puramente *realista* y destructor de toda convencional belleza. Sobresalió, por lo tanto, como pintor de retratos y como pintor de sucesos populares, y su pincel, vengador de la belleza moral, grandemente escarnecida en su tiempo, ni perdona la mueca y la caricatura para hacer odiosa y repugnante la figura del vicio, de la lascivia, de la codicia, de la hipocresía, de la ignorancia; ni conoce lisonjas para los poderosos, desprovistos de talentos y virtudes. »

PEDRO GASCÓN DE GOTÓR

---

(1) Escrito con motivo de la exhumación y traslado de sus restos, verificado éste en Madrid á primeros del presente mes.

(2) Partida bautismal de Goya. « Don Joaquín Monzon y Galvez, Cura Ecónomo de Fuendetodos, Diócesis y provincia de Zaragoza.— Certifico: Que en el tomo cuarto de bautizados al folio cincuenta y nueve vuelto, se halla una partida que á la letra es como sigue. — En treinta y uno de Marzo de mil setecientos cuarenta y seis. Bauticé yo el infrascrito Vic.º un niño que nació el dia antecedente inmediato hijo legítimo de Jph Goya y de Gracia Lucientes legítimamente Casados havitantes en esta Parroquia y Becinos de Zaragoza; Se le puso por Nombre *Francisco Jph Goya* fué su Madrina Francisca de Grasa desta Parroquia álaqual advertí el Parentesco espritual que abía contraído con el Bautizado y la obligacion de enseñarle la Doctrina Christiana en defecto de sus Padres y por la Verdad hago y firmo la Presente en fuendetodos dho dia mes y año ut supra = Lic^do. Jph Ximeno Vic.º — Concuerda fielmente con su original que obra en mi poder y á que me refiero. Y para que conste, firmo y sello la presente con el de esta parroquia de Fuendetodos á nueve de Junio de mil ochocientos noventa y tres = Joaquín Monzon, — Ecónomo. »

(3) Más de cien cartas autógrafas que he visto de Goya, llevan al principio el signo de la redención, y muchas de ellas están ilustradas con borrones ó dibujos, formando jeroglíficos, etc.

(1) *Historia de los dos sitios que pusieron á Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleon.* — T.º 3.º, Suplemento — pág. 51.

A. GASCÓN DE GOTÓR



RECUERDOS DE GOYA



FERVORINES

Era un domingo. Las campanas de la torre tocaban á misa mayor y las tabernas de la plaza seguían llenas. Ninguno dejaba el vaso para acudir al tímido llamamiento de las campanas.

—Pues señor, vamos allá. Y, paso entre paso, me encaminé á la iglesia, subí la escalinata, me detuve junto á la pila y entré en el Coro. Cuatro ó cinco viejos devotos, entre ellos un capitán retirado, escuchaban al rudo sochantre que, libro en mano, acompañaba el «Introito». Hasta docena y media de mujeres arrellanadas, tan claras como los Papas, había en la no muy exigua nave. Sonó el órgano, un diantre de órgano al que se le iba el aire por mil agujeros y desgarrones. Más que para acompañar el canto de la misa, parecía tocar para asustar á los ratones.

La iglesia modestísima, destartalada y fría, no se caldeaba con el fervor humano: la misa seguía en medio de aquella soledad... y el párroco abreviaba y acabó, y salió el sacristán blandiendo la caña, como amenazando al ruín concurso, y nos fuímos á la calle sin la menor apretura.

¡No hay fervor! La fe se extingue, no por la contradicción herética, sino por la indiferencia glacial, por la pasiva negación de toda creencia en que el mundo se va hundiendo.

Y, sin embargo, éste, dicen que es un pueblo muy religioso; — aquél en que oí la misa. — Todos los años, en la procesión del santo Patrono, hay puñaladas... los ricos echan la casa por la ventana, y los pobres, entre el fervor y el vino, se ponen como cabras.

Hay eso. Algo inconscientemente gentílico en el «día gordo» de la localidad; el derroche fastuoso de un entusiasmo consuetudinario hacia la imagen, el simulacro cubierto de veneranda pátina... De lo demás, sentimiento hondo, penetración religiosa, aspiración ideal, conciencia del destino humano, de eso, ni chispa.

Entre el alma y el interés, se quedan con el interés. «Pájaro en mano»... esa es toda la filosofía, la tremenda filosofía del pueblo. Negar el hecho, es acudir con paños calientes á sostener lo que huyó durante un siglo de revoluciones.

* * *

Proclamada la necesidad de creer, como un beneficio social, las clases más elevadas que esas que no creen, aunque ni aun se ocupan de decirlo, extreman la difusión dogmática y fuerzan su externa manifestación de conformidad, ya favoreciendo la creación de innumerables asociaciones religiosas, ya acudiendo á las prácticas rituales con una frecuencia y solemnidad que, á estar en relación la práctica con el sentimiento, el hecho con la idea, no habría en el mundo ni jamás lo hubiera, país tan religioso, tan creyente y tan perfecto como nuestro país.

A los pocos días de aquel en que yo me lamentaba de esta indiferencia hacia todo lo ideal, desde el Coro de la pobre iglesia casi desierta, tuve que ir á una capital andaluza que goza de antigua fama como ciudad religiosa, apegada á lo tradicional y en todas sus costumbres *levítica*.

En lo relativo al culto, no dejaba nada que desear. Las puertas de las iglesias estaban cubiertas de anuncios de todo linaje de funciones. Recuerdo que leí un elegante papel impreso á dos tintas, anunciando ciertos ejercicios espirituales que al día siguiente harían «Las Hijas de...» una asociación femenina de lo más selecto. Y, á decir verdad, lo que me sorprendió grandemente fué leer que el Rdo. P. Cardeña era el encargado de los «fervorines».

¿Qué serán los «fervorines»? Nada; que tuve que ir al otro día para enterarme de eso.

Entré en el templo, que estaba á media luz: un olor suavísimo como de ámbar ó lábdano substituía al acre aroma del incienso y pez rubia con que los sacristanes de los pueblos proveen al párroco que perfuma el altar: la extensa nave parecía la platea de un teatro: gruesa alfombra, reclinatorios de terciopelo y palosanto, libros con tapas de nácar, blondas, pieles, sedas que crujen, mujeres hermosas con el rosario de oro arrollado sobre el guante oloroso, discreto cuchicheo, apacible *confort*... Allá en el fondo, un Tabernáculo lindísimo, transparente, chispeando con el fulgor de las lámparas eléctricas; gasas celestes, gasas doradas, brillo satinado del raso blanco, suavidades de perla en el conjunto, fragancia de tocador en toda la iglesia.

Por delante del altar pasaban «Las Hijas de...», se arrodillaban ante el espléndido comulgatorio y recibían el Pan. Un harmonium oculto sonaba con una música lejana, suave como un trino celeste, como el coro angélico esparcido por la altura... y el P. Cardeña desde el púlpito, con su sotana francesa de elegantísimo corte, su melenilla rizosa, cayendo como otra blonda sobre el occipucio, con los ojos en blanco y el ademán más artístico, lanzaba con su voz limpia de tenor, al compás de la música y á modo de recitado, una jaculatoria improvisada, en la que el acento extranjero no era el menor encanto.

—«¡Sangrre divina!
¡Luzz de los ángueles!»

. . . .

Estos eran los «fervorines». Mi curiosidad quedaba satisfecha. No así la parte de severa religiosidad que se movía en el alma.

* * *

Allá, en la iglesia rural, en que ni una mala estera tapaba las lápidas sepulcrales, había sentido la soledad angustiosa de la indiferencia. Aquel pueblo, que no dejaba el vaso para acudir al templo y se daba de puñaladas por llevar al «Santo», me daba frío. Allí, ni piedad, ni práctica, ni hecho ni idea... nada. Nada más que el párroco abreviando la misa entre un sochantre que berrea, un sacristán que blande la caña, un órgano que sopla y chilla, y ante tres docenas de viejos que tosen y con los labios dicen cosas.

Aquí, en la iglesia elegante, en la proligidad de la práctica, entre las gasas doradas que la luz eléctrica hace brillar como vapores encendidos, en el seno bien oliente de esta piedad de guante blanco y blonda negra, contemplando el lujoso desfile de «Las Hijas», «Las Hermanas», «Los Siervos»... toda la legión nueva de cruzados sedentorios y platónicos; oyendo la música y á compás de ella los «fervorines», ¡ay! sentí el mismo malestar, idéntico vacío, la ausencia de algo muy hondo, que no pueden substituir los extremos algo teatrales de una piedad externa y formularia, que para orar se arrodilla sobre terciopelo y para creer se ata con rosario de oro las muñecas.

¡La llama de la Fe! ¡Cuán poco arde! Esa llama no la encontramos ya ni en el cirio que el sacristán enciende á cañazos, ni en la lámpara eléctrica que el monago, de albo roquete de encajes, hace arder, oprimiendo el ebúrneo botón en que se abrazan dos alambres.

Allá abajo, ¡nada! Arriba, ¡fervorines! Una palabra que huele á confitería francesa. Todo es lógico en el mundo: cuando hacemos del patriotismo *carnavalinas* y de la antigua España *conffetti*, es natural que hagamos del clásico fervor, eso: «fervorines».

Cada tiempo trae lo suyo.

José NOGALES



ORILLAS DEL GUADALQUIVIR

Cuadro de García y Rodríguez

A LA PRIMAVERA

Estación de la alegría,
de la vida y del encanto,
¿qué decir de ti podría
la pálida pluma mía,
habiéndose dicho tanto?
Esas cintas ondulosas
describiría muy mal
que, entre márgenes de rosas,
se deslizan perezosas,
como sierpes de cristal.
Y esa alfombra dilatada,
con los colores bordada
de tantas diversas flores;
y la sombría enramada,
mansión de los ruiseñores.
Y esa, del Africa ardiente,
numerosa turba de aves
que emigra rápidamente,
por instinto procedente,
á nuestros climas suaves.
¿Cómo reseñar las galas
en que tu estación abunda
y pródiga nos regalas?
Quédese para las alas
de otra mente más fecunda.
Pero sí quiero expresar,
deliciosa primavera,
aunque en estilo vulgar,
que tu ambiente respirar
eternamente quisiera.
Y es, á la verdad, muy duro,
que se abrevie demasiado
tiempo tan grato y tan puro,
con el calor prematuro
y el invierno prolongado.
¡No hay más! ¡qué le hemos de hacer,
ya que en este mundo amargo,
quiso el cielo disponer
fuese tan corto el placer,
y el sufrimiento tan largo!
Pena me da el contemplarte
tan breve; y al cielo pido
que otra vez pueda admirarte
y mis versos dedicarte,
tras del invierno aterido.
Que, desdicha continuada,
por lo futuro halagada,
así transcurre la vida,...
para ser al fin perdida
en las sombras de la nada.

Fernando FRANCO FERNANDEZ

DIONISIO BAIXERAS

SOLO UN MILAGRO PODIA SALVARNOS

Exposicion Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

JOSÉ LLOVERA



LA MAYA, EN MADRID, A PRINCIPIOS DEL SIGLO

UN DRAMA EN LA ÓPERA

En uno de los palcos plateas del Teatro Real de Madrid había una mujer muy hermosa, elegante, joven, vistiendo rica *toilette* y ostentando, sobre el tentador escote de su cuello y sus brazos, preciosas perlas y brillantes de extraordinario valor.

¡Qué luz tan radiante la de sus ojos! ¡qué negro su abundante cabello! ¡qué encantadora su sonrisa! ¡qué cara la suya!

Las miradas de todos se dirigían hacia el afortunado sitio en donde tenía sus reales aquella soberana de la belleza, aquel imán del deseo, aquella atracción admirable.

Porque aquella mujer lo era todo: luz de cielo y fuego diabólico; rayo de tempestad y aurora de dichas; sueño de glorias y fantasía loca de amor.

Cantaban *Aida*, ese poema musical en que Verdi ha puesto de manifiesto el poder de su genio de artista y la fuerza de su imaginación poderosa.

Aida es grandiosa en su música y en su letra.

¡Con qué placer á cada nota, á cada frase apasionada del *spartitto*, dirigía la vista hacia el mencionado palco un título de Castilla de los más linajudos, y de los que más reveses de fortuna habían sufrido también!

Estaba enamorado de aquella dama, cuya cuna fué humilde y que hubo de educarse deprisa, para presentarse en seguida en el mundo, antes que le impidiese su edad aparecer en los salones, en los teatros, en los paseos como una estrella plateada por la luna de miel de su posición.

Doña María de los Angeles Velez, que así se llamaba ella, contaría veintiséis años, más que menos, cuando asistió, en la noche de referencia, á la representación de *Aida*.

Su padre había hecho la fortuna en Buenos Aires. Era uno de tantos gallegos y vascos, principalmente, que van á la República Argentina de criados, de obreros ó de peones, y que á fuerza de trabajo y de economías, ayudados, como es consiguiente, por el caprichoso dios éxito, llegan en breve plazo á su meta. La de aquel ferrolano era ser muy rico, llegar á dominar los negocios, emprenderlos con veinte y terminarlos con ciento: cuadruplicar el capital y convertirse en un aristócrata del dinero, ante cuyo vellocino de oro rindieran pleito homenaje los otros poderes de la política, las armas, la banca y las letras. Su hija había nacido en el Ferrol, como él, y pasado allí sus primeros años.

Y vamos á nuestro relato.

El teatro estaba espléndido.

Era turno de moda y debutaba un tenor que venía antecedido de una envidiable fama.

Asistía á su palco la Reina Regente y la Infanta Isabel, la inteligente aficionada al *bel canto*, la protectora de cuantos aspiran á brillar en el arte; la princesa que personifica tan bien á las infantas españolas de aquellos tiempos de esplendores y de grandezas en España, de reinas de tanto corazón y tan abnegadas como las dos Isabeles que ocuparon el trono de Castilla.

Los ministros de la corona, en el palco de enfrente, dejaban por un momento de ocuparse en los arduos asuntos que les estaban encomendados y contemplaban la lucidez de la rica sala del regio coliseo, al mismo tiempo que escuchaban las notas tan sentidas que el tenor y la tiple emitían y que el barítono acompañaba con su bien timbrada y potente voz.

Otra mujer, interesantísima por extremo, atraía también las miradas de todos: una americana que se hallaba precisamente en el mismo palco en que acabamos de ver á doña María de los Angeles Velez.

Había nacido en una tierra en donde la belleza, unida al encanto, al *charme* parisién, es patrimonio de sus hijas, las incomparables *porteñas* (1). En Buenos Aires abundan de tal manera las mujeres de mérito, que es cosa de ir á los sitios públicos, el que tenga el afán del descubrimiento, á ver si encuentra una fea, porque contar las guapas, sería obra de nunca acabar.

A pesar de la aparente amistad que unía á aquellas dos mujeres del palco, las separaba el abismo de los celos.

La americana sufría además horriblemente, porque el hombre á quien adoraba, el Doctor Uribarte, aun siendo libre como ella, era para su afán un imposible.

Luchas exacerbadas de la política le habían colocado en una Revolución enfrente de su padre, que murió, al fin, maldiciendo de su contrario, quien no pudo evitar que los suyos, de un balazo certero, acabaran con él.

Por las mismas vicisitudes de los Partidos, el Doctor, proscripto más adelante, fué á España, fijando su residencia en Madrid, donde se encontraba también Zelmira García, la hija de su irreconciliable enemigo; por la que siempre sintió una pasión igual á la que en mal hora la inspirara.

El Duque de la Estrella entró en el palco, después del acto en que Radamés, olvidándolo todo por Aida, incluso su patria, había revelado el secreto de un plan de campaña, y al notar la inquietud de Zelmira García, sabiendo seguramente el por qué de ésta, le dijo:

—Señora, hay que confesar que las pasiones no entienden ni de contrarios ni de enemigos. ¿No es cierto? ¿A que disculpa usted á Radamés?

—Fué traidor á su patria.

—Pero fué fiel á su amor. De donde resulta, según nos prueba la interesante Aida, en esta inspiradísima ópera, que se puede amar con delirio á un adversario, por grande y encarnizado que sea.

—Señor Duque... ¿qué quiere usted decirme con eso?

—Yo nada. Se lo he dicho, por hablar de algo; pero pasemos si usted quiere á otra cosa.

—Este hombre lo sabe todo, no me cabe la menor duda, — pensó la porteña, — y persigue algún fin. ¿Cuál será? Es preciso vivir sobre aviso.

Y la viuda de López Díaz, — he de advertir, si no lo dije antes, que Zelmira García, era viuda de un ilustre bonaerense, con quien casó á la muerte de su padre — no se equivocaba.

El Duque, enamorado de la belleza... y de la fortuna de la señorita de Velez, no ignoraba la rivalidad que existía entre las dos y se proponía conquistar á la una, mortificando á la otra.

—María de los Angeles, — repuso de pronto, en voz baja; — yo la adoro con toda mi alma y se me muestra usted esquiva. ¿Por qué? Porque ha puesto usted los ojos en otro hombre que, después de haber corrido aventuras de todo género, viene á Madrid, huyendo.

—Señor Duque, ignoro — replicó la de Velez, alzando la voz y visiblemente indignada, — á quién puede usted referirse; mas si alude, como creo, á un amigo mío, mal hace usted, delante de mí y no estando presente él, en tratarle de esa manera.

—Hablo del Doctor Uribarte, á quien detesto mucho más desde ahora.

La porteña envolvió al Duque en una mirada de indignación y desprecio, diciéndole al propio tiempo:

—Ruego á usted, si ha de permanecer en mi palco, que se abstenga de ofender así á mis amigos.

—Lo cual equivale á rogarme que me marche. Voy á darla ese gusto.

Y retiróse el Duque de la Estrella, después de saludar ceremoniosamente, disimulando á duras penas las sacudidas nerviosas de su coraje.

Quiso la fatalidad que, al salir, se encontrara con el Doctor Uribarte, quien no dejaba de ir y venir constantemente por aquellos alrededores.

Le atraía, á su pesar, la viuda de López Díaz; y aunque él compren-

(1) Así se llama á las hijas de Buenos Aires.

diese que no debía nunca acercársele, la seguía á todas partes, no cesaba de mirarla con frenesí y la quería con toda su alma.

Los espectadores que se hallaban fuera de la sala, fueron ocupando sus localidades. Empezó el acto.

De pronto, dejaron de cantar el tenor y la diva. Las bailarinas corrieron azoradas, metiéndose entre bastidores, así como el coro; las señoras de las butacas y los palcos abandonaban el sitio, asidas á sus maridos, á sus padres ó á sus hermanos; el Delegado, los inspectores y los agentes de orden público corrían de un lado para otro, y hasta se veían por allí guardias civiles, sable en mano, que iban á colocarse á la salida del palco regio.

¿Se trataba quizá de un incendio? Nó, porque no se había visto ninguna llama, ni oído en parte alguna la alarmante voz de fuego.

¿Se trataba de otra catástrofe parecida á la que llenó á Barcelona de luto, convirtiendo su Gran Liceo en tumba de seres indefensos?

¿Había estallado acaso una revolución? ¿Peligraba el frágil edificio de las instituciones?

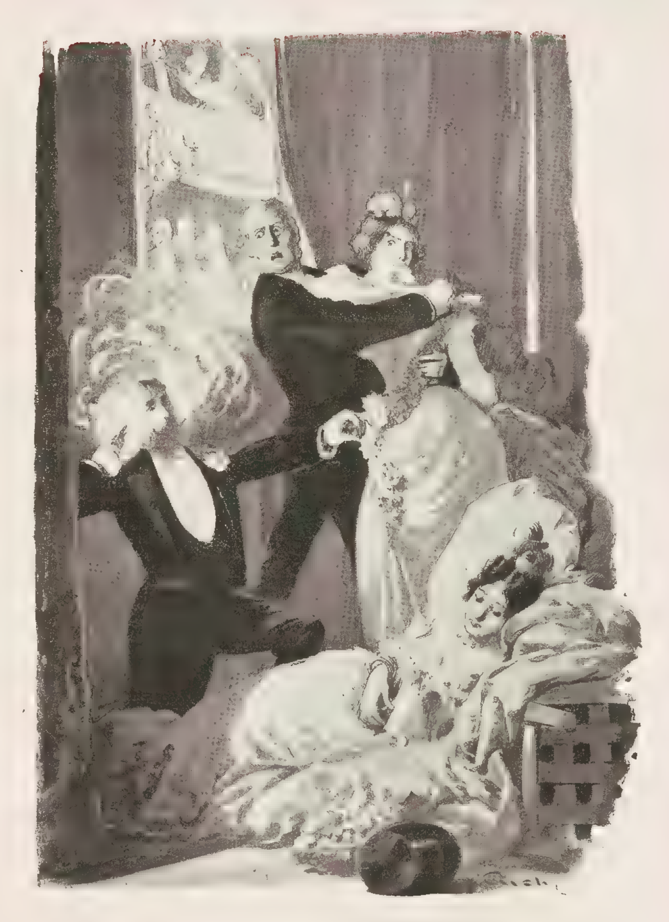
Los primeros en cerciorarse de que no ocurría nada de eso, fueron cuantos se hallaban cerca de la platea ocupada por la porteña y la ferrolana; en cambio, presenciaron estupefactos, y sin tiempo para impedirlo, el último cuadro de un drama terrible.

Abierta la puerta del palco, yacía exánime en tierra la hermosa porteña.

En la lucha entablada á tiros en el pasillo, entre el Duque de la Estrella y el Doctor Uribarte, á consecuencia de unas palabras agresivas, pues, equivocadamente, se tenían por rivales, odiándose por lo tanto mortalmente, un proyectil del célebre estadista criollo atravesó el corazón de la hija de Buenos Aires, quien, á las primeras detonaciones había salido del palco, presa de horrible sobresalto y atraída por la secreta é irresistible fuerza del destino.

Y sucedió después... lo natural y lógico: el Doctor Uribarte, en su arrebatada desesperación, antes que pudieran quitarle el arma homicida volvióla contra sí mismo, y cayó, destrozado el cráneo, junto al cuerpo aún palpitante de la mujer que era su vida y á la que acababa de dar involuntaria muerte.

P. SAÑUDO AUTRÁN



SUTILEZAS

Mientras dormía plácida siesta
al grato arrullo del manso río,
millares de átomos así decían,
dando mil vueltas en torno mío.
Yo soy del cosmos la fuerza toda;
vibro en la vida, vibro en la muerte;
yo soy el rayo que rasga el cielo,
la llama viva, la roca inerte.
Yo soy la síntesis de lo infinito
que en los espacios revolotea,
y de mi seno, nunca infecundo,
surge potente la luz febea.
Me hallo en la tierra, me hallo en las nubes;
soy en las frutas, soy en las flores,
soy en las aves, soy en sus trinos
y en sus matices y en sus colores.
Siento la génesis de las ideas;
siento formarse los elementos;
y en mis labores, siento, asimismo,
cómo germinan los pensamientos.
En los bajeles, monstruos marinos
de los océanos, también me hallo;
y si gaseoso, ligero y sútil,
soy oprimido, con furia estallo.
Pesado bajo, subo ligero,
oscilo, ruedo, y es mi destino
no parar nunca, moverme á impulso
del incesante soplo divino.
Esto decían millares de átomos,
dando mil vueltas en torno mío,
mientras dormía plácida siesta,
al grato arrullo del manso río.

JOSÉ SALA SAGRISTÁ

DOS GOTAS

Son las gotas de rocío
como las gotas de llanto:
perlas que llenas de encanto
(como lo está el amor mío),
ya se forman de vapores
bajando del firmamento,
ya prestan vida y aliento
á las delicadas flores.
Mientras allá en lo profundo
una gota va á esconderse,
otra gota al deshacerse
llena de esperanza el mundo.
Y si una, envuelta en el velo
que á la densa nube cierra,
baja del cielo á la tierra,
la otra, en cambio, sube al cielo.

RAFAEL FERNANDEZ
Y ESTEBAN



NOTA ARTÍSTICA, po. BALDOMERO GALOFRE.

IDEALISMO

Te veo, á veces, sobre el fondo negro
del hueco del balcón, como un retrato
de rubia de Van Dick que se moviese
siendo resurrección de los Estuardos.
Grave, serena, sin sonrisa, helada;
rosas punzantes tus estoicos labios,
y en la mirada un cielo; pero un cielo
que se nubla al mirarle los profanos.
¡Puritana virtud, ante quien tiembla
el alma bastiada ya de desengaños!
¡Qué diferente es la sensual morena
de negros ojos y mortales brazos!
Cuando mi vista con dolor se eleva
al trono virginal de sus encantos,
murmuro una oración, vuelvo á ser niño,
¡creo, mujer, en ti! ¡Ya creo en algo!

JOSÉ MARÍA
DE LA TORRE



VERTIGO

Es dogma de los fuertes que la voluntad lo puede todo, y á no mediar imposibilidades materiales físicas, —las únicas que representan en el mundo moderno la antigua fatalidad,—lo que se quiere hacer se hace, empleando ese resorte de acero, que la inmensa mayoría de los mortales deja oxidarse perezosamente.

Me sugiere esas reflexiones trilladas el fenómeno conocido por *vértigo*, derivado, según unos, de los nervios, de la circulación según otros. Se ha escrito bastante del vértigo y sus peculiares síntomas. El que sube á desmedida altura y ve debajo de sí el vacío, sufre el vértigo, primero como inquietud y desazón indefinible, luego como hormigueo en la planta de los pies, inmediatamente como impulso suicida de precipitarse. Cuando visité la Catedral de Milán, acababa de ocurrir que un inglés, habiendo ascendido al *campanile* por escaleras al aire, — cuyos peldaños dejan entreparecerse las terrazas y el bosque de estatuas del techo del famoso *Duomo*, — clavó la mirada ansiosa en el pavimento de la plaza, á terrible distancia en sentido vertical, y después de un minuto de fascinada contemplación, abrió los brazos, se lanzó, cayó á plomo, de cabeza... Bien pudiera ser que al inglés le hubiese traicionado la mujer querida, ó que debiese á otros más ingleses fuertes sumas, ó que padeciese un infarto al hígado; sin embargo, nada se averiguó que explicase acción tan desesperada, ni por datos anteriores cabía tenerla. Atribuyóse, pues, al vértigo de la altura, al imán con que nos atrae la masa del planeta; misterioso fenómeno, abolición de la voluntad, pasajera insanial.

Recuerdo que al ascender al Campanile, frescos aun en la plaza los sesos del inglés, mirábamos *allá*, al fondo, y nos atraía también, no en grado sumo, sí lo bastante para causar desasosiego. Desde entonces, procuré no desperdiciar ocasión de acostumbrarme al vértigo y domarlo. Gradualmente el esfuerzo fué menor, y por último, casi insensible. Hay en resistir al vértigo una especie de goce, — algo como un ejercicio sano, una gimnasia moral, fortificadora.

Pocos días hace, se me ofreció coyuntura de practicar esta gimnasia. Fué durante el viaje por España que acabo de realizar, y fué en la ciudad que todavía hoy parece más romana que moderna; la amiga algo tornadiza é infiel de Pompeyo, — Tarragona.

Arrancándome no sin esfuerzo á la contemplación del Mediterráneo, que en aquel momento era de un azul de záfiro intenso y puro, donde el sol derramaba transparencias cristalinas, salí á ver el acueducto. La mañana estaba tibia, el aire embalsamado por las hierbas aromáticas, húmedas aun de lluvia; á la izquierda, se veía la feroz huerta tarraconense; á la derecha escuetos montes, y allá lejos, como bando de posadas palomas, la blanca y linda Reus. No tardé en avistar el monumento romano, rojizo y caliente de tono, preciso de líneas, imponente de firmeza, de *lógica*, si cabe expresarse así — la lógica es, en mi opinión, el signo característico de la romana arquitectura. Me bajé del coche, y hollando palmitos enanos y motas de tomillar oloroso, llegué al mismo acueducto, al punto en que su estribo se hunde en el seno de la montaña. A la pregunta del guía, contesté sin titubear:

—No tengo vértigo; quiero pasar la canal, todo á lo largo.

Y subí. El guía delante, á regular distancia; yo andando sin prisa, reprimiendo el impulso de correr para acabar más pronto. Al principio, la senda aérea que había que recorrer, no distaba mucho del suelo, diez ó doce metros apenas. Pero rápidamente iba ganando elevación según nos acercábamos al centro, á los ciento veinticinco metros que en el vértice del ángulo de la hondonada mide la fábrica, el pretil desaparecía, y sin nada que nos defendiese íbamos entre dos abismos, azotándonos el fuerte viento que zumbaba con estridores de huracán. Yo no quería acelerar el paso, y menos entregarme á la sugestión alucinadora del vértigo, que sentía nacer lenta, vaga y sorda. A despecho de mi resolución, notaba algo extraño: el acueducto, el sólido acueducto que veinte siglos no han conmovido, pasando sobre las piedras que no liga ningún cemento, y se sostiene por la lógica de su corte—el acueducto, digo, *se movía;* navegaba como fina góndola veneciana que surcase á remo las inmensas olas del aire. Sí; yo le sentía, bajo mis pies, oscilar con vaivén suave, imperceptible, pavoroso! Era el vértigo que, más allá de la conciencia, donde la razón pierde su derecho, se insinuaba, apoderándose de mi sér. Y, para salvarme,—antes que la sensación del mareo se precisase enteramente,—me detuve, afiancé los piés, miré hacia abajo por ambos lados, me incliné, respiré con todo el pulmón,—y la góndola aquietó su pérfido cabeceo, y ya serena, continué hasta donde vuelve á descender el acueducto, para morir hincándose en el seno de la montaña..

Cuando salí á tierra firme, algo ufana de mi excursión, de pronto me acudió á la memoria un suceso que se refiere del acueducto, cuyo relato estremece. Quizás era la idea borrosa de aquel drama la que, en mitad del acueducto, me hizo percibir que oscilaba y me produjo el característico hormigueo. Porque las impresiones, una vez recibidas, duermen en la conciencia como los rollos fotográficos impresionados, esperando su hora...

Dicen que hace años, cuando el monumento empezaba á degradarse, reuniéronse al pie de él algunos viajeros, y deliberaron si podrían recorrerlo por el angosto filo que acababa de atravesar yo. Mientras discutían, uno de ellos,—loco ó héroe,—apostó que no sólo lo pasaría, sinó que lo pasaría... á caballo. Y fustigando al suyo sin más dilación, le obligó á entrar en la senda aérea. Los de abajo, mudos de horror, se miraban, y él seguía, hasta que, en mitad de la estrechísima canal, le detuvo honda grieta, abierta por el paso del tiempo. En vano metió espuelas á su montura: el caballo, trémulo, empinando las orejas, permanecía clavado, fascinado, —con vértigo también. Entonces el apostador, sacando tranquilamente del bolsillo su pañuelo, vendó los ojos al jaco, y ayudándole y picándole, le hizo saltar... allí donde la más leve desviación del salto era la caída, y donde la caída era muerte espantosa! Recto saltó el caballo, y á la carrera llevó á su jinete al otro extremo de la canal, sano, salvo, vencedor...

Emilia PARDO BAZÁN

Composición y dibujo de M. Obiols Delgado.

3 DE MAYO DE 1808

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

El terrible drama del 2 de Mayo de 1808 tuvo un epílogo, en el día 3, sino tan sangriento, más horroroso.

Los españoles muertos el día 2 por los soldados de Napoleon podrían tener, quizás, como justificación, el ardor del combate; pero los fusilamientos del día 3, realizados á sangre fría, y en gentes indefensas, lejos de tener disculpa, revelan el sanguinario espíritu del gran Duque de Berg, Joaquín Murat, jefe supremo de las tropas imperiales en España.

Lo primero pudo ser una batalla, lo segundo fué, realmente, una cacería.

Reseñemos el suceso, siquiera sea ligeramente.

Después que los comisionados de la Junta de Gobierno que regentaba la España en ausencia de Fernando VII, obtuvieron el permiso de Murat para apaciguar al pueblo, saliendo por las calles gritando: *¡Paz, Paz!*, á cuyas excitaciones y consejos se retiraron los paisanos, publicó el generalísimo un bando, digno de Atila, ordenando el desarme de los madrileños; haciendo responsables á los padres de los hijos, á los amos de los criados, á los maestros de sus oficiales; y disponiendo que numerosas patrullas recorrieran la población prendiendo á cuantos hombres y mujeres encontraban con un arma, por más que fuese de su uso ú oficio, llevándolos ante la comisión militar establecida en la Casa de Correos, bajo la presidencia del general francés Grouchi y el español don Francisco Javier Negrete, que los sentenciaba á morir, ¡sin juicio, defensa, ni apelación!

Varias de estas víctimas inocentes fueron fusiladas en la misma Puerta del Sol, contra los muros de la Iglesia del Buen Suceso: algunas, en San Ginés; otras, en el Prado, á la subida del Retiro y delante de las tapias del convento de Jesús; y muchas en la montaña del Príncipe Pío ó la Moncloa.

Amaneció el día 3. ¡Tras de aquella noche de horrores en que no cesaron las descargas, un fúnebre crespón envolvía por completo á Madrid! Las tiendas permanecían cerradas, y las solitarias calles, recorridas tan sólo por las patrullas francesas. Todos los vecinos de la capital á quienes faltaba un individuo de su familia,



LOS ENTERRAMIENTOS DE LA MONCLOA

Cuadro de VICENTE PALMAROLI.

recorrían con ánimo intranquilo los lugares que dejamos indicados, y al hallarse con el sér querido, inhumanamente sacrificado, prorrumpían en dolorosos lamentos y en justísimas amenazas.

Sobre 1,200 personas, entre franceses y españoles, se calculan las muertas el día 2; y pasaron de 139, entre ellas varias mujeres y algunos religiosos, las fusiladas por orden de Murat.

La escena de la contemplación de las víctimas por sus parientes, y su enterramiento, inspiró al eminente artista don Vicente Palmaroli el hermoso cuadro que hoy ofrece ALBUM SALÓN á sus lectores. Presentado en la Exposición de Bellas Artes de 1871, causó en el público un efecto extraordinario. La crítica le llenó de elogios; el Jurado le otorgó, por unanimidad, una de las primeras medallas; y el rey Don Amadeo de Saboya se apresuró á adquirirlo. Hoy se encuentra en el Ayuntamiento de Madrid, que lo guarda con especial estima.

Según los mejores historiadores, á la iglesia de Montserrat, situada en la plaza de Antón Martín, fueron trasladados los restos de los patriotas madrileños fusilados en el Buen Suceso, al demolerse esta iglesia.

Hasta hace pocos años se ha conservado en el paseo del Prado y frente al Palacio de los duques de Medinaceli y tapias del convento de Jesús, un hermoso árbol, que en el día 2 de Mayo se cubría en la parte baja con un paño negro, galoneado de oro, levantándose á su pie un pequeño altar, delante del cual varios clérigos entonaban responsos por los allí fusilados.

En el día, la *Asociación de las víctimas del 2 de Mayo,* establecida en la iglesia de las Maravillas, junto al famoso Parque de Monteleón, en el que los heroicos capitanes de artillería Daoiz y Velarde perdieron la vida, se dirige procesionalmente al pequeño cementerio de la Moncloa, lugar de triste al par que gloriosa recordación, en el que los sacerdotes elevan sus preces por los que allí sucumbieron en defensa de la independencia patria y víctimas de la tiranía extranjera.

La conciencia, que sigue al hombre como la sombra al cuerpo, obligó al generalísimo Murat á decir, en una de sus proclamas, publicada después y dirigida á los *valerosos españoles* (?):

« El 2 de Mayo, para mí, como para vosotros, será un día de luto... »

Y aún debió añadir, para ser justo...

« Y el día 3, un padrón de ignominia para mí, y una ejecutoria de gloria para vosotros. »

No lo hizo así, porque los déspotas y sanguinarios no pueden ser nunca justos ni veraces.

Dícese que Murat pensó en someter á un consejo de guerra al ministro español de la guerra, don Gonzalo O'Farrill, y al capitán general de Madrid, don Francisco Javier Negrete, sus principales auxiliares en aquel aciago día, por suponerles de acuerdo con los heroicos madrileños levantados en armas. ¡Lástima que no lo hiciera, y que aquellos malos hijos de España, O Farrill, — que no vaciló en descubrirle el plan del heroico Velarde para arrojar de la Península á los ejércitos imperiales, — y Negrete, — autor de la orden para que las tropas permaneciesen recogidas y quietas en sus cuarteles, mientras el pueblo y un puñado de soldados se batían, — pagaran con su vida el delito de alta traición contra la madre patria.

E. RODRIGUEZ - SOLÍS



CRUEL DESENGAÑO



Cuadro de J. M. TAMBURINI.

[illegible] (Escudellers, 5, 7 y 9)

BOHEMIA

No sé por qué, aquel día los dos amanecimos tristes, muy tristes, sintiendo un desperezo de cansancio en nuestro espíritu y un frío de vejez en nuestra alma. Los dos amanecimos tristes, muy tristes, como si en una sola noche hubiéramos vivido un mundo de amarguras, una vida de infortunios, de miserias, de lágrimas.

Triste, muy triste, mi pobre Call, mi escéptico bohemio, apilaba sobre la mesa los pocos libros que nos quedaban en el cuarto, el único patrimonio de que disponíamos para toda una vida, el resto de un caudal de arte que á pedazos habíamos deshecho, al último mendrugo de pan que nos tiraría á la cara la mano perversa de aquel librero que, como un salteador de caminos, nos robaba á sabiendas el más preciado de los tesoros, el tesoro de las inteligencias.

Para la acción de estos crímenes, para vender como unos miserables el caudal del genio, Call y yo nos habíamos sometido á un sorteo riguroso, á toda la ley, y el pobre ejecutor volvía siempre rojo de vergüenza, como criminal arrepentido, y triste, muy triste, cargado á su conciencia el pesado fardo de sus remordimientos.

Call era aquel día el condenado á perpetrar el crimen, á firmar la venta, era el verdugo de nuestros mártires, el que entregaría al bandido el oro de las páginas por la asquerosa manotada de calderilla.

Con el envoltorio bajo el brazo, mi escéptico bohemio me dejó al salir su diabólica mueca de siempre, la irónica sonrisa de sus amarguras, aquella mueca suya, que era una carcajada fúnebre, un chasquido de lágrimas, el sordo gemido de un alma tísica, el borboteo de jugo salitroso que subía á nublar el cristal cetrino de sus ojos enfermos...

. . . .

En lo más apartado, en lo más hondo, en el último rincón del Retiro, allí pasábamos Call y yo la mitad de la vida, allí vivíamos al día, entregados de lleno á nuestras largas horas de solitario recogimiento.

Siempre solos, siempre tristes, allí esperábamos las noches, las eternas y majestuosas noches de nuestras desventuras; allí veíamos morir las tardes, las tardes cálidas y templadas, calurosas y ardientes del estío.

Echado indolentemente sobre mi banco, ví á Call que, con su paso lento y perezoso, avanzaba hacia mí por una senda cercana.

Al verle el envoltorio me estremecí, no sé si de angustia ó de alegría, pero por lo menos, de duda.

Call me dijo con su horrible mueca:

—Tus novelas, mis cuentos... ¡bah, qué chasco, qué risa!... no sirven, no tienen firma... Los obreros del montón, los anónimos no comen, ¡qué risa, qué risa!... — y empezó á recitar una estrofa volteriana que á mí me hacía mucho daño.

. . . .

Acababa la tarde. Allá en la lejanía vestíase de negro la roja puesta de sol. El gris plomizo del horizonte recogía sus tonos multicolores entre los pliegues de un manto de estrellas que brillaban con el mariposeo de lucecitas blancas sobre bullones de terciopelo.

Frescas bocanadas de aire desplegaban el rizado vestido de la arboleda, sobre cuyos troncos resecos apoyábanse nuestros bancos.

El ritmo divino de la naturaleza regalaba nuestros oídos con la plácida estrofa del anochecer... A intervalos, llegaba hasta nosotros rumor perfumado de voces lejanas: era el baho lujuriento del Madrid de las caricias, del Madrid á las *seis de la tarde*...

Hasta los rezagados paseantes habían desaparecido; estábamos solos ..

Mi pobre bohemio seguía abismado, fija la mirada en el libro de sus poemas, de nuestra vida negra... Yo no sé lo que pensaba Call, no sé dónde leía, pero su libro era el mío, su leyenda era mi leyenda también... Sí, pensábamos en algo muy grande, inmensamente grande, en algo muy conmovedor, muy hondo y muy apartado de la vida... Mirando al horizonte, pensábamos en el Calvario de aquel Nazareno que se arrodilló tantas veces, aplastado por el peso de su gigante Cruz... Pensábamos en el gran reguero de sangre que derramó Jesús hasta llegar al Gólgota... Pensábamos en el Hombre de la pupila inmensa, en el coloso y Divino Maestro, pensábamos en Dios...

. . . .

Un latigazo de nervios nos despertó de aquella especie de letargo en que yacíamos. Ligeras gasas de humo flotaron en el espacio, deshaciéndose como girones azules de un ramo de esperanzas... La segunda detonación vibró más potente, más llena; otra vez volvieron á esfumarse las gasas rizadas de negro, y entre el elegiaco aleteo del viento, pareció cernerse el triste gemido de una agonía.

Call y yo nos miramos con asombro.

Un guarda que corría por nuestro lado, nos contestó, jadeante y sin detenerse:

—Ha sido ahí, á la izquierda, á la bajada de ese cuadro de sensitivas... corramos, corramos...

Y nos reunimos al guarda.

. . . .

Allí estaba, tendido sobre el cuadro de verdes flores y casi cubierto con el rojo sudario de la sangre suicida. La luna, siempre perezosa y espléndida, enviaba un destello de plata, que, como beso de luz, reflejábase en el destrozado rostro del muerto, un hombre que tendría veinticinco años, sin salud, sin carnes y hasta sin ropas.

Nadie lo conocía. Dijeron unos que un *golfo*, uno del hampa... Otros, que un honrado joven que meses antes vestía bien y frecuentaba Fornos... Al fin se supo que era un cubano, un anónimo, uno del montón, un pobre guarismo de la gran aritmética social.

. . . .

Volvimos ya de noche. A la salida y desde lo alto de una acacia, un pajarraco nocturno entonaba su canción vespertina, como salmo de vigilia al suicida de aquella tarde.

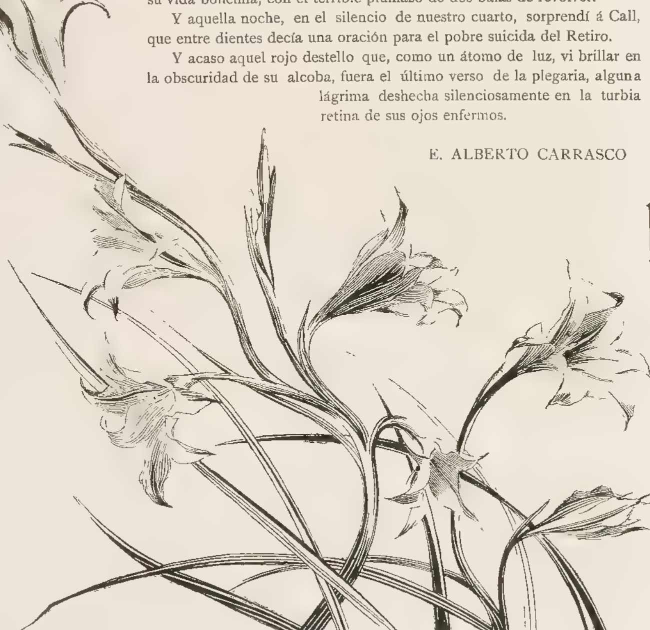
Por el camino me decía Call:

—Un cubano, un anónimo, un mísero guarismo de la tabla mundana, *uno* de nosotros, que en el último grado de tisis del espíritu buscó la puesta de sol para escribir, sobre la alfombra de sensitivas, el epílogo de su vida bohemia, con el terrible plumazo de dos balas de revólver.

Y aquella noche, en el silencio de nuestro cuarto, sorprendí á Call, que entre dientes decía una oración para el pobre suicida del Retiro.

Y acaso aquel rojo destello que, como un átomo de luz, vi brillar en la obscuridad de su alcoba, fuera el último verso de la plegaria, alguna lágrima deshecha silenciosamente en la turbia retina de sus ojos enfermos.

E. ALBERTO CARRASCO



Composición y dibujo de José Passos.

CADA CUAL TIENE LO QUE SE MERECE

LEYENDA

Sobre enhiesto y parduzco cerro, álzase el gallardo y almenado castillo del conde Roberto.

Del conde Roberto: arrogante y hermoso caballero, temido en el país por su mucha crueldad.

Sus deudos y servidores le adulan, pero no le quieren. Festéjanlo las más honestas doncellas, que no ven en él sino al apuesto caballero, vencedor en cien esforzadas lides, fogoso en todos sus apasionamientos y espléndido, para sus placeres, hasta lo inverosímil.

Los parásitos que le rodean, aclámanle como al más generoso de los nobles; porque siempre fué *el verdadero conde*, para el vulgo, *el conde que paga*.

Desde las ojivales ventanas del castillo, que despiden torrentes de luz, óyese el rumor de las potentes olas bañando la costa.

El estruendoso y acompasado ritmo que produce el mar al estrellarse en las rocas, base fundamental de aquella grandiosa fábrica, mézclase con sonora grandeza á los acordes de la música, alegrando la espléndida velada del señor feudal.

Extranjero y extenuado peregrino llama á la poterna del vetusto y fortificado edificio, pidiendo hospitalidad para guarecerse sólo aquella noche que amenaza ser tormentosa.

A los primeros aldabonazos nadie responde, á no ser alguno que otro trueno; porta-estandarte de la tempestad, que, con su cohorte maravillosa de coruscantes culebrinas, asoma en lontananza.

Repite los aldabonazos el fatigado peregrino; y, por fin, consigue que un desmedrado pajezuelo le pregunte:

—¿Qué queréis?...

—Hospitalidad para esta noche. ¡Me muero de hambre, de sueño y de sed!

El pajecillo, fiel intérprete de los pensamientos de su señor, contesta al infeliz peregrino:

—*Cada cual tiene lo que se merece:* acá no contemplamos gaitas, proseguid vuestro camino...

Y sigue la danza en los salones, y la tormenta avanzando en el espacio, y el peregrino moribundo despéñase, perdido el conocimiento, por entre las escarpadas, negras y viscosas rocas!

Sonríe entretanto Roberto á la hermosa que estrecha entre sus hercúleos brazos, la favorita de la noche, á la que ha regalado tesoros en pedrerías.

El pajecillo de rubia guedeja y desmedrado cuerpo, cubierto de rojo terciopelo, acércase al conde, é impetra de él, con respetuosa cortesía, que le escuche. Atiéndele su amo, y, después de oirle, contéstale fruncido el ceño:

—Dile lo de siempre: *cada cual tiene lo que se merece*. Si perdió su honestidad, no fué mía la culpa; hubiérala guardado mejor y no se la hubiesen quitado.

El pajecillo de rubia guedeja y desmedrado cuerpo, cubierto de rojo terciopelo, baja la cabeza y vuelve á dar la contestación del Señor, á la que un día fué reina de aquella morada, encanto de Roberto, y es hoy marchita y escarnecida hermosura.

Llegada la hora del festín, sobre ancha y bien provista mesa, sírvense los manjares más delicados. En altísimos sitiales, siéntanse los deudos del conde, y los más ricos licores brillan escanciados por los coperos de la fiesta.

—Señor,—dice el pajezuelo, acercándose nuevamente á Roberto — quéjanse los pecheros de falta de descanso, de sobra de vigilia y de ninguna consideración... Pudiera muy bien suceder —añade el pajecillo, con gravedad infantil— que se sublevasen desesperados por tanta miseria é ignominia.

—Haréles yo que callen, ¡vive Dios! — exclama Roberto, dando un puñetazo sobre la mesa, — á latigazos y echándoles mis jaurías de fieros alanos. *¡Cada cual tiene lo que se merece!* . . . .

***

La luna, con sus argentados reflejos, penetra por las ojivas del castillo del conde Roberto, dando alguna claridad á las anchurosas estancias del silencioso y tétrico edificio. En una de ellas, lujosamente adornada, yace sobre rico y bien tallado lecho un monstruo. Quejidos lastimeros exhala aquel sér deforme. Sus ojos hundidos, vidriosos y espantados, perdieron todo fulgor; sus labios cárdenos y secos se mueven para pronunciar incoherentes palabras; hinchazón espantosa, deforma el que un día fué ovalado, gracioso rostro, y es hoy conjunto repugnante de amoratadas ráfagas, pustulencias mil, tiznones sin cuento, como si mano sucia y burlesca hubiese marcado aquella cara con el *tatuage* de los países bárbaros.

Roberto es el monstruo. Roberto el arrogante, el hermoso, el valiente, el temido un día, es el que yace ahora aherrojado en aquel lecho de podredumbre y de dolor, abandonado por todos sus deudos y servidores.

El miedo al contagio hales alejado del varioloso, con el cual no les une ningún lazo de gratitud ni de afecto.

Y el infeliz infestado, al verse tan sólo en su espantosa agonía, pregunta con tono dolorido, en medio de sus incoherencias, entre alaridos espantables y entre aquel mar de inmundicia, cien veces más amargo que el que azota los fosos del castillo:

—¿Qué habré hecho yo en esta vida para merecer tan horrible castigo?

Y la voz implacable de la conciencia, la voz aquella, le responde, mientras la fiebre caldea su cerebro y mil millones de cancerosas pústulas como negros alfileres pinchan su piel abrasada, juego infernal, en el que se entretienen, sin duda, rojos diablillos del averno: — *¡Cada cual tiene lo que se merece!... ¡Cada cual tiene lo que se merece!... ¡Cada cual tiene lo que se merece!...*

Elisa CASAS

Ilustración de P. Béjar.

LA TEMPESTAD

(FACETA).

El viento ha cesado. Las nubes, que durante muchas horas habían corrido de un lado á otro sus obscuras masas, permanecen inmóviles. Hacia el norte, un gran desgarrón permite observar un trozo azul. El sol, que cae á plomo por aquel tragaluz, es pálido; alumbra los bordes de las nubes con luz débil, como asustada de los horrores que va á presenciar. En la playa, mueren sin ruido olas sin empuje, sin altura; parecen desmayadas; la vida poderosa del mar late en las profundidades; pero no se advierte en la superficie. Los pájaros, presa de espanto, advertidos por su instinto, vuelan sin fuerza, buscando un refugio seguro. Los reptiles asoman su chata cabeza por los agujeros de sus guaridas, curiosos de presenciar el espectáculo que prevén, alarmados por la calma tremenda que reina en torno. Los hombres se han encerrado en sus casas, y los pocos que transitan, procuran ganar cuanto antes su morada.

De pronto se oye hacia el sur un rumor formidable que se acerca poco á poco. Confuso y apagado, crece en intensidad á cada momento. El ruido de cien trenes de artillería, el que produjera la marcha de un ejército entero sobre un terreno hueco, sería menos poderoso. A veces, un chasquido estridente, pavoroso, domina el formidable coro. El tragaluz que había al norte se cierra. Muévense pausadamente las masas de las nubes, caen sobre el suelo abrasado gruesas gotas de lluvia. El ruido se acerca más y más, crece sin cesar.

Una ráfaga de viento hace doblar los troncos más robustos y arranca de cuajo los que intentan resistir. La superficie del mar, antes lisa y unida, se hincha y se quiebra en olas desmesuradas que barren cuanto hay en la playa, arrancan rocas seculares, derriban edificios, van al asalto de la tierra. La luz cárdena del rayo, ilumina aquella escena de desolación, las nubes sueltan sus cataratas. La tempestad reina sobre la tierra.

* * *

EL INGENIO DE UN ALCALDE

(DE UN ALCALDE QUE LLEGÓ A TENER INGENIO)

La figura de Lucas era digna del pincel de un gran artista. No por lo airosa y marcial,—que sí lo fuera, á no impedírselo el andar algo zancajoso y lo arqueado de las espaldas,—ni por lo expresivo y correcto de su cara, en la que se le asomaba el alma sólo por una ventana,—con lo que se quiere decir que era tuerto, y cuya nariz dejó de ser griega á causa de una turca que le hizo besar el santo suelo, donde, por mal de sus pecados, sobresalía más de lo regular un pedrusco que desdibujóle el trazo clásico.

Hoy que lo cuento, aún me retoza en el cuerpo la risa que me produjo la jugarreta que hizo á quienes, creyéndole de pocos alcances, se encontraron con la horma de su zapato. Del zapato de Lucas.

Y el caso fué, que al cambiar, con el nuevo Gobierno, el Ayuntamiento, se halló el buen Lucas, no sin asombro suyo, — pues jamás la ambición le quitó el sueño, — y por unánime acuerdo de sus compañeros de Consistorio, elevado á la categoría de alcalde, para cuyo cargo le nombraron los ediles, no por sus méritos, que pocos ó ninguno poseía, antes bien por considerarle un zote.

Por esa última razón, mayoría y minoría municipales, en reunión previa, verificada en casa del cacique, acordaron en confiarle la Alcaldía, pues así, una y otra harían de su capa un sayo, ó, hablando en plata, del pueblo sacarían el sayo ó los sayos que tuvieran por conveniente, sin que jamás diera en ello, ni les llamase al orden el presidente.

Efecto igual al que causaría ver á un Cristo con calañés y pistolera, fué el que produjo la noticia de que á Lucas habíase confiado la vara de alcalde; pero restó fuerzas á las murmuraciones y cuchufletas, el considerar que, si respecto á entendederas era algo ronco, en cambio, como honradote pocos le igualaban.

Reventaba de gozo el novel alcalde, y no sabía cómo expresar lo mucho en que estimaba la distinción de que había sido objeto; así es que se halló torpe de lengua y falto de palabras que pintaran su agradecimiento, cuando, según costumbre, tuvo que dar las gracias al Consistorio. Pero como de algún modo debía cumplir con sus compañeros, llevóseles á casa, donde les invitó á chocolate y á agua con panales, que á vino les invitara mejor, y en más lo estimaren los ediles, pero dió en pensar que ello no se avenía con la representación que ostentaba. Y cuenta la historia,—que lo husmea todo y no deja rabo por desollar,—que salió un si es no es amargo el chocolate, pues la señora alcaldesa, debido á la emoción, ó tal vez por falta de experiencia,—esto no se ha podido poner en claro,—dejó ahumarlo, de lo que nadie se quejó, antes bien ponderóse hasta las nubes la habilidad chocolateril de quien lo hizo.

Hubo de poner tasa á tales elogios el secretario del Ayuntamiento, cuando dió á entender que iba á hablar.

Y lo hizo de este modo:

—Caso singular, señores, y por lo tanto, muy digno de ser conocido, es el dado en el Municipio de este pueblo, cuyos representantes han elegido para presidirles á uno, que si por sus méritos, no sólo es muy digno de tal honra, sino que es merecedor de cuantas distinciones se le concedieran — (aquí, Lucas púsose como cresta de gallo, y su mujer, como quien ve un milagro de que dudara), — es, no obstante, del partido contrario al que hoy manda. Eso, señores, de que una mayoría se avenga á que uno de ideas antagónicas á las suyas ocupe el cargo de más representación, no creo que haya podido darse nunca. Pero es prenda segura de que cuando vengan las elecciones para diputados á Cortes — al llegar á este punto, se cruzó expresivo guiño entre todos los concejales, — se verificarán con la rectitud que todos reconocen en el nuevo alcalde, y no sucederá lo de siempre: que salga elegido quien el Gobierno desea y nunca quien el pueblo designara.

Comprendió Lucas que estaba obligado á contestar, aunque sólo fuera por cortesía, y por más que no sabía como salir del atolladero, púsose en pie, según había visto hacer al secretario, gargajeó un poco y, desembozada ya la cañería, quiso decir algo, y dijo con voz temblona al principio:

—Yo nunca creí ser alcalde, y sino que lo diga ésta, — (y señaló á su esposa) — y la verdad es que no sé por qué me lo habéis hecho.

Por lo buen mozo — objetó alguien.

—No amoléis — objetaron varios.

Y así por el estilo interrumpieron el discurso del alcalde, que pudo echar de ver entonces lo que debía ser presidir el Municipio, pero pasándose de bonachón, continuó en la siguiente forma:

—Bueno, no *se* os alborotéis, que va á conocer el pueblo que estamos aquí y *se* va á entrar, creyendo que hay sesión y se trata de consumos.

—Pues tiene razón, que se callen, — repuso uno que intentó poner orden, viendo el cariz que la reunión tomaba.

A lo que replicó la señora alcaldesa:

—¿No ha de tener razón? y ahora que es el alcalde, más.

Satisfecho sonrió Lucas á su mujer, y siguió diciendo:

—Pues bien... Veis, con todo ello he perdido la hebra y no sé por dónde andaba...

—Por los consumos — apuntó uno.

Bien, sí; pero dejémoslo, que de eso no hay que hablar ahora...

—Ni nunca, — añadió el síndico, en voz baja.

—Pues bien, ya sé lo que os iba á decir. Tiene razón Luisín, el secretario. En las elecciones por venir, no ha de suceder lo de antaño. Saldrá quien quiera el pueblo, y yo me comprometo á que la votación sea verdad, para que no se diga que embaucamos á la gente. ¿Os enteráis? (Todos dieron cabezadas afirmativas). Por tal motivo, no nos dejaremos imponer ningún candidato y elegiremos á quien nos dé la real gana. Y no habrá pucherazos, ni listas falsas, ni muertos que resuciten.....

—Ni dinero que corra, — se atrevió á decir un concejal.

Sabe Dios, de aquí á entonces, dónde estará el dinero — arguyó otro.

Y más de dos, cuéntase que murmuraron:

—En nuestros bolsillos, ¡vaya!

—Sí, señores, — iba exclamando á todo esto Lucas, que sentía por momentos más expedita la lengua, — ni dinero habrá; porque no consentiré que se compren votos, ni botas, para que no suceda lo del tío Lagarto, que por unas de doble suela dió su voto á quien todos sabéis. Nó; no habrá incorrección alguna. Las elecciones de hogaño serán lo que quieran los papeles: serán el reflejo de la opinión.

Y se sentó el alcalde.

Y hubo de ver á seguida, el aguacero de felicitaciones que sobre él descargaron los presentes, haciéndose lenguas de lo bien que se había expresado, y de lo contentos que se hallaban, por haberle nombrado.

Con ello acabó de convencerse Lucas, de lo feliz que había estado en su peroración, y de que, modestia aparte, no anduvieron tan desacertados en confiarle la presidencia del cabildo.

***

Todo marchaba como una seda para las inmediatas elecciones, cuando hete ahí que, pocos días antes de que se verificaran, recibió Lucas, por conducto del cabo de la benemérita, un oficio del gobernador civil, ordenándole que, sin excusa de ningún género, marchase á conferenciar con él, y previniéndole que nadie recelara de su partida, para lo cual, lo mejor fuera que aquella misma noche se pusiese en camino, pues siendo de poca monta el trecho que separaba el pueblo de la capital, nadie, por unas hora, se percataría de su ausencia.

Y baste esta explicación, para hacerse uno cargo, de cómo un pueblo, por mandato gubernativo, puede, sin saberlo, verse huérfano durante algunas horas, de autoridad municipal.

Cuando estimó oportuno, pretextó Lucas un motivo, y encargando á su mujer el secreto de su partida, requirió la mula, montó con algún trabajo en ella, y cavilando el por qué antojaríasele al señor gobernador mandarle á buscar con tanta prisa y no menor sigilo, recorrió la distancia que mediaba entre el lugar, cuya autoridad era él, y la capital de provincia, una de cuyas autoridades no le permitía descansar aquella noche.

Desde hacía algunas, no dormía muy á gusto su excelencia el gobernador, quien pocas veces se hallara en igual compromiso. De buenas á primeras se le había metido á la cabeza al sobrino de no sé qué personaje, cuando los distritos estaban ya repartidos, la ambicionilla de ser diputado. Y como no era cosa de desairarle, pues de por medio ejercían presión ciertos favores, pensó el gobernador en qué distrito podría tener asegurado el triunfo, candidato tan moroso, eligiendo como más á propósito el de Lucas.

Se presentó éste, y no hay para qué repetir la conversación que mantuvo con su superior; sépase únicamente que se le amenazó con un proceso, fundado en ciertos abusos administrativos, que á oídos de su excelencia habían llegado, aunque no á los del alcalde, quien hubo de protestar, sin éxito, de semejante imputación, pues el gobernador no se dejaba convencer, aunque por vía de conciliación, admitía, á cambio de su tolerancia, que los convecinos de Lucas otorgasen el acta de diputado á Cortes al sobrino pedigüeño.

Carilargo regresó aquél á sus lares, y en la soledad del camino, pudo oírsele decir:

—Y cómo arreglo esto... Si cumplo lo que me ordenan, malo; si dejo de cumplirlo, peor. ¡Carape, con la que se va á armar!... Porque no hay más: en el pueblo, me matan si no triunfa quien tienen acordado, ó me empapela ese majagranzas, si su recomendado no queda vencedor.

Aún dormían como unos benditos todos sus administrados, cuando llegó Lucas á su casa, descinchó la mula, metióla en la cuadra, y hecho esto, fué á buscar entre las sábanas sosiego y descanso que aclararan su cerebro,— á la sazón tan turbio, —y le permitieran dar con una solución para tan intrincado problema.

Algo le costó poder pegar los ojos, pero como tras el traqueteo del forzoso viaje el cuerpo necesitaba descanso, lo halló reparador durante un par de horas, despertando apenas apuntó el día.

Después de largo cavilar, como hebra de luz que rompe entre tinieblas, se le ocurrió una idea, en embrión primero, más concreta luego, hasta que la encontró que ni de perlas.

Y como no había tiempo que perder, puso en planta su proyecto. Que fué lo mismo que principiar la representación de una comedia.

Sorprendido quedó aquella mañana todo el vecindario, al ver á su alcalde luciendo, con todo y achicharrar el sol, la holgada capa de recio paño, que le caía desde los hombros, acanalada como tubería de órgano, y apoyándose en el bastón más de lo acostumbrado, cual si se esforzara en el andar; y aumentó más la sorpresa el verle amarillento, carilargo.

—Que carucha tiene hoy nuestro alcalde. Debe estar algo malejo, —decíanse unos á otros.

—¿Qué es eso, tío Lucas? — se atrevía á preguntarle alguien.

Y el aludido contestaba con voz opaca:

—¡Que ha de ser, que pronto daré cebo á los gusanos!

Y llegó el día señalado para las elecciones, y el alcalde, lo mismo ó



peor, sin mejoría alguna. El pobretico no salía de casa, del amor de la lumbre, — según cuchicheaban las comadres, — pero aún así, quiso cumplir con su deber, sin escuchar á los que le advertían:

—Mire usted, señor Lucas, que son muchas las horas que hay que estar. Tenga presente, señor alcalde, que no está usted para esos trotes. Que patantín, que patantán.

Nada, que Lucas no se dejó convencer, y enfermo y sin ánimo, fué á presidir el colegio electoral, rogando únicamente que se le permitiera estar con la capa puesta, á lo que nadie — ¡quién tiene tan mal corazón! — puso reparo alguno; al contrario, todos le brindaron comodidades.

Y poca lástima infundía á los electores el encontrarse con el alcalde, arrebujado en la capa, dejando tan sólo asomar por entre el paño pardo, el ojo sano, de vago mirar.

Pero cuando á uno se le destrozaba el alma, era cuando se le veía esforzarse por sacar la temblorosa mano que, después de recogida la papeleta, necesitaba descansar un momento, resbalando sin energía y perdiéndose otra vez en aquel amasijo de pliegues; de donde reaparecía inmediatamente, depositando temblorosa el papel en la urna.

Esto sucedió las más de las veces, hasta que ya no pudo más y fingió perder el sentido, desmayándose de mentirigillas.

Con no pocos cuidados, fué trasladado á una habitación inmediata, y allí permaneció, sufriendo mil mareos. Sin embargo, al llegar la hora del escrutinio, quiso presenciar el recuento de votos, y... cuál no sería la estupefacción de los presentes, al ver que de la urna salía una y otra vez un nombre desconocido, y tan sólo, por rareza, el del candidato que se prometía al pueblo...

Se protestó del hecho, se vociferó á más y mejor, y nada, el alcalde mudo, agobiado por su malestar.

Unicamente, cuando se intentó falsear el acta, se opuso á ello. No; no consentiría falsedad alguna. El estaba ya con un pie en el sepulcro, y no quería largarse al otro mundo, siendo cómplice de una acción que pesaría sobre su conciencia más que la losa del sepulcro.

En una palabra: no pasó por lo que de él se exigía, y se marchó sin que los interventores quisieran firmar el acta, que, con un propio de toda su confianza y sin perder un instante, mandó al gobernador.

Al enterarse el pueblo de lo ocurrido, no dudó de que se había aprovechado el desmayo del alcalde, por sus compañeros de mesa, para hacer mangas y capirotes en la urna, y se armó la escandalera del siglo; y aunque ellos protestaron, como si no.

Nadie creyó á Lucas capaz de tal jugarreta. El pueblo soberano, que fué testigo de cómo el alcalde, transcurridos algunos días, se remozaba y volvía á estar más campante que en sus mejores tiempos, no dirigió contra él la más velada acusación, y de nada sirvieron las que formularon quienes no acertaron á explicarse que en sus mismas narices se la hubieran pegado.

El buen Lucas, á veces se ríe á solas de su juego de aquel día, que sólo consistió en cambiar las papeletas que le entregaban, por otras que llevaba en el bolsillo del chaquetón.

Quienes no se ríen nunca, cuando se habla de este asunto, son los que fueron interventores, porque recuerdan que, contra su voluntad, el gobernador les hizo firmar el acta, pues de no hacerlo, hubiéranse visto demandados ante los tribunales, por algo que les convenía ocultar.

. . . .

¿La moraleja de este cuento? ¿Para qué?
Tendría la amargura del acíbar.

M. RODRIGUEZ CODOLÁ

A. PARLADÉ

DOS HERMANOS

MODESTO TEIXIDOR



LA NIETECITA

AL PIE DE LA LETRA

Que haya un sér tan atento yo dudo
como Amable Cortés y Moral,
que es capaz, por hacer un saludo,
de quebrarse la espina dorsal.
Hay quien cree que en el claustro materno,
de finura tomó tal barniz,
que en los meses que allí estuvo interno
ni una vez se tocó la nariz.
Y no falta quien jura y porfía
que, no bien á este mundo arribó,
dió un abrazo apretado á su tía
y á su prima los pies le besó.
La derecha cediéndose ufano,
por mitad de la calle ha de ir,
y su brazo se ofrece ó su mano,
la escalera al bajar y al subir.
Cuando el lecho abandona, y no es guasa
se saluda con toda efusión,
y al entrar y al salir de su casa
se la ofrece, como es de cajón.
Del respeto cumpliendo la ley,
ni á los santos tutea al rezar,
y si nombra la plaza del Rey,
« Que Dios guarde », — se le oye exclamar.
¡Y qué más! Recibió cierto día
un volante del diario *La Fe*,
que á manera de aviso decía:
« Ha espirado el abono de usté »;
y, queriendo rendir un tributo
al recuerdo de su suscripción,
se vistió en el momento de luto
y en un mes no salió ni al balcón.

CARLOS CANO



Fot. Audouard.

JOAQUÍN MALATS

Lo hemos dicho ¡varias veces: nada nos satisface tanto como contribuir al enaltecimiento del mérito en todas sus manifestaciones.

Por eso y porque lo consideramos además un deber ineludible, aprovechamos para hacerlo cuantas coyunturas se nos presentan.

Débese la de ahora, á la galantería del justamente reputado fotógrafo señor Audouard, de cuyos talleres ha salido el magnífico retrato que sirve de cabecera á estas líneas, digno de alabanza, no sólo por la pulcritud de su factura, sino también por la feliz ocurrencia de presentar al original identificado con el instrumento en que ha sabido conquistarse legítima y envidiable reputación.

Calificar á Malats de eminente, sería una vulgaridad, dado lo que, en los tiempos actuales, abundan las eminencias: para no confundirle con otras de menor calibre, hemos de decir de él que, con las manos en el teclado, es una maravilla.

Véase á continuación su hoja de servicios que corrobora nuestra categórica opinión, manifestada con la sinceridad que nos caracteriza.

Nació en Barcelona, en 1872; de suerte que cuenta á lo más veinte y ocho años de edad. A los trece, entró en la clase de piano de la Escuela Municipal de Música, aprovechando tan bien las lecciones del idóneo profesor don Juan Bautista Pujol, que, al fin del segundo curso se le otorgó, por unanimidad, el primer premio y la pensión concedida por el Ayuntamiento al alumno merecedor de tal distinción, para que perfeccionara los estudios en el extranjero.

En 1888, desplegó, pues, las alas el novel artista, buscando mayor espacio donde desarrollar su talento; del cual dió elocuentísimas pruebas en Bélgica y Francia, hasta el punto de obtener, también por unanimidad, el primer premio en el Conservatorio de París.

Esto sucedió en 1893. Escudado ya con aquel irrecusable testimonio de superior valía, entregóse por completo al público de la vecina república, que en la capital y en las provincias le colmó de aplausos y laureles, durante cuatro años; realizando, al propio tiempo, la difícil tarea de deleitar á los fríos y descontentadizos hijos de la poderosa Albion, á quienes visitaba con frecuencia.

A partir de aquella época, la peregrinación artística de Malats ha sido una serie no interrumpida de triunfos.

Madrid le dispensó cariñosísima acogida, siendo el niño mimado de los *amateurs*, que le aplaudieron con entusiasmo en los conciertos del Príncipe Alfonso y Ateneo, lo propio que en el del Conservatorio, en que dirigía la orquesta el célebre Monasterio.

Por lo que á esta ciudad se refiere, recientes están las ruidosas ovaciones con que los filarmónicos barceloneses, desde el maestro de más crédito al menos inteligente de los aficionados, le mostraron su admiración, ya al inaugurarse la Sala Estela, ya en el aristocrático Teatro Lírico; y patente el deseo general de aplaudirle en nuevas audiciones.

Hermoso porvenir espera á nuestro paisano queridísimo si, lo que no es de suponer, sabiendo la idólatra pasión que le inspira el piano, parte integrante de su sér, no se duerme sobre esos laureles, al arrullo de la vanidad, pérfido consejero que ha originado la decadencia anticipada de no pocos artistas de nota.

No desmaye su valor, cuando alguno de los irreconciliables enemigos de todo lo que existe en regiones más elevadas que las propias, le hiera traicioneramente, aguijoneado por el prurito estéril de empequeñecerle; y persevere con ahinco en el estudio: pues, en el arte que con tanta honra y provecho cultiva, siempre hay un más allá; nadie puede vanagloriarse de haber dicho la última palabra.

* * *

EL GUARDABARRERA

Hace algunos años, viajaba yo por una de las líneas férreas de la red del Oeste, deparándome la casualidad el que pudiera hacerlo, en unión de mi excelente amigo señor Montero, uno de los directores de la Compañía. Nuestra conversación, durante el camino, tenía esta falta de fijeza á que naturalmente induce el cambio continuo de objetos y de



accidentes del terreno, que hieren á la vista y excitan la atención; pero, á pesar de la frivolidad de la charla, noté que, al salir de la estación de N**, mi amigo aparecía como distraído, fijándose más en la campiña que se extendía á la izquierda de la vía, que en todo lo que acontecía ó se hablaba en el interior del carruaje.

Poco después de pasar el gran puente de hierro que existe en aquella parte de la línea, resueltamente el señor Montero desatendió la conversación, abalanzándose á la ventanilla que tenía más próxima. El tren, en aquel momento, empezó á subir empinada rampa; la locomotora, dejaba oir los fuertes y repetidos movimientos de los émbolos en los cilindros; la línea, curva en aquel paraje, seguía un terreno agreste, duro, de esos que parece que han debido rebelarse á ser dominados por las férreas barras de la vía... Al llegar cerca de la barrera que hay en el centro de la curva, el señor Montero levantó el cristal de la ventanilla, tomó un envoltorio que tenía sobre el asiento del carruaje, y, al llegar al mismo paso á nivel, lo arrojó al guardabarrera, diciéndole con voz potente y cariñosa:

—¡Juan, para los niños!

La velocidad del tren no dió tiempo para más, y el señor Montero sentóse de nuevo, con esa satisfacción del que al fin ha realizado algo agradable.

—Habrá usted extrañado, —me dijo, —mi método de enviar recados á los guardas de la vía... ¡Oh! es toda una historia, — añadió con cierta melancolía; — y puesto que parece que su curiosidad está excitada, no quiero dejar de contarle la causa de que, cada vez que paso por este punto, arroje al guarda Juan un paquete de chucherías para sus hijos.

* * *

Hace veinte años, — dijo mi amigo, — ocupaba el puesto de guardabarrera, en este mismo paso á nivel, un honrado matrimonio, con un hijo que, á la sazón, contaba diez años. El marido, para añadir algo á su jornal, por demás modesto, trabajaba cada día algunas horas en el pueblo próximo, dejando á su mujer, durante aquel intervalo de tiempo, el cuidado de hacer las señales al pasar los trenes. Una cruda tarde de invierno, recibió la pobre mujer la noticia de que su marido, trabajando en el pueblo, había sufrido una herida en una pierna, y que estaba postrado en la cama que le había ofrecido un vecino. La desdichada esposa voló al auxilio de su marido; pero, como la barrera no podía quedar abandonada, y menos aproximándose la hora del expreso de Madrid, dejó al niño encargado de hacer las señales reglamentarias y de cerrar el paso á nivel.

—Por amor de Dios, hijo mío, —repitió la atribulada madre antes de marchar, — no te vayas á separar de la caseta; no dejes de escuchar la aproximación del tren, vigila sin descanso mientras yo corro á ver á tu padre; que el sueño no te venza, si tardo, y si ves que no puedes librarte de él, pídele á la Virgen que te mantenga despierto.

Así lo hizo el niño, que, por otra parte, conocía muy bien el servicio que se le encomendaba. Pero la obscuridad era grande, la soledad mucha, el frío extraordinario, y el fuego, proporcionado por trozos de carcomidas traviesas, le decía al pobre niño: «acércate, siéntate á mi lado, que mi luz quitará el vago temor de tu espíritu y el calor devolverá á tus miembros entumecidos la agilidad que la nieve les ha quitado».

Sentóse el muchacho al lado de la lumbre, con el ánimo decidido á no dormirse. Pero ¡es tan melancólica la llama de un tronco que se consume! ¡Es tan triste la soledad! Sucumbió el muchacho, al fin, pasando suavemente del estado lúcido al estado de somnolencia, y luego al de sueño profundo, durante el que, como en un cinematógrafo, veía á su padre, á su madre, á la Virgen, al propio tiempo que desfilaban ante sus ojos la barrera, la caseta solitaria, el tren expreso... ¡Ah! la imagen del tren se aferró con fuerza á su cerebro dormido; le veía marchar, marchar sin descanso, allá á lo lejos... Ya cruzaba el río por el puente de hierro... ya subía jadeante la empinada rampa, ya el ruido de los émbolos en los cilindros repercutía en la montaña, y lo sentía tan cerca, tan cerca, que le parecía tenerlo dentro de sí mismo, como si los latidos de su corazón se confudiesen con los latidos de la locomotora... La agitación, la fatiga le despertaron, cuando el potente silbido de aquélla llegaba á sus oídos. El expreso estaba allí!.. y la barrera abierta... pero ¡horrible pesadilla! El silbido parecía haber sido doble, como si un tren descendente entrara, al propio tiempo, por la otra parte de la curva. ¡Oh! no había duda; dos trenes marchaban en opuestos sentidos, sin posibilidad de verse, sin que el ruido propio dejase oir el de la locomotora ajena...; el choque era inminente...

El niño, transformado en hombre en un segundo, agarró dos tizones del macilento fuego y, lanzándose como un rayo á la vía, agitólos violentamente á la espantada vista de los maquinistas, que comprendieron la señal, aún no sabiendo entonces la causa que la motivaba. Los frenos, reclamados por medio de rápidos silbidos de alarma, y el contravapor, aplicado á tiempo, dieron por resultado que el tren expreso y el de mercancías no chocasen; pero faltó tan poco para ello, que entre las dos locomotoras apenas cabía un hombre... y allí continuaba el niño, en su puesto de honor, alumbrado por la rojiza luz de los tizones.

* * *

Todos los pasajeros comprendieron que debían quizá la vida al niño intrépido que había subsanado la grave falta del jefe de la estación de X, quien no avisó la salida del tren de mercancías. La Compañía despidió inmediatamente al infeliz jefe de estación, padre de una numerosa familia, y se dispuso á recompensar al joven y valeroso guarda. Llamado el muchacho á presencia del Consejo de Administración, para hacer más solemne el acto, preguntóle el Director cuál beneficio podía otorgarle que satisfaciese sus deseos.

—¡Señor, —contestó el niño, recordando en aquel momento que él, en la noche terrible, también había faltado á su deber, — sólo deseo una recompensa, que en vuestras manos está otorgarme, y que no es difícil de conceder.

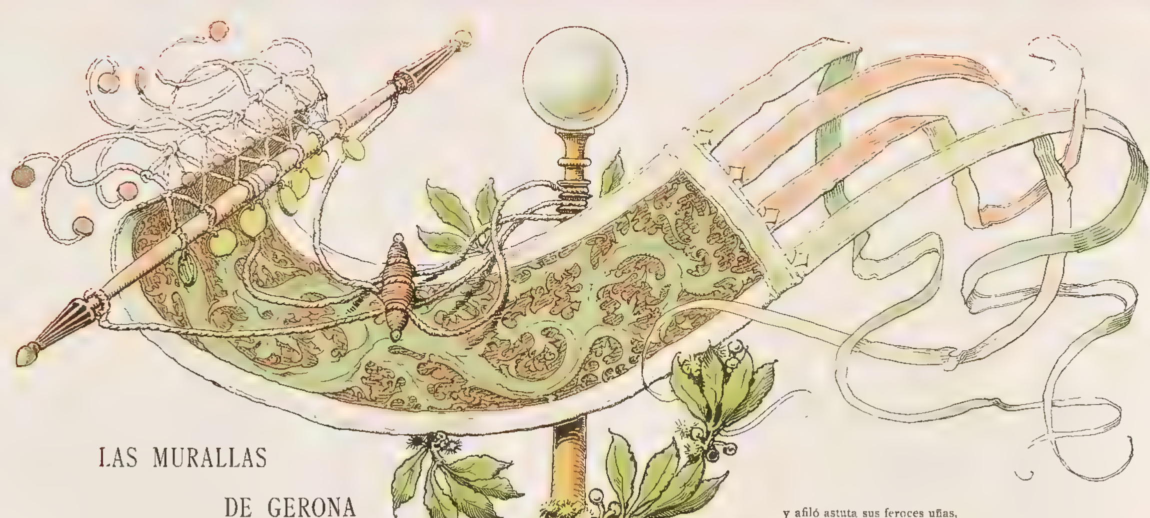
—Si es así, — replicó el Director, — puedes darla por otorgada.

—Deseo como galardón único de mi conducta, — dijo con firmeza el niño, — que se reponga en su empleo al jefe de la estación de X.

. . . .

El joven aquel, de carácter entero y corazón noble, — añadió conmovido el señor Montero, — es el actual guarda Juan; el jefe de la estación de X, era yo...

Mariano RUBIÓ Y BELLVÉ



LAS MURALLAS DE GERONA

¡Miradlas! ¡allí están! Del sol los rayos
se estrellan en sus lienzos de granito,
como en un tiempo de memoria eterna
se estrelló la ambición. No bien asoma
en el espacio azul, el astro hermoso,
constante admirador y fiel testigo
de su firmeza inquebrantable, baja
á besarlas, quizá con el intento
de que su beso prolongado lave
las huellas de la sangre que aún conservan.

¡Vedlas! mientras los puros resplandores
del sol las bañan, permanecen mudas;
no esperéis que resuenen en sus ámbitos
de la victoria los sonoros himnos;
no harán de su vigor público alarde:
para ensalzar las glorias que conquistan,
páginas de oro las naciones tienen
en su libro de honor, trompas la fama.
Mas... si al cerrar la noche, del misterio
tendiendo por doquier las vagas sombras,
buscáis su soledad; si al envolverlas
de la luna el fatídico sudario,
á sus pies os llegáis; de espanto fríos,
sentiréis que se agitan y que crujen,
estremecer haciendo sus cimientos,
al empuje de horribles convulsiones.
Cada piedra, eslabón de esa cadena
que romper no logró poder humano,
exhalará una queja ó un gemido,
un ay aterrador ó un grito ronco;
gemidos, quejas, ayes que en su seno
encerrados están y sólo surgen
cuando la noche, del pesar amiga,
secreto impenetrable les ofrece.
Recuerdos de un pasado harto sombrio
evocan todas ellas: no han logrado
olvidar un instante que del fuego
fueron pasto mil veces; todavía
suspiran por sus pobres compañeras
que hasta el foso rodaron; ¡aún el plomo
no han podido arrancar de sus entrañas!

En época remota, cuyas brumas
sólo la historia á disipar se atreve,...
la voluntad enérgica del hombre
las separó del maternal regazo,
del lecho en que yacían inactivas;
al llano las llevó desde la sierra,
quebró sus picos, con afán labrólas
é impulso las prestó, para que luego,
abrazadas ó en hombros una de otra,
de la tierra arraigando en lo profundo
ó trepando al espacio, en masa informe,
en férrea trabazón, fueran muralla
que cerrara su paso á la soberbia
y que á toda invasión marcara un límite.
De la fuerza el dominio únicamente
con mayor fuerza contrastarse logra;
y así, los pueblos de la edad de hierro,
previsores cuidaban, al fundarse,
de amurallar su santa independencia;
preciado don, espléndido tesoro,
que en más aprecio tienen que la vida
cuantos sienten latir un pecho noble
al calor dulce del hogar tranquilo
y de la patria al cariñoso arrullo.

Con tan noble misión fueron alzadas
las erguidas paredes, ya vetustas,
que absortos contempláis; si honradamente
la supieron cumplir, no hay que decirlo,
basta verlas en pie para afirmarlo;
pues en el polvo sepultado habríanse,
hundidas por el peso de su oprobio,
si un momento no más temblado hubieran.
A rudas pruebas sujetó el destino
su indómito tesón ¡intento vano!:
conforme era la maza, tal el yunque;
á golpe fiero, resistencia heroica;
á doble encono, cuádruple constancia.

Guiada por su instinto de rapiña
un águila imperial, altiva y fiera,
sobre ellas se cernió. Desde la altura
en que reina triunfante y orgullosa,
creyó ver que mansísimo rebaño
indefenso pacía en el recinto
cercado por aquella que, á sus ojos,
era verja insegura, cinta frágil,...
y afiló astuta sus feroces uñas,
la ocasión esperando de hacer presa.
Torpe el anhelo fué, pues cuando quiso
su apetito saciar; la débil valla,
convirtiéndose en mole indestructible,
sobre sí misma alzándose gigante;
con ser del ave carnicera el vuelo
tan raudo que se pierde entre las nubes,
una vez y otras dos supo atajarlo.
Por la ley del contraste ó en castigo
de su violento desmedido orgullo,
tuvo que entrar... á rastras por la puerta,
como inmundo reptil, la que poco antes
rozaba el firmamento con las alas.

Caro costó el empeño, mas ¡qué importa!
No hay hazaña sin luto; nunca el héroe
fuera tal, si tasara avaricioso
el precio á que conquista su grandeza;
el valor se acrisola en el martirio;
cuanto más espantosa la hecatombe,
más grande la epopeya en que se canta.
Terrible, temerario fué el combate:
surcos sangrientos y calladas bocas,
en ese muro, que cerróle el paso,
del procaz enemigo abrió la furia;..
pero ¡ay de él, que en las rojas cicatrices
dejó la garra, al inferir la herida,
y en las brechas de ayer, con plumas de águila,
aún hoy el ruiseñor teje su nido.

¡Murallas invencibles! ¡quién al veros
no siente de entusiasmo fervoroso
latir el corazón! ¡quién no saluda
en vosotras el sacro patriotismo
de un pueblo siempre noble, siempre grande!
El pobre trovador que, paso á paso,
de la España recorre el fértil suelo,
buscando glorias que cantar,... se humilla
admirado y confuso ante la vuestra.
Ya en su laud no queda un sólo acorde
que digno sea, y lo confiesa humilde,
de tanta majestad, ni arde en su mente
de la divina inspiración la llama,
para que á profanar se atreva osado
proezas de tal prez, tan alto ejemplo.

Del tiempo proceloso en los embates
la humanidad se nutre y regenera;
cansada de luchar, con planta firme,
busca la perfección á que es llamada,
por el sendero de la paz; segura
de hallar al cabo el bienestar que anhela;
destruyendo en su marcha los caducos
fantasmas del pasado oscurantismo.
Al fin, brotó la luz del negro caos;
ya la razón sobre la fuerza impera,
y en sus vastos dominios, desde ahora,
los que fueron baluartes del atraso,
vallas son que se oponen al progreso.
¡Derribarlas es ley; caigan en aras
de esta sublime generosa enseña!

¡Preparaos, murallas siempre invictas,
al sacrificio! cuanto nace, muere;
y también la guadaña destructora
de muerte os herirá. Vuestro destino
es caer, y... caeréis temprano o tarde,
más será con honor, como vivisteis;
por libre voluntad, no por violencia;
para ofrecer salida á los de dentro,
no entrada á los de fuera,... eso no; ¡nunca.
que, ante un nuevo peligro, los que un día
á vuestra sombra conquistar supieron
de titanes el ínclito renombre,...
elevándose al Dios de las batallas,
con sus cuerpos harán nuevas murallas.

SALVADOR CARRERA

Composición y dibujo de FERNANDO XUMETRA.

EL PRIMER SITIO DE ZARAGOZA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

« De la sierra de Alcubierre
se escuchan los cañonazos...
¡Zaragoza de mi vida,
ya te habrán hecho pedazos! »

Así cantaban, con doloroso acento, los nobles hijos de Aragón, al ver Zaragoza, sitiada por las tropas de Napoleon, resistiendo con imponderable bravura las tremendas acometidas de aquellos soldados, reconocidos como los primeros del mundo.

Zaragoza, al sitiarla el general Lefevre en el mes de Junio de 1808, tan sólo contaba, para su defensa, con una débil muralla; con la *Aljafería,* antiguo palacio de los reyes moros, convertido en fortaleza por Felipe V; y con las ocho puertas que daban entrada á la ciudad.

Con tan escasas defensas y sin reparar en que su ínclito defensor, don José Palafox, había salido en busca de auxilios, y de que los franceses se habían apoderado de las puertas de Santa Engracia y del Portillo, salieron los zaragozanos al encuentro de los enemigos y los derrotaron, ganando la sangrienta batalla, llamada por algunos historiadores, de las *Eras*, porque lo más rudo del combate se libró en un campo destinado á la trilla, quedando en su poder varias águilas y cañones, y tendidos sobre el campo más de 500 franceses.

Llegó el general Verdier, con nuevos refuerzos para los bonapartistas, quienes lograron apoderarse de Monte Torrero, la Bernardona y el Conejar, en los que levantaron nuevas baterías, que á seguida comenzaron el bombardeo de la ciudad.

La vuelta de Palafox coincidió con aquel horroroso bombardeo.

La puerta llamada del Portillo quedó sin artilleros, dando lugar al acto heroico de Agustina de Aragón, que se abalanzó y dió fuego al cañón que servía un sargento de artillería á quien ella amaba y que murió en aquel instante, colocando Palafox sobre sus hombros la gineta del sargento muerto, en premio de su hazaña.

Verdier, luego de conquistar, tras desesperada lucha, los conventos del Carmen



Cuadro de ALEJANDRO FERRANT. *Fot. J. Laurent.*

y San José, circunvaló la ciudad, incendió el puente sobre el río Gállego, que pone en comunicación á Zaragoza con Cataluña, y destruyó los molinos harineros que abastecían una gran parte de la ciudad; y más adelante los de Villafeliche, que surtían de pólvora á los sitiados.

Palafox, el intendente Calvo de Rozas, el brigadier don Mariano Renovales y el célebre tío Jorge, realizaban frecuentes salidas, batiéndose á pecho descubierto, como lo que eran, ¡como unos héroes!

Al fin, colocaron los imperiales en posición 60 cañones, algunos á 150 varas de la muralla, y los que más á 400, y comenzaron un terrible bombardeo, consiguiendo abrir dos brechas en el monasterio de Santa Engracia, desde el cual, dirigió Verdier á Palafox su célebre proposición:

Paz y capitulación;

á la que contestó el general español·

Guerra á cuchillo.

Entonces atacan los imperiales la ciudad, lanzando sobre ella formidables columnas que logran apoderarse del barrio de Santa Engracia, llegando hasta las calles del Coso y del Carmen, que tuvieron que conquistar palmo á palmo. Habiendo penetrado los bonapartistas en la estrecha calle del Arco de Cineja, pensando que era la de San Gil, en ella los derrotaron les nuestros, obligándoles á retroceder al Coso.

¡Qué hazañas las del fraile agustino, Fray Ignacio Santa Romana; y las del jefe de ingenieros, Simonó; y las del cura de San Pablo, don Santiago Sas; y las del jefe de la artillería, don Ignacio López; y las del brigadier Renovales, y las de Calvo de Rozas, y las del brigadier Torres, y las del tío Jorge, y las del sexagenario don Mariano Cerezo, y las del coronel Quadros!...

Los cañones enemigos eran ganados á navajazos.

Los moribundos se incorporaban para morir matando.

Los ancianos esgrimían picas y hoces.

Los niños arrojaban piedras.

Las mujeres llevaban tizones por bota-fuegos, para disparar los cañones.

Agustina de Aragón, Manuela Sancho, Casta Alvarez, la condesa de Bureta y cien más, ayudaban primero á levantar barricadas y luego á defenderlas.

Verdier pierde en un sólo día, — el 4 de Agosto, — 2,000 hombres. Los soldados que lograron penetrar en el Coso quedan sitiados, ocupando una acera, y la otra los paisanos, sufriendo la caída de toda clase de proyectiles que los vecinos les arrojan desde los balcones, ventanas y tejados.

EMILIO VIDAL FIRMAT



CONSULTANDO AL AMIGO

Nuevamente Palafox había salido en busca de refuerzos que, en unión de su hermano, el marqués de Lazán, logró hacer entrar en la ciudad: un batallón de infantería, dos carros de pólvora, tres cañones, varios carros con víveres, y algunos voluntarios de Aragón y miqueletes de Cataluña.

Vista la insuficiencia de tales recursos, pues ya en Zaragoza no quedaba nada, acordóse la reunión de una Junta, la cual, con gran entereza, olvidando lo grave de la situación, decidió por unanimidad: rechazar la sumisión que proponía Verdier, arrojar á los bonapartistas de la ciudad, levantar nuevas defensas, y *perecer todos sus defensores primero que rendirse.*

El cielo, en su alta justicia, no permitió que llevaran á cabo tan desesperada resolución.

La acción del Bruch y la batalla de Bailén, ganadas por los paisanos de Cataluña y los soldados de Andalucía á los imperiales, habían cambiado, por completo, la situación.

El general Lefevre recibió la orden de levantar el sitio, que no quiso cumplir sin causarnos nuevos daños, mandando volar el convento de Santa Engracia, é incendiar el de San Francisco y los almacenes de Monte Torrero.

El hábil pincel del laureado artista don Alejandro Ferrant, ha sabido reproducir de manera perfecta, en el cuadro que hoy copia ALBUM SALÓN, aquellas escenas de grandeza y horror que constituyen el terrible drama del sitio de Zaragoza.

Para combatir esta ciudad, emplearon los enemigos 11,570 infantes, 1,452 caballos y 60 cañones, perdiendo, en los dos meses que duró el asedio, más de 3,500 soldados.

Nuestras fuerzas consistieron en 500 soldados de diversos cuerpos, y algunos miles de paisanos sin instrucción militar.

Zaragoza quedó arruinada, y perdió 3,000 hombres, pero los *invencibles* soldados de Napoleon tuvieron que abandonarla derrotados y *vencidos.*

A Zaragoza dedicó un francés, Mr. Laurillard - Falot, y por eso le copiamos, el siguiente honrosísimo juicio:

« Si queréis saber cómo se defiende una plaza, después de haber abierto la brecha, no aprendáis ninguna regla; estudiad la heroica defensa de Zaragoza, en sus calles, en sus casas, en sus pisos y sus habitaciones. »

¡Qué más podríamos decir nosotros!

E. RODRIGUEZ-SOLIS



Cuadro de LUCIANO BARRAU. Salón Robira (Fernando VII, 59).

LAS CÉDULAS DE SAN JUAN

Razones fundadas hay para sospechar que el epígrafe que encabeza este artículo despertará la curiosidad de una parte del público de Album Salón. No se asombren los lectores de este lado de los mares (el lector de allende no ha menester ninguna aclaración, como cosa de él sabida): las cédulas de que se hablará en el curso de estos párrafos difieren en absoluto y esencialmente de las que con el nombre de personales, constituyen una de las múltiples y complejas formas del tributo. Hojeando el *Flos sanctorum* no se verá que ninguno de los Juanes de la Iglesia hubiese jamás llevado cédula propia; y, como varones rectos y probos, es de creer que no incurrieron en el abuso, hoy tan corriente de usar las ajenas, á bien que nada nos dicen las crónicas de aquellos tiempos, acerca de si era ó no de rigor el empleo de tal documento, ni en apologista ó biógrafo alguno se cita un sólo rasgo revelador de condiciones hacendísticas en Juan alguno santificado.

Desde el hijo de Zacarías, el que por doble nombre conocemos por *Bautista*, y fué precursor de J. C., al de la *Cruz*, fundador de Carmelitas descalzos, no vemos en la serie de los Juanes elevados á la majestad del altar, uno sólo aspirante á ministro de Hacienda. El otro, el hijo del pescador Zebedeo y discípulo predilecto del Salvador, el llamado Evangelista, no precisaba, á fe, documentos que la dieran de su persona. Con harta elocuencia lo identificó á los ojos de la espantada multitud el milagro en él operado de haber salido animoso y rozagante de aquel caldero de aceite hirviendo donde fué arrojado, por orden del cruel Domiciano; y harto también absorbían sus cuidados el Apocalipsis y el Evangelio, escritos respectivamente en la cueva de Pathmos, cuando su destierro, y bajo los arcos de Efeso, cuando su obispado.

Del de *Mata*, fundador de los Trinitarios; del de *Dios*, institutor de los hermanos de la caridad; de *Crisóstomo*, el más elocuente de los padres de la Iglesia griega, de ninguno, en fin, nada se sabe indicativo de aficiones político - administrativas, ni de ellos se dice lo más mínimo, relacionado con actos y proyectos de carácter maquiavélico.

Las cédulas de que hablar se quiere aquí son las que en los países hispano - americanos constituyen en la noche de San Juan, objeto de bullicioso juego entre la multitud cristiana, y muy singularmente, entre la gente moza. ¡Qué mucho! Aquellas sociedades han recogido la herencia moral de sus mayores, y si en detalles de forma difieren á menudo de nosotros, el pensamiento, aplicado á las varias manifestaciones de la vida colectiva, es radicalmente uno é invariable.

Así las vemos entregarse con no menos ardor que constancia á las mismas prácticas observadas por nosotros; y por tal suerte, aparecen también dominadas por idénticas preocupaciones, son esclavas de costumbres similares y están sujetas al influjo de análogos vicios y virtudes.

La tradición: he aquí una de las características de los hoy florecientes estados sudamericanos; rara característica, tratándose de organismos demasiado jóvenes para poder asociar á su historia hechos que merezcan el pomposo calificativo de tradicionales; pues que ellos en el tiempo se forman y al través de las generaciones surgen. Y, sin embargo, los países rioplatenses, por ejemplo, brindan á los ojos del observador un copioso capítulo de tradiciones, escrito con la pluma anónima de las edades en el libro de la historia verídica ó apócrifa de una nación. Señal inequívoca de que allí hay luz, mucha luz, á creer con Golberg que los pueblos sin tradiciones, sin vestigios de lo que fueron, representan un día sin la mañana, una noche sin el menor rastro de luz.

La clásica noche de San Juan, cantada por poetas y romanceros, descrita en la crónica y en la novela, es celebrada en la república Argentina (para concretarnos á uno sólo de los estados latino - americanos) de una manera no menos típica que en nuestras aldeas y ciudades.

La gente que vive apegada á la roca de sedentarias costumbres, aquellos que son demasiado exclusivistas para aceptar lo ajeno, no conciben la llegada v. gr. de los Reyes Magos, como no sea en días de cielo gris y ambiente helado, ni admiten la posibilidad de un San Juan, envuelto en el nevado manto de un día triste y sombrío.

Quien esto escribe tiene motivos para no participar de semejantes quimeras ó preocupaciones; pues ha pasado muchas fiestas de la *Adoración* bajo un sol canicular que achicharraba, y otras tantas Natividades de San Juan Bautista, tiritando en una temperatura de cero grados.

La noche de San Juan, en nuestra España, las infantiles turbas callejeras saltan y gritan alrededor de las hogueras prendidas y alimentadas en plena vía pública. No veréis en América el rojizo resplandor de nuestras fogatas; no encontraréis, cual aquí, las mesas de las tahonas recubiertas de azucaradas *cocas*, ni en las plazas y paseos á la buñolera cociendo en negruzca sartén su sabrosa mercancía. Veríais allí jugar, y jugaríais, á las cédulas; y en tal forma celebraríais la verbena del Santo á cuya vida puso fin, según dicen, un mandato de aquel Herodes que, á fuer de juez sin entrañas, hubo también de actuar contra Jesús en el proceso de Judea.

Sígame el lector, si para ello tiene paciencia, y mentalmente lo llevaré á una de esas reuniones donde se celebra la tradicional noche.

La noche esa, nada singular ofrecen las calles de la gran metrópoli sudamericana, cuyos habitantes, de paso sea dicho, no son en general noctámbulos. Exteriormente, no se ve en cosa ó detalle alguno el signo revelador de una verbena. Y es que en el sentido de tal, no existe allí la de San Juan. Pero existe, en cambio, la arraigada costumbre de celebrarla de un modo íntimo, casero, para emplear la verdadera expresión.

Muchos días antes de dicha festividad, vense en los escaparates de las librerías, letreros anunciando la venta de las en aquellos países famosas cédulas, y por todos lados se oyen las voces de los vendedores ambulantes ofreciéndolas al público. Y el público no deja de comprarlas, y al anochecer del 23 de Junio, las familias reunen en sus viviendas el mayor número posible de amigos y parientes, y en alegre jolgorio pasan las horas de la cabalística noche.

Son las cédulas unos papelitos en los que aparecen impresos versos variados y, por lo regular, de índole amatoria. Fácil comprender, por lo tanto, que el núcleo principal de sus adeptos hay que buscarlo en el elemento juvenil y soltero. Las mozas y los mozos encuentran en el juego de ellas un precioso recurso para echarse mutuos chicoleos, en forma culta y en tiempo oportuno.

Todos, en los años de la niñez, nos hemos pirrado por las aleluyas. De aleluyas afectan la forma y las dimensiones las cédulas de que se habla. Un pareado, una cuarteta ó una quintilla, he aquí el metro corriente de cada una de las mismas; y dicho está, que los tales versos no deben la paternidad á ningún eminente cultivador de las musas. Los compradores, los *consumidores*, por decirlo así, no son poco ni mucho exigentes en cuanto á la pulcritud de la forma. Raras veces puede un vate componer más libremente y con mayor impunidad.

Sin embargo, á veces hay cédulas que *resultan*, que rebosan *chic*, con un si es ó no es chispazo de ingenio en el autor.

Como en los reinos de la naturaleza animal y vejetal, hay cédulas machos y cédulas hembras, esto es, unas que corresponden á los hombres y otras á las mujeres. Vaya de ambas un ejemplo:

> Son tus ojos dos luceros, — tu boca un clavel de Mayo,
> tus mejillas son dos rosas... — hazme dueño de este ramo.

Galante proposición que obtiene, ó puede obtener, una respuesta como sigue:

> Para darle esta flor pura, — caballero adulador,
> hay que hablar con mi tutor — y despuestar al señor cura.

Se dirá que esto, á fuer de trivial, es simple, y en fuerza de simple, infantil. Concedido. Mas no se niegue que oculta un fondo de adorable sencillez, que es precisamente en lo que estriban las dulces emociones de la vida. Las sociedades argentinas, al igual que las demás de origen latino en América establecidas, tienen en sus costumbres algo de la encantadora inocencia, patrimonio de la infancia. Lloran á menudo por una nimiedad, y ríen con frecuencia por otra nimiedad. ¡Felices pueblos, no atosigados aún por el veneno de una existencia vetusta y rebosante de asechanzas, privaciones y ruindades!

Pero, volvamos, para dar cima á estos ligeros apuntes, al asunto objeto de los mismos.

La emoción, para llamarla enfáticamente así, que es la resultante del tal juego, tiene su piedra angular en la respuesta que á la cédula macho da la cédula hembra.

Las risotadas, las pullas y comentarios, los retruécanos é indirectas llueven á granel cada vez que ha sido leída la contestación de la segunda. Y así, con franco alborozo, en medio de la más completa alegría, remojando los sendos gaznates de los contertulianos con sabrosa cerveza y dulces licores, transcurren las horas de la tradicional noche, hasta que la del alba da por terminada la función, vale decir, la verbena que en cada hogar celebran los latino americanos, *jugando á las cédulas de San Juan.*

Antonio Astort



SILVIA ALFONSO Y ALDAMA

Proclamada Reina, en el Certamen de la Belleza organizado por *El Fígaro* de la Habana.



El cantor de los héroes de la guerra,
el que dejó su tierra
porque su musa en la opresión moría,
ante el magno poder de tu hermosura
canta, como en la altura
la dulce alondra cuando nace el día.

Es la belleza el sello soberano
que con pródiga mano
puso Dios en los seres y en las cosas:
en el brillo siniestro de la espada,
en la noche estrellada,
en la mujer, las aves y las rosas...

Siendo tú el más perfecto de los seres,
de todas las mujeres
serás la más gentil y la más bella.
Por eso Dios, al contemplar el suelo,
recuerda que del cielo
se encuentra ausente su mejor estrella...

Los pájaros, al verte, sorprendidos
asómanse á sus nidos,
de posarse en tus hombros con deseos,
y cuando cruzas tú, mórbida y leda,
la idílica arboleda
se llena de rumores y gorjeos.

Tu planta deja luminosos rastros:
hay en tu faz dos astros
que tienen por doseles tus pestañas,
y tu frente, de nítida blancura,
siempre ha sido más pura
que el aire que circula en las montañas.

¡Todo tu sér no es más que una delicia!
Tu voz, una caricia
que penetra en el alma dulcemente:
como penetra un verso en el oído,
el pájaro en su nido
y en su lecho la virgen inocente!

Fluye de ti el encanto, á la manera
que de la primavera
el perfume sutil y penetrante;
cual fluye, bajo el sol que la ilumina,
el agua cristalina,
calmándole la sed al caminante.

Todo tiene en la tierra su destino!
El árbol del camino
bríndanos grata sombra en el verano;
embellece la luna el firmamento,
y no hay un aposento
donde no quepa en un rincón el piano ..

Tropieza el mar con la cercana orilla;
dentro de la capilla
se halla el que tiene fe como en su lecho;
muere en la cruz por redimirnos Cristo,
y todo el que te ha visto
se queda con tu imagen en el pecho.

Detén en aquel sabio tu mirada:
con la frente inclinada
sobre el libro en que estudia, permanece;
si acaso quieres que tu esclavo sea,
¡háblale! ¡qué te vea!
y observa como tiembla y palidece.

Rugiendo está en el circo la leona:
soberbia se arrincona
y al público curioso desafía;
si abrieses de su jaula los cerrojos,
la fiera, al ver tus ojos,
dócil como un lebrel te seguiría ..

Por el color, tu boca es una fresa:
cuando un niño te besa,
por darte nuevos ósculos disputa,
y en tanto que te abruma y te sofoca,
la fresa de tu boca
te pide con su mano diminuta.

Tu pie, que sin mirarlo se adivina,
á la humana retina
parécele un prodigio por lo breve.
Cabe el tuyo en el hueco de la mano,
y sé que es más liviano
que en la atmósfera un átomo de nieve.

La opulenta cascada de tus rizos
aumenta tus hechizos,
como el amor de Dios, inagotables,
son ellos un trasunto soberano
del fervido oceano
con sus vastos abismos insondables!...

Hay un abismo de promesas lleno
en tu mórbido seno,
que oculto miro por discretos tules:
abismo donde nacen azucenas,
y se extienden las venas
como delgadas víboras azules!..

Desde que vieron tu flexible talle,
no hay un junco en el valle
la envidia fué minándolos á solas,
cual minan á las peñas, noche y día,
con perenne porfía
y con salvaje estrépito, las olas!...

A ti me acerco con las manos llenas
de lirios y azucenas,
que á tus pies orgulloso deposito.
Fíjate en esas flores, una á una,
y verás que ninguna
presenta un solo pétalo marchito.

No hay ya belleza antigua ni moderna:
ante ti se prosterna
toda hermosura terrenal, vencida.
Por eso tú, con tu semblante egregio,
usas el privilegio
de ir por el mundo con la frente erguida.

¡Oh, qué envidiable dicha la que tienes,
al ceñir á tus sienes
de la hermosura la imperial corona,
sin arrojar encima tus caballos
á tus fieles vasallos,
ni la guerra llevar de zona á zona!

Aceptarán tus súbditos la muerte,
nada más que por verte
la victoria alcanzar con tus legiones.
Tu poder es inmenso, y nos cautiva:
¡Es Dios quien manda arriba! ..
¡Tú abajo, en los humanos corazones!

B. BYRNE

LA SIERVA DEL SULTAN



Eran las primeras horas de la noche.

El cielo que cubre á Constantinopla, como un toldo azul abovedado que hinchara el viento, dejaba caer sobre la ciudad de los sultanes una tenue claridad de crepúsculo.

Ordenaba el Bósforo sus olas, preparándolas al sueño con cantos rumorosos de arrullo.

Blancas velas, buscando la playa, cruzaban silenciosas sobre la adormecida superficie de las aguas.

Algunas ventanas se abrían, proyectando al exterior ráfagas de dorada luz que se destacaba con dulzura en la atmósfera, suavemente iluminada por el fulgor misterioso de las lejanas estrellas.

Súbitas voces ó prolongados gritos rompían de vez en cuando la calma de la noche, prestándola un simulacro de vida, un eco recordatorio de los alegres tragines del día.

En el campo no se percibía movimiento alguno.

Los caminos, cubiertos de la arena caldeada por el sol asiático, serpenteaban sobre la llanura, como enormes cintas grises, estrechándose á medida que se perdían de vista.

Al fin, asomó la luna, y las puntas de los minaretes se blanquearon, tomando reflejos cambiantes de agujas de nácar.

***

Un kiosco del serrallo presentaba aspecto de fiesta.

Vasos de colores, suspendidos de alambres finísimos, se balanceaban, como suspendidos en el aire, entre las arcadas y balcones que rodeaban aquel recinto.

Girones de vapor azulado se deslizaban de los pebeteros, colgándose un momento en los flecos de las cortinas.

Acordes temblorosos y penetrantes despedía un arpa.

Y á ratos, una voz lánguida y cadenciosa salía del kiosco, desvaneciéndose entre los árboles del jardín imperial.

Escaso bullicio había allí dentro. Sin embargo, no podía dudarse que en aquel sitio se celebraba una fiesta, ocurría algo extraordinario que disonaba grandemente en medio del mutismo y de la negrura de los demás pabellones, palacios mágicos de aquel mundo de hadas.

Los anchos alfanjes de los guardianes eunucos brillaban desnudos á la puerta del kiosco iluminado. Y semejantes hojas de acero, cruzadas sobre los rojos pechos de los centinelas, tenían yo no sé qué de siniestro que hacía pensar en la muerte.

***

Hermosísima mujer, espléndidamente vestida, se reclinaba á lo largo de un diván, hundiéndolo con blanduras suaves, bajo el voluptuoso peso de su cuerpo.

Muchachas de semblante atezado y reluciente la rodeaban, sentadas en cojines de bordada seda.

Se ocupaban en diversas primorosas faenas.

Unas enlazaban los tallos de las flores tejiendo guirnaldas; otras removían las cazoletas de los aromas, saturando el ambiente de balsámicas emanacionss; algunas pulsaban instrumentos sonoros, que formaban coro en determinados instantes con las melodiosas notas del arpa.

Gentil bayadera, traída de la India, retorcía su cuerpo en dislocaciones elegantes de un baile sensual y acompasado. Cada final del aéreo ejercicio acompañábase de una genuflexión graciosísima ante la hermosa, recostada en el suntuoso diván.

Grata sonrisa se dibujaba entonces en los frescos labios de las esclavas.

Sólo la mujer á quien se tributaban tales honores permanecía impasible y preocupada.

Su indiferencia era tal, que parecía estar sola.

***

Era la elegida por el Sultán para primera odalisca.

Tipo soberbio de raza griega, habíase conquistado, desde su entrada en el palacio de los Selines, el veleidoso corazón del tirano.

En su galería de mujeres, contaba éste joyas de rara estima. De la sagrada Palestina llevábanle hembras del más puro tipo judaico. Las cumbres del Cáucaso arrojaban también en sus brazos, esposas de robusta hermosura. Lo mismo España, y de España, la tierra que por sus mujeres, parecidas á ángeles, es en realidad un paraíso, habíale enviado de vez en cuando al Sultán, á manera de aperitivo reconfortador para sus gustos ya apagados, modelos insuperables de belleza femenina.

El monarca había bebido con todas ellas, en copas de oro, el néctar de los dioses.

Pero el hastío, la deficiencia del ideal soñado, al ser contrastado con la realidad impura, abría pronto en su pecho un vacío, difícil de cubrir, á no ser con la losa de la tumba.

Unicamente, aquella hija de Grecia, «el lucero caído desde los cielos á la tierra», como él decía; aquella sierva cristiana que se

había enseñoreado desde luego del alma del despótico turco, llenaba aquellos abismos de sus ansias, cuyas profundidades no había podido calmar aspiración alguna humana.

Es verdad que la virgen griega, no obstante su posición de esclava, había sido, para los locos afanes del imperial amante, como arca cerrada, como capullo que nunca despliega sus hojas.

***

Aquella noche, sin embargo, su virtud ó su vida iban á tocar una misma línea en el reloj de las desgracias humanas.

Una de las esclavas la dijo:

—¿Quiere mi señora que la llevemos al baño de rosas?

—¿Para qué? — preguntó desdeñosamente la joven griega.

—Van á celebrarse esta noche sus bodas con el Sultán, — repuso la esclava.

—¡Eso no será! — replicó sombríamente la hija de Grecia, llevándose la mano al pecho, y buscando, entre el oleaje de blondas que lo cubría, la crucecita de un puñal, allí, en tan delicioso escondite oculto.

Al tocarlo, al asomar ligeramente sobre los encajes, los rubíes y las esmeraldas que empedraban la empuñadura del arma, fulguraron las piedras como ojos de serpiente.

Irguiéndose la futura odalisca, exclamó con voz sorda:

—¡Idos! Quiero estar sola.

Las negras abandonaron la estancia, y, á poco, sólo se oía en ella la respiración entrecortada y fuerte de la desgraciada habitadora del kiosco.

***

¡Qué punzadores pensamientos debían taladrar su cerebro en aquellos instantes!

Representósele, con todas las caricias de la realidad, y todos los encantos del recuerdo, el adorado hogar paterno, de donde fue arrancada por el engaño.

Poníanse también de pie, delante de ella, los fantasmas de los sueños virginales, animados y agigantados por la fiebre torturadora de su cautiverio.

Todas las fuerzas de su espíritu la arrojaban puñados de espinas que laceraban su corazón desesperadamente.

Durante largo tiempo había podido luchar, y en aquella descomunal pelea había logrado vencer su injusto destino.

Hábiles promesas, halagadores subterfugios, seductoras transacciones, no habían logrado sino alzar un muro de respeto entre su señor y ella. Pero, ese muro era, al fin, una barrera momentanea, un plazo que, aguijando más y más el deseo, era esperado á su vencimiento con mayor furia.

El representante de Mahoma, el hombre-dios, el déspota enamorado, dió finalmente su decreto irrevocable.

Aquella noche debía sacrificar una víctima, y la víctima era la hermosa flor, cortada en los campos de Grecia.

¡Ignoraba, en el engreimiento de su poder, que el amor no reconoce otro imperio que el del amor mismo!



***

La bellísima joven había resuelto, por su parte, también un sacrificio, aunque de otro género.

Como quien adopta una decisión extrema, la sierva del Sultán hizo un gesto enérgico con la cabeza, y dando largos y nerviosos pasos por su oriental camarín, llegóse á una ventana, cuya orientación estaba dirigida hacia la patria perdida que lloraba la prisionera.

Con los ojos puestos en la altísima bóveda de los cielos, la mujer murmuró entre sollozos una plegaria, tal vez aprendida en la cuna.

Sus ojos se vieron pronto humedecidos.

Lloraba la que podía ser feliz esposa, si el amante hubiera sido un hombre idolatrado.

De repente, crujió un tapiz á su espalda y apareció la cabeza del tirano.

Volvióse la odalisca, y exhaló un grito.

Su mano derecha escudriñó en su pecho.

Enarboló un arma, una hoja agudísima de acero, que cayó veloz como un rayo sobre el blanco y palpitante seno de ella, de la hechicera joven, hundiéndose en él toda entera, y dando salida á una ola bullidora de caliente sangre.

La desgraciada griega se desplomó sobre el pavimento.

El Sultán dejó escapar un rugido de rabia.

—¡Muerta antes que esclava! — decía ella, entre las angustias de la agonía.

A poco, todo quedó en silencio. La respiración de la joven inmolada en el altar de ese sentimiento augusto y altivo que convierte á la más plebeya mujer en gloriosa heroína, terminó momentos después de percibirse en aquellos labios, creados sólo para el beso concedido por el amor, sin mezcla de vileza ni deshonra.

La niña destinada por la despiadada suerte á los placeres del Sultán, fué, en breves segundos, un cuerpo inerte, un cadáver, un despojo, un trofeo de la virtud; esto es, una materia inútil para los apetitos de la carne. Su sangre, corriendo en hilos por la herida, rociábase por el suelo, bordando sobre el blanco tapiz rosas de fuego.

Y una luz que ardía en un vaso alabastrino, al expirar la suicida, apagóse repentinamente, volando su fulgor al cielo.

¿Era, acaso, la hermana gemela de aquella divina é inmaculada mujer, que prefirió á la esclavitud la muerte?

Hay almas, en efecto, que parecen luces. Viven entre cristal, y un soplo las apaga.

José DE SILES

Ilustraciones de P. Béjar.



DESPUES DE LA

GRASSOT



MERIENDA

Salón Robira (Fernando VII, 59).

¡LA GIRALDA!

Según los eruditos, comenzaron las obras de la Giralda el año 1000, dirigidas por Heber, moro muy famoso, gran arquitecto y gran matemático. Hay una nota curiosa que indica el fanatismo musulmán; bajo los cimientos de la Giralda pusieron infinito número de reliquias de cristianos, como alarde quizás del poderío de la media luna sobre la cruz.

Tenía la torre gran altura y concluía en un capitel construído de azulejos; de mayor á menor, sosteníanse superpuestas sobre el capitel cuatro esferas doradas, que derribó un huracán en Agosto de 1396. Tres siglos más tarde, añadiéronsele cuatro cuerpos, obra dirigida por el maestro mayor Fernando Ruíz. Dando vuelta al friso del segundo cuerpo, hay exteriormente una inscripción en latín, que se traduce:

En nombre del Señor es torre firmísima.

Recuerdo la tarde que subí á la Giralda por vez primera; pensando iba yo en las generaciones que aquel gigante había visto nacer y morir, con la impasible calma del no ser; ¡cuánto cohecho, cuánta tiranía, cuánto latrocinio, no ya en el mundo, no ya en Europa, no ya en España, sino en Sevilla solamente, desde que los alarifes de Fernando Ruíz dieron su última mano á la famosa torre!

Con estos pensamientos fuí á entrar por una puertecilla abierta al pie del muro; pero detúvome una mujer, delgaducha, pecosa, de rostro compungido y vestida de negro, para que ningún dato se me olvide; me detuvo, poniéndome atravesado á guisa de valla, un escobón con que estaba barriendo, y dijo muy seria:

—No se *premiten grupo de meno de una persona.*

El asombro me dejó inmóvil. Pude exclamar luego, con cierta calma:

—¿Qué quiere usted decirme?

—Que han *mandao* que nadie suba solo.

—Yo no sé por qué habrán mandado eso, — dije riéndome, — pero usted será tan amable que me deje subir sin compañía.

Logré suavizar sus rigores, porque repuso:

—*Güeno,* suba *osté,* pero mucho *cuidao.*

Eché á andar, con cierta zozobra de verme detenido otra vez; efectivamente, nueva detención, nueva muralla de caña y la mujer del luto, diciéndome con gran lisura:

—*Güeno,* señorito; ya sabe *osté* que eso cuesta *do rale.*

—¿Y qué?

—Que son *adelantao.*

—¿Cómo, buena señora? — repuse colérico, — ¿ha creído que voy á tirarme de cabeza desde lo alto de la torre, por irme sin pagar?

Y respondió con mucha calma, echándose á reir.

—*Pos* eso, sí *señó;* que se han *tirao* ya *al guno,* y yo me quedé sin mis *do rale.*

Le di la propina y empecé mi ascenso.

***

A la verdad, no parece que la dichosa torre tenga ya cerca de mil años; todo respira modernismo; todo hállase restaurado y resplandeciente; en el segundo cuerpo, de que ya os hablé, está el reloj; el último cuerpo, de orden corintio, remata en una cúpula, y sobre la cúpula descansa una enorme veleta, representando la estatua de la Fe; *esta fe* es de bronce y pesa 1,288 kilogramos, un poco más que la fe de algunos santos varones que andan por el mundo.

A la derecha, por los balcones ajimados de cada una de las rampas, veía yo al subir, un lugar distinto de Sevilla, de esa Sevilla que enamora y atrae como los ojos candentes de una mujer meridional. Son treinta y cinco rampas; la pendiente es suavísima; no sé, si como se dice, subiría á caballo por esas rampas el rey San Fernando, pero pudiera haber subido.

En Abril de 1884 cayó una exhalación en la Giralda que ocasionó desperfectos grandísimos en la fachada Sur, desde el primer cuerpo hasta el pavimento mismo de la Catedral, por la puerta de Palos; estropeó campanas, bóvedas, rampas, muros, piso; los balcones de las rampas 29, 25 y 21, destruyéronse completamente. El arquitecto Fernández Casanova hizo un proyecto de pararrayos; estando en curso todavía el expediente cayó otro rayo, dos años después, causando también grandes deterioros.

Tenemos así que cayó la primera exhalación en la torre, y se hizo el proyecto; veinticuatro meses más tarde, estaba el expediente en curso aún; cayó otro rayo y lo resolvieron. Ya sabéis qué es lo que se necesita para resolver un expediente en las oficinas de la administración española: dos rayos.

***

La historia de la tormenta que hizo en la torre tales estropicios, me la contó un ciego que andaba por allí como Pedro por su casa, dándome algún que otro susto á lo mejor, porque me hacía creer, sin él saberlo, que iba á desnucarse contra un muro; no señor; no tropezaba en ningún sitio; y era ciego, ciego de verdad. Este ciego, encargado de las campanas, era una especie de Cuasimodo, vulgarísimo, de cara afeitadilla y cuerpo larguirucho, que hubiera hecho reir, sin la desgracia de su ceguera.

El ciego de las campanas me contó también que el reloj que hoy existe en la torre, lo construyó hace treinta y tantos años el religioso franciscano fray José Cordero, habilidad entonces prodigiosa. Sustituyó el reloj de este buen Cordero al que había en la Giralda desde el siglo XIV, primer reloj público que se conoció en España.

Al llegar al cuerpo de las campanas, me apoyé de brazos sobre el barandal. La calle de Alemanes fué lo primero que vi, con su gran puerta al Patio de los Naranjos; el Sagrario enfrente, y el abigarrado caserío después, hasta la Plaza de Toros; luego, la línea ondulosa del Guadalquivir, el puente de Isabel II ó de Triana, el barrio de Triana más allá, y más allá, el campo, los montes, microscópicas casitas que

arrancan reflejos como si su blancura se ornamentase con mosaicos de estrellas; después, el pensamiento atónito, va recreándose en la vista de la Cartuja, con su feraz campiña, y el río á sus pies, como banda de plata; gran profusión de arbolado, el castillo de la Macarena, la estación de Córdoba, y á la vez que va uno rodeando la torre junto al pretil, el pensamiento báñase en las aguas cristalinas de aquellas huertas, perfúmase perezosamente en la esencia de sus naranjos; viene luego, como diablillo sin reposo, á posarse en las campanas de las iglesias del Salvador y San Juan de Dios, y otro gran número de torres que resaltan sobre los tejados como viejos guardianes de Sevilla, la Sevilla de siempre, de garbo graciosísimo, de alegría sin igual y juventud eterna; salta otra vez al cordón confuso de los montes, muralla fantástica y ondulosa que parece rodear los campos sevillanos; encuéntrase en el Prado de San Sebastián, famosísimo por sus ferias de Abril y Septiembre; de allá salen las chimeneas de la Pirotecnia; más acá encuentra la Fábrica de Tabacos; y abstraídos ahora la mirada y el pensamiento, tiéndense por los patios llenos de verdor, las columnas esbeltísimas, los arcos verdinegros, las fachadas blancas, donde el sol centellea, los medios puntos, los ajimeces, los tejadillos llenos de jaramago y algún caserón ruinoso, para caer en la Plaza del Triunfo, desconcertada, melancólica, vieja, metida para adentro, como de un martillazo, por la esquina de la Catedral, la Plaza del Triunfo, con los paredones del Alcázar, los otros gruesos paredones de la Lonja, la Catedral, en fin, coronada de agujas afiladísimas, vetusto ejército de centinelas que parece aguardar en silencio eterno alguna gran voz de la altura.

***

El *Cuasimodo* á quien ya me referí, decíame con mucha seriedad que la Giralda hablaba; yo no hice caso al principio de una afirmación que me pareció estúpida; después he creído que es cierto; que la Giralda habla, que habla bajo algunas veces, muy bajo, como si contase al oído de Sevilla una historia de amores, de esa Sevilla alegre y bulliciosa, que parece oir lo que la Giralda dice, con gran fervor, inclinada á sus pies. No siempre la voz es apagadita; no siempre es dulce; otras veces habla con su gran voz de huracanes que rompe las nubes y estremece los cielos.

Fué en una tarde primaveral, cuando llegué á creer que la Giralda hablaba; había subido esa tarde á una azotea· rodeábanme multitud de tejadillos desiguales, pendientes, pintorescos; se puso el sol; la Giralda destacábase majestuosa allá en el fondo. Me aturdí de repente. — ¡Ah! — pensé, — la Giralda está hablando. ¡Era admirable! — Comenzó un gran repique y desde aquel punto no me pareció absurda la singular manía del ciego; volteaban las campanas y llenábase el espacio de sonidos agudos, medios, graves; cada una parecía al voltear, asomando la greña ó el bronce, lengua negrísima, moviéndose con furia en su boca de granito; las de menos volumen, chillonas, risueñas, charlatanas ó remilgadillas, como alegres comadres en gran conciliábulo; y entre aquel concierto, la voz imponente de *la gorda*, que se destacaba como robusto tronco en un campo de trigo.

Anochecio. ¿Sería el recuerdo del ciego de las campanas? ¿Sería la hora? ¿Sería la impresión que me produjo la vista de la Giralda, como gran espectro, envolviéndose en girones finísimos de brumas? Las campanas callaron. Las veinticinco bocas del gigante detuvieron sus lenguas... Nó, que aún hablaba una; *¡la gorda! ¡la Santa María!* Su voz imponente perdíase en la inmensidad. ¿Era cierto? ¿Hablaba? ¿La comprendí yo entonces? ¿Decía realmente lo que estaba pareciéndome oir?

« — ¡Basílica! ¡Famosa Basílica hispalense! Te vi nacer y te veré morir. Presencié tu laboriosa gestación de un siglo, y tres siglos hace que te contemplo tristemente, esperando tu ruina. Tus muros irán al suelo. De tus capillas, de tus altares, de tus columnas, de tus bóvedas, de tus puertas, no quedará rastro. En los huequecillos de tus afiladas agujas góticas no buscarán refugio las golondrinas. En las junturas de tus piedras no crecerá el jaramago, doblándose dulcemente como un surtidor de lágrimas. Cuando pasen los siglos, yo diré al viajero: — ¡Ahí estuvo la Basílica! — ¡Y mi gran voz cantará un himno fúnebre! ¡Yo no muero! ¡Yo soy perdurable! Ni el rayo me mata, ni el huracán me dobla. Reliquias cristianas sustentan mi pie. Soplo divino selló mi frente. ¿Ves ese sello?

Turris In Fortíssima Nomen Domini

¡Tu hora se acerca. La incuria de los hombres es el gusano que te destruye, como el gusano de verdad destruye los cadáveres en sus tumbas!»

***

Cuando bajé de la torre aquel día, que nunca olvido, declinaba la tarde y anocheció pronto; yo permanecí en la Plaza del Triunfo; mis ojos extáticos dirigíanse allá, á las agujas enhiestas, como sombrías estalactitas y estalacmitas, labradas por los genios en la inmensidad; sentí una opresión indefinible, alegría de aquel espectáculo grandioso y sentimiento intuitivo de no tener idea bastante para analizarlo.

A la luz de la luna que empezaba á salir, parecióme ver pasear sobre las cúpulas de la Basílica, los espectros de los reyes que descansan en sus lechos de piedra; resplandecían en algún huequecillo de la torre melancólicas luces como lágrimas de la muerte; en los calados de las ojivas, parecíame contemplar ojos centelleantes, bocas desdeñosas, pedazos de armadura, en cuyos huecos hacía vibrar el aire sonatas lúgubres. Ningún ruido se oía en la Plaza: era un silencio absoluto que oprimía el corazón; venían hasta mí fuertes perfumes de azahar; el espacio pareció poblase de fantasmas, seres de otras épocas, que salían de sus tumbas de granito para volver á sus hogares, á su familia, á sus costumbres; rumor de espadas y trovas y salmos tristes llenaban el amoroso aire, viniendo á acariciar con lúbrica pereza los secos labios y los cansados ojos. ¿No asomó por las almenas del alcázar el casco brillante de algún guerrero? ¿No oí sonar el coselete al golpe del escudo? En un estrecho tragaluz, allá en el fondo, centelleó sin duda la mirada infinita de amor y resignaciones de alguna esclava ó de alguna reina.

Yo, que aborrezco cuanto atrás se quede; que sólo miro adelante, como hombre de mi siglo, pensando, no en lo que ya pasó, sino en lo que ha de venir, sentía apoderarse de todo mi sér el divino encanto de la poesía de la historia. Con un gran esfuerzo de voluntad, pude arrancarme de mi éxtasis, y anduve hacia el Patio de Banderas, dejando tras mí, con mi último adiós, un glorioso pasado en la mole de granito de la Lonja, en la Catedral, cuyas agujas resplandecían á la luz de la luna, como resplandecen de noche con los fuegos fatuos las piedras de los sepulcros, y en la Giralda, en fin, en la Giralda, irguiéndose imponente en la inmensidad solitaria y silenciosa como dedo siniestro señalando á Dios.

M. MARTINEZ BARRIONUEVO



BUENA PESCA! — Cuadro de JUAN BAIXAS.

LA NOVIA DE ACERO



TIPOS como Simón Sillín se ven muy poquitos rodando por el mundo.

No se sabe la fecha de su nacimiento; lo que sí se presume es que salió del claustro materno en bicicleta.

El tal Sillín era hijo de un tal Sillón, gran velocipedista que poco antes de batir su *record* hacia la eternidad sobre una pulmonía doble, había engendrado á Simón, el cual se crió milagrosamente, no amamantado por robusta nodriza, sino chupando todos los pedales que á su alcance hallaba.

Llególe el momento de elegir carrera y no encontró carreras más agradables que las de velocípedos.

Ninguna de las pasiones conocidas halló terreno fértil en el alma de Simón, quien, á los veinte años de edad, miraba á las mujeres con la misma indiferencia que á las sillas de Vitoria ó que á los mosquitos de trompetilla.

Sólo tenía una preocupación; sólo le inspiraba cariño un sér inanimado: su bicicleta; *la novia de acero,* como llamaban á la tal máquina los amigos de Sillín, novia que tenía cualidades superiores á las que tienen las de carne y hueso.

Como fuerte y resistente, lo era; ligera, no digamos, y respecto á callada... pocas veces producía ruido, y cuando lo producía, sólo era por delante, es decir, por la bocina. No tenía más defectos que haber rodado mucho por el mundo y haber cometido algún atropello que otro.

¡Qué atenciones y qué cuidados la prodigaba su amo y señor!

Ignórase dónde la adquirió y si era ó no de buena familia. Lo que consta es que la puso cuarto.

Alquiló para ella una habitación pequeña, pero bien situada y con la elegancia y el *confort* que si se tratase de una joven animada.

Allí la contemplaba todos los días y la colmaba de caricias, después de limpiarla con esmero y con aceite perfumado.

Verificada la cuotidiana *toilette,* Sillín estampaba en su bicicleta un ósculo apasionado y la cubría con una funda de rica seda carmesí, bordada en oro, después de dirigirla una mirada ternísima, seguida de un profundo suspiro velocipédico.



Y así pasaban los días y los meses: Simón soñando con su ligerísima novia y ella *supeditada* á su galán; pero siempre impasible y sin decir «esta rueda es mía».

***

El picaronazo de Cupido quiso cierto día disparar una de sus flechas Mattser sobre el corazón de Sillín, y supo hacer blanco.

Verificóse el disparo en casa de los condes del Bazo-Triste y en ocasión en que éstos celebraban un baile de trajes.

Nada más lejos de los propósitos de Simón, que cortejar á la niña de los condes; pero el disfraz que lució era tan caprichoso y tan del gusto del ciclista, que éste se rindió á discreción.

La aristocrática joven iba vestida de bicicleta. En el vientre, por la parte de afuera, ostentaba una rueda de infinitos y refulgentes radios; sobre el cogote un sillín; un freno á modo de diadema; un farol colgando sobre el pecho, y una bocina en la parte posterior.

Verla Simón y enamorarse de ella como un borrico incipiente fué cosa de un momento; pero la de Bazo-Triste tenía sus razones para no corresponder á Simón de golpe y porrazo.

A la sazón, la cortejaba un hijo del general Chachepot, que, á fuer de buen velocipedista solía avanzar no poco en la carrera emprendida hacia la joven, á la cual, considerada como bicicleta, le faltaba un tornillo. Era coqueta desde el freno hasta los pedales y gustaba de rodar libremente por las carreteras de la vida.

Si no hubiera sido por el freno paternal, hubiérase tenido que lamentar algún choque de la chica. Pero los condes vivían ojo avizor y le tocaban moralmente la bocina, en señal de aviso, á cualquier *recordman* que pretendiera llegar á la meta prematuramente.

Una noche, á la salida del Teatro Real, sorprendimos el siguiente diálogo entre Simón y la hija de los condes:

—¿Por qué no ha de quererme usted?

—¡Ay, hijo; porque me han contado de usted una monstruosidad.

—¿De mí?

—Sí; sé que tiene usted una querida y que la ha puesto usted cuarto. Por una casualidad he sabido hasta el gasto que ha hecho usted para amueblar la habitación. Diariamente visita usted á su amante. Para ella compró usted unas cuantas varas de la seda más rica. Y hasta me han asegurado que usted se encarga por sí propio de asearla todos los días, no separándose nunca de ella sin haberla antes arropado y besado, después de apretarla los tornillos.



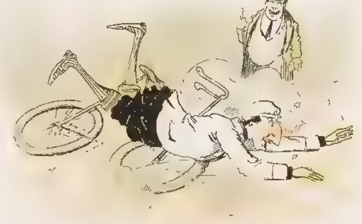
—¡Ah! ¿Se refiere usted á mi bicicleta?

—Precisamente, Simón. Aun sin amarle, tengo celos de esa máquina tan mimada por usted, y para poseer mi corazón tendría usted que anteponerme en el suyo á la bicicleta, de igual modo que yo mandaría á freir espárragos al hijo del general.

—Aceptado —dijo Sillín, en un rapto de pasión. —Usted primero; la bicicleta después. Mañana pasaré en ella ante su casa de usted y miraré á sus balcones. ¡Usted arriba, la bicicleta debajo! ¡Qué símbolo más lisonjero para usted, de la estimación en que tengo á mis dos novias!

—Corriente.

***



Eran las cinco de la tarde.

En casa de los condes del Bazo-Triste, hallábanse como esperando algo con impaciencia tres bultos: la hija de los condes, un perro de aguas y una institutriz de lo mismo.

Por uno de los extremos de la calle apareció una especie de clave de sol, avanzando en su máquina vertiginosamente.

Era Simón Sillín.

Venía á lucirse y traía una velocidad de mil demonios. Pero de pronto, al llegar frente al balcón de los condes, la bicicleta se resiste á continuar, siendo aquello incomprensible para Sillín, cuyas contorsiones en su afán de sostener el equilibrio promueven las risotadas, no sólo de la joven, sino de la institutriz y del perro, lo cual desconcierta más y más al infortunado ciclista, que, al fin, colorado como un pimiento morrongo y sudando la más gruesa de las gotas, da consigo en el suelo, pataleando como chiquillo con rabieta.

¿Qué inexplicable causa ocasionó aquel fiasco? Malas lenguas dicen que la bicicleta de Simón, indignada ante la infidelidad de su ingrato dueño, se hizo sensible y le jugó aquella mala pasada.

Simón desapareció avergonzado y confuso, renegando de las mujeres, y hoy vive pidiendo perdón á su novia de acero. Cuando está desmontado, fija los ojos en toda ella, y cuando monta, en el sillín nada más.

¡Cuántas veces le sorprenden abrazado á la bicicleta!

¡Parece que toca el arpa!

¡Pobre majadero!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA

TORCUATO TASSO

HACE bien poco tiempo que nuestro paisano y amigo, el notabilísimo escultor á quien dedicamos esta página, *buscando mayor espacio para sus hazañas,* abandonó los patrios lares y trasladóse á la capital de la República Argentina, con el propósito de trabajar de firme y la esperanza de ver recompensado su trabajo más espléndidamente que aquí, en donde los artistas arrastran una existencia harto penosa, y sólo se enriquecen los bolsistas, los comerciantes y alguno que otro industrial

Fué un pensamiento feliz, y pronto ha podido convencerse de ello; como se convencerán nuestros lectores, por las siguientes líneas que, con la natural satisfacción, extractamos de varias publicaciones bonaerenses, llegadas recientemente á nuestras manos.



El escultor catalán Torcuato Tasso.

Galería «Bon Marché», en donde Tasso tiene instalado su taller (Buenos Aires).

« Han bastado algunos meses de residencia en Buenos Aires, entregado á su labor de artista, para que la reputación honrosísima que precedía al escultor don Torcuato Tasso, obtuviese en su nuevo escenario la sanción más absoluta.

Para la colonia artística, el distinguido escultor español no ha sido una revelación, pues sus obras, copiadas y difundidas por las publicaciones ilustradas más en boga, hace muchos años que han hecho familiar el nombre de Tasso.

Los amantes del arte, al visitar el taller, instalado en uno de los departamentos de la galería *Bon Marché,* se han encontrado en presencia de un artista de raza, que entregado con febril virtuosidad á la escultura, concibe y ejecuta con esa pasmosa facilidad de los talentos superiores en perfecto equilibrio.

Desde el *Narciso,* que le valió la plaza de pensionado en la Real Academia Española de Bellas Artes en Roma, hasta las últimas obras modeladas, fresco aún el barro, en su taller de Buenos Aires, la producción de Tasso constituye un catálogo extenso y variadísimo.

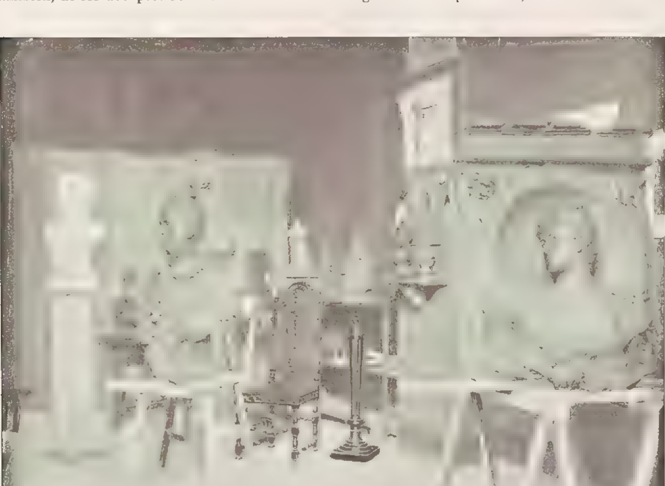
Obras de estatuaria, motivos de ornamentación, grandes monumentos, el retrato y la figurita de género, la creación severa que eternizan el mármol y el bronce, y la nota sentida, humorística ó epigramática, presentada con toda sencillez en frágil terra - cotta, todo lo ha reunido Tasso en su selecto bagaje de artista, tan fecundo como original.

Dejó en Roma, entre muchos trabajos, una hermosa concepción de *Velázquez.* Barcelona se enorgullece de los monumentos al estadista Güell y al banquero Arnús, que llevan la firma de Tasso; el marqués de Comillas le confió la parte escultórica del panteón de la familia, y en Madrid y otras ciudades de España, las obras de Tasso ocupan un sitio de honor en museos del Estado y en galerías particulares.

En Buenos Aires su labor no es menos fecunda. Del taller de Tasso han salido en breve tiempo los retratos de las señoras de la Barra, de Romero, de Zavaleta, de Carabassa y de Ocampo, y de los señores De Putrón, Carsí, Carabassa, Romero y otros que escapan á nuestra memoria.

En el estudio espera su transporte al mármol una *Salomé,* soberbia media figura, de una belleza de líneas y una dulzura de modelado verdaderamente subyugadoras.

Adosado á la pared, en uno de los extremos del mismo, vimos el modelo en yeso de una medalla conmemorativa, en la que trabajan Tasso y Lubari, y junto á él, un nuevo modelo, en yeso también, de otra medalla, obra sólo de Tasso, que se acuñará para conmemorar la llegada á Buenos Aires del presidente brasileño. En el anverso de ella figuran dos hermosos bustos de matronas, representando ambas repúblicas, y en el reverso, el retrato, en busto también, de los dos presidentes. Con motivo de la llegada de Campos Salles, Tasso ha levantado el modelo de un arco románico de tres arcadas, monumento que medirá de 25 á 30 metros de altura por 22 de ancho. Para encarecer la importancia de esta obra, nos basta decir que, haciéndose sólo con carácter transitorio, está presupuestada en 100,000 pesos oro.



Vista parcial del taller de Tasso, en Buenos Aires.

Vimos también, en el taller de Tasso, la magnífica placa de bronce que le encomendó la Asociación Patriótica Española, para ser colocada en la tumba del eminente repúblico don Emilio Castelar, que se enviará á España de un momento á otro; y pudimos asimismo apreciar el hermoso proyecto, ya terminado del monumento al inolvidable patriota, filósofo, orador y poeta argentino, fray Cayetano Rodríguez; proyecto que probablemente será el que elija, entre los varios presentados, la comunidad franciscana. »

Lo que dejamos expuesto, demuestra una vez más que el verdadero talento se impone en todas partes, y nos permite augurar á nuestro paisano y amigo grandes beneficios positivos, compensadores no sólo de las contínuas amarguras, que, como la mayoría de los artistas, ha experimentado, antes y después de labrarse la envidiable reputación de que hoy disfruta, sino también del esfuerzo y costoso sacrificio que implica su traslado á países tan distantes.

Así lo deseamos; enviándole desde aquí nuestro entusiasta y sincero parabién, por las distinciones conseguidas, mientras llega el día en que podamos confirmarlo con un apretado y afectuoso abrazo.

* * *



DIEZ MINUTOS DE DESCANSO. — Cuadro de MATEO BALASCH.

A UN ENSUEÑO

Lo infinito no es desconocido;
pero vive en el alma.
Me han dicho tu beldad. No te conozco:
pero te siento y basta.

Y así como yo sé que hay mil estrellas
que no se pueden ver por lo lejanas,
sé que eres astro tú de un infinito
vedado á mis miradas.

No te veo, cual átomo del mundo;
como mujer encantadora y casta.
Te veo sin la forma. Eres lo vago...
Lo que sólo el poeta siente y ama.

SONETO

Amores que pasaron á la historia
de los primeros años de mi vida...
¡del viejo corazón en la guarida,
sólo dejasteis deleznable escoria!
Un punto luminoso en la memoria,
como una estrella en el azul perdida;
una ilusión muy dulce, fenecida
entre mis sueños de ventura y gloria.
¿Quién eres ya? ¡Fantasma del pasado!
Algo que se ha perdido en lontananza
y que con ojos de presbicia veo...
Todo aquello que fué, ya se ha borrado.
¡Al desplumar sus alas la esperanza,
siempre apaga la llama del deseo!

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

LUZ Y SOMBRA

¡Cómo viertes, mañana esplendorosa,
auras y luz, perfumes y armonía,
y cómo, según va creciendo el día,
iluminas la espesa selva umbrosa!
Trina el ave, cantando melodiosa,
brilla la flor, ríe la fuente fría,
todo es goce y deleite y alegría,
todo es natura dulce y amorosa.
Pero avanzas ¡oh, nube ennegrecida!
y el sol ciegas y en lluvia te desatas,
y asolando la tierra, en su avenida,
van del turbión las fuertes cataratas.
¡Oh, sol de la esperanza, cuál das vida!
¡Nube del desengaño, cómo matas!

GONZALO DE CERRAJERÍA

A MALVINA

Gratos sueños de plácida ventura
abrigaba mi mente sin temores,
cortando rosas ó cogiendo flores,
en ti pensaba siempre con locura.
¡Cuántas veces, allá entre la espesura,
la luna contemplé, con sus fulgores!
¡Cuántas veces melífluos ruiseñores
sorprendí, publicando tu hermosura!
Pero aquello pasó, pues sólo abrojos
quedan en el jardín por mí regado
con lágrimas amargas de mis ojos;
la pintoresca fuente se ha secado,
¡y aun las caricias de tus labios rojos,
sin saber el motivo, me has negado.

RAFAEL DE CASTILLA
MORENO



Cuadro de Salvador Viniegra.

SALVADOR VINIEGRA

Temperamento artístico por excelencia, á nadie ha extrañado la celebridad que, en tiempo relativamente escaso, ha obtenido.

Sus triunfos honrosos, sus sueños de artista, sus entusiasmos que jamás han decaído, su carácter jovial y franco, como de buen andaluz y, más que nada, la sinceridad en todos los actos de su vida particular y artística, le han captado todas las simpatías, todas las amistades, todos los cariños, colocándole al nivel de los más eminentes cultivadores contemporáneos del arte de Rafael y Fortuny.



SALVADOR VINIEGRA

Contando como mérito principal un estilo propio, estilo español en todo y por todo, resulta ser un pintor genialísimo y *sui generis,* que bien puede tener la satisfacción de haber iniciado en el arte nuevos derroteros, sin caer en el defecto de las imitaciones, hoy tan en boga.

En sus primeros años estudió la jurisprudencia; pero su mente ardorosa no se avino con las materias criminales, y abandonó los libros por la paleta y los pinceles, con los que seguramente *estaba escrito* que había de obtener más importantes triunfos.

En la Academia libre de Bellas Artes de Cádiz, empezó á revelar las excelentes disposiciones y el privilegiado talento de que luego ha dado repetidas muestras.

Villegas, el insigne maestro sevillano, tan poco propenso á dar lecciones, tuvo y no poco tiempo en su estudio á Salvador Viniegra, que acabó de completar, junto al ilustre hispalense, la valentía en el trazo, la pureza en el dibujo, la brillantez de colorido y, por último, esa delicadeza y naturalidad que sabe imprimir en sus obras con un acierto encantador.

Citar sus cuadros más notables resultaría empresa muy comprometida, pues se expondría quien tal hiciera, á incurrir en un delito de omisión penable artísticamente.

Sus trabajos, *Perro que ladra no muerde, Fígaro, Un bautismo en Sevilla, Una sevillana, Para dos perdices, dos, En la plaza, La Virgen del Rosario, Fantasía veneciana, Un cuento, Un moro, Un guarda en la Mezquita, La Romería del Rosario* y *La bendición de los campos,* de la que se han hecho millares de reproducciones en oleografías, — justifican plenamente lo que digo.

Sus tres últimas producciones, *La vendimia, La recolección de la sal* y *Toma de velo,* resultaron tres acontecimientos de verdadera importancia. En los dos primeros cuadros, particularmente, se admira una observación de primera fuerza, pues hay tanta verdad en los asuntos, que no parecen la creación de un artista, sino trozos arrancados de la naturaleza.

Salvador Viniegra obtuvo primera medalla en la Exposición de Madrid, en el año 1880, lo propio que en las internacionales de Viena y Munich; y esto solo patentiza su mérito extraordinario.

Es, además, un compositor muy recomendable, y aunque probablemente nunca llegará en el mundo musical á ocupar el puesto que en el pictórico, no por eso deja de tenerle y muy señalado. Y conste que, si no llega, será porque no se lo ha propuesto: pues, en punto á música, se ha contentado con el *género chico,* él, que siempre cultivó la pintura *en grande.*

Andalucía, madre de tantos y tan notables artistas, considera y aprecia á Salvador Viniegra como uno de sus más predilectos.

Puede decirse que éste asume todas esas maravillosas cualidades que adornan á los pintores de la escuela andaluza, los cuales, dejándose de filosofías germánicas que dentro del arte encajan poco, excepción hecha de la especialidad ornamental, se limitan á reproducir la naturaleza espléndida y chillona que hiere sus ojos, la alegría que rebosa cuanto en la tierra aquella nace, el sol que tuesta las viñas de Jerez, la luz, los aromas y las flores que, como en ninguna otra parte, brotan en aquel hermoso pensil, con el fecundo germen de las razas moras, á ninguno otro comparable.

Salvador Viniegra desempeña actualmente el cargo de Subdirector del Museo Nacional de Pintura y Escultura, en justa recompensa á su talento y laboriosa actividad.

Manuel ESCALANTE GOMEZ



Vista parcial del taller de Viniegra en Madrid.



¡POBRE LOCO!

Son las dos de la madrugada. Un caballero y una señora, buen mozo él, joven y hermosa ella, suben por el amplio y obscuro paseo, lentamente, cogidos del brazo, con las cabezas muy juntas, secreteando y sonriendo con esa comunicativa ternura de dos almas que se funden en una sola, al calor de un mismo sentimiento. Ella esconde su rostro, oval y pálido, entre el alto cuello de su capa de pieles y las negras plumas de su sombrerito, que coquetonamente caen de izquierda á derecha, buscando su frente nacarina. El galán parece no preocuparse con el sutil Guadarrama que llega de la nevada sierra; el cuello de su abrigo toca, levantado por detrás, el ala del sombrero; pero, por delante, abierto con abandono, deja ver la blanca pechera de la camisa, en la que resplandecen los botones de brillantes... La conversación que sostienen nuestros dos nocturnos paseantes debe de ser interesantísima para ellos, pues andan despacio, muy despacio, temerosos tal vez de llegar demasiado pronto al fin de su dicha.

Súbitamente, ven surgir ante ellos una sombra extraña. La miran desagradablemente sorprendidos... Es un hombre con facha de señorito venido á menos ó de cesante, un tipo, en fin, de la rica gama de los pobres de levita... Es alto y flaco; viste un terno gris y ajado, de cuello grasiento, mangas cortas, grandes rodilleras, bolsillos rotos en la comisura, como por haber pretendido introducir en ellos, cosas de mayor volumen que su capacidad. Un pañuelo negro hace las veces de bufanda, y las manos y las muñecas del individuo, huesosas y velludas, salen desnudas de las mangas. No lleva camisa. Viejo sombrero, blando y alicaído, corona su cabeza echado hacia el cogote, y su largo cabello de un rubio rojizo, con mechones castaños, cae en revueltos rizos sobre su frente espaciosa y blanca, con blancura de piedra polvorienta. Bajo sus pobladas cejas, brillan hundidos sus ojos negros, febriles, húmedos... Los salientes pómulos de su enjuto semblante, desaparecen casi bajo la crecida y despeinada barba de rizos pegados, sucios y asquerosos... Por entre el bigote, se ven brillar sus dientes blancos, con blancura de hueso viejo. La boca permanece entreabierta, con el labio inferior grueso, colgante, amoratado. Aquel rostro parece el de un Cristo medioeval, con expresión de queja sonriente y amarga.

Mi hombre, tiende el brazo derecho ante la enamorada pareja, y balbuce con voz de tonalidad opaca:

—¡No!... ¡soñar no!... La realidad; la vida tal como es; los sentimientos tal como son... Nada de nostalgias, nada de anhelos... Esos son los cristales de aumento por donde columbramos dichas imposibles por lo suprahumanas... Luego, las vemos tal como son, sin la fiebre del sueño anheloso, y todo nos parece poco, mezquino, despreciable... ¡No! ¡soñar no!... Es la infelicidad eterna, es el escalón que eleva sobre lo humano y que nos condena á esperar inútilmente un más allá en las pasiones... ¡No! ¡soñar no!... Yo seré siempre desgraciado porque soñé lo que nadie más que un loco como yo, puede sentir. Lo ideal, la locura sublime de los sentimientos, reinando en lo infinito de los espacios imaginarios. Un amor eterno como el mismo Dios y, como Él, llenándolo todo, palpitando en todo... ¡Ah! ¡Lo imposible, esto es, lo soñado! ¡Mi ideal! ¡Mi sueño!... ¡Oh! ¡No... no!... ¡Me dais lástima! ¡No soñéis!... Descended á lo humano... no exijáis más sentimientos que aquellos que podáis expresar y demostrar, aunque el hecho de poder ser manifestados, revele su pequeñez. ¡Oh! ¡No no!... Si soñáis como yo soñé, os llamarán locos, y os veréis condenados como yo, á vivir teniendo por tesoros la soledad y la tristeza... ¡La soledad y la tristeza, compañeras eternas de los cerebros divinos, donde se alberga la razón superior, llamada locura por los que no llegan á ella!... ¡No soñéis!... no querais realizar las grandiosas concepciones del amor en sus momentos más sublimes de ardiente sentir, porque os despreciarán, porque os insultarán con el más grande de los títulos: ¡loco! esto es ¡semidiós!

Primero la sorpresa y luego el natural temor de habérselas con un demente, ante el cual no se sabe qué hacer para librarse de su importuna presencia, detuvo á los dos enamorados.

Por fin, el caballero tiró del brazo de su compañera y apartóse del intruso, que se quedó gesticulando en medio del obscuro paseo y gritándoles con su enronquecida voz:

-¡No!... ¡soñar no!... ¡Seréis eternamente desgraciados! ¡Viviréis la vida solitaria del triste, aunque os rodee la abrumadora é infinita vulgaridad!

-¡Pobre loco! — murmuraba entre tanto la joven, ladeando su hermosa cabeza para ver la de su galán como quien mira al cielo; y es el caso que dice cosas muy extrañas, pero que hacen sentir... no sé qué... algo... algo grande que empuja al corazón hacia los labios, con un sollozo y un... «más... ¡más amor!...» ¡Pobre loco!

Y dos cálidas lágrimas, temblaron en los sedosos y rubios párpados de la enamorada, al mismo tiempo que un suspiro agitaba su perfumado seno...

Luis de Val

COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de José Passos.

PASIONARIA EN LOS MONTES

Sujetó nerviosamente su fogosísimo potro color de perla, tirando con todo su brío femenil del riendaje blanco, su manita enguantada acarició mimosa el cuello del caballo, el animal dió un resoplido de placer y sacudió plácidamente las crines, correspondiendo galante á las delicadezas de la amazona, y, Luisa, una vez que hubo logrado esclavizar con aquel cariñito al bruto que montaba, volvió grupas, inclinó el busto, gentil como una escultura, se puso la manita á nivel de las sedosas cejas, á modo de pantalla, estendió á través de la hojarasca su mirada dulce y escudriñadora, cacheó con ella los altos y bajos del monte sinuoso y, no viendo figura humana al alcance de su vista, hizo tornasón con ambas manos y gritó con una voz tan argentina y armoniosa que parecía un escandaloso derrame de perlas sobre una bandeja de porcelana:

—¡Arturo!...

Tableteó el eco un instante por los montes, se perdió á lo lejos el último rumor con voluptuosidades y cadencias de sensual desmayo y... nada; ¡ni que á Arturo se lo hubiese tragado la tierra! ¡sin contestar!

Luisa se sobresaltó: era extraño. Cinco minutos antes venía tras ella, en su caballo negro que galopaba como loco, gateando monte arriba, monte arriba... ¿En qué podía consistir?... Verdaderamente era muy raro; muy raro: no podía ella explicárselo por más esfuerzos intelectuales que hacía.

—¡Oh!... á no ser que al saltar aquella maldita cortadura...

No concluyó Luisa de expresar su pensamiento; le horrorizaba semejante suposición: se llevó la mano al pecho, que le latía de sobresalto, exhaló angustiada un suspiro, evaporación deliciosa de carne y de alma al mismo tiempo y,... después, vertiginosa, rápida como la encarnación extraña y linda de un Eolo nuevo y femenil, partió á galope, pero á un galope inverosímil, peligrosísimo, monte abajo... monte abajo...

En cinco minutos desanduvo un kilómemetro. Inútilmente. Arturo no parecía. Ella le llamaba de cuando en cuando, al correr, al pasar; pero la voz se la llevaban las brisas y sólo se oía, en contestación á los gritos de la amazona, el pío de los pájaros, que medrosos levantaban el vuelo al atravesar el caballo color de perla, el susurro de la hojarasca y el choque de las pezuñas del potro sobre la tierra blanda. La pobre Luisa estaba ya alarmada en grado sumo; ya no le cabía la menor duda de que al jinete le había sucedido una desgracia. Corría con vértigo, sorteando milagrosamente sinuosidades abruptas y corpulentos arbustos, y su mirada, nerviosa y brillantina, lo registraba todo con rapidez eléctrica. Ya no podía más; se fatigaba; la asfixiaban el cansancio y las congojas. *Rayo*, su hermoso potro color de perla, babeaba ya guedejas de plata, se cubría de bordados blancos de espuma y resoplaba por las narices cálido vapor de horno. Ya dejaba detrás un trayecto de más de media legua; ¡y ella que creía — ¡lo que engaña la distancia! — que su Arturo la había estado siguiendo de cerquita, de cerquita!...



De pronto, la intrépida amazona paró el caballo en firme: al fin, allí, en la grieta de una cortadura, allí estaba el *Lucero*, el caballo negro de Arturo; se veía al animal inmóvil, abierto completamente de patas; de la boca le salían cuajarones de sangre...

Luisa se apeó de un salto. Se acercó al bruto herido; lo vió; lo palpó. Todavía respiraba el pobre animal, pero no podía salvarse; estaba medio muerto, reventado... Sacó Luisa de un bolsillo un diminuto revólver incrustado en nácar, levantó el gatillo, aproximó el cañón blanco á la cabeza del caballo negro, y dijo, disparando con mano convulsa:

—¡Pobrecito; para que no sufra!

Derramó una lagrimita de sentimiento; presurosamente, con gentileza y agilidad inverosímiles, volvió á montar en su potro, picó al galope y...

Los montes repercutían con rumores de voluptuosidad y cadencias de sensual desmayo:

—¡Arturo!... ¡Arturo!...

***

—¿Qué te duele, rico mío; estás mejor?—la gentilísima virgen, nunca hasta entonces había hablado á su novio tan delicadísimamente; — ¿quieres que te dé otro poquitito de agua?... bueno; pero muy poquitito, muy poquitito...— y levantaba con su brazo, lleno de turgencias y de aromas, la cabeza vendada de Arturo.

El joven la miraba con éxtasis, entre sonrisas dulces...

—Ahora á dormir; es menester que descanses un momento; tienes fiebre.

El se «dejó hacer», débil, mansamente, y ella tomó asiento á su lado, en el suelo, sobre el esmeralado verdimbre.

No tardó el herido en quedarse traspuesto. Con la misma sonrisa de bondad con que la estaba contemplando, se quedó adormecido; la fiebre le cerró los ojos con sus manos impalpables, invisibles y ardorosas.

Luisa entonces, con indolencia meridional, se dejó caer de espaldas sobre la alfombra de musgo y permitió que sus hálitos se fusionasen en beso de aroma con el ambiente grato del tomillo y del romero; quedó boca arriba, con las manos en alto, cruzadas bajo la seda de la nuca, echada al descuido, mirando al cielo y mostrando bajo el borde niveo de la enagua los deliciosos nacimientos de su escultura. Ya no tenía nada que hacer por el momento; ella solita había curado al herido, le había vendado, luego de lavarle cuidadosamente la grieta ensangrentada de la nuca con agua del vecino arroyo. ¿Qué le quedaba que hacer entonces? nada: los caseríos más próximos estaban sabe Dios dónde, lejísimos; no había un vehículo que les condujese; no sabía la pobre ni en dónde estaban.

Caía la tarde como un tul ahumado; el monte palidecía; los lucerillos comenzaban á encenderse... Luisa sentía nostalgia. Así reclinada sobre el césped, se dejó llevar por el ensueño; su mirada bogaba en lo etéreo, lo sondeaba todo, reinaba en el firmamento. Abajo, allá, lejos, en la línea de tierra, serpeaba un alto á nivel; era un camino de hierro. Ella paseaba la vista inadvertidamente por aquel surco recto, cuando vió un punto negro destacándose; se fijó; era un tren que venía. Miró con más interés; inclinóse algo... A poco, rumoroso aproximóse el ferrocarril, dejando una estela negra en pos, que caracoleaba como un penacho bajo el cielo azul. La locomotora corría rabiosamente; arrastraba una cadena de vagones... ¡y pasó como un rayo negro: parecía la carroza de Satán que volaba con el freno roto, arrastrándose, rastreando en serpenteo colosal... Luisa, cuando el tren desapareció, se quedó muy triste; su pensamiento se fijó entonces en su novio, que dormía; le vió respirar, sonreir durmiendo...

—¡Qué hermoso! ¡qué hermoso — pensó — debe ser el amor del tálamo!...

Instintivamente, acercó su carita sedosa hacia el rostro de él; respiró su aliento varonil y... cerró los ojos

de vergüenza; quiso retirarse y no pudo: aquel airecillo caliente la atolondraba de una manera espantosa... ¡oh! y ella que no sabía aún lo que era un beso de amor!...

Por fin, — ¡ah! ¿cómo no? — el pudor y el decoro de la mujer decente pudieron más en ella, y separó su carita de gloria de aquella corriente de calórico. Reclinó de nuevo el busto sobre la yerba, cerró los ojitos y... llorando, — ¡habría tonta! — llorando sin saber por qué... se quedó dormida...

A las dos horas, los dos, reíanse, jugando sobre el tálamo jugoso... olvidados del desagradable accidente que en aquel lugar les había detenido, y forjando en su acalorada imaginación los más halagüeños planes para el porvenir. Las hojas se besaban al rozarse sobre las copas de las encinas; el bosque dormía... Un ave nocturna daba risotadas especiales á lo lejos...

***

—¿Ves esta cicatriz?...—decíale Arturo á los dos años á su Luisa del alma, reclinando amorosamente su cabeza varonil de moro, sobre el busto tentador de su cristiana odalisca.



Y Luisa, haciendo un adorable mohín de niña mimosa, contestó con vocecilla de cadencias desmayadas, que parecía un delicado roce de perlas sobre una bandeja de porcelana:

—¡Oh, sí: tápala; qué vergüenza!...

Y luego, diabólicamente, con rumores apenas perceptibles... sin mover casi los labios...

—¿Te acuerdas, Arturo? Las hojas se besaron; mi potro color de perla, relinchó de envidia; la luna se veló pudorosa la cara de plata con un cendalito de nube... Una mariposa blanca y un gusano de luz, revoloteaban jugando sobre nosotros... ¡Eran la Castidad y la Pasión, que estaban componiendo un himno de amores, para bordar con sus ruinas de color las colgaduras de nuestro tálamo!

Francisco de la
ESCALERA

LA IDEA

«¡A las armas, valientes ciudadanos,
que el noble pueblo entre cadenas gime!
¡Guerra á la odiosa ley que nos oprime
y abajo para siempre los tiranos!
Esclavos de la idea,
luchemos, aunque sea
con armas desiguales,
hasta que el pueblo generoso vea
realizados sus santos ideales.
La lucha será horrible, encarnizada;
es preciso probar que somos bravos,
si queremos, al fin de la jornada,
que rompan sus cadenas los esclavos.
¡Guerra al tirano odioso
y á luchar con valor, pueblo animoso!»

Con estentórea voz y ademán fiero,
así hablaba un tribuno callejero
á una turba inconsciente que le oía,
que, ansiosa de saciar sus ambiciones,
con salvaje alegría
se agitaba y rugía,
al sentir halagadas sus pasiones.
Y aquellos desdichados,
torpemente engañados
con la loca esperanza
de llegar á ver pronto realizados
sus ardientes deseos de venganza,
fueron á la pelea,
á morir decididos por la idea.
Aunque poco aguerridos,
lucharon con furor, como leones;
pero fueron vencidos
por la fuerza brutal de los cañones.
Y los que por su suerte
no encontraron la muerte
en la lucha cruel, sañuda y fiera,
copados por las fuerzas enemigas,
fueron á descansar de sus fatigas
al famoso Peñón de la Gomera,
en tanto que el tribuno callejero
escapaba veloz al extranjero.

Lo mejor, en las luchas por la idea,
es que nadie se exponga ni se afane;
que espere á que termine la pelea,
¡y se vaya después con el que gane!

Manuel SORIANO



Repasando la lección, escultura de *Rafael Carreta*



¡Está enfermo el maestro! escultura de *Lamberto Escaler.*

Círculo Artístico



OBSEQUIO A LA NOVIA

Salón Robira (Fernando VII, 59).

MUÑOZ RUBIO



OBSEQUIO A LA AMIGA

Salón Robira (Fernando VII, 59).

EL ECLIPSE EN ELCHE

En Alicante quemaba el sol; la luz resplandecía en la atmósfera, molestando la retina y abrasaba la arena de la playa, encendiendo la superficie del mar dormido con rayos de oro; no hay otro espectáculo que cautive el espíritu como asistir á esta orgía de la inmensidad de los cielos con la inmensidad de la tierra, en horizonte abierto, despejado, más blanco que azul, y en que se mezclan al fuego cenital vaporosas claridades de aurora.

Descansando de las fatigas del viaje (si no penoso, aburrido,) en la magnífica terraza de uno de los cafés que miran al paseo de los Mártires, contemplaba yo absorto aquel cuadro indescriptible. Mi espíritu pagano rendía adoración al astro prepotente.. No agitaba las palmeras enanas del paseo ni una ráfaga de aire; la brisa traía en sus invisibles ondulaciones rumores y perfumes, pero no movimientos que azotaran el rostro; las gaviotas describían sus círculos caprichosos y los gorriones piaban descosidamente; todo era fuego, vida, calor: ni un celaje arriba, ni una bruma. — «¡Oh sol, oh padre, enemigo de la sombra, negación de la muerte!» — cantaba mi pensamiento. Nó, no es posible acostumbrar la imaginación, aun estando seguro del triunfo de los sabios, á la idea de que aquella inmensa ascua va á perder su brillo, y de que aquella atmósfera africana, donde hasta el aire caliginoso se ve palpitar incendiado, va á sentir una ráfaga fría. Se escapa esta frase de la boca:

—¡Un eclipse en día tan hermoso! ¡Bah!

Ciertamente, España es país mimado por la Naturaleza y tiene zonas privilegiadas. Ha establecido la Primavera su reino en Valencia y Murcia, llenando de flores los campos y dorando los frutos de los árboles y de las plantas; son los trigos rubios; las naranjas no son amarillas; las manzanas tienen un color encendido sobre el centro, como los claveles: pero en Alicante ha levantado el Estío su imperio: allí los granos de las uvas son rojos, de un rojo quemado, y hasta los blancos revientan jugosos al apretarlos en los dientes; el sol fecunda la tierra, y surge la vid con sus troncos híspidos y con sus pámpanos verdes que convierten el suelo en fronda, palacio de gnomos, de hormigas, de lagartijas, de cigarras y de arañas gigantes, negras, del tamaño de una nuez, que tejen caprichosos encajes con todos los matices del arco iris. Este paraíso aventaja al de Granada en que no hay nieves.

Recortando la playa, que de puro abrasada por el sol es blanca, adelanta el tren casi bañándose en las olas de una bahía que presta á las aguas toda la transparencia y toda la tranquilidad del lago. No han podido escoger los extranjeros sitio más á propósito para admirarnos y para dar su batalla memorable.

Batalla, efectivamente, casi sublime; las comisiones extranjeras están desplegadas en guerrillas; sus observatorios son fortalezas; es curioso ver lucir á la luz de un sol fulgurante tricornios, fusiles y cuchillas pavonadas. En este último de siglo, parece que no va á oir uno la trompeta del juicio final porque se acerca una catástrofe de los astros, sino el són épico de las trompas mandando romper contra el enemigo.

Busco refugio en un altozano, desde donde se domina el paisaje. Son las dos. En mi vida he visto escena tan pintoresca, tan rica en colores. Diríase que se ha multiplicado la raza en Elche. Por todas partes descubren los ojos cabezas inquietas, movidas. A lo lejos un vaivén de olas, un movimiento suave, un burbujear grandioso, indescriptible. Algunos trepan por los troncos de las palmas. A mi alrededor se agita un enjambre, pulula una multitud. Los más llevan pañuelitos atados al cuello, y muchos la americana sobre los hombros. Veo mujeres que se cubren la cabeza con el vestido, mostrando las enaguas limpias; cierto: el sol quema mandándonos oleadas de ígneos resplandores. Se ríe, se habla á gritos; pero á medida que se acerca la hora, el bullicio cede; los rostros reflejan ansiedad, supersticioso temor.

De improviso parece que una mano invisible pasa acariciando á la Naturaleza; se mueven las hojas; las ramas se inclinan; las aves pasan gritando con el vuelo abatido en vez de remontarlo al cielo; una gallina que está en un cercado próximo llama á los polluelos con las alas extendidas; el gallo cacarea; se oye ahullar á los perros lejanamente, y los hombres callan, callan aún. Ni un murmullo, hasta los suspiros expiran en la boca.

Luego las bestias quedan mudas también, pero entonces se levanta imponente el rumor de lo invisible. El viento cobra voz, es más fuerte, aprieta al ramaje, como castigándolo porque osa mirar continuamente hacia arriba; pasan ráfagas húmedas, frías, presagiando tempestad, y los hombres siguen silenciosos, pero se estremecen: más que la depresión atmosférica, se siente el aplanamiento del ánimo; la pupila mira á la inmensidad insondable, el entendimiento también: el entendimiento y la pupila se pasman ante el fenómeno, y temen que se consume; cae al mismo tiempo sobre la tierra y sobre la conciencia humana la sombra de lo desconocido. Ante el sol que se apaga comienza á brillar la pupila inconmensurable de Dios. Hasta los sabios, que pasan las noches interrogando al Poder infinito, tiemblan de emoción y se confunden con las plantas y los insectos, como todo cuanto está bajo el influjo imponente de la eternidad.

La luna avanza rápidamente; en el horizonte el resplandor diurno toma palidez mortal; la naturaleza se inclina al sueño; los rostros parecen, por lo desencajados y lívidos, muecas de la muerte. No sé que es más imponente, si este momento ó el momento total. ¡Qué triste, qué lúgubre todo! Arriba el sol irradiando, sin perder su aureola de lumbre; abajo la tiniebla ganando terreno, la noche triunfante en plena luna. Esto es lo que determina el terrible influjo de un eclipse sobre el ser orgulloso que se ha creído siempre amo y señor. En lo alto, claridad de aurora, en la tierra, negrura: hay claridad y todo está negro; la luna se impone; el sol luce en la inmensidad y este mundo nuestro pierde su imperio amoroso. En cuanto abarca la mirada se ve triunfar la sombra, sin que haya desaparecido el sol del hemisferio.

Y la tiniebla sobreviene sin penumbra, una tiniebla fatídica que no ha vencido de la luz. He observado en las espléndidas noches estelares del mediodía algo parecido: opacidad abajo, resplandor que cae sobre el fondo obscuro, arriba. Masas informes y abigarradas: lo visible de lo invisible; lo palpable de lo impalpable; la sombra del fuego; la sonrisa en el paladar de la boca que se entreabre para proferir un sollozo: esto, quintuplicado, es un eclipse. Y nadie hablaba, todos contenían el aliento; éramos todos sombras temerosas de despertar á las sombras. Mirábamos al cielo por temor de mirar á la tierra. En la tierra no había más que espanto y desolación ¡quietud de muerte! Arriba la esperanza, la perdurable esperanza del sér que camina en pos del ideal. Un círculo de fuego, rodeando á una circunferencia tan negra, que jamás la paleta del hombre ni la paleta de la naturaleza terrestre podrá reproducirla; una corona alba, inmaculada, vaporosa; Venus, el astro del amor, coloreado, triunfante; Mercurio palideciendo.

La solemnidad duró poco, y sin embargo pareció un siglo: lo que sucedió después no hay pluma que lo describa; figuraos que se levanta un telón cuando nadie lo espera y se descubre una cascada como la del Niágara; figuraos que, ciegos, abrís los ojos á la luz. No hay imagen que fije esta solemne resurrección de la naturaleza. En cuanto acaba el segundo de sombra, aparece el sol, y en ese segundo el sol triunfa; triunfan el fuego y la vida. Para expresarlo exactamente hay que decir que los rayos solares caen sobre la tierra como una lluvia en una tempestad de verano; la luz se despeña; todo el horizonte se ilumina; se incendia el ambiente; cantan los pájaros; los gallos sueltan su cacareo arrogante; se abren las plantas; vuelve el ramaje á mirar al cielo; cesa el frío; la naturaleza respira: ha abierto su mano próvida Dios.

¿Y el hombre? El hombre ríe, el hombre salta, el hombre grita como un pagano: «¡viva el sol!» El corazón más insensible transmite una oleada de sangre á los ojos, convirtiéndola en lágrima que cristaliza el aire ya ardiente y encendido por el astro diurno.

Los extranjeros están pasmados: se marchan encantados de esta tierra sin igual, de la belleza de su clima y de la hidalguía de su gente; esta vez resonará el nombre de España por esos países con frases acaloradas de elogio: hablará de ella la ciencia sin recurrir á tópicos de mal gusto ni á mentiras. Flammarion afirma galantemente que somos hijos del sol; otro sabio contestó á una observación que le hice:

—Dios bendijo el mundo y cogió á España en mitad de la cruz.

J. F. LUJÁN



MARINA, de José Fernández Alvarado

LA CANCIÓN DEL VINO

(FACETA).

Yo soy la sangre, la sangre de la tierra. Arde en mí el fuego que da vida; presto el calor que sostiene la existencia. Yo despierto las dormidas energías, hago vibrar el cerebro en reposo. Yo doy fuerza al débil y fortalezco al abatido.

Sobre la tierra oscura, por entre las hierbas que se secan apenas nacidas y no saben extraer del suelo los generosos jugos, esparzo yo las esmeraldinas hojas, y son mis verdes pámpanos emblema de la alegría, encanto de los ojos.

Cuando el hombre está cansado por una labor continua, cuando sus fuerzas se hallan casi extintas, basta que acuda á mí para que recobre todo el vigor que le falta; basta que penetre yo en la corriente de su sangre para hacerla más impetuosa, para infundir alientos á los músculos, vibración á los nervios, actividad al pensamiento. Si el pan es necesario al obrero, no le hace el vino menos falta. Uno y otro son fuente de energía, y es la que de mí emana mucho más eficaz y pronta.

No hay fiesta si yo no aparezco en ella. Los hombres aburridos, las mujeres desengañadas adquieren á mi contacto animación, ilusiones que ya no podía fingir su agotada fantasía, que no acertaban á darles sus nervios laxos. Yo suprimo la hipocresía y la mentira; cuando yo penetro en un organismo, hago que aparezca por entero con sus buenas ó malas cualidades, con sus defectos y vicios. Nadie resiste mi poder. Confiesa el criminal su culpa, exalta el apasionado sus sentimientos ó sus sensaciones, crece el altruismo en el generoso, se aprietan más las garras del avaro.

Ya chispee en la tallada ancha copa, ya enrojezca el jarro humilde, así bebido por bocas aristocráticas como sorbido por otras sedientas y famélicas, siempre produzco igual efecto.

El sol que absorvieron mis pámpanos, centellea en los cerebros; el calor que robé á la Tierra, templa los cuerpos; la esencia misma de la materia que en mí llevo diluída, anima el pensamiento, vigoriza el músculo, y esparce por doquier vida y alegría,—la alegría, que es salud y fuerza.

* * *



Dibujo de GARCÍA RAMOS.

¡SEVILLA!

Abril! ¡Mayo!... Cuando vayáis á Sevilla, id en esa época; Sevilla se adorna con su mejor atavío, se acicala, se llena de flores para recibir al forastero; lo recibe amable, fresca, gentil, con su más dulce sonrisa, con su más bello saludo, aturdiéndole con su hermosura de diosa, embriagándole con su aliento de virgen; por frío, por adusto que el forastero sea, tiene que entregarse: Sevilla entorna los ojos, y así, con los ojos entornados, le mira, se echa á reir é intiman al punto...

.... Esa es la Sevilla genial, la graciosa, la pintoresca, la que os seduce con una sonrisa, la que os enloquece con una copla, la que os mata con un retruécano, la que os coge con su mano redonda, pequeña, tibia, y os lleva á su catedral, á sus palacios, á sus jardines, á su Guadalquivir, adurmiéndoos con sus ojos ardientes, y despertando vuestra sed con sus labios húmedos; la que os lleva, en fin, á sus corrales de los Humeros y la Cestería de Triana y la Macarena, hasta que os vence, os rinde, os subyuga, y abrasado el cerebro de tanta luz, y vibrante el espíritu de tanta vida, pedís aliento, buscáis reposo en la habitación de vuestro albergue, la más silenciosa, la más apartada: y batallando allí contra todo aquello que os encadenó, sentís aún llegar hasta vosotros rumor apagadísimo de castañuelas; sentís aún, penetrar en vuestro corazón no sabéis que caricia embalsamada con aromas de nardos y claveles.

MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL ÚLTIMO CUENTO

Don Juan Arévalo, el eterno opositor á cátedras, ex periodista y novelador por entregas, se hallaba gravemente enfermo. Tan malo estaba, que murió en seguida, como él había previsto.

Su familia, que no le dejaba un momento, quería darle esperanzas, trataba de animarle; pero don Juan contestaba con un aplomo extraño:

—Nada, nada, que me muero, y en paz. No le deis vueltas. Estoy seguro de que me muero.

—Pero si ha dicho el médico...

—El médico puede decir lo que se le antoje; ya conozco yo á esos zánganos. Pero lo sé mejor que él... y, desgraciadamente, no me equivoco: me muero.

—Papá, tú deliras. ¡Vaya unas cosas de decir!

—Mira, Manuel (Manuel era el hijo mayor). Coge cuartillas, trae el tintero y la pluma, y escribe lo que yo te voy á dictar. Luego lo llevarás al director de *El Arte*, diciéndole que es mi último cuento.

El pobre Manuel se echó á llorar.

—No vengas ahora con lágrimas, hombre, y obedece la última voluntad de tu padre. Supongo que...

El obediente hijo trajo acto continuo cuartillas, tintero y pluma.

—Ahí, todo lo más cerca posible, en la mesilla, porque no puedo gritar mucho. Pon por título: *Cómo razona la muerte*. Y debajo: *Cuento*.

—Ya está, —dijo Manuel.

—Bueno, pues, ahora escribe aparte.

«La primera vez que la Muerte se le apareció á don Juan, tenía éste once años. Juanito no vió el esqueleto horrible que tantas veces le había asustado desde los cuadros de la iglesia ó desde los grabados del libro. La Muerte era, para Juanito, el entierro que veía pasar, el cementerio con su tristeza nocturna, la fosa solitaria, el ir para no volver el color del cadáver. Comprendió que todo aquello se le acercaba, para cogerle y hacerle desaparecer.

—Yo no quiero morirme, — exclamaba Juanito; — yo no digo mentiras ni hago enfadar á mamá. Y dice el señor maestro que luego pasaré á dividir por tres cifras. Mamá lloraría mucho si me muriera.

La Muerte se apiadó de Juanito; pero, murmuró, al marcharse:

—Volveré.

Y volvió cuando Juanito concluía la carrera de abogado.

Sorprendido y apesadumbrado, llorando á lágrima viva, le dijo el mozo:

—Me importa poco morir, pero no debo desaparecer del mundo, hago mucha falta en él. No tengo madre, estoy al cuidado de cinco hermanos pequeños. Déjame acabar la carrera, para que así pueda sostenerlos. Cuando estén educados y tengan con qué vivir, moriré tranquilo; ven entonces. Lo prometo con toda mi alma.

Y la Muerte desapareció, algo contrariada, repitiendo:

—Volveré.

Pasaron algunos años. Juan no se acordaba de las dos visitas que le hizo la Muerte. Abogado, rico, había colocado á sus hermanos y luego contrajo matrimonio. Tres chiquillos monísimos alegraban su hogar, y una esposa cariñosa y fiel compartía con el abogado los trabajos de la casa. En una palabra: Juan estaba tranquilo y satisfecho.

Cuando menos la esperaba, nueva visita de la Muerte.

—¿Y ahora? — preguntóle, fijando en él su codiciosa mirada.

—¡Ahora! ¡cuando todo me sonríe, con mis niños que me adoran y mi mujer que es capaz de morir para que yo viva! ¿No es bien triste?

Y el buen Juan derramó tantas lágrimas que una vez más inspiró compasión á la misma Muerte.

Encogióse de hombros ésta y alejóse también; pero no pronunció aquel «volveré» de las veces anteriores, quizá queriendo indicar: esta es mi última concesión.

Transcurrido otro lapso de tiempo, nos encontramos nuevamente á don Juan, abuelo de una porción de serafines, y postrado en el lecho del dolor, cara á cara con la Muerte.

—¿Supongo que en esta ocasión te encontraré propicio á seguirme?

Pues, te engañas de medio á medio.

—¡Canastos! ¡Eso va picando en historia! ¡Imbécil! ¡no puedes ya con la bula,... y aún te resistes á dejar este mundo! ¿Para qué quieres la vida? Vamos; basta de bromas. Vente conmigo.

—Ahora menos que nunca — dijo el abuelo. — Si yo me muero, aquí habrá una catástrofe. Yo evito, con mis canas muchos disgustos. Mis ahorros servirían para innumerables riñas entre mis hijos. Esos pequeñuelos que ves por ahí, son nietos y discípulos míos. Les educo mejor que si de hijos se tratara. ¿Quién les apartará, si yo falto, del mal camino? ¿Su padre? ¡Ah!, su padre, no. Su madre, tampoco; es muy débil. Únicamente puedo hacerlo yo. Hago falta, mucha falta. Vete, y, ya que al fin has de llevarme contra mi voluntad, vuelve cuando yo no sirva para nada.

La Muerte contestó, después de reflexionar un rato:

—Vine á buscarte cuando eras niño, en tu juventud, en tu madurez y ahora en tu ancianidad. Siempre te has excusado y siempre me has venido con promesas, abusando de mi bondad para contigo. ¡Eso es burlarse de mí! Primera y última. Te juro que no dejaré que me engañen de nuevo; seré sorda á toda consideración y súplica; no habrá cuartel.»

. . . .

Don Juan Arévalo descansó un momento, y luego, dirigiéndose á su hijo Manuel, añadió, con acento resignado, que iba debilitándose gradualmente:

—Me muero. Yo he oído pasos fúnebres, ¡aquellos pasos que conozco tan bien! y ahora va de veras: la Muerte, como digo en mi cuento, ya no hará jamás un viaje en balde, porque... la engañaron una vez.

Dibujo de J. Passos.

F. S. GIRALDOS ALBESA

LA REINA DOÑA MARIA DE MOLINA

PRESENTANDO SU HIJO A LAS CORTES DE VALLADOLID

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

Doña María la *Grande*, llaman los más notables historiadores á la reina Doña María de Molina.

Hija del infante Don Alfonso de Molina, hermano de Fernando III el *Santo*, casó en el mes de Julio del año 1282 con el infante Don Sancho, que luego fué Rey de Castilla y León, y que es conocido con el sobrenombre de el *Bravo* que le conquistaron sus hazañas, quedando á su muerte, ocurrida en 1295, por regente de su hijo Fernando, que sólo contaba nueve años.

Veamos cómo Doña María se elevó de mujer á hombre, reseñando, siquiera sea ligeramente, las graves dificultades con que hubo de luchar, para salvar las libertades patrias y el trono de su hijo, y de las que triunfó, merced á su elevado espíritu y á sus grandes condiciones para la gobernación del Estado.

Hallándose el rey Don Alfonso el *Sabio* en Roma, á fin de ganarse el apoyo del Papa Gregorio X, para ser reconocido Emperador de Alemania, murió su hijo primogénito Don Fernando. El infante Don Sancho, su hermano, con el apoyo de los ricos-hombres y de varias ciudades, fué reconocido como futuro monarca, reconocimiento que solicitó á la vuelta de su padre. Con arreglo al código de las *Siete Partidas*, el heredero del trono debía serlo el hijo mayor de Don Fernando, apellidado de la *Cerda*, por haber nacido con una en la espalda; mas, consultado el Consejo, declaró de mayor validez el parentesco de Don Sancho con Don Alfonso, que era de hijo á padre, que no el de los hijos de Don Fernando, que sólo resultaban nietos.

Tuvo, pues, que combatir Doña María contra los infantes de la *Cerda*, que se hicieron coronar por reyes en León y Sahagún, apoyados, el uno, por Don Jaime de



Cuadro de A. Gisbert — *Fot. Laurent*

Aragón, y el otro, por el rey de Portugal; contra el infante Don Juan, hermano de Don Sancho, que á la muerte de Don Alfonso reclamó la ciudad de Sevilla por habérsela dejado en su testamento, donación de la cual protestaron las Cortes, oponiéndose á desmembrar el reino; contra el infante Don Enrique, tío de Don Sancho, que aspiraba á la Regencia; y contra la Bula del Papa, que declaraba nulo su casamiento y bastardo á Don Fernando, por el lejano parentesco que tenía con su difunto marido.

Triunfó de tan diversos obstáculos, uniendo á la humildad y la dulzura de la mujer, la perseverancia y el valor del hombre.

Ante todo, procuró convencer á los pueblos de la conveniencia de reconocer y jurar á su hijo, como habían hecho con su abuelo el rey Don Fernando el *Santo*, de gloriosa recordación, salvando al Estado de tantas y tan opuestas facciones, y afirmando las libertades de Castilla. Buscó con empeño y logró con amor y dulzura, el apoyo de los Procuradores, poniéndolos frente á los ambiciosos infantes y los revoltosos señores que los ayudaban; y una vez obtenido convocó Cortes en Valladolid para hacer reconocer y jurar á su hijo.

El infante Don Enrique procuró impedir su reunión, y ya que no lo pudo conseguir empezó á malquistar á la reina con los pueblos, propalando que Doña María trataba de imponer nuevos y más onerosos tributos, y aconsejando á las villas y ciudades viniesen á las Cortes con numerosas y bien armadas fuerzas.

Producto de estas intrigas fué que al llegar Doña María á Valladolid la ciudad se negara á darla entrada; y el Consejo, los obispos y los señores, tan sólo accedieran á que entrase con su hijo, pero sin escolta ninguna; humillación que la Reina sufrió pacientemente.

Una vez ya en Valladolid, recibió á los diputados que habían acudido á las Cortes, escuchó sus quejas, y despachó sus causas *con tanta benignidad que robaba los corazones*.

Al fin, presentóse ante las Cortes, y en ellas, los orgullosos infantes, las soberbias familias de los Laras y los Haros, los altaneros ricos-hombres, que sólo pensaban en repartirse el Estado y exponer á Castilla á ser de nuevo presa de los musulmanes, jurando hoy lo que mañana no cumplían, se vieron derrotados por la unión de Doña María y del pueblo.

El laureado artista don Antonio Gisbert, verdadera gloria de España, pintó, por encargo del Congreso de los Diputados, el cuadro que hoy reproduce Album



PAISAJE

SALÓN: *Doña María de Molina, presentando su hijo á las Cortes de Valladolid,* copia fidelísima de aquel solemne acto.

La majestad de la Reina, la inocencia de Don Fernando, la ruda altivez de los infantes, están admirablemente expresados; destacándose, principalmente, la arrogante figura del célebre Procurador de Segovia que, según es fama, arrojó al rostro de los infantes aquel tremendo apóstrofe:

Que no quieren los villanos,
ni el vino del Sacramento
si viene de vuestras manos.

Una vez jurado su hijo por Rey, al objeto de no excitar demasiado el orgullo del infante Don Enrique, cedióle la tutoría del Don Fernando, reservándose ella su educación y crianza; logró del Papa, merced á una cuantiosa suma (1), que reconociera por válido su casamiento y por legítimo á su hijo; dió á Don Alfonso de la *Cerda* una renta de cuatrocientos mil maravedises; á Don Fernando, su hermano, el título de infante de Castilla; concedió á Don Juan que volviese á sus estados de León; pidió y obtuvo para su hijo la mano de Doña Constanza, hija del rey de Portugal, privando así de este apoyo á los *Cerdas;* y para distraer y emplear á los inquietos nobles, les hizo esperar en la próxima conquista de Granada, destrozada por las más opuestas y enconadas facciones; ganando, de paso, el amor de los pueblos con nuevos fueros, privilegios, franquicias y libertades.

Si éstas fueron pruebas de su diplomacia y habilidad, dióla, igualmente, de su valor y entereza, penetrando en Segovia por entre 2,000 hombres armados, de sus enemigos, que cerraron las puertas tras ella, negando la entrada al rey - niño, y cercándola por todas partes.

Su presencia de ánimo y su amorosa conducta la salvaron de tan grave peligro.

Los nobles, por ella vencidos, no le perdonaron su derrota, y á fuerza de intrigas, lograron malquistarla con su hijo que, tan olvidadizo como ingrato, se atrevió á pedirla cuentas ¡á ella, á quien debía el trono! ¡á ella, que, según los principales historiadores, tomó en diversas ocasiones cuantiosas sumas á préstamo para ganarle la corona, y para hacer la guerra á los moros, sin gravar á los pueblos, empeñando sus joyas y hasta su vajilla, *llegando á comer en cazuelas de barro por haberse deshecho de la plata en beneficio del público!*

Pero de esta nueva y dolorosa prueba salió tan victoriosa como de las anteriores.

(1) Diez mil marcos de plata.

Tirso de Molina, en su interesante comedia: *La prudencia en la mujer,* pinta de mano maestra la situación. Doña María, contestando á la acusación de su hijo, le dice, recordando cómo encontró á Castilla al ocupar la Regencia:

Un solo palmo de tierra
no hallé á vuestra devoción.

Y luego, al hablar de sus joyas vendidas y de sus vajillas empeñadas, añade.

Pero bien rica he quedado,
pues tanta mi dicha ha sido,
que el reino que hallé perdido,
hoy os le vuelvo ganado.

Don Fernando, no sólo reconoció su falta y la pidió humildemente perdón, sino que hubo de suplicarla asistiese á las Cortes de Medina del Campo, ya que los Procuradores no querían acudir á ellas sin su orden.

Como quiera que el reinado de Don Fernando fué bien corto, muriendo el 7 de Septiembre del año 1312, — *emplazado* para este día por los hermanos Carvajalés, dos caballeros á los que hizo arrojar desde la peña de Martos, por sospechas de haber muerto á un favorito suyo, — y á poco su esposa Doña Constanza, la reina Doña María tornó á la gobernación del Estado y, dando una nueva prueba de su valía y desinterés, y viendo los muchos pretendientes que se disputaban el poder, cedió la regencia á los infantes Don Juan y Don Pedro, quedándose, empero, con la guarda y tutela de su nieto, el futuro rey Don Alfonso XI.

Gravemente enferma, procuró confortar su alma con los auxilios espirituales; otorgó su testamento el 29 de Junio de 1321, sobrellevando su dolencia con la más tranquila resignación, hasta el mes de Julio: falleciendo en Valladolid, principal testigo de sus hazañas, en una casita contigua al Convento de San Francisco, y siendo enterrada en el Monasterio de Santa María la Real, llamado después de las Huelgas.

Murió, no tanto de los años como de las fatigas y pesadumbres de tres reinados, á cual más turbulentos.

Su fallecimiento llenó de dolor á los reinos de Castilla y León, de los que fué más que reina, clemente madre amantísima.

Creemos que nuestros ilustrados lectores, al leer esta pálida reseña de su gloriosa vida, reconocerán la justicia conque los mejores historiadores apellidan á la reina Doña María de Molina, Doña María *la Grande.*

E. RODRIGUEZ-SOLIS



Cuadro de CECILIO PLA.

NOSTALGIA

Con un mundo de ilusiones en el cerebro, mil risueñas esperanzas en el alma y unas quinientas pesetas en el bolsillo, llegó á la Corte en pleno mes de Mayo, en el mes de las flores y de las alegrías, en esa época en que todo es luz y color, y la vida parece deslizarse más dulcemente sin tétricos pensamientos que la acibaren.

El capital que constituía la fortuna de nuestro héroe, no muy respetable, pero... ¡qué le importaba! Contaba en cambio con los elementos principales para emprender con denuedo la difícil lucha por la existencia: tenía juventud para esperar, energía para hacer frente á las adversidades y fe absoluta en el porvenir...

Al fin, había visto realizarse su constante anhelo, la eterna pesadilla que le persiguiera tenazmente cuando vejetaba allá, en la apartada aldehuela de Aragón, de que era cura el bueno de su tío.

¡Madrid!... ¡La Corte!...

¡Qué bien sonaban á sus oídos éstas, para él, mágicas palabras, símbolo de dichas inextinguibles y de grandezas sin fin!

Muchas noches, sentado á la puerta de la alegre casita del cura, al pensar en la triste monotonía con que se deslizaba su vida, enfurecíase contra sí mismo y se motejaba de cobarde y de débil mujercilla, por carecer de la energía suficiente para sacudir el yugo opresor de su tiránico tío, que se negaba en absoluto á dejarle marchar, bajo el pueril pretexto de que Madrid era un satánico centro de corrupción, donde los jóvenes se entregaban inconscientemente á la crápula más infernal é ilimitada.

En vano exponía al inflexible sacerdote la necesidad de perfeccionar sus estudios en el arte de Apeles, por el que mostraba la vocación más decidida, y por el cual había abandonado toda clase de estudios. Su tío replicaba siempre que allí tenía ancho campo para alimentar su inspiración, pues la exuberante Naturaleza se prestaba para que trasladara al lienzo pintorescos paisajes, saturados de vida, de luz y de poesía.

¡La Naturaleza!

¡Bonito modelo! Como si todo consistiera en pintar valles, montañas, ríos y pastores... No, señor; él soñaba con más amplios horizontes; sus aspiraciones no se limitaban á ser un artista del *montón:* quería brillar, hacer que su firma adquiriera valor y renombre en el mercado; que sus lienzos figurasen al lado de los artistas de moda...

Cuando pensaba en esto, dejaba volar la imaginación, y al remontarse á las regiones de lo ideal, acudían á su cerebro, en desordenado tropel, mil rientes imágenes de hermosas mujeres que le brindaban con sus codiciados encantos; salones suntuosos donde era aclamado; briosos caballos que arrastraban lujosos trenes adquiridos con el producto de su paleta; teatros, bailes, carreras... y cuando más engolfado se hallaba en estas halagüeñas meditaciones, el insufrible canto de la chicharra llegaba á sus oídos á demostrarle que todo aquello que había *poseído* era una quimera de su soñadora mente, y que lo único que tendría, serían sermones de su tío, á diario; sandeces de las mozas del pueblo, á granel; y la obligada y de todo punto insoportable sociedad del alcalde, el médico y el boticario.

Llegó un momento en que, tras una terrible noche de insomnio, durante la cual maduró detenidamente su arriesgado plan, se decidió á llevar á la realidad aquellos embriagadores sueños que forjara su fantasía, y cuando el alba comenzaba apenas á matizar con mil cambiantes tonos las ensoberbecidas crestas del Moncayo, sin más equipaje que una maleta y su caja de apuntes y colores, emprendió el camino hacia el pueblo próximo, donde pensaba tomar el tren salvador que había de conducirle á aquella que él suponía encantada ciudad de promisión.

⁂

Hacía dos meses que estaba en la Corte nuestro soñador artista, y la miseria comenzaba ya á mostrarle su horrible faz.

El desencanto empezó á hacer presa en el ánimo del infeliz muchacho, que se iba persuadiendo de la cruda realidad que rige todo lo existente. Ya no soñaba; solamente se ocupaba en buscar el modo de ganar el sustento, y esto le resultaba bastante problemático.

No tenía firma; era desconocido de todos; nadie le atendía.

Cuando mayor era su angustia, cuando comenzaba á acariciar como idea salvadora la del suicidio, una imprevista y triste circunstancia llegó á metamorfosear su mísera existencia.

Su buen tío, el virtuoso cura, había muerto: había muerto perdonándole y dejándole heredero de una modesta fortuna, conservada y aumentada á costa de inconcebibles economías.

Nuestro héroe tuvo un legítimo pesar; pero éste pasó pronto, cuando le hicieron entrega de unos cuantos miles de duros. Inmediatamente de *verse rico*, pues tal se juzgó el pobre iluso, alhajó decorosamente un modesto estudio, en el que se encerró hasta dar término á un cuadro que pensaba presentar en la Exposición, con la halagadora esperanza de conseguir el codiciado premio...

La suerte protegió sus afanes. Su firma iba abriéndose campo y separándose de esa pléyade numerosísima de *mancha lienzos* adocenados que inundan los bazares de arte con sus pecaminosas producciones. El porvenir se le presentaba bajo los mejores auspicios.

Saturado de estas embriagadoras esperanzas, se entregó por completo á una vida rodeada de todo género de comodidades.

La *fama* le había proporcionado entrada en los más distinguidos salones. Literatos eminentes, políticos de la situación y artistas de renombre se vanagloriaban con su amistad y le brindaban con su protección.

Decididamente el joven no podía quejarse de su buena estrella, y, sin embargo, cosa rara, á medida que alcanzaba mayor notoriedad y veía aproximarse el fin que se propuso, cuando desfilaba ante sus ojos ese abigarrado conjunto de placeres y grandezas, que hacen mirar la vida como tesoro inapreciable y el mundo como un encantado edén, exento de privaciones y amarguras, un extraño malestar, una congoja inexplicable se apoderaba de su alma y le hacía caer en un estado de cruel enervamiento que le abismaba en un mar de dudas acerca de su pasado y de su presente.

¿Qué había sido él?... Un pobre aldeano que gracias á los desvelos de su bondadoso tío, no tuvo que recurrir á labrar la tierra ó á cuidar del ganado, como hacían los de su pueblo...

Varias veces, al frecuentar los salones á que habíanle dado acceso su mérito indiscutible y sus valiosas amistades, sufría una mortal inquietud. Aquel ambiente que respiraba de suntuosidad y nobleza no era el suyo; él se juzgaba la nota discordante de tan brillantes reuniones. Cuando le prodigaban elogios, apenas acertaba á balbucear alguna frase con que demostrar su gratitud... Razonando cuerdamente, suponía que aquellos plácemes que daban al artista, nada tenían que ver con el hombre, á quien, todo lo más, concedían una indulgente tolerancia, sin que nunca llegaran á mirarlo como a igual. Veía la farsa constante de la vida, la necia ostentación de grandezas que por lo común no existen; el amargo convencionalismo de las amistades; la titánica lucha que el hombre se ve obligado á sostener para hacer frente á las múltiples exigencias del *buen tono*, y la ridícula posición en que se coloca el hombre, cuya vanidad llega al extremo de querer asaltar un mundo que no le pertenece...



Al persuadirse de la triste realidad, recordaba el loco anhelo con que había perseguido á esas falsas deidades que se llaman *Fama*, *Amor* y *Fortuna*, y despeñándose desde el pedestal de la fe, hasta el abismo de la desilusión, sentía la abrumadora nostalgia de la blanca casita del sacerdote; recordaba con dulce fruición las ingenuas sandeces de las mozas del pueblo, y echaba de menos la sana sociedad del médico, el alcalde y el boticario de aquella apartada aldehuela de Aragón, de que había sido cura el bendito de su tío...



C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA



Fot. Esplugas.

MADRID ELEGANTE

LA PRIMAVERA DE 1900

Largo tiempo tardará en borrarse el recuerdo de esta brillante primavera, en la que han renacido todos los esplendores de la vida aristocrática, que parecían desterrados para siempre de la antes bulliciosa Corte de las Españas, á causa de los continuados embates de la suerte.

«No hay mal que cien años dure», dice un refrán muy conocido, y en frase más galana, pudiera también decirse con el clásico latino, *Post núbila Fœbus*, al contemplar este verdadero renacimiento de la vida madrileña, que ya se manifiesta al aire libre en la mayor concurrencia que asiste á las Carreras de Caballos y al Tiro de Pichón, cuyas *reuniones*, en el elegante Pabellón de la Casa de Campo, se cuentan por llenos; ya en el interior de los salones aristocráticos, donde se reproducen aquellos bailes suntuosos que hicieron célebre la fastuosa esplendidez de próceres ilustres como los difuntos Duque de Fernán-Núñez y Marqués de Viana, y como el antiguo jefe de los tradicionalistas, el caballeroso Marqués de Cerralbo; ya, por último, tiene manifestación más solemne, algo así como una verdadera consagración, en la apertura de las estancias del regio Alcázar, cerradas durante todo el lapso de la actual Regencia.

***

No hemos de entrar aquí en minuciosas descripciones de todas estas fiestas, hechas ya con oportunidad por toda la prensa; pero sí consignaremos algunos detalles de los que se escapan al cronista del periódico diario.

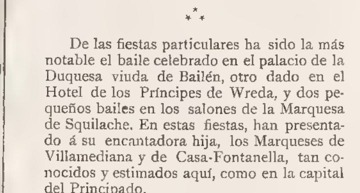
Las invitaciones para los bailes de Palacio han sido muy solicitadas; los dos bailes dados por la Reina han estado brillantes; la concurrencia al primero fué menos numerosa y toda se hallaba congregada en la espléndida sala del baile; los restantes salones se hallaban desiertos, á diferencia de lo que ocurrió en el segundo baile, en el que la concurrencia se dispersó por todas las magníficas estancias, formando artísticos y animados grupos.

Se ha visto á muchas damas que han elegido estas fiestas palatinas para presentarse en sociedad, después de una larga ausencia, ó para presentar por primera vez á sus hijas; entre las primeras, recordamos á la Marquesa de Monistrol, á la Duquesa de Osuna y á la Marquesa de Camarasa; y entre las segundas, á la encantadora hija de los Marqueses de Castellones.

***

Del *cotillón* celebrado en las habitaciones particulares de S. A. R. la Infanta Doña Isabel, se ha hablado poco, pero fué una fiesta magnífica y muy elegante; dirigió el cotillón el Duque de Luna, primogénito del de Granada, con S. A. la Infanta Doña Isabel; se repartieron panderetas, castañuelas pintadas, cajas de bombones y otros mil caprichos, todos ellos de fabricación española. Bailaron unas sesenta parejas.

***



De las fiestas particulares ha sido la más notable el baile celebrado en el palacio de la Duquesa viuda de Bailén, otro dado en el Hotel de los Príncipes de Wreda, y dos pequeños bailes en los salones de la Marquesa de Squilache. En estas fiestas, han presentado á su encantadora hija, los Marqueses de Villamediana y de Casa-Fontanella, tan conocidos y estimados aquí, como en la capital del Principado.

También hemos tenido el gusto de saludar á la distinguida dama catalana Marquesa de Castel-Florite, que ha pasado una temporada al lado de su hermano el Conde de Garay.

***

Una moda para celebrar cotillones, que ha cundido bastante: varios de los amigos más íntimos de los dueños de la casa donde ha de bailarse, llevan una figura, y de ese modo se verifican verdaderos *asaltos*, en los que reina mucha animación, y los cotillones resultan preciosos y variados.

MONTE-CRISTO



CALLE EN UN PUEBLO DE CATALUÑA; apunte de G. Camps

POMPADOUR

A Laurenta.

Celeste concepción, sublime hechura
que á su mismo Creador celos le diera,
si rebelde á su voz se propusiera
disputarle las glorias de su altura.

Que lánguida en el mundo la hermosura,
culto eterno á sus plantas le rindiera,
y el alma, cautivada, la creyera
de las vírgenes todas la más pura.

A su paso, la fuente temblorosa,
cadencia y suavidad la llamaría,
el ave su canción, matiz la rosa,

las estrellas fulgor, su luz el día,
y, si acaso el amor tuviese diosa,
ella la diosa del amor sería.

Manuel M. Mustelier

¡IMPOSIBLE!

Destruyendo en su lucha el pecho mío,
combaten en mi sér fuerzas hircanas,
ostentando el salvaje poderío
de las rudas tormentas africanas

Espartano valor tener quisiera,
libertad dando á la pasión que encierro;
ó tener bravo corazón de fiera,
ó tener fuerte corazón de hierro

Forma humana á este amor que se agiganta
quisiera concederle de repente,
para ahogar en mis manos su garganta
ó hacer saltar en átomos su frente.

¿De qué sirve del hombre la grandeza,
si no puede humillar un sentimiento,
si no halla en la razón su fortaleza,
si no mata al nacer su pensamiento?

Quise olvidar y me sentí cobarde,
la fe he buscado y la sentí perdida,
¡para retroceder era muy tarde!
¡es tan corto el camino de la vida!

¡Me llevó al imposible el idealismo,
y ya ni aún compasión el alma invoca!
¡suicida que se arroja en el abismo!
¡náufrago que se estrella en una roca!

Narciso DIAZ DE ESCOVAR

CREPÚSCULOS

A MI HERMANA

Cuando al morir la tarde silenciosa.
en tu pecho mi frente reclinaba,
y hambrienta de cariño me embriagaba
contemplando tu imagen candorosa;
en nubes bellas de color de rosa,
envuelto el día vi que se ocultaba,
y sólo imaginé que recataba
por breve tiempo su presencia hermosa.
Mas hoy, en cambio, cuando acaba el día,
sin sentirte, mi bien, al lado mío,
sólo veo surgir noche sombría,
y en mi triste y penoso desvarío,
me imagino que el día y mi alegría,
se hundieron para siempre en el vacío.

Elisa CASAS



Cuadro de E. Alvarez Dumont.

ANARQUISMO (fábula).

Los dos compañeros, Sultán y Rabicorto, merodeaban en el mismo barrio, y en la misma espuerta, muchas veces, ó en el mismo basurero, saciaban su canino apetito. La amarga filosofía que el arrastrado vivir engendra y despierta la envidiosa contemplación del bienestar ajeno, hacíales melancólicos, gachas las orejas y rabo entre piernas. Sufriendo aquí palos, allá coces, lazos, pedradas y la terrible amenaza de munipales morcillas; siempre perseguidos, á salto de mata, hambientos y derrotados, así vivían, mientras ¡oh sarcasmo de la suerte! ¡oh injusticia de la ley! otros seres de la misma especie, tan perros, al fin y á la postre, como ellos, dormían sobre cojines de raso, se desayunaban con pastas de huevo, cenaban rollizos perniles, y blancas manos les rascaban el lomo y espulgaban á su sabor.

Haciendo tan odiosas comparaciones, Sultán y Rabicorto gruñían de cólera, y sentían revivir aquel deseo, en sus perrunos coloquios confesado, de dar una dentellada al galgo canela que, con manta azul de paño fino, collarín de niquel reluciente como la plata y sujeto de sedoso cordón, sacaba de paseo todas las tardes el criado de la casa grande. Le veían también en el jardín tomar el sol entre los rosales, ó abrigarse de la lluvia en la caseta de mimbre del soportal, y, en ocasiones, el indecente burgués subía al coche de los amos y se marchaba tan orondo, frunciendo el hociquillo desdeñoso.

Para él no había ley, ni Roque, ni fatigas, ni hambres, ni sufrimientos. ¡Infame burgués! Le cobraron tan grande odio Sultán y Rabicorto, como sólo en el corazón humano puede caber, y decidieron, á fin de vengar á la especie y castigar la irritante desigualdad, no lo que á los anarquistas de la escala superior piadosamente se les ocurriría: destruir la casa grande, pongo por ejemplo, y que pagaran los justos las cuentas del insolente canelo... sino arremeter contra él y destrozarle á mordiscos. Le acecharon, le asaltaron, y entre los dos le tarascaron con tal furia, que la manta y la vida del infeliz en los colmillos quedaron de sus enemigos, sin que de nada le valieran el auxilio y la compañía del lacayo azorado, huyendo los dos cómplices calle abajo prestamente.

Por la noche volvieron á lamer la sabrosa sangre de su víctima, gulusmeando á sus anchas en el arroyo; y como no había guarda que lo estorbara, ni can que la defendiera, Sultán escaló la tapia y se introdujo en el jardín, atraído por cierto olorcillo que sus finas narices de podenco percibieran. También sentíalo Rabicorto, pero llevaba una pata (con perdón) á la rastra, por causa de un vapuleo ganado en otra aventura nocturna, y aunque se esforzaba, no podía saltar, en tanto que el compañero se llegaba á la caseta del muerto, y en una escudilla, llena de sopas de leche, metía el hocico famélico.

—¡Sultán, compañero!—aullaba tristemente Rabicorto; —ayúdame á subir; mira que partir tenemos, como buenos hermanos.

¡Que si quieres! Sultán se relamía, sabiéndole á gloria la sopa del burgués y su lanudo almohadón, sobre el cual dió cuatro brincos de regocijo así que limpió la escudilla, sin cuidarse de su compañero que tras de la tapia seguía gruñendo:

—Mira, que me des la mitad, si no alboroto el barrio y llamo al guarda.

—¡Imbécil!—ladró furioso Sultán.

Y propinó á Rabicorto tan fraternal dentellada, que le descalabró, yendo á tenderse luego sobre la cama del canelo sibarita, con gruñidos sordos de indignación contra esa miserable canalla, cuyos lamentos, protestas y amenazas pueden turbar la digestión de unas buenas sopas de leche...

Carlos María OCANTOS

DOMINGO



NAPOLEÓN Y SU

...O MUÑOZ



... ESTADO MAYOR

Salón Robira (Fernando VII, 59.)



CHAMORRO

Las sombras anegaban el poblado, y por entre las fangosas calles y callejas que formaban las mal alineadas chozas, bailoteaban las antorchas que habían encendido los carreteros, para dar á las yuntas de las carretas luz con que ayudarse á salir de los atascaderos y á enfilar el camino.

Conforme iba enderezándose el bagaje, la tropa, en dos hileras, se alargaba por el potrero, después de picar la alambrada, y con receloso y apagado paso perdíase en las sombras, para buscar el callejón de entrada del vecino bosque.

Con lumbre mortecina ardían en el poblado las hogueras de los últimos ranchos. Del lado del río y en dirección de Oriente, la noche sacudía su somnolencia con perezoso bostezo y húmedo aliento que aventaba las primeras brisas de la mañana, saturadas de rocío.

Desdoblábanse las hileras y se apartaban del camino, para entrar por el potrero, en cuyo fondo adivinábase la marcha, por el chasquido de algunas ramas al troncharse, ó por el roce metálico de los vasos ó marmitas contra el pomo de las bayonetas.

Por el camino crugía el maderamen de las carretas y de la carga, al hundir de encontronazo las ruedas en los profundos barrizales.

Los carreteros azuzaban al ganado con voz apagada, contagiándoles, sin duda, el solemne silencio de la noche.

Por toda la columna había corrido, desde la víspera, que aquel día esperaban atacar al convoy fuerzas considerables.

Caminaba la vanguardia con paso receloso y la columna iba perdiéndose en el boquete del bosque. La humedad calaba las ropas y desazonaba los cuerpos con una punzante sensación que llegaba hasta el hueso. Alborozábase la fronda sacudida por la brisa y á su impulso desfilaba la hojarasca todo el rocío de la noche.

Fueron disipándose las sombras y, aclarando el día, empezó á llenarse el callejón del bosque de una lividez matutina y siniestra.

Hizo alto la sección de vanguardia, en un recodo del camino, para esperar al convoy que venía retrasado.

Con los primeros albores del día, alboreó también el buen humor en algunos soldados.

—¿Qué te pasa, Chamorro?

—Sargento Pérez, á Chamorro lo vamos á mandar hoy con las acémilas.

—¿En cuántos charcos te has caído, Chamorro?

—Chamorro se nos vuelve hoy rana.

—Chamorro, ¿hay *cerote* hoy?

No contestó Chamorro, y el teniente, imponiendo silencio á la sección, vino á aliviarle del chaparrón de chirigotas.

Justa era la extrañeza, y afirmábala más el semblante mudo y resignado con que Chamorro recibió las bromas de sus compañeros.

Pasaba hasta aquel día, entre ellos, como el más dicharachero, el más risueño y el más intrépido de los exploradores.

No era el soldado de otras veces. Ni él mismo se reconocía bajo su *plus* embadurnado de barro por las frecuentes caídas, é invadidos los miembros de su cuerpo por súbita torpeza y abrumadora fatiga.

No había dormido nada en la noche anterior y apenas si, en el día precedente, comió unos trozos de galleta; pero esto le había sucedido otras veces, sin que por eso notase un desmadejamiento semejante al presente.

Se sentía otro, desde que recibió la primer carta de su pueblo. ¡Siete meses sin noticias; siete meses de miserias, de privaciones; de riesgos que él mismo había solicitado desde que entró á formar parte de aquella sección de exploradores que sorbía á diario la muerte en todas las encrucijadas del camino. Pasaban de repente por su imaginación todas las vicisitudes de la campaña: su primer fuego; su desaliento en los primeros instantes; el sosiego que llevó á su espíritu el deseo de distinguirse de los demás. Luego, el recuerdo de las sucesivas escaramuzas, en las que, á fuerza de hábito templó el valor, hasta darle tensiones de locura.

Sentó plaza de bravo Chamorro, y con ella, la cimentó también de ocurrente. Pues es cosa sabida que en la guerra el ánimo presta valor á las palabras, y aún en la simplicidad de éstas, llevan siempre el peso que les da el esfuerzo.

Se apartó la vanguardia del camino, después de largo

espacio de marcha, y enfiló cautelosamente la senda que, por el guayabal, servía de invariable flanqueo á la columna y aseguraba el paso del río.

Pensativo y torpe, fué quedando Chamorro retrasado, olvidando como otras veces disputar el puesto entre los primeros, á medida que se avecinaban las márgenes del río. Dos veces oyó las amonestaciones del oficial y enderezó el cuerpo, apresurando el paso, para cerrar la distancia; pero volvió de nuevo á caer en el abandono que, desde la noche anterior, al recibir y leer la carta de sus padres, le invadió de súbito.

Rumiaba su imaginación los conceptos de la carta, y su mano estrujaba en el bolsillo el manuscrito:

« Desde que te fuíste, la Leonor no paró, ni por conmiseración, *un piazo* de darnos disgustos... A fuerza de tomarle apego á Dieguín, el hijo del tío Diego, ha ido dejando la vergüenza entre sus carantoñas; y perdida ésta, sin estorbo los dos para sus antojos, se han *cansao* de dar escándalos en el lugar.

» Lo que la malicia advierte y la bondad recela, á fuerza de atravesársele en los ojos, no tardará en salir á la cintura de la moza, de un modo tan claro, que no escape á los ciegos.

» Mira, hijo, que no son figuraciones de tus padres. »

¡Qué iban á ser! Ceguera suya fué desde un principio no atender á los consejos, desde aquella tarde en que, al saltar la tapia del olivar inmediato á la ermita, vió á través de los campos, correr desaladamente á Dieguín y adivinó en el desabrochado corpiño de la moza y en la anhelante turbación de su rostro, las huellas de una violenta escena que Leonor disculpaba con un mutismo cuya obstinación sembraba en la buena fe el más poderoso germen de sospecha.

La realidad trajo á la mente del buen soldado pruebas crueles, entre efusiones de ternura y promesas de cariño. Ahora veía claro y se explicaba los sofocos repentinos de Leonor cuando acertaba á cruzar con Dieguín, y la amargura trajo á su memoria la escena de la tarde de despido, cuando, al cruzar por las eras, su Leonor, con los ojos arrasados en llanto, tuvo una mirada para el hijo del tío Diego que, juntamente con otros hijos de ricachos, retozaba al sol, tendidos sobre los montones de mieses cosechados por sus padres.

Bien dijo Leonor, entre sollozos, al partir el tren:

—Que para los ricos era la miel y para los *probes* la... guerra.

Miel saboreada á distancia habían sido, para él, los encantos de la mozuela; y con ellos había endulzado el silencio de aquellos meses de campaña, transcurridos entre tragos de amargura y sorbos de muerte.

Renegaba de sus esperanzas; de los riesgos inútilmente corridos; y á medida que avanzaba por aquel mismo guayabal, donde en tantas ocasiones desafió la muerte, sentíase invadido por un profundo malestar, venido del fondo, de las márgenes del río, que ya pisaban sus compañeros, invadidos á la sazón, por una profunda calma recelosa y siniestra.

¿De dónde sacar energías ni para qué ambicionar hazañas, si la carta aquella acababa de matar sus entusiasmos?

Con la pérdida de las ilusiones, había decaído su ardimiento, cual si una prematura vejez hubiera agostado su juventud.



Invariablemente veía ante sus ojos, desde la noche anterior, la imagen de Dieguín, comentando con los mozos redimidos á metálico, los sucesos de la guerra, é interrumpiendo las conversaciones graves, para dar contestación á las puyas que sobre sus nuevos amoríos le lanzaban los mozalbetes de los ricachos, en los corrillos de las eras ó en las ociosas tertulias del domingo.

Bronco disparo que estremeció las selvas, seguido de un estruendoso traqueteo que desgarró la siniestra calma, sonó á boca de jarro y á su frente, tronzando ramas y descortezando árboles, en medio de un asalteador enjambre de chasquidos que besaban el espacio con beso de muerte.

¡Arriba y fuego! — gritó el teniente. Y una rociada de balas que gruñó al rebotar en las márgenes del río, hizo bajar, sin darse cuenta de ello, la cabeza á los tiradores y apresurar el paso para entrar en fila.

Chamorro llegó á ella vacilante y temeroso.

El enemigo, emboscado en la margen opuesta, gritaba desaforadamente, entre el estruendo de sus fusiles, y disparaba con rabia.

Silbaban los proyectiles á lo largo del guayabal ó sacudían la hojarasca del suelo, alzando nubecillas de finísimo polvo.

Chamorro, abandonado por sus fuerzas, vaciló angustiado en la fila y, tardando en elegir puesto donde acomodarse, abordó indeciso los costados de un grueso tronco... Disponíase á cargar, trémulo, oyendo las imprecaciones amenazadoras del sargento, cuando cayó arrollado por brusco golpe que hizo rebotar su ensangrentada cabeza sobre las raíces del árbol.

***

Desembarazado el paso del río, regresaba la sección en busca del convoy que, por la hondanada del camino, azuzaban con voces y trallazos los carreteros.

Dejaron los soldados sobre un ribazo el cuerpo ensangrentado de Chamorro, para depositarlo, cuando cruzaran, en una de las carretas; y el oficial, volviéndose emocionado á los exploradores, murmuró, á manera de oración fúnebre:

—Fué un valiente y ha muerto por desmentirse.



La explicación era buena y sencilla; pero la verdadera quedaba abandonada allá abajo, sobre un charco de sangre, al pie de las raíces, y en un rugoso papel que Chamorro abandonó con la vida. Probablemente se hundiría como el pobre mozo en la eternidad: nadie llegaría á saberla nunca, excepción hecha de dos desconsolados viejos y de una pérfida mujer.

Sobre los copudos árboles del camino, alzábase el sol en su carrera, y sus abrasados rayos iban á beber en los límites del guayabal el diminuto charco de sangre que enrojecía el rugoso papel; en tanto que allá lejos, en otros continentes, doraba con dulces matices crepusculares los montones de mieses de Dieguín, que aguardaba en las eras la cita de Leonor, quien iba invariablemente en su busca, á la hora del crepúsculo, para cantar juntos con ardiente alborozo sus amoríos en todos los rincones del lugar.

CRITÓN

Ilustraciones de J. PASSOS.



GITANA; por B. GILI ROIG

AMORES FOGOSOS

¿Cómo eres, linda vecina,
tan cruel que hasta toleras
que se pase horas enteras
tu novio junto á la esquina
que le sirve de sostén,
pintándote sus amores
y pasando más sudores
que un pez en una sartén?
¿No teme una insolación
que mate sus alegrías,
entre el calor de estos días
y el fuego de su pasión?
¿No teme ese desdichado
que te hace el amor formal,
morir en la acera, igual
que un tostón, mal comparado?
Hombre, que se eche en remojo
y que te deje de ver,
pues si no, vas á tener
muy pronto un amante *al rojo*.
Dile: —«Al vado ó á la puente;»
para ver si así se va...
¡Aunque *alvado* ya estará
con el calor que se siente!
Por eso al café de al lado,
entra á veces tan corriendo...
¡Es claro, irá el chico ardiendo,
á tomar un chico helado!
Su calma me maravilla,
y si sigue empedernido,
le vas á ver convertido
en chuleta á la parrilla.
Despídele, que si no,
abrigo serios temores,
y, al verle pasar sudores,
los estoy pasando yo.
No seas tan inhumana;
a tanta crueldad no llegues,
y échale agua, cuando riegues
los tiestos de tu ventana.
Al chico le ha de agradar
y no ha de causarle enojos;
si no, entre el sol y tus ojos,
vamos, se va á achicharrar.
Pero comprendo ese empeño:
pretendes con tu rigor,
que le dilate el calor
y crezca, ya que es pequeño...
Pues si eso no puede ser,
mándale, compadecida,
con viento fresco en seguida...
¡que te lo ha de agradecer!

JOSÉ RODAO

EL ALHICHANTE (1) ACHANTADO

(TRADICIÓN)

En *el nombre de Dios clemente y misericordioso.*

Sobre cinco grandes preceptos, tan firmes como las columnas del templo de Karnak, se mantiene nuestro culto, el culto externo del islam.

La oración.

El ayuno.

La limosna.

La guerra Santa — ó sea, tomando la palabra *djihad* en su recto sentido, la propaganda religiosa — y

La peregrinación á la Meca.

El primer templo que levantaron los hombres es el de Becca. Se alzó para ser bendecido y para servir de dirección á los humanos.

Hacia él, muchos años hace, encaminaron sus pasos, desde la Alpujarra, Acafi, Bahira y Xara.

Acafi y Bahira habían leído muchas veces el *teuzil* (2), libro que descendió de las alturas.

Xara, era rústico é ignorante. Los tres, buenos creyentes y temerosos de Dios, no olvidaban, ni por un momento, que *el terremoto en la hora del juicio será cosa terrible; que la nodriza dejará caer al infante á quien lacte; que toda mujer embarazada abortará y que todos los hombres parecerán ebrios.*

Juntaron los tres peregrinos sus provisiones para el viaje, vistieron el *hiram* (3) y, desnuda la cabeza, Acafi, Bahira y Xara salieron de la Alpujarra, camino de Málaga, después de recitar la siguiente oración:

No hay más Dios que Alá á quien pido socorro y asistencia para todo el tiempo de mi viaje.

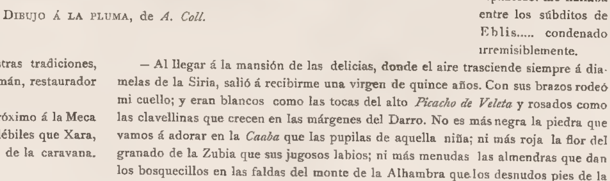
Penoso fué el de los *alhichantes* alpujareños.

Por fin llegaron al Cairo, y en las ruinas de la *Ciudad de Faraón*, la antigua Heliópolis, junto al pueblo de Matavia, prosternáronse á la sombra del magnífico sicomoro que cobijó á Jesús, á María y á José, cuando huían á Egipto.

Después, en *Bercat-Alhach* (estanque del peregrino) se reunieron con el Emir Alhach, jefe de la peregrinación.

Más tarde, junto á Cheda, adoraron, cubriéndolo de besos, el *sara* — ombligo de la primera mujer, — la cabeza y los senos.





Dibujo á la pluma, de *A. Coll.*

También al nivel de las espaldas de Eva, más alta, según nuestras tradiciones, que el mayor monumento de la tierra, visitaron el sepulcro de Osmán, restaurador de la tumba de nuestra primera madre.

Hallábanse aún á bastante distancia de Hada,— lugar el más próximo á la Meca á que pueden llegar los cristianos — cuando Acafi y Bahira, más débiles que Xara, sintiéndose fatigados, decidieron hacer alto y separarse del grueso de la caravana.

Trató Xara de disuadirles, pero fué en vano.

Dos días más tarde, al obscurecer tras una marcha penosísima, se encontraban los *alhichantes* extraviados, en un paraje solitario y triste, con los odres del agua vacíos y con mucha hambre.

Como divisasen, no lejos, indicios seguros de la existencia de un pozo, haciendo supremos esfuerzos, apretaron el paso.

Xara, conductor del camello que les servía de bagaje, se adelantó en busca del codiciado abrevadero; entonces, Acafi dijo á Bahira:

-La voracidad de Xara ha concluído una vez más con las provisiones; tan sólo nos queda harina para cocer un pan. Si lo compartimos con ese rústico insaciable, es fácil que no podamos tú y yo llegar á Hada; nuestras fuerzas se agotan por momentos, y el camello se encuentra también rendido. Por otra parte, Xara es vigoroso y puede resistir el ayuno mucho mejor que nosotros. Busquemos, pues, un medio, si te parece, para dividirnos el pan tú y yo, con el beneplácito de nuestro compañero. El nos ha probado durante todo el viaje que no quiere cumplir, no obstante habérselo recordado en varias ocasiones, el sabio precepto, contenido en el Korán, que reza:

¡Oh, creyentes! no os privéis de las cosas buenas de que Dios os permitió disfrutar, pero no id más allá, porque Él no ama á aquellos que traspasan el límite.

—Tienes razón, hermano, — respondió Bahira, — medita, meditemos, que la noche se viene encima y yo siento, como tú, un hambre cruel: pero calla, que vuelve Xara y es malicioso como todo aldeano.

⁂

Acafi, había convenido con Bahira, á fin de descartar á Xara, en proponer que los dos que soñasen aquella noche cosas más peregrinas, se dividirían, al despertar con el alba, el pan por la mitad. El tercero, menos afortunado, aguardaría para desayunarse la llegada á Hada.

Allí la caravana, contando con el buen apetito de Xara, compraría provisiones bastantes para el consumo hasta la Meca.

Puso Xara algunos reparos á la primera parte de la proposición, pero concluyó por conformarse, y después de amasar el pan, de encender una hoguera y, cuando se extinguía, dejar aquél bien acomodado cerca del rescoldo, se echó á dormir tranquilamente.

La noche iba mediada: resguardados por un mezquino tejadillo, Acafi y Bahira, tendidos en el suelo, junto al pozo, no podían pegar los ojos, mientras que á sus espaldas, Xara, tumbado cerca del camello, daba grandes ronquidos.

Acafi dió de codo á Bahira, preguntándole por lo bajo:

— ¿Has discurrido algo?

—Sí. ¿Y tú?

También; y creo que tengo una buena idea. Pero ¿estará verdaderamente dormido Xara?

—¡Ya lo creo! Dos horas hace que ronca lo mismo que un cerdo.

— Pues escucha: pienso deciros mañana que soñé encontrarme nada menos que en el paraíso que el Profeta prometió á los creyentes...

—¡Es original!—interrumpió Bahira, — yo ideé deciros que había tenido un sueño espantoso: me hallaba entre los súbditos de Eblis..... condenado irremisiblemente.

— Al llegar á la mansión de las delicias, donde el aire trasciende siempre á diamelas de la Siria, salió á recibirme una virgen de quince años. Con sus brazos rodeó mi cuello; y eran blancos como las tocas del alto *Picacho de Veleta* y rosados como las clavellinas que crecen en las márgenes del Darro. No es más negra la piedra que vamos á adorar en la *Caaba* que las pupilas de aquella niña; ni más roja la flor del granado de la Zubia que sus jugosos labios; ni más menudas las almendras que dan los bosquecillos en las faldas del monte de la Alhambra que los desnudos pies de la hurí de mi sueño y...

—Cuando fuí precipitado en el infierno y entré por una de sus siete puertas, sentía yo más hambre que esta noche. Pedí de comer; me hartaron de salazones de Málaga y me acometió luego una sed rabiosa. Entonces me encadenaron junto á una peña de la que brotó súbitamente un manantial más cristalino, más abundante y más frío que el agua de la *Fuente del Avellano*. Y como si mi martirio corporal no fuese bastante, *Eblis* colocó á mi vera un necio, que insensible á mi agonía, muy regocijado, no cesaba de contarme simplezas al oído...

— Y la hurí, como se posa el pajarillo en la rama, posó sus labios en los míos...

—Y para que apagase la sed, me ofrecían una copa rebosante de jugo de retama verde...

—«Ven, amado mío, — me decía la niña de los ojos negros, empujándome dulcemente, — vamos á dormir una siesta eterna en la fresca gruta de las esmeraldas...»

— «No te apures, — repetía el necio á mi oído, — que mi alegre compañía no te faltará hasta la consumación de los siglos...»

—¡Calla!... me parece que Xara se despierta...

—En efecto; hagámonos los dormidos.

(1) Peregrino.
(2) Alcorán.
(3) Traje especial, compuesto de dos mantas blancas rayadas; una de ellas rodea la cintura y cae sobre las rodillas; la otra se lleva á la manera de una toga romana, dejando desnudo el brazo derecho.» Mariano de Pano. *Puey Monçon - Viaje á la Meca*... Zaragoza... 1897. Pág. 21.

***

El cansancio venció por la madrugada á Acafi y á Bahira, y el sol estaba ya alto cuando despertaron. Fué su primer cuidado acercarse al sitio donde había ardido la hoguera, para contemplar el pan tan deseado. No encontraron más que cenizas.

Xara seguía durmiendo junto al camello y fué despertando bruscamente.

—¿Y el pan? — le gritó Acafi.

—¿Y el pacto? — añadió Bahira.

—Aguardad; — respondió Xara incorporándose, mientras se desperezaba con mucha calma; — aguardad, aguardad... sí, ya me acuerdo. Antes de amanecer, tuve el ensueño más maravilloso. Un angel hermosísimo, como Gabriel, descendió del

A. GASCÓN DE GOTÓR



VENDEDORA DE PERROS (Tipos madrileños).

paraíso, y tomándome de la mano, exclamó: «Despierta, el pan está ya cocido y te pertenece, porque Acafi goza de la bienaventuranza, y ahora queda allá arriba merendando con una hurí mientras que Bahira se condenó y no puede comer sino salazones de Málaga...

—¿Y te comiste el pan tú solo, miserable? — rugieron Acafi y Bahira.

—Me parece recordar que no dejé una migaja.

—Por el Profeta, que la traición podrá costarte muchas lágrimas... — y Bahira y Acafi, en ademán hostil, avanzaron hacia Xara, Pero éste se puso en pie de un brinco y, apoyándose en un nudoso cayado, robusto como una encina, alzó los ojos al cielo y comenzó á recitar con voz melosa el salmo:

Aliméntame, Señor, con pan de lágrimas y dame á beber lágrimas en abundancia.

***

Ya sé yo que no faltará algún erudito de buena cepa que recuerde haber leído el argumento de *El alhichante achantado* en otra parte, y que han de sobrar también críticos que, en mi relato, encuentren á porrillo anacronismos, incongruencias y faltas de carácter típico y de color local.

El lector culpe de todas estas y otras faltas y sobras á Alí Chupacharcos, vendedor de babuchas morunas. El fué quien me refirió la tradición — tal y como yo la he contado — en el ventorrillo de Cayetano en la Caleta de Málaga, mientras tomábamos unas copejas y cuatro manojitos de buquerones.

EL CONDE DE LAS NAVAS





Cuadro de Ricardo Martí.

LA JUVENTUD

No me acuerdo cómo ni dónde conocí á aquella criatura que tan decisiva influencia debía ejercer sobre mi vida. Cuando trabé conocimiento con ella, era yo joven aún, tenía mucho, muchísimo dinero, más dinero del que puede derrochar una mujer derrochadora aunque tenga caprichos de reina, y no de las reinas que ahora se usan, sino de verdadera reina. Mis antepasados y mi padre habían estrujado, durante dos siglos, á la humanidad entera: arramblaron con el dinero de la mitad de sus conciudadanos; hicieron aumentar de un modo formidable el ejército de los miserables; habían prescindido hasta de lo necesario para legarme hasta lo superfluo. Parnell, el rey sin corona, era menos rey que yo. Muchos monarcas constitucionales hubiesen cambiado su situación por la mía. Acostumbrado á poder y á querer, no razonaba mis caprichos, y alguna vez, al despertar, me pregunté con asombro cómo estaba en una alcoba desconocida, quién era la mujer que había á mi lado. Lanzado en pleno torbellino de fiestas y placeres, de orgías y disipaciones, no me acordaba jamás de los acontecimientos de la víspera, no quería saber los del porvenir. Advertí, pues, un día ó una noche, no lo sé á punto fijo, que tenía en mi propio domicilio á una muchacha muy rubia, muy blanca, muy linda, prodigiosamente joven, y allí dejé que continuara. Así como tenía en mi casa mil objetos que para nada me servían, así tendría aquella muchacha. No interesaba en absoluto mi corazón ni mis sentidos; pero cuando fijaba en ella la mirada, me producía una sensación agradable, y esto bastaba para que la dejase permanecer junto á mí. No porque habitase en mi casa, varié de costumbres ni regularicé mi vida. Los días que, por casualidad, comía en mi domicilio, aquella criatura extraña se sentaba á mi lado y comía con mesura, con exquisita pulcritud, con gestos de gata sibarita, que, antes que de los otros, se cuidaba de sí misma. Cuando estaba satisfecha, se dignaba mirarme y acercarse á mi persona y charlar de un modo descosido, con un acento y una gracia que me encantaban y de cuya seducción no sabía sustraerme.

No hablábamos jamás de amor. Alguna vez me preguntó si me divertía mucho durante los días y semanas enteras que pasaba fuera de casa; pero sin que en aquella pregunta se advirtiera una sombra de celos ó de interés siquiera.

Lo curioso del caso es que se había instalado como si contara no abandonar jamás el nido que se preparó. Sin pedirme permiso, tomó dos ó tres camareras, hizo cambiar por completo el mueblaje de dos ó tres habitaciones, llenó de flores el jardín de invierno, que antes estaba casi abandonado, mandó como reina y señora. La novedad del caso me hizo muchísima gracia, y dejé que se las arreglara como mejor quisiera.

Una cosa me extrañó lo indecible: jamás me pidió un céntimo, nunca llevó sobre su cuerpo una joya. Vestida en invierno y verano con trajes blancos, sus brazos y su cabeza emergían de la seda ó de la batista, sin más adornos que el de sus líneas admirables.

Era la muchacha más reposada que he conocido. Los criados me enteraron de que ni una vez siquiera había salido á la calle. Pasábase horas y horas tendida en un gran sillón acolchado, mirando hacia la gran ventana que daba al jardín de verano. Sus ojos, los ojos más extraordinarios que he visto, por lo bellos, por lo inmóviles, eran maravillosamente atractivos; no con la atracción vulgar que se desprende de todo lo hermoso, sino con aquella más potente, irresistible, que ejerce un abismo, el abismo de lo desconocido, sobre una naturaleza que no sea excepcionalmente fuerte.

Lo raro, lo increíble del caso, lo que se tachará de imposible, es que jamás pude decidirme á interrogar á aquella muchacha; que jamás me atreví á conocerla por completo. Si alguna vez, hablando amistosamente con ella, me atreví á insinuar una sombra de pregunta, respecto de su vida pasada, me miró de un modo, que no me quedaron ganas de proseguir mi interrogatorio. El abismo de sus ojos parecía ahondarse más, crecer en pavorosa grandeza, desafiarme á que me acercara á su borde y mirara al fondo. Y aquella expresión de sus ojos no concordaba con la del resto de su fisonomía ni de su persona. Tenía su cuerpo el propio abandono, igual gracia felina que siempre, su boca la misma sonrisa infantil y alegre, sus mejillas los hoyuelos de la risa, su frente la eterna serenidad y su invencible encanto bajo la áurea cascada de sus cabellos incomparables.

Tampoco pude saber jamás su edad. Unas veces la hacía apenas doce años, aun cuando su cuerpo estuviera completamente formado, y otras, en cambio, me parecía una mujer de diez y ocho. No sabía nada aquella criatura, y nada ignoraba. Yo no la había visto jamás leer un libro ni escribir una carta, y, sin embargo, cuando le venía en gana, demostraba tener conocimiento de cuanto ocurría en el campo de la vida, que no pisaba desde mucho tiempo, recluída como estaba en mi casa.

Alguna vez me pregunté á mí mismo por qué aquella criatura, preciosa y extraña á la par, digna por todos conceptos de brillar en el mundo, se contentaba con estar al lado de un hombre que no era su amante siquiera, que casi no se cuidaba de ella, rodeada de servidores que no la querían, renunciando á su familia — si la tenía — al amor de uno ó muchos hombres — que no había de faltarle.

Pasaron años, no sé cuántos, diez ó doce por lo menos, quince quizá. Mi encantadora compañera continuaba su existencia enigmática, apacible, serena. Su carita sonrosada, era tan fresca como cuando la vi por primera vez; su expresión, aniñada y sana, no había variado; ni una sola de las líneas de aquel cuerpo juvenil había perdido su firmeza. La risa que con frecuencia se escapaba de sus labios, era tan cristalina y alegre como cuando resonó años atrás bajo los artesonados techos; su abandono y gracia eran iguales: sus ojos sólo habían cambiado. Así como algunos años antes había leído alguna vez en ellos una indiferencia completa hacia mi persona, parecíame ahora que, en algunas ocasiones, me miraban como con enternecimiento, como se mira la casa que se ha de abandonar, el país de que se ha de emigrar. Aquella mirada de los ojos extraordinariamente bellos, infinitamente terribles, me causaba un estremecimiento que hacía correr hielo por mis venas, como el anuncio indeterminado de una de esas catástrofes que no tienen ni remedio ni atenuación.

A medida que los años me herían, anonadando cada uno de ellos una ilusión, una fuerza, una esperanza, sentía yo, que tocaba en los límites de la edad madura, aumentar la atracción que sintiera hacia la misteriosa muchacha. Algunas noches, me quedé, á caso hecho, á cenar en mi casa, para poder hablar con ella. Cuanto más la miraba, cuanto más llenaba mi oído con la música de su voz, y cuanto más me asomaba al abismo de sus ojos, más admiración, más devoción sentía hacia la criatura enigmática que, durante tantos años, había sido la compañera de mi existencia, sin ser jamás mi amiga ni mi amante.

Una noche pregunté á los criados y me dijeron que la señorita había salido dos días antes y que no había vuelto aún. Fuí á sus habitaciones. Nada demostraba que la ausencia fuese una huída. Allí estaban las flores, allí los espejos, allí embalsamaba el aire un perfume especial que siempre había yo aspirado junto á ella y que, más que perfume, parecía la emanación imparticulada de un cuerpo sano y robusto y lleno de vida y limpio como los chorros del oro: que no de otra suerte ni de otra especie son los olores del bosque, los que emanan de los prados, de los campos. No hay quien pueda imitarlos ni reproducirlos, por lo mismo que no están compuestos de una sola serie de partículas.

Al llorar su ausencia, comprendí cuán profundamente la quería, cuánta falta me hacía la risueña, la blanca y rubia muchacha. No era amor lo que me inspiraba: era el deseo violentísimo de su presencia; la necesidad de oir su risa cristalina. Al cabo de cinco días de ausencia volvió. Estaba tan fresca y sonrosada como siempre: la sonrisa de su boca ahondaba los hoyuelos de sus mejillas; en sus obscuros y admirables ojos fulguraba la misma llama que yo había visto brillar; no había variado la expresión aniñada de su rostro.

Toda la desesperación y la sorda cólera que sentía, desaparecieron cuando, mirándome á los ojos, sonrió y me dijo:

—¿Me has echado de menos? Conozco que ahora no puedes pasarte sin mi presencia; pero, ahora precisamente, tengo asuntos que me reclaman.

—¡No te marches! ¡No te marches otra vez!...

Pasaron días y transcurrieron meses. Las ausencias de la extraña criatura se hicieron más frecuentes y duraron más días. Por una de esas contradicciones de la humana naturaleza, ahora, que no podía gozar de la presencia de mi amiga, era cuando con más fervor la anhelaba. Sufría, sufría horriblemente. No eran celos lo que tenía; no era despecho: era una sensación de vacío interior; era que lo *irremediable* me tenía sujeto.

Después de unos meses de ausencia, apareció una mañana á mi lado, radiosa como la aurora, serena como el alba. Yo lloraba, lloraba inconsolable, lloraba sin tregua y sin consuelo.

De pie, sonriente y luminosa, clavando su mirada en mis ojos, dijo así: «Sólo me quedan breves instantes que pasar á tu lado. Me marcho, me marcho para no volver jamás. Aun cuando tuvieses el poder de un dios, no podrías retenerme. Aun cuando yo quisiera permanecer junto á ti no podría. Durante muchos años, me has tenido á tu lado, á tus órdenes. Bastaba que me las hubieses dado, para que yo las obedeciera. Yo era, yo soy *La Juventud*. Por eso no has visto jamás una arruga en mi cara, una tristeza en mis ojos. Yo te ofrecí mi hechizo, las gracias nobles y puras que emanan de mi cuerpo. Ellas solas podían colmar tus deseos, y pasaste á mi lado sin volver siquiera la cabeza, sin estrecharme entre tus brazos. Adiós. Lo pasado no vuelve. No te desesperes. Sé feliz, si puedes. Ya que no me besastes jamás, bésame ahora y sabrás el sabor delicioso de mis labios »

¡Oh deliquio! ¡Oh contacto indecible! ¡Oh pureza bienhadada! *La Juventud* se inclinó sobre mí y sus labios tocaron los míos. Después, sonriendo como una niña, gracil, fresca, pura, desapareció con su paso elástico y juvenil.

Levantéme para seguirla. Volví á caer anonadado sobre un sillón. Al ponerme de pie, reflejóse mi figura en un espejo y vi la imagen de un hombre de treinta y cinco años, con el pelo gris, encorvada la espalda, ajado el rostro y partida la frente por el surco que dejan la disipación y la tristeza y el trabajo incesante del pensamiento.

¡Oh juventud, primavera de la vida! ¡Oh primavera, juventud del año!

V. JIMÉNEZ




TEATRO
NOVEDADES
ROSARIO PINO
EMILIO THUILLER

BODA

El día era espléndido, primaveral, y la gente, apiñada en el ómnibus, iba del mejor humor posible, camino de los Viveros, presintiendo el almuerzo sabroso, con el hambre canina que despierta el madrugón, y después el bailoteo y la jarana, hasta al anochecer, que en Mayo ya se sabe que no llega nunca. Nada había de faltar de lo que piden el rumbo y la largueza: bien rico era el novio, y bien pirrado estaba por la novia, y bien se le leía en la cara la satisfacción brotando á chorros. Le constaba á Nicasio el platero, que se lo había confiado á doña Fausta la tintorera: tendrían *Champán* y langostinos, ¡ni más ni menos que los marqueses!

La pura verdad. Don Elías, el dueño de la fábrica de juguetes del Rastro, y del mejor bazar de quincalla de la calle de Atocha, andaba no se sabe desde cuándo tras la desdeñosa Regina, hija de doña Andrea, la Directora del Colegio de niñas de la plazuela de Santa Cruz. Era Regina una rubia pálida, aseñoritada como pocas, instruidita, soñadora por naturaleza y por haber leído bastante: historia, novelas, versos, cosas de amores. Sería encarecimiento llamarla hermosa; pero tenía atractivo, elegancia, algo superior á su esfera, y el cuerpo divinamente modelado por el corsé, con curvas que prometían desarrollarse, según prometen las turgencias del capullo reventar en plenitudes de rosa. A pesar de las instigaciones de su madre, loca de gozo con las pretensiones del ricacho don Elías, Regina luchó desesperadamente antes de acceder. No daba razones: no quería... porque no. Y pasaron dos años en esa batalla; el tiempo que tardó en convencerse de que el profesor de francés del colegio, señorito pobre y guapo como un Apolo, no se acordaba de ella sino para saludarla al entrar y al salir de clase. ¡Aquel sí!... Regina, allá dentro, se moría por él: le miraba á hurtadillas, suspiraba, no dormía, llegaba á enfermar de pasión de ánimo. Cierto día notó que el gallardo profesor, disimuladamente, pasaba un billetito á una alumna jorobada, hija única de un usurero millonario. Después de levantarse varias mañanas con los ojos encarnados é hinchados como tomates, Regina anunció á su madre que con don Elías se casaba. No volvió á clase de francés. Su único consuelo era no haber vendido el secreto. Parecíale que nadie sabía el desengaño, como nadie había sabido la pasión...

Ya se detenía en la plazuela de los Viveros el ómnibus, cargado de gente. Al ir á bajarse la novia, hízose atrás con sorpresa: la mano que le tendían era la de Darío Antiste, el profesor de francés, su sueño hecho hombre. ¿Cómo estaba allí? Nadie le había convidado. Sin duda se hacía el encontradizo, para obtener el convite. Regina recordó que el usurero había sacado del colegio á su hija, encerrándola á piedra y lodo en casa, y pensó que el burlado ambicioso quería distraerse con el bullicio y la alegría de la fiesta. Entre algazara le convidaron, efectivamente: el coro de muchachas se holgó de verle allí: sabían que bailaba al primor.



Una llamarada subió á las mejillas de la novia. Al saltar del estribo, Darío había estrechado misteriosamente su mano izquierda, calzada con blanco guante. Ahora, la miraba: y no era mirada indiferente, sino atrevida, codiciosa, larga, explícita. Apartó los ojos, pero el imán del alma la hizo girarlos otra vez hasta encontrar los de Darío. Avergonzada volvió á separarlos. ¡Aquella mirada dos meses antes! ¿Y *por qué* ahora? ¿Es que la encontraba bonita con el traje de damasco negro y el broche de brillantes y el ramo de azahar? Las mujeres tienen de estas aprensiones: creen en el efecto irresistible del adorno, y así se afanan y se hacen pedazos tras él. Inmensa emoción sobrecogió á Regina. «Hoy le gusto», pensó con mezcla de despecho y de júbilo insensato...

Mientras preparaban el almuerzo, se decidió que jugarían al escondite. La boda se desparramó por los senderos de la orilla del agua, que embalsamaban las últimas lilas y las primeras celuidas blancas y aromosas. Remangando la cola de su magnífico traje, la novia corrió, con juvenil ligereza, á ocultarse, á emboscarse entre la verdura. Detrás del florido bosquete la descubrió al punto Darío. Con repentino é inesperado movimiento, la echó los brazos al talle; ella, medio desvanecida, se dejó estrechar, y cerrando los ojos, como en un sueño divino, oyó las frases ardorosas que el mozo pronunciaba, sin casi entenderlas, pero embriagándose de ellas, rendida, temblorosa... De pronto se hizo atrás, le rechazó con un gesto de desprecio, de horror. El no comprendía. Acababa de murmurar: «No niegue usted que me quiso, que me quería allá en el colegio... No lo niegue.» Y el bochorno y la ira, retratándose en las facciones de la novia, fueron la respuesta á la imprudente evocación de lo pasado. Serena ya, como si acabase de recibir sobre la frente una ducha de agua fría, Regina pronunció, arrancando un ramo de celuida blanca: «Las flores se cogen á su tiempo.» Y alzando otra vez la cola del rico traje, rápida como una saeta, corrió á reunirse con el novio, gritando «¡Elías!» — Era la primera vez que le llamaba así.

Emilia PARDO BAZÁN

Ilustraciones de A. Seriñá.

DR. RAIMUNDO ANDUEZA PALACIO

MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE VENEZUELA

«BATALLADOR por una noble y hermosa causa; á las veces, rodando sobre la arena, y otras llevado en alas de la fortuna á las alturas del supremo poder, pero siempre en brazos del pueblo, mi vida entera ha sido un combate sin tregua»... Esto, que el Doctor Andueza me escribía no ha mucho desde París, ni puede ser más elocuente ni más verdadero, trazándose él mismo en aquel entonces, sin quererlo, su silueta actual.



Sin cumplirse aún los siete años que una imponente revolución hiciérale descender desde la Presidencia de la República al destierro, hallámosle hoy en su país, ocupando el ministerio de Relaciones Exteriores, y quién sabe si con probabilidades de ser llamado otra vez á más altas esferas.

Hijo exclusivamente de sus obras, si es cierto que por ellas fué acusado el Doctor Andueza de un crimen político, *exclusivamente político*, no bien analizado aún, pero de cualquier manera disculpable, donde estos delitos *son casi una costumbre*, necesario es reconocer, en cambio, que Andueza Palacio hase elevado siempre por sus propios esfuerzos, y que muy grande ha debido ser en Venezuela la reacción operada en favor del desterrado de ayer, para verle ahora desempeñando cargo en el ministerio del general Cipriano Castro.

Orador elocuentísimo, lo mismo en el foro que en política y en administración, á la tribuna lo debe todo y la tribuna fué, desde los comienzos de su carrera, el pedestal de su fortuna política, algo ayudado por su audacia para aprovechar las ocasiones, y por su valor y sangre fría personales.

«Ha padecido errores, como todos los padecemos, — me decía un distinguido general y diplomático venezolano, ya fallecido, gran amigo mío y gran enemigo político de Andueza;—pero hay que hacerle justicia y reconocer que, como orador, es quizá el primero en Venezuela y uno de los más notables de América.» Y otro diplomático, también venezolano, me escribía, contestando á una consulta mía:... «se parece mucho á Castelar en la facilidad de arrancar á la poesía sus más hermosas y recónditas imágenes, sobre todo en la forma maravillosa, ingénita en los dos, con que hacen sus invocaciones al sentimiento patrio»... ¡Y aquí todos recordamos cómo era maravillosa la forma en que Castelar divinizaba estas invocaciones!

* * *

Andueza Palacio, que ahora tiene 57 años, pues nació en Guanare, en 6 de Febrero de 1843, ha ejercido en Venezuela numerosos é importantísimos cargos, entre ellos los de diputado y senador y Presidente de las Cámaras, en diferentes legislaturas, Jefe de Estado Mayor General, Presidente de la Corte de Casación, Consejero Federal, Presidente interino de la República y ministro de Instrucción Pública, de Hacienda, del Interior, de Relaciones Exteriores, hasta que, en 9 de Marzo de 1890, fué elegido por *unanimidad* Presidente de la República, cargo elevadísimo que ocupó durante los dos años que, en lugar de los cuatro que hoy rigen, señalaba entonces la Constitución venezolana como período Presidencial.

En España, es el Doctor Andueza Palacio miembro correspondiente de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia y de la de Ciencias Morales y Políticas, distinciones que no por muy merecidas, honran menos al hombre y al político.

* * *

No me he propuesto escribir la biografía de Andueza, que sería tanto como escribir un curso de Historia venezolana, pues ni el espacio ni la índole de ALBUM SALÓN permiten en estas columnas la extensión de tales trabajos; he entresacado algunos datos de una semblanza *completa* que escribí para un libro, y nada más.

Y sirva esto, para ante el amigo, como excusa del periódico y del escritor.

VIDAL APARICIO

A. LIZCANO



UNA VERÓNICA

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9)

FERNANDO FERNANDEZ DE LA MOTA



PRISIONERO DE GUERRA

EL AMOR PERSEGUIDO

Por una intrincada selva
iba de Chipre la Diosa,
imperativa y hermosa,
corriendo tras su rapaz;
pero, sordo á sus mandatos,
la reina de la hermosura
ve á la indómita criatura
huir burlón y tenaz.

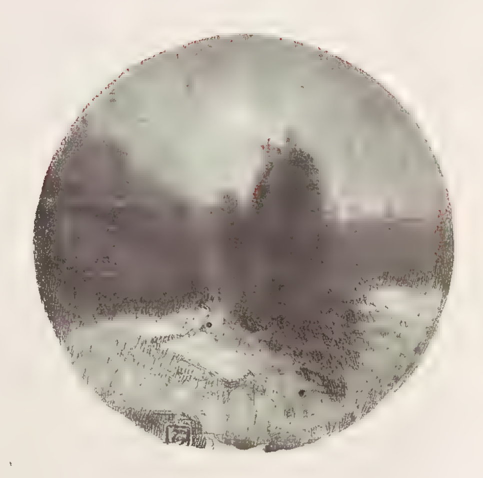
Cuanto más Venus le llama,
más Cupido atrás la deja;
cuanto más Amor se aleja,
más de ella es la obstinación;
si él va esquivo, ella anhelante,
cada vez menos se entienden,
y los dos así contienden
en opuesto diapasón.

Ciega Venus en su empeño
de esclavizar á Cupido,
enredóse por descuido,
al correr, en un rosal;
y con sus duras espinas
la hicieron las blancas rosas,
de su hermosura celosas,
verter gotas de coral.

Trocó la sangre divina
á las rosas, por osadas,
de blancas en encarnadas,
y aún conservan tal color;
y la colérica Venus,
ante el rosal que la para,
sintió humedecer su cara
las lágrimas del dolor.

Volvió la vista Cupido,
notó que no le seguía,
y al ver que llanto vertía,
á su madre fué á abrazar,
diciéndola: — Si me quieres,
atráeme dulce ó triste;
pero el Amor se resiste
á dejarse esclavizar

GONZALO DE CERRAJERÍA



NOTA ARTÍSTICA: por J. TRIADÓ.

MAR SOLEMNE

INMÓVIL, inclinado sobre la barandilla de popa, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en el punto donde la hélice, batiendo el agua, forma una sorprendente cascada de esmeraldas, llevaba ya tres horas.

Era aquello como una agonía inacabable en lo inerme, á la que prestaba su complicidad la obscuridad silenciosa de la noche.

Ni un gemido, ni un gesto, ni una lágrima; nada que denotase el espantoso dolor que le había helado el alma, advirtió la tripulación acongojada, mientras se llevó á cabo la tristísima ceremonia.

Esta fué la de siempre: breve, muda, solemne.

Una tabla sobre la mura, inclinada hacia el mar; dos hombres que suben al fúnebre trampolín un fardo de forma alargada y el misterioso envoltorio recubierto de lona, que se desliza por la corta pendiente y se hunde en el mar....

Después, la tersa superficie que besa con insistencia de mujer lasciva el costado del buque, produce ese extraño chasquido de la fiera que se relame una vez devorada la presa.

Para los que asistieron á la ceremonia; para los que luego de lanzado el cadáver asomaron la cabeza y derramaron una lágrima sobre la primera ola que le cubrió; para la realidad misma, sobre aquella linfa obscura y tranquila que se extendía ilimitadamente en todas direcciones, no flotaba otra cosa que el airoso vapor convertido en fantasma de la noche.



Para su capitán; para el que inmóvil como una estatua, apoyados los codos sobre la borda, mira sin mirar los racimos de lucecillas fosforescentes que brotan del agua batida por la hélice, en aquella superficie sin horizonte, algo sobrenada que atrae la atención de su espíritu, única cosa viviente en aquel organismo moralmente cadáver.

Diríase que la muerte es un contagio, y que en las venas de aquel hombre, había quedado el frío del otro muerto.

Toda la vida habíasele concentrado en la mirada, y ésta, fija siempre en el mismo punto, daba á su rostro esa expresión de vaguedad hipnótica que acusa el despojo de la voluntad.

En aquel cerebro entorpecido por el dolor, había la menor cantidad de idea, porque todo era imagen; y á veces, la imagen ocupa de tal modo el lugar de nuestro pensamiento, que podrían confundirse, bajo un mismo nombre, el éxtasis y el idiotismo.

La naturaleza ayudaba á este estado con su quietud solemne: parecía como un reconocimiento tácito de gerarquías. La grandeza de lo infinito, enmudecida ante la grandeza del humano dolor. Simpatías de monstruos. Amalgama de cosas divinas y cosas humanas, visibles sólo en la soledad de las almas.

Lo patético en lo feroz.

El todo acariciando á la nada: la noche negra, al servicio de un pensamiento negro: la sombra protegiendo á la sombra.

Protección de lobo...

El barco, arrastrado por la noche en el indeterminado camino de las tinieblas, sigue su paso indiferente, lanzando resoplidos de gigante cansado.

***

Una ligera brisa mueve las jarcias y agita las olas.

El mar, vislumbrado á la temblorosa luz de las estrellas, parece una inmensa charca de hiel.

La noche, cansada de su esfuerzo de silencio, afila sus mil lenguas, preñadas de tonos misteriosos, y comienza esa horrible conversación de las tinieblas, más lúgubre aún que su mutismo, porque es la voz de la materia, dialogando consigo misma, en un inmenso rugido de expansión.

A veces, ese rumor de cosmos nocturno trae consigo una desatada falange de perfiles espantosos, que aparecen y reaparecen con la celeridad del relámpago; siluetas de monstruos que se dibujan y cambian instantáneamente de forma en el espacio, con esa flexibilidad de la niebla. Entonces sobreviene la lucha: lucha de abismos; polémica de elementos desencadenados. El mar apostrofa á la nube; la ola se bate cuerpo á cuerpo con el peñasco; la espuma acaricia á la ola; la montaña invoca á la tormenta; el rayo se confunde con la montaña en abrazo candente; de las entrañas del abismo sube un vaho de gestación poderosa y nace la catástrofe.

Tal es el desatado lenguaje de la noche, complicado en cierto modo con el terror de la conciencia.

Fué precisa toda esta laboriosa crisis de lo desconocido, para llevar un soplo de reacción al organismo del desventurado capitán.

Sacudió la cabeza perezosamente; revolviéronse sus pupilas en una llamarada de asombro; tuvo una especie de erguimiento interno que se tradujo en un grito inarticulado, y asomando casi todo el cuerpo fuera de la borda, agitó sus brazos locamente en el vacío, como el que los dispone para recibir á un sér querido.

. . . .

. . . .

¡Cómo!... ¡Ella!... ¡ella misma, despojada de la tosca envoltura de lona, surgiendo maravillosa, esplendente, transfigurada, de aquel hervidero de esmeraldas!...

¡Ive! ¡su adorada Ive!... Su ilusión de toda la vida; ¡la recientemente desposada, arrebatada por la muerte y arrojada al mar en su viaje de novios!... ¡Y ahora la veía! La veía otra vez; hermosa como siempre, con todos los encantos de la vida; con la misma expresión de sus ojos, donde se revelaban todos los resplandores de lo desconocido...

La majestad desciende muchas veces hasta el sueño, y lo que se desprendía de aquella frente serena, de aquella cabellera dorada, de aquellas venas azules, apenas visibles, y de aquellas mórbidas formas, de curvas suavísimas, modeladas bajo la sutil envoltura de gasa que las cubría, era la majestad de un sueño augusto.

Nada había de humano en aquella visión, y sin embargo, contemplándola, se concibía el delirio hecho carne. Había en su figura, la claridad de lo inaccesible y la provocación de la luz... No hay martirio comparable al martirio del que recibe impresión semejante.

Confundir en el mismo punto del cerebro la sombra y el deseo, la realidad y la ficción, la materia y el espíritu, es haber llamado ya á la puerta de la locura.

Esto mismo acontecía al alucinado marino, En presencia de la visión querida, insistentemente invocada, revivía, con la desesperación de un amor no satisfecho, el reciente recuerdo de su pasajera ventura; la felicidad largamente soñada y bruscamente interrumpida, apenas gustada; su cariño, aquel inmenso cariño en que él comenzaba á desbordarse cuando la muerte le segó á cercén el alma... ¡Era ella! sí, ¡ella! ¡Su pequeña Ive, su amante esposa, el único afán de su existencia!...

Como un loco tendía los brazos hacia el halagador fantasma... Quiso hablar; la voz se heló en su garganta; sintióse levantado en los aires, empujado, precipitado, rechazado después, atraído luego... ¡y sin embargo, no se movía! Eran las sacudidas del cerebro que le hacían bailar una danza de epiléptico.

Y la visión subía; subía lentamente, desde la superficie á la borda, sin apartar sus ojos del enloquecido capitán; envolviéndole en una mirada de amor infinito; atrayéndole, provocándole, anulándole, puede decirse, bajo el influjo de su belleza ideal... Subía, subía agrandando su contorno y esparciendo á su alrededor una claridad dulcísima de aurora. De sus vestiduras desprendíanse manojos de lucecillas de todos colores que se perdían allá abajo en aquel vivero de esmeraldas y brillantes, donde bañaba la visión el extremo de su ropaje... Tendió los brazos, movió suavemente los labios ¿habló? ¡quién sabe! En lo sobrenatural está el caos. Lo desconocido tiene un alma y el alma tiene frases.

¡Acaso, en aquel movimiento de labios, había la continuación de un juramento ó una frase de amor interrumpida por la última contracción de la agonía! Quizá contenía una invitación al *no ser*...

¿Entendió el desdichado loco este gesto? ¡quizá sí!... Una sonrisa de triunfo inundó su semblante, enrojecido por la congestión. Súbitamente se enderezó. En sus ojos brillaba una resolución suprema y hasta una chispa de felicidad. Quiso avanzar y no pudo; estaba como petrificado. En este momento, como si el vapor hubiese tomado en su carrera una velocidad de meteoro, el capitán, atónito, advirtió cómo se alejaba de la visión querida, y ésta, fija siempre cual su fascinadora mirada, seguía sonriéndole y tendiéndole los brazos y reduciendo su contorno luminoso hasta hundirse completamente en la sombra líquida...

Todavía agitaba sus brazos en el vacío aquel pobre loco, como si quisiera hacer resurgir de aquella mancha informe de horizonte, la borrada visión. Se agitó en un espantoso estremecimiento, y haciendo un gesto de desesperación y de impotencia, reunió todas sus fuerzas para decir una sola frase ¡una sola!... aquel *¡espera!* apasionado, loco, que le rebullía en la turbia mirada; pero el terrible esfuerzo agotó su energía, y la frase salió de su garganta convertida en rugido: un rugido largo que repitió hasta la saciedad el eco y se confundió al cabo con los mil sonidos heterogéneos de la difusa charla de la noche.

El cuerpo cayó nuevamente desplomado sobre la mojada barandilla, tomando por accidente su actitud contemplativa de antes...

El agua siguió besando, con insistencia de mujer lasciva, el costado del buque y el aire continuó silbando entre las jarcias su canción favorita.

El egoísmo de los elementos, haciendo un epílogo cómico á la tragedia.

***

Se verifica en el cielo como una mutación de luz. Es la aurora.

Parece como si la noche, que es la muerte, tuviera en su horizonte una puerta por donde sale la vida, que es el sol.

En el espacio vibran y se estremecen de placer los átomos, al beso del astro bienhechor: la naturaleza lanza un grito de hembra satisfecha, y las temblorosas estrellas apagan su brillo en los últimos vapores de la noche, mientras la creación entera recita el *fiat lux* de la existencia.

***

El piloto que hizo el último *cuarto* fué el primero que lo descubrió.

Bajó precipitadamente del puente, y acercándose al cuerpo del capitán, le reconoció y quiso incorporarle.

¡Inútil tarea!

El capitán era un cadáver.

Juan de Alcántara Fuentes

Ilustraciones de B. Gili y Roig.



COMPOSICIÓN Y DIBUJO de J. Passos

LA LLUVIA EN LOS TOROS

El cielo está gris, triste, sucio, cerrado, sin una claraboya azul... La lidia se arrastra monótona, sin lances alegres, sin interés, sin emociones... El pueblo soberano hace que no se aburre y se aburre en los tendidos y en las gradas...

¿Qué falta? Falta el sol, principal encanto, insustituíble *colaborador* de la fiesta. En las corridas sin sol, desaparece lo que los Toros tienen de alegre, de pintoresco, de brillante, y no queda más que la lucha, más ó menos arriesgada y brutal, del hombre con la fiera: el problema del mísero puchero, en su más espantosa y triste desnudez.

***

Una gota de agua cae de improviso, como dando una broma, sobre la nariz de un aficionado.

El aficionado mira hacia arriba y tuerce el gesto.

—Qué, ¿vamos á tener agua? — le pregunta de mal humor un vecino que lo ha visto todo.

—La tenemos ya, — contesta con negro pesimismo el de la gota.

—¡Por vida de...! Si estuve por no venir esta tarde...

La noticia — mala noticia al fin — le da la vuelta al circo en un segundo... Y como prueba de lo que abundan los temperamentos económicos en España, los *hombres prácticos*, de entre la oscura masa de gente surge primero un pañuelo blanco, luego otro, luego varios más, luego mil, que se agitan sacudiendo el polvo de los sombreros para que no se manchen con el agua, si llega á caer.

Uno, que sin duda lleva traje nuevo y está sentado sobre el pañuelo y por eso no lo saca ni sacude el hongo (¡qué detalle de observación!), abre un paraguas...

—Hombre, no es para tanto...

—¡Qué barbaridad!

—Oye, tú, ¿te has traído el impermeable?

—Eso es llamar á la lluvia, señor...

—¡Que lo cierre!

Al del paraguas, ante tales pullas, le late el corazón con fuerza. Pero como para él lo primero es el trajecito, se calla y deja pasar la nube.

A pesar de las protestas de todos los que llevan bastón, y en vista de que ya han sido muchas las narices favorecidas con gotas de agua, el ejemplo de nuestro hombre cunde que es un gusto, y aquí se abre otro paraguas, y enfrente dos ó tres, y allá un quitasol blanco y verde, y más allá una sombrilla de señora...

No faltan individuos, en cambio, que miren al cielo con los ojos cargados de cólera, y ni á tiros abren sus paraguas, creyendo detener así la mala partida que amenazan jugarles las nubes.

C. ALVAREZ DUMONT



UNA DUCHA Á TIEMPO

Pasan cinco minutos, y principia á caer esa lluvia menuda y antipática á la que llama el vulgo *cala bobos*...

—¡Bah! esto no moja...

—¡Pchs! mientras se sostenga así...

—Lo veo difícil, porque faltan tres toros...

No acaba de decirlo el buen hombre, cuando, sin campanilla de aviso previo, como en los teatros, sopla una racha fuerte de aire... y ¡agua va! Aquella sí que moja.

Los paraguas que quedaban cerrados se abren con gran prisa, llevándose alguno en el extremo de una varilla un ojo del vecino... Mucha gente de los tendidos da asalto á las gradas entre las risas, los ternos, las pullas y las protestas de los que las ocupan y se hallan allí — por precavidos — bien á cubierto... Hay quien se tira por la barandilla de las delanteras como si fuese la del viaducto... Hay quien corre despavorido como si llevara el toro detrás... Hay quien — esto no falta nunca — aprovecha el tumulto y confusión para palpar algo vedado...

Las señoras se retiran de las delanteras haciendo un mohín graciosísimo de molestia y de enojo. El tendido se llena en un momento de claros desiguales...

—¡Ya escampa!

—¡Nos hemos lucido!

—¡Lástima de cinco pesetas!

—Vamos por aquí... ¡Pepe!

—¡Pepe!

—¡Aquí está Pepe!

—Calma, señor, si cabemos todos...

—Dispense usted...

—Oye, tú, mira qué pantorrilla...

—¡Mal rayo me parta!

—En el 1 hay palos...

¡Pero qué modo de llover! ¡Esto es el diluvio!...

—Como venga el *Almeja* de verde y oro, ya se sabe: ¡agua!

Algunos, por cariño á sus prendas de vestir, vuelven las americanas del revés y resisten el chaparrón como si no fuera con ellos. Otros, con sólo levantarse el cuello, se hacen la ilusión de que no se mojan.

Los toreros se meten en el callejón, tapando con los capotes de faena los trajes de luces, propios ó alquilados.

El toro, solo en los medios de la plaza, sufre el agua con la mayor resignación posible.

(No hablo de la sangre aguada de los pencos muertos, por no molestar).

***

La corrida se acaba como Dios quiere. El público todo sale renegando de su mala fortuna...

En vez de los sabrosos y vivos comentarios de siempre, no se oyen más que quejas, maldiciones y votos, ponderando cada uno hasta qué extremo va calado, y jurando y perjurando todos que no volverán á la Plaza como no brille un sol que achicharre los sesos...

HERMANOS ALVAREZ QUINTERO



¡SENSITIVA!

Salón Robira (Fernando VII, 59.)



Cuadro de Félix Mestres.

PEQUEÑOS DESPOTISMOS

La experiencia confirma que el placer del mando está arraigado en la mayoría de los hombres. Desde el niño hasta el anciano, casi todos tienden al dominio de su inferior y de su semejante.

Esta tendencia á la negación de la voluntad ajena, se manifiesta con variados caracteres, según la índole peculiar de cada individuo. En ciertos casos, la imposición es brutal y tiránica; en otros, más suave y velada tras formas pseudo afectivas.

Hay personas que molestan con pretensiones insignificantes. Esas, nunca encontrarán vuestro traje correcto, si os servís en sastrería distinta á la suya, y exigirán que sigáis en todo terreno las fluctuaciones de su gusto.

De esta especie elemental de dominadores para lo pequeño, se asciende insensiblemente, hasta las series más elevadas y complicadas.

Ya no se trata de sujetos estúpidos y acaparadores que os cierran el paso por un lado para que toméis el camino, á su juicio mejor, que corre á un metro de distancia, sino de otros que pretenden extender su personalidad hasta la íntima región de los afectos y opiniones.

Más de una vez nos encontramos con alguien que intenta desviar el curso de nuestras simpatías, no con argumentos que se imponen á la razón, sino con simples afirmaciones ó negaciones.

Por poco que se cultive el trato de personas cuya posición, verdadera ó falsa, les asigne un cierto predominio, se nota este enojoso fenómeno, agravado por la más decidida intransigencia.

Juan y Diego se odian por cualquier motivo, y ambos pretenden que el común amigo Pedro se decida por uno ú otro, violentando así su natural deseo de paz y buena armonía. Diego, dijo un día á Pedro, en tono marcadamente irónico y expresivo: «¡Usted que es tan amigo de Juan...!», y Juan, á su vez, lo interpeló en situación peregrina: «¡Usted que es tan amigo de Diego...!» He aquí al Pedro del ejemplo, muy apurado ante estos ultimatums que tienden á interrumpir sus afectos.



NOTA ARTISTICA; por Isidro Nonell.

Con frecuencia esta manía invasora asume proporciones vejatorias y alarmantes. Si, por desgracia, uno se encuentra bajo el dominio de algún sujeto, inclinado á proyectarse en la conciencia ajena, la vida se vuelve intolerable. La disciplina y el respeto sociales no bastan á estas naturalezas, venidas al mundo con la misión chocante de intervenir en la existencia y sentimientos del prójimo.

El espíritu de contradicción, tan desarrollado en muchas personas, es una variante, debida á aquella causa inicial. Trátase siempre de la imposición de un sistema, principio, idea ó acto, por el mero placer del mando, del dominio, de la anulación de la voluntad ajena. Ya es un individuo que desacredita la empresa, trabajo ú ocupación á que se dedica otro de su conocimiento, con el único objeto de satisfacer su pasión mezquina; ya es un sujeto que muestra á cada paso su necesidad de pleito homenaje ó su firme intención de poner el pie sobre el cuello de los que viven á su alcance.

Generalmente, tal obsesión dominatoria va acompañada de otras cualidades inferiores, y así es, como, por este camino, se llega de lo inofensivo á lo infame.

Fuera del dominio obligado que debe existir y aceptarse dentro de los límites que señalan el derecho, la moral y la cortesía, se clasifican las tendencias imperativas, que no significan más que humillación y entrometimiento, en el terreno reservado á la propia é individual iniciativa.

Si de la exposición de los hechos se pasa al terreno más difícil de su explicación, encontramos una causa de carácter inmoral acentuado, á saber, el placer de hacer daño. El fondo bestial del hombre se manifiesta aún á través del ropaje con que la civilización cubre á los individuos. El bruto se transparenta en la inclinación á causar un dolor al prójimo.

En realidad, este deseo de imposición y humillación se explica por las necesidades del diente y de la garra ancestral, que aparece hasta entre los labios rojos de la mujer y atraviesa los guantes del hombre civilizado.

Es indudable, y así lo enseña la psicología, que existe la alegría del mal, como existe la alegría del bien. La primera, es para la canalla egoísta que se debate en todas las esferas sociales; la segunda, es para los que aman el ideal y trabajan por el triunfo de la bondad y de la simpatía universal, por medio de la persuasión y de la ciencia, por medio del ejercicio de la virtud, por la generosidad del corazón, siempre dispuesto á dar el ejemplo de la abnegación, del sacrificio y del heroísmo.

Los primeros, pertenecen á la familia de la calamidad, y se cuentan entre los seres horribles de este mundo; los segundos, realizan el grado más avanzado de la evolución y son fuente de amor y felicidad sobre la tierra.

Carlos BAIRES



MARÍA GUERRERO, EN EL DRAMA «LOCURA DE AMOR».

EL CLOWN FILIPPO

En vano trataba el Padre Anselmo de adivinar la causa de la metamórfosis operada en su sobrina.

Elisa, antes tan linda, tan llena de salud, rebosando alegría y frescura por aquella cara de cielo que Dios le había dado, para que hasta las rosas la envidiaran, estaba cambiada por completo. Al vivo carmín de sus mejillas, había reemplazado ese triste amarillento que denota la falta de savia ó el exceso de pesar, afectando al organismo; sus ojos alegres, expresivos, picarescos, al par que dulces, se envolvían en nubes de tristeza; su frente bosquejaba una prematura arruga; sus cabellos, que antes revoloteaban sobre aquella plancha de nácar, rizosos y juguetones, permanecían lacios y descuidados, tapando con dejadez sus sienes; y hasta su andar, sus movimientos, su misma voz, revelaban algo de extraordinario, algo incomprensible para el pobre cura; pero que le robaba el sueño y hacía brotar las lágrimas á sus ojos, cuando con profunda pena la contemplaba

Más de una vez, quiso el Padre Anselmo conocer la causa de aquel cambio, pero siempre obtuvo la misma respuesta:

—Es el cariño, tío, lo que le hace ver peligros. Estoy buena, contenta, satisfecha, — respondía Elisa, y reía con una expresión tan triste, que hacía temblar de espanto al buen sacerdote.

Elisa buscaba siempre la soledad, y la mayor parte del día pasábala asomada al balcón de su cuarto, desde donde, á larga distancia, veía erguirse, sobre empinada montaña, el viejo castillo del marqués de X.

Si al pobre párroco le hubiera sido posible leer en el pensamiento de Elisa, en aquellos momentos en que extasiada contemplaba el hermoso valle de donde arrancaba el monte sobre cuya cuna alzábase el castillo, habría conocido la causa del cambio operado en su sobrina, y al conocerla, ¡cuán grande hubiese sido su dolor!

Seis meses hacía que su aristócrata dueño estuvo en la aldea, y al despedirse de Elisa, que se arrastraba á sus pies, suplicando compasión, había murmurado á su oído esta promesa:

—Volveré para hacerte mi esposa ante los hombres, como lo eres ante Dios.

Y no volvía, y la infeliz niña le esperaba, presa de horrible temor y angustia.

Pasaban los días y los meses. Se aproximaba el momento en que todo podía descubrirse, y entonces ¡qué vergüenza para ella, que tenía el deber de dar ejemplo, siquiera fuese por los lazos de parentesco que le unían al párroco de la aldea!

La maldición del Padre Anselmo, de aquel santo que la había sacado de la miseria, para hacer de ella una hija mimada, se cernía sobre su cabeza, llenándola de confusión y de espanto.

Imposible sería expresar el dolor de la infeliz Elisa. Lágrimas, suspiros, ayes... Así se deslizaban los días de su existencia, encerrada en su habitación y siempre fija la mirada en el camino por donde debía llegar el seductor, el que había jurado ante *el cielo* satisfacer una deuda, en la que su honor quedaba empeñado.

¡Pobre Elisa! Era demasiado niña para saber que la única deuda de juego que no es sagrada para los hombres, es la del juego del amor.

* * *

—¡Qué hacer, Dios mío! ¡Ilumíname! —exclamaba una noche en que asomada al balcón contemplaba, como de costumbre, el castillo que su fantasía de niña le había hecho ver como templo de su futura dicha. He pecado, sí, he pecado; pero ¿no hay nada en mí para merecer tu clemencia? ¿He de sufrir la vergüenza que me espera? ¿Puedo consentir que entre los blancos cabellos de ese anciano venerable caiga la mancha de mi oprobio?... No. Antes la muerte, antes...

En aquel momento, pasaba por frente á la casa del cura un viejo carromato, donde hacinados, sucios y hambrientos, unos cuantos saltimbanquis se alejaban del pueblo.

Como el relámpago brilla entre las cenicientas nubes, lució una idea en la mente de la joven, y agitada, nerviosa, febril, corrió á la cómoda que admitía su cuarto, hizo un pequeño envoltorio con algunas prendas de su uso, recogió sus ahorros, un puñado de monedas, y, como huye la gacela de la bala del cazador, se alejó Elisa de la casa, para salir al encuentro de aquellas miserables gentes.

* * *

Paliza era todo un artista. Según él, había nacido para director de pista, y á su lado no había clown con costilla sana, ni *hércules* con fuerzas suficientes para resistir uno de los puñetazos con que solía premiar sus ejercicios, cuando éstos no estaban á la altura de sus deseos.

Esto aparte, Paliza tenía buen fondo. Daba de comer á su *troupe*, se desvelaba por su mayor gloria y no le faltaban nunca buenas razones para convencer á los suyos de que el artista trabaja por el arte y no por el mezquino interés. ¡Harto hacía él con mantener media docena de vagos y llevarlos en *coche* de pueblo en pueblo y de feria en feria!

Paliza no era hombre insensible. Los artistas suelen tener buen corazón, y él lo tenía. ¡Vaya si lo tenía! Y sino que se lo preguntasen á *Lilí*, una ex amazona que hizo furor en París, quince años atrás, y que ahora trabajaba en la cuerda floja... y en el corazón de Paliza.

Una sola cosa echaba de menos el gran saltimbanqui, y ésta era causa de más de una reyerta entre los amantes: Paliza quería un hijo, no tanto por el deseo de experimentar los dulces sentimientos paternales, como por completar su compañía y tener el día de mañana un heredero de su nombre y de su gloria.

Porque hay que ver lo que por esos pueblos de Dios gusta un tierno niño que da saltos y brincos, que vuela de hombro en hombro y que se expone cada cinco minutos á hacer con sus sesos una tortilla.

—¡No sirves para nada! —solía gritar el director á Lilí, como final de estas discusiones.

Y Lilí le contestaba sumisa:

—¡Qué culpa tengo yo de no poder trabajar más que en la cuerda floja!

* * *

Elisa, próxima á ser madre, constituía un tesoro para el gran Paliza. Verdad que, por espacio de algunos años, aquel niño que naciera sería una carga para él; pero bien mirado, podía soportarla, porque Elisa era joven y guapa, y ¡es tan fácil aprender á brincar ó á dar vueltas en un trapecio!

La sobrina del cura, la víctima del marqués de X, sería una gran artista, al menos una chica guapa, y el día de mañana, la compañía de Paliza estaría completa, porque contaría con el niño que había de constituir el *grand succès* de Villasupeque y Quintanilleja.

Elisa besó las manos de aquel hombre, regándolas con lágrimas de gratitud, y aquel mismo día, quedó formando parte de la *troupe*.

Nadie en la aldea conoció la causa de su fuga, y su anciano tío, lejos de maldecirla, lloraba por ella á todas horas, encomendándola á Dios en sus fervientes plegarias.

* * *

Pasaron seis años, seis años llegando de pueblo en pueblo, mostrando sus formas á los profanos y sirviendo de diversión y de codicia á un público soez.

¡Cuánto sufría la infeliz Elisa! Pero en medio de su inmenso dolor, de sus humillaciones y de sus misterios, tenía un consuelo inefable: las caricias de su hijo.

Aquellos besos que devoraba en el silencio de la noche, ya en medio del bosque, ya en el miserable cuartucho de una posada; aquellas caricias prodigadas y recibidas como la flor el rocío, con amor y placer inefables, eran bálsamo prodigioso para las heridas de su alma y para sus sufrimientos físicos. Porque Elisa estaba enferma, muy enferma. Aquella vida no era para una naturaleza como la suya, y además, acababa de experimentar un pesar tan grande, que por fuerza extinguiría su existencia.

Paliza, creyó llegada la hora de que Filippo, el pequeño Filippo, se presentase al público, y era ella, la madre amantísima, la que hubiese dado gota á gota su sangre por el hijo querido, la encargada de mortificar á aquel pedazo de sus entrañas, haciéndole dar volteretas en el aire, descoyuntando sus tiernos miembros y exponiéndole á cada paso á una muerte segura.

¡Qué expresión de angustia reflejaba su rostro y cuántas ardientes lágrimas lo surcaban, cuando, en medio de la plaza mal empedrada, sobre una alfombra de fieltro, tiritando de frío, se presentaba con su hijo á divertir á los paletos, que compartían su atención entre las desnudeces de la madre y los peligros del pequeñuelo!

* * *

Ya no había remedio. Elisa iba á pagar su tributo á la muerte.

Paliza, de pie junto al lecho, escuchó conmovido el relato de la moribunda, sus súplicas y recomendaciones, jurando cumplirlas.

Luego Elisa quedó sola con su hijo, prodigándole sus últimas caricias, y al sentir el frío de la muerte, cuando la sangre empezó á negarse á circular, la infeliz madre, colgó al cuello del niño un medallón pendiente de dorada cadena, exclamando:

—Dios quiera que ese hombre no sea sordo á los gritos del deber.

Y murió: murió asida á aquel hijo de sus entrañas y besándole con furia loca, como si quisiera, en aquellos postreros besos, trasmitirle su alma.

* * *

Era Paliza hombre de suerte y acabó por hacer fortuna, á lo que contribuyó, en gran parte, el simpático Filippo.

La *troupe* de saltimbanqui, convirtióse en gran compañía ecuestre, y el amante de Lilí trabajó con éxito en las capitales.

El hijo de la infortunada Elisa, el desheredado huérfano, había formado una idea especial del mundo. Cuando, en el interior de los miserables tugurios que le habían servido de albergue hasta entonces, ensayaba algún arriesgado ejercicio, bajo el látigo convincente de Paliza, veía á la humanidad como tirana opresora del desvalido, y su sangre hervía en el cerebro, congestionándolo. Más tarde, cuando sus chistes y piruetas arrancaban aplausos y carcajadas, cuando el público de los circos reía como loco ó como idiota, Filippo no podía menos de tender una mirada de compasión á aquellas gentes, diciéndose:

—Hacen bien en despreciarme, porque yo... yo les tengo lástima.

Y seguía tranquilo la senda que le deparó el destino, entre contorsiones y muecas, entre saltos y payasadas, sin aspirar á nada, sin afecciones, sin ambición...

* * *

La compañía de Paliza acababa de llegar á Madrid, y el público acogió con entusiasmo al graciosísimo Filippo.

Una noche, terminado el espectáculo, Paliza llamó al clown, para decirle:

—Hoy cumples veinte años y debo revelarte el secreto que me confió tu pobre madre al morir.

Y sin más preámbulos ni retóricas, el buen director dijo á Filippo quién fué su madre, quién era el autor de sus días y lo que significaba aquel medallón que desde pequeñito llevaba al cuello.

Hasta aquel momento, no experimentó Filippo el deseo de amar, de no ser malo en el mundo. Tenía un padre y ansiaba estrecharle entre sus brazos.

Más de una semana pasó el clown, yendo tres veces al día en busca del marqués de X. Jamás podía hallarle.

Una noche, disponíase á salir á la pista, cuando Paliza se aproximó á él, diciéndole:

—Fíjate en un señor de barba blanca que está en el palco número 6. Ese es tu padre.

Trémulo, confuso, lleno de emoción indefinible, salió Filippo y, sin darse cuenta de ello, ni apartaba la vista del marqués, ni osaba separarse del sitio en que se colocó al salir.

El públicó empezaba á impacientarse, cuando Filippo, de un salto subió al antepecho de uno de los palcos y, ligero como un gamo, corrió por aquel estrecho camino, hasta llegar al palco número 6, donde, faltándole un pie, cayó de cabeza al lado del marqués de X.



—¡Imbécil! — exclamó éste, levantándose; y aun cuando la sangre brotaba de la frente del clown, nada hizo para auxiliarle.

Aquel desdén dió valor á Filippo, que, desabrochándose su blusa, sacó del pecho el medallón, entregándolo al marqués, al mismo tiempo que le decía:

—Me lo dió mi santa madre para que lo devolviera á mi padre. De usted es.

El aristócrata palideció al ver la alhaja. Pero aquello fué obra de un segundo, y, repuesto de su sorpresa, se limitó á decir, con acento despreciativo:

—Siempre he sido espléndido con mis queridas.

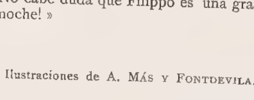
Filippo lanzó un gesto terrible, indefinible, inhumano. Luego, saltó del suelo al antepecho y restañándose con la mano la sangre de la herida, volvió á la pista, dejando oir una carcajada nerviosa, estridente, una carcajada que tenía algo del rugido del león, y algo también del gemido del cocodrilo.

Y riendo, riendo siempre, dió mil saltos á cual más difíciles, dijo cien chistes á cual más gracioso, y realizó tales maravillas, que el público no cesó de aplaudir un solo instante.

Al día siguiente se leía en los periódicos de la Corte:

« No cabe duda que Filippo es una gran adquisición para la Empresa. ¡Cuidado con lo que nos hizo reir anoche! »

J. GONZALEZ FORTE



Ilustraciones de A. Más y Fontdevila.



DELICIAS V

MIRALLES



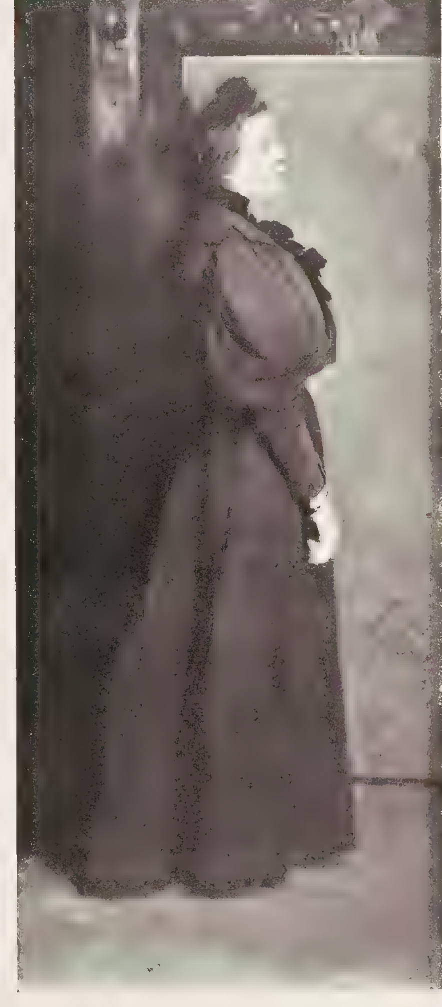
ERANIEGAS

Salón Robira (Fernando VII, 59.)

LOS DOS CREPÚSCULOS

—Bello, divino es el mundo
—No tanto, hijita, no tanto.
—Nacaradas nubes giran,
mirándose en los espacios.
—Mas de su seno desprenden
algunas veces el rayo.
—La brisa leve murmura
dulce y armónico canto.
—Brisa que en fiero huracán
se trueca y siembra el estrago.
—Y de las flores, mamá,
¿no te ocurre decir algo?
—Que todas tienen espinas.
—¿Y de su aliento aromado?
—Que en algunas, ese aliento
da la muerte, al aspirarlo.
—¿Y el arroyuelo?
—Es torrente.
—¿Y la mar?
—Ancho sudario
de cadáveres sin número,
en su centro amontonados.
—¿Y esa sociedad brillante
que deslumbra con su fausto?
—Oropel, hija, que oculta
humilde estatua de barro.
—¿Qué es la amistad?
—Una moda.
—¿Y el amor?
—Afecto santo
cuando se siente de veras;
pero sentirlo es ya raro.
—¿Qué es la vida?
—Una mentira.
—¿Y qué es la muerte?
—Un arcano.
—¡Ay, mamá; que te equivocas!
pintas el mundo muy malo,
en tanto que yo lo veo
como un edén encantado.
¿Por qué tan opuestamente
el mundo consideramos?
¿Por qué por prisma distinto
lo vemos?
—Hija; es muy claro.
porque tú entras en el mundo,
cuando yo del mundo salgo;
porque lo ves por oriente,
mientras yo por el ocaso;
porque en el alma sentimos
brotar, sus pliegues llenando,
tú, la flor de la esperanza,
yo, la flor del desengaño.

CAMILO MILLAN



Cuadro de M. FELIU DE LEMUS.

MALAGUEÑAS

Hasta el perro de tu huerto
te ha aventajado en lealtad;
¡cuando me ve me acaricia!
¡tú, ni me conoces ya!

El secreto de aquel día
hemos de callar los dos:
yo, por lo que iba á pasar,
tú, por lo que no pasó.

¡Tú también quieres herirme
y herirme en el corazón;
todos quieren hacer leña
del árbol que se cayó!

Si yo viviera á tu lado,
me aseguraba de incendios,
que tus ojos achicharran
y cuando miras me quemo.

Toda la fe de mi alma,
la puse en una mujer
que, al hacerme una traición,
me arrancó el alma y la fe.

Con hebras de tu cabello,
una cruz has de formarme,
para ponerla á mi cuello
y besarla al acostarme.

Mira si tengo desgracia,
que he puesto mi vida entera
en un castillo muy alto
con los cimientos de arena.

Es el querer que te tengo
pecado y pecado grande,
pues de Dios y de los Santos
he conseguido olvidarme.

Voy á poner una iglesia,
con sacristán y monagos,
y en la capilla mayor
á la niña que idolatro.

Hasta las flores del campo
se alegran cuando te ven,
y se sienten orgullosas
de que las pisen tus pies.

Mi madre, con ser mi madre,
no ha podido conseguir
que en la ausencia la recuerde,
como te recuerdo á ti.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

LA CAMPANA DE HUESCA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS.)

MUERTO sin hijos Don Alfonso I el *Batallador*, rey de Navarra y de Aragón, tuvo el capricho de dejar por herederos de sus estados á los caballeros templarios. Ni Aragón ni Navarra quisieron reconocerlos, por ser tal el testamento contra los fueros de ambos pueblos. Los navarros, reunidos en Pamplona, deciden alzar por Rey á García Ramírez, nieto de aquel noble Sancho V que murió en Peñalén, víctima de la más odiosa de las traiciones. Los aragoneses, convocados á Cortes en Monzón, —las primeras en que al lado de la nobleza y del clero tomó parte el estado llano, — proclamaron al hermano de Don Alfonso, llamado Ramiro II el *Monje*, fraile profeso en San Ponce de Tomiers, abad luego de Sahagún, obispo de Burgos y Pamplona, y últimamente de Roda (1134); quien, mediante la dispensa de todos los votos religiosos, que obtuvo del Papa Inocencio II, casó con Doña Inés de Poitiers, hermana de don Guillén, conde de Aquitania, de la que tuvo una hija que se llamó Petronila.

El reinado de Don Ramiro no podía ser dichoso, y no lo fué.

Era grandísima la diferencia y terrible el contraste entre los dos hermanos.

Alfonso, tenía por sobrenombre el *Batallador*: Ramiro, era conocido por *cogulla*.

El uno, había vivido en los campamentos; el otro, en los claustros. Alfonso, sólo había pensado en esgrimir la espada; Ramiro, había consagrado su existencia á la oración. El uno, había ganado veinte y nueve batallas; el otro, cedió á Don Alfonso VII de Castilla la ciudad de Zaragoza, con la parte del reino de Aragón de este lado del Ebro, reconociéndose su feudatario, retirándose á Huesca y contentándose con el título de rey de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza.

¿Cómo extrañar que aquellos orgullosos infanzones, á los que pretendió ganar *con ricas mercedes de castillos y lugares*, le despreciasen, llamándole el Rey-*cogulla*, deseosos de gobernar el Reino á su voluntad? ¿Ni cómo extrañar, tampoco, que el monarca, cansado de sufrir sus insolencias, tratase de ponerlas coto?

Cuéntase que Don Ramiro, víctima de los nobles, rey sin corona, señor sin mando, envió un mensajero al abad de San Ponce de Tomiers, en cuyo monasterio había sido religioso, consultándole qué debía hacer para salir de tan triste situación; y que el abad, llevando al mensajero á la huerta é imitando el ejemplo de Tarquino, en Roma, empezó á derribar y descabezar las más altas y lozanas plantas, diciéndole:

—Contad al Rey lo que habéis visto. Es cuanto se me ocurre aconsejarle.

Enterado Ramiro, y habiendo comprendido el significado de lo hecho por el abad, convocó en Huesca á todos los ricos-hombres y procuradores de las villas y lugares de Aragón, exponiéndoles su deseo de fundir una campana cuyo sonido se escuchase en todo el Reino, á fin de convocar á las gentes, siempre que de ello tuviese necesidad. Burláronse los magnates de aquella idea, propia, según ellos, de un espíritu tan menguado.

Don Ramiro, firme en su propósito, trabajaba secretamente para realizar su terrible proyecto.

Existe en el antiguo palacio de Huesca, más tarde Universidad, una pieza subterránea, á la cual se baja por el salón principal; la estrecha escalera prepara á encontrar, como se encuentra, un calabozo de cortas dimensiones, con alta bóveda, formada por dos grandes arcos cruzados, de extremidades semicirculares y techo redondeado como á torno, á estilo de las capillas bizantinas, de ovalada figura y grosera cornisa que gira alrededor, á la altura del arranque de los arcos. Sus muros denegridos permiten contar los gruesos sillares de que se componen, á la luz de dos altas ventanas, estrechadas hacia afuera, hasta concluir en verdaderas rendijas, sin mentar otra, tapiada, á cada extremidad.

Esta siniestra estancia es conocida con el nombre de la *campana,* como teatro de la sangrienta tragedia ocurrida en su obscuro recinto.

Los insolentes varones habían sido llamados á palacio por el Rey-*cogulla,* de quien se prometían burlarse una vez más, sin respeto á que era el monarca por ellos elegido, y sacado de su retiro — sin pretenderlo.

Muchos de ellos bajaron á la lúgubre estancia, destinada á servirles de rara sepultura, ya que en ella el Rey-*cogulla* les había preparado confesor y verdugo.

A su voz fueron acudiendo, uno á uno, los poderosos señores Lope Ferrench de Luna, Rui Jiménez de Luna, Pedro Martínez de Luna, Fernando de Luna, Gómez de Luna, Ferriz de Lizana, Pedro de Bergua, Gil de Atrosillo, Pedro Cornel, García de Vidaura, Ramón de Foces, García de la Peña y Pedro de Luesia...

Sus cabezas, chorreando sangre, formaron un horroroso círculo, semejando la forma de una campana.

Llamó, de nuevo, Don Ramiro, y bajó el arzobispo don Ordas, magnate de gran poder. Bien pronto su cabeza, separada del tronco, sirvió de badajo á la prometida campana, colgada de la argolla que aún subsiste en el centro de la estancia antemente descrita.

La voz del Rey - *cogulla* seguía llamando á los que arriba esperaban y que, al descender por la funesta escalera se detuvieron horrorizados, iracundos, recelosos.

He aquí la hermosa obra del malogrado artista don José Casado del Alisal, que, al pie de esta página, hoy presenta ALBUM SALÓN á sus lectores.

Aquel instante crítico está visto, cogido, según la feliz expresión de un eminente crítico, con sumo talento: el dibujo es franco, la ejecución afortunada, inspirando la escena más horror que la misma lectura de tan cruento suceso.

La cabeza del Rey está bellísimamente pintada. Su actitud no puede ser más fiera. Parece decirles á los ricos hombres, en son de reto: «¡Bajad, si os atrevéis!..»

Y los orgullosos varones, con la mirada baja, sorprendidos á la vez que aterrados, no se atreven á descender la escalera fatal

Presentado este cuadro á la Exposición de 1881, creyóse que lograría del Jurado el Premio de Honor, obteniendo tan sólo una Medalla de primera clase. Al saberlo, se abrió una suscripción, para regalar á su inspirado autor una corona de oro; el gobierno le concedió la Gran Cruz de Isabel la Católica; y las Cortes, á petición del insigne Castelar, votaron una crecida cantidad para adquirir el lienzo y que figurase en el Museo Nacional de Pinturas.

Se ha querido negar, por algunos, la veracidad de este suceso, pero sin presentar pruebas en contra. Los que lo afirman y sostienen, citan, además de los nombres de las víctimas, el que, á la parte N., contigua á la iglesia de los Caballeros Hospitalarios, se conservaba, en los tiempos de Ainsa, el altar de otra por cabecera, y á los lados, quince sepulcros de piedra, pertenecientes á las víctimas de la justicia ó la venganza del Rey - monje, que tenían grabados en la lápida una espada desnuda y una cabeza por badajo.

Disgustado Don Ramiro del gobierno, dice un notable historiador, por no estar habituado al desasosiego de los negocios, juntó Cortes en 1136, para anunciarles su resolución de abandonar la corona, abdicándola en su tierna hija Doña Petronila, cuya mano estaba dispuesto á ofrecer al rey de Castilla, Don Alfonso, para su primogénito. Los nobles y procuradores lograron persuadirle de la conveniencia de desposarla con el Conde de Barcelona, Don Ramón Berenguer, así por su valor y virtudes, como por la vecindad de los dos estados y la mayor analogía de costumbres entre aragoneses y catalanes, que ofrecían superiores ventajas. Así lo reconoció Don Ramiro y, hallándose el 11 de Agosto de 1137 en Barbastro, concertó el matrimonio de Doña Petronila y Berenguer, á los que el día 24 prestaron las Cortes juramento de obediencia; retirándose el Rey - monje á hacer una vida obscura en Huesca, Borja y San Juan de la Peña, hasta más de mediado el siglo XII, en que falleció. De su esposa, Doña Inés, apenas si quedó memoria alguna, suponiendo que en vista de la resolución de su esposo, se retiró, igualmente, á la vida privada.

Del claustro había salido y al retiro volvió aquel hombre singular que, con su aparente debilidad, *sin valor para la guerra, ni habilidad para el gobierno,* realizó una de las venganzas más cruentas ó una de las justicias más terribles que registran las páginas de nuestra historia.

E. RODRIGUEZ - SOLIS



LA LEYENDA DEL REY - MONJE

Cuadro de JOSÉ CASADO DEL ALISAL

Fot. Laurent y C.ª



QUE á qué obedecía su alborozo? ¡Tonta pregunta! ¿Lo sabía ella acaso? Percepciones hay del espíritu á las que todavía la Academia no ha concedido nombre; pero que indudablemente existen dentro de los seres (de igual suerte que esos fósiles que viven ignorados bajo tierra denotando el paso, quizá, de algo grandioso), y que rompen á lo mejor el hielo de la humana existencia, ora abrumándola con el peso de aquellas melancolías que no por ser injustificadas dejan de ser menos desgarradoras, ora sobreexcitándola por medio de un optimismo ineludible y extremo que abre al alma, como á Lázaro, los ojos á la *Vida*, diciéndola: «¡Despierta!»

* * *

—Señor, ¿por qué estaré hoy tan contenta?—se preguntaba á sí misma, dejando tras sí, en las holandas de su lecho, la tibia huella de su cuerpo de diosa adolescente, y mientras, hecha ya su *toilette* de mañana, abría la ventana de su cuarto, por la que entró una bocanada de aire fresco que coloreó como una manzana su rostro, al sorprenderle con un furtivo beso.

Cualquiera que á aquella hora la hubiera visto, destacando su busto blanco, aéreo, entre un marco ojival y obscuro de enredadera, arrancando de ésta profusión de jazmines y capullos té para engalanar sus cabellos que el sol naciente envolvía en un nimbo de oro, hubiérala de fijo tomado por la propia Primavera que, al ceder su cetro al Verano, le exigía, eterna dominadora, el tributo de sus más preciadas flores.

Y qué bien me cuadra aquí el precioso retruécano del gran poeta:

¡Oh, juventud, primavera de la vida!
¡Oh, primavera, juventud del año!

Con efecto, imaginaos mi cuadro en pleno mes de Junio, y su objeto, una criatura cargada con el florido haz de dieciocho abriles. Vedla tender su alborozada vista, como acariciándolo todo, primero por los senderitos de dilatado jardín, en cuya caprichosa y esmerada forma adivinábase al punto la adiestrada mano del hombre, después, sobre espacioso lago, dentro del que se reflejaba un trozo de horizonte rosáceo y en el que describían inquietas estrías, temblorosos surcos, el paso de los blancos ánades y el vuelo errante de las golondrinas pardas. Con la rapidez de la mirada, sólo á la del pensamiento comparable, descubrió extensa avenida de álamos que daba acceso á una verja, en cada una de cuyas bruñidas moharras centelleaba el sol; tras la verja, el bosque, lleno de misterios, saturado de aromas, esmaltado de arroyos, impregnado de murmurios, de delicias, de bienes desconocidos... y más allá, hiriendo de refilón cuadro tan bello, como término de él, el astro del día quebrando su aurífera frente en la inmovil cumbre, y pugnando, al parecer, por entrometerse en la fronda.

—El sol lo desea y yo tambien,—pensó la niña—á ver quién llega primero.

Y con la ligereza de un pájaro, descendió al jardín, atravesólo, sumergió al pasar las pulcras yemas de sus dedos en el lago, salvó la avenida y salió al bosque.

¡Qué hermosura! ¡qué manera de enmarañarse eterna y amorosamente los árboles! ¡cuán blandamente susurraban las fuentes! ¡qué gárrulos, qué cantarines se mostraban los señores pájaros! ¡vaya una bendición de Dios!

Paróse sorprendida: creía hallarse sola en el bosque, y en una revuelta de éste acababa de descubrir á un hombre. Aun que veíale de espalda, adivinó que se trataba de un joven y hasta pudo convencerse, arrastrada por ese instinto curioso que ha sido, es y será azote de los mortales, que el tal estaba pintando... Iba á retirarse cuando, reconociendo el rostro del pintor, que éste volvió de improviso, exclamó, dando alas á su alegría:

—¡Javier!

—¡Ofelia!... digo, señorita Ofelia!

—Puedes llamarme como siempre, hombre. ¿No sabías que estábamos aquí desde ayer noche? ¿Y tu padre, todavía es alfarero? ¿Conserva aún la tienda? ¡Qué cuadro tan lindo! Pintado por ti, ¿no? Recuerdo que esa era ya entonces tu afición. ¿Parece que era ayer, y ya han pasado seis años? ¿Te acuerdas de lo mucho que jugábamos? Tú, de puro grandullón, llevabas unos pantalones que te se habían quedado cortos. ¡Qué rabia te daba que te hiciera burla! A lo mejor te decía: «Javier, dibújame á la señora Alcaldesa» y tras, tras, ya está; calcada sobre el papel, rechoncha, chata, con sus grandes mofletes, sus ojos felinos y su cofia. ¿Y aquel día que hiciste la caricatura de mi profesor de francés, con su nariz de caballete, y sus ojos vizcos mirando al través de los espejuelos? ¡Cuánto nos reímos!... Yo iba entonces aún de corto... —Sin saber por qué, se puso Ofelia muy colorada. Sus ojos vivaces, retozones, escudriñaban con asaz aun que infantil travesura las facciones del artista llenas de virilidad y de interés: antojábansele cosa nueva en la que jamás había parado mientes. Y en realidad era así. Javier no parecía el mismo de seis años atrás: en su fisonomía, siempre guapa, se había acentuado ese *algo* que, trascendiendo de lo interior, anima singularmente, y aun parece circundar de invisible aureola ciertas testas privilegiadas.

—Pero ¿qué veo?—profirió de pronto ella,—si lo que estás pintando es mi casa, *Bella-Vista*, sí, exacta; ahí está mi ventana con su florido marco de enredadera, las flores resultan microscópicas. ¡Admirable! ¡eres un consumado maestro! Pero, chico, ¿cómo ha sido eso?

—Los tres años que he pasado en Roma me han servido de alguna luz,—respondió Javier, todo perturbado y, á pesar suyo, sintiendo en lo más vivo su vanidad halagada.

—¡Ah! conque ¿has corrido mundo? Yo también. Ya recordarás que cuando me despedí de ti la última vez, fué para encerrarme en el Colegio. A los tres años, caí enferma. Los facultativos me ordenaron viajes y distracciones; mis padres, temerosos de perderme, me llevaron á donde quise: á París, á Londres, á Italia y;... pero llegó un momento en que eché de menos este rincón de mundo. «Quiero pasar en *Bella-Vista* este último verano», me dije...

—¿El último?

—Sí, antes de;... pero ya lo sabrás. Tiempo nos queda para hablar de eso... Se me ocurre una idea: ¿Quieres hacer mi retrato?

—Con mucho gusto;... pero...

—Aquí mismo, en el bosque. Todas las mañanas me ofrezco á ser tu modelo.

* * *

Sobre un tronco secular apoya la joven con familiaridad su mano nítida; la mirada de sus ojos que de puro garzos tenían algo de las amatistas y del color de los mares, permanecía un tanto levantada, expresando el dichoso éxtasis que despierta en el ánimo extraña melodía.

— No te quedes así mirándome como un bobo, que me tienta la risa,— solía decir Ofelia a su pintor.

Este, como despertando, se sonreía y, dando el silencio por respuesta, volvía con amor á su tarea. Al término cuotidiano de la cual, ya de regreso para sus casas, acostumbraban visitar juntos una cercana ermita, denominada *del Cristo*.

La imagen de Ofelia había cobrado ya completa vida en el cuadro de Javier. A pesar de ello siguió la niña yendo todas las mañanas al bosque, sentándose junto á su amigo de la niñez, para verle pintar.

Cierta mañana, presentóse de improviso, apoyada en el brazo de un señor obeso, ya entrado en años.

—Javier, aquí tienes á mi futuro, el Duque de la Rémora.. Ese joven es el que fué mi compañero de infancia, Eusebio. Pinta magistralmente; mira.

El de la Rémora se deshizo en elogios y achacando á turbación la palidez mortal que se extendió como un sudario sobre el rostro del pintor, ofreció á éste su casa en Madrid, instándole para que, una vez terminado el cuadro, se lo mandara al precio que quisiera.

Un año después, los Duques de la Rémora visitaron la ermita *del Cristo*, de cuyas paredes colgaban multitud de ex votos. ¡Cuál sería el asombro de la joven al reconocerse en uno de ellos! Sí, era el cuadro que pintara Javier: tras el árbol acariciado por la niña asomaba un sátiro, mirándola con deseo, á tiempo de ofrecerla una corona ducal, mientras con la otra mano empujaba hacia profunda sima á un joven de rizada y negra cabellera, que arrastrábase á sus pies en demanda de clemencia... ¡Oh, cómo reconoció al punto Ofelia aquellas caras! De hinojos, con el rostro sepultado entre las manos, quedóse consternada unos instantes, casi aterrada. ¿Acababa acaso de descorrerse ante su espíritu algún velo? ¡Quién sabe! Lo único que se puede afirmar es que llegó indispuesta á su quinta de *Bella-Vista*, agravándose al extremo de tener que guardar cama, cuando supo, sin siquiera preguntarlo, que Javier ya no pintaba, tronchada en flor su juventud por una enfermedad *incurable*.

* * *

La opulenta Duquesa de la Rémora fundó al poco tiempo, en Madrid, una Academia pública y gratuíta de pintura, para niños pobres, bajo la advocación de San Francisco Javier. El mundo vió en ello un acto de piadosa filantropía: en realidad, no era sino la revelación de un malogrado amor que, ocultando púdicamente, tras el misterioso encanto del Arte, la unión tácita de dos corazones, evidenciaba una vez más lo inmutable y lo eterno de su ley.

JOSEFA CODINA UMBERT

ELECTROFOBIA

No he visto en mi vida un sér más raro que doña Remigia Caparrosa. ¿Y saben ustedes en qué consiste su rareza?

En un horror extremado á la electricidad.

Cuando vean ustedes la atmósfera muy cargada, tengan la evidencia de que está mucho más cargada doña Remigia.

Sí, señores; para mi amiga, las grandes tormentas son machos. Es decir; son grandes tormentos. Llegan á producirle verdaderas enfermedades.

Baste decir que, cuando va á ver *Don Juan Tenorio,* se sale del teatro antes de que aparezca el Capitán Centellas, porque no puede ver centellas de ninguna especie.

A una descarga eléctrica, prefiere la buena señora una descarga de fusilería Maüser.

Cierta verdulera, á quien despreció unas alcachofas, la gritó muy enfadada: « Bueno, señora, que la parta á usted un rayo. »

Tal efecto le hizo la frase á doña Remigia, que tuvo que guardar cama dos meses.

Vive frente al circo de Parish, y cuando ve anunciada allí *La tempestad,* la entra tal pánico, que aquella noche no duerme en su casa, sino en casa de un primo suyo, que es hijo de un constructor de pararrayos.

Y lo mismo que le ocurre á doña Remigia con la electricidad que pudiéramos llamar « al natural », la ocurre con todas sus aplicaciones.

Si tuviesen que administrarla corrientes eléctricas para la curación de cualquier dolencia que las exigiera, seguramente preferiría las medicinas extraordinarias á las corrientes, aun á riesgo de un fallecimiento inmediato. Quizá ella misma pidiera que la diesen la puntilla.

¡A cuántas amigas ha dejado de visitar desde que instalaron la luz eléctrica! Y es que en cada bombilla ve una bomba Orsini; de cada tulipa le parece que va á surgir un manojo de rayos mortíferos.

¡Antes el candil... la vela de sebo... la obscuridad completa!...

Echó de su casa á una excelente cocinera, en cuanto se enteró de que el señorito de una paisana suya era ingeniero electricista.

Como sabe que el hierro es buen conductor de la electricidad, no hay quien le haga tomar el jarabe ferruginoso que la recetaron, cuando ve encapotarse el cielo.

Cierto día le pasó al gato la mano por el lomo; vió que de la piel salían chispas, y la duró el temblor ocho días á la buena señora.

Excusado es decir que tan pronto como el gato despidió las chispas, doña Remigia despidió al gato.

—Veo que es usted una señora de muchas campanillas, — la dijo una vez su amigo Sánchez Dinamo. - ¿Por qué no las sustituye usted con timbres?

—¡Ay, amigo mío! Si fuera con timbres de gloria, quizás. Pero me moriría de miedo si tuviera en casa una sola pila de Volta. Yo no admito más pila que la de agua bendita, y esa no es de Volta, sino de porcelana.

Cuando oye hablar de telefonemas (ó *tefilomenas,* como ella dice), le entra un pánico terrible.

No quiere recibir á un sobrino suyo, desde que éste se trata con el dueño de un cinematógrafo. Se le figura que el tal sobrino se habrá contagiado y que vive ya soltando chispas como el gato.

Al telégrafo le tiene verdadero terror.

Una hermana que reside en Alicante la telegrafió su próximo viaje á Madrid. Cuando doña Remigia vió entrar en su domicilio al repartidor de telegramas, lanzó un grito y cayó desplomada sobre un canónigo amigo suyo y enemigo de los fonógrafos y de la electroterapia.

—¿Qué es eso? ¿Ha recibido usted alguna mala noticia?—la preguntó una vecina.

No lo sé, — respondió mi amiga, — pero basta conque haya venido por el telégrafo, para que me parezca horrible.

¡Cualquier día coge en sus manos el papelito azul!

El mismo día que llegó su hermana, salió con ella de paseo. Quiso la forastera montar en un tranvía de tracción eléctrica, y mi amiga no quería subir ni á tiros. ¡Qué había de querer!

—No, Petra, no, — decía doña Remigia, sujetando á su hermana por un brazo. — Tú desconoces el peligro que podemos correr dentro de ese artefacto de la muerte.

—Pero, hija mía, si todo el mundo monta en él.

—Mira que con la electricidad no se debe jugar, y en este tranvía puede ocurrirnos algo muy funesto.

—No seas tonta y anda pronto, que ya el conductor nos pone la cara fosca porque tardamos en subir.

Y á empujones entró en el vehículo doña Remigia, no cesando de manifestar á cada momento su temor.

Cuando llegaron al término del viaje y se apearon, notó la forastera que la habían robado el bolsillo.

—¿Lo ves? — la dijo su hermana. — ¿No te decía yo que los tranvías eléctricos sólo proporcionan disgustos?

—Lo mismo hubiera pasado en uno de *traición* animal.

—El animal es quien se mete en estos armatostes que van soltando chispas por abajo y bufidos por arriba.

. . . .

A todo esto, doña Remigia permanece soltera.

¿Y cómo no? Tuvo amores con cierto individuo que pensaba como ella; pero el día de su santo cogió una *chispa* muy grande, y para qué quiso ella más. Le tomó miedo y le mandó enhoramala.

Lo que á todo el mundo choca es que después de tanto tiempo de relaciones y de tanto horror á las tormentas, fuese la propia doña Remigia quien provocara el *trueno;* porque la bastaba que tronasen dos novios cercanos á ella, para estarse quince días metida en un cuarto obscuro, con los oídos tapados.

Esta es doña Remigia.

Y me parece que, como caso de electrofobia, era digna de que la conocieran ustedes.

Juan PÉREZ ZUÑIGA



Mtro. Juan Kaisser.

Autor de la pieza de música que acompaña al presente número.

EL HOMBRE RICO (FACETA.)

Los Rothschild, los Gould, los Astor, el duque de Westminster, son pelagatos, comparados con el hombre que le presentaré á usted.

—¿Cómo se llama?

—Juan.

—¿Juan á secas?

—Nadie le conoce otro nombre.

Llegamos á su casa, por mejor decir, á su barraca, situada en un barrio extremo. Nos recibió un hombre de mediana edad. La frente poderosa, los ojos perfumados, las facciones nobles y expresivas, se desplegaban del cuadro y del traje. Parecía un príncipe venido á menos.

—Me ha dicho mi amigo, — empecé yo, — que es usted un personaje opulento...

Me atajó con la mano, sonrió con benevolencia, y replicó:

— Es verdad. No solamente soy el hombre más rico del mundo, sino que tengo también la virtud de convertir á los demás en poderosos.

Se me alegraron los ojos al oir aquello, y humildemente le rogué que me diera la receta anhelada.

—Es bien sencilla y está al alcance de todo el mundo. Habrá observado usted que un general tres veces vencedor de sus enemigos, que un poeta tres veces coronado por la Gloria, por el Amor y por la Belleza, que un banquero, el más opulento; que un estadista, el más poderoso; que un sabio, el más consciente; ni pueden comer triple que los demás hombres, ni pueden llevar tres vestidos, ni tener tres mujeres, ni decir tres cosas á la vez si no quieren indigestarse, sudar la gota gorda, padecer de la médula ó tartamudear de un modo horrible.

—Esto es exacto, — asentí.

—Pues bien; resulta de todo ello que la dominación, el amor, la gula, el boato, tienen un límite. Cada hombre puede tanto como cualquiera otro. Todos podemos ser ricos, infinitamente ricos, ricos hasta lo increíble. .

—No comprendo...

Juan me miró con asombro.

—¿Dónde deja usted los sueños, amigo mío? No hablo de los sueños, del fenómeno que aún nadie ha explicado. Hablo de esos sueños que se tienen con los ojos abiertos. Así soy yo más rico que los más ricos; así puede serlo usted, y tenga la seguridad de que no ha de perder nunca sus riquezas.

* * *

JOSÉ MARÍA MARQUÉS



PAISAJE

J. CUSACHS



ARTILLERÍA DE MONTAÑA



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS EN 1900

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS

EN EL AÑO 1900

Francia está de enhorabuena. Cuando apenas ha habido tiempo para escribir en el gran libro del Progreso su honroso triunfo de 1889, da en los actuales momentos una prueba mayor, si cabe, de su virilidad y poderío, destinada á perpetuar la memoria de este agonizante siglo que ella principalmente contribuyó á que se le llamara de las luces.

Colosal era el empeño; poblaba de dificultades y de escollos su realización; pero hemos de confesar que ha tenido alientos para vencerlos, ganándose bravamente el aplauso y la admiración de todas las demás naciones civilizadas, que acuden á París como moscas á la miel, buscando en el recinto de su grandiosa Exposición todo linaje de enseñanzas y de placeres. No es conseguir poco, en época cual la presente, sumamente azarosa para la mayoría de ellas, empeñadas en sangrientas luchas ó preocupadas por arduos problemas políticos.

Las noticias que de allí se reciben particularmente y las que transmite la prensa, acusan un número fabuloso de visitantes, que cada día irá en aumento; pero, así y todo, es posible que no alcance al más fabuloso todavía que se prometían los organizadores del Certamen; en cuyo caso éste se cerrará con déficit. ¡Qué importa! Sería la primera Exposición importante en que no sucediera lo propio. Los que vean en ello un fracaso, pues no faltarán sabios de doublé que emiten semejante opinión, ignoran que en pensamientos tan levantados no caben miras especulativas; que no se trataba de correr las eventualidades de un negocio, sino de añadir un blasón al escudo nacional: debiendo considerarse, además, que cuanto pierden las arcas del Estado, entra centuplicado en las de los comerciantes ó industriales. No faltará tampoco, entre los criticones de oficio que, en toda obra humana... y hasta nos atrevemos á decir divina, andan á caza de defectos, seguramente por no saber apreciar las bellezas, quien diga, si á mano viene, que el abrirse la Exposición sin estar terminada, fué un descrédito enorme; que el perímetro de la misma es excesivamente grande y, en su consecuencia, fatigoso el recorrido; que los Pabellones oficiales de las Naciones están casi uno sobre otro, en la calle del mismo nombre, por falta de terreno, hasta el punto de que algunos, no cabiendo donde les correspondía, tuvieron que irse con su representación á otra parte; que en el Palacio tal ó cual han aparecido algunas goteras, lo cual favorece poco á sus constructores; que ciertas exhibiciones resultan chavacanas ó poco serias: nimiedades todas, detalles frívolos que en nada hacen desmerecer la grandiosidad del conjunto.

En cambio, las personas de buen sentido, las capaces de aquilatar cuanto esfuerzo intelectual y material representa aquella profusión de soberbios edificios y la clasificada colocación de los innumerables objetos en ellos contenidos, aplauden sin reserva y con justicia la potente iniciativa, la labor incesante del pueblo que indiscutiblemente marcha á la cabeza de la civilización. Ellas, las que, ante tanto bueno como encierra la Exposición Universal de 1900, hacen caso omiso de que haya algo malo; las que avaloran los éxitos, relacionándolos con las dificultades; envían desde el fondo de su alma, cual nosotros desde estas columnas, una felicitación entusiasta, cariñosa, á cuantos en el terreno ya oficial ya particular, en corporación ó individualmente, han contribuído con su apoyo moral ó material á esa espléndida manifestación del genio humano; y muy singularmente á sus verdaderos organizadores, los señores Alfred Picard, Delaunay-Belleville y J. Bouvard, que desempeñan respectivamente los delicados cargos de Comisario general, Director general de la Explotación y Director de las Secciones de Arquitectura y Festejos.



VISTA PANORÁMICA

IDEA GENERAL
DE LA EXPOSICIÓN



Como el espacio de que disponemos es sumamente reducido, fuera ridícula pretensión la nuestra, si intentáramos explicar con algún detenimiento las maravillas que á cada paso ofrece el grandioso certamen universal á que, en concepto de recuerdo, hemos consagrado este número. Nos contentaremos, pues, con bosquejar una ligera reseña, para que nuestros lectores formen idea aproximada de su importancia, siguiendo el itinerario á nuestro juicio más breve y práctico.

Entre las treinta y seis puertas que, sin contar las secundarias, dan acceso al mismo, descuella en primer lugar la *Puerta monumental*, por la que vamos á empezar nuestra excursión, situada en la Plaza de la Concordia, de una arquitectura absolutamente nueva, de una disposición original é ingeniosa, embellecida durante el día por bien armonizados colores, en que dominan los tonos dorados, verdes y azules, y convertida durante la noche en fantástico monumento, merced á ocho potentes reflectores, colocados con hábil disimulo en distintos sitios de la citada plaza.

El público penetra por un gran arco central, se esparce por otros dos laterales, después de haber entregado el billete de entrada en uno de los 76 *guichets* (postigos) que, dispuestos en semicírculo, permiten cómodamente el paso á 50,000 personas por hora, y se encuentra en la *Sección de Horticultura*, inmenso parterre de flores, verdadero paraíso, donde se mezclan todos los colores y se esparcen todos los perfumes; presentándose desde luego á su vista dos soberbios edificios: el *Gran Palacio de Bellas Artes* y el *Pequeño Palacio*, destinado á *Exposición Retrospectiva del Arte Francés*.

En el primero, figuran las creaciones de artistas franceses y extranjeros. Estos disponen, para sus instalaciones pictóricas, de toda el ala paralela al muelle del Sena; los otros, del ala próximamente igual, lindante con la avenida de los Campos Elíseos. La escultura, en la misma proporción, ocupa el centro de la nave, extendiéndose por los jardines de alrededor. El segundo, encierra la Historia del Trabajo en Francia, quien muestra orgullosa al visitante los adelantos por ella realizados en el transcurso de los siglos, desde su origen, hasta el año 1800, expuestos con arreglo á su antigüedad y por el siguiente orden: objetos en hueso, marfil, bronce y hierro, cerámica, maderas esculpidas y muebles, tejidos, cueros, alfarería, esmaltes, cristales y mosaicos, monedas, escrituras, estampación iluminada, imprenta, etcétera, etc. Esta sección es en realidad una de las más interesantes y merece ser apreciada con alguna detención.

Los Palacios referidos abren sus puertas en la avenida de Nicolás II. Tomando por ésta y atravesando el Sena por el hermoso puente de Alejandro III, desde el cual se disfruta de una perspectiva embelesadora, se sale á la Explanada de los Inválidos, cuya plazoleta, llena también de floridos parterres, sirve de vestíbulo á una serie de palacios, menos importantes, donde se hallan instalados: el *Decorado*, el *Mobiliario é Industrias diversas*, correspondientes á Francia los de la derecha y á las naciones extranjeras los del otro lado.

Retrocediendo después hasta el Sena, torciendo á la izquierda y siguiendo el muelle de Orsay, se halla la *Exposición del Arte en la Calle*, que ocupa gran parte de la calzada, y, después de cruzar el puente de los Inválidos, se entra en la *Calle de las Naciones*, llamada así, por tener en ella sus *Pabellones oficiales: Italia, Turquía, los Estados Unidos, Austria, Bosnia-Herzegovina, Hungría, Gran Bretaña, Bélgica, Noruega, Alemania, España, Mónaco, Suecia, Grecia, Servia, Rumanía, Bulgaria, Islandia, Luxemburgo, Persia, Perú, Portugal* y *Dinamarca;* rivalizando todos en suntuosidad y buen gusto, aun



PALACIO DEL TRAJE

PUENTE de ALEJANDRO III.

cuando los ocho últimos resultan algo más modestos.

En honor de la verdad, hemos de dejar consignado que esta Sección atrae é interesa en grado máximo. Los veintitrés edificios enumerados, reflejando cada uno la fisonomía propia del país á que pertenece, produce en el visitante la ilusión de que se encuentra en una ciudad cosmopolita, universal; recorrerlos con la conveniente detención, equivale á realizar en pocas horas un viaje por Europa y América, sin molestia ni fatiga alguna.

La necesidad de ser breves no nos releva de consagrar particularmente cuatro palabras á alguna de esas hermosas construcciones, para señalar siquiera su nota característica.

Italia. Tiene el aspecto de una inmensa catedral, cuya ornamentación exterior, riquísima y pintoresca, está basada en los estilos gótico y del renacimiento, con pórticos de ojivas y de columnas finamente talladas, que campean sobre grandes muros blancos y rojos, imitando mármoles preciosos; y con hornacinas que encierran genios, amorcillos, santos y escudos: un verdadero derroche, en fin, de mármoles, estucos, dorados y esculturas. A cada lado, una puerta central, adornada y coronada por estatuas; en cada ángulo una cúpula dorada, y en el centro un cimborio, dorado también, que ostenta un águila con las alas triunfalmente desplegadas.

Turquía. Es el primer edificio de estilo puramente turco que se ha elevado en París. Hasta ahora, para ofrecer un modelo de la arquitectura oriental, los proyectistas se inspiraban en documentos egipcios ó tunecinos, es decir, árabes. En el Pabellón otomano, síntesis de los mejores modelos de estilo turco, figuran fragmentos del Viejo Serrallo, antigua residencia de los sultanes; del Gran Bazar de Constantinopla; de la Fuente del sultán Ahmed; y de las célebres Mezquitas de Brousse, Iéni-Djami y de Suleïmanich. Caracterizan esta arquitectura: la cúpula cubierta de plomo, los techos arremangados á la china y al empleo bien entendido de la mayólica. El conjunto, lejos de ser abigarrado, como en los modelos adulterados que conocíamos, resulta de una sobriedad exquisita, en que casan perfectamente los azules verdosos de la cerámica

PUERTA MONUMENTAL.

Estados Unidos. Especie de Panteón americano, de estilo pomposo y clásico. La fachada principal, que mira al Sena, forma un arco de triunfo, rematado por un grupo monumental, representando *La Libertad sobre el carro del Progreso*. Cuatro caballos que, al galope tendido y en abanico, guiados por dos niños que simbolizan respectivamente el Progreso intelectual y físico, tiran de un gran carro en que va de pie una arrogante joven, personificación hermosa de la Libertad. Los frisos del edificio están adornados con atributos guerreros, y encima del cimborio de 51 metros que lo domina, despliega sus anchas alas de oro el águila de los Estados Unidos.

Austria. Lindísimo aspecto, á pesar de la sencillez de líneas de su arquitectura, algo parecida á la del reinado de Luis XIV. Tiene la apariencia de un pabellón de caza; es alegre y vistoso, y adornan sus muros multitud de festones, guirnaldas y mascarones grotescos. Del lado del Sena, un pórtico de columnas dobles con armas señoriales sirve de sostén á un elegante balcón, sobre el cual se cierne el águila austriaca de oro y dos cabezas. En la cúspide, un ático con trofeos guerreros; y en cada ángulo una pequeña cúpula, semejante á un baldaquino con bellotas de oro.

Bosnia-Herzegovina. Colocado este Pabellón entre los de las seculares nacionalidades austriaca y húngara, produce el efecto de una tierna doncella, vestida de azul y blanco, á quien sus padres presentan por vez primera en el gran mundo. Pero aún dentro de ese mundo cristiano en donde se le introduce, la joven catecúmena conserva su especto musulmán; aparece envuelta en gasas y no se atreve á mirar sino al través de sus celosías. En el decorado interior, llaman poderosa-



PALACIO LUMINOSO.

mente la atención varias pinturas de Mucha, el joven é inspirado artista eslavo, á quien sus carteles anunciadores han dado en estos últimos años universal reputación; y no menos la llama una sección de mujeres bósnicas, que, en traje del país, ejecutan á la vista del público primorosos tejidos, lindos tapices y artísticas esculturas en madera.

Hungría. En justicia debe ser considerado como uno de los mejores, pues ofrece, maravillosamente combinadas, preciosas muestras de la arquitectura húngara, desde la época romana hasta nuestros días. Visto desde el Sena, es la masa sombría é imponente de la antigua torre de la ciudadela de Komorn, tomada dos veces por los turcos, después por los imperiales, y rudamente sitiada por los austriacos en 1849. Por su especial construcción, participa á la vez de castillo y palacio. La fachada, lindante con el Pabellón de la Gran Bretaña, reproduce fielmente la nave gótica de la iglesia de San Miguel de Contorhoheléy, á la par que la residencia en Eperies del príncipe Klobusiczky, de estilo rococo y barroco, muy en boga por los tiempos de María Teresa.

Gran Bretaña. Un noble *manoir* inglés, sencillo, elegante y confortable, que parece edificado ayer, siendo así que se remonta á la época de Jacobo I. Tal como hoy se le ve á orillas del Sena, existe aún, con la denominación de «Castillo de Kington Hoúse» en Bradford-s-Avon, al Noroeste de Salisbury. Es de fábrica de ladrillo colorado, y tiene una apariencia completamente moderna. En él residirá el príncipe de Gales, mientras dure su visita á la Exposición.

Alemania. Resumen y síntesis de la antigua y de la actual arquitectura alemana, en estilo renacimiento del siglo xvi, refleja toda la gaya poesía, recuerda toda la sencillez decorativa de los antiguos palacios municipales del Rhin y de las casas de Nuremberg, al propio tiempo que nos muestra el estilo moderno de las más bellas construcciones de Berlín y Munich.

España. La opinión general pregona que es uno de los más soberbios y majestuosos. Su masa cuadrada, de la que se destaca, en el ángulo derecho, una maciza y gigantesca torre, cuyo extremo superior ostenta, á guisa de almenas, una elegante galería que la sirve de corona, recuerda toda la grandeza, toda la regia suntuosidad, toda la caballerosidad y altivez de los palacios castellanos. Al contemplar sus fachadas, cuyas puertas y altas ventanas tienen por encuadramiento esbeltas columnas y encantadores bajo relieves, con animales heráldicos y guerreros armados de casco y coraza, el visitante cree ver en este edificio una antigua ciudadela, metamorfoseada por encanto en una mansión real. Nuestra Reina Regente ha escogido por sí misma los objetos que figuran en la Exposición de Arte Retrospectivo, instalada en la planta baja, enviando particularmente las magníficas tapicerías que adornan sus salones: una de las colecciones más bellas y ricas del Universo, compuesta de 2,000 piezas, en su mayoría flamencas y españolas. Por su iniciativa, figuran también en ella los maravillosos relicarios de la capilla real, el trono de Carlos V, y la espléndida colección de armas y armaduras que todo el mundo admira; incluso las que fueron de Boabdil, el último rey moro de Granada, pertenecientes en la actualidad á la marquesa de Viana.



PALACIO DE LA MUJER

Servia. Extraordinariamente sencillo, aunque de aspecto elegante, este Pabellón recuerda los monumentos religiosos de su país, de un país que no posee otros monumentos, pues carece de arquitectura civil. Representa una modesta iglesia bizantina, fabricada con ladrillo y piedras grises, teniendo como notas salientes algunos fayances verdosos, y haciendo gala de la más severa austeridad.

Suecia. El pintoresco Pabellón de madera que representa este interesante pueblo es de una originalidad muy personal, y no se asemeja en nada á otro alguno de los edificios descriptos. Su avanzada terraza, sus delgadas torrecillas, unidas por pasarelas ornamentales y ligeras, su elevado campanil, sus colores brillantes, le dan cierto efecto fantástico.

Noruega. Presenta un elegante Pabellón de madera, que fué construido en su país, expedido á la capital de Francia y montado pedazo por pedazo.

El tono rojo del Pabellón, atenuado por el blanco del decorado, da una nota viva, conservando su color local, pues sabido es que en Suecia los edificios se pintan de rojo, para que se destaquen sobre la nieve, de modo que se vean de lejos y sirvan como de faros en aquellos campos. Este *chalet*, con sus balcones superpuestos, sus pasarelas aéreas y su flecha, que alcanza la altura de 35 metros, es de los que más llaman la atención en la calle de las Naciones.

País pescador, ha reunido Noruega en sus galerías una exposición de productos de caza y pesca, con todos cuantos artefactos se emplean.

Grecia. El crédito consignado para el Pabellón griego asciende á un millón de francos, con los cuales ha construído un edificio todo de hierro.

En el centro, se eleva una cúpula de elegante arquitectura, y en los ángulos, cuatro más pequeñas dan al conjunto un carácter bizantino. Todos los productos, objetos y obras de arte del reino helénico se encuentran reunidos en este Palacio.

Bélgica. El Pabellón belga, ejemplar puro del arte flamenco, es de un gran efecto, que se acentúa más por el contraste que forma con los palacios que le rodean de Inglaterra y Noruega.

Reproduce fielmente este edificio el Ayuntamiento de Audenarde, población de algunos millares de habitantes, situada sobre el Escalda, á 29 kilómetros de Gante. Dicha casa municipal fué construída en 1529, y su arquitecto recibió el encargo de reunir en ella

G. C



¡GLORIA Á LA INTELI



GENCIA Y AL TRABAJO!

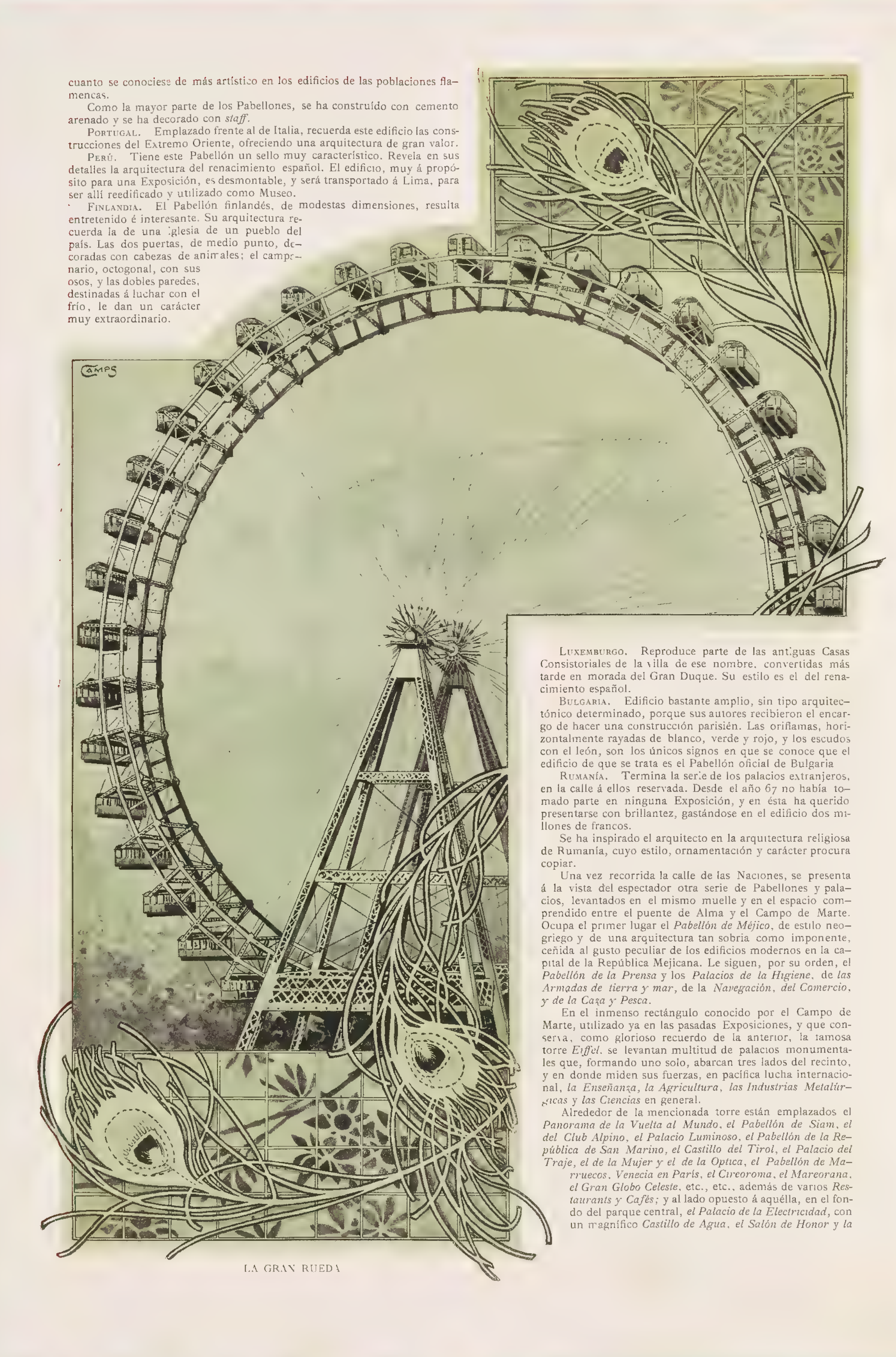
cuanto se conociese de más artístico en los edificios de las poblaciones flamencas.

Como la mayor parte de los Pabellones, se ha construído con cemento arenado y se ha decorado con *staff*.

Portugal. Emplazado frente al de Italia, recuerda este edificio las construcciones del Extremo Oriente, ofreciendo una arquitectura de gran valor.

Perú. Tiene este Pabellón un sello muy característico. Revela en sus detalles la arquitectura del renacimiento español. El edificio, muy á propósito para una Exposición, es desmontable, y será transportado á Lima, para ser allí reedificado y utilizado como Museo.

Finlandia. El Pabellón finlandés, de modestas dimensiones, resulta entretenido é interesante. Su arquitectura recuerda la de una iglesia de un pueblo del país. Las dos puertas, de medio punto, decoradas con cabezas de animales; el campanario, octogonal, con sus osos, y las dobles paredes, destinadas á luchar con el frío, le dan un carácter muy extraordinario.



LA GRAN RUEDA

Luxemburgo. Reproduce parte de las antiguas Casas Consistoriales de la villa de ese nombre, convertidas más tarde en morada del Gran Duque. Su estilo es el del renacimiento español.

Bulgaria. Edificio bastante amplio, sin tipo arquitectónico determinado, porque sus autores recibieron el encargo de hacer una construcción parisién. Las oriflamas, horizontalmente rayadas de blanco, verde y rojo, y los escudos con el león, son los únicos signos en que se conoce que el edificio de que se trata es el Pabellón oficial de Bulgaria

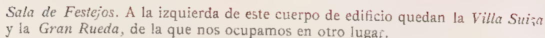
Rumanía. Termina la serie de los palacios extranjeros, en la calle á ellos reservada. Desde el año 67 no había tomado parte en ninguna Exposición, y en ésta ha querido presentarse con brillantez, gastándose en el edificio dos millones de francos.

Se ha inspirado el arquitecto en la arquitectura religiosa de Rumanía, cuyo estilo, ornamentación y carácter procura copiar.

Una vez recorrida la calle de las Naciones, se presenta á la vista del espectador otra serie de Pabellones y palacios, levantados en el mismo muelle y en el espacio comprendido entre el puente de Alma y el Campo de Marte. Ocupa el primer lugar el *Pabellón de Méjico*, de estilo neogriego y de una arquitectura tan sobria como imponente, ceñida al gusto peculiar de los edificios modernos en la capital de la República Mejicana. Le siguen, por su orden, el *Pabellón de la Prensa* y los *Palacios de la Higiene*, de *las Armadas de tierra y mar*, de la *Navegación*, *del Comercio*, *y de la Caza y Pesca*.

En el inmenso rectángulo conocido por el Campo de Marte, utilizado ya en las pasadas Exposiciones, y que conserva, como glorioso recuerdo de la anterior, la famosa torre *Eiffel*, se levantan multitud de palacios monumentales que, formando uno solo, abarcan tres lados del recinto, y en donde miden sus fuerzas, en pacífica lucha internacional, *la Enseñanza*, *la Agricultura*, *las Industrias Metalúrgicas* y *las Ciencias* en general.

Alrededor de la mencionada torre están emplazados el *Panorama de la Vuelta al Mundo*, *el Pabellón de Siam*, *el del Club Alpino*, *el Palacio Luminoso*, *el Pabellón de la República de San Marino*, *el Castillo del Tirol*, *el Palacio del Traje*, *el de la Mujer y el de la Optica*, *el Pabellón de Marruecos*, *Venecia en París*, *el Circorama*, *el Mareorama*, *el Gran Globo Celeste*, etc., etc., además de varios *Restaurants y Cafés*; y al lado opuesto á aquélla, en el fondo del parque central, *el Palacio de la Electricidad*, con un magnífico *Castillo de Agua*, *el Salón de Honor y la*



Sala de Festejos. A la izquierda de este cuerpo de edificio quedan la *Villa Suiza* y la *Gran Rueda*, de la que nos ocupamos en otro lugar.

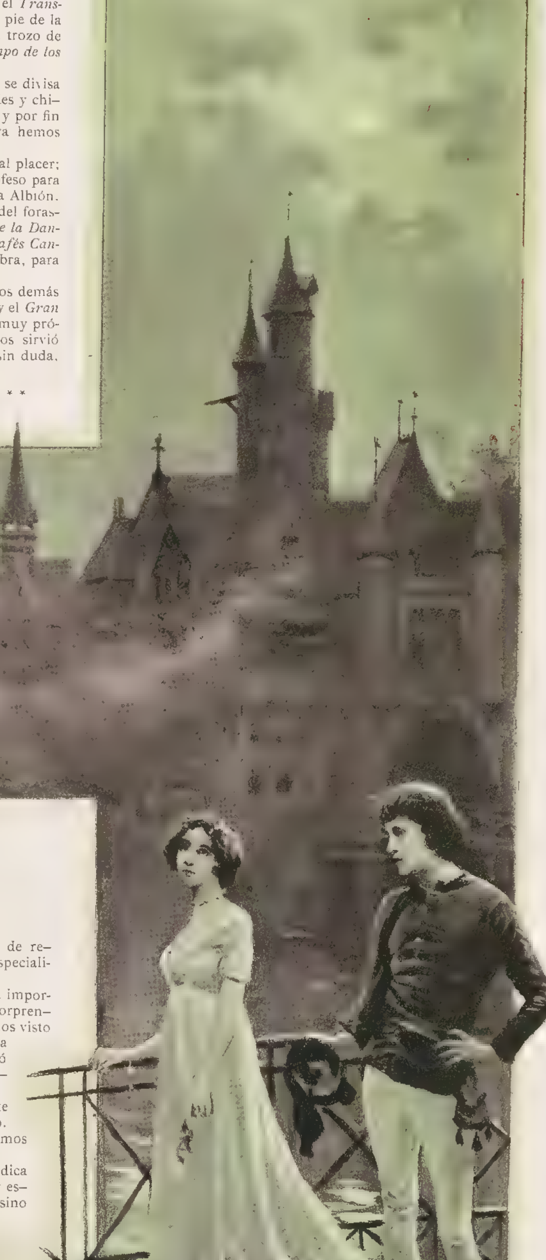
Atravesando después el puente de léna, se llega á la vasta *Sección Colonial del Trocadero*, que forma una colina en cuya cumbre está el Palacio de este nombre, donde se exhibe cuanto concierne á la *Colonización*. En la vertiente de la izquierda se hallan emplazadas todas las *Colonias francesas: Túnez*, el *Sudán*, el *Senegal*, las *Indias francesas*, la *Guinea* y el *Dahomey*; y á la derecha, las *Colonias extranjeras: Asia-Rusa*, *Indias Neerlandesas*, la *China*, el *Japón* y el *Transvaal*. Detrás del Palacio, se exhibe el *Panorama de Madagascar*, y al pie de la colina, casi en la margen del Sena se ha instalado, aprovechando un trozo de terreno, en honor de la verdad, poco á propósito, la *Andalucía en tiempo de los moros*.

Siguiendo la misma orilla del río, en dirección al muelle de Billy, se divisa pronto la *Navegación de Placer*, con sus gallardas embarcaciones grandes y chicas, más allá el *París Viejo*, nota típica que merece ser tratada aparte, y por fin la *Calle de París*, que hace *pendant* con la de las *Naciones* de que ya hemos hablado.

Esta calle debiera denominarse: la de la alegría. Todo en ella invita al placer; todo llena de regocijo los corazones. Diríase que se ha levantado exprofeso para poner á prueba la hipocondríaca indiferencia de los hijos de la nebulosa Albión. ¡Es preciso verla; particularmente de noche! Figuran allí, para solaz del forastero: la *Casa al revés*, curiosísima como indica su nombre, el *Palacio de la Danza*, el *Gran Gignole*, el *Jardín de las Canciones*, el *Teatro de la Risa*. *Cafés Cantantes*, *Cuadros vivos*, *Autómatas*, etc., etc., espectáculos, en una palabra, para todos los gustos y aficiones.

Tiene, sin embargo, su parte seria; pues, formando contraste con los demás edificios, hay también en ella: el Palacio de *los Congresos*, el *Acuarium* y el *Gran Pabellón de la Villa*; situado éste junto á la Puerta de los Inválidos y muy próximo al *Palacio de Bellas Artes*, ó sea, á la *Puerta monumental* que nos sirvió de punto de partida para nuestro rápido itinerario, el más racional, sin duda, para recorrer ordenadamente y en poco tiempo la Exposición.

* * *



EL PARÍS VIEJO

LAS GRANDES ATRACCIONES

Aparte de que en el vastísimo recinto que ligeramente acabamos de recorrer todo merece que se vea y admire, hay instalaciones cuya especialidad atrae más poderosamente la pública atención.

Cada una de las partes que componen ese hermoso conjunto tiene su importancia relativa; pero muchas de ellas, á pesar de su magnificencia, no sorprenden, porque son notas obligadas en toda Exposición Universal, y las hemos visto en cuantas se han celebrado hasta el día. La atracción verdadera estriba en la novedad; y á fe que, en punto á novedades, ninguna otra presentó tantas, ni nunca como ahora se ha revelado á dónde pueden llegar el ingenio y las iniciativas humanas.

El visitante camina esta vez de sorpresa en sorpresa, y se extasía ante el derroche de inteligencia, riqueza y travesura que presencia á cada paso.

En la imposibilidad material de describirlas una por una, consagraremos algunos párrafos á las principales.

El Palacio de la Mujer. Obra feminista por excelencia, como indica el título, constituye la historia de la mujer en todas las edades, esferas y estados, no sólo en lo que se refiere á sus diferentes trabajos y labores, sino también á sus derechos y deberes; analizando el papel que desempeña en sociedad; reflejando sus capacidades y aspiraciones; pintándola tal cual es ó debe ser en el hogar doméstico, como tierna madre de sus hijos y fiel compañera de su esposo; poniendo, en fin, de relieve el talento, la maestría, el valor y hasta el heroísmo con que en distintas ocasiones ha sabido colocarse al nivel del hombre.

Contiguo á la torre Eiffel, este edificio elegante y gracioso ofrece en su interior al bello sexo cuantas comodidades y entretenimientos pueda desear: salas de espectáculos y de conversación, gabi-

netes de música, de lectura y de escritura, lujosos tocadores, restaurant, café, etcétera, etc., multitud de industrias femeninas y una exposición de las obras de artistas-hembras, premiadas en el Salón.

Palacio del Traje. Tiene por objeto presentar la historia completa de la indumentaria en todas las civilizaciones occidentales, desde la época egipcia y romana hasta el año actual, no por medio de telas de discutible autenticidad, deslucidas, y desenterradas de un museo, sino exhibiendo trajes nuevos, flamantes, como al salir de las manos del sastre ó de la modista, reconstituídos rigurosamente según modelo. Para completar la ilusión, el autor del pensamiento se vale de maniquís que, animados por el color y vestidos de pies á cabeza, representan los personajes célebres ó vulgares de escenas originales y típicas correspondientes á la época que simbolizan. No cabe imaginar un espectáculo más curioso, agradable y al propio tiempo instructivo.

La Casa al revés. Digno de un fantástico cuento de Hoffmann es este antiguo castillo gótico, al que sirven de sostén las bocas de las chimeneas y cuyos cimientos, que parecen acabados de arrancar de la tierra, flotan en pleno espacio. Gracias á una ingeniosa combinación de espejos, todo en él se ve invertido; puertas y ventanas, pavimentos y cielo rasos, cortinajes y muebles. Al subir las escaleras, el visitante se hace necesariamente la ilusión de que camina boca abajo, como por arte de encantamiento, lo propio que al recorrer las habitaciones, decoradas al estilo de la Edad Media; llegando á creer que se halla en un país maravilloso donde no rige la ley de la atracción terrestre. Al par que mueve á admiración ese rarísimo espectáculo, incita á la risa, máxime en el piso tercero, pues vense cuantos penetran allí, por efecto también del espejismo, convertidos de repente en monstruos de cien cabezas.

El Palacio de la Danza. Esta exhibición constituye una revista animada del baile en todos los países y á través de las edades, sobre el escenario de un teatro elegante, coquetón, dispuesto á semejanza del de Wagner en Bayreuth.

Los amantes de Terpsícore, que abundan no poco, pues tiene para muchos notorio incentivo, recrean en él su vista con las danzas *religiosas orientales*, la danza *china*, la *de las Bayaderas*, la *egipcia*, las *religiosas* y *guerreras de la Grecia é Italia* antiguas; con la danza *de Isis*, la *Bacanal romana*, las *de los Gladiadores* y *Juglares* de la Edad Media y, en fin, con las encantadoras variantes modernas: el *Pasapié del Renacimiento*, el *Minueto*, la *Gavota*, etc., etc., hasta el *Cancán* de Maville y las *danzas luminosas* de Lola Fuller; ejecutadas por artistas de gran fama, con inmenso cuerpo coreográfico, reclutado exprofeso de entre lo mejor de cada nación.

La gran rueda. Construída toda de hierro, ofrece el aspecto de una gigantesca rueda velocipédica (106 metros de diámetro), dando vueltas en el aire, por encima de las construcciones del Campo de Marte.

En su círculo, sujeto al eje ó cubo por radios tangentes, gruesos como el tronco de un árbol regular, van 80 vagones, á distancias iguales y capaces cada uno para 20 personas; de suerte que pueden utilizar á la vez ese medio de locomoción aérea la friolera de 1,600 pasajeros; quienes se elevan y descienden lenta y suavemente, lo mismísimo que si viajaran en globo.

En cuanto empieza el recorrido, se domina poco á poco el vasto recinto de la Exposición y al fin París entero; disfrutándose por todos lados de espléndidas vistas panorámicas.

No se sabe qué admirar más, si lo atrevido del proyecto ó el excelente cálculo que ha presidido á su realización, para dotarlo de las necesarias condiciones de seguridad.

El Mareorama. No se trata de una de tantas vistas como han figurado en diversas Exposiciones, sino de un viaje por mar; de un verdadero viaje, al través del Mediterráneo, empezando en Marsella y acabando en Constantinopla, con escalas en Argel, Nápoles y Venecia. La ilusión es completa. El público no duda un momento de que se halla navegando, merced al hábil mecanismo con que la plancha giratoria verifica todos los movimientos propios de un buque de gran porte, y la perfecta reconstitución del mismo. ¡Si hasta la atmósfera está saturada de salobres emanaciones!

En este agradable viaje disfruta el pasajero de todos los admirables espectáculos que en la realidad ofrecen los mares y las costas.

Aquí la tempestad, con su imponente cortejo de rayos y truenos; allá una tranquila y rosada salida de sol; más lejos un sorprendente efecto de luna;... y después Argel, blanco como la nieve, con sus líneas de sombra violáceas;... Nápoles, envuelto en tintas de ocre y siena tostada; Constantinopla, con sus esplendentes azules, sus minaretes y su Bósforo. Vamos; que no cabe más.

El París viejo. Entre el puente de Alma y el embarcadero del Trocadero existe una de las principales atracciones de la Exposición. Como mágica evocación del pasado, se levantan, formando una pequeña población, dividida en tres cuarteles principales, una porción de monumentos y edificios de los más notables que constituían la belleza y daban carácter al antiguo París.

Imperio

Directorio

Bizantino

Camps

PALACIO DEL TRAJE



él reformas que permiten considerarlo como una verdadera maravilla del ingenio humano.

Sin pretensión de entrar en detalles técnicos ni científicos, vamos á dar una ligera idea de la instalación y funcionamiento de este sistema.

En todos los transportes es el vehículo el que rueda sobre la vía, y aquí sucede todo lo contrario: es la vía la que marcha.

Descansa esta sobre una pasarela formada por dos vigas metálicas de un metro de altura, sostenidas por pilares de hierro que sobresalen seis metros del suelo.

Sobre esta vía se deslizan dos plataformas, á las cuales se da acceso en dos formas: á las estaciones principales se puede llegar por medio de un ascensor formado por una tela sin fin, como los que conocerán todos los que hayan visitado los almacenes del Louvre; á las estaciones intermedias se sube por medio de escaleras.

Hay otra tercera plataforma, especie de piso fijo, de un metro próximamente de ancho, en el cual pueden los viajeros esperar el momento favorable para pasar á las vías movibles.

Enrasando con este piso se encuentra la primera plataforma móvil, que tiene una anchura de ochenta centímetros y sirve para el transporte de los visitantes que no tengan sitio en la otra plataforma, cuya velocidad es mayor y tiene 1'30 metros de ancho, y sobre ella muchos bancos, de tres sitios cada uno.

La primera plataforma lleva una velocidad de cuatro kilómetros por hora; la de los bancos camina á razón de ocho.

Estas velocidades hacen que en ningún caso sea peligroso una caída, y que ésta sólo proporcione una nota cómica.

Los gastos de instalación y explotación durante los seis meses de la Exposición, se han calculado en unos siete millones de francos, y como el precio del transporte es de 50 céntimos por cualquier distancia, se necesita que las plataformas transporten 70,000 viajeros por día, sólo para cubrir gastos.

Créese, sin embargo, que pasará con mucho de esta cifra, pues la explotación está dispuesta para transportar cada hora hasta 60,000 personas, ante las cuales se desarrollará el bellísimo panorama de toda la Exposición, como si fuera la cinta de un inmenso cinematógrafo.

* * *

Hay que hacer notar que los edificios del París Viejo no son puramente decorativos, sino que se puede penetrar en su interior, subir á lo alto de las torres, recorrer las habitaciones y hasta los graneros; todo lo cual ha sido tan escrupulosamente ejecutado como las fachadas exteriores.

Se ha agrupado todo lo más interesante, reuniéndose en un solo edificio varias construcciones similares, con tal acierto, que resulta una obra incomparable. No se ha limitado la reproducción á una sola época, sino que abarca un período de cuatro siglos: desde el XV al XVIII.

Bajo tres expresiones de la vida puede apreciarse la atracción que nos ocupa; es á saber: el París de las escuelas; el París de los oficios y de la curiosidad, cuyo centro es el Pont-au-Change, y el París de la *toilette* y de las modas. Estos tres puntos de vista se ofrecen al visitante, por medio de acertadas reproducciones de tiendas, talleres y otros establecimientos en los que, individuos de ambos sexos, vestidos con trajes de la época, reproducen las industrias y costumbres de los tiempos pasados.

Los andenes movibles. Seguramente, una de las novedades que producen extraordinaria sensación en el Gran Certámen, más que por su utilidad, con ser ésta muy grande, por lo atrevido del pensamiento, es la de *los andenes movibles*, mediante los cuales pueden recorrer á la vez muchos centenares de espectadores, en muy pocos minutos, todo el recinto de la Exposición.

Como es natural, fué preciso pensar en la rápida evacuación de estas inmensas multitudes, así como su fácil transporte por el enorme recinto que comprende desde la plaza de la Concordia hasta la Escuela Militar, y se extiende desde las alturas del Trocadero hasta la hondonada del Hotel de los Inválidos.

Los ferrocarriles resultan poco prácticos. Por la línea sistema Decauville, instalada en 1883 y considerada como una de las más rápidas, sólo pudieron circular unos 50,000 viajeros al día

El *clou* de la Exposición de Chicago fué la instalación de los andenes movibles que, utilizados por primera vez, sufrieron no pocos entorpecimientos.

Para la Exposición actual se ha hecho un estudio detenidísimo del mecanismo, introduciendo en





PABELLÓN DE ESPAÑA



Cuadro de M. Cusí.

Salón Robira (Fernando VII, 59

DE VIZCAYA

PALACIO DE LA DIPUTACIÓN — LAURAC - BAT

La Diputación de Vizcaya ha inaugurado en Bilbao el suntuoso palacio, morada suya, que las artísticas fotografías de Mr. Broquier detallan en nuestros grabados.

El gusto arquitectónico, el decorado, los muebles, todo en conjunto como en minucia insignificante, ocupa hoy á la opinión vizcaína, discutiendo animada la diversidad de juicios que emite.

Trátase al cabo de la casa madre, guardadora viviente de las sagradas instituciones patrias: ¿qué, pues, si sus hijos laboran todos en abrir la historia á tal monumento?

Era el señor Alzola, presidente de la Diputación, de ello van diez años, cuando se acordó emprender la construcción del nuevo palacio; se han invertido nueve y medio en terminarlo, inaugurándolo el 31 de Julio las cuatro Diputaciones hermanas, *Laurac-Bat*, gracias al paso gigante que la incansable actividad del diputado señor Allende ha hecho dar á las obras, en unión del arquitecto director de las mismas, don Luis Aladren. A este señor se le encargó tan importante trabajo en concurso nacional al que se presentaron 21 proyectos, siendo el suyo el primero colocado en propuesta, entre siete elegidos, por la Real Academia de San Fernando.

Ello sólo dice bastante en elogio del señor Aladren.

En el edificio, el estilo dominante es el del renacimiento neogreco, como puede apreciarse por la vista exterior que insertamos; y el coste de las obras pasa de tres millones de pesetas.

Ocupa el Palacio, en planta, una superficie de 100 metros por una altura de veintinueve.

La escalera de honor, tipo *imperial*, sostiene dignamente su nombre, elevándose majestuosa entre lujos albinos de sus mármoles y lucientes festones de sus bronces, para mostrar la admirable perspectiva de fábrica y decorado del vestíbulo central, y de la soberbia cúpula, que gallarda se eleva al cielo, coronando tan rico cuadro. Y entona hermosamente su colorido, el suave cernerse de la luz en los vidrios catedral que Gunica concibió, inmortalizando su pincel patrio, y fundió Rigalt en pro del porvenir de sus talleres.

En transparencias de vida exhuberante y de lozanía artística, contémplase allí, en la vidriera del centro, el antaño y ogaño de Vizcaya; el ayer, en mesnada histórica y caballeresca; el hoy, en sociedad industrial y de progreso, contrastando el guerrero vascón con el obrero vizcaíno, la ferrería con el alto horno, el velero pescador con el buque mercante..... Hidalguía, trabajo, maternidad, navegación, ciencias, artes, industria, comercio; he aquí la genial alegoría de los tiempos que el pintor presenta, alumbrada por el sol de la esperanza, rindiendo pleito homenaje á la matrona Vizcaya, so el roble secular de Guernica. Préstanle corte, en vidrios laterales, dos gigantescos heraldos que con su bocina parece pregonan la buena nueva á las cinco merindades del Señorío, congregándolas á contemplarla.



D. Luis Aladren, Arquitecto Director.

El salón de fiestas, el de recepciones oficiales y el despacho presidencial, lucen tapices, cortinajes y mobiliario de las épocas de Luis XIV y Luis XVI, con la riqueza que inmortalizó los fastos de aquellas cortes y con la frescura en colorido que son típicas de tales gustos. El de la Comisión provincial tiene de-



VISTA GENERAL DEL EDIFICIO — *Fotografías de Broquier* (Bilbao).



DIPUTACIONES VASCO-NAVARRAS, SO EL ARBOL DE GUERNICA

Fot. Guereca

corado del renacimiento, siendo su mobiliario de roble de Suecia, primorosamente tallado por los señores Suárez, de Madrid, y exhibiéndose en él los jarrones de Sevres que Napoleón III y la Emperatriz Eugenia regalaron á la Diputación.

Son de menor importancia y vuelo arquitectónico, pero notables dentro de su sencillez, las salas de las comisiones de Fomento, Gobernación y Hacienda, en las cuales, se ha atendido con preferencia á que llenen el objeto á que se destinan.

El salón de sesiones es de estilo renacimiento, y á decir verdad, las robusteces de tal arquitectura son allí demasiadas para las dimensiones del local.

Repártense con bien entendida distribución en los pisos, locales destinados á oficinas, viviendas de empleados, archivo, talleres de imprenta, etc., etc.

Y es satisfactorio consignar que esta hermosa muestra de las artes, ha sido obra de talleres españoles. He aquí la enumeración de los mismos y el coste de las obras.

La obra gruesa del edificio la ha realizado el señor Bustinza, y el coste ascendió á 1.200,000 pesetas.

El señor Elorza contrató el mobiliario de los salones de recepción, sesiones y sus antesalas, así como el gabinete de los señores diputados, en 110,750 pesetas.

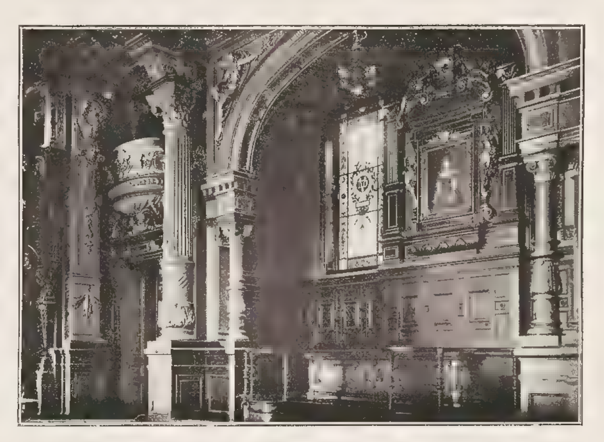
El despacho del señor Presidente, contratóse con Rivas é Hijo, de Barcelona, en 17,700 pesetas.

La casa Suárez, de Madrid, el salón de fiestas, antesala de la Presidencia, salas de la comisión Provincial y gabinete de los señores diputados, en 77,500 pesetas.


Vidrieras artísticas del vestíbulo principal.

Los muebles fijos de las dependencias, fueron adjudicados al señor Sitges, en veinte mil 617'25 pesetas.

La pintura lisa, ejecutada por los señores Vivan y Compañía, Bayari y Landáburu, 26,140 pesetas; la pintura de ornamentación, por don José Azpuru, unos 9,000 duros; la decoración interior, por don Juan Izaguirre, 138,300 pesetas, y por la Sociedad Talleres de Escultura, 85,000; el servicio interior de agua, por el señor Urbina, 22,000 pesetas; la ferretería, por los señores Hijos de Jhon, 22,000; el parquet, por el señor Echevarría, 18,000; los pavimentos de mármol, por don José García, 25,000 pesetas; la calefacción, por el señor Cortyn, 56,000 pesetas; las vidrieras, por los señores Rigalt y Compañía de Barcelona, veintidós mil; la instalación de luz eléctrica, por don Jaime Ruíz, 9,500; los aparatos para la misma por la viuda de Torre, construida por el señor Ituarte, 32,500 pesetas. Las verjas, por los señores Abando y Compañía, así como la balaustrada, representando un coste de 7,000 duros aproximadamente.


Estrado del Salón de Sesiones.

¡Que las Diputaciones vizcaínas en su nueva morada leguen á la historia del porvenir nuevas páginas de oro para agregar á las muchas que su pasado registra!

***

En las fiestas inaugurales del Palacio de la Diputación sellóse, una vez más, la fraternidad tradicional vasco-navarra. *Laurac Bat*, so el Roble Venerando de Guernica.

Los representantes de las cuatro diputaciones, Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y Navarra, en culto de amor patrio, reuniéronse allí donde se sintetiza la historia social de su raza.


Salón de Recepciones.

Las Juntas Generales de Guernica se verificaban so el Roble Venerando, representación de las libertades forales vizcaínas, y en sus comienzos, asistían de pie y al aire libre á estas juntas, los representantes del pueblo, como lo acredita, entre otros documentos, el acta de la Junta General, celebrada en 14 de Febrero de 1516 para recibir, reconocer y prestar obediencia como Señor de Vizcaya al entonces príncipe Carlos, luego Emperador. En ella se lee:

«..... so el arbol de Guernica..... e así estando juntos todos los sobre dichos en Junta General, *hecho corro*, sobre haber hablado e platicado en uno, entre otras cosas, acordaron.....»

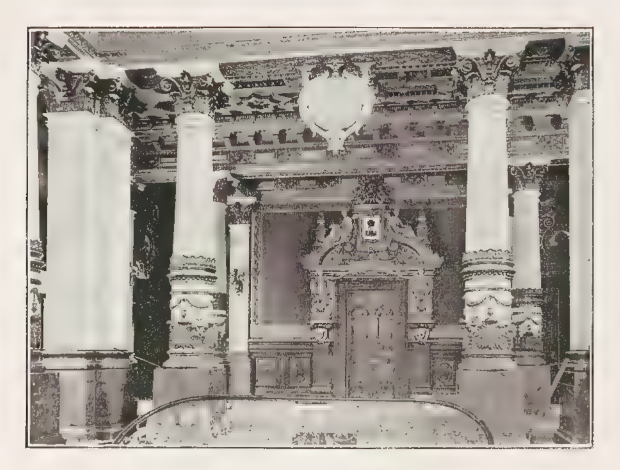
El que asistía sentado á las sesiones era el Corregidor, representante de la Corona y que á nombre de ella ejercía en el Señorío el Ministerio de la Justicia.

En el siglo XVII se enlosó y empedró el pavimento so el Arbol, y en 1620 se mandó hacer un cobertizo para la Junta, decretándose no entrasen en las sesiones sino los apoderados.

Cinco años más tarde se congregaban las Juntas en el interior de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua, construyéndose, en 1642, bancos para los apoderados, un bufete para los Secretarios, tres sillas para el Corregidor y los Diputados y cuatro taburetes para los Síndicos.

El toque de las cinco bocinas era antiguamente el signo con que los heraldos convocaban á cada una de las merindades; á su sonido, los Repúblicos del Señorío enviaban sus apoderados á la Junta.

Estos eran los elementos que integraban el Gobierno Foral Vizcaíno desde 1576 en que así se delineó la constitución del mismo, hasta la ley de 21 de Julio de 1876, abolitoria de los Fueros:



Entrada del Salón de Fiestas.



Salón de Fiestas.

1.º — Junta General de Guernica, que siempre fué la Cámara legislativa y el poder ejecutivo del país, hallándose congregada, y que gobernaba en todo aquello que no perjudicara al Señor y estuviera reconocido por el Fuero.

2.º—La Diputación General, en la cual, fuera de Juntas, residía el poder ejecutivo, administrativo y económico.

Y 3.º—El Corregidor que, como hemos dicho, representaba directamente la Corona, Señora de Vizcaya, y ejercía el Ministerio de la Justicia.

Posteriormente, la Diputación General quedó investida con todas las atribuciones necesarias para formar, con el Corregidor y el síndico de turno, el verdadero gobierno de la tierra, por ésta elegida para un bienio, en Junta General.

Y con esto hago punto en las notas que la Historia de Vizcaya, del docto y erudito señor Labaynu, me proporciona para dar idea á mis lectores de la constitución foral vizcaína, por imponérmelo así la índole de una información de este género.

He aquí ahora los nombres de los asistentes á la Junta, representada en nuestro grabado, de una notable fotografía que el señor Guerequiz hizo en el acto, por encargo de las Diputaciones.

Ocupan la presidencia los señores Aresti, presidente de la Diputación de Vizcaya; Machimbarrena, de la de Guipúzcoa; Chillida, vicepresidente de la de Alava; Errea, de la de Navarra; Alegría, alcalde de Guernica, y Díaz de Espada, arcipreste.

Diputados vizcaínos. — Señores Carranzo, Zunzunegui, Allende, León, Cobreros, Olalde, Arrola, Veriztain, Larrea, Urquizu, Aznar, Algorta y Vallejo.

Guipuzcoanos.—Señores Echevarría, Camio, Aguirrezabala, Santo Domingo, Alberdi, Lazquíbar, Pavía, Aranguren, Itarte, Ituarte y Gomendio.

Alaveses. — Señores Salazar, Guinea, Urbina, San Pedro y Zárate.

Y de Navarra, el diputado Señor Gastón.

Además, figuran los señores Arancibia, secretario de la de Vizcaya; Ramírez, de la de Alava; Zubeldia, de la de Guipúzcoa; Gorosabel, de la de Navarra, y Echegaray, cronista del Señorío; miqueletes guipuzcoanos y miñones alaveses.

Andrés P. CARDENAL

Fotografías de Broquier (Bilbao).



Arcos torales de la cúpula central.

SABIDURÍA ÁRABE

LA VENGANZA (faceta).

En un aduar cercano á Medina, nació un niño, hermoso como los serafines, más fuerte y bien templado que las hojas damasquinas. Mozo ya, las mujeres le devoraban con los ojos á través de sus velos, los hombres le temían, por la fuerza de su brazo y el temple de su corazón.

Hubo un villano que acusó á Hescham de una acción talmente fea que, los jefes de la tribu, sin escucharle siquiera, le arrojaron al desierto. Sus mismos hermanos se alegraron de su desgracia, y Ebliéh, el envidioso, el malvado, se alegró de la definitiva desaparición del Elegido, del Fuerte.

Hescham tuvo el desierto por casa, las fronteras y chacales por compañeros, á los hombres por enemigos. Pero hubo algunos que, encantados de su trato y de su arrojo le eligieron por jefe. En breve espacio de tiempo acreció el número de sus parciales. La fama de su bondad y de sus acciones valerosas se extendió tanto, que sus hermanos sintieron haberle dejado calumniar, las mujeres no haberle defendido, Ebliéh haberle acusado. Y he ahí que un día, al frente de un gran golpe de partidarios, entra Hescham en el aduar donde naciera y pregunta por sus padres y hermanos y por Ebliéh, y le dicen que han huído al saber que se acercaba, temiendo su venganza. Al oirlo, envía jinetes en persecución de los fugitivos, y una vez capturados y en su presencia, cuando les vió temblar como las palmeras combatidas por el simún, les dijo así:

—Sin vuestro rigor—á sus padres,—sin tu asquerosa envidia—á Ebliéh,—aún ignoraría lo que es ser bueno y lo que es ser fuerte. Os perdono, —á sus hermanos;—á ti te doy esta bolsa—á Ebliéh;—Allah sea con vosotros.

Y antes que las mujeres hubiesen aparecido para contemplar el vencedor, espoleó éste á su yegua y se perdió en las inmensidades del desierto, como se pierden las almas en la inmensidad de la vida.

* * *

JOSEFINA DE LA VILAR



UN PEQUEÑO PARAISO

FELIX MESTRES



EN LA PARADA

Salón Parés.

LA SEGUNDA DE LA IZQUIERDA

Se llamaba Matilde Blanco.

Era una chiquilla delgada, morena, de ojos *habladores*... ni fea, ni guapa: una de tantas.

Trabajaba en un teatrillo «por horas» y parecía que se asfixiaba en aquella atmósfera de ostentación, de vicio y de alegría

Y no es que á primera vista dejara comprender su fastidio... ni mucho menos... Por el contrario, dibujábase constantemente en sus labios una sonrisa entre plácida y burlona... Una sonrisa que servía de antifaz á su alma hecha girones á fuerza de penas y desengaños. Era... como si sobre la puerta de una tienda leyérais en un letrero: Confitería, entrárais después en ella y os encontrárais con el laboratorio de un droguero.

Y voy á contaros cómo llegué á saber, ce por be, toda la historia de sus pesares; poco más ó menos, la historia de su vida.

***

Todos los hombres tenemos lo que se ha dado en llamar un «rasgo característico» de la persona, una virtud extremada ó un defecto exagerado. En término más claro, una *chifladura*.

Para unos es la fiebre por la política, para otros es la afición al arte... En los modernos tiempos, los sellos de correo, las cajas de cerillas, el sufragio universal, la oratoria, los viajes, las bicicletas, el «retruécano perpétuo» y el automóvil, han *venido* á aumentar los «rasgos característicos» de la humanidad civilizada.

Y conste que no doy por terminada la lista... Digo de las *chifladuras*, lo que de los concilios el personaje de *Los Hugonotes:* que no pueden contarse.

Pero volvamos á coger el hilo de la narración.

Mi *chifladura* es «hacer el amor» á cuantas muchachas hablo *ya* por segunda ó tercera vez. A mí «me ha dado» por decir piropos á las mujeres, como á otros «les da» por hablar mal de los amigos.

Iba todas las noches al teatrillo donde trabajaba Matilde, y ¡claro! á la segunda vez que la hablé ya era *mi único consuelo, la alegría de mi vida, la gloria*... con mallas y *la felicidad*... cantando «de oído».

Los primeros días, se reía muchísimo con mis *flores*... Sabía, como todos, que yo decía aquellos piropos por afición, por manía, ¡por *chifladura!* Pero los oía, ¡ya lo creo! y los oía con agrado ¡más, cuanto más exagerados eran!

A las mujeres les sucede con los piropos de los «galanteadores de profesión» lo que á los artistas con los aplausos de la *claque*... Saben que los aplauden por deber, por rutina, sin entusiasmo, y á pesar de eso salen tan ufanos y tan satisfechos á «recibir las ovaciones».

Llegó un día en que, por primera vez, aquellos mismos piropos de siempre no consiguieron hacerle reir; ni aún sonreir siquiera... Aquella sonrisa conque ocultaba sus penas, había desaparecido de sus labios. Por lo visto, para las amarguras de Matilde, había terminado el Carnaval.

—¿Qué tiene usted?—le pregunté, extrañado de aquella seriedad.

—Nada...—me dijo, más con los ojos que con los labios.

—¿Nada?... No, Matilde; á usted le sucede algo. Sí; y ese algo muy grave...

—Pues bien; sí, tiene usted razón... ¡Está muriéndose mi hija!

—¿Su?...

¿Para qué negarlo? Esta revelación me causó mucha más sorpresa que la seriedad de antes... ¡Aquella muchacha á quien yo piropeaba constantemente, tenía una hija!... Y miren ustedes lo que son las cosas... Por ella hubiera puesto yo las manos en el fuego...

—Y eso, ¿lo saben aquí?—le pregunté.

—Mis compañeras, sí.

Volví á asombrarme nuevamente. ¡Lo sabían unas cuantas mujeres y no lo decían!... Después me expliqué su silencio... No conocían la historia de Matilde...

A haberla sabido, de seguro se hubiera divulgado enseguida... Era una historia cuya divulgación le perjudicaba.

***

Terminó el ensayo general de la obra que iba á estrenarse por la noche...

Porque olvidé hacer constar que sostuvimos aquella breve conversación momentos antes de empezar el ensayo.

Terminó éste, como digo, y Matilde vino á donde yo estaba.

—Ya podemos hablar—me dijo,—usted que tanto interés ha demostrado siempre por mí, que es seguramente el único amigo verdadero que tengo, no debe ignorar mi situación: no quiero yo que la ignore... Pero tiene usted que hacer un sacrificio..... Acompañarme hasta casa... ¡No puede usted figurarse la intranquilidad que tengo!

Salimos del teatro: Matilde miró á todos lados como recelando que alguien nos siguiera, y enseguida, con una serenidad asombrosa, me refirió toda la novela de su vida, en estos ó parecidos términos:

—¿Ha oído usted hablar de la marquesa de ***?..

—Sí, quizás .. Es un título que *me suena*.

—Pues la marquesa de *** .. ¡es mi hermana!

Excuso decir á ustedes que esta nueva revelación volvió á sorprenderme extraordinariamente...

Matilde continuó:

—No me choca ese gesto de admiración... Lo esperaba... Y ahora voy á despejar la incógnita... Mis padres eran muy pobres... siendo muy ricos... Dirá usted, ¿cómo puede ser eso? Pues, porque habían tenido la desdichada ocurrencia de colocarse en una esfera que estaba muy lejos de ser la que les pertenecía... Mi padre era un pobre hombre, de origen humilde, á quien la suerte, por medio de unas contratas en tiempo de guerra, había prodigado espléndidamente sus favores... Y ya rico, en vez de dedicarse á conservar su capital, le dió por disiparlo, en su afán de *brillar* en el mundo... Y por si aún faltaba algo de capital que gastar y de *brillantes* que ostentar, llegaron las niñas al estado «de merecer» y... había que *buscar* dos títulos para ellas. A fuerzas de banquetes, de saraos, de trenes, de viajes y de abonos en los teatros, llegó un día en que cada hermana tenía un pretendiente noble... ¡El sueño dorado de mi padre!... Aunque en esta ocasión, como en todas, la fortuna dispensó sus favores á mi hermana... Su futuro se había enamorado de ella; yo me había enamorado de mi futuro... Era el de ella un hombre de *cierta edad*,—como hemos convenido en llamar á los que no quieren ser viejos,—rico, serio... Era el mío, un jovenzuelo lleno de trampas y de belenes... Murieron mis padres con corta diferencia de tiempo, y sucedió... lo que no podía menos que suceder... Que en aquel afán de brillar se había consumido toda nuestra fortuna. Estábamos arruinadas y precisaba tomar una determinación... El novio de mi hermana, que la quería por su hermosura, se casó con ella... El mío, que sólo me quería por la fortuna que aquel esplendor «representaba», desapareció al ver el fracaso de su *negocio*...

Y aquí hizo una pequeña pausa.

—Mas... empezada á contar una historia, debe contarse entera... Yo sabía que amaba á aquel hombre ¡que le amaba mucho!; pero no sabía que le amaba tanto... Cuando, con su abandono vi destruído el castillo de naipes de mi felicidad, estuve á punto de volverme loca... ¡Le quería!... ¡Era el primer hombre á quien había entregado mi corazón!... Sin más móvil que mi pasión, sin meditar nada, sin reflexión alguna, huí un día de casa de mi hermana ¡para buscarle!... ¡para unirme á él!... Fuera como fuera... Que para una muchacha de dieciocho años, enamorada, como yo estaba, no hay más mundo, ni más religión, ni más gloria que los brazos del hombre á quien adora... Duró mi felicidad lo que el capricho del vencedor... Y un día, cuando más satisfecha estaba de su cariño, me encontré sola, en la calle y con esa criatura anémica y enfermiza que ahora está luchando con la muerte... Intenté arrojarme á los pies de mi hermana ¡pero no conseguí que para mí se abrieran las puertas de su casa!... ¡Entonces, medité y reflexioné!... abracé con más frenesí que nunca á aquella chiquilla desdichada que había venido al mundo por mi locura y para su desgracia, y juré dar por ella hasta la última gota de mi sangre... El resto puede usted figurárselo... educada «á la perfección», claro es que no sabía nada de nada... Es decir, no conocía ninguna cosa práctica... «Hablaba» dos idiomas, tocaba «un poco» el piano, bailaba muy bien... Llegó un día en que la miseria me venció, hice un esfuerzo, me presenté en un teatro... ¡y ahí me tiene usted riendo y cantando por fuera, mientras lloro y sufro por dentro!

***

Habíamos llegado al portal de la casa de Matilde.

Al despedirse de mí, dos lágrimas indiscretas me revelaron que la serenidad de antes era pura ficción.

Aseguro á ustedes que aquella tarde llegué á mi casa verdaderamente preocupado.

Por la noche fuí al teatro, á primera hora... Me interesaba realmente la suerte de aquella desgraciada mujer, y, contra mi costumbre, dejé de asistir al café donde á diario nos reunimos una *peña* de amigos, antes de ir á los teatros.

En cuanto entré en el escenario, fuí á buscar á Matilde.

—¿Cómo sigue?

—Lo mismo. Ha dicho el médico que no hay esperanza... ¡El resto de mi felicidad está en el aire!

Entré en dos ó tres cuartos, charlé con artistas y autores y... burla burlando, había transcurrido una hora... sonaron los timbres, se oyó la voz del traspunte, que gritaba: «Voy á empezar»... Llegó el momento del estreno de la obra nueva... Cuando la orquesta empezaba á tocar el preludio, volví al escenario... En aquel instante una anciana hablaba al oído á Matilde...

—¿Qué es eso?

—¡Ha muerto!—dijo ésta, serena, fría, impasible.

Recordé lo que había sucedido aquella tarde y no me extrañó aquella serenidad.

—¡Fuera de escena!—gritó el traspunte.—¡Arriba!

Se levantó el telón, cantóse el coro de introducción é hicieron mutis los coristas.

Al salir de escena, Matilde llorando amargamente, se echó en los brazos de aquella pobre vieja.



—¡Está ahí, en un palco!...—exclamó, llena de ira y de indignación.

Efectivamente, en un palco entresuelo, lujosamente vestida, adornada con riquísimas joyas, presenciaba el estreno la hermana de Matilde.

La desgracia no podía ya cebarse más en aquella infeliz.

Matilde se había puesto mala, y empeoraba por momentos... El representante de la empresa le autorizó para que se retirara á su casa.

Se despidió de mí, apretándome fuertemente la mano..

Desde entonces no he vuelto á verla, ni jamás he tenido noticias de ella.

* * *

Al día siguiente oí este diálogo en la contaduría del teatro:

—Hay que admitir una corista... cualquiera... Esa que nos recomienda todos los días el Director de *El Bombo Misterioso*.

—¿Ha habido alguna baja?

—Sí; se ha vuelto loca la segunda de la izquierda.

FELIPE PÉREZ CAPO

EL VIEJO DEL CLARINETE

Era domingo. El sol hería las baldosas de la acera, de la silenciosa y desierta calle, lleno de blanco polvo su arroyo, por el que no cruzaba coche alguno. Arriba, en los balcones, veíase entornadas las persianas, tras las cuales, reclinados en frescas mecedoras, dormían la siesta los vecinos, gozando del silencio y del airecillo que se filtraba por las entornadas vidrieras... La brisa producía ligero rumor suspirante, al agitar las hojas de los árboles, cuya sombra dura se recortaba sobre el blanco polvo del arroyo.

Allá, por la próxima esquina, apareció un infeliz viejo, casi ciego, encorvado, pobremente vestido con derrotado y caluroso traje de pana, calzado con borceguíes y cubierta la cabeza con una gorrilla, por bajo de la cual asomaban largos y lacios cabellos blancos... El viejecillo tocaba en un clarinete, algo de ritmo desconocido, incomprensible; compases ideados tal vez por él, que sonaban de un modo triste, lento, monótono, como lento, triste y vacilante era su paso de anciano, rendido por la fatiga, bajo aquel sol que parecía incendiar el espacio, arrancando reflejos de los cristales y barandas de los balcones, de las enlustradas paredes, de los rojos ladrillos de las azoteas .

Arrimado á la pared, paso tras paso, lento como su música extraña, que parecía la repetición eterna de una sola nota, el infeliz viejo se fué alejando, mientras yo le veía por mi entreabierto balcón forjándome su historia... historia vulgar, vieja... «Un pobre músico sin más aspiración que vivir; con escaso conocimiento de su arte, pero con noble corazón y mártir de su familia; una esposa dominante y una hija que todas las noches salía del teatro en que tocaba su padre, sintiendo no tener trajes como los de aquellas *cupletistas* que tan alegres se mostraban... Luego, el eterno señorito, la eterna y discutible seducción, la fuga de siempre, la mujer que le abandona con la hija, la soledad, la tristeza, el llanto... el llanto que abrasa las pupilas y seca el corazón, la indiferencia á todo, la falta de contrata, el hambre, la anemia que debilita al cuerpo y mata la vista, el arroyo por hogar, el instrumento por toda fortuna...» Y le vi, ó pensé verle, un día también de estío, hundidos sus zapatones en el caliente y blanco polvo del arroyo, con el instrumento en las manos y los ojos llenos de lágrimas; le vi llevarlo lentamente á los labios y producir una nota incolora, opaca, triste, y repetirla... repetirla siempre y echar á andar, llevando por el mundo su pena, su ancianidad solitaria y triste, con el pensamiento siempre en su hija, en la hija que mil veces habrá cruzado junto á él, riendo como si le cosquillearan los nervios, en el fondo de una *manuela* y junto á un señorito; no aquel, otro...»

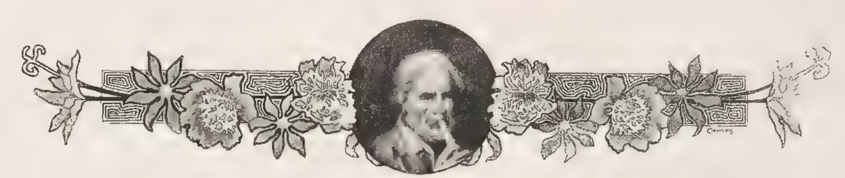
Todo esto me imaginé, mientras el viejecillo iba perdiéndose de vista, poco á poco, pegado á las casas, bajo el sol abrasador que reverberaba en su viejo y abollado instrumento, en medio de aquel silencio caliente, sólo interrumpido por el rumor de las hojas, agitadas levemente por cálidas brisas...

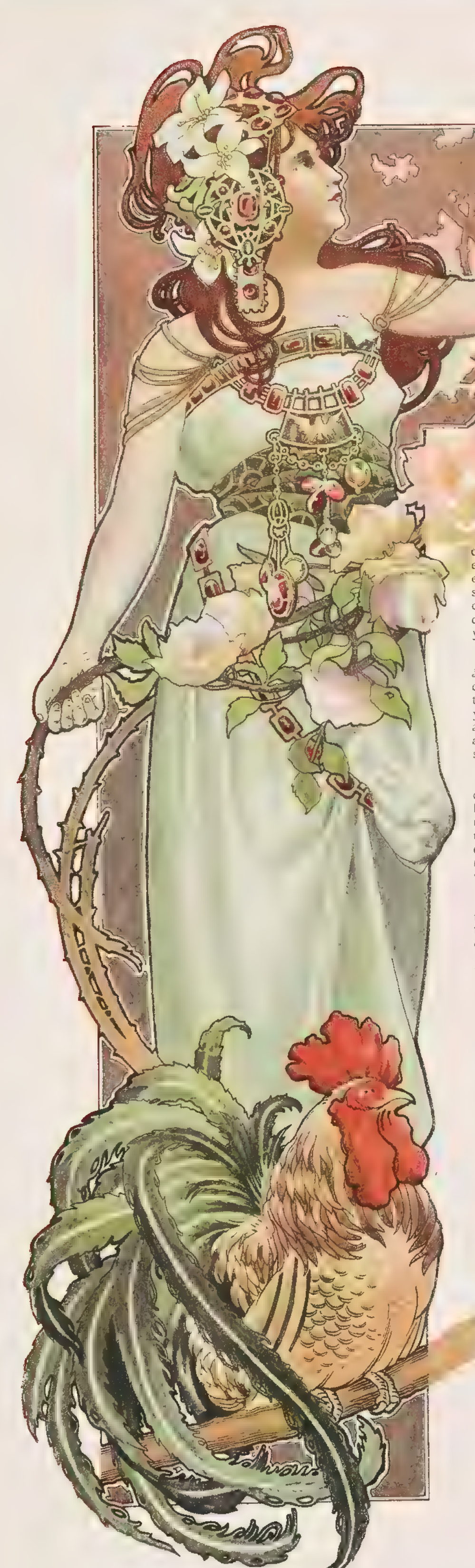
Le perdí de vista bajo los árboles... no vi más sus cabellos largos que brillaban cual si fuesen de plata .. y seguí pensando en él, en el *coupé* con la joven que ríe como si le hicieran cosquillas y... reíos, reíos... Lloré; juro que lloré.

Los que no nos reímos del viejo del clarinete, que interrumpe el dulce sosiego de la siesta con las notas sin ritmo de su instrumento, y, viéndole caminar con lentitud, tocando y sin pedir á nadie, nos forjamos una historia cursi, vieja, eterna como la injusticia, somos unos necios.... ¡y los necios lloran por cualquier cosa!

Reíos.

LUIS DE VAL





¡LIBERTAD!

¡Oh, hermosa Libertad! ¡sol refulgente
como el del cielo azul! para cantarte,
en vano busca inspiración la mente,
es preciso sentirte y adorarte:
sólo así se concibe que lo intente,
careciendo de fuerza, ingenio y arte,
quien siente el fuego de tu intensa llama...
y vive para ti... y en ti se inflama.

El trovador humilde cuyo acento
á profanarte va por vez primera,
desde que vió la luz del pensamiento
te tuvo por constante compañera:
y no quiere rendir su último aliento
al rudo golpe de la parca fiera,
aunque su empeño colosal le espante,
sin que tu nombre y tu grandeza cante

No evocaré el recuerdo doloroso
de aquella edad de hierro en que yacía
la razón entregada á vil reposo,
ni del poder feudal la tiranía;
recordar no pretendo el yugo odioso
que un monarca absoluto te imponía,
ni del torpe y fatal obscurantismo
sondar intento el tenebroso abismo.

Permanezca entre sombras el pasado:
mi pluma á descorrerlas no se atreve,
temiendo que su espectro encadenado
de hondas heridas el dolor renueve.
El presente, á ti sola consagrado,
templa mi lira y á cantar me mueve:
¡al pedestal eterno de tu gloria
ni otra edad le hace falta ni otra historia!

¡Legítima ambición! ¡dulce esperanza!
¡iris que asoma en el nublado cielo!
¡sublime idea que hacia Dios avanza! . .
desde que altiva remontaste el vuelo,
en pos de ti la humanidad se lanza,
que eres tú su ilusión, tú su consuelo,
el norte fiel á que su rumbo fía,
la clara estrella que sus pasos guía.

Cuanto puede soñar, al hombre ofreces,
mas ¡ay! que eres voluble como hermosa,
y... fantasma fugaz, te desvaneces
apenas sobre ti sus manos posa.
¿Por qué te ha de encontrar tan raras veces?
¿por qué al punto le esquivas desdeñosa?
Si libre le has de hacer, ¿por qué motivo
es de tu propia veleidad cautivo?

Adivinarlo creo: el que amor siente,
jura que su ilusión verá colmada
si logra que una vez rocen su frente
los purísimos labios de su amada;
renace con el ósculo candente
la ambición, al respeto avasallada,
más apetece cuanto más consigue, .
y al fin no hay fuente que su sed mitigue.

¡Tal es el hombre! en su soberbia loca,
buscando bienestar, siembra dolores;
iluso menosprecia... cuanto toca,
recoge espinas y desdeña flores:
por eso, á no dudar, cuando te invoca
correspondes avara á sus clamores,...
pues temes que, embriagado en tus mercedes,
te pida... más de lo que darle puedes.

No temas, no; le dicta la experiencia,
por desengaños tristes adquirida,
que existe en ti la delicada esencia
de la doncella para amar nacida;
ésta vive al calor de su inocencia,
y tú por el recato defendida:...
¡á las dos os injuria, en vez de amaros,
el que, impuro, no sabe respetaros!

¡Respetada serás! la mente inquieta
que, sin cesar, un más allá buscaba,...
á la inflexible lógica sujeta,
reconoce el error en que se hallaba
Todo humano poder tiene una meta;
en toda aspiración hay una traba;
buscar el absoluto, fuera un mito:
¡únicamente Dios es infinito!

Cuantos sienten latir un pecho honrado,
cuantos la hiel del desenfreno lloran,
comprenden que tu espacio es limitado
y en tus límites fúlgidos te adoran.
El altar á tu culto consagrado
y en que los buenos con fervor te imploran,
elevarse podrá hasta el firmamento. .
pero tiene las leyes por cimiento.

¡Qué fueras, Libertad, si tus campeones
no tuvieran más juez que su albedrío?
flor marchita al calor de las pasiones,
arbol que troncha el desbordado río.
¡Qué serían los pueblos y naciones,
si arrastrados por loco desvarío
no supieran guardar tu honor ileso
y mancharan su amor con el exceso?

Libre es el rayo... y destructor abrasa,
libre el viento,... y destroza cuando muje;
¡quién pudiera á su furia poner tasa!
¡quién lograra parar su horrendo empuje!
Cuando la tempestad sobre mí pasa,
cuando el torrente despeñado cruje,
presiente acongojada el alma mía
el bramido feroz de la anarquía.

A mi pesar, me aflijo cuando veo
tan inmediato á la virtud el vicio;
al lado de lo santo está lo ateo,
al borde de la altura el precipicio.
¡Ojalá que, acallando su deseo,
sepa el hombre pagar tu beneficio!
¡ay de ti, si algún día, en su demencia,
te llega á confundir con la licencia!

Si anhela conservarte eternamente
y á su patria evitar tormento y luto,
aspire con placer tu puro ambiente,
rindiendo cuerdo á la razón tributo.
¡Cómo puede juzgarse omnipotente,
ni cómo ha de ser libre en absoluto,
quien lleva, mientras vive y por ley santa,
el dogal de la muerte en la garganta!

¡Yo te amo, Libertad! mas... no ambiciono
tu fuego abrasador: mi pobre España
será feliz, si de tu excelso trono
el constante fulgor sus cumbres baña.
¡Libra á sus hijos de civil encono,
cierra sus puertas á extranjera saña,
para que viva en lánguido embeleso
la vida de la Paz y del Progreso!

SALVADOR CARRERA

MARIANA PINEDA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Mariana Pineda, ha dicho un eminente publicista, es una de las más interesantes víctimas de nuestras discordias civiles en el presente siglo. Nacida en la hermosa Granada, el día 9 de Septiembre del año 1804, tuvo por padres á don Mariano Pineda, natural de Guatemala, descendiente de una rica y noble familia, capitán de navío de la armada española, y á doña María Muñoz, natural de Lucena (Córdoba).

Muy niña aún, perdió á los seres queridos á quienes debió la existencia, quedando al cargo de su tío, don José de Pineda, quien, por hallarse privado de la vista, cedió la tutoría á su dependiente don José de Mesa, el cual, con su esposa doña Ursula de la Presa, prodigaron tales cariños á Mariana, que la niña pudo llegar á dudar si realmente eran sus padres.

Contaba Mariana quince años y llamaba justamente la atención por su blanca tez, su pelo rubio, sus ojos azules, la hermosura de su rostro y su alta inteligencia. Vióla el joven hacendado de Huesca, don Manuel Peralta, y, enamorado de tanta belleza, pidió y obtuvo su mano. Ardiente liberal, halló en Mariana una decidida y entusiasta partidaria de las ideas de progreso, ya que toda su familia rendía un verdadero culto á las ideas liberales que eran como su segunda vida.

A los tres años de matrimonio perdió á su querido esposo, y quizás la pena hubiese llegado á matarla, de no quedarle dos niños que endulzaran tan grande amargura.

En 1830, hallábanse presos en la cárcel de corte de la Chancillería de Granada, su tío, el presbítero don Pedro de la Serrana, y su primo, don Fernando Alvarez de Sotomayor, uno de los oficiales que, en 1820, dieron el grito de libertad con el invicto general Riego, en la isla de León.

Era aquélla una época terrible para los liberales, perseguidos, encarcelados y fusilados por el Rey absoluto y sus secuaces, ansiosos de ahogar en sangre las nuevas ideas.

Aquellos desgraciados impetraron el auxilio de Mariana, seguros de que no había de faltarles, aun con peligro de su vida. Sentenciado á



MARIANA PINEDA, DESPIDIÉNDOSE DE LAS HERMANAS DE SANTA MARÍA EGIPCIACA

Cuadro de Isidro Lozano. — Fot. Laurent y C.ª

muerte Sotomayor, mientras su esposa corría á Madrid á solicitar el perdón, Mariana se propuso salvarle, y lo consiguió, enviándole un hábito de fraile capuchino y unas barbas postizas, con los que, aprovechando la circunstancia de la continua entrada en la cárcel de clérigos y frailes, por los muchos reos que había, pudo escapar el valeroso militar.

Súpose en Granada tan nobilísimo acto, y Mariana vióse tenazmente vigilada por un hombre que sólo tenía el rostro de sér humano, por el alcalde del crimen y Subdelegado á la vez de Policía, don Ramón Pedrosa. La casualidad favoreció sus inicuos planes, llegando á saber por la delación «hecha por un padre, de su propio hijo, que incidentalmente lo supo», que por encargo de Mariana se estaba bordando una bandera de tafetán morado con un triángulo verde, dentro del cual se leían las palabras: *Ley, Libertad, Igualdad*, formadas con seda encarnada; tarea que había mandado suspender á las bordadoras, por no juzgar oportuno los liberales dar el grito revolucionario en Granada, después del horroroso fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, en Málaga.

Antes de que la noble viuda pudiese retirarla, Pedrosa, para *evidenciar* el delito, la hizo sacar de casa de las bordadoras y llevarla á la de Mariana, encontrándola, *cuando se presentó de improviso*, en el lugar en que sus esbirros la habían colocado,—es decir, en una hornilla de la cocina del piso segundo de la casa en cuyo principal habitaba nuestra heroína.

Al tomarla declaración, puso de manifiesto Pedrosa la verdadera causa que le movía: su impúdica pasión por Mariana, á la que ofreció *suavizar los rigores* de la ley, á cambio de su honor; propuesta que ella rechazó indignada. Arrestada por orden de Pedrosa, logró fugarse, disfrazada con el traje y mantilla de su segunda madre, doña Ursula; mas, cogida de nuevo, ingresó en el Beaterio de Santa María Egipciaca, donde podía ser vigilada con mayor cuidado. Su hermosura, su talento y sus nobles sentimientos, le conquistaron el cariño de las hermanas, que la querían con delirio.

La causa, tramitada rápidamente por Pedrosa, acabó en una sentencia de muerte.

«Horrible documento, escrito sin nociones siquiera de la más remota idea de la justicia ni el derecho; sin más criterio que el de una vergonzosa, criminal y baja adulación al tiránico poder del Rey.»

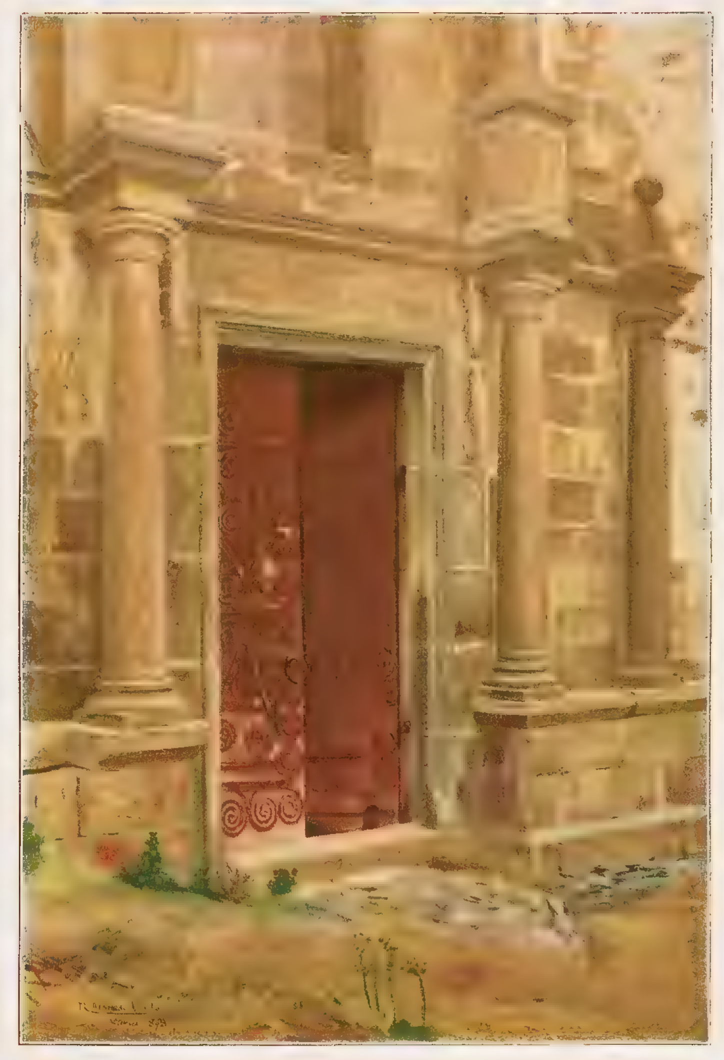
Al notificársela, ni una queja salió de sus labios, limitándose á exclamar con triste sonrisa:

—«¿No es verdad que tengo el cuello muy corto para ser ajusticiada?»

Sus defensores, el abogado don José Escalera y el procurador don Francisco Méndez, á los que tan sólo se les concedió ¡veintiocho horas! para preparar la defensa, procuraron demostrar «que no había una prueba cierta del crimen que se la imputaba». Esto, sin embargo, la Sala de Alcaldes vió la causa á puerta cerrada, y confirmó la sentencia del fatal Pedrosa. Divulgada la noticia, un grito de horror salió de todos los pechos, y temeroso Pedrosa de algún acto de hostilidad, la sacó del Beaterio y la condujo á la capilla de la Cárcel Baja.

Mariana, después de implorar el amparo de la Virgen para sus desvalidos niños, despidióse tiernamente de las hermanas, para la cárcel y la capilla.

Al notable artista don Isidro Lozano, pensionado en Roma después de unas brillantes oposiciones y premiado en varios certámenes, se debe el notable cuadro conque hoy se honra Album Salón, y que representa aquel supremo instante.



PUERTA PRINCIPAL DE LA IGLESIA DE LLIVIA (CATALUÑA); por R. ALSINA AMILS.

Nada más bello que la figura de Mariana, con los ojos elevados al cielo y la mano sobre el corazón; nada más interesante que la actitud de las hermanas; nada más odioso y repulsivo que las figuras de Pedrosa y el escribano.

Al entrar en la capilla, encontróse la ilustre viuda con el P. Fray Juan Hinojosa, que, por extraña coincidencia, fué el mismo sacerdote que la bautizó en la parroquia de Santa Ana, y el que parece la aconsejó, para salvar su vida, delatase á sus cómplices; consejo que desoyó con noble entereza. Quería morir tan honrada y digna como había vivido. Salvar la mísera existencia, entregándose á Pedrosa ó denunciando á sus amigos los liberales, era indigno de su alma pura y de su hermoso corazón. Antes morir.

Pidió para auxiliarla á su confesor el P. Garzón, cura de la iglesia de la Virgen de las Angustias, y solicitó hacer testamento; petición que le fué negada, porque sus bienes *quedaban confiscados*. Aún así, quiso hacer algunas declaraciones sobre su perdida fortuna, en la que estaban interesadas otras personas. El Alcalde Mayor, que se ofreció á escribirlas, no pudo hacerlo, embargado por la emoción, y ella las redactó con mano segura. Después, escribió una tiernísima carta á su hijo, rogándole que jamás abandonase á su hermana Luisa; y otra á su tío, don Pedro de la Serrana, condenado á presidio por sus ideas liberales, encomendándole la tutela de sus niños. Pero estas cartas tan dulces, grito de amor de una madre angustiada, fueron inutilizadas de orden del Juez *por los términos en que estaban concebidas;* y robada una sortija de brillantes que envió á su hija.

En la mañana del 26 de Mayo de 1831, se descorrieron los pesados cerrojos de la cárcel para dar salida á la fúnebre comitiva. ¡Las calles desiertas, las casas abandonadas, atestiguaban el dolor de los habitantes, que huían aterrados del lugar de la ejecución, guardado por infinidad de soldados.

Mariana subió al cadalso serena y tranquila, sostenida por su confesor, que lloraba y temblaba; y es fama que los soldados del piquete y los voluntarios realistas que guardaban la Plaza del Triunfo, en la que se verificaban las ejecuciones, lloraban también

Corramos un velo sobre tan horroroso cuadro.

Bien pronto el fúnebre tañido de las campanas anunció que la heroína granadina, aquella valerosa mujer que supo conservar su honor y salvar la vida de tantos hombres á costa de su existencia, había abandonado la tierra por el cielo.

Pedrosa, su despiadado amador, su bárbaro verdugo, cayó en la mansión del olvido, con un estigma de maldición en la frente.

A Mariana Pineda la ha inmortalizado la musa popular, la historia, el teatro y las artes, y su ciudad natal la ha levantado en la Plaza de Bailén un magnífico monumento que los viajeros se apresuran á visitar; ante el cual lloran y rezan las mujeres y los hombres se descubren y arrodillan.

Don José de la Peña y Aguenjo, que la conoció y adoptó con paternal solicitud á sus desventurados hijos, escribió con aplauso universal:

«Esta ilustre víctima debe contarse entre las mujeres más célebres y heróicas, no sólo de su siglo, sino de la antigüedad.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



Cuadro de Ramón Tusquets.



EL WAGNERISMO

Viaje á Bayreuth

Hace ya de esto algunos años.

Estando en París y en compañía de varios intelectuales aficionados á la música germánica, nos decidimos á ir con ellos en peregrinación á la Meca del Wagnerismo. Así, pensamos, podremos estudiar mejor y sobre el terreno, ese Arte que se nos presenta como redentor del linaje humano.

Salimos de París, tomando en *la gare de l'Est*, el *Orient-Express*, y después de haber cruzado como un rayo, parte de Francia, la Alsacia, Suiza y Barrero, saltamos de nuestro vagón á las veinte y tantas horas, al llegar á la estación de Munich, y tomando nuestros trastos de viaje, nos acomodamos toda la comitiva en pésimos coches de alquiler, guiados por graves cocheros de librea azul celeste, sombrero de copa galoneado de oro, grandes barbas y antiparras, más serios en sus pescantes que los *privat docent* en sus cátedras. Llegamos á la carrera al célebre *Hotel de las Cuatro Estaciones*, á cuya puerta tuvimos que esperar cerca de dos horas, porque eran las seis y media de la mañana y, cosa extraña en Alemania, el director del Hotel no se levantaba hasta las nueve.

Nuestra estancia en Munich duró una semana, donde pudimos convencernos de que esos alemanes germanizantes, que sostienen á pie y á caballo la tesis de que toda civilización posible procede de la Germania, en cuanto quieren hacer algo europeo ó supernacional, como ahora se dice, acuden á lo griego y á lo latino; pero con una torpeza que desternilla de risa á cualquiera que haya nacido en los países en que reina Febo. Su célebre templo de la *Bavaria*, templo y cervecería á un tiempo, está copiado servilmente del *Partenon*. La estatua colosal de la Bavaria, fundida en obscuro bronce, es una copia colosal germanizada de la *Palas Atenea*. La columnata del Pórtico recuerda las *propiteas*, conjunto que se destaca por gris claro sobre un cielo plomizo obscuro, surgiendo de un campo cuyo verde aguanoso está en contradicción, lo mismo que el cielo, con semejantes construcciones meridionales. Al abrigo del pórtico, sentadas delante de largas mesas de roble, beben la tradicional cerveza una turba de gentes, rubias, calmosas, joviales, de formas pesadas y de porte ordinario. El mal gusto en el vestir es la nota característica en Alemania, hasta en las mujeres.

La *Pinacoteca*, ese museo sublime, es también un contrasentido arquitectónico, lo mismo que la *Gliptoteca*, el *Theatro* y otros edificios notables de la villa. Así lo han comprendido grandes artistas como *Seitz*, *Maier*, *Hirt*. Una pléyade de jóvenes de talento, que en el decorado no tienen rival en el mundo, intentando un verdadero renacimiento del arte germánico del 1400 al 1500, especialmente del de la Epoca Maximiliana, cuyas primeras figuras fueron Hans Holbein y Albreet Durer. Pero nos vamos apartando del asunto.

Dejando á Munich y sus maravillas artísticas, pasamos á Nuremberg, que es el Toledo de Alemania, donde pudimos admirar la *Catedral de San Sewald*, el *Museo Germánico*, tal vez el más completo del mundo para la Historia del arte, la *casa de Alberto Durer*, en cuyo album, que ya contiene un gran número de volúmenes, tuvimos el gusto de firmar algunas frases de admiración para el gran artista, á invitación del Bourgmester de Nuremberg, el cual tuvo para nosotros una amabilidad exquisita; la célebre *Torre de los Tormentos* y la *Casa de la Ciudad*, en cuyas paredes está magistralmente pintado por Alberto Durer el Triunfo del Emperador Maximiliano. En una de las galerías de dichas Casas Consistoriales vimos una serie de retratos que nos sumieron en profundas reflexiones. Sacamos el album, y con una cajita de acuarela tomamos unas apuntaciones de color, pues eran una prueba patente de la ley de herencia, formulada por Darwin. El primero de la serie era el hermano de Carlos V, en manos del cual, el gran Emperador abdicó el trono de Alemania. Se le parecía extraordinariamente, su cara era casi la misma, pero con menos grandeza en la expresión. Su hijo parece hermano de Felipe II; el mismo pelo rubio ceniciento, el mismo *prognatismo*, la misma mirada hipócritamente vaga; su nieto es el análogo de Felipe III; gordo, hinchado de mofletes, de aire pretensiosamente estúpido; su biznieto es un Felipe IV alemán, con la mandíbula inferior enormemente salida, belfo, con los ojos azules, vidriosos y piel blanca mate. El último vástago es ya un Carlos II, completamente degenerado, como este infeliz monarca español. Con una ligerísima modificación de sus trajes, á la española, dichos retratos podrían figurar en el palacio de los reyes de España con los nombres de Carlos I, Felipe II, III, IV y Carlos II.

En la célebre Torre de los Tormentos pudimos considerar que la crueldad germánica había excedido á la latina de los tiempos inquisitoriales; prueba de ello la Virgen, la silla de puntas, la cabeza de esqueleto y otros tormentos horribles, jamás imaginados entre nosotros, hasta ahora.

***

De Nuremberg, el tren nos condujo á Bayreuth. Eran las once de la noche cuando entramos en la estación. Un sentimiento de alegría y de ansiedad se apoderó de nosotros, tal al que debió de embargar á los Cruzados al llegar á las murallas de Jerusalén ó á los peregrinos árabes cuando divisan los minaretes de la Meca.

Apenas saltamos del vagón, un sin fin de mercaderes ambulantes nos asediaron, ofreciéndonos fotografías del teatro, de los principales pasajes de la célebre tetralogía, del maestro Wagner, del rey de Baviera en su lecho mortuorio. (Acababa de morir hacía unos 15 días). Esta obsesión de la fotografía germánica nos siguió por todas partes. Al lado del hotel, á cada esquina, á cada escaparate, á la puerta del teatro, uno se veía forzado á contemplar las mismas pruebas fotográficas. Los parásitos del arte, cual los parásitos de la religión, en Lourdes, han puesto tienda en la Meca del Wagnerismo.

El primer espectáculo á que asistimos fué á la representación del *Tristan et Iseult*, que nos pareció grande, sublime; es decir, *nos pareció*, confieso mi ignorancia lírica latina; á mí y á algún otro no nos pareció gran cosa, pero le pareció á Massenet y á la Judith Gautier, que formaban parte de la comitiva, ó al menos así lo dijeron, y nosotros tratamos de que nos pareciera también lo mismo. Aquellos de nuestros compañeros de viaje que eran más entusiastas del maestro, gesticulaban, se animaban y tarareaban los *leitmatio* del *Parsifal*. Es verdad que en Bayreuth se respira, durante esa Semana Santa de la música selecta, una atmósfera especial. Todo el mundo, quieras que no, es presa de una preocupación única y no se ocupa de nada más que del Wagnerismo y sus alrededores.

Este estado de espíritu es tan intenso en todos los huéspedes de Bayreuth, que el asunto único de sus pensamientos, de sus discusiones, de sus conversaciones y hasta de sus tristezas y alegrías, es la música, y en especial la de Wagner. Allí se adora á *San Ricardo Wagner, músico y reformador*, con la mayor idolatría que hayan visto los siglos. En la mesa del hotel no se habla más que de la representación de la víspera y de la

del día siguiente; disértase sobre tal ó cual período del *Tristan* y se comenta la vuelta de las frases de la *Graal*, durante la tentación de *Parsifal*. El acontecimiento del día, es que los coros religiosos estuvieron en el primer acto medio tono más bajos y que en el terceto el timbre de las campanas faltó un momento al ajuste necesario, ú otra cosa por el estilo.

El espectáculo de las calles es curioso; jamás pensamos ver un espectáculo exterior análogo; tantos hombres de países distintos, poseídos de una misma fiebre artística. Cuenta Luciano, en estilo satírico (hace ya unos veinte siglos) que los habitantes de Abdéres, poseídos por la musa Trágica, lo abandonaban todo, para correr por las calles de la ciudad declamando los versos de Eskilo. En Bayreuth pasa lo mismo, y por cierto que yo no me atreví, cual nuevo Luciano, á burlarme de la posesión de la musa Lírica, por no ser víctima de los denuestos de tanto wagnerófilo como allí acude, poseído de ese nuevo furor sacro. Efectivamente; es preciso acudir á Bayreuth con la fe del iniciado, para encontrar todas las sublimidades que se dicen en aquel arte musical, y aún en aquel arte escénico, germánico. El que asiste á aquellas representaciones con verdadera sangre fría, encuentra en ellas deficiencias de gran calibre, dicho sea ello con perdón del genial Wagner; pero sus discípulos, más papistas que su papa, todo lo hechan á perder, á fuerza de extremar las cualidades del maestro.

En primer lugar, los argumentos son inocentes, como los de las novelas románticas medio-evales que salían por entregas allá por los años de 1848. No busquéis en ellos lógica, ni naturalidad, ni posibilidad siquiera. Un cisne interviene en el desenlace de un drama, arrastrando un caballero niquelado, vestido de una manera imposible, cual el remate de un ramillete, y todo porque sí. Los héroes de la mitología escandinava se nos presentan adulterados á la manera griega. Wadan es un Marte lleno de cerveza. El Tristan latino no lo conocerían los trovadores provenzales, sus contemporáneos. En cuanto á la música, allí no hay drama musical ni éste es el camino de Jaén, como dijo el andaluz del cuento. El drama exige emoción, y la emoción brota de lo espontáneo, de lo súbito, de lo imprevisto; y allí todo es preparado, premeditado, pensado, graduado. ¿Qué acción dramática puede haber en un drama que se desarrolla en varias noches? Lo que hay allí (y esto es enteramente diferente), es *poema sinfónico*, música que gradúa efectos progresivos, ascendentes ó descendentes, y desarrollos de motivos, en el curso de una acción lenta y pausada, como lo afirma el mismo Wagner.

Esto es lo que dijimos, de vuelta con mis amigos al hotel Roth de Munich, y que Massenet confirmó con su claridad de juicio.

Pero no nos alejemos aún de Bayreuth. Los extranjeros acuden á cada representación, y las mil quinientas localidades del *Bühnenfestipielhans* (léase teatro), están ocupadas al instante. El sindicato del teatro recoge durante un mes un millón limpio de marcos. Y los iniciados pueden saborear á su placer el divino arte.

El teatro está situado, cual nuevo Partenon, en una colina á media hora del pueblo. La representación empieza á las cuatro y acaba á las diez. Dos entreactos, de tres cuartos de hora, la cortan. A partir de las tres de la tarde, vense un gran número de coches galopando, y una turba de gente que se dirige á pie al edificio sacro. Esta está formada por viajeros de todos los países. Alemanes con sus vestidos, cual si hubieran sido comprados en una prendería; ingleses con gorra de orejas y dos viseras, calzón corto y americana de cuadros de angola. Alegres franceses, que van en *breaks* ó victorias, cantando con elegantes parisienses; españoles morenos, de aspecto taciturno; rusos que hablan alto y fuerte un francés rauco; algún turco ó griego con su clásico casquete granate; japoneses,... en fin, muestras de todas las razas.

El edificio, exteriormente, nada tiene de grandioso, ni de solemne. Cercado por ese pueblo cosmopolita, vestido de viaje, que hormiguea con una alegría de feria, más se parece á una estación central de camino de hierro, que á un templo del arte. La impresión que uno experimenta al entrar en el coliseo, no está exenta de decepción. Nuestros ojos, acostumbrados á los ornamentos y dorados de nuestros teatros, quédanse absortos ante esa simplicidad bárbara. Ni un solo detalle está sacrificado al arte decorativo ó al lujo. Al contrario, todo concurre allí á las facilidades de la óptica y á las exigencias de la acústica; todo está proporcionado con la conveniencia, más que engalanado con la fantasía. A los pocos instantes, la vista abraza fácilmente las amplias proporciones de la nave y la atinada disposición de las graderías superpuestas.

Instantáneamente, quédase la sala sumergida en la obscuridad. Una armonía grandiosa y llena de misterio sube de las profundidades de la orquesta, oculta en un foso ante-escénico. La cortina se aparta por ambos lados, cual en el teatro antiguo, y la escena surge á los ojos del espectador, de un baño de luz que de repente se proyecta. Los mil quinientos espectadores hállanse en comunión perfecta con el poema sinfónico. Estos escuchan durante una hora y media con religioso silencio.

Las mujeres, los *turistas*, en fin, todos los que la simple curiosidad ha atraído, hállanse como poseídos de esta beatitud divina, al igual de los creyentes iniciados. Por fin, acábase el acto. Todo el mundo se remueve, los chiquillos gritan. Salen la mayor parte al exterior, y vuelve á empezar la feria. Siéntanse en las largas mesas de roble de la *cervecería* lateral. Apúranse los *boks* de medio litro, engúllense las tajadas de jamón y las salchichas de gusto de creosota. Trágase la nauseabunda *cehoucroutte* con huevos duros, y la admiración, la emoción y el entusiasmo, avivan en vez de anular el apetito. Pero he aquí que en el pórtico resuenan los estridentes acordes de la trompetería, lanzando á los aires uno de los temas del drama lírico, y enseguida las mesas se vacían, la cervecería quédase desierta, y cada ciudadano, sea de la nación que se quiera, entra de nuevo á sumergirse en el ideal del sublime arte lírico.

Pompeyo GENER



COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de J. Serra Pausas

EN LA ERA

Ahí va, con sus grandes ojos azules que llenan el corazón de luz. Ahí va, con su cuerpecillo de espiga temprana. Todo está en ella naciendo; todo está en flor; toda ella es un puro retoño. ¡Dios padre! ¡qué bien y qué acabada salió de tu mano!

Orgulloso lo digo: es mi mujer... Aunque sea mía, solamente mía, para verla pasar me escondo algunas veces detrás de un cercado ó en el hueco de una torrentera. La veo así, cuando va del chozón al molino, cuando va al ribazo de las *Damas* ó cuando está en la era, en tiempo de trilla. La veo y no son mis sentidos locos; en la trocha de los *Murales*, cuando va al molino; en la vereda de los *Toronjiles*, cuando va al ribazo; y donde quiera que esté y por donde quiera que vaya, las florecillas del suelo se ríen de alborozo si ella las pisa, y se doblan, queriendo mirarla desde más cerca, los juncos del remanso.



Ahí, donde la véis, con esos ojos de gloria y esa cara que Dios amasó con nardos y claveles, y esa mataza de pelo dorado, como manto rico que le han hecho á ella sola con pedazos de sol, la *Belica* estaba loca por mí. Loca por mí, pero sin yo saberlo. ¡Mísero! Es la moza andaluza de más garbo y más fina que hombre ninguno vió. Cuando canta, el cielo se alegra; cuando baila, el mundo se estremece; los palillos en sus manos son campanillitas de oro que tocan los querubines; cuando echa una copla, restallando su látigo al són de los cascabeles de las mulas, sentada en el trillo, todo el campo canta y se ríe, el sol se va, asustado de tanta luz, y hasta los granos de trigo saltan de la parva, como gotas de oro, para ponerse en su corona de reina.

Me quiso y yo no lo supe. ¡Triste mundo! Yo tenía los sentidos vueltos por Genoveva, una señorona blanca como el jazmín y suave como un raso. Yo no podía ya. Yo no dormía. Yo no comía. Yo lloraba... yo estaba muriéndome. Yo, un día fuí y le dije:

—Oye tú, *Veva*, el alma mía fenece por tí. Por Dios, cúrala. La Virgen del Socorro te dará el pago.

Veva dijo, poniendo en mi frente su manita de reina:

—*Toño*, hijito, válgame Dios, que estás loco.

¡Y era verdad que lo estaba! La congoja comíame; el alma no sabía qué hacer, si salirse de mí ó si quedarse. Mis suspiros hacían llorar al cielo. Mi madre, de rodillas, clamaba misericordia. De pronto, se fué á la *Veva* y le habló de esta suerte:

—*¡Veva, Veva!* Hijita, por los clavos de Jesús, ten caridad. ¡Acuérdate, *Veva*, de que yo te crié lo mismo que á mi Toño, ¡el pobrecito hijo que por ti se va de este mundo! ¡Está muriéndose, *Veva!* Anda, ve y oye lo que dice con la calentura: «Mira, *Veva*, gloria de las mujeres, que si con tu cariño no me curas, yo me muero.» ¡Se muere y tú habrás tenido la culpa! Eso dice; pero no, *Veva*, tú no la tienes, ni yo, ni él tampoco. De mi pecho os criábais, al lado de Toño creciste, porque calor de padres no tenías. Ley te tomó *Toño*, como tú á él... Pero, en su punto y hora, á estudiar fuiste á colegio de fama, y aquí se quedó Toño con su arado y su yunta, para pensar día y noche en la palomita de oro que ya nunca iba á volver.

Pasaron días, y él los pasó en pena. Pasaron años, y volviste... Volviste, y el pobre se volvió loco. ¡Cúramelo! Acuérdate, *Veva*, acuérdate de que no has tenido más madre que yo, la sola que besaba tu corazoncito chico... ¡Acuérdate, *Veva!*—Y al oir á la pobrecita, se olvidaba *Veva* de lo gran señora que había nacido, para echar por los ojos unos lagrimones como puños.

¿Qué va y hace la muy bendita? A mí se vino, y yo, cuando sentí mis manazas en las suyas de terciopelo, resucité de pronto. Díjome:

—Mira, *Toñillo*, que yo quiero hablarte, y no tiene que ser hoy, que tiene que ser el día de mi santo, allá en mi casa de Madrid... ¿Lo oyes, tú?

Se fué *Veva;* me puse bueno y en su palacio de Madrid estuve pronto. ¡Dios, qué palacio! ¡Qué escalera tan luciente; qué altombras, con sus carrilleritas doradas, en los rinconcillos; qué criados tan principales, con aquellos faldones; cuánta plata y oro! En un camarín entré, que era por todas partes un laberinto de cosillas relucientes, como si se fueran á caer, sólo conque yo respirara. Aguanté el aliento. De pronto, entró Genoveva y me encontró allí, encogido y sin respirar casi. Dióme un mareo cuando la vi: aquella no era una mujer, era la Virgen de Consolación, despidiendo luces de arriba abajo. ¡Bendita! ¡Qué mandible y qué hermosa estaba cuando me cogió de la mano con su manita de flor y me dijo!:

—*Toño, Toño*, ven por aquí.

Me muero acordándome. Me vi de pronto en otra sala grandísima, llena de reinas y príncipes... ¡gloria del mundo! ¡Vaya un estropicio de fuentes de plata y oro! Porque estaban comiendo, para que lo sepáis. *Veva*, con mi mano en la suya, echó este discurso:

—Señoras y señores: aquí está mi *Toño*, el hijo de mi nodriza; aquí está, que come también conmigo el día de mi santo. He dicho.—¡Y se echó á reir de un modo!... Me figuré que la gloria estaba abriéndose y que todos los ángeles se ponían á bailar de gusto en las fuentecitas de plata.

A su lado me sentó. Yo no hacía más que mirar á una damisela que estaba enfrente de mí. La damisela no hacía más que mirarme también, como si yo fuera cosa del otro mundo. Me puse más negro que la pólvora, porque vi que aquellos señorones, cuando *Veva* no miraba, me miraban á mí, riéndose. Se acabó de comer y á paseo fuímos en carretela de lujo. Con nosotros iba una señora con una cadena de oro al cuello que no tenía fin, y un perrito en los brazos... que yo no sé cómo no lo ahorqué con la cadena. Era la dama de compañía; así me lo dijo *Veva;* una señorona que se gana los cuartos muy bien ganados, dándose lustre y dando la desazón á todo el mundo con su cadena y con su perro.

¡Válgame la Virgen! Me pasó entonces como en la comida. Me miraban como á un bicho raro... ¡Con cada lente que iban echándome! Y después del lente, el cuchicheo, la risitilla... ¡Vaya una cerrazón que me entró! Pero *Veva* me miraba también, y entonces, lo que yo hacía, era bajar la cabeza y tascar el freno. ¡En el teatro, aquella misma noche, sí que fué lo grande! El Real era... ¡Hombre, mire usted en qué hora fuí yo al Real! Lo cierto es, que me deslumbró al pronto tanta cosa relampagueante, tanta mujer, tanto hombre, tanta luz; la luz alumbrándolo todo, á los hombres, con aquellas colas negras y aquellas pecherotas blancas, á las mujeres casi desnudas por arriba, pareciéndome á mí ¡pobrecillo! aquellas tablas tan blancas de sus pechos, losas de sepulcros,... sin el nombre del muerto, es verdad; pero todas, todas, tendrían su dolor... su muertecito, allí encerrado.

Yo no vi más; yo salí; yo tenía el corazón lleno de tormentas; yo echaba fuego por la cara y por los ojos. ¡Hasta la *Veva* se me olvidó! ¡Misericordia!

Después, ya tarde, cuando todo el mundo estaba acostado, hasta el perrito de la señorona, *Veva* me llevó á su camarín—¡Virgen!—y sentándome en una sillita de terciopelo, con palos dorados y más dibujos y más cosas allí señaladas que en el manto de una reina, díjome, llorosa:

—*Toño, Toño*, todito lo que aquí hay: mi casa, mis muebles, mis carretelas de lujo, mis caballos, mi dinero, mi plata labrada, todo es para ti, pero mi persona no. *Toño, Toño*, espérate y no te amontones; mira mi pena, mira mis lágrimas por la pena tuya. ¡Ay, Toño! ¿Cómo podría yo explicar lo que son trabas sociales, para que tú lo entendieras bien? ¿Lo has oído? Lo que son trabas... trabas sociales...—Y siguió llorando sin consuelo.

Yo, la verdad, de aquellas trabas de la *Veva* no tenía entonces conocimiento ninguno; pero ella siguió diciéndome:

—Toda la gente que tú has visto, en la comida, en el paseo y en el

teatro, toda se reía de ti, porque tú, como ella no eras, y se reía de mí, porque á mi mesa te traje y á mi lado te puse. ¡Madre bendita! Ten tú caridad de mí, *Toño*. Si yo me casara contigo ¿qué iba á suceder? Sería la gran campanada. Se reirían de nosotros, nos acosarían, nos morderían, porque yo no soy como tú ni tú como yo. Guapo mozo eres, *Toñillo*; pero la fealdad te la perdonarían; la mala sangre, si la tuvieras, te la perdonarían; lo que yo juro, *Toño*, que no perdonarían nunca, era el hablar tuyo y el vestir tuyo. Dime Toño, ¿te pondrías tú, en casándote conmigo, el chaleco sin botones, la corbata blanca, y eso que tú llamas la chaqueta de larguísima cola? ¿Di, *Toño*, *Toñillo*, tú que tan majo estás y tan hombre y tan cabal y tan dentro de ti, con tu marsellés rico y tu calzón con broches de plata y tus polainas de cuero, con caireles y pespuntes, y tu sombrero gacho que da la hora? Si tú no pudieras parar aquí, ¿querrías que yo me fuese al monte contigo? Yo me resignaría una semana, dos semanas... dos años; pero á la linde ya no. Otra cosa que hay dentro de nosotros,—la que á ti te empujaría para la sierra, precisamente,—me empujaría á mí para acá. Tú, renegando y yo maldiciendo, acabaríamos por morder también como esos; pero no por morder á los demás, sino por mordernos uno á otro. Desengáñate, *Toñillo*; á las personas, aunque otro cuento quieran contar por ahí, las hacen desde el principio, según como las educan. ¡*Toño, Toño*, el pesar está ahogandome!

Se quedó llorando. Yo, sin decir nada, me vine á la sierra. Me enseñé á leer, me enseñé á escribir; pero de pura rabia. ¿Y qué? Se me pasó la rabia y me casé con *Belica*, porque me lo pidió mi madre, á la que nunca he sabido negar nada. Sin quererla me casé, y hoy, sin su cariño me moriría. ¡Pobre mundo!



Veva no pareció al casamiento. Escribió que tenía un mal... un mal... en fin, que no pareció. Pero al llegar la segunda, la del bautizo, la vi otra vez, con su cara de virgen y su porte de reina. ¡Buen trago! ¡Aquello fué echar el alma! Ella me miró tan mandible y tan dulce. ¡Válgame el cielo! Y fué lo triste y lo más duro, que abrazó á mi madre, llorando, aquella noche, y le dijo lo que yo oí, sin que ninguno se enterara: le dijo esto, que está siempre encerrado en mi corazón:

—¡Ay, madre! ¡Y él no sabrá nunca lo que yo le hubiera querido!

Se fué. Se casó luego. No la vi mas... Yo vivo en calma. Algunas veces, en tiempo de trilla, tardecito ya, cuando la noche viene, me acuerdo de *Veva*, me acuerdo de lo que *Veva* dijo aquella noche, y mi llaga se abre... Se abre; pero pronto me curan del negro pesar, el son de las campanillas de las mulas que corren por la era, el chicuelo que grita, revolcándose en las gavillas doradas, la pobrecita madre sentada en el *jerpil*, dándole á las agujas, y la voz de *Belica*, al pasar corriendo en su trillo; de *Belica*, que pasa y canta, con dejo de gloria, crugiendo el látigo al són de los campanillos:

¡La parva no está hechaaa...
y es ya de nocheee...
¡El pícaro del amooo...
qué cara poneee...

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO



Ilustraciones de A. Seriñá.

ANTITESIS

Don Bonifacio Pérez de Miraflores,
varón, entre los buenos, de los mejores,
con cuya alegre charla y afable trato
el hombre más adusto pasa un buen rato,
tiene un grave defecto que califican,
los que con sus ideas se identifican,
de virtud excelente y aún provechosa,
aunque se me figura que no hay tal cosa.
Según dicen, el hombre, sin ser avaro,
economiza mucho; siendo muy raro,
que á la semana gaste más de dos pesos
entre comida, casa... y otros *excesos*;
pues me han asegurado que almuerza, á veces,
membrillo, pan y queso y algunas nueces.
Si ha de hacerse algún traje, lo piensa mucho,
y uno, que cierta noche le mordió un *chucho*,
lo llevó apedazado cerca de un año,
con un trozo que no era del mismo paño.

De ropas interiores irá provisto,
aunque yo, francamente, jamás le he visto
en tal indumentaria, para saberlo;
mas no lo juraría sin antes verlo.
No va nunca al teatro, si no es *de gorra*,
y uno de sus amigos le envió á la porra
al ver ese prurito de economía,
vulgarmente llamado tacañería.
En cambio, Periquillo Gómez del Tejo,
muchacho muy bromista, que el entrecejo
por nada de este mundo jamás arruga
y con la más amarga pena apechuga,
es un joven rumboso, muy caballero,
que, tal como lo gana, tira el dinero.
Viste con elegancia, pasea en coche,
va al frontón y al teatro y al club, de noche;
y... como se halla siempre de francachela,
se gasta los monises que se las pela.

Si en instantes supremos se ve apurado
y no tiene dinero, pide prestado,
y, porque no se diga que es un mezquino,
derrocha su peculio... y el del vecino.
Y ved qué anomalías de descendencia,
cuya razón no se halla ni aún en la ciencia.
¡Bonifacio y Perico! He aquí dos seres
que, á pesar del contraste de caracteres,
son ¡nadie lo diría! primos hermanos.
¡A ver quién me descubre tales arcanos!
Aunque en estas cuestiones soy un borrico,
la causa más probable que yo me explico
de su amor diferente por el dinero,
es que, estando en España, fué allí, el primero,
de los más entusiastas *conservadores*,
y el otro ha sido cabo... de *gastadores*.

Vicente NICOLAU ROIG

Buenos Aires.



EN PLENA A

D GALOFRE



ANDALUCÍA

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9.)

MARGARITA



LLEGÓ á la plazoleta un carruaje y, haciendo alto en su rápida marcha, descendió del pescante el cochero y abrió la portezuela.

Cuatro hombres, vestidos de negro, ocupaban el interior del coche, y al bajar á tierra, el último recogió una caja de pistolas y una funda que, al parecer, contenía dos armas blancas.

—¡Somos los primeros! — exclamó Mendoza.

—No se hará esperar don Juan, — añadió otro de los recién llegados. — Creo, Emilio, que encontrarás de tu agrado el punto elegido.

—Me es indiferente, amigos míos, — respondió el llamado Emilio, hombre de treinta años y porte distinguido.

—¿Y á usted qué le parece, doctor? — insistió el interpelante.

El doctor, un viejo respetable, contestó:

—Me parece, coronel, que fuera mejor no tener necesidad de elegir ninguno.

—¡Ahí están! — exclamó Mendoza, señalando otro coche que avanzaba al galope de sus trotones, por una de las alamedas.

Pocos segundos después, se detenía el nuevo carruaje, y de él descendieron tres caballeros. Uno de éstos, alto, de noble presencia y cuya edad rayaba en los cincuenta años, se dirigió hacia Emilio y sus padrinos, y dijo con gravedad:

—Dispensadnos, señores, si os hemos hecho esperar.

—Hace un instante que llegamos, don Juan, — respondió el coronel, mientras todos se saludaban.

—Me satisface que el ilustre doctor González haya accedido á nuestro ruego, — añadió don Juan. — Gracias, caballero.

Cumplidos estos deberes de cortesía, los padrinos examinaron el terreno donde había de efectuarse el encuentro, mientras don Juan y Emilio se despojaban de la ropa.

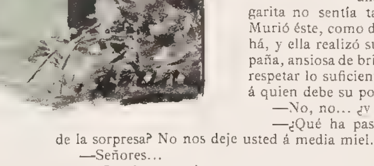
—Esta faja de terreno firme, — dijo el coronel, — me parece excelente... Vea usted, Mendoza; vean ustedes, señores...

—¡Aceptado! — respondió uno de los padrinos de don Juan.—¿Las espadas?

—Helas aquí, según convinimos... ¡Bien templadas! ¡Lástima que hayan de esgrimirlas dos antiguos amigos!

Medidas las armas, sorteados los lugares y ya preparados los adversarios, recibieron éstos los hierros de manos de sus padrinos, y el coronel, que actuaba de juez de campo, dió las tres palmadas de rúbrica. Serenos, sin que revelasen emoción sus rostros, sin encono en sus miradas, se saludaron Emilio y don Juan, y cruzaron las espadas, demostrando, en los primeros *pases*, que ambos eran diestros tiradores.

Abstraídos los actores y los testigos del drama en la interesante escena, no observaron que por el mismo camino que ellos acababan de recorrer, llegaba velozmente una lujosa berlina, por una de cuyas ventanillas asomaba la cabeza de una mujer.



En el momento en que don Juan, después de varias *fintas*, se tiraba á fondo y Emilio paraba hábilmente la estocada, se oyó un grito femenino, y el juez de campo dió la voz de alto, al notar la presencia de un testigo no esperado.

La berlina había llegado, entretanto, al claro de la arboleda, y la bella desconocida abría la portezuela, arrojándose al suelo, y gritando:

—¡En nombre del cielo, detenéos!

—¡Margarita! — exclamó Emilio, visiblemente emocionado.

—¡Ella! — murmuró don Juan.

Avanzó la joven, conmovida, hasta el centro de la plazoleta, y dijo con voz solemne, preñada de lágrimas:

—¡Este duelo no puede verificarse; no quiero yo que se verifique!.. ¡Don Juan es un hombre leal, y no mintió anoche en el Círculo al contar mi historia!... ¡Perdonadme, Emilio, soy muy desgraciada!

Y después de esta violenta confesión, Margarita hubiera caído al suelo desvanecida, á no sostenerla en sus brazos el doctor González.

—¡Señores! — exclamó el coronel, juez de campo. — Ha terminado el encuentro...

***

No se hablaba aquella noche de otra cosa, en el elegante círculo de la Peña.

Margarita era una hermosa mujer que hacía dos meses despertaba la envidia de las damas más encopetadas, y traía locos á los varones que presumían de Tenorios. Entre éstos, Emilio Iñíguez era el que obtenía preferencias marcadas de la beldad, y tan enamorado y rendido se encontraba el joven, que no hubiera vacilado en llevarla al altar. Contábase que Margarita era viuda de un viejo millonario, con el cual vivió en América; y su conducta en España no había dado pretexto á la murmuración.

La noche anterior al día del interrumpido lance, el caballero don Juan Suárez, que una semana antes había regresado de una larga excursión por América, dijo en la Peña, sin rebozo de ningún género, que Margarita, «la hermosa argentina ¡no tenía corazón!... Que su esposo, un hombre hidalgo, que la amaba con pasión, había muerto hacía tres meses solo, y ella guardaba el luto que le debía, organizando fiestas y bailes suntuosos.»

Emilio Iñíguez, que oyó las frases de Suárez, le arrojó al rostro un *¡mentís!* iracundo, y terciando los amigos en la cuestión, se concertó un duelo en graves condiciones. Lo que sucedió en el campo del honor, lo conocen nuestros lectores, y se explicarán los animados comentarios conque los socios del casino, aderezaban el relato de la inesperada aparición de la hermosa Margarita.

***

La entrada del doctor González en el salón, fué recibida con grandes manifestaciones de regocijo por los contertulios... Actor principal de la comedia, necesariamente había de conocer nuevos curiosos detalles.

—¡Doctor!... ¡Si no es indiscreción!.... ¿En qué han parado aquellas misas?

—Cuente usted lo que sepa... ¡seremos una tumba!

—¡Venga la historia de la bella Margarita!...

El doctor, abrumado por aquel chaparrón de preguntas, se arrellanó en una butaca y exclamó:

—¡Ah, curiosos impertinentes! ¿Quién me habrá mandado venir por acá esta noche?

—No hay partida de tresillo, señor galeno, si antes no escuchamos de sus labios respetables la relación detallada de lo ocurrido.

—Me entrego, pues, señores, en vista de argumento tan poderoso... Como el origen de la querella es público, y no se me ha encargado la reserva, diré cuanto sé, en pocas palabras.

Rodearon simpacientes lo circunstantes al doctor González, ávidos de escuchar su relato, que prometía ser interesante.

—Es una historia vulgar en sus comienzos — dijo el anciano, — que adquiere tinte romántico en su desenlace. Margarita, fragante flor de los campos americanos, tuvo una niñez de miseria y de estrecheces, que no la proporcionaron la educación necesaria. Después se transformó en una mujer hermosísima, y un bonaerense millonario la dió su nombre y su fortuna. Vivió desde entonces con fausto, aunque sin alternar con las familias distinguidas de la capital argentina. Su esposo la amaba con locura; pero Margarita no sentía tan vivo afecto hacia él... Murió éste, como dijo don Juan, poco tiempo há, y ella realizó su hacienda, y se vino á España, ansiosa de brillar, como lo ha hecho, sin respetar lo suficiente el recuerdo del hombre á quien debe su posición... ¡Eso es todo!

—No, no... ¿y la continuación?

—¿Qué ha pasado esta mañana después de la sorpresa? No nos deje usted á media miel.

—Señores...

—¡Que lo cuente!

—A propósito, — añadió el doctor, levantándose, — aquí llega don Juan Suárez, que es parte interesada.

En efecto, el aludido penetraba en aquel instante en el salón, y pronto se vió rodeado por sus amigos.

A las insistentes preguntas de éstos, el caballero Suárez, dijo:



—Tengo una viva satisfacción en poder complacer á ustedes, porque mis palabras llevarán envuelta una justa y espontánea reparación...

Tras correcto exordio, excitó más y más la curiosidad de todos.

—Acabamos de verificar una entrevista — prosiguió el narrador, — Margarita, Emilio, un sacerdote ilustrado, y yo. La bella joven, llorosa y acongojada, ha confesado sus yerros, sus extravíos, hijos de una excesiva vanidad... Criada en la pobreza, sentía anhelos de gozar de los esplendores mundanos, y á satisfacerlos se dedicó al encontrarse sola y adinerada... Para enmendar su falta, siguiendo el consejo del padre Gómez, Margarita se retira á un convento de esta corte; permanecerá allí dos años, en el mayor recogimiento, y después.

—¿Qué, don Juan? — le preguntaron al ver que se detenía.

—Despues... se unirá ante la Iglesia á Emilio Iñiguez, quien sale esta noche para el extranjero hasta que expire el plazo de la penitencia.

. . . .

Florentino LLORENTE (*Florete*).

Ilustraciones de A. Seriñá.

HUECOS

La angustiada madre asediaba con preguntas al doctor.

—¿Se salvará mi hija?

—Si logramos dar con la causa del padecimiento.

—La ciencia lo puede todo.

—La ciencia tiene sus límites infranqueables. No pierdo, sin embargo, las esperanzas, si se trata de lo que creo...

—¿Y la curación depende...?

—De aplicar pronto el remedio. Para atajar el mal, precisa que la enferma se instale desde mañana en mi hotel; veinte días á mi lado y respondo que saldrá curada de mi clínica, si todavía es tiempo oportuno.

—Mañana le haré á usted depositario de ella, y con ella, de mi vida. ¿Puedo manifestarla el por qué la traemos á este hotel?

—Dígala que necesita respirar el aire puro del campo, por una temporada; ó si le parece mejor, se lo diré yo mismo.

El caso, como la afligida madre había previsto, era raro y había quitado al anciano doctor muchas horas de sueño, antes de decidirse á traer á su hotel á la enferma, que exigía tratamiento especialísimo y solícitos cuidados.

Mujer joven, sana, exhuberante de belleza y de fortuna, educada, cual flor de estufa, en el invernadero de una madre cariñosa y en un hogar modelo de refinadas comodidades, con todos los caprichos satisfechos y todos los gustos cumplidos: consumíase en lento y cruel padecimiento moral, que agostaba su lozanía, como el insecto mata la planta, chupando la savia que la da vida.

Bien hacía el doctor en preocuparse de la suerte de la enferma y buscar medios que, con rapidez, atajaran el mal.

De encontrarlos, consolidaría su fama de eminencia médica, haría feliz á una madre y tendría la grata satisfacción de haber sido útil á la humanidad.

Llegó el día fijado, y la enferma se instaló en el hotel del doctor, con toda clase de precauciones, extremándose las atenciones y los cuidados.

El doctor estudió á la enferma, meditó el *caso*, pasó frecuentes y largos ratos en conversación con ella y, á los veinte días escribía un billete á su madre, invitándola á ver á su hija y expresando su contento por la curación.

Voló la feliz señora al hotel del médico y reprodújose la escena de su primera entrevista. Todo eran preguntas, que se sucedían unas á otras, sin aguardar respuesta:

—¿Dice usted que está curada mi hija? ¿Cómo, qué ha hecho usted? ¿Qué tenía? ¿Dónde está? ¡Que salga! ¡Es usted el doctor más sabio del mundo!

—Cálmese usted, señora; su hija está curada afortunadamente. Asómese usted á esta ventana y la verá usted allí, á la derecha del jardín, sentada en un banco rústico, conversando animadamente con un caballero.

—Cierto, es ella, pero cambiada completamente; tiene la animación de la vida. ¿Podré llevármela?

—Cuando usted guste.

—¿Y aquel caballero que habla con ella y con el que tan alegre y amable se muestra...?

—Ha sido mi remedio.

—¡Eh!

—Su hija de usted padecía enfermedad de amor; el «caso raro» era un huequecito de cariño en el corazón, huequecito que hemos llenado con el cariño de aquel joven, guapo, elegante, rico y víctima, sin saberlo, del mismo mal.



¿A DÓNDE VA LO BUENO?—Cuadro de José Llovera.

—¡Es decir...!

—Que se han curado mutuamente, que se casan, y que usted y yo hemos sido unos cándidos al no comprender antes su padecimiento, ya que en la juventud estos *casos* de amor son vulgarísimos.

Ahora, que sean felices y no vuelvan á sentir esos «huecos» que en el matrimonio son origen de enfermedades sin cura, de males sin remedio y de *casos* de muerte.

A. MOMPEÓN MOTOS

HOJA DE ALBUM

A la señorita Carolina Villasana.

Cuentan que si la mar está serena,
se transparenta en las cerúleas ondas
la hermosura gentil de una sirena
de ojos radiantes y de trenzas blondas.

Y cuentan que el intrépido marino,
audaz explorador del océano,
detiene su bajel en el camino,
por ver ese prodigio sobrehumano.

Y cuentan más: que la sirena hermosa
surge de aquellas ondas en bonanza
y, al contemplar al nauta, ruborosa,
le aduerme con un himno de esperanza.

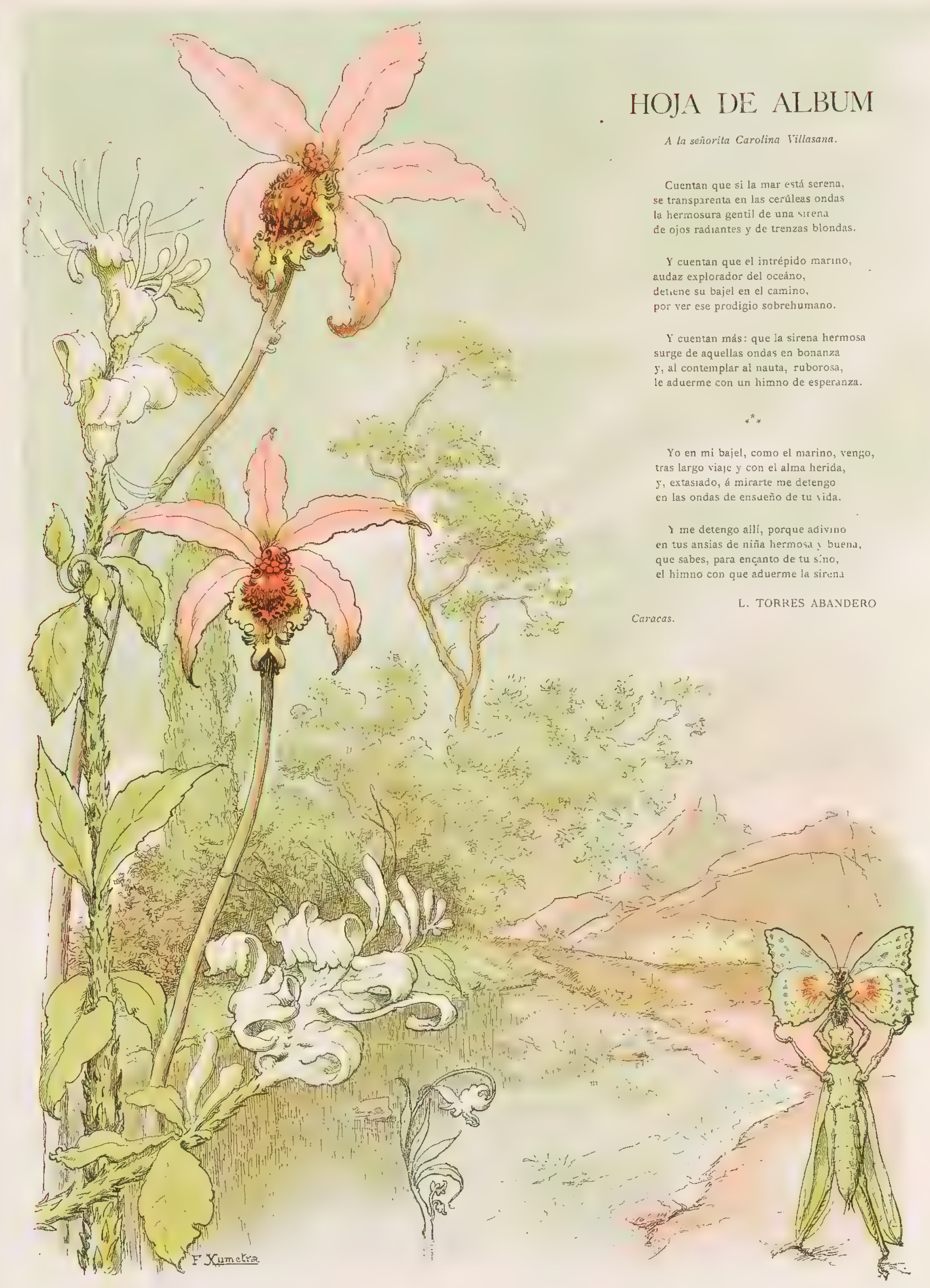
***

Yo en mi bajel, como el marino, vengo,
tras largo viaje y con el alma herida,
y, extasiado, á mirarte me detengo
en las ondas de ensueño de tu vida.

Y me detengo allí, porque adivino
en tus ansias de niña hermosa y buena,
que sabes, para encanto de tu sino,
el himno con que aduerme la sirena

L. TORRES ABANDERO

Caracas.



COMPOSICIÓN Y DIBUJO, de F. XUMETRA.

EL NUEVO ARZOBISPO

DR. D. MARIANO ESPINOSA

El ilustrado, bondadoso y justamente respetado Obispo de La Plata; el discípulo sobresaliente del Seminario de Buenos Aires en el año 1856, el alumno predilecto, más tarde, del Colegio Pío Latino de Roma, después de haber recibido en su país la tonsura, en 1863, de manos del doctor Escalada; el bonaerense preclaro; el doctor en Teología esclarecido; el adalid de la fe católica que en 1879 fué al Río Negro acompañando en aquella expedición militar al ilustre general Roca, hoy digno Presidente de la República Argentina; el misionero de la unción que con tanto provecho ha ejercido la facultad de confirmar en la Patagonia y otros pueblos de su provincia, autorizado por el Sumo Pontífice en 1879; Su Excelencia Reverendísima Monseñor Espinosa, modelo de sacerdotes distinguidos y de prelados animosos, acaba de ser nombrado Arzobispo de Buenos Aires.

Su acertada elección ha sido recibida con júbilo en el país que le vió nacer, en 2 de Julio de 1844, y se prepara á organizar las solemnes fiestas con que va á celebrarse acontecimiento tan fausto. La República Argentina está realmente de enhorabuena, porque pocas veces se ven reunidas en una sola persona tan excelentes cualidades como las que adornan al antiguo Secretario del doctor Escalada, en el Concilio del Vaticano, y del doctor Aneiros, después, en Buenos Aires, desde 1873 á 1879, en que fué promovido, primero, á la dignidad de Prior, y luego á la de Vicario general de aquella Archidiócesis. Espíritu moderno, conquista muchos prosélitos con su palabra franca y afable, y con su criterio expansivo. El sabio sacerdote en quien nos ocupamos, persuade sin fustigar, discute sin asombrarse de nada, atrae y no atemoriza, á todos escucha y concluye por granjearse la simpatía y admiración general; siendo, en fin, el apóstol del sentimiento católico, tal como éste debe ser, para que su misión resulte provechosa, á fines del siglo XIX, y cual exige el santo ejemplo del esclarecido Pontífice que rige los destinos, en este mundo, de Nuestra Santa Madre la Iglesia. Al nuevo Arzobispo de Buenos Aires se debe el hermoso Templo y Casa Parroquial de Santa Lucía, á su activa propaganda, lo que ha aumentado la devoción á la Virgen de Luján, cuyo santuario, merced á las obras que se hacen por sus gestiones, será de los mejores del mundo.

En 1881, presidió el doctor Espinosa la primera peregrinación argentina que fué á Roma á orar ante las tumbas de los Santos Apóstoles.

Ha ocupado las sillas episcopales, además de la de La Plata, del Paraguay, en 1877, de Tubenópolis, en 15 de Junio de 1893, y la auxiliar de Buenos Aires, al lado de los arzobispos, Aneiros y Castellanos, hasta 1898.

Tal es, á grandes rasgos, la parte más saliente de la brillante historia del doctor Espinosa, á quien tuvimos el gusto de hospedar en Barcelona, cuando, hace un año, á su regreso de Roma, se embarcó en nuestro puerto para su país.

En aquella época, publicó el ALBUM SALÓN un retrato suyo, y en breve dará á conocer el último, revestido de las insignias arzobispales.

***



EMILIO SABATÉ PARELLADA.
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.



DIANA CAZADORA
Escultura de GUSTAVO OBIOLS, premiada con 3.ª medalla en la actual Exposición de París.

CANTARES

Que no tengo corazón
me dices tú, vida mía,
y te sobra la razón,
pues me lo robaste un día.

Te daría tantos besos
como arenas tiene el mar,
y después, vida del alma,
te volvería á besar.

El amor comete excesos;
de tu boca hizo un imán
que atrae todos mis besos.

El día que tú te mueras
cantarán los ruiseñores,
porque entonces, niña hermosa,
no tendrán competidores.

Comprender no he conseguido,
á pesar de mis afanes,
cómo en tu cuerpo tan chico
cabe un corazón tan grande.

Los astros te tienen celos,
pues tus ojos brillan más
que las luces de los cielos.

No te enoje el ser morena,
niña de pupilas bellas,
cuando la noche es obscura
relucen más las estrellas.

Con el mar y la mujer,
corre el hombre un riesgo mismo;
donde un puerto cree ver,
halla á veces un abismo.

Quisiera hundirme en el mar
y arrebatarle sus perlas,
para tejerte un collar.

JOSÉ GARCÉS Y CODINACH

RAMÓN CASAS



LA SAL DEL MUNDO — *Exposición Robira. Escudillers, 5, 7 y 9*



Cuadro de Tomás Muñoz Lucena.

¡AVE MARÍA PURÍSIMA!

(Fragmento de las Memorias de una hermana de la Caridad)

Me echó el sueño su poderosa zarpa cuando rezaba el Santo Rosario por los navegantes, por los viajeros extraviados y también por los que, en noches como aquélla, se despiertan bajo edredones y vuelven á coger el sueño con delicia, sin acordarse de los que, á la intemperie, tiritan acurrucados en el quicio de un portal.

El brasero, sobre cuya tarima apoyaba mis pies yertos, ya no contenía sino un montón de tibias cenizas.

Sin duda debieron de tirar más de una vez de la cadena, porque los campanillazos, que me despertaron, sonaban más que la lluvia torrenc al y no obstante los truenos, que se sucedían como las olas se atropellan.

—*¡Ave María Purísima!* — gritaba dentro del torno, por el lado de la calle y en muy malos modos, una voz hombruna. — *¡Ave María Purísima!* ahí va esa criatura y... Dios sea con todos.

—Sin pecado concebida, — respondí con humildad, reconociendo mi falta, mientras daba la vuelta al torno.

Dentro de un envoltorio de riquísimos pañales, que olían á perfumes caros, recogí, dormida profundamente, á una preciosa niña. Era muy rubia, blanca, con los ojitos zarcos, y podría tener mes y medio.

Cuando me disponía á dar cuenta del ingreso de nuestra nueva hija, sonaron las doce en la Catedral y despertó el angelito ya en domingo, día de Santa Inés, virgen.

¡Pobrecilla Inés; con qué tenacidad se aferraba con sus manecitas, como capullos de rosa, á las aletas de mi toca!

Dijérase que me pedía amparo y protección, al entrar en su nueva casa. ¡Cómo me miraba!

El Señor sabrá por qué... ¡por qué sentí por la tierna hospiciana, lo que por ninguna otra de las criaturas que llevo recogidas en el torno!

Creció saludable siempre, cada vez más bonita é inteligente y siempre indómita é incapaz de toda buena crianza, aunque su condición en el fondo no fuese perversa. Ni premios ni castigos lograron enderezar aquel arbusto. A nadie más que á mí respetaba la muchacha, no por miedo, sino por cariño, como ella decía.

Acababa de cumplir quince años, en todo el desarrollo de su delicada hermosura, cuando me trasladaron á otra de nuestras casas.

Pasó mucho tiempo sin que yo volviese á tener noticias de Inés.

—¡Adiós, hermana Eugenia, hermana mía, ¡quién sabe dónde nos volveremos á ver!, — me dijo al despedirnos, besándome y mojando las aletas de mi toca con sus lágrimas. ¡Y cuenta que no lloraba nunca!

* * *

Tan sólo una tarde, atravesando el estrecho de Gibraltar, cuando la guerra de Africa, el año sesenta, recuerdo haber sufrido un calor semejante al que se sentía aquella noche en la Sala de Santa Ana del Hospital de San Juan de Dios.

El cabo de vela con que me alumbraba para leerle las oraciones de los agonizantes, se derretía, no solamente junto á la luz inmóvil, sí que también cerca de la arandela caldeada.

Otra vez el fiero oleaje de las pasiones humanas arrojaba su víctima á nuestras playas.

¡Infeliz! Su demacrado semblante revelaba grandes sufrimientos.

A tales horas — era más de media noche, — Inés había perdido por completo todas esas risueñas esperanzas que, en los últimos momentos, suelen acariciar los tísicos. Si aún alentaba, si hervía su pecho, era porque los Santos Oleos acababan de alimentar la lámpara de aquella triste existencia tan próxima ya á extinguirse sobre la tierra.

—Hermana, hermana mía, bendito sea Dios que ha permitido que nos volvamos á ver; que su Crucifijo, el de usted, con el que yo jugaba en la Inclusa, sea lo último que besen estos labios tan impuros...

Con las manos, que semejaban sarmientos de alabastro, cruzadas sobre el embozo; suelto el raudal de su cabellera, en torno de la cabecita, como almohada de espigas; con los ojazos zarcos desmesuradamente abiertos y con un brillo extraordinario; muy blanca; con dos rosetones de carmín en las mejillas, sudorosa... parecía delicadísima imagen acabada de salir de manos de un escultor de la edad media para colocarse en lugar preferente de gótico retablo.

De aquel cuerpo, otras veces tan mórbido, no quedaba más que la piel y los huesos.

El espíritu, como avecilla que ve abierta la jaula y aletea para escapar, inundaba su miserable envoltura.

— Hermana, hermana mía, ¿descansaré al fin? ¿Cree usted que Dios perdonará á la ramera infame...?

—La misericordia del Señor es infinita: sí, hija mía, te perdonará, te ha perdonado ya, como perdonó á la Magdalena, porque había amado mucho...

—¡Amar, amar! Yo no he querido en este mundo á nadie, á nadie más que á usted. Yo no sé lo que es amor. Los hombres son todos crueles... todos. ¿Ve usted á ese que pasa?—y señalaba á un mozo del anfiteatro de la *Escuela de Medicina*, que cruzó por el dormitorio — ¿lo ve usted? Me ha mirado de reojo, calculando que no veré amanecer y que se ganará una propina por llevar mi cuerpo á que lo descuarticen los estudiantes.

—Inés, Inés mía... ya no es hora de discurrir sobre cosas de la tierra; hablemos de Dios y de su bendita madre.

—Sí, hablemos... pero prométame usted que hará por que no me lleven al anfiteatro... que no me desnuden... ¿Si pudiera usted conseguir de algún alma piadosa que me costease un nicho?

—Te ofrezco pedírselo á uno de nuestros protectores... Ahora, reza conmigo...

—Bendita sea usted, hermana... sí, recemos...

Desvelados al primer reflejo de la aurora, comenzaron á saltar, piando, de rama en rama, los pájaros que dormían en los grandes plátanos del patio.

Inés se ahogaba: hizo un supremo esfuerzo para incorporarse; asióse de las aletas de mi toca, tosiendo y salpicándolas con las últimas gotas de su sangre, y volvió á caer sobre la almohada... para no levantarse más.

* * *

La Madre Superiora, compadecida de la pobrecita Inés, me dió licencia, y corrí á casa del opulento banquero don Adolfo Burgos, gran protector de nuestro santo instituto.

Sabía yo que madrugaba y me prometía encontrarle dispuesto ya á emprender á pie su paseo cuotidiano.

Por lo menos, una vez en semana solía venir don Adolfo á San Juan de Dios, y siempre nos dejaba grato y caritativo recuerdo de su visita.

Diez días, lo menos, iban transcurridos sin que pareciese por el Hospital, y esto también nos tenía cuidadosas. Luego supimos que preparaba un importante discurso para pronunciarlo en el Senado, en defensa del descanso dominical y de la protección á los obreros menores de edad.

¡Qué bueno era y cómo le premiaba el Señor haciéndole dichoso! Muchos le envidiaban; no tenía familia; la murmuración y la calumnia no dejaron alguna vez de hincarle el diente... pero ¿se concibe dicha mayor que la de disponer de gran fortuna y, sin obligaciones, poder aplicar muchos miles de duros á la hermosísima tarea de enjugar lágrimas de los desgraciados?

Me hicieron aguardar un largo rato en el recibimiento. ¡Dios poderoso, qué lenguas las de los criados que holgazaneaban en esta pieza leyendo los diarios! Se me figura que mi presencia, en vez de contenerles, los aguijoneaba.

Por fin, me recibió don Adolfo, animándome con su franca y dulce sonrisa...

—Veamos, ¿qué quiere la hermana Eugenia? ¿qué ocurre en aquella Santa Casa? calculo que vendrá á proporcionarme la fortuna de servirlas, ¿eh?

Me creí obligada á contar al banquero la tristísima historia de Inés, y en vez de empezar por la Inclusa, comencé por el fin; por San Juan de Dios.

Tapando y destapando el rico tintero de plata de su mesa despacho, parecía interesarse en mi relato.

Llegué al fin de la historia: al torno, á la noche de Santa Inés... y se puso en pie, como si el sillón le hubiera despedido.

Referí luego cómo uno de los riquísimos pañales de la niña (que debía servir de contraseña para reclamarla) estaba marcado con una M y una B de seda roja entrelazadas... y el banquero volvió á desplomarse en el sillón, murmurando con voz ronca y entrecortada por los sollozos:

—¡Ave María Purísima! ¡¡Ave María Purísima!!

Entonces fuí yo la que me levanté, como impulsada también por un resorte.

Aquella dulcísima salutación sonaba en mis oídos con la misma voz que veinticuatro años antes la había oído gritar dentro del torno de la Inclusa, por el lado de la calle y en malos modos: «¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima! ahí va esa criatura y Dios sea con todos.»

. . . .

Y también, como aquella triste noche, respondí humildemente, pareciéndome que el Señor batía sobre nuestras cabezas las inmensas alas de su justicia:

—Sin pecado concebida.

EL CONDE DE LAS NAVAS





Fot. E. Courret & C.ª (Lima .

EDUARDO L. DE ROMAÑA

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

El ilustre ingeniero y estadista peruano á quien dedicamos esta página, nació el 19 de Marzo de 1847, en la ciudad de Arequipa, República del Perú. Pertenece á una de las familias más ilustres, respetables y de fortuna de ese suelo. Hizo sus primeros estudios en el Seminario de dicha ciudad, y después se dirigió á Inglaterra, y fué alumno distinguido y muchas veces premiado, del Colegio de Stonyhurst. De éste, pasó al Colegio Real de Londres, y siguió con notable aprovechamiento la carrera de ingeniero. En 1868, pasó á practicar con el hábil ingeniero Mr. Lee Smith, y lo acompañó tres años. Solicitado por una de las dependencias del Ministerio de la India, prestó marcadísimos servicios en obras de alta importancia, entre ellas, la dirección del puente que se construyó en Silvertoun, para ser colocado sobre el río Ravec. Sus triunfos en esas obras le proporcionaron el honor de ser recibido socio de número del Instituto de Ingenieros Civiles de Londres, en 1872; siendo ascendido después á la categoría de miembro asociado del mismo Instituto. Vino en pos al Brasil, contratado por un poderoso sindicato, en compañía de 32 ingenieros, á emprender la importante y muy difícil obra de unir, por un ferrocarril, los dos puntos navegables del río Madeira; y fué uno de los pocos que se salvó de la fuerte mortalidad que hicieran el pésimo clima y las privaciones de toda suerte, entre los directores y trabajadores de esa

obra. Viajó después por las capitales europeas, recogiendo los últimos adelantos de las ciencias. Cuando en 1874 regresó á su país natal, se entregó todo entero y con la mayor abnegación á realizar el adelanto material, moral é intelectual de Arequipa, dando sus servicios profesionales, gratuitamente, á las obras que el municipio emprendía. Así tuvo parte en el establecimiento del alumbrado por gas, en la construcción del puente Grau, en la conducción del agua potable de Yumira (obra que le ha proporcionado muchos aplausos y que ha enaltecido su competencia á los ojos de los entendidos), en la instalación del alumbrado eléctrico; y en todo lo que ha importado utilidad general. En estas tareas economizó grandes sumas á la Municipalidad, procurando los presupuestos menos costosos y de mejor resultado. Elegido Director de la Beneficencia Pública, sirvió siete años el cargo, dejando reorganizada la institución sobre bases sólidas, incrementadas las rentas, sistemada la contabilidad y grabado su nombre para siempre en el recuerdo de infelices habitantes de las casas de misericordia. Ha impulsado la instrucción por todos los medios de que le ha sido posible disponer y, muy principalmente, fomentando el Colegio gratuito de San Vicente de Paul, y ha cooperado al enaltecimiento de las bellas artes, dirigiendo muchos años y sosteniendo con su dinero el progresista «Centro Artístico». Después de la revolución nacional de 1894, tuvo que abandonar su prescindencia absoluta de la política, tradicional en su familia, y consintió en su elección de Diputado y de Senador, sucesivamente. En el Congreso fué un ejemplar limpísimo de patriotismo puro y de laboriosidad. Sus dictámenes y su voz eran seguidos por todos los que deseaban marchar por el buen camino. Creado por la ley el Ministerio de Fomento, fué llamado á su desempeño por el Jefe del Estado, y dió en el Gobierno pruebas relevantes de su tacto administrativo, y dejó instituciones de importancia muy trascendental, cuando una crisis le obligó á abandonar el portafolio. Tal fué enseguida la fama que aureoló su nombre, que, el 31 de Diciembre de 1898, dos grandes partidos políticos, el Demócrata y el Civil, lo presentaron como candidato á la Presidencia de la República. Los pueblos todos, borrando sus divisiones partidistas, lo aclamaron también; y en las elecciones de Mayo de 1899, dieron voto directo por él, más de sesenta mil ciudadanos, esto es, todos los inscritos en los Registros, con excepción de algunos, muy pocos, abstencionistas por sistema. El secreto de su inmensa popularidad, ha estado en su renombre como ciudadano patriota y honorable y en la esperanza de que sabría introducir hondas reformas en la administración pública, matando las corruptelas y los abusos; esperanza que infundieron sus discursos elocuentes, durante la tarea electoral, verdaderos programas de buen gobierno que llenaron la República toda de gran admiración. El Congreso colocó en su pecho la insignia del Poder el 8 de Septiembre de 1899, y desde entonces gobierna con mil dificultades nacidas de la política ambiciosa. Pero los pueblos están de su lado y las tentativas revolucionarias fracasan, los malévolos elementos de otra suerte sucumben y continúa su misión salvadora, con la fe y la constancia patrióticas que levantan su espíritu.

El señor de Romaña, es pues, una distinguida personalidad por su talento notable, por su vasta ilustración, por la severidad de sus costumbres, por su carácter probado, por la finura y delicadeza de sus modales, por su trato ameno y por las demás cualidades que lo adornan. Como científico, lo respetan sus comprofesionales peruanos y extranjeros; como literato y filólogo, es sabroso y profundo todo lo que sale de su chispeante pluma; y si como ciudadano supo hacerse amar generalmente é inspiró inmensas esperanzas á su país, como mandatario las está realizando al elaborar, día por día, la prosperidad y la ventura del Perú.

* * *

LA BOLSA Y LA VIDA

La clave está bien aplicada y el texto del despacho resulta claro como la luz meridiana. Leamos de nuevo:

Gobierno concederá prórroga ferrocarriles. — Hartman.

¡Luego en París se sabe ya...! Este corresponsal es el judío de mejor olfato en todo el universo. Si ahora, como en otras ocasiones, se anticipa una cotización á sus colegas, la de francos que me embolsaré será tremenda. Preparémonos.

Julio Bizot se frotó las manos de gusto y, encajonándose en su mesa-ministro comenzó á hojear el *carnet* de apuntes.

Sesenta y siete... treinta y dos... cuarenta y cuatro... ciento cinco... noventa y ocho, doscientos veinte. Total, quinientos sesenta y seis mil francos. Agreguemos á esto las pignoraciones, las compras á plazos y lo de mi hermano, y á buen seguro que subirá de los ochocientos mil francos lo disponible para lanzarme mañana al copo de los *ferrocarriles*.

¡Cómo me voy á poner! Para que la jugada sea completa, confeccionaré un *canard* de alarma que lo coreen los bajistas, y con tan plausible motivo aumentará la oferta del papel, y le restaré unos céntimos á la cotización del día. Después, cuando se *descorra la cortina*, del primer empujón, dos y medio enteros arriba, luego tres, luego cuatro y luego la mar. ¡Bravo, señor Hartman, bravo! Usted merece que yo le regale un becerro de oro, como aquel que antaño adoraban ya sus sabios abuelos.

¡Cáspita! ¡A todo esto son las dos y media! Vaya, vaya, se acabaron las operaciones de memoria y á descansar, querido Julio, si es que la noticia se lo consiente á tu alborotado corazón, que ya está cotizando en alza las palpitaciones y pidiendo á toda prisa una inyección de morfina. Se la daremos, para que deje al sueño cerrar las transacciones del día con un par de horas de descanso.

Este corazón mío es un alarmista de primer orden.

***

Ernesto y Julio Bizot heredaron con su orfandad una completa miseria.

Tenía entonces Ernesto catorce años y Julio doce.

El triste realismo de la vida produjo, bien pronto, en aquellas soñadoras cabecitas, radical y brusco cambio. Cesó el hirviente bullir de alegres doradas ideas y comenzó el constante pensar en la lucha por la existencia. Si precoces, al cabo tenían que ser hombres; pues que para vivir les era necesario producir algo útil, algo tangible.

A Ernesto le recogió un relojero, amigo antiguo de su difunto padre. Aquel chico de reflexiva calma, cimentada en las amarguras del pasado y en la pobreza del presente, fué, á no tardar, hombre de provecho. El taller era el santuario de su existencia á cuyo culto se consagraba por completo. Las luchas entre la materia y el arte, sus grandes luchas; las victorias obtenidas por su ingenio, sus grandes felicidades. Allí se daba todo su sér en el perfeccionamiento de la diminuta pieza que, al salir del torno

y ponerse en marcha, su cronométrico *tic tac* resultaba unísono con el corazón del artista.

En cambio, en Julio, estos goces del sentido artístico eran cero; los del sentido práctico, lo eran todo.

Y se explica; esa y no otra tenía que ser la resultante del realismo que respirara en casa del banquero judío, señor Jeilert, donde lo emplearon como recadista, á raíz de la muerte de su padre.

El despejo natural del chico y, más que todo esto, aquel orden y buen arreglo de vida que descubría, al no gastar en balde un céntimo y guardar sus propinas en la Caja de Ahorros, encantaron de tal modo al judío, que, en una de sus expansiones, llegó á decir á su cajero: «Ese chiquillo será hombre de provecho». De recadista, pasó Julio á la Caja, llegando á ser allí un notable tenedor de libros; años después, encargóle Jeilert del despacho de su correspondencia y con él de la secretaría general de la casa.

¡Qué ancho campo se abrió entonces á las ambiciones de Julio! El constante acarreo de oro hacia la caja del banquero, enloquecía.

Su jefe le consideraba mucho, consultando su opinión en varios negocios; pero esto no sumaba ni una unidad más en la cuenta de ingresos de Julio, y por tanto, para él nada valía.

Siempre en el quietismo de su cargo, sirviendo como engranaje de importancia, pero engranaje al fin, á la máquina de fabricar tesoros, intitulada *Casa de Banca de Gustavo Jeilert;* concretado al reducido ahorro en su sueldo y á las dos gratificaciones anuales que, como extraordinario, le daba su jefe, ¡cuándo podría llegar él á la meta de sus ambiciones! ¡Cuándo sería millonario! En aquel desesperante andar de tortuga, jamás. Había, pues, que abandonarlo en la primera ocasión propicia.

¡Qué de zozobras antes de decidirse! Y era segurísimo. Las noticias de París confirmaban el alza: los cambios subirían de firme. Jeilert dió órdenes á su corresponsal para el acopio del oro extranjero. ¡Pero arriesgar en un día el ahorro de toda la vida.. !



El deseo de ser millonario, triunfó al fin: Julio cerró ojos al miedo, sus libretas se convirtieron en metálico, y, muy en secreto, compró los codiciados francos. ¡Otra vez las angustiosas zozobras! ¡Otra vez las terribles dudas!

Ya vino el alza; ¡primero un solo entero, después dos, luego cinco, luego veinte, treinta, ochenta...! ¡Parecía un sueño! ¡Haber duplicado en tan pocos días su capital! Mas ¿qué valían aquellas ganancias comparadas con las que realizó Jeilert?

Era necesario aventurarse en una nueva jugada. No tardó en presentársele ocasión, y fué aprovechada como otras muchas; siempre, por supuesto, en secreto. Y así subiendo, llegó Julio á poseer un regular capital, tanto, que el *run run*, entre agentes y corredores, señalaba al secretario del judío como rico y hábil agiotista que negociaba por cuenta propia con mucha fortuna; y aunque Bizot discurrió cuanto pudo para evitar tan molestos cuchicheos, no consiguió acallarlos, y ellos, y sólo ellos, fueron causa de este diálogo entre el banquero y su secretario:

—Mi querido Julio, hace años vi en ti un hombre de provecho. No me había equivocado, puesto que ya hoy lo pregona la fama; mas como nunca pensé asociar nadie á mis negocios...

—Señor ¿me despacháis?

—No tanto. El señor Bizot, que tiene ya una buena fortuna, deja de ser mi secretario para dedicarse por completo á sus negocios y pasar á ser mi amigo. Esta es la cosa.

* * *

No podía Julio consentir por más tiempo que su hermano continuara siendo un humilde operario. Había para ello, entre otras, una poderosa razón: el negocio; y como ante su perspectiva jamás reconoció obstáculos el aprovechado discípulo de Jeilert, venció todo género de resistencias. Ernesto tuvo que ceder, y se abrió al público la *Joyería y Relojería Bizot*, que admiró á todos por su valioso y artístico surtido y por la elegancia y novedad de su instalación.

La dirección comercial (desde luego en secreto) fué del bolsista; la de los talleres, de su hermano. Y pronto evidenció la caja que las transacciones eran allí productivas; y pronto pregonó la fama que la mano industrial directiva era mano de notable artista.

Los balances acusaban cada vez, más crecidos rendimientos. Julio, por tanto, seguía dando impulso al negocio, para elevar el interés del capital empleado; pero abandonar por eso los otros, hubiera sido en él falta imperdonable. El comercio y la industria, con todas sus prosperidades, no daban más que la pequeña gota, jamás suficiente para apagar aquella sed eterna de oro; las jugadas de bolsa ya daban más.

Y cuanto predicó Ernesto á su hermano para que dejara aquella vida que, si le enriquecía, minaba su ya delicada salud, fué obra inútil.

—Querido Julio; esas impresiones fuertes te hacen mucho daño.

—Esas impresiones me dan la vida. Sin negocios sería hombre al agua.

—Convenido, pero emprende otros, menos violentos que los de bolsa.

—¡Menos violentos!... ¡Menos violentos! ¿Qué negocios hay menos violentos y más útiles?

—Hermano, los negocios más útiles no son en todos los casos los que más interés rinden.

—¡Pero hombre de Dios! ¿tú crees que puedo conformarme con pasar la vida trabajando, para no ser nunca nada? ¿Se puede así aspirar á poseer algún día un buen capital?

—Lo que yo te he dicho y repito, es que la ambición rompe el saco, y que no hay mejor capital ni mejor renta que el trabajo honrado de uno.

—Bueno; pues... para ti esas gangas.

* * *

Antes de la apertura de la Bolsa, fué la noticia que entre agentes, corredores y capitalistas circuló como el rayo, reclamando todas las atenciones y absorbiendo todos los comentarios. Julio Bizot había muerto la noche antes, de un modo repentino.

Del sillón de su despacho, levantaron su cadáver con un telegrama en la manos: el de la caída del ministerio.

El aneurisma arterial que padecía no resistió la noticia del tremendo bajón de los valores ferroviarios, producida por la crisis ministerial, y antes de ver su ruina, cerró eternamente los ojos el discípulo aprovechado del judío Jeilert.

Y de este trágico suceso, era del que hablaba la gente de bolsa antes de comenzar las operaciones del día.

. . . .

Algo dejó libre de embargo la curia: las herramientas de Ernesto. Con ellas sigue hoy, pacientemente, en el humilde rincón de su taller, la lucha entre la materia y el arte; convencido como nunca de que no tendrá otro capital ni otra renta que su trabajo.

Y sólo cuando el rodar de una lágrima empaña el campo visual de la lupa, el hábil relojero interrumpe su labor...; y el corazón del artista no late entonces al compás del *tic tac* cronométrico, que late á impulsos del amor perdido.

Andrés P. Cardenal

A. MAS Y FONTDEVILA



DE LA ACTUAL VENECIA

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9.



DEL MADRID ANTIGUO

DESCANSO CANICULAR

Durante el invierno me había dominado el trabajo. Versos por la mañana; versos por la tarde; versos por la noche. ¡Siempre versos!

Así es que el cuerpo humano que gasto para andar por el mundo, y el espíritu que llevo colocado en su estuche natural, ó sea en el aludido cuerpo, se hallaban ansiosos de descanso,

aunque fuese temporal,
pues era, amigo lector,
excesiva la labor
de mi masa cerebral.

No es, pues, extraño, que la idea del veraneo fuese para mí la más simpática de todas las ideas y llevara tras de sí la realización de mis ensueños primaverales.

El pueblecito donde yo me crié, iba á indemnizarme de las fatigas de mi profesión literaria, confortando mi ánimo con su ambiente puro, sus arboledas frondosas y el tranquilo vegetar de su pequeña población agrícola.

¡Iba á olvidarme de que tengo que hacer versos para vivir! ¡Qué felicidad! ¡Colgar la péñola! ¡Vivir en el campo, no como los pastores de la Arcadia, disparando églogas á las lindas zagalas del valle y tañendo la flauta en los intermedios, sino soltando en prosa vil, pero substanciosa, cuatro requiebros positivistas, no á la poética Filis, sino á la zafia Tiburcia, y *tañendo* á la vez lo que buenamente se pudiere!

NOTA ARTÍSTICA, por Baldomero Galofre.

¡Qué venturosa canícula se me preparaba!

Huyendo, pues, de los versos de la Corte que tanto marean y tanto hacen sudar, di un día con mis huesos en la modesta villa de Valderretruécanos, á pocos kilómetros de Madrid.

***

—Don Juan, ¡cuánto me alegro de que haya usted venido al pueblo!

—¿Pues qué ocurre, señor alcalde?

—Ná, don Juan; que tenía que pedirle á usté un favor.

—Concedido. Porque me figuro cuál es: lo del año pasado; el permiso para que atraviesen por mi huerto con las banastas de tomates....

—Pues no, señor. Verá usté: mañana llega aquí el diputao del destrito y vamos á darle una comida de órdago, con café y puros y tóo.

—¿Y qué?

—Que yo quisiá brindar.

—Pues brinde usted.

—Es que quisiá echar un brindis que cayera en copla, y como yo pa esó tengo la mollera cerrá á piedra y lodo, le agradecería á usté que me enjaretase un soneto que no fuera mú largo, como esos que escribe usté en los papeles. En fin, la cosa es que parezca que yo mesmo lo he sacao de mi propia cabeza.

No le mandé á escarbar cebollinos al alcalde, porque como es hortelano, maldita la mella que le hubiera hecho. Además, comprendí que no debía malquistarme con la primera autoridad local, y aunque renegué de su ocurrencia, le hice el brindis y, llegada la ocasión, el hombre de las borlas se lo espetó al diputado lo mismo que un papagayo de huerta.

***

—¿Qué tal, *señá* Mónica?

—¡Ay Juanito! ¡*Carcula* tú cómo estaré!

—Ya supe que había usted enviudado.

—Sí, hijo mío, sí. ¡Pobre Sinforoso! El dos de Mayo estiró la pata y desde entonces no sé lo que es de mí!

—¡Vaya por Dios! Ea, no llore usted. ¿Y de qué murió?

—De un caracólico.

—¿Cómo?

—De un cólico de caracoles. Se conoce que le clavaron los cuernos en el estómago y el pobrecito no pudo con tantos.

—Dios le haya perdonado.

—Parece mentira que se haya muerto un hombre que tocaba tan bien la bandurria!

—Y que además me había visto nacer.

—En fin, ya no podemos hacer más que llorarle y levantarle en el cementerio un *tumulto* de piedra con un ángel arriba y un *pitafio* grabao.

—(¡Ay Dios mío de mi alma!)

—¿Qué te parece?

—Que con el ángel tendrá bastante.

—No creas, que bien me he acordao de ti; porque tú pa los *pitafios* te pintas sólido, y ya que estás aquí, me vas á escribir uno pa *escupirlo* después en la losa.

—¡Pero *señá* Mónica!... ¡Si yo no hago más que versos alegres!

—¡Toma! ¿Pues no era el que pudre más alegre que unas castañuelas?... ¡Bien estaría que plantáramos encima un pitafio tristón!... Nada, nada; no hay escape. Mañana me enjaretas unas seguidillas pa la tumba de mi Sinforoso.

—Señá Mónica... no la doy á usted palabra...

No la di palabra... Pero la di el epitafio... ¡Qué remedio! La pobre mujer me había criado, como quien dice, y era el primer favor que me pedía... Total: que hoy, gracias á mi acomodaticia musa, está en su sepulcro el difunto Sinforoso con unas seguidillas mías encima del vientre, tan orondo y tan *tieso*...

***

—Hola, Roque.

—Felices, don Juan.

—¿Sigue usted en la parroquia?

—Sí, señor; seré sacristán hasta que me muera.

—Bueno, hombre.

—El caso es que si hubiera sabido que iba usté á venir no le hubiera escrito ayer.

—¿Pues qué se le ofrecía á usted?

—Poca cosa, don Juan. Mi hija Paca ya es moza.

—Por muchos años.

—Y no es que sea hija mía, pero está tan fresca como una rosa, y la tira el teatro desde que echó los dientes. ¡Si la oyese usted *reclamar* comedias! Todas se las sabe de memoria y está deseando salir á las tablas y hacerles piezas á los autores.

—(¡Ave María Purísima!) Pues lo que es por mí...

—Realmente el objeto de mi carta era pedirle á usted que la escribiera un *monóculo* en verso para que se presentase al público.



NOTA ARTISTICA, por A. ROMEL.

—(¡Cielos divinos!) Corriente. Para el invierno, que cuente Paquita con el monólogo.

—¡Quiá! En cuanto Paquita sepa que está usted aquí, no le dejará en paz hasta que lo haga usted.

—¡Pero si vengo á descansar, amigo Roque!

—¡Bah! Eso lo hace usted por debajo de la pata! Además, en cuanto usted la vea y ella le mire á usted como sabe y le dé cuatro achuchones, que me corten la cabeza si no lo hace usted enseguida.

¡Qué quinqué tenía el sacristán! ¡Qué pronto quebranté por Paquita mi propósito de no hacer versos! Por supuesto, que cualquiera lo hubiera quebrantado. ¡Era mucha mujer aquella!

***

—Don Juan, felices tardes.

—Muy buenas, Raimundo. ¿Y esa tienda?

—Prosperando. Cada año vendo alguna cosa nueva. ¿Recuerda usted que el año pasado despachaba pan y botijos, tostones y zapatillas, escabeche y papel sellado?

—Sí, por cierto.

—Pues ahora vendo además aguardiente y chalecos de Bayona.

—Me alegro... Pues... nada, á seguir prosperando.

—Gracias... Ah, luego recibirá usted una lata.

—¡Hombre! ¿Va usted á ir á visitarme?

—No, me refiero á las latas de pimientos. Acaban de llegar de la Rioja y necesito que todo el mundo lo sepa.

—¡Bravo! Pues... que lo sepa todo el mundo. Vaya, abur.

—Escuche usted, don Juan.

—(¡Adiós mi dinero!) ¿Qué hay?

—Que voy á pedirle á usted un favor.

—Sí, ¿que le pague la cuenta del año pasado? Pues ahora me es imposible, amigo Raimundo.

—No, si ahora se trata de otra cosa. Para anunciar el género que acabo de recibir, le he pedido al boticario unos versos y me ha escrito este papelito:

(Leyendo). «Sulfato de quinina»... No, no es este. Usted perdone. Están al dorso de la receta y dicen así:

«¡Atención, padres é hijos!
¡Nadie huya, ni se encoja!
¡Venid todos muy prolijos
á comprar los pimientos de la Rioja!»

Esto, como usted ve, no está mal; pero yo creo que usted lo haría un poco mejor. Cuatro versitos de usted los agradecerían tanto los pimientos como los vecinos; conque... ¡Por Dios, don Juan!...

¿Quién se iba á negar á un inglés rústico, sin exponerse al abono forzoso de la cuenta? ¡Claro! al día siguiente ostentaban las latas de Raimundo un cartelito en verso de mi propia cosecha.

¡Haga usted propósitos! ¡Busque usted descansitos en la aldea!

***

—¡Adiós, don Juan!

—Hola, señor maestro!

—¡Hombre, celebro encontrarle!...

—¿Pues qué pasa?

—Mi señora tiene un álbum...

—¿Sí, eh? Pues yo tengo otro.

—¿Otro?

—Sí, señor; con una sola hoja, que dice.

«Antes me hacen picadillo que escribir más versitos en Valderretrué canos. Me vuelvo á Madrid en gran velocidad.»

. . . . .

Y en Madrid estoy otra vez.

Y el pobre dómine se quedó con el álbum cerrado y la boca abierta.

¡Siempre se rompe la soga por lo más delgado!

Respecto á mí... Ya descansaré de versificar cuando me muera... ¡si puedo!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

SABIDURÍA ÁRABE

FACETA

Cuando el simún levanta una arista del suelo, nadie sabe adónde la arista irá á parar. Cuando un hombre confía á la mujer un secreto, no puede saber á qué oídos llegará el secreto.

Omar ben Usein, uno de los varones más justos que acataron los preceptos del Koran, uno de los guerreros más valientes que ciñeron cimitarra, el jinete más hábil é incansable que apretó los flancos de una yegua de la tribu de Koreichi, tuvo, sin embargo, una debilidad en su vida. Enamorado perdidamente, cuando era muy joven, de una mujer que vivía cerca de su propia morada, no sabiendo cómo obtenerla, pues Hassan ben Luid no quería venderla, un día la robó, hiriendo á Hassan, matando á dos de sus más fieles servidores. La fechoria se achacó á unos beduinos y nadie molestó á Omar ben Usein.

Pero un día, enamorado de su esclava Leilah, confesóle su maldad, sin saber por qué, quizá obedeciendo á los mandatos de Eblis, que tienta á los hombres para perderlos. Y Leilah, que amaba á Omar como sólo debe amarse á Allah — ¡bendito sea su nombre! — sintió celos, celos que le roían el alma, celos de aquella esclava que ya no vivía, pero que había poseído todo el amor de su dueño. Y como, cuando una mujer está celosa parece poseída por las furias que no perdonan, Leilah contó á Hassan cuanto Omar le había dicho, y Omar murió á la noche, atravesado el corazón por un yagatán de azulada hoja.

Cuando sopla el simún, la arista que levanta no sabe adónde irá á caer; cuando confías un secreto á una mujer, cuida de que ese secreto no cause tu perdición.

* * *



MTRO. BUENAVENTURA BAYONA.
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.



PASÓ fugaz ante nuestra vista la encantadora Primavera, llena de luz, de armonías, de colores, impregnada de efluvios de vida y repleta de flores y pájaros.

Aquellas hermosas mañanas, dulces y suaves como la sonrisa de una virgen, y las noches, alumbradas con su luz poética y misteriosa reverberando en los riachuelos y haciendo prodigios de sombra en los setos llenos de rosas, se hundieron en el ocaso de nuestra existencia, dejándonos grato recuerdo y ansias inacabables de volverlas á gustar.

Cruzó así mismo por delante de nosotros el verano, la estación reina, el *fiat-lux* de la creación; la realización de todas las promesas ofrecidas por la Naturaleza durante un año; el logro supremo; el *fruto*, en fin, ofrecido á las manos del hombre, en justa recompensa de sus trabajos, afanes y sudores.

También se perdió á nuestros ojos, con sus miriadas de insectos, sus verbenas, sus bailes al aire libre, y sus obligadas campañas de balnearios y de excursiones.

Todo ha cambiado; el imperio del Otoño ha empezado á regir. Estamos bajo su influencia, y así nos lo anuncian las primeras rachas de frío que nos envía nuestra hermosa y nevada sierra.

El cielo va tomando por mañana y tarde tonos grises, que después conviértense en pabellones de púrpura y escarlata, para dejar paso al azul purísimo, orlado de nubecillas blancas ó nacaradas.

Las flores de verano vanse tornando mustias y enfermizas, como si se sintiesen atacadas de la anemia universal que ya nos amenaza y se filtra en nuestro sér.

Cruje de vez en cuando el cordón de San Francisco, y á su influjo chirrean las veletas con áspero y lastimero quejido, cual si anunciasen la triste estación que se avecina. Los maizales se tornan de verdes en amarillentos y cárdenos.

Las hojas caen de los árboles y ruedan temblorosas girando sobre sí mismas, impulsadas por el viento que ya no las abandonará, hasta que encuentren sepultura en el fondo de algún cauce, ó sean arrastradas por la impetuosa corriente de los arroyuelos, convertidos momentáneamente en infantiles ríos.

La lluvia resuena melancólicamente sobre la arboleda y las gotas, prendidas en las hojas, aún verdes, semejan perlas engarzadas en esmeraldas.

Todo anuncia que la Naturaleza va á morir, ó cuando menos á entregarse á un sueño parecido á la muerte.

Gruesa y matizada alfombra de hojas secas, simulando figuras y mosaicos, tapiza los bosques; en las arboledas y enramadas toman los árboles y arbustos indescriptible variedad de matices, impregnados de sugestiva poesía; vense hojas de oro que tiemblan en el aire y giran lentamente, ora bajando, ó subiendo de pronto en rápido vuelo, cual almas de seres irreflexivos que fluctúan entre el cielo y la tierra; hojas naranjadas y que se transparentan cual si fuesen luminosas, amarillas, rosáceas, grises y azuladas, iluminadas por cintas y festones de vapores que van prestándoles gradaciones de incomparable belleza.

Los pájaros, esos amigos del alma, lanzan agudos chillidos y buscan, ansiosos, refugio contra la inclemencia del tiempo.

Todo esto es bello, subgetivamente hermoso; y sin embargo, ¡con cuánta tristeza ven llegar esta época las almas doloridas! Noviembre, mes dedicado á los que ya no existen; nos trae revueltos en sus girones de nieblas obscuras, cual flotantes crespones, los recuerdos de las personas que amamos y nos acompañaron en este espinoso sendero de la vida, y que ya desprendieron sus almas de la carnal envoltura y volaron hasta el Trono del Señor, para rogar y pedir por nosotros.

El ronco doble de las campanas con sus dejos lastimeros, parece plegaria infinita, elevada al cielo por todos nosotros, y el alma siéntese, en estos días, llena de una dulce melancolía, y como arrobada en misterioso éxtasis; sintiéndonos por momentos más cerca de la verdad suprema, y más y más alejados de las mentiras, vanidades y soberbias que arrastra el mundo en su inmenso huracán, donde hierven las pasiones, las envidias, las concupiscencias y la hipocresía.

Todo esto, sin embargo, es necesario; todo es preciso para la universal armonía: sin Otoño no habría Invierno, y sin que precediese la época de los hielos y los fríos, no vendrían las estaciones de la luz, el sol y los calores; de este modo siempre vivimos con la esperanza y la fe en el corazón, ansiando lo que no tenemos, para luego volver á desear aquello que derrochamos á manos llenas.

Y así nos vamos acercando al fin de esta materia deleznable que nos envuelve; sentimos aproximarse el ocaso de nuestra vida, y vemos que llega el terrible momento de penetrar el gran misterio de la muerte; única manera de descifrar el insondable arcano, desesperación de sabios, teólogos y filósofos.

Hay, no obstante, seres felices que miran todo esto con indiferencia, que nada les importan las grandes conmociones del alma y la naturaleza, y que, fijas sus miradas sólo en los goces materiales, van girando como autómatas en este gran concierto universal.

¡Felices los que viven en eterna Primavera!

¡Desgraciados aquéllos para quienes la vida es un Otoño perpétuo.

MIGUEL ALDERETE GONZALEZ

Orla de G. CAMPS

¡JESÚS!

Todo lo perderé, con la sonrisa
en el labio, Señor, si tú me ayudas,
¡menos la fe á tu voluntad sumisa!
¡menos las cuerdas de mi lira rudas!
Para el bien que tú has hecho, la alabanza,
tendrá mi labio reverente y suave:
¡los dardos del castigo y la venganza
para el malvado que ofenderte sabe!
Para tu santo amor será mi musa
el ruiseñor que en la espesura canta;
para la obra del Mal, una Medusa
con veneno de sierpe en la garganta.
O mátame, Señor, ó dame bríos:
mi amor es tuyo, mi odio de los malos;
me ciño hasta vencer, Señor, Dios mío,
la simbólica argolla de los galos.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

MISTERIOS

SONETO

De la cuerda se ahorcó de una campana,
en cierta torre, sacristán impío,
torre que, como mástil de un navío,
se alza ruinosa á la ciudad cercana.
¿Cuál fué la causa de la muerte insana
del pobre sacristán del cuento mío?
Secretos son que descifrar no ansío;
consejas mil os la dirán mañana.
Cuando el otoño la hojarasca barre,
cuando, inebriadas de infernal verbena,
las brujas regocijan su aquelarre;
se agita la tormenta, como un reto,
y á media noche la campana suena,
sirviendo de badajo el esqueleto.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

EVOCACIÓN

Te recuerdo cual eras por entonces.
Ya mujer; sin candores; sin deseos.
E. cálculo entre mármol escondido.
Cuerpo de virgen. Corazón de viejo.
Todos en esta vida algún instante
tenemos mucho de inocente ó necio...
cuando en una mujer de hermoso barro
queremos ver un ángel de los cielos.
Iluso fuí. Te perseguí anhelante
y tú me despreciaste... y hoy me alegro;
que, al recobrar el juicio, viendo claro,
pude verte cual eres... y te temo.
Creí morir entonces, al mirarme
despreciado por ti, y hoy que te veo
sin espejismos, clara, transparente,
si me hablaras de amor, tendría miedo.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

DON JUAN DE AUSTRIA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Este augusto bastardo es en el reinado de Felipe II el rayo de luz que la Providencia envía para iluminar aquella tenebrosa y horrible noche.

Nacido del emperador Carlos V y de una joven de Ratisbona, llamada Bárbara Blomberg, hija de un ciudadano particular de Ratisbona que se mantenía de su hacienda, vió la primera luz en la dicha ciudad y año de 1546.

Confiado por el emperador á su mayordomo don Luis Quijada, señor de Villagarcía, *su mayor confidente*, fué educado en Leganés, cerca de Madrid, recibiendo las mismas lecciones que los otros niños del pueblo, del clérigo Bautista Vela, sin que nadie sospechara su alta cuna.

Más tarde, y siempre por indicación de su padre, fué enviado á Villagarcía, al lado de la esposa de Quijada, doña Magdalena de Ulloa, hermana del marqués de la Mora y señora de tan severa virtud como altos talentos.

Aquejado por el ansia de verlo, hizo el emperador que se lo llevaran á Yuste, cuando ya el César se había retirado del mundo, abdicando sus coronas en su hijo primogénito Felipe II, y en su hermano Fernando; presentándole Quijada como un paje suyo.

Profundamente impresionado quedó Don Carlos al ver la gentil apostura y rara discreción de aquel niño, sangre de su sangre, que debía heredar su genio y superar sus hazañas.

En 1559, y cuando Don Juan contaba trece años, muerto ya el emperador, llamóle Don Felipe al Monasterio de la Espina, donde Quijada, ya prevenido para el caso, le presentó, besando su mano de rodillas; los nobles le prestaron pleito homenaje, y el Rey, ciñéndole la espada y colgándole al cuello el Toisón de Oro, le dijo.

—«¡Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V, que en el cielo vive, fué mi padre y el vuestro.»

Don Juan escuchó semejante declaración con la sorpresa y el gozo que puede imaginarse.

Una vez en la ciudad de Valladolid, donde entonces residía la Corte, Don Felipe le puso casa, nombrándole por ayo á don Luis Quijada.

Pero aquel Rey suspicaz no podía ver con buenos ojos las simpatías y el cariño que todos mostraban á Don Juan, y decidió que su hermano entrara en el sacerdocio, pidiendo para él al Pontífice (1574) el capelo de cardenal. Al saberlo Don Juan, protestó de ello, asegurando, que *antes se quitaría la vida que saber que otro hombre amaba la gloria más que él*.

¡Era la sangre del emperador la que hablaba por su boca!

Conocedor de la empresa que se proyectaba en socorro de Malta, partió para Barcelona, sin consultarlo con nadie, seguido de muchos jóvenes caballeros que le adoraban por sus elevadas prendas y su esforzado corazón, alcanzándole en Montserrat un correo con la orden de su hermano de regresar al momento. Obedeció Don Juan, pero á condición de trocar el capelo por la espada.

Nombrado almirante general de una armada que debía librar los mares de Levante de los corsarios berberiscos, empezó Don Juan aquella serie de triunfos que sólo debían acabar con su vida.

Según Bentivoglio, en sus *guerras de Flandes*, ilustró su nombre con tres grandes empresas. Venció á los moros de las Alpujarras, apenas salido de la infancia; humilló á los turcos en Lepanto, apenas entrado en la flor de la juventud; y reprimió á los flamencos, con la maestría de un viejo y esforzado capitán.

De estas empresas, la más gloriosa es, sin duda, la victoria de Lepanto.



PRESENTACIÓN DE DON CARLOS DE AUSTRIA AL EMPERADOR CARLOS V, EN YUSTE

Cuadro de E. ROSALES — *Fot. Laurent y C.ª*



Los otomanos se habían apoderado de la isla de Chipre, y sus progresos en las costas del Mediterráneo tenían justamente alarmada á la cristiandad. El pontífice Pío V, predica contra ellos una cruzada. Felipe II, Venecia y el Papa forman una liga y reunen una poderosa escuadra en el puerto de Mesina, á cuyo frente colocan á Don Juan de Astria, que sólo contaba veintiséis años. La flota otomana, mandada por el terrible Alí y reforzada con todos los corsarios del Africa, sale de Constantinopla, pasa el Helesponto, y penetra en el golfo de Lepanto ó de Corinto.

El 7 de Octubre de 1571 se avistaron las dos escuadras. Ante la superioridad de los otomanos, Doria, Ascanio, la Corna y Veniero, tan bravos marinos, como valerosos soldados, se muestran temerosos, pero Don Juan, lejos de intimidarse, les dice:—«Señores, ya no es hora de aconsejar, sino de combatir»; — y dirigiéndose á los italianos les excita, con varonil arranque á vengar sus mujeres deshonradas y sus hermanos esclavos. A seguida se encara con los españoles, y con creciente entusiasmo, exclama: — «¡Hijos míos, á vencer hemos venido, ó á morir si Dios lo ha dispuesto! No dejéis que vuestro arrogante enemigo os pregunte: *¿Dónde está vuestro Dios?* Pelead con fe en su santo nombre, y muertos ó vivos gozaréis de la inmortalidad».

Y el triunfo fué suyo.

La victoria de Lepanto fué el triunfo de la cruz sobre la media luna, de la cristiandad sobre el islanismo, de la civilización sobre la barbarie.

Aquejado de unas calenturas, falleció Don Juan de Austria en el campo atrincherado de Namur, el 1.º de Octubre del año 1578.

No faltan historiadores que creen que Don Juan pereció envenenado por su hermano Felipe II, celoso de sus prestigios, y temeroso de sus glorias; y para ello se fundan en que el ingeniero Cerbellani, que enfermó de las mismas calenturas, se salvó, siendo un viejo; en que poco antes de morir fué sorprendido un titulado Mors de Racleff, que se le había presentado en nombre de su hermano, y al que se le encontró una daga envenenada que, en el tormento, dijo guardaba para él; y en el alevoso asesinato en Madrid, por orden del Rey, de su secretario Juan de Escobedo. Su muerte causó tan profundo dolor en el ejército, que españoles, alemanes y flamencos, se disputaron la honra de conducir la caja mortuoria, teniendo que ordenar Alejandro de Farnesio, su sucesor en el mando, que la llevasen por turno, *para que todos disfrutasen de este honor*.

De la iglesia Mayor de Namur se trasladaron sus cenizas al panteón del Escorial, en el mes de Mayo de 1579.

El eminente y malogrado pintor Rosales, de quien ya nos ocupamos al publicar su cuadro *El testamento de Isabel la Católica*, eligió el momento decisivo de la vida de Don Juan: la presentación al emperador su padre, para pintar la joya, que de tal puede y debe ser calificada la nueva obra que hoy reproduce el ALBUM SALÓN, y que el marqués de Portugalete, tan entusiasta por las glorias patrias, se apresuró á adquirir; cuadro hermosísimo en que no se sabe qué admirar más, si la feliz disposición de las figuras, ó la expresión de los personajes, sobre todo la del emperador y la del futuro héroe de Lepanto, de las Alpujarras y de Gemblours.

El célebre historiador Vander Hammen, en el libro que le consagró, escribía: «Fué Don Juan de Austria, de temperamento sanguíneo; gallarda presencia; algo más que mediana estatura; inclinado á lo justo; de agudo ingenio y buena memoria; alentado y fuerte; ligero, agradable y cortés; gran honrador de letras y armas; la frente varonil, clara y espaciosa; los ojos grandes, despiertos y garzos; hermoso rostro y poca barba; lindo talle y airoso; liberalidad en acciones y palabras, leal en las promesas; fiel en servir á su hermano; celoso de la religión católica; constante en los casos prósperos y adversos; experimentado en la milicia terrestre y marítima. Presentábase á los soldados con afabilidad, y ordenaba con agrado, hablándoles á cada uno en su lengua materna.» Lope de Vega le dedicó este epitafio, que honra por igual al poeta y al guerrero: *Hízome eterno Lepanto; — mozo he muerto, viejo fuí, que al mundo en un tiempo di — lástima, envidia y espanto.*

E. RODRIGUEZ-SOLIS

Cabeza de estudio de E. ALVAREZ DUMONT.



Cuadro de Gaspar Camps



DOS CEMENTERIOS

Todo lo que tiene de triste, lúgubre y misterioso el cementerio antiguo de Barcelona, tiene en cambio de bello, de poético y de artístico, si se me permite la frase, la nueva necrópolis de esta populosa ciudad que desde el mar pretende escalar el Tibidabo, el legendario monte que admira á sus pies importantes villas y ciudades, la costa de levante, la ribera del Llobregat, y en días hermosos y serenos saluda á los nevados Pirineos y á las ensalzadas islas de Mallorca.

Una apacible mañana del día 2 de Noviembre, el día en que la iglesia conmemora á los fieles difuntos; el mes de los recuerdos tristes, de los aparecidos, de las almas en pena, de las supersticiones, en que el viento arrastra las últimas flores y empiezan las primeras nieblas; dirigí mis pasos al cementerio nuevo, en donde yace el polvo de tantos seres queridos que no olvidaré jamás.

Aquella vasta necrópolis, reclinada al pie de la montaña de Montjuich, el monte de los judíos, es un vasto jardín limitado por el mar Mediterráneo, siempre azul y transparentísimo, que, de noche, con el continuo murmullo de sus olas, parece arrullar el sueño de los que fueron, y ser monótono acento el de la eternidad. En aquel jardín babilónico, escalonado en la montaña, se admiran artísticos panteones, bellísimas estatuas; elegantes capillas edificadas entre rocas; sepulturas egipcias de la Edad Media; sarcófagos, modestos nichos y muchas flores, cipreses con la punta vuelta al cielo, como diciendo al alma: espera; pomposos sauces, que parecen añadir: reza y llora; y por doquier la verde yedra, extendiendo sus brazos, emblemas de cariño y de amistad.

Removed el polvo de aquellos sepulcros y daréis con los despojos de mil seres conocidos que acabaron para siempre su misión entre los vivos. La inteligencia, el trabajo, la religión, la hermosura, la virtud, el vicio, el valor, la hidalguía y la abnegación yacen allí confundidos, en la zanja común ó por separado, en costosas sepulturas.

En ellos he leído los nombres de esclarecidos patricios que los han legado á la posteridad. Enumerarlos todos es tarea árdua y poco menos que imposible. Con lágrimas en los ojos leí los epitafios de José Valero, aquel actor eminente que subyugaba y enloquecía al público, que bajó al sepulcro, cubierto de canas, cargado de laureles y luchando con la miseria después de una larga existencia consagrada al arte y al trabajo; de Rius y Taulet, el alcalde que más se ha desvelado por su amada ciudad, que la dotó de hermosas vías, monumentos, palacios, parques y jardines, y á cuya iniciativa se debió la Primera Exposición Universal que hubo en España; de Fermín María Alvarez, el elegante é inspirado compositor de romanzas españolas que no tienen rival; de Eusebio Planas, el simpático y popular dibujante de novelas y almanaques; del genial Oms, uno de nuestros mejores escultores; de Luis Carreras, crítico y literato; de Rosendo Arús, que dotó á Barcelona de una magnífica biblioteca; y el del pintor Juan de Guzmán, que dejó su poético nido en las riberas del Darro, para morir en las calles de esta capital.

Abandoné con pena aquel silencioso recinto, inundado de luz, y habiéndome propuesto consagrar por completo aquel día á los difuntos, tomé de nuevo asiento en el coche que me aguardaba junto la verja del cementerio y me trasladé al de San Gervasio de Cassolas, situado en la falda del Tibidabo y junto las ruinas que fueron un día castillo de *Bellesguart;* sitio de recreo de los condes y reyes de Aragón.

Es un cementerio pequeño, limpio, modesto, y desde él la vista se extiende y se dilata gozando de un hermoso panorama. Aquella tarde lo invadía una enlutada multitud que lo recorría en todas direcciones. Todos los nichos ostentaban coronas y farolillos, y por doquier se oían sollozos y oraciones. Allí también reposan seres ilustres de inmarcesible memoria. El elegante historiador y publicista don Juan Cortada; la célebre contralto D'Angri, de inimitable voz; Matilde Díez, gloria y orgullo de la escena española; Balbina Pi, la aplaudida dama joven del teatro catalán, y otros que no recuerdo en este instante.

Allí también van á parar todas las clases sociales. Allí la vanidad ha levantado artísticos panteones y elegantes sepulturas. ¡Ay! También aquellos despojos amaron, lloraron, crearon, se lanzaron á grandes empresas ó pasaron desapercibidos por el mundo. También los que allí yacen aguardan la apocalíptica voz de la trompeta, llamándoles á juicio ante el Dios que creó la luz y analiza el fondo de los más recónditos sepulcros.

Francisco GRAS Y ELÍAS





† ARSENIO MARTÍNEZ CAMPOS

Fot. Napoleón

LOS MILAGROS DEL PROFETA

(TRADICIÓN ÁRABE, CORREGIDA Y AUMENTADA.)

Hace unos cuantos años, no puedo precisar el número, pero sí que son muchos, en una tarde de los primeros días claros, ardorosos, brillantes y azules del mes de Julio, reinaba en el zaqui-zami de Mohamed-Sellah agitación y movimiento extraordinarios.

Enclavado en uno de los más populosos aduares marroquíes, su enjabelgado exterior, de deslumbradora blancura, le daba el aspecto de un enorme copo de nieve, que no podían derretir los rayos del sol africano.

Pero ¡ay! que jamás la nieve había descendido sobre aquellos lugares, cuyo suelo parece despedir fuego, como los ojos de sus mujeres; y para ser más oportuno en mis comparaciones, he debido decir que la vivienda del siervo de Mahoma, parecía una choza de pueblo castellano, envuelta en un blanco albornoz.

***

Los grandes y majestuosos barcos de una compañía inglesa esperaban en Mogador el momento solemne de levar anclas y cruzar las agitadas ondas con rumbo al Cairo, desde donde la masa de peregrinos árabes que á bordo de aquéllos iban, se dirigiría á cumplir la devoción, impuesta por el Koran, de visitar en la Meca el sepulcro del Profeta, y poder esperar de tal suerte, hecho un perfecto *hadj*, la ocasión propicia de tomar posesión del paraíso ofrecido, lleno de huríes, pomas y flores.

Mohamed-Sellah, estaba próximo á cumplir los treinta años, edad precisa para realizar la peregrinación, y no había de dilatar, puesto que caudales tenía para ello, el cumplimiento del sagrado mandato.

Y éste y no otro era el motivo de la agitación que en la citada fecha se observaba en el zaqui-zami enjabelgado y reluciente de Mohamed-Sellah.

***

En todo el Imperio se recuerdan aún las fiestas que precedieron y acompañaron la boda de la hermosa Amina, prototipo encantador de la mujer africana.

Cuando, por primera vez, la nube que entoldaba el sol de su cara cayó ante el joven Mohamed-Sellah, pudo éste convencerse de cuánto habían acertado sus padres al elegirle, según costumbre de raza, la estrella de su hogar; cuán pocos eran, para lo que se merecía, los tapices de Rabat, los almíbares y vestidos llenos de galones de oro y plata, los pañuelos listados con mil colorines, las frutas secas y chales esplendorosos que había rendido á sus plantas, y cuán pequeñas fueron las enormes cargas de pólvora que, pregonando sus gracias, se habían corrido en su honor.

Aquel nido de amor, podía asegurarse que en nada se parecía á las demás casas morunas, sus compañeras. Con ella, la hermosa Amina logró conquistar toda la supremacía de la mujer europea, y allí no imperaba más luz que la de sus ojos, más voluntad que la suya, ni más pensamiento que los que se cernían debajo de aquella ondulante cabellera de azabache, con tornasoles azulados, como los plumajes de los pájaros.

En medio de aquella placidez oriental, faltaba, no obstante, algo; faltaba un retoño de aquel arbol corpulento que perpetuase la dinastía de los Sellah, célebre por sus bizarrías militares en las frecuentes y tradicionales guerras intestinas, que son como la nota característica de la vida de los indolentes mahometanos: un niño de quien hacer un nuevo creyente en la doctrina de los almohades.

La divina voluntad del Profeta podría, sin duda, triunfar de la naturaleza estéril, y seguramente no habría de ser indiferente á los ruegos que un peregrino le hiciera. Y resignado con su suerte; con el pensamiento fijo en la ley de Mahoma; esperanzado con la certeza del triunfo, y con el alma en los ojos de Amina, partió para la Meca, en uno de los buques ingleses, el grande, el terrible, el hermoso Mohamed-Sellah.

***

La expedición religiosa del creyente duró cerca de un año; en cuyo tiempo sufrió penalidades sin cuento, y más de una vez estuvo á punto de perder la vida. Todo lo daba, no obstante, por bien empleado.

¿Qué pasó en el interregno, en el palacete enjabelgado de blanco?

Las murmuraciones populares dicen que un morazo de un aduar fronterizo conoció en la Mezquita, durante la noche del 27 del mes de Ramadán y antes que el cañón anunciase la nueva luna y la Pascua, á la sin par Amina, quien, por su parte, cedió tan fácilmente á aquellos criminales halagos, que, al regresar Mohamed de la tierra, para él santa, pudo ver con sorpresa, que había el Profeta realizado, más rápidamente de lo que hubiera querido, el milagro que sus ansias solicitaron en favor de un vástago que continuase las gloriosas tradiciones de la invencible raza de los Sellah.

Si el mundo se hubiera desplomado sobre la cabeza del viajero, seguramente no le hubiera producido sensación mayor que la que le causó aquel milagro tan rápidamente y en circunstancias tan anormales concedido.

Creyendo que Mahoma se había excedido en la satisfacción de sus peticiones de una manera bastante turbia para su tranquilidad, iba ya con el su alfanje curvo y adamasquinado á segar de un tajo la cabeza de aquella mujer, que se ofrecía como víctima propiciatoria del poder del Profeta, cuando, arrojándose á los pies del marido ultrajado, le detuvo el golpe, diciéndole entre sollozos:

—Alah es grande y no consentirá que se me mate sin oirme. Con tu ausencia, lo inesperado, lo anómalo, lo imprevisto; una horrible nevada cubrió nuestra casa.—«¡Milagro!» —grité yo,—y concebí este niño que no tiene otro padre ¡créeme! que la nieve.

***

Pasaron unos cuantos años.

El hijo de la nieve iba redondeando su hermosura, que en verdad no se asemejaba ni á la de Mohamed-Sellah, varonil y cetrina, ni á la de Amina, bronceada y sedosa... ni á la de la nieve, de blancura ofuscadora.

***

Quien hubiera deseado hacer el retrato plástico y carnal de esa abstracción que se llama rencor africano, no habría tenido más que fijarse en Mohamed. Este, desde su regreso de la Tierra Santa y conforme, aparentemente, con la voluntad del Profeta y el poder sobrenatural de la nieve, no volvió á hablar más del asunto que constantemente le roía las entrañas y le destrozaba el corazón.

Pero una tarde de los primeros días, claros, ardorosos, brillantes y azules del mes de Julio, Mohamed



bajó hasta las orillas del mar á despedir á una nueva expedición de peregrinos para la Meca, que conducían unos barcos ingleses, prolongando después su paseo vespertino, en compañía del niño nacido tan prodigiosamente, hasta las murallas de la población; y ya las estrellas temblorosas empezaban á fulgurar en el limpio cielo de Marruecos, cuando el rencoroso moro penetraba, completamente solo, en su zaqui-zami vestido de blanco, sin preocuparse en limpiar de su alfanje curvo, unas manchas sanguinolentas.

—¿Y el niño?—preguntó angustiadamente Amina, presagiando alguna catástrofe.

—¿Qué niño?

—Nuestro hijo.

—¡Ya! ¿El hijo de la nieve?—replicó Mohamed, con musulmana tranquilidad.—¡Con el sol de esta tarde, se ha derretido! ¡Estaba escrito!

Carlos OSSORIO
Y GALLARDO

Ilustraciones de A. Seriñá.

EL TIEMPO

¿Quién te detiene á ti? ¿Quién tu carrera
logra precipitar? Mudo, insensible,
haces rodar la esfera,
fundiendo lo tangible en lo intangible.
Artífice orgulloso, te complaces
en deshacer sin tregua lo que haces.

Todo á tu impulso fecundante brota;
todo también á tu segur se inclina,
por dura fuerza ignota:
¿Por qué nos das el alba purpurina,
si has de enviar después la noche obscura
á robar por completo su hermosura?

Esfinge, eres la puerta y el lindero,
el crisol de los mundos y los seres.
Mas el hombre, altanero,
á burlarte aprendió cuando le hieres;...
que ante tu despiadada omnipotencia
puso un rastro inmortal: la inteligencia.

Camelia COCIÑA



ALREDEDORES DE ELCHE (Valencia)

O. GARÍ



¡TRISTE I

TORRENT



...VENTARIO!

LA CANCIÓN DEL ORO

(FACETA.)

Yo soy frío, frío como la muerte; duro, duro como el corazón del malvado. El rojo color que me enciende es reflejo de las malas pasiones que despiertan mi posesión y mi privación.

»Por Mí, las humanidades pasadas y presentes han cometido crímenes á millares; por Mí, los cometerán las humanidades futuras

»Para poseerme, los padres han ahogado á sus hijos, los hijos han hecho correr la sangre de sus padres, los hermanos han dejado morir de hambre á sus hermanos, el marido ha vendido á su esposa, la mujer ha escarnecido la honra de su esposo.

»Por Mí, el soldado fué perjuro á sus banderas, el mal apóstol vendió á su Maestro, las vírgenes perdieron su palma, el comerciante su honra, el juez su dignidad.

»Yo mando sobre todas las conciencias; yo avasallo todas las voluntades; yo profano los sepulcros y deshonro la memoria de los que fueron ó convierto, á voluntad, en héroes á los pilletes.

»Donde aparezco, brillo; cuando brillo, deslumbro; donde quiera que deslumbro, venzo.

»La Bondad, el Valor, la Virtud, de Mí necesitan. Si me desprecian, quedan ellos mismos obscurecidos.

»Yo brillo en el pecho del guerrero, en el pectoral del obispo; sobre mi cuerpo levanta el sacerdote el Cuerpo y la Sangre divinas.

»Soy el alma del mundo; soy el Poder, soy la Fuerza. Donde yo aparezco, venzo; á quien quiero dominar, domino.»

PARA QUÉ SIRVE EL ORO

Oyendo la canción insolente del Oro, no pudo contenerse el Amor y dijo así:

«Nunca mi dueño fué el Oro. Si alguna vez se acerca á mis amados, yo me aparto de ellos. Siento por él invencible repugnancia. La Juventud, la Inteligencia, la Bondad y el Valor son mis dueños. A veces, hasta la Compasión me vence; pero, nunca, jamás me venció el Oro».

Y al oir la protesta del Amor, la Juventud se expresó de esta manera:

«Yo, que soy la Generosidad, la fuerza viva del mundo, la esencia de la especie, nunca me rendí al poder del frío metal. El fulgor que irradia de Mí, ofusca su brillo; donde yo estoy, no se atreve á aparecer el Oro».

La Experiencia, entonces, contó lo que una vez ocurriera:

«Erase un avaro malvado que jamás había dado hospitalidad á nadie ni había hecho limosna ni gastado una parte del Oro que de los demás exprimía, en satisfacer sus caprichos. Mal corazón y mala fama tenía; pero buena, buena provisión de monedas. Un día, tuvieron que emigrar todos los vecinos del avaro y el avaro mismo, porque una peste sin misericordia mataba á la gente como moscas. Unos llevaron consigo la Fuerza, otros la Resignación, los más afortunados la Esperanza, cuáles la Juventud, algunos fiaron en Mí: el avaro llevó consigo el Oro. Para llegar á la ciudad más cercana, fuerza les era atravesar el desierto. Los que tenían por sostén á la Juventud, la Bondad, el Amor, la Fuerza, la Resignación, la Esperanza, atravesaron ligeros el mar de arena. En sus oleadas quedó sepultado el avaro, que no pudo con el peso del Oro.

«¡Ya véis para lo que éste sirve!»

* * *

SOR CECILIA

Cuando pienso en las largas horas fastidiosas que pasé en el Hospital, viene á mi memoria el recuerdo grato de Sor Cecilia, la preciosa hermana de la caridad que con un cuidado materno me atendía, mientras deliraba, víctima de la fiebre, y que después, en la larga convalescencia, trataba de distraerme con su charla siempre franca y alegre.

Pienso en ella y me parece que aún la miro con su pesado traje azul de lana, caminando con paso pudoroso y entrecortado, tratando de evitar que sus enormes zapatos de gruesa suela hicieran el menor ruido que pudiera incomodar á sus enfermos, mientras atravesaba la sala, ora para darle alguna medicina al de la cama número tal, ora para solicitar cariñosamente por el estado de cualquier otro; me parece que admiro su linda faz algo pálida, destacándose entre su enorme *corneta* blanca y brillante que le servía como de marco, y aún creo escuchar su risa franca y argentina que tanto halagaba mis oídos.



Por las mañanas, cuando mi enfermedad hubo desaparecido casi por completo, cuando el sol caluroso del mes de Agosto había ya mostrado su enorme rostro rojo por encima del cerro vecino, cuando la brisa había cesado por completo y los pajarillos, cansados ya de revolotear, buscaban asilo en las copas de los *mangos* y de los *jacintos* del jardín, iba yo hasta su oficina, á ayudarla en sus trabajos de escritorio.

Allí — después que habíamos terminado — charlábamos alegremente largo rato sobre cualquiera majadería, ó discutíamos sin acalorarnos. Era partidaria de los enamorados, á quienes profesaba cariño, y siempre trataba de saber, preguntándome, en qué estado se hallaban los amores de alguna señorita que ella conocía, con algún joven que en nuestras conversaciones me había oído nombrar.

Solicitaba de mí, con una curiosidad mujeril, datos sobre hechos que en la capital se habían realizado antes de mi enfermedad, y rabiaba al pensar que del movimiento mundano sólo llegaba hasta el lugar en que nosotros permanecíamos, algo así como el sonido vago de una campana de aldea que se escucha desde lejos, mientras apaga sus voces cualquier ruido intempestivo. Una de las mañanas, después que terminamos de trabajar, y aprovechando yo su estado de ánimo, mucho más alegre que de costumbre, tuve el valor de decirle:

—Tengo sospechas, hermana, y perdone usted que lo confiese, de que algún desengaño ha sido causa de que usted haya vestido el hábito de las hijas de San Vicente.

Mis palabras causaron en su alma un efecto que yo no esperaba: su rostro, siempre sonriente, tornóse rápidamente taciturno, y, fijando la mirada sobre el suelo, quedóse largo rato pensativa, como si luchara por olvidar lo que en su memoria se hallaba grabado con caracteres indelebles. Lanzó un suspiro, antes de contestarme, fijó en mí sus verdes ojos expresivos, sonrió como acostumbraba hacerlo, para animar al enfermo, cuando practicaba alguna cura dolorosa, y me dijo:

—Siempre han tenido esa sospecha las personas que me han tratado y jamás he querido desvanecerla. Para mí es indiferente que crean *eso* ó que una verdadera vocación me ha hecho tomar la *corneta*; sin embargo, trataré de decir á usted por qué soy Hermana de la Caridad y no madre de familia. Escuche, pues; y si la emoción me priva del placer de ser bien explícita, dispénseme y recuerde que no hay nada tan amargo como el recuerdo triste de los días felices ya pasados



Hizo aquí una pausa Sor Cecilia y luego prosiguió de esta suerte:

—Cuando cumplí los diecisiete años, mis padres se impusieron de que mi primo Roberto y yo nos amábamos, y para cortar de raíz estos amores de niños, en una tarde fría del mes de Julio me llevaron al convento de Monjas Descalzas que existe en mi pueblo, y allí me dejaron en calidad de educanda.

Los primeros días sufrí mucho recordando á mi primo, y más que todo, los bailes, paseos y visitas á que antes había concurrido, y de los cuales veíame entonces por completo privada.

Lloraba mucho cuando me dejaban sola en mi celda, y sólo me servía de consuelo la contemplación de un hermoso San Antonio que había en la capilla. Era muy parecido á Roberto, y siempre que bajábamos á rezar me era enteramente imposible apartar los ojos de su bello rostro varonil, alumbrado débilmente por un rayo de sol que se filtraba todo tímido por una claraboya de la pared del templo.

Poco á poco y de una manera inexplicable para mí, fuí sintiendo por él una verdadera pasión. A medida que el recuerdo de mi primo iba desapareciendo de mi memoria, el amor, que antes le había yo profesado, lo dedicaba por completo á la imagen. En las largas y perezosas horas de estudio, permanecía yo inmóvil, con los ojos cerrados largo tiempo, soñando con ella; me la figuraba, no inanimada y yerta, sino todo un joven lleno de vida, de fuego, de pasión, que sólo aguardaba impaciente el momento propicio en que pudiera pedirme, con frases melífluas y encantadoras, lo que yo le había ya dado: mi amor.

Lloraba y sufría cruelmente cuando alguna de mis condiscípulas, por mandato de la Superiora del Convento, limpiaba con asiduidad el altar en que él descansaba, y aún recuerdo que una vez, mientras paseábamos por el jardín, golpeé furiosa á una de mis compañeras, porque habíale llevado en la mañana flores blancas para adornarlo.

...Una noche desperté en mi celda, cuando ya habían dado las doce. El sueño, por mucho que lo invocaba, no venía, y en mi cerebro de alocada se hallaba fija la imagen del Santo. Una lucha tenaz se operaba en mi sér, y ora me levantaba del lecho impulsada por el deseo de ir á la capilla para abrazarme á lo que yo tanto quería, ora me arrodillaba para rezar, pidiéndole á Dios me librara de los tormentos de que era víctima. Amaba al Santo con una pasión poderosa, inmensa, inexplicable, y me era imposible dominarla.

El deseo de poderme abrazar á él se hacía cada vez más intenso, y venciendo el temor que me causaba el tener que atravesar los claustros y pasillos solitarios y obscuros hasta llegar á la capilla, me lancé fuera de la celda.

El viento frío de la noche, al azotar mis carnes, dióles nuevas fuerzas, y entonces el deseo se hizo implacable, avasallador.

Atravesé muy de prisa los corredores y pronto llegué.

Cuando di los primeros pasos en la capilla, el ruido seco y lúgubre producido por ellos, me pareció que era la voz de un fantasma que trataba de librarme de las horas mortales de angustia que sufría. Me detuve, temblorosa y jadeante, pero á pesar de mi deseo no pude volver un solo paso atrás. Continué andando hacia adelante y pronto distinguí la fascinadora imagen, que la lámpara del Sagrario iluminaba débilmente.

Al mirarla, la pasión me enardeció; la vista de ella me causaba fiebre, la sangre quemaba mi cutis, algo así como un círculo de hierro ceñía mis sienes, los oídos me zumbaban con un ruido tenaz,... y ciega, convulsa, agitada, subí al altar y me abracé á la imagen...

Mis labios ardientes querían, á fuerza de besos, comunicarle todo el ardor pasional de que eran dueños, sin que ella quisiera admitirlo: y al encontrar, frío é inmóvil lo que yo había soñado lleno de vida y de pasión, la ira cegó mis sentidos, dióle á mis brazos suficiente poder y en un arranque de rabia y de desesperación zarandeé á la imagen, volví á buscar por última vez, con mis labios, un calor que no podían tener los suyos y la tiré contra el pavimento, quedando reducida por el golpe á pequeños fragmentos.. . . . .

Al siguiente día, escribí á mis padres para que me sacaran del convento, en donde jamás se supo quién había roto la imagen.

Ellos oyeron mi súplica; y, tres meses después, llena de remordimientos, y para expiar el sacrilegio por mí cometido, me hacía Hermana de la Caridad.

* * *

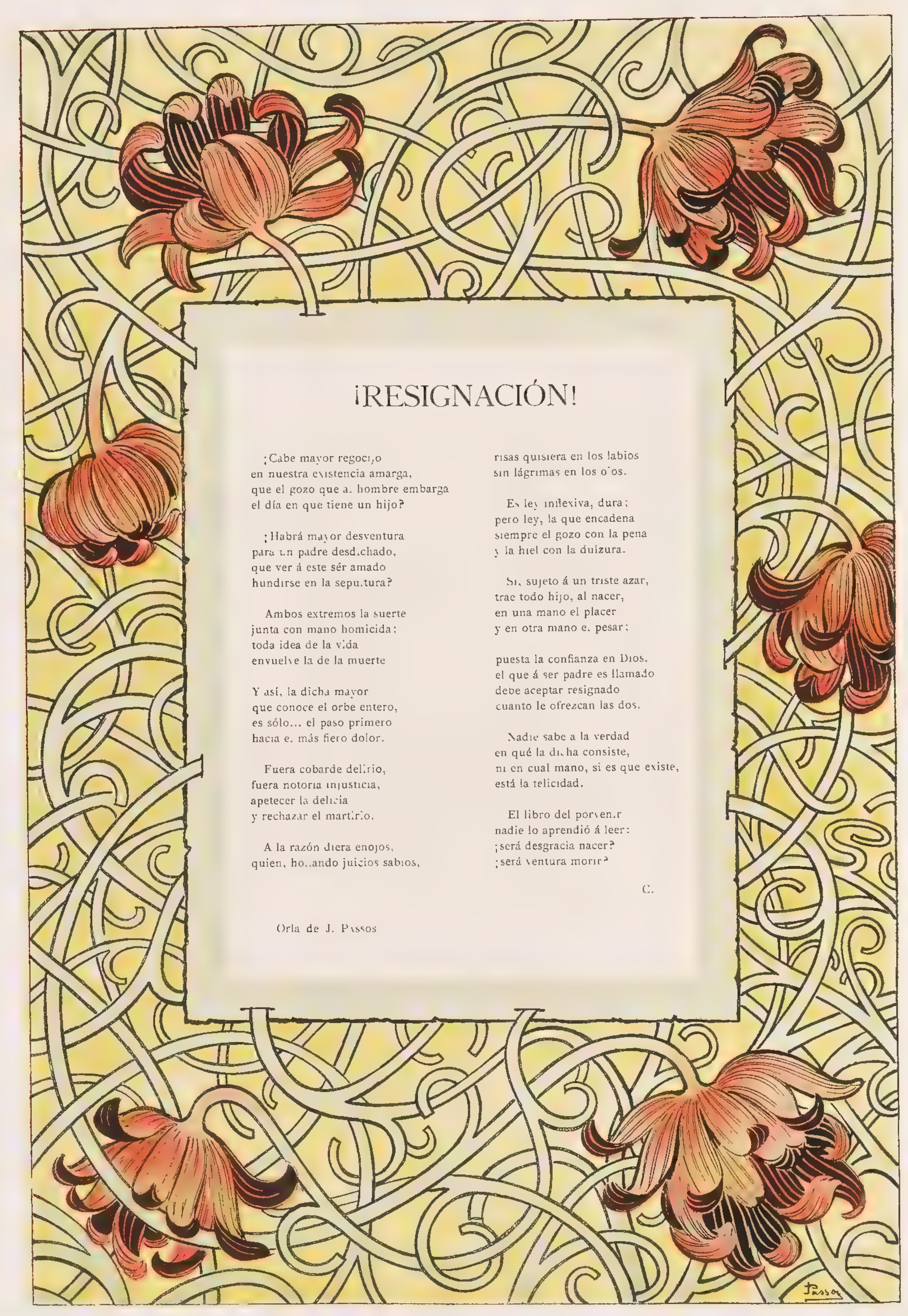
Cuando Sor Cecilia dió fin á tan interesante relato, ocultó su pálido rostro entre las manos y así lloró largo tiempo, tratando de ahogar los sollozos que la embargaban, mientras yo, emocionado de veras ante aquel profundo dolor, guardaba religioso silencio, y, afuera, en el tejado vecino, dos palomas blancas como la nieve, se arrullaban enamoradas...

Alejandro DUTARY

Panamá (Colombia).



Ilustraciones de A. Seriñá.



¡RESIGNACIÓN!

¿Cabe mayor regocijo
en nuestra existencia amarga,
que el gozo que al hombre embarga
el día en que tiene un hijo?

¿Habrá mayor desventura
para un padre desdichado,
que ver á este sér amado
hundirse en la sepultura?

Ambos extremos la suerte
junta con mano homicida:
toda idea de la vida
envuelve la de la muerte

Y así, la dicha mayor
que conoce el orbe entero,
es sólo... el paso primero
hacia el más fiero dolor.

Fuera cobarde delirio,
fuera notoria injusticia,
apetecer la delicia
y rechazar el martirio.

A la razón diera enojos,
quien, hollando juicios sabios,
risas quisiera en los labios
sin lágrimas en los ojos.

Es ley inflexiva, dura;
pero ley, la que encadena
siempre el gozo con la pena
y la hiel con la dulzura.

Si, sujeto á un triste azar,
trae todo hijo, al nacer,
en una mano el placer
y en otra mano el pesar;

puesta la confianza en Dios,
el que á ser padre es llamado
debe aceptar resignado
cuanto le ofrezcan las dos.

Nadie sabe a la verdad
en qué la dicha consiste,
ni en cual mano, si es que existe,
está la felicidad.

El libro del porvenir
nadie lo aprendió á leer:
¿será desgracia nacer?
¿será ventura morir?

C.

Orla de J. Passos

¡¡MUERTA!!

Zagal, sacude la tralla; fustiga á esos caballos. ¡Que desaparezcan á mis ojos, casas y torres, valles y huertas, en cuyo recinto apuré la dicha de un amor puro y santo. Murió la pobre mujer que me brindaba



cariño y delicias... ¡Apartémonos pronto, zagal, de tan sombrío cementerio! La blancura de este montón de casas me parece, á través de mi llanto, revuelta confusión de mármoles sepulcrales. Robles y encinas, bajo cuyo verdor hallé plácida sombra; flores en que bebí con gozo, frescura y fragancia, se me ofrecen á la vista con el fúnebre aspecto de los jardines que alzan los hombres en torno de la Muerte...

. . . .

—¿Que no me aflija, dices? ¿Que busque otra mujer en quien reemplazar mi cariño hacia aquélla?... ¡Todos, todos los labios arrojándome al dolor el mismo *consuelo!*... ¡Y con qué indiferencia pronuncias semejantes palabras!

Eres, por lo visto, uno de tantos hombres, que, desconociendo el amor, escarnecen, grandes, infinitas emociones y desprecian torturas inconcebibles... ¡Te envidio, zagal, te envidio!

Pero ya ves... Hermosa, honrada, pura, sencilla, modesta y afable, me enamoré de ella y la quise locamente... ¿Tú leíste alguna vez novelas en que la fantasía del poeta describe amores frenéticos, asombrosos, ideales? ¡Pues así era el mío! ¡Así era el suyo!... Si tú me comprendieses y adivinaras mi sentimiento, te estremecerías de pena, como yo!...

Sigue escuchando y compadéceme; no distraigas tus ojos en la campiña; no apartes la imaginación á otros pensamientos que no sean los concebidos en este horrible padecer; no te sonrías interiormente, que no es ocioso ni ridículo mi llanto, aunque á ti te lo parezca.

Toma ese cigarro y fuma en tanto que me oyes.

Fumaré también. El tabaco parece que despide, envueltos con fina gasa de humo, átomos de la tristeza del alma.

¡Pero, zagal, por Dios, que los caballos trotan con mucha lentitud!... Mira: esos picachos de piedra por los cuales va ascendiendo ahora desde los campos la luz del sol, cubríanos, un día feliz, el mismo sol de fuego y claridad... Aquél, aquel derruído caserón, sobre el que flotan negros aguiluchos, guarda en su mole calcinosa un panteón sombrío de alegres recuerdos. Ese fué el lugar que solía escoger *ella* para describirme en dulces palabras, tiernas impresiones de su corazón, las cuales acogía yo, mudo, risueño y tembloroso; pues copiaban mis sentimientos como lago apacible la silueta de una flor.

¡Cuánto le agradaba á *ella* la soledad y quietud de estos parajes! Yo le complacía siempre en todos sus caprichos. Pero su bondadosa madre, la pobre anciana de cuyos brazos me he desprendido hace unos momentos, entre sollozos y angustias, la pobre anciana, repito, contrarió más de una vez el extraño gusto de su hija, no permitiéndonos llegar á estos sitios, que además de parecerle muy lejanos, debían de figurársele, como en realidad son, agrestes, medrosos y helados.

Ella me decía con voz suave y cariñosa, acercando su cara á mis oídos: —«¿Verdad que es muy bello este lugar en que ninguna mirada de otro sér interrumpe nuestra voz, sofoca nuestra sonrisa y apaga nuestros ojos? ¡Cerca de ti, cuanto más apartado el mundo, mejor!»

¡Y pronunciaba estas frases con tal cariño, con tal vigor, con tal fe, que se hacía imposible á mi credulidad, reconocer tanta ventura! La agrupada arboleda que ves á uno y otro lado, el monte que limita en círculo anchuroso este paisaje, la arena y el musgo que alfombra ese llano, la claridad que nos alumbra, la atmósfera azul que nos rodea se me figuraba creación vaporosa, concebida en sueño felicísimo.

Y mis manos temblorosas cogían las de ella, para persuadirme de la realidad, oprimiéndolas fuertemente, como si temiera que en su piel, fina y suave resbalara el goce palpado y retenido entre mis dedos.

. . . .

Sí, ya lo veo. ¡Cuánta lucecita! Debe de ser una capital muy grande. Yo no la he visitado nunca... Todo esto es para mí desconocido. Aquí no descubro señal ni rastro de mi dicha muerta.

¡Corramos, zagal, corramos, y á ver si alejándome de aquel pueblecito



en que hasta hoy vivía, podré apartar de allí, cual aparto mi cuerpo, la memoria y el alma también!. .

¡Azota, azota á las bestias, que aunque piedad me inspire dañar á los pobres animales, su piel es tan dura cual tierno y sensible mi corazón!...

José RUBIO CASELLAS

LA MADRE DE SEZARY

El único compatriota amigo que encontré en aquellos días horribles de París fué Roca, mi antiguo camarada de Madrid y Andalucía, y del que yo había perdido el rastro hacía mucho tiempo.

Roca era un pobre apaleado por la fortuna, que rodando por el mundo había llegado á París y allí estaba poco menos que muriéndose de hambre: tenía un corazón que no le cabía en el pecho y era de la madera de los buenos: con muchas aficiones á la pintura y mucha vocación y mucho espíritu de artista; mas, por desgracia mía, el que menos podía ayudarme. Estaba casi como yo: solo, desamparado, vagando sin rumbo fijo por los rincones de aquel gran mundo que se ríe cínicamente de los desgraciados; sin afectos, sin expansiones, hecho una pobre bestia; pero por lo menos, mal y todo, él vivía, él trabajaba, y un día me dijo:

—Toma esta carta y llévala donde dicen las señas, (Vivienne, 3)... Este Faillai, editor, es un buen burgués que otras veces fué nuestro paño de lágrimas; á mí me presentó Mur y un poco de tiempo fuí traductor en su casa; algunas veces paga... Bueno, ya sabes; si te admite, te has salvado, al menos por ahora...

Gracias á Dios que esta vez tuve suerte, pues el editor me recibió bien, aunque examinándome con chocante extrañeza y haciéndome mil preguntas. Sin duda Faillai me confundía con algún pobre diablo de los que por aquellos días andaban acosados por la policía de su país y el mío. De su casa salí loco de contento; al día siguiente debía presentarme á trabajar en Saint-Cloud.

El viaje resultábame un poco largo, puesto que lo había de hacer á pie; pero de cualquier modo, la idea de que al fin iba á trabajar, á vivir un poco de tiempo, me daba alientos y nuevas energías para arrostrar cuantos peligros encontrara al paso, y allá fuí, previamente informado, desmoronando nieve y chapoteando barrizales.

La entrada en el pueblo me entristeció; ¡qué gente más curiosa, qué tipos más raros! Y digo curiosa, porque todo el mundo me miraba con irritante descaro. Aquél no era ya el París que yo me había dejado atrás desperezándose y á medio vestir; ni una mujer elegante, ni una cara linda de las que yo veía á todas horas por cualquier barrio de la gran ciudad.

Apenas hube preguntado por la casa Faillai, dos férreas chimeneas que vomitaban densas bocanadas de humo, sirviéronme de guía para llegar á la puerta. Dentro ya de los talleres, me recibió Massó, el regente, un hombre seco y desabrido, de aspecto extravagante y enfermucho. Massó me hizo sentar á su mesa, y tocó un timbre á cuyas vibraciones apareció el encargado de la sección española, Eugenio Sezary, un joven como de veinticinco años, alto, rubio, muy simpático y de muy buenos modales. Sezary me saludó en español y, después de charlar con el regente, me invitó á que le siguiera.

—Trabajará usted conmigo—me dijo.—Ahora traerán galeradas para leer; mientras tanto, siéntese usted á la lumbre.

Luego volvió á decirme: ¿Tiene usted casa? ¿Y su equipaje?

—Por todo equipaje traigo lo puesto—le contesté.—¿Dónde podría dirigirme?...

—A mi casa—replicó, sin levantar la cabeza de su trabajo.

Mientras llegaba el mío me entretuve en examinar cuanto estaba al alcance de mi vista.

Nos hallábamos en un salón casi cuadrado, muy espacioso y ventilado, y en el que lucían más de cien aparatos eléctricos, repartidos indistintamente entre las cajas y las máquinas. El número de operarios ascendía á ciento y pico de plazas; á mi izquierda había un chivalete ó *puesto* donde trabajaban cuatro de aquéllos con sus largas y azuladas blusas y sus lustrosas boinas, caladas hasta el pezcuezo. Eran éstos cuatro muchachos jóvenes, corpulentos y buenos mo-

zos; pero de muy mal color, enjutos de carnes y casi plomizos sus rostros, sin duda por la gran absorción del plomo venoso que se respira de las fundiciones.

Aunque yo no entendía lo que hablaban, comprendí que estaban de cháchara, riendo con irónicas carcajadas que plegaban su entrecejo con dolorosas arrugas, y cabalgando cada cual en la pesada bestia de su trabajo.

Poco después, silbaron los motores la hora de salida, y Sezary y yo nos dirigimos á su casa. Inmediatamente, mi nuevo compañero presentóme á su madre; una anciana española, afrancesada ya por sus veinte años de vida parisiense, con mucha bondad en su rostro y mucha verdad en sus palabras.

Doña Paulina, que así se llamaba, era de Málaga, la riente ciudad andaluza. Todavía muy joven, casi una niña, casó con Juan Sezary, un mecánico francés muy listo, muy laborioso y muy amante de su familia.

Se establecieron y vivieron muchos años en Bayona, hasta que Faillai necesitó de la inteligencia de Sezary para su casa editorial, de Saint-Cloud en la que éste trabajó hasta su muerte, acaecida en el año anterior.

A pesar de los sesenta y pico que ya encorvaban los hombros de madama Paulina, mirando aquel rostro, lleno de rugosa vejez, y aquella frente ancha y grande, orlada de graciosos rizos de un blanco pálido, todavía se distinguían las líneas enérgicas y suaves de una fisonomía arrogante y hermosa, y hasta en los contornos de su cuerpo y en el juego flexible de sus caderas, aún quedaba algo de la gentil esbeltez, de la suprema elegancia de esas mujeres que se crían bajo el cielo más privilegiado de la Naturaleza...

De alegría no pude dormir aquella noche; había comenzado á trabajar, punto primordial de mi rudo problema, y además, la fortuna, harta ya de abofetearme, me deparaba una familia generosa y buena que me recibía con el mismo cariño y afecto que á uno de los suyos.

Al día siguiente, era domingo. Cuando nos levantamos, Sezary invitóme con cierta timidez á que les acompañara á la iglesia, invitación que acepté gustoso.



¡DOLOR SIN LÁGRIMAS! — Cuadro de A. Coll.

Después de la misa, Eugenio nos propuso dar una vuelta por los alrededores del pueblo, para hacer más agradable el paseo de la mañana; entonces tuve ocasión de convencerme de que Saint-Cloud no era tan feo como á mí me había parecido: estaban ya limpias y arregladas sus calles, y el sol y la animación, que lucían por todas partes, empezaba á embellecerlo.

Sezary nos internó por una pendiente que se apartaba algo de la carretera, para ganar una sendita y encaramarnos á lo alto de una llanura que servía como de alfombrado dosel á la cabecera del pueblo, desde donde Saint-Cloud ofrecía una perspectiva deliciosa. Sobre un terreno agreste y desigual, poblado de antiguos y vetustos caserones, y bajo un pedazo de cielo de tintes rojos y azulados, destacábase una cinta blanquísima de casas que, culebreando en gracioso desorden por entre el verde mar de una frondosa arboleda, venía á enroscarse en el centro, formando una figura geométrica de raras y caprichosas curvas.

Madama Paulina elogiaba todo cuanto de bello encerraba aquel panorama; pero á mi pobre andaluza no le encantaba París, ni su trato, ni sus costumbres; á su edad sentía ya la nostalgía de su país, de los años, de tantos años alejada de España...

Todavía recordaba ella las noches de verano de Andalucía, las noches de su Caleta, sus verbenas, su plaza de la Merced, sus flores, sus clásicas fiestas y sus devociones á la virgen del Puerto... Las añoranzas de su querida España la llenaban de una profunda tristeza, y estas melancolías senestales eran peligrosas para una anciana de sus años. .

* * *

A los quince días, gozaba yo, aunque relativamente, del mismo apacible bienestar que aquella honrada familia. Eugenio y yo pasábamos el día en los talleres. Por la noche, la señora Paulina nos daba de cenar, al amor de la lumbre, y así, en amorosa compañía, ella laborando y nosotros enredados con lecturas y traducciones, trabajábamos en el más delicioso y grato sosiego.

A pesar de que yo había transformado por completo mi plan de vida y de costumbres, por lo que respecta al trabajo, me fuí habituando á vivir entre aquellos honrados obreros, siempre fuertes y jamás rendidos por las fatigas cuotidianas, á tal extremo, de que yo, que nunca había madrugado ni concretádome á vivir arriba de quince días en un pueblo, estaba dispuesto á pasarme el resto de mi vida junto á la familia de Eugenio.

Ocho meses estuve en casa de Faillai; durante este tiempo trabajé mucho, es verdad; trabajaba como un negro, para ganar cincuenta francos á la semana, y esto, aunque parezca algo, no es nada; allí se gasta mucho; la vida es excesivamente cara. Además, apartado de mi familia no podía vivir con sosiego; estaba siempre esperando una desgracia, una mala noticia; el retraso de una carta de mi madre me hacía temblar... Todas estas cosas dieron al traste con mi salud, y hasta mi vista, siempre clara y hermosa, comenzó á resentirse por el exceso de luz artificial.

De todos modos, sentía la necesidad suprema de volver á Madrid, y, muy á pesar mío, se lo comuniqué un día á la señora Paulina, alegando por adelantado mi firme propósito de volver, pasados algunos meses.

Me dolía mucho perder el cariño de aquella buena familia y sobre todo el gran afecto que le dejaba á Eugenio; pero mi madre y mi hermana me esperaban con los brazos abiertos, después de un año de vida errante y accidentada.

Cuando llegué á mi casa, ocurrió lo que me figuraba: mi madre no me dejó salir de su lado.

Desde Madrid, Eugenio y yo sostuvimos correspondencia durante mucho tiempo; pero esta pícara pereza mía, que es toda el alma de mi carácter, hizo que poco á poco dejásemos, si no de querernos, por lo menos de escribirnos.

Un día recibí una carta de luto con el sello de la estafeta de Saint-Cloud. El corazón me dió un salto en el pecho: aquella carta traía noticias de una gran desgracia; estaba seguro.

Después de leída, mi madre y yo consagramos abundantes lágrimas al recuerdo de aquella pobre española que fué tan buena para mí.

Si alguna vez vuelvo á París, he de llegarme á Saint-Cloud y allí, sobre la tumba donde duermen los restos de la anciana andaluza, he de arrodillarme y rezar por el alma de la que tuvo para mí todos los afectos y desvelos de una verdadera madre...

E. ALBERTO CARRASCO



Cuadro de José M.ª Tamburini.



Entre las diversas carreras científicas y literarias que constituyen la parte pensante, á la vez que ejecutiva, en el orden intelectual, de la complicada máquina social, ninguna más difícil, más costosa, más agitada y expuesta, y de más tardos,—cuando no inútiles,—resultados, que la de Medicina.

La Magistratura, el Sacerdocio, la Milicia y otras grandes instituciones sociales, cuyo estudio se halla sujeto á reglas fijas é inmutables, salvo las variaciones que un caso excepcional ó un nuevo descubrimiento puedan introducir en la práctica; una vez terminados los estudios elementales, suelen abrir para lo futuro, á los que á su ejercicio se consagran, anchos horizontes de recompensas en el mundo oficial y en las varias colocaciones que el Estado sostiene y retribuye.

Un militar, por su valor, sus conocimientos—ó su buena fortuna muchas veces, — puede llegar á los más altos puestos del Ejército. Un eclesiástico tiene á su vista y alcance las mitras, los capelos y hasta la tiara pontificia. Un jurisconsulto, un economista, pueden llegar á la representación del Estado y á su administración en las más altas esferas del Gobierno, según estamos viendo todos los días. Un ingeniero, un marino, hasta un agrónomo, tienen puestos á que aspirar en sus respectivas carreras; y no hablemos de las brillantes posiciones que adquieren—siquiera sea por los afortunados azares de la caprichosa fortuna — los que se dedican al lucrativo aunque expuesto ejercicio del agio bursátil y de las especulaciones financieras.

Cualquiera individuo de las clases que dejamos citadas adquiere generalmente la pública consideración; sus pretensiones suelen ser atendidas, y se colocan en situación de obtener brillantes destinos ó ventajosos enlaces que les proporcione el bienestar inherente á la fortuna.

Y al médico, al profesor de la parte más ingrata de las Ciencias naturales, ¿bajo qué punto de vista moral y social hay que considerarle?

Esto es lo que vamos á intentar hacer en las siguientes breves reflexiones; breves, porque de no serlo, tendríamos que escribir un grueso volumen, ya que tanto á hacerlo extensamente se presta el asunto.

Hay profesiones y carreras científicas, de resultado seguro, para dedicarse á las cuales no necesita el individuo vocación decidida, inclinación, ni casi aptitud, y sí, únicamente, deseo de ocuparse en algo. Pero la Medicina... para dedicarse con fruto á su estudio y ejercicio, preciso es tener algo más que el simple deseo de ser médico.

Es necesario sentir dentro del alma un impulso innato hacia la Ciencia, una especie de *estro*, de *númen*, como el que hierve en el cerebro del poeta, y un profundo amor á la Humanidad.

Generalmente se acusa á los médicos de ser escépticos y materialistas. Esto no es exacto ni puede serlo, y si este ligero artículo fuera un estudio filosófico moral del médico, — estudio que intentaremos hacer algún día—expondríamos reflexiones y consideraciones que por no ser difusos tenemos que omitir.

El verdadero médico, desde que da el primer paso en el camino de la Ciencia, debe hacer abstracción de todo lo que en el mundo le rodea, de todo lo que no sea la Ciencia misma.

¡Y qué carrera más lenta y fatigosa; qué campos más espinosos que recorrer!

Porque no es la Medicina una ciencia única y exclusiva, y necesita el auxilio y cooperación de otras muchas ciencias, independientes por sí, aunque teniendo muchos puntos de contacto.

El profesor de Medicina, no sólo debe poseer esta ciencia, propiamente dicha, en su parte técnica, práctica y operatoria; debe conocer todas las que, como hemos expuesto, sirven á aquélla de auxiliares, y tiene que ser un profundo moralista, un hábil conocedor de las pasiones y extravíos de la Humanidad, porque infinitas veces, y con especialidad en nuestra época tan agitada y descompuesta, las afecciones del alma influyen muy poderosamente en las dolencias del cuerpo.

Mucha fe, mucha abnegación se necesita para dedicarse al ejercicio de esta profesión. Y esta fe, esta abnegación, se comprenden al ver en qué condiciones tan penosas se hace el estudio de la Medicina, cuando quiere aprovechar el tiempo quien á ella se consagra. Largas horas de cátedra, durante el día, repasos de noche, las salas de disección, del Hospital Clínico, de los hospitales especiales, en los cuales, á la vez que estudia y practica, presta sus auxilios, siempre precisos, siempre valiosos á los desgraciados seres que ocupan sus camas, venciendo en muchos casos la repugnancia que causa el aspecto de las miserias humanas, que manifiestan con toda su espantosa desnudez la realidad de la vida, el terrible naturalismo de la Humanidad. El alumno de Medicina, si ha de cumplir estrictamente con sus deberes, interin los demás jóvenes que cursan otras Facultades se consagran al descanso, asistencia al teatro, al café ó alguna diversión, él necesita reunir sus apuntes, coleccionarlos, hacer la historia clínica del enfermo que *le toca*, repasar la lección que le han explicado aquel día y estudiar la que han de explicarle al siguiente.

Veamos ahora cuál es el fruto y la recompensa de tanto gasto, tanto sacrificio, tanto trabajo, abnegación y virtud.

Sabido es que las extensas poblaciones no son el teatro donde desde un principio pueden desempeñar grandes papeles los noveles médicos, puesto que ni aún las más distinguidas lumbreras de la Ciencia y que han logrado adquirirse una justa reputación, obtienen la consideración que merecen, ni son tan ensalzados como un célebre político, un reputado estadista ó un audaz aventurero. El joven médico que pretenda ejercer su profesión en una capital más ó menos notable, sólo puede aspirar á vivir en una semi-obscuridad, formando poco á poco una clientela, improductiva muchas veces, ó bien obtener, después de grandes trabajos y unas brillantes oposiciones, la ayudantía en los hospitales clínicos, la de profesor de guardia ó alguna otra semejante de hospital, ó una plaza en el Cuerpo de forenses ó en la Beneficencia municipal.

El Cuerpo facultativo de los hospitales, el de Sanidad militar y el de la Armada, además de no ser siempre asequibles desde luego á los que empiezan su profesión, no ofrecen un brillante, siquiera sea remoto, porvenir, ni tampoco la esperanza de una fortuna. Muchos años de práctica, muchos méritos contraídos, reñidas oposiciones, trabajos superiores á sus fuerzas; y todo esto, ¿para qué, en último resultado? Para obtener una mezquina colocación, con un sueldo más mezquino todavía, que no compensa el trabajo material que cuesta su desempeño.

¡La Cátedra! Esta es la compensación más alta y más honrosa que puede soñar el médico. Y decimos soñar, porque es más difícil conseguirla, que á un general brioso y decidido apoderarse de una fuerte y bien defendida plaza. Hay siempre más pretendientes idóneos que cátedras vacantes. Además, hace falta para conseguirla, llevar por delante un nombre y una reputación lucida y un caudal extraordinario de superiores conocimientos,—circunstancias no siempre fáciles de reunir,—y hacer unos brillantes ejercicios de oposición; y muchas veces, y casos se han dado de ello, no basta nada de esto, y suele concederse al favor lo que al mérito corresponde.

Y esto sin contar con que la asignación señalada á los catedráticos de nuestras Universidades no es para proporcionar una existencia cómoda, ni constituye una retribución relativa á los gastos y sacrificios previamente hechos.

La condición social del médico, en las grandes poblaciones, no es nada lisonjera, ciertamente. La mayoría, aun cuando esté dotada de las más recomendables cualidades para llenar su misión, vive desconocida, ignorada y sujeta á los recursos eventuales que proporciona el azar.

Algunos profesores de Ciencias médicas, para poder vivir con cierto desahogo en las dichas grandes poblaciones, adoptan el ejercicio de otras profesiones similares ó ajenas á la suya propia. Otros—pocos por fortuna —más ambiciosos, ó con más deseos de alcanzar mucho en poco tiempo, no dudan en rebajar en cierto modo la Ciencia, poniéndola al nivel de la charlatanería, por medio de continuos anuncios, pomposos ofrecimientos y hasta seguridad de milagros. Si este procedimiento facilita el éxito deseado, no igualará el producto, ciertamente, al rubor que debe sentir el hombre honrado, el profesor digno, que hace de la más noble de las profesiones una especie de baratillo mercantil, exponiéndose al desdén de sus comprofesores y al ridículo que sobre él descargan hasta los profanos, con sus punzantes sátiras y críticas mordaces.

Y como quiera que aun cuando hemos procurado ser muy concisos en la exposición de fases en que puede ser considerado el médico, y de intento hemos dejado de apuntar conceptos y manifestaciones que á él se refieren, este artículo resulta más extenso de lo que nos proponíamos; y como quiera también que deseamos presentar á los lectores la interesante figura del médico rural, verdadero y olvidado mártir de la Ciencia, hacemos punto por hoy, ofreciendo ocuparnos en breve del calvario del médico de partido.

✝ Luis VEGA-REY



Fot. Esplugas.

AMALIA DE-ROMA

La simpática artista cuyo retrato damos á nuestros lectores, ha sido uno de los principales elementos con que ha contado la Empresa del Teatro de Novedades durante la temporada de ópera italiana que acaba de terminar.

De esbelta y elegante figura, rostro expresivo y maneras distinguidas, si su físico predispone favorablemente al público, sus cualidades artísticas, vocales y escénicas la proclaman una excelente intérprete del repertorio moderno, para el que muestra felices disposiciones.

Su voz extensa y bien timbrada, de fácil emisión en el registro agudo, le permite cantar con la misma naturalidad que si hablara. Cuida mucho la dicción, subrayando acentuadamente las palabras, algunas veces hasta con exceso. Se mueve también con naturalidad, con sentimiento exacto del personaje que ha de representar.

En el Teatro de Novedades ha cantado el *Faust* de Gounod, *La Bohême* de Puccini y la *Manon* de Massenet, logrando en las tres obras señalados triunfos, que pueden haber satisfecho su amor propio de artista joven y casi primeriza.

Porque la señorita De-Roma sólo hace dos años que pisa las escenas europeas, habiendo recorrido en tan breve espacio de tiempo los principales teatros de San Remo, Turín, Nápoles, Chieti, Bolonia, Lisboa y Sevilla.

Su educación musical empezó en Buenos Aires, en donde debutó, cantando después en el Teatro Argentino de La Plata y en el Solís de Montevideo; pero, creyendo con razón, que sólo Europa puede conferir el verdadero bautismo del arte, pasó á perfeccionarse en Nápoles y luego en Milán, en la escuela de Benvenuto Guagni, quien le hizo comprender el verdadero carácter de su voz, que es el de la castiza soprano lírica.

Joven, bella y en la plenitud de sus facultades, tiene ante sí un brillante porvenir, si sabe sacar constante partido de las lecciones de la experiencia y de los consejos de los inteligentes.

* * *

EL SUEÑO DE CASCARRABIAS

En todo el término del Colmenar no se conocía labrador más acaudalado que el señor Ambrosio Paniagua, conocido generalmente en el pueblo por el tío Cascarrabias, apodo que, sea dicho de paso, le cuadraba perfectamente, por su genio insufrible y gruñón.

Primogénito de una honrada familia castellana, tan limpia de sangre, como rica de hacienda, el señor Ambrosio heredó de sus padres, con los derechos del mayorazgo, los bienes vinculados en el mismo; no sin daño de un hermano segundón que, sin tierras de pan llevar, para dedicarse á la hidalga profesión de la agricultura, buscó en la de las armas un porvenir que la suerte al nacer le había negado.

Dueño de una regular fortuna, que sus convecinos le envidiaban, el señor Ambrosio trató de aumentarla, dedicando á la usura parte de su capital metálico; y como en los pueblos agrícolas no faltan nunca gentes que, obligadas por la dura necesidad, toman dinero á cuenta de las cosechas, los intereses de los préstamos, en forma de relucientes peluconas de oro, fueron pronto á aumentar el cuantioso caudal que, encerrado en los cajones de su gaveta, tenía el bueno del mayorazgo.

Extraño caso fisiológico: aunque dedicado á negocios de tal ralea, no por eso nuestro hombre era avaro, como son generalmente los usureros. Los préstamos á interés los consideraba, en su fuero interno, como cosechas, cuyos frutos, en vez de cereales, eran monedas de buena ley: sembraba dinero para recoger más; he ahí todo. Debido quizás á esto, la avaricia no había arraigado en su corazón; se desprendía del dinero con la misma facilidad que lo ganaba, y, en las calamidades públicas, su bolsa estaba abierta á los indigentes. Aún hacía más; cuando, á causa de los pedriscos y sequías, algunos acreedores no podían pagar las deudas contraídas á cuenta de los malogrados frutos, conmovido por las lágrimas de aquellos infelices, concluía siempre por perdonarlas; pero tan á regañadientes, con tan mala forma, que los favorecidos con su liberalidad, sin temor de caer en el pecado de ingratitud, en vez de agradecerla, renegaban de ella; que á ello les obligaba el disgusto de la reprensión tolerada, ó la vergüenza de la humillación recibida. Cuanto más, el único elogio que le tributaban los menos susceptibles, era una imagen gráfica que le retrataba de cuerpo entero. Es un corazón de oro—decían,—oculto dentro de un cardo: para avalorarlo es preciso herirse antes con las espinas.

***

Y tenían razón. Aquellas espinas constituían su carácter agrio, motejado por todo el pueblo, y que, por uno de esos azares misteriosos de la vida, había de ser más tarde el tormento de dos pobres mujeres, condenadas á sufrirlo durante largos años. ¿Por qué? Va el lector á saberlo. El hermano del señor Ambrosio, aquel pobre hermano segundón, que, deseoso de un porvenir que la suerte le negara al nacer, trató de buscarlo en la noble profesión de las armas, víctima de nuestras luchas civiles, tuvo la desgracia de morir en cumplimiento de su deber, á la sombra gloriosa de su bandera. Cierto día, el mayorazgo vió entrar por la puerta de su casa á una mujer enlutada que, llevando en brazos una hermosa niña, acudía afligida en demanda de amparo y protección: era la viuda de su desgraciado hermano. Faltando éste á lo que las leyes prescriben, había contraído matrimonio, cuando sólo tenía el modesto grado de alferez, con la mujer que le había hecho sentir el primer amor; por lo cual no tenía ésta derecho alguno á la pensión que el Estado concede á las viudas de los oficiales: y, á lo sumo, el beneficio que podía tal vez alcanzar, era el señalado para las familias de los militares muertos en campaña, y que, por lo pequeño, no bastaba para asegurar una vida independiente. Tal circunstancia, dejaba á aquellas desdichadas en medio del arroyo, si su próximo deudo, apiadándose de su triste situación, no las acogía con benevolencia. Por fortuna—si fortuna puede llamarse,—Cascarrabias no les cerró las puertas; pudo señalarlas una modesta pensión que les asegurara una vida independiente,—recurso que emplean los parientes nobles y generosos que saben obrar bien,—pero se limitó á darlas una habitación donde refugiarse y dos cubiertos en su mesa: esto fué todo. Pero, por supuesto, de mal talante, y protestando de su buena obra.

—Ninguna obligación tengo,—decía;—pero las acojo, porque no puedo consentir que mi cuñada y sobrina, llamen un día á la puerta de mi casa como unas pordioseras.

Las desventuradas, por su parte, aceptaron aquel pan amasado con lágrimas; puesto que no había otro remedio. Y, deseando hacerse todo lo agradables posible á su protector, no perdonaron desde luego medio alguno para conseguir su objeto. No había para ellas trabajo pesado que no desempeñaran con gusto. Trataban de adivinar los pensamientos y hasta los caprichos, que no eran pocos, del señor Ambrosio. Hacían verdaderamente en aquella casa oficio de esclavas; pues el ama de gobierno de Cascarrabias estaba imponiéndose siempre, y, en especial, desde que las dos otras pobres mujeres llegaron, dejó de ocuparse en quehaceres serviles, dedicándose exclusivamente á la dirección de la casa... y al tormento de aquellas dos desdichadas.

—«¡Bien se ganan el pan que comen!»—decía la gente,—y era verdad. Porque si á los muchos trabajos que pesaban sobre ellas, se añadían los sufrimientos morales que padecían, la protección de su deudo, más que un beneficio resultaba una usura. Al mismo tiempo, aquel hombre, desde que daba un mísero lecho y una mezquina comida á aquellas desgraciadas, parecía haber agriado más su carácter, y muchísimo más haber hinchado su vanidad de generoso. Y esta creencia en que vivía acerca de su buen corazón, no era apariencia y forma, era un convencimiento profundo de su espíritu. Tanto es así que, juzgando su protección como una magnanimidad sin ejemplo, solía amenazarlas, por cualquier motivo, con retirarles su apoyo.

***

Así vivía el señor Ambrosio, creyendo que, con «sus buenas obras» se había ganado un puesto en el cielo, cuando un día, al volver de sus fincas rústicas, montado en su escuálida mula, tropezó ésta y dió con su jinete en tierra. El señor Ambrosio recibió un golpe tan tremendo en la nuca, que todos los que le vieron le juzgaron muerto.

Cuando se tuvo noticia del accidente en la casa, todas las mujeres se alarmaron muchísimo; pero de diferente manera. El ama, después de la primera impresión, no pudo reprimir su alegría. La cuñada y sobrina de Cascarrabias, lloraron con verdadero dolor; no por la protección que perdían, que no era gran cosa, sino que, como almas bien nacidas, amaban á su pariente, con todos sus defectos, y la gratitud les rebosaba en el pecho, llenando de lágrimas sus ojos.

En el ama de gobierno no cabían tan nobles sentimientos. Mujer de baja estofa, de interesadas ideas, con actos ilícitos que no hemos de puntualizar, había llegado á apoderarse de la voluntad del señor Ambrosio, si bien odiándole ó despreciándole desde el fondo de su alma. Así es que, cuando le supuso muerto, su júbilo se manifestó en ella con un redoblamiento de despotismo. Para evitar los comentarios de la opinión, no puso inmediatamente en la calle á las dos desgraciadas mujeres que con ella vivían; pero resolvió hacerlo á la mayor brevedad. Por lo pronto, se apoderó y guardó todos los objetos de valor y cuanto dinero encontró á mano.

* * *

El señor Ambrosio fué conducido entre cuatro hombres á su casa. Le reconocieron los médicos. No presentaba ninguna herida. Sólo en la nuca se advertía una contusión enorme. Latía el pulso, pero levísimamente. La respiración era también muy tenue. Recetaron los doctores infinidad de medicinas para que volviera en sí, pero el señor Ambrosio seguía como un cadáver. En aquel cuerpo, la vida era un misterio.

En cambio, la negra alma de Cascarrabias, volaba á aquellas horas en plena luz. Desprendida de la materia, ascendía hacia el gran tribunal, donde todos los mortales son juzgados con infalible justicia. Pronto estuvo á presencia de la Suprema Sabiduría. Al jactancioso, no le imponía, á la verdad, tan terrible comparecencia. Iba confiado en sus «buenas obras.» Pero ¡oh dolor! ¡oh desengaño! ¡oh lección amarga! Oyó una voz que desde el seno de lo infinito decía: «Ese hombre no puede entrar en el cielo. El cielo está destinado como premio de las buenas obras, es cierto; pero si van acompañadas de las buenas formas. Practicó la caridad, algunas veces; pero la practicó siempre á regañadientes, protestando con sus palabras de sus buenos hechos. En el cielo sólo entran los puros de espíritu. Y en ese espíritu hay muchas impurezas, muchas sombras, muchas fealdades.»

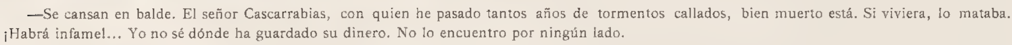
Y el señor Ambrosio fue expulsado del cielo, cayendo, al faltarle el auxilio divino, por su propio peso, en los infernales abismos. Al llegar, se le apareció el rey de las tinieblas, y con voz estentórea le dijo: «¡Largo de aquí! Estás condenado á vivir eternamente como viviste en la tierra: entre dos direcciones, en un caos de luces y sombras, en una aspiración perpetua hacia el cielo, bajando constantemente al abismo. De este modo vagarás por los espacios eternamente, en castigo de tu culpa; porque bueno es que lo sepas, no basta hacer bien, es preciso saber hacerlo. A los que como tú lo practican, humillando á los pobres que reciben el beneficio, Dios no les agradece sus buenas obras... ni el diablo tampoco.»

El señor Ambrosio sintió entonces un agudo dolor... Era que el cirujano le rompía una vena, para hacerle una sangría. Abrió los ojos, y en efecto, allí, á su lado, junto á su cama, donde yacía tendido, vió á su cuñada y á su sobrina que, afligidísimas, sostenían una jofaina, donde caía la sangre, mientras que un hombre, el sangrador, le tenía la mano que acababa de herir, para devolverle la vida.

—¿Conque no me he muerto?—dijo el señor Ambrosio, dando un profundo suspiro.

¡Oh! no. La alegría de las dos pobres mujeres que le asistían fué inmensa. Se enjugaron el llanto y empezaron á consolarle, á darle ánimos, refiriéndole lo que le había sucedido, y el trance de muerte en que había estado, durante unas horas.

Entró en esto, el ama, en la habitación y dijo con voz airada:



—Se cansan en balde. El señor Cascarrabias, con quien he pasado tantos años de tormentos callados, bien muerto está. Si viviera, lo mataba. ¡Habrá infame!... Yo no sé dónde ha guardado su dinero. No lo encuentro por ningún lado.

—¡Ni lo encontrarás, villana!—gritó el señor Ambrosio.—¡Vete, si no quieres que, imposibilitado y todo como estoy, te ahogue entre mis manos.

Desapareció el ama, avergonzada y confundida, renegando y perjurando de su suerte.

Entonces el señor Ambrosio, dirigiéndose á su cuñada y á su sobrina, les dijo con dulce acento.

—Hijas mías, he vivido hasta ahora en un error. Dios me ha iluminado; Dios ha permitido sin duda que sufra este accidente, para que, al volver de él, vea lo que antes no veía. Desde ahora seréis mi única familia, mi adorada familia. Os dejo por herederas de toda mi fortuna. Mi dinero está depositado en casa del notario. Viviréis á mi lado como lo que sois; como unas señoras que han sido muy desgraciadas, y que merecen ser muy felices. Se acabaron ya los disgustos, las guerras domésticas, las frialdades. No habrá secretos entre nosotros. Mi sobrina podrá casarse con ese muchacho que ella quiere. No me habéis dicho nada, por temor, por respeto, por desconfianza; pero yo lo sabía todo. Y si antes me hubiera opuesto, por espíritu de discordia, ahora no deseo otra cosa sino que todas las personas que me rodean sean muy dichosas, completamente dichosas... No me agradezcáis nada... Agradecedlo á un sueño que he tenido.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

Ilustraciones de A. Seriñá.

PIROPOS

Tal candidez encuentro,
niña, en tu cara,
y revelan tus ojos
pureza tanta,
que, si te miro,
te voy á echar piropos
y me santiguo.

Ayer tarde en el paseo,
al ver tu rostro y tu gracia
—¡Viva tu madre!—decían
los que á tu lado pasaban.
Un mudo en aquel instante,
cayó muerto, y sin tardanza,
un doctor le hizo la autopsia
y me dijo estas palabras:
—Murió de un *¡viva tu madre!*
que le anudó la garganta.

Cuando veo tus negros
ojos divinos,
colorado me pongo
por lo que digo...
¡Calcula cuánto
rubor tú sentirías
por lo que callo!...

José RODAO



AL DECLINAR LA TARDE

Salón [illegible] Fernando VII, 59

J. CUSACHS — V. VANCELLS



UN PASEO MILITAR

(Exposición Robira. Escudillers, 5, 7 y 9).

EN LAS PROPIAS REDES

Hallámonos en las postrimerías del siglo diecinueve que, como los malos toreros, ha cambiado varias veces de apodo: siglo del progreso, siglo de las luces, siglo del vapor, siglo de la electricidad, siglo del acero... si enumerase todos sus motes, resultarían más siglos que los ya transcurridos de la era cristiana. Y así como Antero Godínez, alias, el *Garboso*, se hace llamar luego *Cúchares chico* ó *Cucharetas* ó *Cucharilla*, y después el *Nene* ó el *Valiente* ó el *Zaragatero*, sin que ni á él ni á sus jaleadores se les ocurran los naturales apodos, el *Chancla*, el *Jindama*, el *Sinvergüenza*, etc., así también pocos ó nadie dan á la centuria que está á punto de terminar su verdadero título: el de siglo del escepticismo, ó si se quiere, del descreimiento.

Empezó en el siglo XVI la meritoria obra de perturbar los cerebros y atrofiar las conciencias; continuó en el XVII; adquirió en el XVIII grandes vuelos, gracias á los frívolos, viciosos é imbéciles nobles franceses, que por sí mismos afilaron las guillotinas que habían de segar sus propias cabezas; y el presente siglo ha sido el de su triunfo y apoteosis. Y como quien siembra vientos recoge tempestades, la cosecha de éstas ha ido en progresión tal, que en la actualidad constituyen la excepción los días serenos.



Mtro. E. Bosch Humet.
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Pero, basta de filosofías, si lo son, y vamos al caso.

Y el caso es que Luciano Fuertes era ó pretendía ser un verdadero hijo de su siglo.

Nada le había negado la suerte: ni buena figura, ni fortuna, ni salud, ni cierto natural despejo que, sino era talento, lo parecía; y por consecuencia de todo ello, ni amantes, ni amigos.

Como la mayor parte de las personas de mediana cultura y carácter atolondrado, Luciano era descreído; y como llevaba una existencia frívola y alegre, su descreimiento, lejos de estorbarle, contribuía á su bienestar y constituía una de sus felicidades.

Delante de él era imposible alabar una acción generosa, ensalzar un rasgo de valor, de virtud, de abnegación, sin que brillara en sus labios una sonrisa mefistofélica y brotara de ellos una frase sarcástica.

—¡Qué hermoso!—exclamaba el abogado Celso Gómez, uno de los íntimos de Fuertes, en el Casino.

—¿El león que ha comprado el Ayuntamiento para la Casa de fieras del Retiro?—preguntaba Luciano, en tono zumbón.

—No tal; esto que acabo de leer: «El acaudalado capitalista señor García perdió ayer por la tarde, en la Castellana, una cartera repleta de billetes de Banco, la cual le fué devuelta, dos horas después, por un guarda-paseos, padre de numerosa familia, á la que tiene que mantener con su exiguo jornal».

—Eso no quiere decir sino que el guarda-paseos es hombre listo y de pocas aspiraciones: supondría que el banquero tiene apuntada la numeración de los billetes, y que, por lo tanto, habría dado aviso á las casas de cambio y hubiera sido fácil que metiesen en la cárcel al que tratara de utilizar los perdidos; por otra parte, prefirió, á correr tal riesgo, la seguridad de una buena recompensa y acaso de un ascenso...

—Pues te equivocas, porque el periódico añade que no ha querido aceptar ninguna de ambas cosas, diciendo que no tiene mérito alguno el cumplir un deber.

—Entonces es un vanidoso, un memo... ó acaso un hombre más astuto de lo que parece... Con una recomendación así, se obtiene fácilmente un cargo de confianza... Apuesto algo bueno á que no pasa mucho tiempo sin que ese mismo periódico nos comunique la noticia de que el guarda-paseos en cuestión se ha escapado con los fondos de cualquier majadero que fió en su probidad, en vista del rasgo que calificas de hermoso.

—¡Eres terrible!

—¡Bah! Soy práctico... Por lo demás, si ese hombre no procediese así, merecería el dictado de imbécil... Ahora no lo ha hecho, sin duda porque el encuentro de la cartera le sorprendió y hubo de pensar que nada tenía preparado para escaparse. En cuanto se vea en situación de hacer impunemente una buena jugada, la realizará, y no seré yo quien le censure por ello... ¡La gran cuestión estriba en gozar de la existencia cuanto se pueda, porque muerto el perro se acabó la rabia!

Y se quedaba tan satisfecho como si hubiera proferido el más profundo é indiscutible de los aforismos.

En otra ocasión, Alfredo Sánchez, médico distinguido y amigo de nuestro despreocupado héroe, manifestó la indignación que le había causado un hecho verdaderamente vituperable.

—¡Qué infamia!—dijo.—¡Ese canalla de Hipólito, ese miserable parásito que se hubiera muerto de hambre mil veces, si no le hubiese amparado el barón de X, abriéndole su casa y su bolsillo, sentándole á su mesa, igualándole á él y obligándonos á todos á que le favoreciésemos...

—¡Acaba, hombre! ¿Qué ha hecho?

—¡Se ha escapado con la esposa de su protector!

—¡Já! ¡Já! ¡Já!...

Luciano Fuertes lanzó una carcajada homérica, y cuando acabó de reirse, repuso:

—Pues mira, yo había considerado siempre á Hipólito como un estúpido; pero ese rasgo me reconcilia con él.

—¡Qué atrocidad!

—No hay tal: gracias al barón, Hipólito tenía cuanto necesitaba, menos una cosa; ha encontrado ocasión de poseer ésta y se ha redondeado... Ha hecho bien: ¡para lo que hemos de vivir!...

—¡Pero pagar mil beneficios con una ingratitud así!...

—Tienes razón: es muy poca cosa. Debía haberle pagado con mil ingratitudes, que es la moneda en que se suelen pagar los beneficios... Por otra parte, nadie manda en el corazón; el deber es la traba con que los hombres listos sujetan á los tontos... Si á la baronesa dejó de gustarle su marido y se prendó de Hipólito, y si éste se apasionó de la baronesa ¿porqué no habían de dejarse llevar de sus impulsos? Desengáñate, hasta el día en que se destierren todas esas ridículas preocupaciones, no marchará bien la Humanidad.

—Ya verás cómo cambias de opinión si llegas á casarte...

—No lo creas: antes de contraer matrimonio, tendré buen cuidado de exponer á la que haya de ser mi esposa mi modo de pensar, para que luego ninguno de ambos nos podamos llamar á engaño...

—No lo harás como lo dices.

—¡Juro que lo haré!

Y en efecto, así lo hizo el insensato.

La mujer que le dió su mano no era mejor ni peor que cualquiera otra. Joven, hermosa, con esa educación deficiente que hace de la generalidad de las mujeres materia dispuesta para todo, trozo de mármol en el que el artista puede esculpir, á su capricho, una virgen ó una bacante, Julia se casó con Luciano, porque éste era guapo, elegante, rico; porque tenía partido entre sus compañeras y, al llevárselo ella, conseguía sobre éstas un triunfo; y en fin, porque al aceptarlo tenía ya la seguridad de no quedarse soltera. Nunca le faltaron pretendientes, pues á sus condiciones físicas reunía la de no ser pobre; pero había visto que algunas otras, en iguales ó parecidas circunstancias, se habían quedado para vestir imágenes, y esta experiencia le demostró que, á veces, entre cien pretendientes no se encuentra un solo marido.

En cuanto á Luciano, se casó por seguir la costumbre; porque había llegado á los treinta años, y cierto natural buen instinto que se sobreponía á las sandeces inspiradas por su vanidad, hacíale sentir repugnancia por esos solterones empedernidos, por esos viejos verdes que en público hacen cínico alarde de sus vicios y de su aislamiento, y en secreto deploran éste y lo maldicen.

La brutal confesión que de sus ideas hizo Fuertes á su prometida, no la retrajo de su resolución. Acaso no le comprendió; tal vez entendióle demasiado. Ello fué que se celebró el enlace, al que asistieron todos los amigos de Fuertes, quienes abandonaron primero el templo y luego el domicilio de los recién casados, donde se celebró el banquete de rigor, haciendo comentarios nada favorables á la felicidad de la nueva pareja.

Sin embargo, durante algún tiempo, no parecieron confirmarse tales augurios.

Ni Luciano, ni Julia dieron motivo á las murmuraciones de sus amigos y conocidos; ella mostróse desde el primer momento, sino apasionada, atenta y deferente con su marido; y éste, bien que blasonando sin cesar de independiente, puso término á sus locuras de soltero.



UNA VISITA AL NENE. — Cuadro de B. FERRANDIZ.

Poco á poco, Fuertes fué aficionándose á las dulzuras de su nuevo estado, y la satisfacción que en él experimentaba llegó á ser para todos tan evidente, que le acarreó las pullas más ó menos punzantes de sus amigos. El trató de defenderse, y para demostrar que éstos estaban equivocados, aumentó las intemperencias de su lenguaje, defendió con más calor que antes las teorías más disolventes, la legitimidad de todo lo ilegítimo, la negación de todo lo honrado... no obstante lo cual, fué imposible hacer trasnochar á aquel terrible demoledor, ni llevarle á una orgía, ni obligarle á incurrir en leso delito de infidelidad conyugal.

Llegó un momento en que su esposa le participó que iba á ser madre. Luciano abrió los brazos por espontáneo impulso; pero un segundo después los dejó caer, torció el gesto y masculló:

—¡Vaya! ¡Una pejiguera más!

Aquella misma noche, antes de acostarse, consagró algunas horas á estudiar la situación de su hacienda, y como la encontrase algo desordenada, por consecuencia de sus anteriores disipaciones, adoptó la resolución de confiar el arreglo de ella á Celso Gómez, inteligentísimo en la materia.

Desde el siguiente día, puso en planta su proyecto; otorgó amplios poderes á su amigo, y éste, suprimiendo gastos innecesarios, cortando abusos, liquidando operaciones onerosas, haciendo entrar en razón á los que habían procedido de mala fe, cobrando créditos de realización dudosa, llevó la abundancia al hogar de Luciano, quien juraba y perjuraba que sólo le había movido á ordenar sus asuntos, el haberse cansado de ser tonto, no la idea de asegurar la suerte de su futuro vástago.

¡Los hijos! ¡Bah! Según él, no eran otra cosa que unos extraños que costaban más caros que los demás.

Julia dió á luz un niño, perfectamente asistida por Alfredo Sánchez; la vida de la madre y del hijo estuvo en peligro, pero la ciencia del médico los salvó. Luciano hizo un espléndido regalo á su amigo... porque le había evitado los gastos y las molestias de dos entierros.

Pasó un año más.

Un día, Fuertes, que había salido á negocios; en los que ocupó toda la mañana, volvió á su domicilio y preguntó por su esposa.

—La señora salió poco después que usted y aún no ha vuelto, — le contestaron.

Luciano penetró en su despacho, y encima de la mesa, en el sitio más visible, encontró una carta; al fijarse en el sobre, su rostro se cubrió de densa palidez: la letra era de Julia.

Abrió la epístola, dominado por nerviosa excitación, y á duras penas leyó lo siguiente:

« Luciano:

» Tus constantes predicaciones han producido su efecto: la virtud, la » fidelidad, la honradez, el amor, la amistad, son palabras vanas; los de» beres no son sino los lazos con que los listos sujetan á los tontos; como » que no existe más vida que la presente, hay que disfrutar de ella á toda » costa, sin privarnos de nada por nada ni por nadie. Persuadida de ello y » habiéndome enamorado de tu amigo Alfredo, huyo con él. Nos lleva» mos á Lucianito en la seguridad de hacerte un favor, ya que opinas que » los hijos no son sino extraños que cuestan más caros que los otros. Es » inútil que nos persigas, pues hemos tomado bien nuestras medidas para » no ser encontrados. — JULIA. »

« *Postdata:* Yo he llegado á tiempo para impedir la fuga de tu esposa » y Alfredo; pero lejos de intentar semejante cosa, he preferido entender» me con ellos, y á la vez que Sánchez se marcha con Julia, yo me voy » con todos los fondos de la caja... ¡No soy un imbécil como el guarda» paseos de la Castellana!

» Tu ex amigo, — CELSO. »

Luciano, apretándose las sienes con ambas manos, cual si temiese que le estallaran, paseó en torno suyo una mirada de extravío; estaba á punto de perder la razón... Por fortuna acudieron á sus ojos las lágrimas, brotó un sollozo de su garganta, y cayó de rodillas exclamando:

—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí!... ¡Soy un miserable!... ¡Yo solo tengo la culpa de todo!... ¡Perdón, Dios mío, perdón!...

—¡Gracias, á Dios! — exclamó una voz que le obligó á incorporarse de un salto.

Volvióse y quedó inmóvil, sorprendido, fluctuando entre la alegría y la cólera. Julia se encontraba ante él.

—¡Tú!... ¡Tú!... — gritó. — ¿Y mi hijo? ¿Y esos infames?...

—Tu hijo está con mi madre, en el cuarto de la doncella; yo no me he movido de casa; Alfredo no sabe una palabra de lo sucedido, y en cuanto á Celso, se marchó apenas hube conseguido, con no poco trabajo, que pusiera esas cuatro letras.

—Pero ¿cómo te has atrevido?... ¿Por qué has osado?...

—Porque tu lenguaje, expresión de unas abominables ideas que no tienes, había llegado á ser intolerable; porque no he querido que nuestro hijo, al llegar á mayor, fuese desmoralizado por su padre ó hubiera de despreciarle; y en fin...

—¡Acaba!

Julia se acercó á él, rodeóle el cuello con ambos brazos y, pegando los labios á su oído, añadió con pasión:

—¡Porque te amo!

Luciano, dando expansión por primera vez á sus verdaderos sentimientos, estrechó contra su pecho á su esposa y exclamó, delirante de gozo:

—¡Bendita seas!...

Desde entonces ya no le importa que se le deje de tomar por hijo de su siglo.

EDUARDO BLASCO



LA RECOMPENSA

Azares de una guerra desastrosa
que toda España con dolor recuerda,
arrancaron á Juan una mañana
del lugar donde vió la luz primera,
dejando su partida
inundada de llanto y de tristeza
á aquella viejecita venerable
y á su gentil y hermosa compañera,
la moza más garrida del contorno,
la gloria y el orgullo de la aldea,
por las que él trabajaba sin descanso
en la ruda faena
de remover la tierra con la azada
y arrancar sus tesoros á la tierra,
ya bajo el sol canicular que abrasa,
ya con un frío que la sangre hiela.
Lloró Juan, al partir, porque allí solos
para siempre tal vez, por suerte adversa,
quedaban los dos seres
que le hacían más grata la existencia.
«La patria me reclama y voy tranquilo,
aunque solas y tristes las dos quedan,
(exclamó Juan llorando)
que Dios es bueno, y velará por ellas.»
Dió principio el combate con el alba,
peleando los hombres como fieras,
á fin de contener al enemigo
que al choque avanza en actitud resuelta.
Tronó el cañón, que estremeció los hondos
graníticos cimientos de la sierra,
y el espacio atronaron
en confusión siniestra
el raudo galopar de los corceles,
el golpear de sus cascos en las piedras
el siniestro rumor de las descargas,
el bélico vibrar de las cornetas,
el eco del tambor, la voz de mando,
el gemido de rabia, la blasfemia,
el grito de dolor del moribundo
que entre su propia sangre se revuelca,
al sentir que la vida se le escapa
por la ancha herida en que la sangre humea...
Sigue el combate con creciente encono;
aires de muerte los espacios pueblan;
una línea acomete, la otra avanza;
hállanse frente á frente las dos fuerzas;
surge el choque brutal, tremendo, rudo;
¡chocan las armas, la matanza empieza!
Jinetes y caballos,
en confuso montón, saltan ó ruedan;
corre la roja sangre
cuya vista los odios espolea,
y el combate es más fiero, más horrible,
porque es cuando en el hombre se despiertan
con el ansia feroz de las venganzas
los brutales instintos de la bestia...

. . . .

Juan, en aquel combate,
peleó con bravura, con fiereza,
y fué el primero en rebasar la línea
que defendía la enemiga fuerza;
resultando, al final de la batalla,
con un brazo de menos y una pierna.

Tornó á su pueblo el infeliz inválido,
poco después de la mañana aquélla
en que del lado de sus dos amores
le arrancaron azares de la guerra.
Su madre había muerto,
y su gentil y hermosa compañera,
la moza más garrida del contorno,
la gloria y el orgullo de la aldea,
huyó del pueblo aquél con un amigo,
tal vez por consolarse de la ausencia
del hombre infortunado
que cumplió como bravo en la pelea.

Juan, no obstante, es dichoso;
no exhala ni un lamento, ni una queja,...
porque la madre Patria
le dió la merecida recompensa,
¡otorgándole, en premio á su heroísmo,
una pensión mensual de *dos cincuenta!*

MANUEL SORIANO

VALS

I

—¡Yo quiero ir al baile...!—llorando decía —
Allí se respiran placer y alegría;
los hombres, rendidos, nos hablan de amor
y juran querernos con ansia creciente,
en tanto que surgen, llenando el ambiente,
las plácidas notas del vals seductor.

—¡Yo quiero ir al baile...!—decía llorando.—
Me hallaba impaciente, la fiesta esperando...
¡Por Dios, abuelita...! ¡Yo quiero bailar.. !—
Y un poco irritada, decía la abuela
con tono imperioso:—¡Silencio, tontuela!
¡Pues, hombre... me gusta! ¡Qué modo de hablar!—

Mas tanto la niña, tenaz, suplicaba,
con tal sufrimiento y angustia lloraba,
que, al fin, convencida, la abuela cedió...
Y mientras la niña gozosa se viste,
sus galas miraba la vieja, muy triste,
diciendo entre dientes:—¡Así empecé yo!—

II

Tiene la niña los bucles de oro,
lleva en los ojos sueños de amor,
y el brillo guardan de tal tesoro
pestañas negras como el dolor.
Son sus mejillas nácar y rosa,
y de sus labios, como el carmín,
surge una esencia voluptuosa
de ámbar y lirio, nardo y jazmín.
Su rostro es blanco como la nieve,
sus hombros, tersos como el cristal,
el pie pequeño y el talle breve,
ebúrneo el seno y escultural...
Cuando, en la danza vertiginosa,
vuela la falda y enseña el pie,
su zapatito color de rosa
es el encanto del que lo ve...
Son las conquistas de su hermosura
todos los hombres que á verla van;
por ser el dueño de su cintura
diera la vida más de un galán...

. . . .

Allí vió entonces por vez primera
al hombre amado con quien soñó,
y aún hoy recuerda lo que dijera
aquel ingrato que la olvidó...

III

—¡No llores, bien mío!—la abuela decía.—
Recobra la calma, la paz, la alegría;
yo siempre te quiero... ¡más que antes quizá!
El llanto marchita tu cara de rosa...
Te pones muy fea... ¡No llores, preciosa!
Al fin, todo pasa; serás más dichosa.
¡Quién sabe...! Ese ingrato, tal vez, volverá...

¡Yo bien te decía:—no vayas, bien mío,
que, al fin de esas fiestas, aburre el hastío,
y, muerto el encanto, se acaba el placer...
Soñando, amorosas, risueños celajes,
nos ciegan las joyas, las luces, los trajes,
y, envueltas en nubes de sedas y encajes,
las niñas incautas se suelen perder...

Mis buenos consejos oir no quisiste;
y, al ver tu alegría, yo estaba muy triste
que, en tiempos pasados, lo mismo hice yo...
También fuí yo joven y fuí muy hermosa;
también fuí yo al baile, radiante y gozosa;
también á mí un hombre con voz temblorosa
juró amarme siempre... ¡Tampoco volvió!

¡Los valses! ¡Los valses!... El baile nos llama,
y, mientras el pecho de amores se inflama,
nosotras pensamos:—¿á quién amaré?—
¡Los valses! ¡Los valses!—la abuela decía
con voz que un suspiro más bien parecía,
y luego muy quedo, muy quedo, añadía:
—¡No sé lo que tienen los valses...! ¡No sé!...

JOSÉ JUAN CADENAS

EL CARDENAL CISNEROS

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Pocos nombres salidos, puede decirse, de la nada, se mantienen rodeados de la aureola de gloria que el Cardenal Cisneros, merced á sus grandes méritos por todos reconocidos y ensalzados.

Hijo de un pobre receptor de diezmos, nació en el pueblo de Torrelaguna, por los años de 1436.

Atendidos los raros talentos que mostraba, no vaciló su padre en darle una esmerada educación, mandándole á Salamanca, donde estudió humanidades, filosofía, derecho, teología y lenguas orientales.

Ordenado sacerdote, marchó á Roma (1455), mostrando tan profundos conocimientos en la defensa de los derechos de la Iglesia, que el Papa Sixto IV le concedió una bula de exección para el primer beneficio que vacase en la diócesis de Toledo. Vuelto á España, el Arzobispo Carrillo dió el beneficio que á Cisneros correspondía á un sobrino suyo, no sin que éste protestase; protesta que le llevó á un calabozo, en el que permaneció seis años, y del que salió templado para las grandes luchas de la vida.

Nombrado por el Obispo de Sigüenza, Vicario general, bien pronto se hizo pública la fama de su saber; siendo tan grande el número de personas que solicitaban sus consejos, que vistió el hábito de San Francisco y se retiró al fondo de una celda.

Presentado á Doña Isabel la Católica por el Cardenal Mendoza, la gran Reina le elegió por su confesor y consejero, cargos que obstinadamente rehusó y que al fin tuvo que aceptar en obediencia á una orden del Pontífice. Más tarde, al recibir de manos de Doña Isabel la bula nombrándole Arzobispo de Toledo,—cargo que ella había solicitado secretamente del Papa,—se negó también á admitirlo, marchando de palacio y refugiándose en su convento. Obligado á aceptar la mitra, dedicóse á la reforma de las Ordenes religiosas; tarea ingrata, en la que mostró su elevado carácter y firme corazón.

Una vez Ministro universal, para contener á los moros de Africa, que infestaban las costas de España, emprendió la conquista de Orán, que realizó á la cabeza del ejército, y sufragando los gastos con las rentas de su arzobispado.

Pero aún quedábale á Cisneros que realizar una colosal empresa.

Regente de España, á la muerte de Felipe el *Hermoso*, por la incapacidad de de la reina Doña Juana, vulgarmente apellidada la *Loca*, hubo de serlo nuevamente, al fallecimiento de Don Fernando el Católico; logrando con su talento, y una energía superior á su avanzada edad, que el nieto de éste, Don Carlos, fuese reconocido por Rey, si bien precediendo en todos los actos el nombre de su madre al suyo. Después, comprendiendo la urgente necesidad de domar aquella nobleza siempre turbulenta y siempre revoltosa, que tenía en sus manos el poder y la riqueza, ordena una pesquisa sobre los bienes de los grandes, reconquistando para el Erario público cuantas donaciones los monarcas les habían hecho *en momentos de apuro ó debilidad*. ¡Harto sabía Cisneros que los nobles le declararían la guerra, y, para hacerles frente, decidió apoyarse en los pueblos, levantando frente al ejército feudal de los señores, las milicias provinciales, que tomaron el nombre de sus respectivas ciudades. Los grandes se lanzan á la esperada batalla, y, á modo de avanzadas y para conocer el temple de alma de Cisneros, empiezan por promover sangrientos motines en Mayorga, Salamanca, Burgos y Valladolid, que el Cardenal se apresura á reprimir. Vista la inutilidad de este medio, y dispuestos á jugar el todo por el todo, se presentan en su palacio de Madrid á exigirle los poderes con que gobierna á Castilla. El audaz franciscano, que había previsto el caso, les enseña el testamento de Don Fernando el Católico, ratificado por su nieto Don Carlos; y abriendo luego los balcones, les presenta bajo de ellos las milicias de los pueblos formadas y con los cañones prontos á disparar, diciéndoles:—*Mirad, esos son mis poderes. Con ellos gobierno, y gobernaré á Castilla, hasta que vuestro señor y el mío venga á tomar posesión de su reino.* Los nobles se retiraron confusos y amedrentados, y bien puede asegurarse que aquel día, á la voz de un modesto hijo del pueblo, cayó para siempre el omnímodo poder de la grandeza.

Pero Don Carlos, al venir á España, rodeóse de una turba de flamencos que se disputaban los mejores puestos de la Corte, que vendían los altos cargos del Estado, que tiranizaban á España y la saqueaban, como viles salteadores. Cisneros no pudo ver con calma semejantes procederes, y escribió una enérgica carta á Don Carlos para que apartase de su lado á aquellos miserables flamencos, cuyo número, rapacidad é insolencia irritaba á los castellanos; recibiendo, ¡por todo galardón! una fría carta, en la que, á vuelta de algunas bellas frases, se le permitía retirarse á su diócesis de Toledo *á terminar pacíficamente sus días*. La lectura de aquella carta produjo la muerte al Cardenal en la villa de Roa, á la que había llegado para recibir á Don Carlos, el día 8 de Noviembre de 1517. No falta historiador que afirma que el repentino fallecimiento de Cisneros fué producido por una trucha envenenada que le suministraron secretamente los flamencos, sus declarados y mortales enemigos.

Es indudable que el reinado de los Monarcas católicos debió á Cisneros gran parte de su gloria.

No le apartaron las contiendas políticas ni las acciones de guerra, del cultivo de las letras ni del noble ejercicio de la caridad. Fundador de la famosa Universidad de Alcalá, realizó la obra colosal de la *Biblia Políglota*,—así llamada, por estar escrita en varias lenguas por los hombres más sabios de su época,—escribiendo, también, una notable *Historia del rey Wamba* y varios *Tratados de teología*. Después de la cultura, el bien y la caridad, fueron el norte de su vida, pudiendo alabarse, con justa razón, de no haber empleado mal un sólo escudo de sus rentas; pues cuanto le producían, los empleaba en sus queridos pobres.

Don Alejandro Ferrant, el ilustre pintor que desde su pensión en Roma había llegado, por el esfuerzo de su poderosa inteligencia, á las cimas del arte, presentó en la Exposición de 1892 el cuadro que hoy copiamos: *Cisneros inspeccionando los trabajos del Hospital de la Caridad en Illescas*, fundación suya.

En la Capilla Mayor de la iglesia de San Ildefonso de Alcalá de Henares, está depositado el cuerpo del Cardenal don Francisco Giménez de Cisneros, en un magnífico monumento; y en el mismo templo se conservan su retrato y las llaves de la plaza de Orán, por él conquistada.

Liberal, justo, incorruptible, austero, desinteresado, de gran corazón y vastísimos conocimientos, es uno de los hombres de mayor valía que la España ha contado; y los pueblos que lo admiraron, en vida, como á un hombre superior, le reverenciaron, después de muerto, como á un santo.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



CISNEROS INSPECCIONANDO LOS TRABAJOS DEL HOSPITAL DE LA CARIDAD EN ILLESCAS

Cuadro de ALEJANDRO FERRANT.

MATEO BALASCH



RECUERDOS DE ITALIA



Cuadro de Cecilio Pla.

LA DESCORTESÍA

Ninguna cualidad es más necesaria y amable que la cortesía en el trato de las gentes. Nada tampoco más fácil de adquirir que maneras cultas y afectuosas, y, sin embargo, por contradicción inexplicable, nada es más difícil de hallar que un hombre culto y bien educado en todas las situaciones de la vida.

Las relaciones humanas comienzan en la exterioridad superficial y van en gradación creciente hasta las intimidades simpáticas que unen á los seres con lazos profundos y sinceros. Desde la simple cortesía hasta la amistad y el cariño existe toda una serie de afectuosos sentimientos. Así también se pasa, en sentido contrario, desde la descortesía hasta la bajeza y el crimen por una escala descendente de villanos sentimientos hostiles y egoístas.

Mirada la cuestión desde un punto de vista positivo, puede atribuirse á la descortesía una importancia moral reveladora considerable. Ella implica un fondo ruín, un carácter lleno de lacras vergonzosas.

¿Cómo podría, en efecto, admitirse que un individuo poco respetuoso con sus semejantes, que los ofende con modales y palabras despreciativas ó incultas, sea capaz de experimentar por ellos tiernas y afables inclinaciones?

La actitud exterior es casi siempre indicio seguro de la extructura íntima, de las cualidades internas del sujeto. La dureza y malignidad del corazón y de la conciencia se revelan en la frase incisiva, en la expresión malévola, en el gesto iracundo, en el modismo vulgar que se expele acompañado de los gestos y maneras indignas que constituyen el modo de ser del hombre descortés y mal educado.

Es ésta una ley que no me ha engañado nunca. No todos los sujetos corteses son de tan buen natural como parecería indicarlo sus modales, pero es, en cambio, completamente seguro que tras una superficie áspera y soez se esconde un alma que sólo vibra al impulso de bajas pasiones y mezquinos sentimientos. La calificación moral de todo individuo se inicia por el examen del trato que adopta en sociedad.

Tal inducción se funda y encuentra firme base en el análisis del carácter del hombre. La delicadeza y sensibilidad exquisitas, la inteligencia penetrante y comprensiva, se traducen, lógicamente, en la palabra atenta, en el juicio benévolo, en la frase bondadosa y complaciente del que se esfuerza para no lastimar y, yendo más lejos, para agradar á las personas que lo rodean.

En definitiva, la descortesía importa un flagrante desconocimiento de los principios de moral más sencillos, elementales y fáciles de observar.

Los hombres delicados se alejan, por un primer movimiento instintivo, de aquellos otros brutales ó descuidados que con su conducta demuestran lo poco que les importa causar impresiones dolorosas en la conciencia ajena. La inteligencia reflexiva enseña luego que ese primitivo impulso obedece á la visión de un peligro, á la comprensión de una diferencia substancial de naturaleza.

La mayoría de los individuos superficiales é ignorantes no ocultan el desprecio en que tienen á esas prácticas que designan bajo el título de formas exteriores. Es que confunden lamentablemente el ceremonial de la etiqueta con la verdadera cortesía.

La primera constituye, efectivamente, una simple forma exterior de mutuo respeto, obligatoria también en el concierto social, pero cuya omisión no es tan grave, pues su causa puede no ser profunda y reducirse á ciertos actos que no ocurren ni se presentan con frecuencia. En cambio, la descortesía se ejerce siempre que se inflige por activa ó por pasiva, por acción ó por omisión, un desagrado productor de una emoción penosa en aquél sobre quien recae.

Lo que prueba el carácter de verdadera inmoralidad que asignamos á la descortesía, es su asociación inmediata y visible con tendencias inferiores, de las que aquélla no es más que revelación ó demostración exterior.

El individuo que, por ejemplo, no agradece con hechos ó al menos con palabras el beneficio moral ó material con que se le hubiera favorecido, comete una descortesía por omisión, expresiva de tan común y vergonzoso defecto moral como es el desagradecimiento.

El sujeto que por su posición, sea oficial, sea privada, tiene á otros bajo sus órdenes y los trata con maneras iracundas, gritos destemplados ó descomedidas exigencias, proclama bien á las claras que aprovecha sus ventajas para ejercitar una voluntad despótica y satisfacer inclinaciones propias de un espíritu rastrero y miserable.

Podría multiplicar los ejemplos hasta el cansancio. En todos ellos se vería aparecer la deficiencia interior traducida en la descortesía y mala educación exteriores.

Es necesario, pues, tener muy presente la descortesía, juzgándola como cualidad demostrativa negatoria de todo aprecio y de toda consideración. Por más *distinguido* que sea el individuo mal educado, aquélla revelará siempre la existencia de los sentimientos que hacen odioso y despreciable al hombre y que son la antimonía de toda verdadera y legítima distinción, porque implican, aun en el mejor de los casos, «los dos únicos vicios imperdonables: la vulgaridad y la aspereza.»

Carlos BAIRES



EL PRÍNCIPE DON CARLOS DE VIANA

Cuadro de Moreno Carbonero. — *Fot. J. Laurent y C.ª*



Fot. Audouard.

ELEONORA DUSE

Así como la mayoría de las actrices eminentes, al salir á escena, son siempre el personaje que representan, en la Duse ocurre todo lo contrario: tantas veces y en tantas obras como trabaja, es siempre, al salir, la Duse, ella, la actriz eminente que con el gesto, el ademán, la voz, ese prodigioso conjunto de cualidades que emplea en su arte con talento sumo, nos electriza, nos subyuga, nos domina, teniéndonos pendientes hasta de sus menores movimientos.

Y he aquí que, del propio modo que en casi todas las eminencias, conforme avanza la ejecución de la obra, el personaje que representan va desapareciendo y surgen ellas con su escuela declamatoria y sus ademanes y movimientos, siempre los mismos, Eleonora Duse va desapareciendo poco á poco, para que surja en ella el personaje que interpreta y al cual hace vivir con todo el impulso de su alma poderosa de artista.

Y hélo ahí todo... El arte es eso: dar vida, crear, hacer que los personajes interpretados, vivan por sí con nuestra vida; no que ellos vivan en el artista y con él sé confundan, dominando siempre la personalidad de este último.

Cada personaje que representa la Duse, es la creación vívida del autor. La Duse es... *La Dama de las Camelias, La seconda moglie, Fedora*... su repertorio entero.

Cuanto pudiéramos decir después de lo anterior, sería inútil, y pareciera indudablemente querer *descubrir* á una eminencia que conoce y admira Europa entera.

El retrato que encabeza estas líneas, presenta á la eminente actriz en una de sus más hermosas creaciones.

***

POR EL ATAJO

Carbonell era un solterón impenitente, de cuarenta años, desdeñoso con los goces de la humanidad, que había gustado en su juventud, amargándolos con la inoportuna intervención de un criterio extremadamente analítico. Desde el fallecimiento de su hermana, que fué al sepulcro con la palma de la virginidad, vivía solo, en las alturas de una casa del enmarañado barrio de Segovia, sin ilusiones ni ambición, exento de la dura ley del trabajo, por la previsora economía de sus difuntos progenitores.

He dicho que vivía solo, y esto no es exacto: acompañábale de continuo un perro, que participaba de las cosas de Carbonell, á modo de comunero *pro indiviso*, en la forma y proporción adecuadas á su naturaleza canina. *Leal* agradecía á su amo, como los perros saben agradecer, no la manutención, que esto sería elevarse al sentimiento humano, sino el cariño que aquél le demostraba, y Carbonell no veía en su perro al animal doméstico, *cosa* susceptible de ocupación, sino al compañero que le amaba con esa ingenuidad que dificultan entre los hombres los convencionalismos de la educación social. En sus relaciones de hombre y perro, como en la edad dichosa que los antiguos llamaron de oro, no tenían valor alguno los pronombres posesivos de primera y segunda persona (si pueden llamarse de este modo cuando el sujeto del pronombre es un perro); comían en el mismo plato, uno después de otro, lo que para ambos guisaba la portera; iban juntos á la Cervecería á tomar, respectivamente, café y azúcar (Carbonell tomaba el café amargo); dormían en la misma alcoba, uno en estrecha cama de hierro y el otro junto á los zapatos de su amo, en una zamarra; y, abreviando, no había dos seres tan unidos en todo Madrid.

NOTA ARTÍSTICA; por Juan Brull.

Cuando la luz solar, filtrándose por cristales y visillos, disolvía la espesa obscuridad de la alcoba, dejaba Leal las ociosas lanas, exhalando ruidosamente el último resto de pereza en un largo bostezo. De este modo entraba en el pleno dominio de sus facultades, que alguno tendría, digan lo que quieran los cartesianos, y, apoyando en el revuelto borde del lecho sus patas delanteras, miraba á su amo, no sin cierto asombro, bajo la acción misteriosa del sueño.

Carbonell, en aquellos instantes, asemejábase á uno de esos muertos de los que se dice que parecen dormidos. La cabeza, pesando inerte sobre la almohada, hundíala en el centro, y, entre mechones de pelo negrísimo, destacábase la palidez hipocrática del rostro, que los párpados habían apagado. . Era feliz, aunque sin tener de ello conciencia; tanto más feliz cuanto más anulado estaba su pensamiento, según deducía, *á posteriori*, de la comparación entre su estado de actividad cerebral y aquel otro, sin ideas ni sensaciones, que desvanecía Leal un poco asustado, llamándole á la actividad monótona de la vida con cariñosos golpecitos en el hombro.

Carbonell, comprendiendo que el perro no era responsable de la contrariedad que le hacía sentir despertándole, acariciaba aquella cabeza que se inclinaba sobre la suya con un palmo de lengua fuera.

—¡Cómo nos aburrimos! ¿Verdad?—le dijo una mañana, mientras se ponía perezosamente los pantalones.

Leal no le entendió, por desconocer el sentido del verbo. *Aburrirse*, acto reflexivo de los privilegiados individuos de la humanidad, malestar sin causa que ataca preferentemente á las razas civilizadas...

No era compatible el aburrimiento con su naturaleza canina y, por consiguiente, tampoco lo eran su concepto ni la palabra que lo expresa. Aunque comprendiese, á su modo, la diversidad de los caracteres humanos, lo cual es muy dudoso, no sospecharía que el aislamiento voluntario de Carbonell le hiciese desagradable la existencia; él, como perro sumiso, participaba forzosamente de las desventajas de aquella vida ascética; pero sentíase alegre contemplando el aburrido semblante de su amo y no necesitaba otros alicientes para sostener el interés de las horas que transcurrían; y ésto siendo él un perro muy *comunicativo*, especialmente con sus congéneres, á los que trataba, desde la primera entrevista, con esa hermosa confianza que no hace distinción de clases.

A mediados de un caluroso verano, apoderáronse de Leal un desasosiego y una melancolía crecientes: diríase que experimentaba el contagio del humor tedioso de su compañero; pero no era tal cosa. Aquel malestar sintomatizaba una enfermedad terrible, adquirida no se sabe cómo ni dónde: la rabia.

La crisis aguda no se hizo esperar mucho. El perro debió de preveer las consecuencias del acceso y, momentos antes de sufrirlo, huyó del albergue doméstico para siempre, lanzándose á una correría loca por las calles, donde sembró, al azar, su venenosa baba, repartiéndola en dentelladas de muerte.

* * *

En adelante, Carbonell ya no tuvo quien le despertase. Todas las noches, después de una lucha más ó menos larga con el insomnio, perdía el negro hilo de su existencia en la misteriosa anulación de las facultades mentales; pero volvía á recogerlo por las mañanas, harto de sueño, al abrir los ojos en su estrecha cama de célibe.

Largo rato permanecía pensativo, con la mirada fija, unas veces en el techo y otras en el traje que pendía de la percha como un ajusticiado de la horca.

No se apresuraba á comenzar la actividad inútil del día: ¿para qué? Levantarse; engañar el tiempo, empleándolo en la satisfacción de ficticios deseos, nutrir el organismo, y acostarse otra vez para reponer las energías tan neciamente gastadas... ¿Valía esto la pena de descolgar la ropa y ponérsela?

Una mañana, en el instante de abrir los ojos y ver la luz, ocurriósele que la vida era absurda, y, cual avaro que ve brillar en la calle una moneda, su pensamiento apoderóse de aquella idea, y se puso á examinarla detenidamente, temiendo que resultase falsa.

Pensó que la existencia consiste en el ejercicio de una actividad que tiene por objeto existir, círculo vicioso al que los seres están sujetos como una caballería á una noria; luego no tenía razón de *ser* lo que *era*, recíproca y simultáneamente, medio y fin de sí misma. Pero si la vida se gasta para subsistir, á semejanza de un animal que se alimentase con su propia sangre, ¿no sería preferible un aniquilamiento repentino, cesando en aquella nutrición dolorosa por propio impulso... La cosa merecía estudiarse.

Y la estudió con calma, como quien no tiene otros asuntos en que ocuparse y se dedica á aprender el sanscrito, por ejemplo. Disgustábale su existencia, vacía de deseos, de necesidades y de afectos; pero no tenía gran prisa en morir: habiendo aguardado tantos años, ante la perspectiva de una existencia indefinida, bien podía aguardar algunos días más, ahora que tenía la certeza de acabar cuando lo decidiese.

Determinado, pues, á no cometer una ligereza irremediable, levantóse aquel día con el propósito de continuar reflexionando, mientras hacía una última prueba de la decantada felicidad de vivir, procurando robar al mundo las emociones que á otros tanto satisfacían y que á él le habían sido negadas.

Para conseguirlo, se dedicó á comer en las fondas más concurridas, á asistir á toda clase de espectáculos, á leer periódicos, á buscar en la discusión el apasionamiento por las cuestiones de actualidad; hizo grandes esfuerzos de imaginación para procurarse, en los teatros, las impresiones del terror trágico y el efecto cómico; para encontrar ilusorios goces en la satisfacción de las necesidades fisiológicas; para interesarse en las cosas de la humanidad.

Sólo consiguió acrecentar su inmenso desprecio por la vida. Cuando la atención, fijada violentamente en aquellas insensateces humanas, se apartaba de ellas, encontrábase aislado en una sociedad de locos, sin relación alguna afectiva con las cosas del mundo, y, entonces, el fantasma del tedio se le presentaba, más sombrío y amenazador que antes, y el suicidio, desnudo de figuras retóricas, ofrecíasele con toda su terrible dureza, como único remedio posible.

***

Una tarde, al concluir de almorzar, Carbonell decidió matarse antes de que llegase la noche; había madurado su idea, como un buen estoico de la antigüedad, y creía que ya no era lógico dilatar su resolución; pero ni aún entonces tuvo prisa. A semejanza de todo viajero, antes de *partir* para siempre, quiso echar una ojeada última á las cosas que pudieran interesarle, por si se olvidaba de alguna.

Las horas que en esto empleó, pasaron sin hacerle sentir su pasada monotonía, como un crepúsculo de la eterna calma en que iba á sumirse. Ni siquiera tuvo impaciencia. Su pensamiento, empleado en resucitar antiguos recuerdos, estuvo plácidamente entretenido, mientras las manos registraban cajones y cofres, cerrados hacía mucho tiempo; en unos y otros encontró objetos que le emocionaron, evocando en él las imágenes de sus padres y de su hermana, que ya habían muerto; de su infancia y de su juventud... muertas también. Y en memoria de aquel niño feliz y de aquel adolescente iluso, que *habían sido* él mismo, se compadeció, por lo que había vivido de más, afirmando su voluntad de fundir su presente y su pasado en la anulación de la existencia.

No hizo testamento ni dejó carta que explicase el motivo del suicidio: ¿para qué? Si hubiese tenido interés por alguien ó creyera que su sangriento fin podía despertar otros sentimientos que la curiosidad de los aficionados á la literatura folletinesca, entonces, su muerte voluntaria ya no sería tan lógica.

A las cinco cargó el revólver, cerciorándose antes del buen juego de su maquinaria; y notando, durante estas operaciones, que le temblaba el pulso, sin duda por efecto de la emoción experimentada al exhumar recuerdos antiguos, dejó el arma sobre una mesa y asomóse al balcón, para calmar aquella ligerísima excitación de sus nervios.

Caía la tarde. El sol, resbalando majestuoso por la inmaculada concavidad del firmamento, quebraba sus rayos en la línea ondulada del horizonte, hiriendo de soslayo á los campos, que se bañaban en aquella luz tibia como en una disolución de oro. La mirada de Carbonell, saltando el tejado de una casa inmediata y deslizándose por el barandaje del Viaducto, que cruzaba el campo visual, explayábase en la campiña del Manzanares, que pronto dormiría con esa calma augusta de lo que no piensa, sin cesar, por ello, en el sordo trabajo de germinación y descomposición que se opera en sus fecundas entrañas, para eternizar la vida universal á costa de los individuos. Por el Viaducto desfilaban los insectos humanos, como negra fila de hormigas, afanados también en el trabajo estúpido de la existencia, bajo la escrutadora mirada de los guardias de seguridad; y allá abajo, en las amarillentas praderas, el humo de las barriadas del puente de Segovia manchaba el ambiente de aquella serena tarde de otoño.

Había llegado la hora en que flota sobre la villa entera el incienso impuro de sus cocinas; en todos los hornillos hervía la cotidiana pitanza, carne de millares de reses, cociendo á fuego lento, para reponer la substancia orgánica gastada por el vecindario en los trabajos del día y disponerle á que la gastase de nuevo en los placeres de la noche, con esa prisa inconsciente de vivir que devora á los hombres, como si hubiese de faltarles tiempo para esa labor tan semejante á la de Penélope. Y, sin embargo, después de algunas horas, el sol volvería á alumbrar protectoramente aquellas miserias de microcosmos, nacidas al calor de sus rayos, y lo mismo al día siguiente, y al otro, y, de este modo, durante la ilimitada sucesión de los siglos, mientras la bolita de tierra gire alrededor de la bolita de fuego...

Carbonell apoyó en la sién derecha la boca del arma. Su vida era ya cuestión de instantes, los que tardase en tranquilizársele el corazón, que latió con fuerza, como si brincara en el pecho, cuando el hierro se puso en contacto con la frente. El péndulo de un antiguo reloj, erigido en severo maestro de aquella entraña, marcaba los segundos con impasible regularidad.

Firme sobre sus pies, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, y sosteniendo, con la derecha, el revólver, aún miraba á las lejanías del paisaje, esperando una orden enérgica del pensamiento para doblar el dedo sobre la palanquita niquelada del gatillo. Las notas picadas de una polca y el risueño diálogo de dos muchachas escalaban el aire y se introducían, por el balcón, en el cuarto del que iba á morir, con algarabía de colegialas en asueto. Desde el tejado de la casa cercana, un gato miraba fijamente á Carbonell con sus ojos redondos...

Pasó todavía un segundo. Luego, la voluntad del estoico suicida fué consciente otro instante más, mientras el dedo oprimía el gatillo, haciendo saltar aquel cráneo lleno de aburrimiento. Después...

De Carbonell nada tengo ya que decir. Quien se llevó un gran susto fué el gato.

NICOLÁS DE LEYVA

APUNTES DE BASTIDORES; por P. BERTRÁN.

DIONISIO



ORILLAS DEL RI-TO

BAIXERAS



RT Camprodón (Cataluña).

AMOR Y CARIDAD

¡Oh, Caridad sublime y bienhechora:
ángel divino de fulgentes galas,
que á la Tierra desciendes
para cubrir al huérfano que llora
con el caliente armiño de tus alas!
¡Oh, misterioso amor, vivo y profundo,
á cuyo soplo ardiente
palpita el albo seno
de la púdica virgen inocente!
¡Amor; alma del mundo:
á tu poder fecundo,
la Tierra alborozada se estremece,
la flor perfuma, el cielo se embellece,
el ave cantá y vuelan como locas
mariposas azules
y pájaros canoros y traviesos,
y se juntan las bocas
y estallan los suspiros y los besos!
¡Oh, niñas adorables;
cuánta ternura vuestro pecho encierra
cuando llegáis, en inefable coro,
á consolar la inmensa desventura
de los infortunados de la Tierra!
¡Oh, niñas agraciadas,
de níveas frentes y de negros ojos,
yo os adoro de hinojos,
no tanto por hermosas,
como por buenas, dulces y piadosas!
¡Niñas gentiles de la patria mía,
mostrad al mundo vuestras ricas galas;
sed siempre compasivas y amorosas,
llevando á los que os aman la alegría
y á los infortunados el Consuelo;
que Amor y Caridad son las dos alas
que Dios nos da para subir al cielo!...

Emilio PACHECO COOPER *(Costa Rica)*.



Mtro. Pedro Serra.
Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

SONETOS

Siete siglos de lucha hórrida y fiera
¡oh, España sin igual! ¡patria querida!
por conseguir tu unión apetecida
sostuviste con fe, con alma entera.

Desde Pelayo hasta Isabel primera
¡cuántos héroes perdieron, ay, la vida
por verte poderosa ennoblecida,
y vencedora alzando tu bandera!

Fuiste por Albas, Leyvas y Cisneros,
cual patria de estadistas y guerreros,
pasmo del mundo, espejo de enseñanzas.

Hoy, de necios al sórdido egoísmo,
eres sólo, rodando hacia el abismo,
la patria de Quijotes y de Panzas.

José LAMARQUE DE NOVOA

Con su guitarra, el mozo despreciado
acércase á la reja solitaria,
y á modo de bellísima plegaria
lanza al aire un cantar apasionado.

El amor que le mata es tan sagrado
como el amor de madre pasionaria,
y vibra su pasión extraordinaria
en sus cuitas de amante infortunado.

De pronto, estremecido, palidece
al oir una risa despiadada
de mujer que se oculta tras la reja...

La guitarra de súbito enmudece ..
pero vuelve á gemir, y, desolada,
arroja al viento sollozante queja.

Divvaldo SALOM
(Cuba).

BARCAROLA

Era Leonor fresca rosa
de Bengala,
fuente de sonoras perlas,
ave de celestes alas

—

Prisionera en amorosas
redes áureas,
dió á Julio á libar las mieles
de su boca de escarlata.

—

Mas ¡ay! por su seductor
fué burlada;
y en Venecia, desde entonces,
rugen vientos de venganza.

—

¡Ya es Leonor marchita rosa
deshojada,
fuente de lágrimas turbias,
pobre pájaro sin alas!

—

Como gentil azucena
brilla Laura,
en regio salón de baile
que pueblan alegres máscaras.

—

Espera á Julio, de amor
inflamada;
con Julio ha de desposarse
á los fulgores del alba.

—

Cruza el salón tenebrosa
mascarada
que lleva un féretro en hombros
y versos fúnebres canta.

—

Deja el féretro, que cubren
negras gasas,
sobre el rico pavimento,
y huye veloz de la estancia.

—

Laura, el labio sonriente,
la faz pálida,
los velos del ataúd
con ligera mano arranca

—

Y, en el féretro, el cadáver
ve, aterrada,
de Julio, que tiene hundido
un puñal en la garganta.

—

La muchedumbre clamores
de horror lanza,
y al suelo cae la hermosa,
como azucena tronchada.

Manuel REINA



Cuadro de V. Palmaroli. LA CAPILLA SIXTINA EN ROMA *Fot. J. Laurent y C.ª*

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

GIMENA

La célebre compañera del Cid Campeador se nos presenta envuelta en la aureola de la inmortalidad, como el tipo más acabado de la mujer histórica en los siglos XI y XII, y el docto académico Amador de los Ríos, júzgala como notable modelo de esposas, obediente, sumisa, cariñosa y tierna para con el Cid. «No es todavía—dice el sabio escritor—la mujer á quien levanta sobre los altares de la galantería un caballerismo exagerado, ni la rodea el fingido respeto que los provenzales tributan á sus damas, al mismo tiempo que ponen á prueba su quebradiza virtud; el amor que une á Gimena con el conquistador de Valencia, no ha menester revestirse de formas hiperbólicas, para ser puro grande y verdadero, bien que no menos respetuoso, tierno y apacible; se expresa con la sencillez y espontaneidad que recibe del sentimiento, y sin exigir un culto idólatra, tiene en el honor su más firme escudo, y se cobija bajo el manto de la religión, que le presta magnífica y brillante luz. Su vida aparece notablemente poética, por multitud de accidentes y circunstancias nacidas de las costumbres y engendradas por los sentimientos y las creencias.»

Con el corazón lleno de inmensa ternura y con esa resignación y serenidad conque las almas grandes combaten los rigores de la suerte, espera Gimena en su Pedro de Cardeña al humillado esposo, cuando el Rey le destierra de la Corte y manda cerrarle todas las casas de Burgos, excitado su enojo cobardemente por envidiosos áulicos. Entonces, aquel corazón de bronce en las batallas se conmueve profundamente ante el inmenso amor de la mujer para él tan querida, y sus ojos se humedecen de dulce llanto, lenitivo suave al amargo dolor que experimenta en aquellos momentos con la terrible decepción que acaba de recibir. Y este cariño intenso de la amante esposa, mezclábase siempre con el respeto profundo que en aquellos tiempos sentían por sus maridos las damas de Castilla.

Siendo Rodrigo una de las figuras más brillantes que ocupan los primeros términos del glorioso é imperecedero cuadro de la Historia de España, la aureola de su celebridad envolvió en sus claros resplandores cuanto le rodeaba, y enlazada con ella sobresalió siempre la no menos brillante de su incomparable y bella compañera Gimena.

Hija del conde don Diego de Asturias y de doña Gimena, y, por lo tanto, nieta del rey Don Alfonso V y de Doña Elvira, su hermosura y su virtud cautivaron al héroe, uniéndose en indisoluble lazo en el año 1074; á cuya escritura matrimonial concurrió el mismo Rey y las infantas Doña Urraca y Doña Elvira, ya como primos hermanos de la desposada, ya como admiradores del valor y las hazañas de Rodrigo, uno de los más acabados ejemplos de los caballeros españoles de la Edad Media

La acrisolada virtud de doña Gimena sobresalía en todos los actos de su vida, siendo su alma gemela de la de aquel hombre que era la admiración de todo el mundo, como uno de los guerreros más notables de nuestra patria.

Temido y respetado de todos, adquirió el renombre de Cid, por su valor heroico en todas las guerras, en las cuales bastaba su presencia y la de sus invencibles soldados para tener por segura la victoria; así que durante ocho años fué su vida una serie continuada de triunfos, logrando presentarse á su Rey, cubierto de laureles y trofeos y ofreciéndole al propio tiempo la posesión del codiciado reino de Valencia; generosidad que cautivó al Monarca, quien le devolvió su amistad y cariño, dones más apreciables para el Cid que todas las riquezas y honores que con su brazo había conquistado. Sin embargo, Rodrigo, como todos los grandes hombres, tenía envidiosos constantes que tejían en la obscuridad el velo que había de ocultar sus hazañas y proezas; así que al poco tiempo de tener el Campeador la dicha de besar las manos de su Rey y estrechar en sus brazos á su esposa y á sus hijas, la calumnia sacudió de nuevo sus negras alas; y olvidó el Monarca los tratos y la amistad que le había concedido, desposeyéndole de las tierras que habíale cedido un año antes, quitándole además las de su propiedad exclusiva y poniendo en dura prisión á doña Gimena y á sus inocentes hijas.

La digna compañera del invencible castellano demostró más que nunca, en esta ocasión solemne de su vida, toda la nobleza y valor de su alma verdaderamente hermosa. Allí, encarcelada y anegado su espíritu en un inmenso piélago de amargura, besaba amorosamente á sus hijas, infundiéndoles la resignación necesaria para sufrir aquel terrible é injusto castigo. El cristianismo, que hizo del amor materno el sentimiento más sublime é ideal, prestábale cada día nuevos alientos para soportar la ruda prueba que el destino inclemente le presentaba.

Allí permaneció encerrada, hasta que el Cid tuvo noticia de la extraña conducta del Monarca, y mandó, en cuanto lo supo, uno de sus mejores caballeros para justificarse de las calumnias que sobre él pesaban, ofreciendo probar su inocencia en duelo judicial. Estas justificaciones sólo llegaron á oídos del Rey, á través de los envidiosos; pero logró lo que tanto ansiaba, cual era la libertad de aquellos seres para él tan queridos.

Aunque el Monarca necesitó más tarde del apoyo de Rodrigo, no duraron tampoco mucho tiempo aquellas amistades. De nuevo se vió el Campeador separado de su Soberano, y dirigióse á Valencia, ciudad que inmortalizó más tarde con su espada y con su nombre, alentado siempre por su fe religiosa, buscando en los peligros el consuelo á la ingratitud de un Monarca á quien entregó, como recompensa de su injusta conducta, un reino entero.

Y aquel guerrero tan notable, que por sí solo reunía más ejércitos que un Rey, no olvidaba jamás en todas sus glorias á la noble castellana, cuyo talento y virtudes habían conquistado no sólo su amor sino la estimación y el respeto de cuantos la trataban. Así que, después de la conquista de Valencia, cuando entró triunfante y victorioso en la ciudad, su primer cuidado fué llamarla á su lado en compañía de sus hijas, las cuales llegaron hasta él, honradas de moros y cristianos, seguidas de más de 200 caballeros que el héroe había enviado para su cortejo y recibiéndolas el clero, á cuya cabeza iba el obispo. Y el Cid, satisfecho y emocionado como nunca, sale también á recibir á su bella consorte, cubierto de sus mejores galas y abrazándola con inmensa alegría, así como á sus hijas, sin poder evitar que el llanto del placer bañara su rostro, pálido y descompuesto por las grandes emociones que embargaban su sér en aquellos felices instantes.

Sin embargo, azarosa siempre la vida del Campeador, pronto nuevos combates pusieron á prueba su brazo de hierro, cuando apenas habían



terminado todavía los festejos con que quiso celebrar la llegada de su esposa. Pero, luchando en su presencia, el éxito fué aún menos dudoso, y derrotó completamente el ejército de los almoravides, que habíale atacado, enriqueciéndose con buena presa, y aumentando con este combate el número de sus victorias. No obstante, este triunfo y los que alcanzó más tarde con la toma de Murviedro, fueron los últimos resplandores que brillaron en la vida del Cid, cuyo heroísmo traspasó los límites del humano valor; pues al ser derrotado por los almoravides Alvar Fañez, compañero y pariente suyo, en las inmediaciones de Cuenca, con una parte de su ejército, el noble castellano, jamás vencido estando él al frente de sus tropas, murió de pesar al saber la triste noticia, en Julio de 1099.

La pluma no puede describir el dolor de Gimena, cuya alma, acostumbrada á vivir unida á la de su esposo, languideció como débil flor, siendo su eterna ausencia la enfermedad que lentamente fué ulcerando una por una las fibras de aquel hermoso corazón do palpitaban, en mágico enlace, la vida y el amor, y que la muerte estrujó con su mano helada, no dejando ni un latido, ni un destello, de tan bellos y nobles sentimientos. Pero si la muerte pudo helar y paralizar la materia, el espíritu de Gimena, sobrevivirá inmortal con su nombre, así como el del Cid Campeador, honra y gloria de la patria española.

Josefa GUTIÉRREZ

LAS EMPANADAS DE BESUGO



oña Transverberación Gómez, viuda de Chorlito y una de nuestras más distinguidas suegras del porvenir, tuvo hace veinte años la ocurrencia de dar á luz un rollo de manteca imitada que más tarde se llamó Pura.

Si no me diese vergüenza, confesaría que actualmente Pura y yo, á pesar de nuestras pocas fuerzas, estamos sosteniendo nada menos que unas relaciones amorosas, lo cual no es extraño, porque Pura es una joven muy linda, muy bien criada (treinta meses de lactancia), y artista por naturaleza, pues sabido es que el genio tiene distintas manifestaciones, y aunque Pura no ejecuta sonatas con-fusas, ni pinta de oído, ni borda zapatillas incandescentes, hace unas empanadas de besugo que vuelven loco al verbo.

¡Ah, Pura, Pura! ¡Cuántas desventuras me ha proporcionado tu última obra! ¡De qué modo tan cruel has estrellado contra mi corazón tus postrimeras empanadas!

. . . .

Había amanecido muy nublado el día en que iba á realizarse mi capricho.

A las ocho de la mañana varias personas de todos los sexos conocidos se agolpaban para tomar el tranvía por asalto.

Yo, galante siempre, dejé que la bulliciosa caravana fuese colocándose en el carruaje y sus afueras, y ¡claro! cuando me tocó el turno de la subida, una mano del conductor, muy sucia por cierto, se puso ante mi pecho, mientras la otra me señalaba un letrero que decía: «completo.»

Esto de «completo» me hace gracia; no parece sino que hasta que no bajan la tablilla le falta al tranvía algún pedazo.

Lo que no me hizo gracia fué que mis ruegos resultasen vanos y que el afable conductor pagase mi obstinación ofendiéndome un ojo con la manivela del torno, mientras el vehículo comenzaba su ligera marcha, llevando en el seno, además de otras personas y en concepto de carga, á doña Transverberación Gómez, directora de la expedición, á la ingrata Pura (que al verse abandonada por mí juró vengarse de mi torpeza), y á un abogadito vecino suyo que, sentándose junto á Pura, se puso á hablarla de las siete partidas y de las ocho empanadas.

Con los susodichos viajeros iban unas vecinas de Pura, muy entradas en años y muy salidas de quicio, un teniente de infantería que quiere pasar á caballería, un recaudador de contribuciones, su señora, Pepito Melindres, las hijas del doctor Bambolla, dos criadas de horma torcida, un niño ratonero y tres cestas con provisiones.

Pueden ustedes suponer que por muy cargado que estuviera el tranvía, más cargado estaba yo al verle desaparecer en tal disposición.

¡Válgame Dios y cuán lleno de ira quedé contra mí mismo! Mas convencíme de que, mejor que tomar un berrinche, era tomar el tranvía siguiente, y en efecto, media hora más tarde lo tomé.

Descontados unos cuantos descarrilamientos y más de cincuenta paradas, llevé un viaje felicísimo, llegando al cabo de dos horas al paraje designado para la fiesta campestre.

Varios graznidos lanzados por doña Transverberación en medio de su re-



gocijo (porque la buena señora se vuelve loca en cuanto huele el verde) me guiaron hacia el punto donde mi gente se encontraba, al cual llegué atravesando, á hurtadillas de los guardas, una espesa arboleda, no sin hallar de improviso, en su más recóndito lugar, á una de las hijas del doctor Bambolla que, sola y en cuclillas, estaba entregada á profundas meditaciones.

Llegué, por fin, á una plazoleta y fué delicioso el espectáculo que apareció ante mi vista.

El barrigudo recaudador de contribuciones y doña Transverberación saltaban á la comba lo mismo que dos sapos. Pura y el abogadito jugaban al escondite á través de la enramada, tardando muy poco en encontrarse y mucho en manifestar el encuentro. Pepito Melindres, un poco retirado, se espantaba las moscas con el sombrero, y los restantes expedicionarios se entretenían en jugar á las prendas, incluyendo las más personales, de las cuales murmuraban en competencia con los arroyuelos más murmuradores.

Hallábanse todos impacientes esperando la llegada del organillo contratado para amenizar la fiesta, y mi aparición fué saludada con un espontáneo «¡ah!», seguido de estas burlonas exclamaciones:

—¡Vaya un chasco! ¡No es el tío del organillo!...

(Efectivamente, yo no soy tío de ningún instrumento.)

—¿Ha venido usted en automóvil?

—¿Has dado la vuelta por Pekín?

Mucho se me ocurría contra tales pullas; pero los amorosos progresos de Pura y su abogadito adyacente paralizaban mi lengua y me dejaban *estético* y *exhorto*, como suele decir la viuda de Chorlito

El organillo apareció al poco rato y fué calurosamente aplaudido; y digo calurosamente porque hacía un calor terrible.

A pesar de la elevada temperatura y de las amenazadoras nubes, el piano



silvestre repitió multitud de veces sus heterogéneas tocatas; y con la misma *frescura* bailaban aquellas gentes la sinfonía de *Guillermo Tell* que cualquier paso doble ó triple.

En la imposibilidad de *separar* á Pura de su improvisado *ad látere*, tuve que bailar con una de sus vecinas, muchacha que frisaba en los cuarenta y se desvencijaba por todas partes; y aunque siempre se le enganchaban los vestidos en las ramas, me hizo dar tantas vueltas, que en cinco minutos me dejó rendido para todo un semestre.

Había yo cometido la imprevisión de no desayunarme, y me hallaba á punto de morirme de hambre, cansancio y rabia, cuando llegó el momento supremo de la expedición y la realización de su principal objeto. Las empanadas de besugo iban á regocijar los desfallecidos estómagos, y hasta el mío se esforzaba por convencerme de que «los duelos con empanadas son menos».

El almuerzo estaba preparado y nos colocamos en derredor de una mesa de piedra cubierta con varios números de *El Liberal*, á guisa de manteles, sin reparar en que íbamos á almorzar sobre difuntos, amas de cría, telegramas, críticas teatrales y otros crímenes. Gracias á que en el campo todo pasa, como decía la fósil esposa del recaudador de contribuciones que se empeñó en sentarse cariñosamente á mi lado y en echarme pedacitos de pan, como á los patos.

En este instante las nubes comenzaron á llorar mi desventura, hasta el punto de que cuando sirvieron el arroz, lo tomamos *con gotas*. Y después de comernos precipitadamente un guisado hecho, al parecer, con harina de linaza, unas truchas de lata, ó mejor dicho, de hoja de lata, y jamón frito en *lanchas* (como decía la viuda de Chorlito) ésta procedió á repartir las famosas empanadas de besugos, resultando un reparto tan mal hecho como el de algunas comedias que se ven por ahí.

Concluída esta operación, la más espantosa de las granizadas conocidas dió principio, con acompañamiento de rayos y truenos capaces de asustar al menos *fusilámine*.

Era cosa de ver á Pepito Melindres por un lado con el quitasol abierto y á doña Transverberación por otro, brincando sobre las matas con el vestido por la cabeza y una cacerola en la mano.

¡Qué nube aquella! Puedo asegurar que, exceptuando la que tiene doña Transverberación en el ojo derecho, jamás he visto nube mayor. Sin duda quiso Dios, al verme tan *quemado*, arrojar sobre mí toda el agua posible.

En fin, corriendo como un loco y con una empanada de besugo en cada mano, escupiendo espinas y echando venablos, tomé la carretera y llegué á poblado, hecho una sopa, no sin haber visto de paso la huída de mi Pura con el abogadito, y el aire marcial de la viuda de Chorlito, que caminaba suelta hacia su casa, desafiando sin temor rayos y truenos. ¡Como que á la buena señora no la parte un rayo!

Y aquí me tienen ustedes hoy molido y quebrantado, renegando á veces de las malditas empanadas de besugo, y firmemente persuadido de que en aquella ocasión el verdadero besugo fué un servidor de ustedes.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

HERNÁN CORTÉS QUEMANDO SUS NAVES

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

Es Hernán Cortés uno de aquellos hombres cuya historia parece una fábula y cuya vida semeja una novela. Su figura es una de las que más altas se levantan entre las de los numerosos héroes que inmortalizaron su nombre, contribuyendo, como ha dicho un notable autor, al desarrollo de esa magnífica epopeya en acción que se llama conquista del Nuevo Mundo.

Nació Hernán Cortés por los años de 1485, en la villa de Medellín (Extremadura), de padres hidalgos. Cursó dos años en la Universidad de Salamanca, trocando bien pronto las aulas por los campamentos y España por América. Tomó parte en las conquistas de Santo Domingo y Cuba, y habiéndose enemistado por cuestión de amores con el gobernador Diego Velázquez, y también por el rumor de que muchos descontentos trataban de quitarle el gobierno de la isla y darlo á Cortés, Velázquez, para librarse de un rival tan temible en amores y en guerras, confióle la importante empresa de conquistar á Méjico. Empezó Cortés por levantar su bandera de enganche en Santiago de Cuba, logrando reunir para tan arriesgada expedición 11 barcos, 10 cañones de bronce, 4 falconetes, 13 escopeteros, 32 ballesteros, 508 soldados y 16 caballos.

El 10 de Julio de 1519, «el capitán general don Fernando Cortés, la Justicia y los Regidores de la nueva población que acaba de fundar en el territorio conquistado, *Villa Rica de la Veracruz*, acuerdan enviar á la reina Doña Juana y al rey Don Carlos, su hijo, dos procuradores con las primicias y muestras de la riqueza de aquella tierra», que Cortés comenzaba á conquistar *en honor y señorío de sus altezas.*

Para cortar á sus soldados toda esperanza de retroceder, realiza el acto increíble de prender fuego á los barcos en que habían venido; poniéndoles en la dura alternativa de vencer ó morir. ¡Acto heróico que todos los historiadores consignan con la más profunda admiración! y representado admirablemente en el hermoso cuadro que reproducimos, debido á Francisco Sans, el pintor eminente que llegó á Director del Museo Nacional de Pintura.

Firme en su propósito, adelanta por aquellas inexploradas tierras. Lucha con los trascaltecas y los derrota. El emperador de Méjico, Motezuma, guerrero tan inteligente como esforzado, le sale al encuentro con un numeroso ejército. Hernán Cortés no se intimida; le espera, le vence, le persigue hasta en el mismo palacio de su capital, y le hace prisionero, substituyendo los ídolos de los templos por las imágenes de la Virgen y de los Santos.

Diego Velázquez, temeroso de que Cortés se declare independiente, envía contra él á Pánfilo Narváez con 800 hombres. Sabedor Cortés de que se hallaban algunos navíos cerca de la costa, sale de Temixtitán á reconocerlos, sorprende á Narváez, le hace prisionero y se gana la voluntad de sus soldados que le aclaman con entusiasmo.

Libre Motezuma, cuyo rescate había comprado con grandes tesoros y con la palabra de no hacer armas contra los españoles, su sobrino Guatimocín, proclamado Emperador, emprende contra Cortés una sangrienta guerra. Nuestro héroe, auxiliado por los partidarios de Motezuma, que muere en los primeros encuentros, le busca, le derrota en diferentes batallas, y por último le



aprisiona. Según algunos historiadores, más de 160.000 indios habían muerto desde que Cortés pisó el territorio de Méjico, y su nombre se repetía en Europa y América con una admiración siempre creciente.

Entre los sucesos más notables de aquella conquista, aparece el que la historia conoce con el nombre de la *noche triste*. Acosado el pequeño ejército de Hernán Cortés por el numeroso de los indios, decidió el insigne extremeño retirarse (1.° de Julio de 1520), dividiendo su tropa en tres cuerpos; confió á Sandóval la vanguardia; él se encargó de dirigir el centro, donde iban los heridos, los prisioneros y la artillería; y dió la retaguardia á Alvarado y Velázquez de León. Acometidos los españoles repentina y briosamente, en la obscuridad de la noche, tuvo lugar una espantosa carnicería. Al amanecer, continuó Hernán Cortés su retirada, pero eran muchos los hombres que había perdido. Al ver desfilar los que aún le quedaban, en un estado tan desastroso y tan mermados en número, el insigne caudillo se llevó las manos á los ojos y sus soldados le vieron prorrumpir en llanto. Los mejicanos conservan, resguardado por una verja, el secular ahuehuetl, que fué regado por sus lágrimas aquella *noche triste* en que murieron más de 400 españoles, perdiéndose casi toda la artillería y las municiones.

A los pocos días, y en revancha, ganaba la famosa batalla de Otumba.

El emperador Carlos V envía á Hernán Cortés el nombramiento de capitán general de Méjico; pero atendiendo luego á pérfidos consejeros que acusan al caudillo extremeño de pretender declararse independiente, manda formarle juicio de residencia, obligándole á venir á España.

Llega Hernán Cortés, y la sinceridad de sus palabras desarman al Emperador, que le nombra marqués del Valle y caballero de Santiago; le regala la ciudad de Oajaca; le concede nuevo escudo de armas, con blasones que marquen sus hechos de armas pricipales y sus más grandes conquistas; enviándolo otra vez á Méjico. En este segundo viaje descubrió la *California* (1536), que agregó á los dominios españoles; pero disgustado, al cabo, de los muchos obstáculos que se ponían á su gobierno, retornó á España, llegando á tiempo de prestar relevantes servicios, acompañando á Carlos V en la desgraciada expedición de Argel; retirándose después á Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, donde falleció en 2 de Diciembre de 1547.

Era Cortés de gallarda presencia, de muy afable trato, liberal y espléndido, valeroso y sufrido, instruído y galante.

En la mayoría de sus expediciones le acompañó una india, á la que puso el nombre de doña Marina, y de la cual tuvo un hijo que se llamó Martín Cortés.

En su testamento dejó varias mandas para hospitales y colegios, así como para misas, obras de caridad, y recompensas á sus criados; consignando que, sin litigio y del primer dinero, se pagasen á su esposa doña Juana de Zúñiga diez mil ducados que le trajo en dote y que él gastó en la conquista; y disponiendo que sus cenizas fuesen trasladadas á Nueva España.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

FRANCISCO BRUNET



LA CAPILLA REAL (Granada).



Cuadro de A. Más y Fontdevila. CLAVELES

ARCADIO MÁS Y FONTDEVILA

Vivir treinta años estudiando y produciendo, encerrado en el taller, como la ostra en su concha, no parece pueda dar materia para escribir una larga biografía, y mucho menos para que ésta sea amena é interesante.

Pasaron aquellos tiempos que tan gallardamente describe Benvenuto Cellini en su autobiografía, que podría dar materiales de sobras á un Du-



SU RETRATO; por Ramón Casas.

mas padre para escribir una de sus más fabulosas novelas; ni los artistas ciñen espada, ni viven en los centros cortesanos, tan fáciles á las aventuras amorosas, ni entre foragidos, como Salvator Rosa. No viven ya tampoco en medio de aquel descuido y olvido de la realidad, que tan bien describe Mürger en su *Bohême*, centro menos aventurero que el que ofrecía el Renacimiento, pero, en cierto modo, más generoso é intelectual.

El artista de hoy ha entrado en la esfera social de la clase media que absorbe las mejores inteligencias de nuestro tiempo, ya sea en el aspecto ideal como en el material, y por eso han ido borrándose los contornos que hacían del artista un ente diverso de las demás gentes, confundiéndose casi en un mismo cliché pintores, músicos, literatos, políticos, filósofos y... bolsistas.

Arcadio Más no se distingue, en su aspecto exterior, de un honrado burgués: precisa oirle hablar de arte para comprender su cultura, lo profundo de sus convicciones, su tolerancia y admiración por todo lo bueno que se produce, aún por escuelas en las que no milita.

Sencillo y modesto en sus modales y costumbres, más reservado que expansivo, mejor pintor que *causeur*, consagra todas las horas del día al culto de su pasión, la pintura, cuyo arte podrá tener iguales pero no mas férvidos adoradores.

Si hubiera nacido en el siglo xv, aunque nos esforzáramos en cambiar las circunstancias de lugar, tiempo y educación, Más hubiera sido lo que es hoy: un hombre encerrado en sí mismo, alejado voluntariamente de las luchas, sin buscar la amistad de los poderosos, fuerte en su arte, de quien lo espera todo, con justo derecho, puesto que á él ha entregado su vida entera.

La biografía artística de Arcadio Más podría, pues, encerrarse en estas pocas palabras: estudió bien, produjo mucho bueno y honró á su patria.

Sin embargo, aunque en Más, como en la mayoría de los actuales artistas, falte la parte novelesca y sensacional que tan singular atractivo presta á los individuos que se elevan sobre la multitud, no por ello está desprovisto de episodios que, estudiados convenientemente, puedan dar por resultado un retrato muy personal y característico.

* * *

Conocimos á Arcadio Más, imberbe discípulo de la Academia de Bellas Artes de Barcelona, por los años de 1869.

¡Cuántos recuerdos suscita en nosotros esa fecha! La clase de colorido, que regentaba entonces interinamente don Antonio Caba, rebosaba de alumnos. Alegres, decidores, inquietos, con la fuga propia de la juventud que con sus canciones llenaba de ensueños y esperanzas el ambiente de la clase, eran, durante aquellas horas de estudio, imagen en pequeño de una pequeña *bohemia*.

De todos aquellos alumnos, compañeros nuestros, pocos son los que hayan gozado de las caricias de la Fama. Muertos prematuramente unos, lanzados en el torbellino de la vida otros, sin más sostén que sus pinceles, retraídos los más de un arte que ofrecía por entonces perspectivas poco halagüeñas, por los dedos de la mano podríamos contar los que han podido sostenerse honrosamente á flote.

Arcadio Más, en aquella fecha, no había saludado aún los pinceles. Dibujaba, dibujaba siempre, y era con seguridad uno de los dos ó tres alumnos que más se distinguían en aquel sentido.

Cansado ya de verle dibujar, húbole de decir un día el profesor:

—Si se propone usted ser pintor, le sobra dibujo y le faltan pinceles. Hora es ya de que use el color; también se dibuja pintando.

Y efectivamente: compró pinceles y colores, empezó una mano... y no la concluyó, avergonzado de ver cuán mal sentía el color, ante sus condiscípulos ya más aventajados. Por el momento, la caja de colores fué á parar al desván.

Algún tiempo después, pasado este primer impulso de descorazonamiento, volvió á descolgar la caja y, lejos de las miradas indiscretas de sus compañeros, en la intimidad de su casa, empezó á ejercitarse en las personas de su familia, primeras víctimas propiciatorias, y tanta maña se dió y tan bien aprovechó el tiempo, que en 1872 expuso su primer cuadro, *La durmiente*, en la Exposición de la calle de las Cortes, de honrosa memoria.

Representaba una muchacha de servicio que, en el ejercicio de su profesión, mondar patatas, se había quedado dormida. El rostro moreno y regordete, encendido por el calor, caíale sobre el pecho; y llevaba una saya de color intensamente azul.

Era un cuadro realista, cuya filiación no nos sería difícil encontrar, recordando que el malogrado Simón Gómez, verdadero importador del género, estaba en auge entre la juventud *modernista* de entonces. Y como era reciente todavía el período de la escolástica que propagó Pablo Milá, y Gómez traía algo nuevo y mejor á lo visto hasta aquella fecha, no es extraño que los jóvenes de más talento aceptaran la nueva fórmula que rompía con los tradicionales prejuicios.



Primera comunión.

A. MÁS Y FONTDEVILA



SITIO FAVORITO

Ya esta influencia se dejó sentir en la misma Academia, entre algunos alumnos, se entiende. Como la asignatura de *composición* era entonces potestativa, todos cuantos profesaban el neo-realismo renunciaron á ella. Nunca Más ha dibujado una composición académica, y es fuerza confesar que no lo necesitó, ya que sus cuadros, directamente inspirados en la naturaleza, dan muestra del gusto más refinado.

El debut de nuestro artista estaba hecho, pues, y aunque de modestas proporciones, bastó para que se fijara en él el mundo intelectual de entonces. *La durmiente* fué adquirida por José Masriera, que, á fuer de artista de corazón, conserva esa rara primicia, y Más pasó á Madrid, donde, al par que se hizo cargo del movimiento artístico de España en la Exposición que entonces se celebraba, pudo, contemplando las grandes obras del Museo Nacional y singularmente las de Velázquez, acabar de fijar su orientación.



PASTOR

Pocos meses estuvo en la Corte, aprovechados en dibujar algunas planas artísticas para la Ilustración Española y Americana; y llamado á nuestra ciudad para pintar algunos encargos, empezó, puede decirse, desde entonces, la vida de laboriosidad que no había de cesar nunca más en su larga profesión artística.

En 1873, expuso en el primer Salón de Bellas Artes, que abrió el fabricante de marcos don José Monté, en la calle de Escudillers, *La última cesta,* cuadrito en el que campeaba una figura de mujer llevando á duras penas una cesta repleta de uvas, teniendo por fondo una pared blanqueada, en pleno sol. Por su atrevimiento, inusitado en aquel tiempo, y por su brío en reproducir la brillante luz solar, llamó el cuadrito poderosamente la atención y señaló un real adelanto en el artista.

La tercera etapa de esta ascensión progresiva la realizó en su cuadro *Pel Juny la fals al puny*, que un año más tarde tuvimos ocasión de ver en su casa y remitió á la platería Martínez, de Madrid, donde lo adquirió el rey Don Alfonso XII. Sin duda, Más ha completado en la sucesión del tiempo su evolución artística, llegando al pleno magisterio de los recursos de la paleta y á la depuración de su gusto; pero nada ha logrado ofuscar en nosotros el recuerdo de aquella nota simpática y vigorosa, de aquella composición viva y retozona, como la composición musical de Clavé que lleva el mismo título y en la que indudablemente se inspiró Más, dando forma tangible á las notas del músico-poeta.

La muerte de Fortuny indujo á nuestra Corporación Municipal á crear una pensión en Roma para el estudio de la pintura, que lamentamos de todas veras no haya continuado. Proveíase por oposición, y nuestro pintor se aprestó á la lucha, logrando, después de reñida contienda, que el Municipio le otorgara el suspirado premio. Conocemos al dedillo todos los detalles de aquel concurso; pero, convencidos del valor relativo de las obras que se han de pintar bajo tema forzado y con tantas limitaciones de tiempo é inspiración, sólo cabe decir que el cuadro que pintó Más era una nueva muestra de sus dotes de dibujante y de colorista; lo que no es poco, tratándose de un aspirante al premio de Roma.



CACHARRERO

***

En uno de los primeros días de Enero de 1876, emprendió Arcadio Más su viaje hacia la Ciudad Eterna. Allí le encontramos, tres años más tarde, y en tan corto interregno le hallamos ya transformado por completo.

No que hubiese perdido sus cualidades propias para adoptar las ajenas, renunciando á su personalidad. Empero, la moda imperante, que de Fortuny muerto había pasado en herencia á Villegas vivo, seguía aún manteniéndose con bastante vigor para hacer entrar en su órbita á cuantos habían de vivir necesariamente del arte. Y Más no pudo substraerse á esa influencia que tantas inteligencias ha empequeñecido y desnaturalizado.

Sin embargo, es asombroso cómo supo salvar su personalidad en lo que tenía de más propio, al paso que á su alrededor fluctuaban las inconscientes y grotescas imitaciones en que se



GUARDADORA DE PATOS

Hay que advertir que cuando Más pintó ese cuadro era ya muy ducho en todas las habilidades del *métier* y había llenado algunos cientos de tablitas con estudios directos del natural, no sólo en Venecia, sino también en las sonrientes costas del golfo partenopeo. Y precisamente en esos estudios vimos apuntar con toda precisión ciertos efectos de luz solar, ciertas sombras azules que fueron, diez años más tarde, el distintivo de toda una escuela, calificada de *modernista* en nuestra ciudad, siempre atrasada, en el orden artístico, buen número de años. Arcadio Más no se proponía con ello fundar ningún sistema: fiel observador de la naturaleza, esmerábase en traducirla en color, y ponía azul con toda ingenuidad donde lo veía, sin prurito de singularizarse, por puro realismo. El aire libre concede estas *primicias, de todos los tiempos*, á cuantos saben sondar, descubrir y respetar sus bellezas.

Terminados los compromisos á que le obligaba la pensión que recibiera del Ayuntamiento de Barcelona, pudo nuestro artista ocuparse en satisfacer otro género de compromisos á que le obligaba su buen nombre, que empezaba á ser ya conocido más allá de las fronteras italianas.

Su género de pintura, aunque ajeno á las relamidas rapsodias

perdían sus compañeros. Se hizo detallista, es cierto, pues así lo exigía la índole comercial del arte, pero abandonó moros, casacones y *cinquecento* á la voracidad de los gregarios y se quedó con la naturaleza viva, hermosa, artística de su tiempo; así la que palpitaba en las tristes ondulaciones de la campiña romana, como la que retozaba en las playas de Nápoles, Sorrento y Capri, como la que vibraba en los centelleantes canales de Venecia.

Para ello le servía su técnica, hecha ya flexible y segura con la práctica y con la observación de los maestros, y acostumbrada á trazar con igual amor é importancia lo mismo el interior que la calle, el paisaje que el mar y que la figura humana. Eran componentes de vida de igual valor para el arte, y no tuvo preferencias por ninguno y los abarcó todos en su único entusiasmo.

A su primer año de estancia en la capital italiana pertenece un *Niño pompeyano*, que figura en nuestro Palacio de Bellas Artes y que remitió como á estudio de desnudo en su calidad de pensionado. Marcó un verdadero paso adelante, por su luminosidad y riqueza de colorido; y, aunque se trataba de una *academia*, supo despojarla de todo carácter académico.

En 1880, esto es, cuando había terminado ya la pensión, remitió el cuadro de tercer año, (después de haber cumplido en el segundo con una buena copia de Tiépolo) y ya en esta obra echábase de ver de un modo decisivo la influencia del medio ambiente. El tema, arrancado de las pintorescas lagunas de Venecia, prestábase á exponer el enriquecimiento de su paleta, su mayor prolijidad de dibujo y su composición, ya suelta por los espacios de una imaginación educada más que templada en las interioridades del taller, más reflexivas que impresionistas.

El cuadro, á pesar de los ulteriores cambios de Más, ha quedado como la afirmación de un colorista que, siguiendo las especiales aptitudes propias de su autor, lo denunciaban como un digno émulo de los coloristas venecianos, pese á los austeros puritanismos naturalistas de hoy.

árabes y á los suntuosos trebejos de Luis XV y Enrique III, había llamado la atención de los grandes comerciantes de cuadros de París y Londres, porque en su naturalismo contenía siempre gérmenes de buen gusto y una ejecución pulcra y apropiada al comercio artístico. Goupil, Thooz y Cornaghi encargáronle obras que tuvieron aceptación y que le abrieron los mercados de París, Londres y la América del Norte, en los que ha tenido siempre demanda, no correspondida con igual solicitud, á causa de sus nuevos y crecientes compromisos. Recordamos que sus temas predilectos eran las *marinas* con agrupaciones de figuras, y su campo de explotación fueron, alternativamente, Nápoles y Venecia.

La necesidad de dar tregua al excesivo trabajo, no interrumpido en



PUERTO DE BARCELONA

A. MÁS Y FONTDEVILA



MONAGUILLOS

A. MAS Y FONTDEVILA



OFICIOS SOLEMNES

aquellos seis primeros años de permanencia en Roma, y la de dar satisfacción á sus parientes y amigos que deseaban verle después de tan larga ausencia, determináronle á regresar á España, en 1882, con ánimo de tomarse un breve descanso y volver luego á Roma á continuar la serie de sus brillantes triunfos. Ya veremos más adelante la influencia que en su procedimiento artístico ejerció ese viaje, que puede considerarse como una de las fases más características de la vida de Arcadio Más.



EN LA LAGUNA

***

Los dos ó tres meses de ausencia de la capital italiana, convirtiéronse en seis, al cabo de los cuales volvía á ella, no solo, como había salido, sino con la compañera de su elección, y cambiado en su modo de ver el arte, de un modo tan radical cuanto era lícito en un temperamento ya de suyo libre y poco propenso á la imitación.

Aquella temporada, transcurrida lejos del gran centro comercial del arte, habíale aislado del invencible contagio de ciertas fórmulas y preceptos para agradar al *amateur* rico, y le había hecho entrever un arte más genuíno y menos egoísta, en el que el artista se daba todo á la naturaleza, para recibir de ella los mayores favores estéticos.

La insistencia de un amigo hízole visitar la pintoresca villa de Sitges que, con sus blancuras inmaculadas, su brillante atmósfera y su mar intensamente azul, hízole bien pronto olvidar las bellezas del golfo de Nápoles, no superiores á las de la limpia villa catalana. En lo pintoresco de sus muros y en la llaneza y bondad de sus habitantes halló puerta abierta á infinidad de nuevas sensaciones; educó la retina á mayores finezas de percepción, refrescó su paleta, obscurecida por un excesivo uso del taller, y empapó su espíritu del típico carácter costanero, tan rico de plástica exterior como de cualidades morales. Fué, en realidad, el descubridor de Sitges pintoresca, á la que acudieron más tarde, con el prestigio de su nombre, otros notables artistas, alguno de los cuales ha enriquecido la villa con valiosas joyas monumentales.

La vista de Roma causóle, á su vuelta, extraño malestar. Todos aquellos raudales de luz que había sorprendido en la naturaleza libre, palidecían en la penumbra de los estudios, donde se producía, no para la persecución de un ideal de verdad y de belleza, sino para satisfacer rápidamente, con actividad automática y de puro cálculo, las exigencias mercantiles de la demanda.

El vaso de sus ilusiones estaba roto, y Más, aunque continuó hasta 1886 una suerte de vida artística que no podía de momento romper sin peligro para su porvenir, no lo hizo sin que interrumpiera otras dos veces su labor, para venir á saturar sus pulmones con el ambiente de la tierruca.

Iniciase en este período su tercer estilo, simplificando el procedimiento, fundiendo los contornos en la atmósfera, complementando con oportunos retoques lo que estaba apuntado con sencillez y dando más morbidez á la pincelada. Tal vez pierde en exuberancia de color, pero gana en ambiente.

Cansado ya de Roma, decidió establecerse en Barcelona, de donde había salido un mozo rico en promesas y esperanzas, y á donde volvía con la ciencia y habilidad de un maestro.

Poco amigo de exposiciones públicas, habíase hasta entonces resistido á concurrir á esos certámenes en los que con sobrada frecuencia el favor ejerce de dispensador oficial del talento. Sin embargo, venciendo sus escrúpulos, remitió á la Exposición Nacional de Madrid de 1887 su hermoso cuadro *Corpus Christi;* un episodio de la procesión de Sitges, obteniendo una medalla de oro de segunda clase, y decretando el Gobierno la compra de su obra.

Concurrió á la Universal de Barcelona de 1888 con unos *Monaguillos en el interior de San Marcos de Venecia*, y el Jurado internacional le confirió otra medalla de segunda clase, mientras adquiría el cuadro la infanta Doña Paz.

En la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, primera que ha celebrado nuestro Excelentísimo Ayuntamiento, obtuvo la categoría de primera medalla, por su cuadro *Lago de Nemi*, que fué adquirido con destino al Museo Municipal.

Finalmente, en la de 1896, también en Barcelona, venía premiado su cuadro *Viernes Santo* con medalla de oro de primera clase y con la adquisición de la obra, que figura, como la anterior, en el propio Museo.

Esta serie de premios, ganados casi sin lucha y sin expresa vocación, prueban que si Más se recluyera menos, dentro de su excesiva modestia, y si luchara con ánimos para vencer, lograría constantes y formidables triunfos; ya que tan fácilmente ha logrado, con sólo el influjo de la verdad que esparce en sus cuadros, hacer valer sus méritos cada vez que ha expuesto una obra.

Desde antes de nuestra Exposición Universal, fijó definitivamente su residencia en nuestra ciudad, que comparte con Sitges el tiempo que dedica á sus estudios y producción. Algunos viajes á París, para saturarse del movimiento artístico universal, y algún otro á Madrid, hanle servido de útil refrigerio en su continua labor.

Sus relaciones se han extendido, viéndose solicitado de continuo por



VENECIA

los más conspicuos negociantes de arte de Europa y América; de suerte que no conserva en su taller más que los pocos estudios que se salvaron de la entusiasta rapacidad de los amigos y que le han servido para sus admirables obras.

Gran número de ilustraciones y revistas se honran con publicar en sus páginas las reproducciones de sus últimos cuadros, reputándose por afortunadas las que pueden obtener un croquis, un rasgo original que contenga su firma; pues hasta en las cosas más triviales y sencillas pone Más algo del sello distinguido que le es propio.

***

Hemos visto hasta aquí que sus asuntos favoritos son los arrancados de la naturaleza en su más extensa variedad de formas y manifestaciones. Lo mismo cabe decir respecto de los procedimientos. Dando especial preferencia á la pintura al oleo, base de su reputación, ha tratado también magistralmente la aguada, en la que ha compuesto verdaderos cuadros, como el anteriormente citado de los *Monaguillos en San Marcos de Venecia* y muchos otros que figuran en las buenas colecciones del extranjero.

Ya en las postrimerías de su estancia en Roma, empezó una serie de estudios al pastel, procedimiento que renacía entonces, después de un injustificado y largo ostracismo de los talleres, y que seguidamente adoptaron los más grandes artistas en sus estudios de preparación para obras de cierto empeño, por la fidelidad inmutable con que traducía sus impresiones.

Arcadio Más ha cultivado posteriormente ese género de pintura, llevándolo al mayor grado posible de esplendor y solidez, obteniendo con él finezas inauditas, notas de vigor incomparables, junto con una fusión tan perfecta de los planos, que parece haya mezclado *aire* con los colores.

Desde los tiempos de Rodes no se había visto en Barcelona *pasteles* tan hermosos como los de Más, y, si se considera que los de aquel pintor se reducían á retratos, admirables de corrección, pero fríos, mientras que los del artista que nos ocupa retratan la vida en todas sus manifestaciones, con la libertad y calor que da el sentimiento moderno de la naturaleza, hemos de afirmar rotundamente que son lo mejor que se ha visto en su género en nuestra capital.

***

Hemos procurado resumir lo mejor posible la semblanza de Arcadio Más, y lo hemos hecho valiéndonos de nuestros propios recuerdos, porque nuestro artista es de los que conservan el *pudor* de su personalidad, que le hace inabordable para todo cuanto huela á encomio de sí mismo.

Podríamos añadir una lista de sus obras más notables, pero ¿á santo de qué, si en cuestiones de arte la última impresión borra las anteriores? Además, ¿sabe él siquiera dónde han ido á parar los centenares de cuadros que ha producido su activo pincel?

El cuadro de caballete nace con este sino: no se vende directamente al comprador, sino por mediación del comerciante; cuando el artista lo firma, puede decirse que se despide para siempre de él, feliz si en alguno de sus viajes lo encuentra por casualidad en el sitio preferente de lujoso *boudoir*.

Arcadio Más está hoy en la plenitud de su talento; lleva su medio siglo con igual donaire que llevaba sus treinta años y en ellos parecería plantado, si algunas indiscretas canas no hubieran mezclado alguna plata al oro de sus cabellos y barba.

Esa juventud que persiste en su temperamento y en sus cuadros, nos da la persuasión de que Más ha de producir tantas obras de arte cuantas fueron las que su talento ha dado al mundo en treinta años de vida artística.

Francisco CASANOVAS

SALÓN ROBIRA

EXPOSICIÓN MÁS Y FONTDEVILA

Si por la peana se adora el santo, hemos de agradecer á don Pedro Robira la ocasión de gozar de la exposición más completa que hemos visto de obras de Arcadio Más.

Con una constancia no exenta de graves sacrificios, ha estado dos años adquiriendo los mejores cuadros del eximio artista, ocultándolos celosamente á las miradas del público, aún á costa de retardar su segura negociación, para darse el placer de exhibirlos en conjunto, haciendo apreciar de una vez el privilegiado talento de Arcadio Más.

Hemos de darle también público testimonio de nuestro agradecimiento por habernos permitido, con la anuencia del autor, reproducir la mayor parte y la más rica de los cuadros expuestos, con lo que, al propio tiempo que podemos dedicar este número del Album Salón á honrar el talento de nuestro compatriota, nos da ocasión para anticipar á nuestros favorecedores un fiel trasunto de la notable exposición.

Consta ésta de veintitres cuadros: doce al óleo, nueve al pastel y dos á la aguada; y si variados son los procedimientos de ejecución, mayor todavía es el contraste y variedad de los temas, aptos para satisfacer todos los gustos, desde el del rico *amateur* que desea enriquecer su galería con una joya más, hasta el artista que se paga con la nota justa robada en pocos y rápidos toques del natural.

Antes de pasar á describir los cuadros, hemos de hacer notar el extraordinario dominio del tecnicismo que ha logrado Más en la pintura al pastel.

De algún tiempo á esta parte había reanudado su estudio, dándonos á conocer, de vez en cuando, algunas obras que eran más que una promesa de lo que en breve tiempo había de sorprendernos. Hoy, se presenta como un consumado pastelista, dueño perfecto del mecanismo, con el que realiza todo cuanto interesa á su retina, ya sean paisajes, marinas, flores ó figuras.

No es necesario encomiar las ventajas del pastel sobre los demás sistemas, llevado al grado de perfección que obtiene Más: fijeza é inmutabilidad del color, empasto de las tintas, frescura sólo comparable con el temple y vigor semejante al del color al óleo. Algunos de los pasteles expuestos son relevante muestra de lo que decimos.



VENDEDORA DE PERIÓDICOS

¿Cabe mayor verdad que en el *Estudio de cabras;* ni más belleza de color que en *Claveles* (pág. 281), ni más detalle que en la *Procesión de Sitges* (pág. 291); ni más fineza que en la *Guardadora de patos* (pág. 285); ni más luz y color que en *El Cacharrero* (pág. 284); ni más ambiente que en el *Puerto de Barcelona* (pág. 285); ni más contraste que en el *Pastor* (pág. 284); ni más corrección que en el *Sacristán* (pág. 292); ni más vigor que en *Primera comunión* (pág. 282)?

Tan opuestos y variados asuntos, tratados con seguro magisterio ¿no son una afirmación de que nuestro artista merece figurar al lado de los que en Europa han llegado á hacer prevalecer este género de pintura en primera linea?

Arcadio Más ha hecho un buen servicio al arte catalán, mostrando cuanto puede adelantarse por este derrotero tan poco frecuentado aún por nuestros artistas. Y el *Pastor* y la *Guardadora de patos*, antes citados, quedarán por modelo y resúmen de lo que puede hacerse con los lápices de colores.

Como pintor al óleo, mantiénese á la envidiable altura que todos le reconocen. Los dos cuadros *Oficios solemnes* (pág. 287) y *La misa*, son el

A. MÁS Y FONTDEVILA



IDILIO

compendio de todas sus cualidades. En el primero, la composición está realzada por las galas del colorido, la airosa disposición de la perspectiva y los maravillosos detalles del órgano, obra maestra de habilidad y de buen gusto; en el segundo, por la austera penumbra que en suave gradación va desvaneciendo los objetos, haciendo penetrable el ambiente y sensibles las distancias. Es, en nuestro concepto, el mejor cuadro de interior que ha producido su pincel.

La antítesis de éste hállase en la *Playa de Sitges* (pág. 291): un desbordamiento de luz que, hiriendo en las blancas fachadas de las casas de pescadores, descompónese en irisados colores, entre el tranquilo ondular del agua, en primer término. Es una nota audaz, gallardamente sorprendida, sin prejuicios de composición y de línea, por sólo el gusto de arrancar un pedazo de naturaleza viva y plantarlo en la tela. Será, sin duda, el cuadro de los artistas.

Sitio favorito (pág. 283) y *Lago*, son variaciones de un mismo tema, jugando el agua el principal papel, embellecida por los accesorios.

El *Rincón del puerto* muestra cómo la prosa de la realidad se vuelve poesía al pasar por las manos de un verdadero artista. Lindos son además



Regreso al corral.



PROCESIÓN DE SITGES



Playa de Sitges.

los cuadros *Monaguillos* (pág. 286) é *Idilio* (pág. 290), vigoroso el primero, fino de color en su luz suavemente difusa el segundo.

Por último, en la *Vendedora de periódicos* (pág. 289), asoma una puntita de amargura, al ver la niña que no ha podido resistir el sueño, en medio del mundo de licenciosos trasnochadores que la rodea.

Las tres tablitas expuestas, notables por la verdad de la impresión, nos enseñan la peculiar manera que tiene Más de apuntar sus sensaciones y cómo sabe mantenerlas, al ampliar en sus cuadros estos breves y rápidos apuntes.

Dos acuarelas figuran en esta exposición; *Venecia* (pág. 288), una vista de aquel *molo* apuntada con suma espontaneidad, y *En la laguna* (página 288), una pintoresca agrupación de barcas, en las que asoman las cualidades de colorista que fueron su especialidad durante el tiempo que estuvo en Italia.

La exposición de las obras de Arcadio Más no es una revelación, porque todos admirábamos su talento, probado en el sinnúmero de obras que ha producido anteriormente; pero ha servido para afianzar nuestra opinión de que el pintor no ha de ser exclusivista, reproduciendo eternamente el mismo aspecto de la naturaleza. Y Más ha sabido abarcarla toda.

* * *



El Sacristán. — En el Puerto de Barcelona   Cuadros de A. Más y Fontdevila.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ARTICULOS LITERARIOS, CIENTIFICOS, BIOGRAFICOS Y FESTIVOS, POESIAS, CUENTOS, NOVELAS, &, &.

REPRODUCCIONES, EN COLOR O EN NEGRO, DE CUADROS AL OLEO, ACUARELAS, ESCULTURAS, OBJETOS ARTISTICOS, DIBUJOS AL PINCEL, AL CARBON Y A LA PLUMA, CARICATURAS, &, &.

RETRATOS

VISTAS GENERALES

MUSICA

